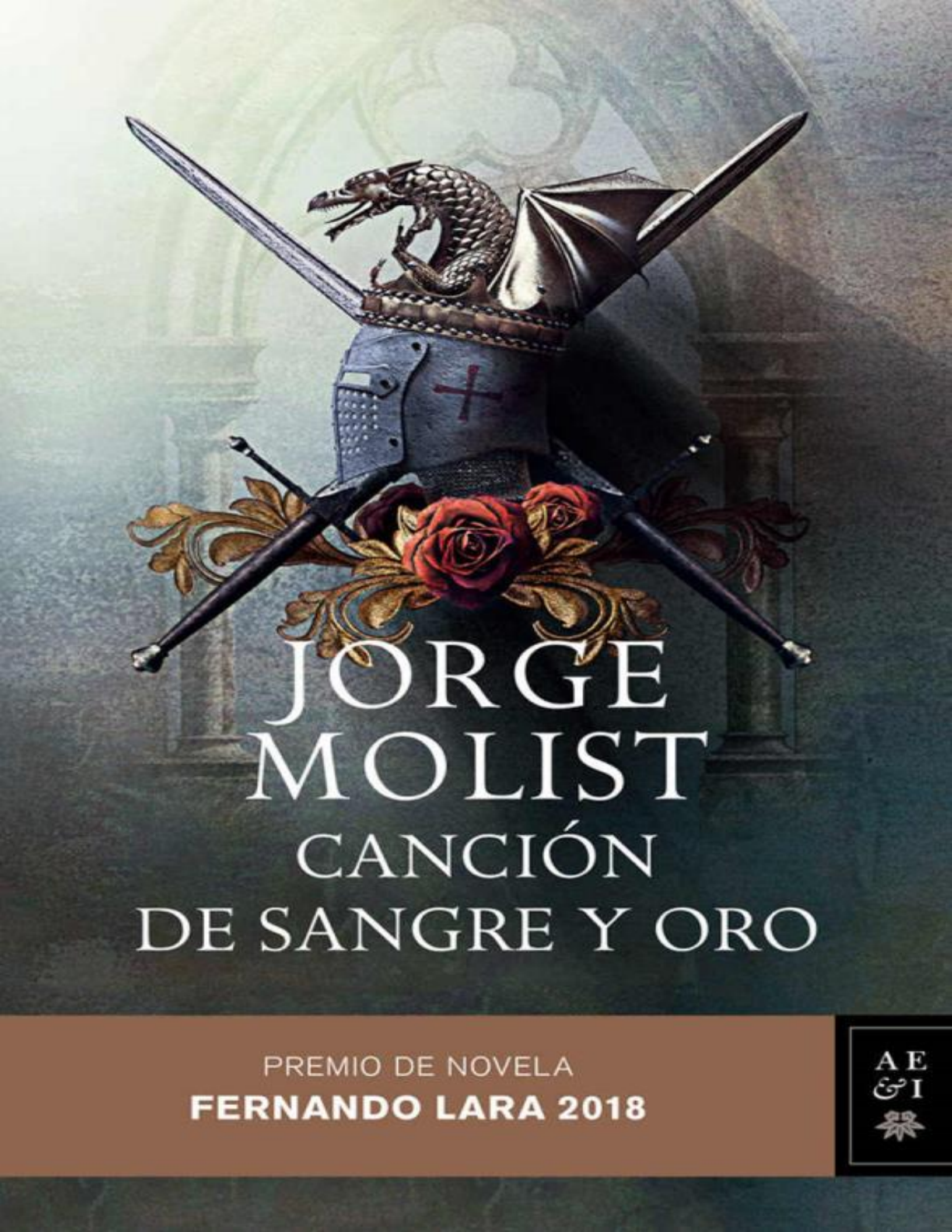


JORGE MOLIST

CANCIÓN DE SANGRE Y ORO

PREMIO DE NOVELA

FERNANDO LARA 2018

AE & I

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PREMIO DE NOVELA FERNANDO LARA 2018

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

MAPA DEL MEDITARRÁNEO FINALES DEL SIGLO XIII

MAPA DE LA CORONA DE ARAGÓN FINALES DEL SIGLO XIII

MAPA DE ITALIA FINALES DEL SIGLO XIII

MAPA DE SICILIA FINALES DEL SIGLO XIII

PRIMERA PARTE. Constanza de Sicilia
- Capítulo 1

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

SEGUNDA PARTE. Conradino
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

TERCERA PARTE. Almogávares
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

CUARTA PARTE. Pedro III de Aragón
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

QUINTA PARTE. Las vísperas
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89

Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95

SEXTA PARTE. Sicilia
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Capítulo 119

Capítulo 120
Capítulo 121
Capítulo 122
Capítulo 123
Capítulo 124
Capítulo 125
Capítulo 126
Capítulo 127

NOTA DE AUTOR
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora	Descubre	Comparte

SINOPSIS

Con solo trece años, Constanza debe abandonar a su familia, su país y todo cuanto ama para casarse con un desconocido mucho mayor que ella. Su padre, el rey de Sicilia, se encuentra en grave peligro y precisa de esa alianza. Aunque de nada sirve porque al poco, Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, invade el reino y le asesina.

Al coronarse rey de Aragón, Pedro III, el esposo de Constanza, le promete que vengará a su padre y recuperará el reino del que ella es heredera.

Con ello, Pedro, considerado un rey débil, se enfrenta a los tres mayores poderes del siglo XIII: Francia, el papa y Carlos de Anjou, convertido en emperador mediterráneo.

Un relato épico, de amor y libertad, que narra cómo la Corona de Aragón y los sicilianos, de la mano de Pedro III el Grande, cambiaron la historia de Europa y asombraron al mundo.

La Fundación José Manuel Lara convoca el Premio de Novela Fernando Lara, fiel a su objetivo de estimular la creación literaria y contribuir a su difusión. Editorial Planeta edita la obra ganadora.

Esta novela obtuvo el XXIII Premio de Novela Fernando Lara, concedido por el siguiente jurado: Fernando Delgado, Pere Gimferrer, Ana M.a Ruiz-Tagle, Clara Sánchez y Emili Rosales, que actuó a la vez como secretario.

El Premio de Novela Fernando Lara cuenta con el patrocinio de la Fundación AXA.

Jorge Molist

Canción de sangre y oro

Premio de Novela Fernando Lara 2018

Planeta

A Bernat Desclot y Ramón Muntaner, cronistas y novelistas

La historia es una novela escrita por quienes la sobreviven.

Quel che par sì membruto e che s'accorda,
cantando, con colui dal maschio naso,
d'ogne valor portò cinta la corda...

VII canto del «Purgatorio»,
La divina comedia, DANTE ALIGHIERI

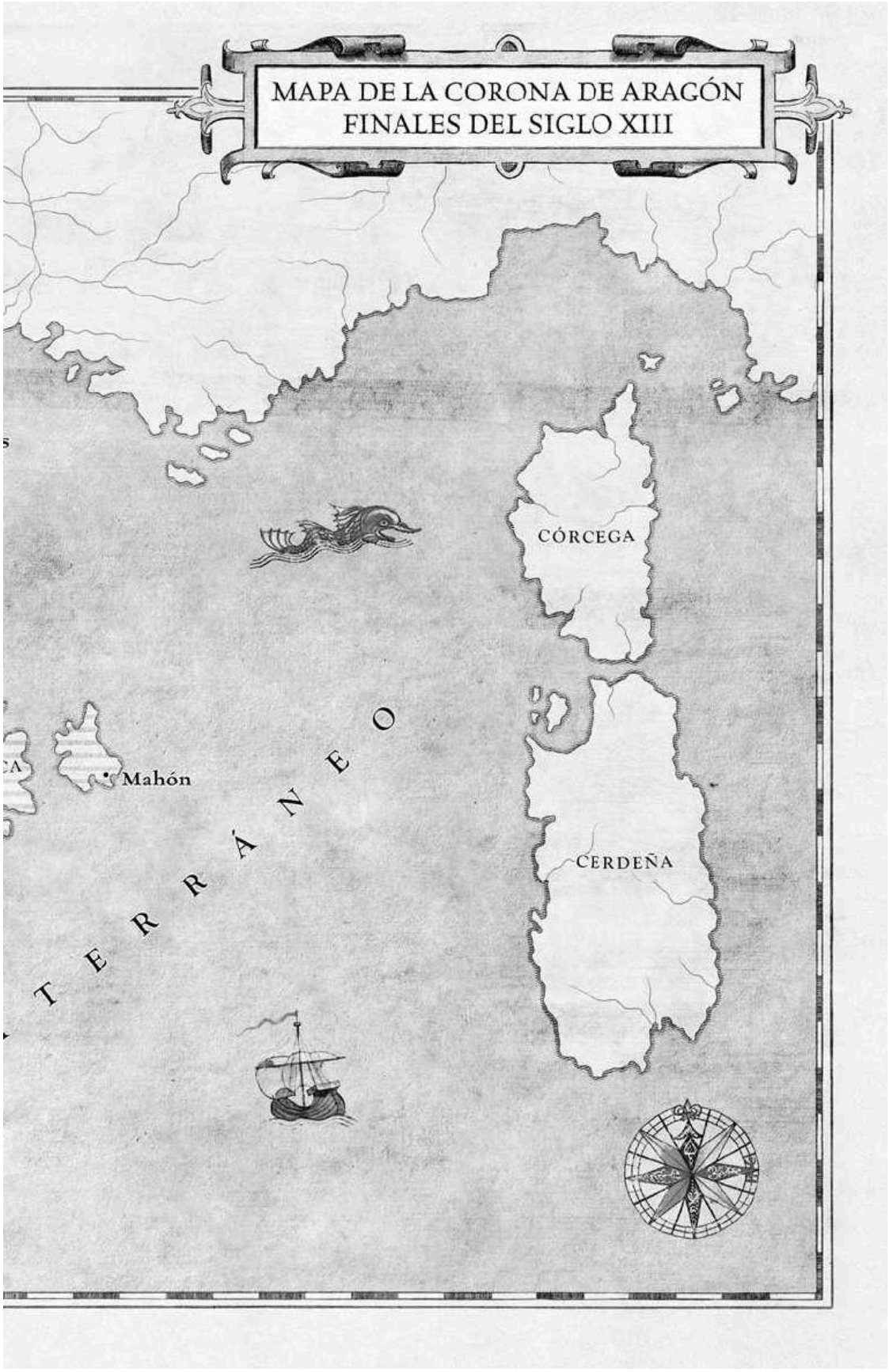
Aquel de miembros robustos,
(Pedro III de Aragón)
que canta a coro con el narigudo,
(Carlos I de Anjou)
está dotado de todas las virtudes.

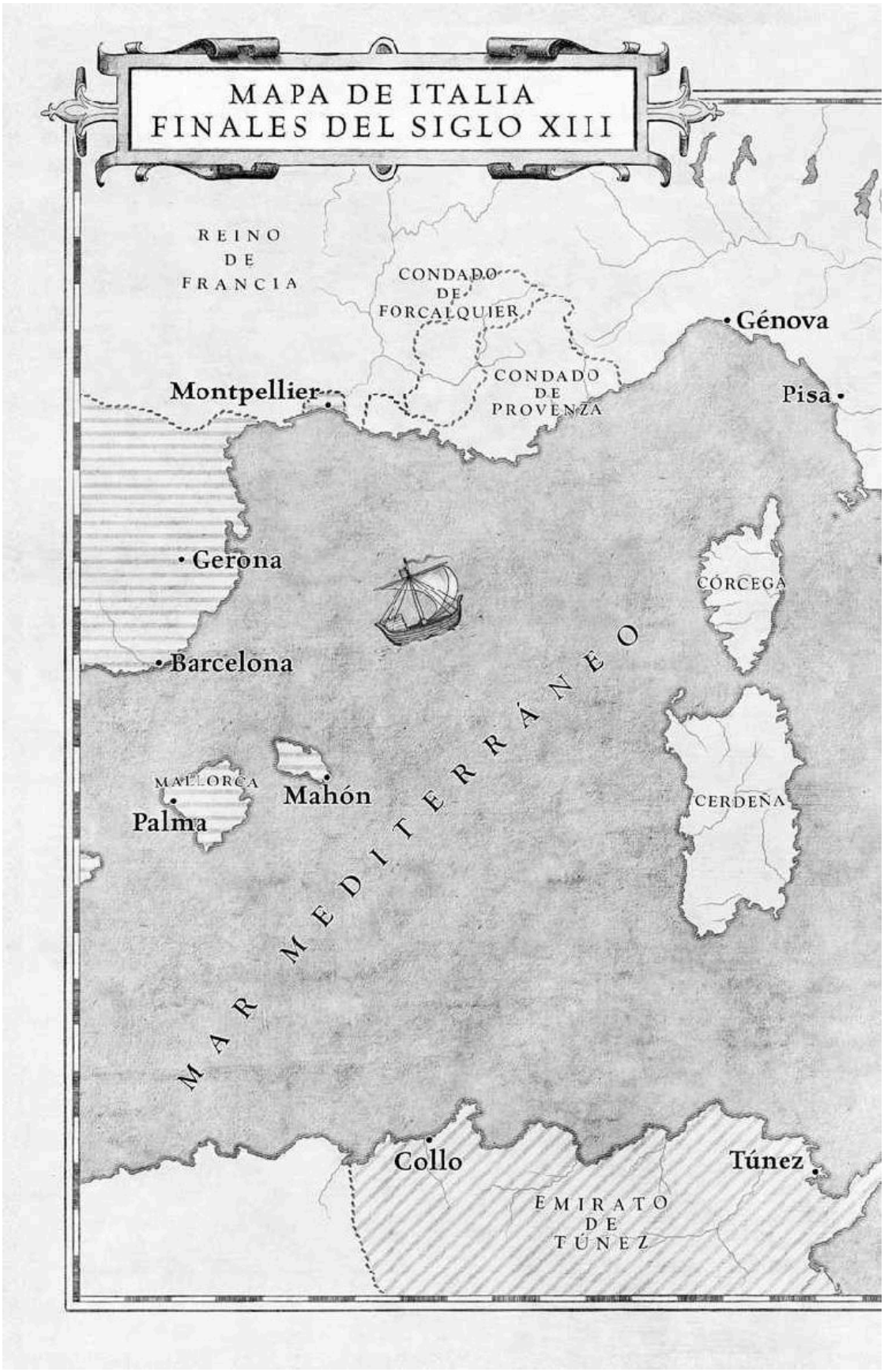
Traducción de sir Steven
Runciman y Alicia Bleigberg, *Las vísperas sicilianas*

París
Innsbruck
CONDADO DE MAINE
CONDADO DE ANJOU
FRANCIA
Venecia
Toulouse
CONDADO DE FORCALQUIER
Génova
REINO DE NAVARRA
Montpellier
CONDADO DE PROVENZA
Pisa
Florencia
CORONA DE ARAGÓN
Roma
CÓRCEGA
Nápoles
MALLORCA
REINO DE CASTILLA
CERDEÑA
REINO DE MURCIA
Palermo
MAR MEDITERRÁNEO
REINO DE GRANADA
MALTA
Collo
Túnez
EMIRATO DE TÚNEZ
Posesiones de Carlos de Anjou
Vasallos de Carlos de Anjou
Corona de Aragón
Imperio Bizantino
Corona de Castilla

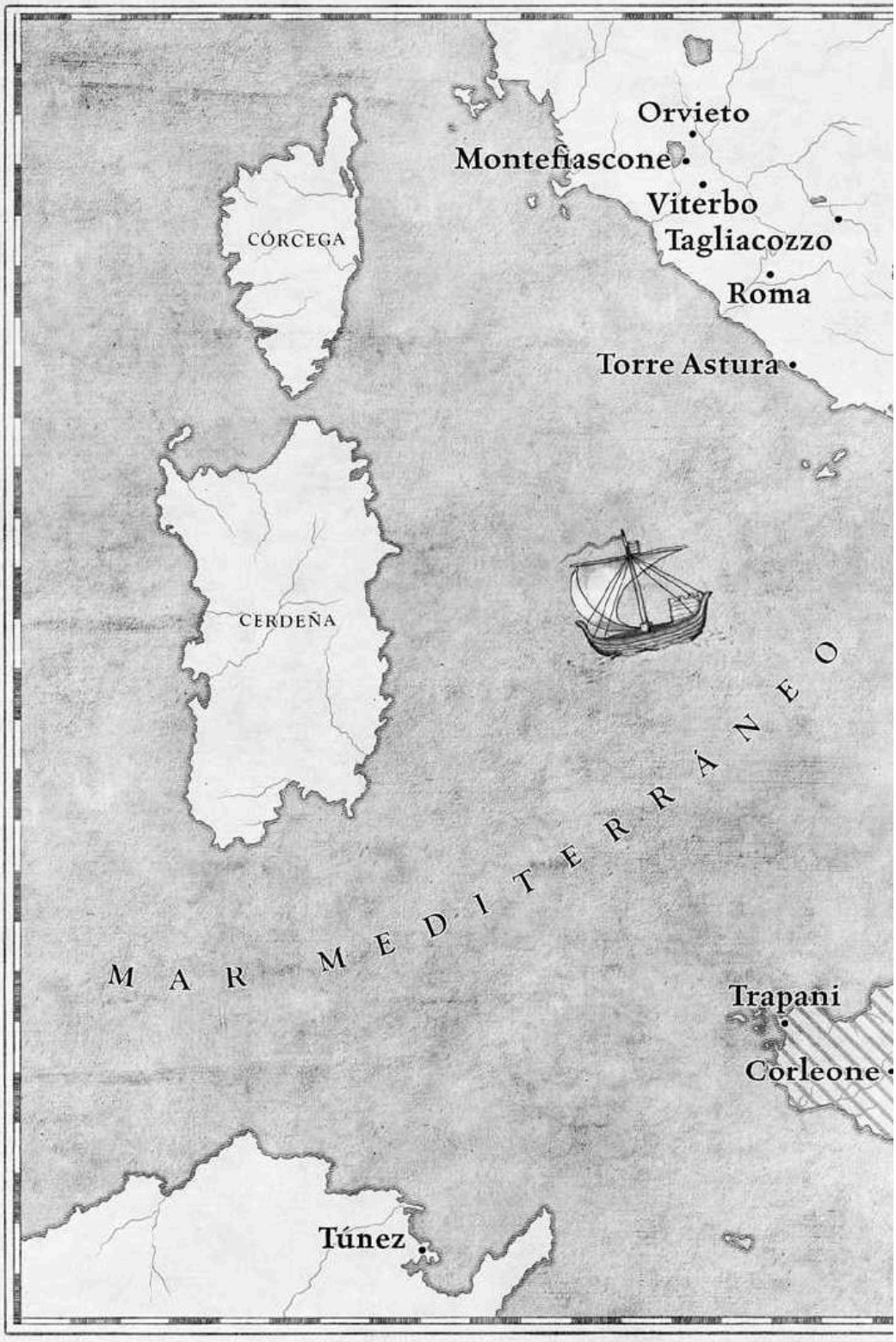
MAPA DEL MEDITERRÁNEO
FINALES DEL SIGLO XIII
REINO DE ALBANIA
IMPERIO BIZANTINO
Constantinopla
PRINCIPADO DE ACAYA
REINO DE JERUSALÉN

Montpellier
Canigó
Montboló
Perpiñán
Pomar
del Cinca
Orgañá
Figueras
Huesca
Tarazona
Estopiñán
Castellón
de Ampuria
Antillón
Gerona
Congosto de Camporrells
Albalate
Zaragoza
Lérida
Barcelona
Tarragona
CORONA
DE
ARAGÓN
Port Fangós
Segorbe
MALLOR
Palma
Valencia
Alcira
Játiva
Luchente
Montesa
Cocentaina
Alicante
Murcia
MARMED


MAPA DE LA CORONA DE ARAGÓN
FINALES DEL SIGLO XIII
CÓRCEGA
Mahón
CERDEÑA
TERRÁNEO


MAPA DE ITALIA
FINALES DEL SIGLO XIII
REINO DE FRANCIA
CONDADO DE FORCALQUIER
CONDADO DE PROVENZA
Génova
Montpellier
Pisa
Gerona
Barcelona
CÓRCEGA
MAR MEDITERRÁNEO
MALLORCA
Mahón
Palma
CERDEÑA
Collo
Túnez
EMIRATO DE TÚNEZ

Reino de Albania
Reino de Sicilia
Corona de Aragón
Emirato de Túnez
Venecia
Florencia
Orvieto
Montefiascone
Viterbo
Tagliacozzo
Roma
Torre Astura
Benevento
Caeta
Nápoles
Isla de Procida
Brindisi
Nicotera
Palermo
Mesina
Catona
Cefalú
Regio de Calabria
Trapani
Randazzo
Catania
Caltagirone
MALTA
N
W
E
S


Orvieto
Montefiascone
Viterbo
Tagliacozzo
Roma
Torre Astura
CÓRCEGA
CERDEÑA
MAR MEDITERRÁNEO
Trapani
Corleone
Túnez

MAPA DE SICILIA
FINALES DEL SIGLO XIII
Benevento
Gaeta
Brindisi
Nápoles
Isla de Procida
Nicotera
Palermo
Mesina
Catona
Regio Calabria
Cefalú
Randazzo
Estrecho de Mesina
Catania
Caltagirone
N
W°
E
S

PRIMERA PARTE

Constanza de Sicilia

1

Montpellier, señorío del rey de Aragón, 13 de junio de 1262

Conocí a Pedro, con trece años recién cumplidos, el día de nuestra boda, en la iglesia.

Ahora sé que algunas princesas se niegan a casarse con desconocidos. Yo era entonces muy joven y lo ignoraba, pero hubiera aceptado sin discutir porque mi padre necesitaba aquel enlace. Le quería con locura y él me correspondía con el mismo amor.

—Siento que no sea un emperador como te mereces, cariño —me dijo, compungido, antes de conducirme al altar—. Pero tengo muchos enemigos y este es el mejor casamiento que pude negociar.

Tomó mis manos, se las llevó a los labios antes de besarme en ambas mejillas y me abrazó fuerte. Yo me acurruqué contra su pecho.

Mi padre era el rey Manfredo Hohenstaufen de Sicilia. Por aquel entonces su reino comprendía el sur de la península italiana y parte de Epiro, en Albania. Tenía treinta años y era poderoso, alto, rubio, de ojos verdes como los míos, y muy guapo a pesar de la cicatriz que le partía una ceja. Y también era gentil y amoroso.

El día del enlace yo estaba muy nerviosa. Iba a conocer al hombre con quien compartiría mi vida. Toda. ¿Cómo sería? Me

habían dicho que era apuesto. Pero yo rezaba para que fuera bueno y amable. Me daba miedo pensar que por la noche compartiríamos lecho. Y que viajaríamos después a un país extraño. Tendría que separarme de aquellos a quienes amaba, de mi padre, en especial. Quizá nunca más volviera a verle. Esos pensamientos me abrumaban.

Iluminada por miles de cirios que se encaramaban por las columnas formando pirámides, la iglesia de Santa Maria de les Taules, en Montpellier, olía a gente, cera quemada e incienso. Al entrar me sujeté, temerosa, al brazo de mi padre. Él quiso animarme con unas palmaditas cariñosas en la mano que terminaron en una caricia. Creía penetrar, más que en un lugar santo, en una cueva enorme y siniestra donde yo era el cordero a sacrificar. Y conforme avanzábamos a paso lento por aquel pasillo interminable, notaba mi respiración alterada y mucho calor. Empecé a sudar. El templo estaba abarrotado, sentía que todos me observaban y yo, temblorosa, me aferraba más fuerte aún a mi padre. Temía desvanecerme. Miraba al suelo y mi corazón, encogido, palpitaba con fuerza. Sabía que en el altar me esperaba él. ¿Cómo sería? Y al llegar, mi curiosidad venció a mi angustia y, sin poder evitarlo, elevé la vista, brevemente, para contemplarle.

Era Pedro, el infante heredero de Aragón. Con veintidós años, era muy alto y bien formado. Tenía el pelo castaño, tirando a rubio, y una mirada intensa en sus ojos gris claro. Su cara afeitada mostraba una nariz recia, cejas espesas y una fuerte mandíbula que le confería un aspecto resuelto.

Al percibirme insegura, me dedicó una sonrisa cómplice. Una hermosa sonrisa. Quise devolvérsela pero apenas pude fruncir los labios. No me obedecían.

El obispo inició el sermón y cuando fui capaz de mirarle de nuevo, él me sonrió otra vez. Y yo, sintiéndome algo más tranquila, pude corresponderle.

Trataba de rezar pidiéndole a la Virgen que me hiciera una buena esposa cristiana, que me diera el temple y la compasión de una gran reina y que nos bendijera con muchos hijos. Pero no atinaba con las oraciones ni lograba entender el sermón. Contemplaba agobiada los pliegues que mi dalmática de seda blanca formaba al apoyar sus bordes en el suelo. Temía quedarme sin voz o tartamudear cuando llegara la pregunta, sentía un nudo en la garganta y la notaba seca.

—Doña Constanza Hohenstaufen de Sicilia —oí entonces—, ¿queréis a don Pedro, infante de Aragón, como esposo?

Mi corazón pareció querer saltar del pecho y mil pensamientos se atropellaron en mi mente. Aquel era el instante más importante de mi vida, el que decidía mi futuro. Tragué una saliva que no tenía, preguntándome angustiada si mi aturullamiento me permitiría responder. Y de pronto oí una voz firme y segura:

—Sí, quiero.

Por un momento dudé que fuera la mía. Pero lo era.

Desde un entarimado presidimos las más de doscientas mesas de invitados al banquete. Para mí todo era nuevo y extraño, notaba que me miraban y me sentía incómoda. Junto a Pedro se sentaba el rey Jaime de Aragón, de cincuenta y cuatro años, hombre alto, de voz potente, que lucía barba y una melena con bucles castaños, ya canosos, bajo su corona. Y a mi lado, mi padre.

La comida fue espléndida. Había corzos, jabalíes, vacas, conejos, todo tipo de aves y distintos pescados y mariscos. Todo llegaba tan bien presentado como los pavos reales y faisanes asados, con sus magníficas plumas colocadas en sus rabadillas a modo de grandes abanicos. Los criados no paraban de trinchar carne, de servir salsas y de llenar copas de vino. Los juglares amenizaban la fiesta con sus canciones, trucos y piruetas. La gente no dejaba de hablar, algunos a gritos, y reían.

Mi padre decía que mi suegro había escogido la ciudad de Montpellier para la boda porque había nacido allí y porque era mucho más rica que Barcelona. Disfrutaba de un boyante comercio, la basílica en la que nos casamos estaba rodeada de bancas de cambistas y tenía la universidad de medicina más famosa de Europa. También comentaba que el rey de Aragón no andaba bien de dinero y que la ciudad sufragaba los gastos de la fiesta.

Tampoco mi padre lo tenía. Solo pudo abonar la mitad de las cincuenta mil onzas de oro de mi dote, la mayoría en joyas. Entre ellas destacaba un faldistorio: un trono plegable con patas en forma de tijera y sin respaldo, de oro y piedras preciosas, que había pertenecido a mi abuelo el emperador.

Al inicio del convite apenas hablé con Pedro. Aunque algo más tranquila, su sola presencia, tan cercana, me producía una turbación que no lograba controlar y me paralizaba ante sus preguntas. Continuaba siendo un extraño para mí.

—¿Cómo os sentís, señora? —quiso saber, animándome a hablar con una sonrisa—. Contadme sobre vuestro viaje.

—Algo cansada, señor —le respondí como pude en el aragonés que había estado estudiando durante el último año—. Ha sido un trayecto lánguido y fatigoso.

Él se echó a reír.

—¡Habréis querido decir largo, o quizá luengo, no lánguido! —me corrigió.

—Oh, señor, perdonadme —musité enrojeciendo.

—No hay nada que perdonar —me dijo acariciándome la mano que tenía sobre la mesa—. Habláis muy bien. Imaginadme a mí hablando en siciliano. ¡No sé una sola palabra! Disculpad mi risa pero es que *lánguido* es una forma mustia de *fatigado*. Me hizo gracia. —Y volvió a reír, ahora más alto.

Yo le miraba con cierto asombro. Cada vez le veía más guapo y su risa me resultaba contagiosa. Reí también, suave, aún insegura.

Me hubiera gustado continuar conversando pero los grandes nobles, previa autorización de los cancilleres, no paraban de interrumpir para saludar, felicitarnos y hablar con mi marido y nuestros padres. Yo no conocía a nadie de su familia con excepción de su hermano bastardo, don Fernán Sánchez de Castro, que era un par de meses mayor que él.

Fernán fue, junto a un noble catalán, el embajador llegado de Barcelona para negociar mi matrimonio. Yo tenía solo once años pero sabía que se trataba de algo muy importante para mí. ¡Del príncipe que sería mi marido! Observaba curiosa a mi futuro cuñado. Me doblaba la edad. No era muy alto, aunque sí fuerte y corpulento, con pelo y barba castaños y ojos oscuros. No me gustaba. Hablaba a voces, fanfarroneaba y me miraba sonriendo. De una forma en la que un hombre no debiera mirar a la futura mujer de su hermano.

—¡Qué suerte tenéis al emparentar con nosotros! —me dijo en una ocasión dándome una palmada en las nalgas.

Yo me sorprendí y salí corriendo alterada. Nadie me había tratado así antes. Habíamos coincidido, creo que casualmente, en el jardín de palacio en una de las raras veces en que me encontraba sola. Él se rio de mi atolondramiento. Decidí no contárselo a nadie. Creo que mi padre le hubiera matado sin importarle de quién fuera hijo. A partir de entonces me aseguré de estar siempre lejos de él, aunque su mirada me seguía turbando.

En algo debía de parecerse a su medio hermano, me decía preocupada, y rezaba para que Pedro fuera más guapo y gentil.

Ni Fernán ni su acompañante causaron buena impresión en la sofisticada corte de mi padre. Se los tachaba de zafios y pueblerinos por sus formas y atuendos. Yo tenía un oído fino y cazaba al vuelo algunos comentarios maliciosos.

—Están acostumbrados a matar moros y a que los moros los maten a ellos —le susurraba un caballero gordo y canoso a una dama de grandes pechos que se puso a reír, con estilo, cubriéndose la boca—. Es todo lo que hacen en España. Y es una pena que vayan ganando porque los moros son más cultos y refinados.

La dama volvió a reír.

Aquel chisme terminó de asustarme y me fui llorando a Bella d'Amichi, mi nodriza, la misma que me amamantó de pequeña. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y ella me cuidaba desde que nací, dándome todo su amor y tratando, en lo posible, de sustituirla.

—Bella —le dije entre lágrimas—, no quiero casarme, no quiero ir a España, no quiero dejar ni a mi padre ni a mis hermanos. ¡Soy muy feliz aquí! Allí estaré sola, entre salvajes. Seré muy desgraciada.

Bella me sujetó de los hombros, clavó sus pupilas en las mías y me dijo:

—Niña, vos no habéis nacido para ser feliz, sino para ser reina.

La sonrisa había abandonado su rostro. La contemplé sorprendida. No era habitual que me hablara con aquella solemnidad ni que me contrariara de forma tan contundente. Me liberé con una violenta sacudida.

—¡No me casaré con ese hombre! —le grité—. ¡Y si pretendéis obligarme, me negaré cuando me pregunte el cura en la iglesia!

Bella me agarró el brazo con fuerza y me susurró:

—Escuchadme bien, Constanza. Hay algo importante que debéis saber. Sois ya bastante mayor.

Su tono y sus enigmáticas palabras despertaron mi curiosidad.

—¿Qué es? —respondí intrigada.

Nos encontrábamos en los jardines de nuestro palacio en Palermo y Bella me condujo a un banco bajo un emparrado de rosales que nos protegía del brillante sol siciliano.

—Escuchad —continuó en voz baja después de tomar asiento—. Vuestro padre tiene muchos enemigos. El papa y Francia, el reino más poderoso de Europa, son los principales. Desean acabar con vuestra familia. ¡Le quieren matar!

Me estremecí de miedo.

—La búsqueda de un esposo para vos no es fácil, puesto que pocos reyes se atreven a casar a su heredero con la hija de un excomulgado. No solo peligra nuestro reino sino también nuestras vidas. Vuestro padre necesita aliados. Y esa boda le da uno importante.

La miré en silencio.

—¿Entendéis por qué no os podéis negar? —inquirió—. ¿Que tanto el futuro del reino como la vida de vuestro padre dependen de ello?

Asustada, afirmé con la cabeza.

—No habéis nacido para ser feliz sino para ser reina —repitió.

—Cumpliré las órdenes de mi padre —dije después de pensarlo —. Seré reina, pero también quiero ser feliz.

—Es muy posible que logréis lo primero —respondió con una sonrisa triste—. Lo otro solo está en manos de Dios.

A partir de entonces quise saber más. Para la Corona de Aragón, Sicilia era fundamental en su comercio mediterráneo. Después de la conquista de Mallorca y Valencia, el rey Jaime quedaba rodeado por dos reinos mucho más poderosos que impedían su expansión: Francia y Castilla. Su única salida era el mar.

Para empeorarlo, el propósito de Jaime de repartir sus posesiones entre sus hijos varones no hacía más que debilitarlos. En su testamento había dejado al mayor, Alfonso, Aragón; a Pedro, Cataluña y Mallorca; a Jaume, Valencia; y a Fernán, el hermano que negociaba mi casamiento, los condados catalanes del Rosellón y la Cerdaña, y la ciudad y territorios de Montpellier. Poco podían hacer

esos pequeños reinos frente a las grandes potencias que los rodeaban.

Pedro tenía otro hermano, Sancho, de doce años, nacido después de ese testamento, que fue destinado a la religión.

Mi padre no consideraba ninguno de aquellos futuros reyezuelos adecuado para mí. Sin embargo, cambió de opinión cuando, después de la muerte del primogénito, el rey Jaime nombró al infante Pedro heredero, no solo de Cataluña, sino también de Aragón y Valencia.

La boda permitía romper nuestro aislamiento pero disgustaba mucho al papa y al rey de Francia. Mi suegro, antes de casar a su hija Isabel con el heredero del trono francés, se vio obligado a prometer que bajo ninguna circunstancia ayudaría militarmente al rey de Sicilia, mi padre. Sabía que mi progenitor estaba en serio peligro. Temía por él. Mucho.

Pasé el año de mi compromiso en Nápoles, aprendiendo los idiomas y costumbres de los que serían mis nuevos reinos. Continué con mi educación religiosa, el estudio de latín, griego y música, en especial arpa, mi instrumento favorito. Y al fin había llegado el día decisivo.

Me parecía que el banquete de bodas nunca iba a acabar y, ya con más confianza, contemplé a mi esposo mientras conversaba con un noble catalán gigantesco, pelirrojo, de barba descuidada, que hablaba alto y olía a vino. Después supe que era el conde de Ampurias. Aunque Pedro no era tan apuesto como mi padre, tenía algo que me atraía, quizá sus maneras seguras y resueltas pero amables conmigo. Me descubrió mirándole y me sonrió, antes de seguir conversando con aquel individuo. Suspiré aliviada. Él era el hombre con el que iba a compartir el resto de mi vida. Y me dije que ojalá, en el futuro, me sonriera muchas veces como acababa de

hacerlo. Quizá tuviera suerte y pudiera llegar a amarle. Rezaría mucho por ello.

2

Montpellier, el mismo día

Mis damas, en especial Bella, me habían preparado para lo que vendría después del banquete. Pero más hubiera valido que no me hubiesen dicho nada. Me contaron lo que se hacía y cómo, advirtiéndome, también, de la brutalidad de algunos hombres. Tomaban a sus esposas como una fortaleza que conquistar, para vencerla y dominarla, aun cuando no se resistiera. Estaban acostumbrados al sexo violento de después de un asalto, a los golpes, a la sangre, a los gritos y a los lamentos de sus víctimas. Era lo que les gustaba, lo que les daba placer. Y la esposa debía someterse a ello.

Yo aún tenía que crecer y él era muy alto y fuerte. Enorme. Temía lo que Pedro me pudiera llegar a hacer.

—Dicen que el infante es un guerrero —me había advertido mi nodriza—. En la batalla acostumbra a cargar al frente de los suyos. Es un hombre de acción.

—Violento —rematé asustada.

Los invitados seguían en sus mesas, charlando, riendo, bebiendo, unos cantando con los juglares y otros riñendo, cuando mi padre y mi suegro se pusieron en pie. Y, junto con el obispo y los más altos nobles y eclesiásticos de ambos reinos, nos acompañaron

solemnemente a la alcoba donde se debía consumar el matrimonio. Ellos serían los notarios. Tanta ceremonia me puso aún más nerviosa. Cuando cerraron las puertas y nos quedamos a solas, no me atrevía a mirar a Pedro y noté que me volvían los temblores.

Yo vestía una fina bata de seda blanca sobre la que llevaba una gonela del mismo color y encima una dalmática, también blanca, bordada en oro y aljófares. Mi cabello castaño claro estaba trenzado y cubierto con una toca y una fina diadema áurea. Trémula, me despojé de los ropajes para quedarme solo con la bata y me tumbé en el tálamo. Fijé la vista en el artesonado del techo, aunque trataba de adivinar, con el rabillo del ojo, qué hacía Pedro. Se desnudó para quedarse con un calzón blanco. Noté el peso de su cuerpo en el movimiento del lecho cuando se acostó a mi lado. El temor me paralizaba y estaba a punto de llorar. Me avergonzaba de mi cuerpo aún por hacer, de lo que iba a ocurrir y de mi comportamiento miedoso. Como el de una niña.

Noté su mano en mi rostro. Su piel era ruda, raspaba un poco, pero se trataba de un mimo. Y sin despojarme de la bata empezó a acariciarme. Me acurruqué en posición fetal, dándole la espalda, rezando por que mi cuerpo dejara de traicionarme y no temblara más. Sentía el contacto suave, a través de la seda. Me recorría los senos. Avergonzada, me dije que apenas tenía. El vientre. Las caderas. Tampoco tenía. Las nalgas, las piernas, la entrepierna… y subía de nuevo hacia el vientre, los pechos, la espalda, el cuello, las mejillas.

Dejé de temblar. Jamás me habían tocado de aquella forma. Notaba que mis músculos tensos empezaban a relajarse y que me invadía un dulce sopor mezclado con algo nunca experimentado antes. Y así continuó Pedro un rato. Y después, cesó el contacto, nada. Desperté de mi ensueño y me puse alerta. ¿Qué vendría ahora? Me inquieté. ¿Por qué no lo hacía? Afuera estaban mi padre,

mi suegro, el obispo y mucha otra gente esperando a que aquello ocurriera. Pero pasaba el tiempo y él no se movía.

Me incorporé para observarle. Estaba tumbado boca arriba mirando el artesonado que antes miraba yo. Me fijé en sus calzones. En ellos había un bulto tal como me habían contado. ¿Qué le sucedía? Al final me decidí.

—¿No lo vais a hacer? —inquirí en un susurro para que no me oyeran afuera.

Él apoyó la mejilla en la almohada para mirarme con sus ojos grises.

—¿Queréis que lo haga?

Le miré asombrada. ¿A qué venía aquella pregunta?

—Pues… ¡pues claro! —Y señalé la puerta tras la cual aguardaban los notarios—. ¡Nos hemos casado!

—¿Decís que sí?

Entonces dudé. Sentía un gran temor y pensar en que no llegara a ocurrir me aliviaba. Pero todo tenía que suceder tal como estaba previsto. Era mi obligación.

—Claro… —Noté mi voz vacilante.

Él me observó un momento antes de incorporarse para lanzarse sobre mí con un gruñido. Traté de ahogar un chillido sin conseguirlo. Él, sin contemplaciones, me arrancó la bata dejándome desnuda. Le tenía encima. Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos. Y entonces empezó a palparme, otra vez, el cuerpo desnudo. Abrí las piernas y cerré los ojos. Me sorprendió notar que mi cuerpo reaccionaba a las caricias y que algo extraño le ocurría. ¿Era aquello el deseo del que me habían hablado? Notaba que él se movía cerca. Pero no pasaba nada. Entonces abrí los ojos y vi que se había incorporado para coger su daga de entre las ropas. Venía hacia mí. Se me escapó otro chillido. ¿Qué pretendía hacerme con aquella arma?

Al llegar a la cama, Pedro se bajó los calzones y se hizo un pequeño corte en la cadera, que comenzó a sangrar. A continuación empapó mi bata con su sangre y mojó el lecho. Después se subió los calzones cubriendo la herida. Yo estaba extrañada y muy inquieta.

—¿Por qué habéis hecho eso? —inquirí, incorporándome del lecho sin acordarme de mi desnudez.

—Porque sois una niña y yo no lo hago con niñas. —Me miraba divertido—. Solo con mujeres.

Le observé un momento antes de responder.

—Ya sangro —le informé.

Él rio y se bajó los calzones para mostrarme el rasguño que había manchado levemente la tela.

—Yo también sangro y no soy mujer.

—¡No es lo mismo!

—¡Exacto! No es lo mismo sangrar que ser mujer.

Me mordí los labios. Era cierto, tenía cuerpo de niña. Bella d'Amichi siempre me decía que estaba delgaducha y me instaba a comer más. Ahora me arrepentía de no haberlo hecho.

—Pero nuestra obligación…

Pedro me miró elevando la barbilla. Había cierta altivez en su gesto.

—Yo decido cuál es mi obligación —repuso cortante.

—Pero nuestros padres… —me sentía intimidada.

—Escuchadme bien, Constanza.

Se sentó en el lecho, me tomó una mano y me miró a los ojos.

—Nuestra boda no ha sido idea de mi padre —dijo—. Soy yo quien la deseaba, quien quería la alianza con Sicilia. Y le convencí. Él no quería enfrentarse al pontífice. Mi abuelo murió luchando contra los cruzados del papa y mi padre se quedó huérfano a los cinco años, cuando los franceses le tenían prisionero. Fue el santo padre quien obligó a los cruzados a liberarle y quien confió su formación a los templarios, que le educaron en la absoluta obediencia a Roma.

No solo está agradecido al papado por rescatarle, sino que además siente temor a enfrentarse a él. A resultas de esa cruzada, mi familia perdió, entre otros territorios, la Provenza, de la que Carlos de Anjou es hoy conde.

—Carlos de Anjou es también enemigo de mi padre… —Quería mostrarme capaz de seguir sus explicaciones.

—¡En efecto! —dijo él complacido.

—Pero vos y yo nos hemos casado. —No me interesaba la política sino mi situación personal—. Y se espera que tengamos hijos.

—Y los tendremos, pero no ahora. No estáis preparada.

—Si la Iglesia ha consentido nuestro enlace, es que estoy preparada.

—No me importa lo que diga la Iglesia, ni tampoco nuestros padres. —Aún sostenía mi mano. Me sonreía—. No quiero preñaros ahora. Quiero herederos fuertes paridos por una madre fuerte y sana. Con ese cuerpecito difícilmente resistiríais un embarazo y un parto. Y si os morís, me quedo sin alianza con Sicilia.

—¿En eso pensáis? —Me sentía ofendida y me vinieron ganas de llorar—. ¿Solo os importa la alianza con mi padre?

—Me importan también otras cosas, pero vos todavía no las tenéis. Sois una niña muy hermosa, con largas pestañas y unos bellísimos ojos verdes, que promete convertirse en una espléndida dama. Pero aún os falta crecer, haceros mujer. Ya os dije que no lo hago con niñas. No me apetece.

Dicho esto se levantó, se dirigió a la puerta, la abrió de par en par y, triunfante, mostró a los que allí aguardaban el camisón manchado de sangre.

—Ahora ya sois, a los ojos de Dios y de los hombres, marido y mujer —proclamó solemne el obispo.

Aplaudieron todos y nuestros padres se abrazaron. Se había cerrado la alianza dinástica que fructificaría en nietos comunes.

Mientras, una lágrima se deslizaba por mi mejilla. Aquel hombre empezaba a gustarme mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Pero yo no era suficiente mujer para él.

3

Montpellier, 14 de junio de 1262

Las damas de mi cortejo me acogieron, al día siguiente, con parabienes, guiños de complicidad y alguna que otra bromilla pícara. Traté de fingir, de aparentar que todo había transcurrido según lo esperado. Pero no era así. Deseaba llorar.

—Bella, necesito hablaros —le murmuré cuando no nos observaban—. A solas.

Bella d'Amichi me miró preocupada. Tenía por aquel entonces treinta y tres años, hermosos ojos oscuros almendrados, grandes pechos y cintura ancha. Era la esposa de uno de los grandes nobles sicilianos, Ricardo de Lauria, fiel amigo de mi padre, e iba a acompañarme a España junto a su hijo Roger y su hija Margarita. Eran mis hermanos de leche y me había criado con ellos. Más con Roger, un año menor, que con Margarita, de apenas nueve cuando la boda.

Me quería como una madre, me conocía bien y había notado algo raro. Me escuchó en silencio, afirmando con la cabeza para animarme a continuar, y tapándose la boca con las manos para ahogar, en ocasiones, las exclamaciones.

—Bella, querida —terminé, angustiada—, me dijisteis que hay hombres que no aman ni desean a las mujeres sino a otros

hombres. ¿No será Pedro uno de ellos?

Negó sacudiendo la cabeza enérgicamente.

—No tiene el más mínimo aspecto de eso, Constanza —sentenció convencida.

—¿Y si lo disimulara? ¿Y si engañara?

—No, mi niña, no. —Ahora negaba más lentamente—. Hay pruebas de que no.

—¿Qué pruebas?

—Se llama Inés Zapata.

—¿Quién es Inés Zapata?

—Su amiga.

—¿Amiga? —La miraba alarmada.

—Sí, es mejor que lo sepáis de una vez. Vuestro marido tiene una amiga.

—¿Amiga? —repetí boquiabierta.

—Amante. Tiene dos hijas y está embarazada por tercera vez. Son de él.

—¡Ay, Dios mío!

Noté que el suelo se movía bajo mis pies. Esa Inés sería lo que yo no era: una mujer. Busqué un asiento. Me fallaban las piernas y creía que iba a desvanecerme. Bella me ayudó en silencio.

—Me parte el corazón tener que daros la noticia —dijo al rato—. Pero todo el mundo en la corte lo sabe y no quiero que traten a mi querida niña como a una tonta.

—¿Y creéis que la ama?

—Sí.

—¿Cómo podéis saber eso? —inquirí enfadada.

—No se tienen tres hijos con la misma mujer, sin estar casado, si no se la ama. Es una relación que dura ya años.

—¡Tres hijos! —Me costaba asimilarlo y me abrumaba—. ¡Y otra mujer!

—La única de momento —dijo Bella—. Vos no habéis consumado aún.

Que me lo recordara me enfadó mucho y me rebelé.

—¡Pero ahora él es mi marido! —dije incorporándome de un salto —. ¡Nos hemos casado! ¡No debería tener otra mujer!

—Lo comprendo.

—Le obligaré a que la deje.

Estaba indignada y miraba a mi nodriza ceñuda y con los brazos en jarras.

—¿Y cómo pensáis hacer eso?

—Esta noche se lo diré.

Una sonrisa apareció, fugaz, en los labios de Bella.

—¿Y si no obedece?

—¡Se lo diré al obispo, a mi padre, al suyo! ¡Si está casado y tiene una amante, vive en pecado!

Bella sonrió de nuevo, lo que aumentó mi furia, y apreté los puños con rabia.

—Sois valiente, mi niña.

—¿Valiente por qué?

—¿Creéis que ellos van a comprender vuestro enfado?

—¿Y por qué no? ¡Es mi marido!

—Lo siento, mi niña. No lo van a entender ni os van a apoyar —me explicó con cariño—. Ni siquiera vuestro padre, que tanto os ama. Porque tiene amigas. Y vuestro abuelo también las tuvo; de hecho, antes de convertirse en su esposa, vuestra abuela fue su amante. El rey Jaime de Aragón tiene amantes y también las tuvo el abuelo de Pedro. Y seguramente también los bisabuelos. Y sus mujeres, casadas por la Iglesia, se vieron obligadas a consentir. Tampoco me extrañaría que el propio obispo tuviera amigas. Además, es costumbre que tengan hijos antes de la boda. Así demuestran que son fértiles y que, de no tenerlos en el matrimonio, la única culpable es la esposa.

—¡Es terrible! —Me senté, desalentada, y escondí el rostro en llanto entre las manos—. ¡Entonces yo también tendré un amigo! —dije al rato, rebelándome ante aquella indignidad.

Bella me miró horrorizada.

—No podéis —repuso escueta—. A veces hay que llamaros al orden, Constanza. En ocasiones sois demasiado decidida y aún no os he podido perdonar lo ocurrido con Roger.

Me irritó que trajera al caso aquel incidente con su querido hijo, hacía apenas tres años. Yo no creía que tuviera importancia, y por suerte mi nodriza logró silenciarlo. De lo contrario, él estaría muerto.

—¿Y qué tiene que ver Roger con eso? —repuse enfadada—. Ese es otro asunto. Si Pedro puede tener amantes, ¿por qué yo no?

—A partir del día de vuestra boda, si vos tenéis un amante, cometéis alta traición, no solo contra vuestro esposo, sino contra Aragón. —Su tono era duro—. Vuestro amigo sufriría las torturas más horribles antes de morir y vos seríais decapitada. O peor aún, os emparedarían.

Me estremecí. Había oído historias de gente que se despertaba en su ataúd para morir, arañando la madera, en la más horrible asfixia, claustrofobia y desesperación. No había nada que temiera más. El emparedamiento era muy parecido.

—Pero ¿por qué cometería yo traición y él no?

—Pues porque, a partir de hoy, el primer hijo varón que paráis será, algún día, rey de Aragón. —Bella me hablaba con cariño—. Y tiene que ser hijo de vuestro marido, que algún día será rey. Solo su miembro viril puede transmitir su sangre, la realeza. ¿Entendéis eso?

—Sí.

—Si vos tuvierais un hijo de otro y no se supiera, ese hijo sería el rey de Aragón sin tener derecho alguno. Se rompería la línea sucesoria. Estaríais creando, sin ninguna legalidad, una nueva dinastía. Eso es de la más alta traición.

—¿Y él qué? ¿Por qué no es traición que él tenga hijos con amantes?

—Porque solo vos podéis parir un rey. Lo que engendren las otras son bastardos y no influyen en la línea sucesoria. A no ser, claro, que no haya hijos legítimos.

—¡Oh, Bella! —Notaba que las lágrimas pugnaban por retornar—. ¡No quiero que tenga amantes! ¡Quiero que sea solo mío!

—Lo será. —Bella se acercó para besarme en la mejilla—. Os prometo que será vuestro. Y solo vuestro.

—¿Cómo? —sollocé—. ¡Si dice que no soy mujer!

Mi aya me abrazó y yo me acurruqué contra ella.

—Pero algún día lo seréis. Y eso no tardará en ocurrir.

4

Valencia, 15 de diciembre de 1262

Medio año después de la boda, nuestra corte itinerante se encontraba en la ciudad de Valencia, donde el infante había nacido y poseía señoríos y beneficios. Yo añoraba Sicilia y en especial a mi padre. Él también se desplazaba por su reino, pero no tanto como nosotros, que íbamos de pueblo en pueblo y solo nos deteníamos en las grandes ciudades todo lo más unas semanas. Entonces mi esposo visitaba los castillos de la zona y se aseguraba de que estuvieran bien custodiados. También cazaba. Y no regresaba a mi lado en varios días.

—Es necesario, señora —me respondía Pedro, cariñoso, cuando me lamentaba—. Hay que mantener fidelidades de nobles y concejos ciudadanos. Debo saber de primera mano lo que ocurre, y es responsabilidad de la Corona asegurar el orden e impartir justicia.

España era un lugar turbulento. Los nobles de Cataluña y Aragón estaban siempre a punto de sublevarse; los moriscos del reino de Valencia también; y los bandidos infestaban montes y caminos. No podía librarme de una constante sensación de peligro. Nuestra corte no era tan culta y sofisticada como aquella en que me crie, aunque incluía, además de a mis damas y sus hijos, la mayoría sicilianos, a caballerizos, cetreros, cocineros, capellanes, criados, trovadores y

juglares. Éramos más de cien personas. Y casi cien más en su parte militar; los caballeros de mi esposo, sus escuderos y otros hombres de armas siempre listos para el combate. Parecíamos más un pequeño ejército que una comitiva real. No me terminaba de acostumbrar.

Me gustaba Valencia. Era una hermosa ciudad, de cielos luminosos, a orillas del río Turia y cercana al mar. Un buen lugar donde pasar el primer invierno en España. Nos acomodamos felizmente en el palacio del antiguo emir de Valencia. Tenía arabescos en los techos y sus ventanales de arcos de herradura miraban a un amplio patio de naranjos. Estaba situado a las afueras de la ciudad en la margen izquierda del Turia y, acorde con el estilo andalusí, rodeado de jardines y amurallado. Me recordaba los jardines de Palermo, también de origen musulmán.

No hacía siquiera veinticinco años que mi suegro había conquistado la ciudad, que aún estaba rodeada por la muralla árabe, y fuera de la reconversión de la mezquita principal en catedral y la construcción de alguna iglesia, toda la edificación era morisca. Había mucho cristiano procedente de Cataluña, Aragón, Italia y Occitania, pero la población mayoritaria, tanto en la ciudad como en el resto del reino de Valencia, era mora. Y las relaciones entre conquistadores y conquistados no eran cordiales. Ni tampoco entre los propios cristianos. Yo temía que estallara una revuelta en cualquier momento.

Sin embargo, Pedro estaba conmigo. Al infante no parecía preocuparle aquello y su presencia serena y poderosa me tranquilizaba. Y en aquel palacio amurallado, a la otra orilla del río, me sentía segura a pesar de sus frecuentes ausencias.

Una semana después de instalarme en aquel hermoso palacio supe que Inés Zapata, que había parido la tercera hija de Pedro, nos

había seguido a Valencia y se había instalado, con sus criados, en la ciudad.

—¡Continúan juntos! —exclamé desalentada al enterarme.

A ella la visitaba Pedro cuando no acudía a mi lecho. El infante era un hombre bien parecido y gentil y me había ido enamorando de él. Y cuando dormía conmigo, hacía precisamente eso, dormir. Yo me acercaba a él en la cama, tímida, y le acariciaba buscando las cicatrices de las heridas que, a pesar de su juventud, marcaban su cuerpo. Él me dejaba hacer y me correspondía, besándome las manos y las mejillas. Recorría mi piel, acariciándola, pero nunca llegaba hasta mi entrepierna. Lo que, en cierto modo, era un alivio. No quería que reparara en las humedades que aquellos mimos me provocaban. Me avergonzaba. En una ocasión en la que le noté los calzones más abultados que de costumbre traté, como me había aconsejado Bella, de acariciarle allí.

—¡No! —rugió él, severo—. ¡Aún no es el momento!

Y me dio la espalda para dormir. Yo también le di la espalda. No quería que él notara que lloraba. Su brusquedad y el rechazo me llenaban de tristeza. No conocía a aquella tal Inés que poseía a mi esposo, pero la imaginaba y la odiaba con todas mis fuerzas.

—¡Ay, aya! —me lamentaba—. ¡Es suyo, es de esa mujer! ¡Y a mí no me quiere!

—Debéis tener paciencia, hija —trataba de consolarme—. El momento llegará.

—¿Dónde vive?

—¿Quién?

—¡Ella!

—¿Por qué lo queréis saber?

—Porque si ella no estuviera… yo…

—¡Ni lo penséis! Es él quien la tiene que dejar. Conociendo al infante, si supiera que hacéis algo contra la mujer que ama, os repudiaría. Y jamás lo tendríais. Ni de una forma ni de otra.

Me cubrí el rostro con las manos y me puse a llorar.

—¡No lo puedo soportar, aya! Le quiero. Y detesto a esa mujer.

—Tened paciencia, niña. Todo llegará…

Hizo una pausa pensativa y en su frente aparecieron unas arrugas.

—Sin embargo —murmuró—, esa Inés no me preocupa tanto como…

—¿Como qué?

—Como que aún seáis virgen.

—Eso es malo, pero peor es esa mujer —dije enfadada—. Soy virgen por su culpa.

—Es malo independientemente de ella —continuó Bella—. El matrimonio no se ha consumado. Ante Dios, vos no sois la mujer de Pedro, ni él vuestro esposo.

—Pero nadie lo sabe.

—Lo sabe él, Pedro. —En los ojos oscuros de mi nodriza brillaba el temor—. La situación de vuestro padre se complica conforme pasan los días. Y puede que a Aragón deje de interesarle esa alianza. Alegando un matrimonio no consumado, Pedro podría repudiaros y casarse con otra.

—¡Pero les mostró a todos mi bata manchada de sangre! ¡Creen que lo hizo!

—Pero si afirma lo contrario, el papa le creerá —insistió Bella—. Al pontífice no le interesa la alianza de Sicilia y Aragón. Concedería la nulidad de inmediato.

Me encontraba lejos de mi patria, de mi padre y de mi familia. En un país que me era ajeno, rodeada de extraños, junto a un hombre que amaba a otra. Y ni siquiera estábamos casados. Aquella precariedad me producía vértigo.

—María Nicolosa —dijo Bella sonriendo, una tarde.

—¿María? —inquirí extrañada—. ¿Qué le ocurre a María?

María era una hermosa dama siciliana de dieciocho años, hija de uno de los nobles más fieles a mi padre. Me había acompañado a España y formaba parte de mi séquito.

—Sí, María Nicolosa —insistió.

—Pero ¿qué ocurre con ella?

—Que un clavo saca a otro clavo.

—¿Qué queréis decir?

—Odiáis a esa Inés porque vuestro esposo la ama. ¿Cierto?

—Así es.

—Es una relación larga y quizá pudiera durar toda la vida.

—¡Dios no lo quiera!

—Y vos no podéis competir con ella porque sois demasiado joven.

—Eso dice mi esposo.

—Pues usad a otra mujer para apartarlo de la primera.

—¿¡Pero qué decís!?

—Lo que estáis oyendo. Vuestro marido tiene fama de cumplir sus compromisos, y vete a saber qué le habrá prometido a esa. Pongámoslo a prueba. A ver si cae en la tentación.

—No veo qué puedo ganar yo con eso.

—Ese asunto dura ya demasiado, Constanza. Hay que romper esa relación.

Evoqué a María. Era muy hermosa y su figura mostraba curvas pronunciadas en los lugares adecuados. Además, tenía una bonita sonrisa, era lista y simpática. Moví la cabeza negando, preocupada. Demasiado atractiva.

—María es vuestra amiga y absolutamente fiel a la causa Hohenstaufen —continuó Bella—. Hará lo que le digáis. Incluso dejar a Pedro en el momento adecuado para que vos toméis el relevo. No creo que se resista, y si lo hace, su familia la obligará a obedecer. Además, siempre la podemos enviar de vuelta a Sicilia.

—¿Creéis que podría seducir a Pedro?

—Sí. —Mi nodriza me observaba—. He visto cómo él la mira.

Resoplé. No me gustaba aquello.

—¿Y ella? ¿Y María? ¡La vamos a sacrificar! —objeté.

Bella rio.

—¿No os habéis fijado en cómo ella mira al infante? Le gusta. No se va a sacrificar. La veo muy capaz de apartarlo de la otra y de tenerlo entretenido hasta que vos toméis su lugar.

—Pero ¿cómo podré seguir tratándola como amiga sabiendo que se acuesta con él?

—Deberéis hacerlo. Aprenderéis mucho sobre vuestro marido con lo que os cuente.

Cerré los ojos y, cabizbaja, negué de nuevo. Imaginaba a María en la cama con mi esposo. La rabia y la pena me atenazaban las tripas.

—¡No podré soportarlo! —me lamenté.

—¡Pues tendréis que hacerlo!

—¿Y qué ocurre si tienen hijos?

—Mejor que sean de ella que de otra. Vuestro marido dará títulos y honores a los bastardos. Y si no, vos se lo pediréis. Tendrán una buena vida.

—¿Y ella? ¿Quién querrá casarse con ella después?

Mi nodriza volvió a reír.

—No os preocupéis por eso. Muchos querrán, seguro que tendrán ganancia.

—No sé. —Yo continuaba indecisa. Aquello me contrariaba.

—¿Queréis que vuestro marido siga con esa Inés?

—¡No!

—Quizá no sepáis lo que queréis. Pero al menos sí sabéis lo que no. Hablaré con María.

—¿Y si se niega?

Bella sonrió.

—Los caballeros de la corte de vuestro esposo… —dijo.
—¿Qué?
—¿Darían la vida por salvar a Pedro en la batalla?
—Esa es su obligación.
—Pues la misma obligación tiene María para con vos.
Me quedé mirándola sorprendida.
—¡Esta es también una guerra! —concluyó la mujer.

5

Valencia – Zaragoza – Huesca – Barcelona – Valencia

María, la dama siciliana, se prestó a cumplir la misión encomendada por Bella sin resistirse demasiado. Pero antes quiso tener mi consentimiento y bendición.

—Perdonadme, señora —me dijo, llorosa, arrodillándose—. Perdonadme la ofensa que me obligáis a haceros.

Me emocioné. María era una excelente dama de compañía: alegre, algo picarona y divertida. La quería como a una amiga. Pero desde que Bella me expuso el plan para alejar a Inés, aun antes de que lo supiera la propia María, sentía rencor hacia ella. Sin embargo, ahora que se arrodillaba ante mí, humilde y sumisa, no podía odiarla por lo que iba a ocurrir, por mucho que me doliera. La ayudé a incorporarse para abrazarla entre lágrimas.

—No me ofenderéis —le murmuré al oído—. Me ayudáis.

Y la besé en ambas mejillas.

Era finales de diciembre cuando María inició el ataque. Bella era la estratega y quiso, al principio, mantenerme ignorante de los detalles para que no sufriera, pero yo era incapaz de permanecer al margen y exigí conocer de antemano todos los movimientos. Así que las tres nos reuníamos a diario, varias veces, en consejos de guerra.

Intercambiábamos ideas, impresiones, y nos informábamos de inmediato de cualquier novedad relacionada con nuestra conjura.

Con aquel juego, empecé a experimentar una morbosa mezcla de dolor, placer, curiosidad e impaciencia. Cuando Pedro se ausentaba de la corte, la vida se nos hacía aburrida.

Seguía las miradas y el coqueteo, sutil y elegante, casi imperceptible para los demás, de María. Me dije que debía aprender y me admiraba de lo bien que se le daba. Creía que nunca podría igualarla.

—En su mayor parte sale natural —repuso Bella cuando se lo expliqué.

—¿Quiere decir eso que a María le gusta Pedro? —inquirí acongojada.

—¡Pues claro! ¡Ya os lo dije! —me regañó mi aya—. Y dejaos de historias. Ya lo hablamos. Fijaos bien y cuando llegue vuestro turno, veréis lo fácil que es.

—¡Mi turno! —exclamé inquieta y temerosa—. ¿Cuándo llegará mi turno?

Pasamos el invierno en Valencia y, a pesar de sus muestras de interés, mi esposo no reaccionaba a la provocación. Al menos no físicamente. Empezábamos a sentirnos fracasadas.

—¡Está muy enamorado de esa Inés! —Me angustiaba.

—Tenéis que poner más de vuestra parte —le exigía Bella a María —. Debéis tocarle, como sin querer. Que parezca fortuito.

—¡Hago cuanto puedo! —se excusaba la dama, llorosa—. ¡Y no quiero que el infante piense mal de mí!

—No os preocupéis por eso —resoplaba Bella, enfadada—. ¡Si le provocáis lo suficiente, dejará de pensar!

María se entregaba al llanto.

—¡No quiero parecerle una buscona!

Y yo la abrazaba, besándole las mejillas para consolarla.

—¡Hace lo que puede, aya! —la defendía.

Pero al fin ocurrió. María nos contó, orgullosa, que al coincidir en un estrecho pasillo le sonrió, mirándole con intención, y se rozaron las caderas al cruzarse. De pronto, Pedro tiró de ella llevándola detrás de una cortina y la besó en la boca palpándole las nalgas. Ella le dejó hacer un corto espacio de tiempo para separarle después con gesto suave. Le miró de nuevo, soltó una leve risita y se fue moviendo armoniosamente las caderas. Pedro se quedó inmóvil contemplándola, y antes de abandonar el pasillo, ella giró la cabeza. Al verle mirándola, le volvió a sonreír.

—¡Muy bien! —aplaudió Bella.

Yo miré al suelo para después cerrar los ojos. Quise imaginar que yo era María y me dije que la única forma de poder soportar aquello era poniéndome en su lugar. Amaba a Pedro.

Cuando a finales de marzo tomamos el camino de Zaragoza, María y mi esposo ya se acostaban. Yo sufría y gozaba con los relatos de la dama. Y cuando Pedro compartía conmigo el lecho, cumpliendo supuestamente con su obligación marital, la pasión me torturaba al recordar lo oído. Una pasión que, por contenida, se hacía dolorosa e insoportable.

Aun así, cuando después de una corta estancia en Zaragoza llegamos a Huesca, donde el infante tenía posesiones, supimos que Inés Zapata se había instalado también allí.

—¿Cómo es posible? —me indigné.

—Hago todo lo que una mujer puede hacer, señora —repuso María humillando su cabeza.

—Lo sabemos, querida —replicó Bella—. Insiste.

¡Insiste!, pensé furiosa. Ahora, en lugar de una amante, Pedro tenía dos. Cuando le expresé mi enfado a mi nodriza, me dijo:

—¿Y de qué os quejáis? ¡Nunca supisteis cuántas tenía a un mismo tiempo!

La noticia llegó en agosto, mientras estábamos en Barcelona.

—María lleva más de dos meses sin sangrar —me informó Bella —. Está embarazada.

Yo tenía catorce años, camino de los quince, y había ganado en altura y formas. Mi nodriza me animaba diciendo que cada vez se me veía más mujer y más hermosa. Y yo sentía que el infante me miraba con mayor complacencia e incluso, a veces, elogiaba mi desarrollo, pero continuaba actuando como en la noche de bodas.

María tuvo un hijo de Pedro a finales de febrero de 1264. Poco después, Inés se instaló en un pueblo de Valencia y dejó de seguir a la corte. Las tres lo celebramos. ¡Al fin!

En enero del año siguiente María anunció que volvía a estar embarazada. A mí me faltaban cuatro meses para cumplir los dieciséis y Bella decidió que yo era ya lo bastante mujer.

El infante acababa de regresar a Valencia, donde se refugiaba la corte. Llegaba de guerrear en Murcia con los moros sublevados contra Castilla. Las noches de enero eran frías y apetecía el calor de otro cuerpo. María fingió sentirse muy mal para así negar su lecho al infante y este, poco acostumbrado a la abstinencia, puso su atención en mí. Mi cuerpo no había alcanzado aún la rotundidad del de María, pero iba por buen camino.

—No os dejéis influir por lo que María os ha contado —me advirtió Bella—. Cada pareja tiene su forma de relacionarse. Además, un hombre no espera lo mismo de una esposa que de una amante.

—Yo quiero ser esposa y amante —afirmé tajante.

Bella rio.

—Pero id despacio. Acumuláis mucho ardor.

Esa noche, como tantas veces hizo antes, Pedro recorrió mi cuerpo acariciándolo en el lecho. Aunque era distinto. Yo le deseaba con toda mi alma pero le dejaba hacer, conteniéndome. Como de costumbre. Sentía que me palpaba para comprobar si estaba madura, como si yo fuera una fruta cálida y rosada. Una fruta que le ansiaba a él, sus labios, su piel, sus dientes…, su entero ser. El roce de sus manos, suave a la vez que áspero, me estremecía.

—Por el amor de Dios, Pedro —musitaba yo sin que se me oyera —. ¡Amadme! ¡Por favor! ¡Os lo suplico!

Empezó a besarme, tierno, y yo creí derretirme, haciéndome, con la ternura de sus caricias, líquido y fuego. Me quitó las ropas, buscó mi boca con la suya e, incapaz de contenerme, le devolví el beso aunque traté de frenar, una vez más, mi pasión a punto de estallar. Entonces noté en Pedro el deseo y, como un torrente desbordado, me dejé ir y me entregué al tiempo que le hacía mío. Pedro era corpulento, fuerte y cálido. Por unos instantes, o por un tiempo infinito, el mundo dejó de existir. Solo estaba él. Los besos, las caricias, la pasión se fundían en ardiente torbellino. Sentía que mi cuerpo se abría para acoger el suyo y notaba cómo él iba, despacio, penetrando en mi interior, haciéndome suya. Nada de lo que me habían contado pudo anticipar el éxtasis, el dolor y el placer que sentí.

Aquella noche apenas dormimos. Era desfallecer unos momentos para que el fuego regresara a abrasarnos.

—Quizá no deberíamos haber esperado tanto —dijo él, con una sonrisa, en uno de los descansos.

—No tengáis la menor duda —repuse contundente.

Hacía ya casi tres años desde la boda. Y al fin era mujer. Su mujer. El matrimonio se había consumado y me convertía, a los ojos de Dios, en la esposa del infante Pedro de Aragón.

Tenía cuanto deseaba. Estaba muy enamorada, el infante me correspondía y había armonía entre ambos. Algo infrecuente en matrimonios convenidos. Sin embargo, no podía evitar preguntarme con frecuencia si mi esposo continuaba teniendo alguna amiga.

—Ni os preocupéis por eso —me decía Bella—. Ya no sois solo su esposa, sino también su amante. La única, de momento, que se sepa. —Sonreía—. ¡Se ve al infante tan feliz con vos!

Le devolví, dichosa, la sonrisa. ¡Había deseado tanto aquello!

Aunque mi nodriza callaba algo: Pedro continuaba viendo a María, a pesar de haberse apartado de la corte. Sentía un gran cariño por ella y por el primer hijo de ambos, al que llamaban Jaime, hijo de Pedro. Jaime Pérez. Debería haberlo supuesto. Pero yo, ignorante, era feliz.

6

Valencia, de abril de 1265 a marzo de 1266

A pesar de la felicidad que me proporcionaba la consumación de mi amor con Pedro, seguía añorando Sicilia y por encima de todo a mi padre. Mi esposo se rodeaba de trovadores, amaba la poesía y la música, componía y cantaba, incluso en provenzal, pero nuestra pequeña corte estaba lejos del esplendor de la siciliana. Y la del rey Jaime I de Aragón, su padre, más aún.

Yo recordaba el mar azul y el brillante cielo de Nápoles, de Sorrento, de Amalfi, de la isla de Capri. De Mesina y Palermo. Y en especial nuestra fastuosa corte. Mi progenitor logró igualar el esplendor de su padre, Federico Hohenstaufen, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el llamado *stupor mundi*, el hombre más brillante del siglo, que destacaba muy por encima del emperador de Bizancio, heredero de los antiguos romanos.

Decían que mi padre era el hombre más apuesto de Italia, pero no solo era agraciado, sino también culto, caballeroso y gentil. Incluso sus enemigos se sentían obligados a elogiarle. Excepto el papa, que le insultaba llamándole anticristo y cosas peores. Y a nuestra familia, los Hohenstaufen, «raza de escorpiones». Eran sucias mentiras. Nos calumniaba porque ni mi abuelo ni mi padre le

habían obedecido sin rechistar en asuntos terrenales, como él pretendía.

Cuando mi padre nació, mi abuelo aún seguía casado con su tercera esposa, aunque amaba a mi abuela, Blanca Lancia, su amiga. Y al enviudar contrajo matrimonio con ella, solo que el papa no quiso reconocerlo porque le había excomulgado. ¿Qué derecho puede estar por encima del amor? Manfredo no era un bastardo, como le infamaba el papa: era un hijo legítimo, fruto del amor, y lo prueba el hecho de que el emperador le nombrara heredero de Sicilia, si acaecía la muerte de su hijo mayor, como así ocurrió.

Recordaba los días de baile, de mi infancia. Las mesas, puestas en los jardines, donde se comía al aire libre, frente al mar de un intenso azul. Pérgolas con emparrados, rosas, perfumados jazmines y guirnaldas. Platos, copas y jarrones de plata y oro repletos de los más exóticos manjares, salsas y bebidas. Los músicos tocaban alegres y las damas danzaban, elegantes, acompañadas por gentiles caballeros. Los poetas y literatos, entre los que destacaba Pedro de Prezze, que declamaba en el más puro estilo de la escuela siciliana, arrancaban exclamaciones admiradas y aplausos. Mi propio padre, el rey, componía, tañía el laúd para sus invitados y cantaba. Y, en ocasiones, mostraba a las damas cómo cazaban sus halcones, pues dominaba el noble arte de la cetrería. El águila negra es el símbolo heráldico de los Hohenstaufen y los cortesanos bautizaban, entre risas, a las presas que los criados soltaban con los nombres de nuestros enemigos. Y aplaudían entusiasmados cuando los pájaros caían bajo las garras de las rapaces.

Yo cerraba los ojos y sonreía reviviendo toda aquella belleza y galanura. Y recordaba, en especial, a mi padre, alto, fuerte, apuesto, gentil y amoroso.

No obstante, una terrible sombra se cernía sobre aquel mundo amable. Y la desgracia empezó a forjarse con la proclamación del papa Clemente IV. Era un provenzal que había sido consejero íntimo

del rey francés y de inmediato se mostró insultante y agresivo con mi padre. Al poco, la flota provenzal de Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, reforzada con naves papales, empezó a atacar el reino de Sicilia. Las noticias llegaban con mucho retraso y yo estaba muy preocupada.

Los moros de Murcia se sublevaron de nuevo y Pedro partió al mando del ejército de mi suegro en ayuda de Castilla. Y en el hermoso palacio andalusí de Valencia, en el que nos instalamos, inquieta tanto por mi padre como por mi esposo, supe que estaba embarazada. ¡Qué alegría! De inmediato le envié un mensajero a Pedro. Me respondió, feliz, colmándome de elogios y bendiciones.

Pero la amenaza contra mi querido padre era cada vez mayor. Carlos de Anjou se había instalado en el palacio papal de Letrán en Roma y poco después el papa le coronaría rey de Sicilia. A finales de septiembre, un gran ejército francés partía de Lyon para arrebatarle el reino a mi padre.

—¡Por el amor de Dios! —le supliqué a Pedro, embarazada de ocho meses, cuando regresó a verme en una tregua—. ¡Ayudad a mi padre!

—¡No podéis imaginar cuánto me gustaría, mi señora! —repuso tomando triste mis manos para acariciarlas—. Como sabéis, el condado de Provenza pertenecía a la casa de Barcelona y mediante una cruzada auspiciada por el papa, los franceses mataron a mi abuelo y se apoderaron de él. Y ahora pertenece a Carlos gracias a un matrimonio forzado por Francia. Hace un año los marselleses se rebelaron contra su tiranía y nos pidieron ayuda. Pero, muy a mi pesar, mi padre se negó y Carlos, sin piedad alguna, hizo decapitar y ahorcar a todos los insurrectos. Ese hombre tiene una ambición desmesurada y es cruel en extremo. Y atacando a vuestro padre, se convierte en mi enemigo. Pero, aun deseándolo, no puedo ir contra él.

—¿Por qué no? —inquirí llorosa.

—Por muchas razones, mi señora —repuso sin soltar mis manos —. Bien sabéis que estamos en guerra contra los moriscos sublevados en Murcia.

—¡Pero Murcia pertenece a Castilla! ¡Que lo resuelvan ellos!

—Sí, pero Castilla no tiene los medios para reconquistar el reino. Y mi padre lo ha tomado como un asunto personal. Quiere someter a los rebeldes y devolver el reino a mi hermana mayor, Violante, reina de Castilla. Además, Carlos de Anjou es tío del heredero al trono de Francia, casado con mi hermana Isabel. Que hizo prometer a mi padre que no ayudaría al vuestro. ¡Lo siento mucho!

—Pero ¿no comprendéis que los franceses quieren hacer con mi padre lo mismo que hicieron con vuestro abuelo?

—Cierto. Matarle y quitarle lo que es suyo —murmuró cabizbajo —. Pero nada puedo hacer.

El día 4 del mes siguiente, noviembre de 1265, di a luz en Valencia a un varón. La alegría fue inmensa, en especial para Pedro y su padre. ¡La Corona de Aragón ya tenía heredero! Le llamamos Alfonso. Y si el Señor nos concedía la gracia de que sobreviviera, sería el tercer rey de ese nombre. Pedro estaba exultante y me colmó de regalos y cariño. Me sentía muy feliz. Al fin cumplía con mi destino.

Esa alegría solo desapareció cuando en febrero del año siguiente mi padre fue derrotado y muerto en la batalla de Benevento. Mi desgarro fue terrible. No podía comer ni dejar de llorar. La imagen de su rostro, sonriente y cariñoso, se me aparecía cada vez que cerraba los ojos. La tristeza me descomponía. Tampoco Bella me era, en esta ocasión, de gran consuelo. Su esposo, el padre de Roger, mi hermano de leche, había caído junto a mi padre en la batalla.

Carlos se apoderó del reino y mi madrastra trató de huir junto con mi hermana Beatriz y cuatro de mis hermanos bastardos más

pequeños. Pero él los capturó para encerrarlos en un triste castillo de por vida. Quería acabar, ayudado por el papa, con mi familia, la propietaria legal del reino de Sicilia. Pensar en el cruel destino de aquellos inocentes me partía el corazón. No solo mi padre, sino también el hermoso mundo en el que me crie acababan de desaparecer. Una cultura brillante y una hermosa forma de vida habían sido extinguidas. Nada me consolaba.

Una nube siniestra de tragedia se cernía sobre mi corte. La mayoría de las damas eran sicilianas. También sus hijos. Todas habíamos perdido padres, hermanos o abuelos. Los franceses se apoderaron de todo y a nadie le quedaba propiedad o herencia en Italia.

Temía también por mi propia suerte. El reino de Sicilia era ya francés, y todas las ventajas de comercio y navegación que mi matrimonio representaba para Cataluña, Valencia y Mallorca habían desaparecido. Además, mi padre no pudo completar el pago de mi dote antes de morir, faltaba la mitad. Y para empeorarlo yo era una Hohenstaufen y por lo tanto enemiga del papa. Me había convertido en una extranjera molesta, hija de un excomulgado muerto. Si mi suegro o mi esposo quisieran repudiarme, el papa Clemente IV no dudaría en conceder la nulidad de mi matrimonio.

Pedro conocía mi desconsuelo y no quise ocultarle mis temores.

—Mi padre nunca haría eso —me dijo—. Sois muy importante para mí. Y si en un ataque de locura se le ocurriera semejante villanía, me tendría enfrente. Con las armas, de ser preciso. Os defendería con mi vida. Os amo, Constanza.

Sus palabras me emocionaron, las lágrimas acudieron a mis ojos, y le abracé agradecida. El calor y la fuerza que notaba en su cuerpo me reconfortaban.

7

Valencia, 1 de septiembre de 1267

El amor de mi esposo y mi bebé me consolaban del dolor más agudo que me producía aquella terrible pérdida, aunque no podía olvidar a mi padre, ni el hermoso mundo de mi infancia destruido. El Señor quiso que aquel invierno nuestro amor diera otro fruto y quedé embarazada. Y el 10 de agosto del año siguiente, 1267, daba a luz, para alegría de todos, a un segundo varón al que llamamos Jaime, como su abuelo. Yo tenía dieciocho años y mi esposo acababa de cumplir veintisiete.

Fue entonces, recién parida, en septiembre, año y medio después de la muerte de mi padre, cuando recibí aquella visita procedente de Alemania. Era un día luminoso y me encontraba en el patio de naranjos del palacio andalusí de Valencia, a orillas del Turia. Los cuidados parterres, cuajados de rosas, las enramadas de jazmines que perfumaban el aire y el borboteo de la fuente central serenaban mi espíritu. Estaba bordando un paño de seda, sentada sobre unos almohadones al estilo moro. Mientras, una de mis damas tañía en su laúd una vieja tonada siciliana que me transportaba a Nápoles y Palermo.

—¡Juan de Prócida está aquí! —me interrumpió Bella, excitada—. ¡Debéis verle lo antes posible!

La miré sonriendo, sorprendida. Juan era un viejo amigo. Había servido fielmente a mi abuelo el emperador Federico II como médico y diplomático, y fue el preceptor de mi padre, su médico y embajador. Era como de la familia.

—¡Le recibiré en mis estancias! —exclamé impaciente.

Pero mi sonrisa se desvaneció de inmediato. Sabía que Juan había estado en la batalla en la que murieron mi padre y el marido de mi aya. Su relato nos partiría el corazón.

—Bella, creo que Roger debería acudir —le dije a mi nodriza en un susurro—. Hacedlo llamar, pero no a vuestra hija Margarita. Es demasiado joven.

Juan de Prócida tenía cincuenta y ocho años y estaba dotado de una gran vitalidad. Sus ojos oscuros brillaban aún intensos a pesar de su pelo y barba canos. Entró con paso decidido en mis estancias e hincó la rodilla.

—¡Levantaos, Juan! —le dije.

Me conocía desde la cuna, y también a Roger, al que saludó afectuosamente. Mi hermano de leche tenía ya diecisiete años y era un apuesto caballero de pelo oscuro, pómulos altos y grandes ojos castaños. Conversamos amablemente hasta que Roger abordó el asunto de la muerte de nuestros padres.

—Tengo entendido que estuvisteis en Benevento —dijo—. ¿Es así, señor?

—Así es.

—Quisiéramos saber, de primera mano, lo que allí ocurrió —le pidió.

Juan me miró esperando mi permiso y yo asentí con la cabeza.

—Nuestras tropas sarracenas, sin esperar órdenes, atacaron a la infantería francesa, que tuvo que retirarse —nos contó Juan, pausado, después de relatar la situación política y los movimientos

previos al combate—. Sin embargo, su caballería contraatacó dispersando a los moros. Entonces cargaron los caballeros alemanes, pero los franceses los vencieron y gran parte de nuestro ejército huyó. No sé si fue cobardía o traición. Vuestro padre el rey hubiera podido escapar, pero se lanzó contra el enemigo, al frente de sus caballeros, tratando de cambiar su destino.

Conocíamos demasiado bien el triste final y Bella dejó ir un sollozo. Yo no pude evitar unirme, en silencio, a su llanto.

—El rey fue derribado sobre el puente del río Calore y de inmediato sus caballeros le rodearon para protegerle.

En este punto Juan miró a Roger a los ojos:

—Vuestro padre, Ricardo de Lauria, era su gran privado y desmontó para asistirle. Nada pudo hacer y, mientras el combate se libraba sin cuartel a su alrededor, el rey, herido de muerte, agonizaba en sus brazos.

Roger, con una pena inmensa, me miró. Me puse la mano en el pecho, me faltaba el aire. Compartíamos el mismo dolor, el relato nos destrozaba. Deseé poder abrazarle como hacíamos de niños cuando algo nos entristecía, pero, por desgracia, ya no era apropiado.

—El de Anjou no les concedió tregua alguna —siguió contando Juan—. No quería apresarlos, sino matarlos. Y uno de sus secuaces, a traición, le hundió a Ricardo, que atendía al rey, una daga por el hueco que deja la armadura bajo el brazo. Murió a la vez que su señor, como el fiel y valiente caballero que era.

Bella se lamentó a media voz, implorando al Señor por el alma de su esposo. Y Roger no pudo contenerse, dejó ir un sollozo. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y su llanto se unió al nuestro.

—He sabido que Carlos envió una carta a su protector el papa congratulándose de su victoria. En ella decía que los cadáveres enemigos lo cubrían todo y no se veía el suelo. Después negó sepultura al rey Manfredo.

—¡Cómo pudo hacer algo tan miserable! —exclamé.

—¡Maldito sea! —gruñó Roger.

—Dijo que era un excomulgado. En realidad, no quería que quedara rastro de él, deseaba que su cuerpo se pudriera, lo comieran las alimañas y el viento dispersara los huesos. Pero los supervivientes del ejército siciliano empezaron a desfilar frente al cadáver de su rey depositando una piedra. Y al poco se les unieron los propios soldados angevinos en reconocimiento al valor de Manfredo. Hasta que se formó un gran túmulo.

—¿Y mi padre? —quiso saber Roger.

—Carlos negó también sepultura a vuestro padre y demás nobles. Sin embargo, los paisanos de Benevento terminaron enterrándolos en una fosa común.

—¿Y mi padre continúa bajo aquel túmulo? —inquirí angustiada.

—Días después, los de Benevento recuperaron su cuerpo y le dieron sepultura en algún lugar, que ignoramos, en la frontera del reino de Sicilia.

—Así que no podemos saber dónde descansan —se lamentó Bella.

El dolor apenas la dejaba hablar.

—No. De ninguno de ellos.

—¿Sabéis si ese, el que mató a traición a mi padre, sigue vivo? —preguntó Roger.

—Sí, lo está. Se llama Jerónimo Sambiese y el de Anjou le concedió como premio el feudo de Castrovillari.

—Castrovillari pertenece a mi familia —dijo Roger.

—A vuestra familia ya no le queda nada en Italia —sentenció Juan—. Ni siquiera una tumba donde rezar.

—Me acordaré de ese nombre. —Roger arrastraba las palabras, aún con lágrimas en los ojos—. Y también del de Carlos de Anjou.

—De ese último nos acordamos muchos y nos acordaremos por mucho tiempo —concluyó Juan.

—Ruego a Dios que me conceda la oportunidad de vengar a nuestros padres —murmuró el joven.

—Pronto la tendréis —asintió, solemne, Juan.

—Supimos que Carlos os castigó en vuestra familia —dijo Bella.

Comprendí que no quería oír las promesas de venganza de su hijo, ni tampoco lo que Juan le pudiera proponer. Quería desviar la conversación. La miré desaprobando su audacia y falta de tacto. Un rictus doloroso apareció en la faz del viejo caballero.

—Ocuparon nuestra isla de Prócida —explicó al rato. Le costaba hablar—. Mi hijo resistió y el capitán angevino lo mató. No contento con eso, maltrató a mi mujer y dejó que la soldadesca violara a mi hija.

—¡Dios mío! —exclamé.

Nos miró apretando con rabia las mandíbulas. Tenía lágrimas en los ojos. Nosotras respetamos, compungidas, su dolor. Lo compartíamos.

—Ahora tengo una misión —dijo con voz débil cuando se recuperó—. Una por la que entregaré mis últimas fuerzas y los últimos días de mi existencia.

—¿Qué misión es esa? —quise saber. Aunque la intuía.

—Vengar a los míos y liberar a Sicilia del yugo opresor de Carlos de Anjou.

—Lo mismo quiero yo —le dije—. Quiero vengar a mi querido padre.

Juan me pidió una audiencia con mi esposo. ¿Qué podía hacer yo sino ayudarle en lo posible?

—Venid conmigo —le dije—. No nos demoremos.

Encontramos a Pedro practicando a caballo con la maza de guerra contra un monigote que giraba sobre su eje, golpeando a los jinetes inexpertos. Conocía a Juan de nuestra boda y le atendió de

inmediato. Saltó de la montura, se secó el sudor con un paño y le honró evitando que se arrodillara.

—Conradino de Hohenstaufen, duque de Suabia, rey de Jerusalén y primo de vuestra esposa, es ahora el heredero legal del reino —le explicó Juan a Pedro una vez que tomamos asiento y unos pajes trajeron unos refrescos de chufa, canela y limón—. Por mucho que ese papa francés haya coronado rey al usurpador Carlos. Conradino cruzará pronto los Alpes con su ejército para entrar en Italia, donde tiene amigos y aliados. Entre ellos, Enrique, el infante de Castilla, que como sabéis es senador de Roma y domina la ciudad y el Lacio. Desde la muerte del rey Manfredo recorro Europa en busca de apoyos a su causa. Señor, uníos a nosotros. Vuestro deber es vengar al padre de vuestra esposa.

Pedro quedó pensativo.

—Ciertas son vuestras palabras, amigo Juan —respondió—. Mi deber es vengarle. Y ardo en deseos de castigar a Carlos, al que considero mi enemigo. Me encantaría acudir al frente de mis caballeros en apoyo de Conradino. Pero la situación de los reinos de mi padre lo impide. Los moriscos se sublevan continuamente, y los nobles catalanes y aragoneses que, armas en mano, exigen mayores poderes y privilegios son aún peores. Además, mi padre prohibiría mi intervención. No quiere enemistarse con el papa.

Contemplé a mi esposo. Se quedó mirando a mi viejo médico con expresión contrariada. Tenía los músculos tensos y la mandíbula apretada. Se sentía atado de manos y yo adivinaba cuánto le disgustaba tener que negarse.

—Regresad en otra ocasión, amigo Juan. —Trataba de sonreír sin lograrlo—. Quizá tengamos más suerte.

Me sentí disgustada al tiempo que aliviada. Deseaba ayudar a mi primo y vengar a mi padre. Pero no que Pedro fuera a luchar a Italia. Le quería a mi lado.

Sin embargo, continuaba preocupada. Ahora por mi hermano Roger. Le había visto muy afectado con el relato de la muerte de nuestros padres y me inquietaban sus deseos de venganza. Tenía pendiente hablar con Bella al respecto, pero mi nodriza se me adelantó: fue ella, al día siguiente, la que vino a mí llorando. «Roger va a unirse a las tropas de Conradino», me dijo con la faz descompuesta. Le hice llamar.

—Siento vuestra misma rabia y dolor, hermano —le dije—. Y comprendo que queráis vengar a nuestros padres.

—Así es, señora —repuso muy serio.

—Pero yo os quiero a nuestro lado —continué—. Me debéis fidelidad. Y también a Pedro, que os ha nombrado caballero y que nos acoge. Olvidaos de Sicilia. Si el infante no va a esa guerra, vos tampoco. Quedaos en España y usad vuestra espada en la defensa de mi esposo.

—Señora, no…

Me miraba ceñudo y determinado.

—¡Os lo ordeno! —le corté.

Era la primera vez que usaba una frase y un tono tan severos con mi amigo de la infancia. Me contempló con sorpresa y dolor.

—Tenemos demasiados enemigos aquí —proseguí, enérgica—. Vos, vuestra madre y nuestros amigos sicilianos no sois más que unos refugiados, unos sin tierra. Yo también lo soy. Si Pedro muere, nuestro futuro será más que incierto. Él nos protege y me consta que le quieren matar.

Observé el efecto de mis palabras. Había suavizado su expresión.

—Seguid a nuestro lado, hermano —continué, ahora dulce—. Por el amor que os tengo y el que tengo a mi esposo. Os lo suplico, Roger. Defended a mi marido. Prometedme que lo haréis. Nosotros, los sicilianos exiliados, somos su más fiel apoyo. Está enemistado con su padre y muchos le quieren mal.

Se mantuvo un tiempo cabizbajo, pensativo y melancólico.

—Os lo prometo, señora —murmuró al rato.

Sentí un gran alivio. Sabía que Roger, a pesar de su juventud, era un valiente caballero fiel a su palabra.

SEGUNDA PARTE

Conradino

8

Tagliacozzo, 23 de agosto de 1268

Conradino se puso en pie sobre los estribos de su caballo de batalla y elevó su estandarte cuanto pudo. El águila negra de los Hohenstaufen ondeó arriba, como si estuviera viva y aleteara. Los cincuenta caballeros que le acompañaban le aclamaron.

El tirano, el usurpador, el arrogante Carlos de Anjou había sido derrotado.

El potente sol de mediodía, en el centro de Italia, parecía querer aplastar a cualquier ser vivo contra el suelo. El calor era terrible, y el campo, cubierto de cadáveres, rocas y matorrales, olía a polvo, excrementos y sangre. Algunos heridos se lamentaban sin nadie que los auxiliara.

A sus dieciséis años, Conradino era un apuesto muchacho rubio de ojos azules. Se había quitado la celada y sonreía feliz. Notaba un nudo en la garganta. La emoción le podía, pero trataba de disimularlo frente a su tropa. ¡Era su primera batalla! ¡Y había vencido! Vengaba a su familia y recuperaba lo que, por derecho, era suyo.

—Gracias, Señor, Dios mío —murmuró—. Gracias por hacer justicia.

Su primo Federico, príncipe de Baden-Baden y Austria, le imitó, incorporándose sobre los estribos de su montura y elevando la enseña que portaba. La gran cruz griega dorada sobre fondo blanco, con cuatro cruces menores entre sus brazos, símbolo del reino de Jerusalén, ondeó junto al águila negra.

—¡Viva el rey de Jerusalén! —gritó Federico.

Los caballeros vitorearon a Conradino, rey titular de Jerusalén.

—¡Viva el duque de Suabia! —continuó.

Todos aclamaron de nuevo a Conradino. El chico seducía, más incluso que por su apostura, por sus formas corteses, simpatía e inteligencia. Era un nieto digno de un gran emperador.

—¡Y rey de Sicilia!

Más vítores.

El muchacho no pudo evitar las lágrimas, miró a Federico y sin desmontar le abrazó. Era dos años mayor que él y su mejor amigo. Ambos huérfanos de padre, se habían criado en la corte bávara, soñando con grandes batallas y victorias. Como aquella. Él le había animado a recuperar el reino de Sicilia, suyo por herencia, y que comprendía tanto la isla de dicho nombre como todo el sur de la península itálica.

¡Y había vencido!, a pesar de los timoratos consejos de muchos nobles alemanes entre los que se encontraban sus propios tíos, que se amedrentaron tan pronto el papa empezó a excomulgarlos.

—¡Carlos de Anjou ha sido derrotado y muerto! —le recordó su primo—. ¡Y vos, Conradino de Hohenstaufen, sois ya rey de Sicilia! Como lo fue vuestro padre y antes vuestro abuelo.

Enrique, infante de Castilla, había prometido matar con sus propias manos a su primo Carlos de Anjou. Por avariento, miserable y traidor.

Al contrario que Conradino, Enrique, hermano menor del rey de Castilla, era un guerrero curtido en múltiples batallas. En España, contra los moros y contra su propio hermano. Y después en Túnez, donde había logrado grandes victorias y amasado una considerable fortuna. A sus treinta y ocho años poseía un físico poderoso y era un general tan autoritario como admirado.

Cuando el papa le adjudicó a Carlos de Anjou el reino de Sicilia, este pidió ayuda a Enrique para conquistarlo. El infante de Castilla quiso, a cambio, que su primo influyera en Clemente IV para nombrarle rey de la isla de Córcega. El francés aceptó y Enrique se puso a su servicio con su ejército de caballeros castellanos. Y le prestó sesenta mil onzas de oro, una cantidad mayor que la dote de una reina.

Sin embargo, una vez sometido el reino de Sicilia, Carlos le traicionó de la forma más infame, y pidió al papa que le nombrara a él rey de Córcega. No le bastaba con poseer media Italia.

El pontífice, prudente, no quiso decantarse ni por uno ni por otro y alegó que la conquista era una empresa inasumible en aquellos momentos. Los pisanos, enemigos suyos, controlaban la isla, y dijo que era mejor esperar. Entonces el infante de Castilla, indignado, exigió la devolución de su dinero. Y Carlos se negó.

Los opositores al papa, que aceptaban su autoridad espiritual pero no la terrenal, y que controlaban por aquel entonces Roma, vieron en la furia del castellano una oportunidad y le ofrecieron el cargo de senador. El título de senador de Roma confería la máxima autoridad política y militar tanto en la ciudad como en la región del Lacio. Enrique aceptó. Y con ello se situó frente a Carlos y al papa.

Enrique de Castilla estaba decidido a que su primo perdiera el reino que él le había ayudado a conquistar y se convirtió en el mayor apoyo de Conradino en Italia. Fue el infante quien organizó su entrada triunfal en Roma, donde el chico fue aclamado por las calles no solo como rey de Sicilia, sino también como emperador.

Desde el inicio de la batalla, el infante ansiaba encontrarse con su primo. Situó a sus caballeros castellanos y romanos en segunda línea y cuando las vanguardias de los ejércitos chocaron, condujo a sus mejores hombres, sin ser visto, hacia un vado que cruzaba el río. Y atacó el flanco del cuerpo central del ejército francés por sorpresa. Cargaron con las lanzas y se abrieron paso, a golpe de espada, hacia el estandarte de las flores de lis. Allí estaba el maldito Carlos. Enrique reconoció los ropajes de su primo y cayó sobre él, junto con sus hombres, como un enjambre de avispas furiosas. Los franceses se defendieron con bravura pero, al poco, el de Anjou se desplomaba con múltiples heridas y era alanceado en el suelo. Enrique soltó un grito triunfal y se apoderó de la enseña de Carlos. Entonces el ejército francés se descompuso y su vanguardia cedió frente a la de Conradino, que la arrasó. Los franceses y sus aliados italianos se vieron derrotados y empezaron a huir. Y se produjo una gran matanza. Enrique sabía que aquel era el momento de acabar de una vez por todas con el enemigo. Había que machacarle para evitar que se pudiera rehacer. No se podía conceder tregua. E inició la persecución de los que trataban de escapar rumbo a las montañas.

Ricardo von Blum era el comandante de la guardia personal de Conradino y apreciaba mucho a aquel chico, que era poco más que un niño. Unió sus vítores a los de los demás, pero no se despojó de la celada como hizo la mayoría, a pesar de que el hierro ardía. Solo levantó la visera. Aquella victoria había sido demasiado fácil. Notaba aún el peligro.

Había sido halconero de Federico II, el abuelo de Conradino, que le había nombrado caballero y cubierto de honores. La dinastía del águila negra, los Hohenstaufen, tenía su total lealtad y estaba dispuesto a dar su vida por el muchacho. Dos años antes había

participado en la batalla de Benevento, donde el rey Manfredo fue derrotado y muerto por Carlos, que le robó el reino.

Desde la elevación en que se encontraban, Ricardo observó el campo de batalla. La caballería perseguía a los franceses derrotados que huían, y las tropas de a pie, formadas por alemanes, italianos y musulmanes de Italia, remataban a los vencidos, y saqueaban sus cuerpos y el campamento enemigo. La mayoría de los caídos eran mercenarios y cargaban todas sus posesiones con ellos. Había mucho oro.

El ejército estaba disperso, se dijo Ricardo, mientras oteaba inquieto.

—Demasiado fácil —le comentó bajando la voz a su cuñado Pascale Coppola.

Pascale, de veintiocho años, había sido gobernador de Brindisi con el rey Manfredo. Fiel a los Hohenstaufen, conservaba, de la batalla donde los franceses mataron al rey, una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha para perderse en su negra barba. Coincidía con su cuñado. Había sido demasiado fácil.

Se puso de pie sobre los estribos de su caballo para observar mejor el campo de batalla.

—Demasiado fácil —repitió.

Él también olfateaba el peligro.

9

Tagliacozzo, el mismo día

Carlos de Anjou contemplaba inquieto el combate. Vio cómo Enrique caía sobre el flanco del cuerpo central de su ejército y cómo el pendón de Castilla se abría paso como un vendaval entre sus soldados. Pronto llegaría al corazón de su hueste. Allí ondeaba la flor de lis junto a su mariscal, que, para engañar al enemigo, vestía la armadura de combate y los ropajes del propio Carlos.

—Ataquemos ya, señor —le imploró su portaestandarte—. Están exterminando a los nuestros. Matarán al mariscal. ¡Vayamos en su ayuda!

—Aún no —murmuró Carlos entre dientes.

Carlos, conde de Anjou, de Maine, Forcalquier y Provenza, era el hermano menor del rey de Francia. Tenía cuarenta y dos años. Era alto, musculoso, de tez cetrina y mostraba la larga nariz propia de la dinastía Capeto. Esperaba junto a sus mil mejores caballeros, todos franceses, escondido en un bosquecillo a poco más de un kilómetro del campo de batalla. Su estrategia funcionaba. Los exploradores enemigos no le habían detectado, ignoraban que se escondían allí, en la sombra.

Vio cómo los hombres del infante Enrique capturaban su enseña y mataban y remataban a su mariscal, creyendo que era él. Pero no

se movió. Ni por un momento había considerado acudir en su auxilio.

Estaba preocupado. Los de Conradino habían derrotado demasiado aprisa a su ejército. Desde la distancia podía ver cómo masacraban a sus tropas. Si el enemigo no se dispersaba, la batalla estaba perdida. Consideró huir sin entrar en combate. Pero decidió esperar.

—¡Vayamos en su ayuda! —insistió el caballero—. Están asesinando a los nuestros. Los aniquilan. No quedará ninguno.

Carlos no movió un músculo. Observaba atentamente. Conforme los de Conradino exterminaban a los suyos, también se desperdigaban y se entregaban al saqueo. Ya no obedecían a sus mandos. La caballería del infante de Castilla empezó a distanciarse persiguiendo los restos de su ejército. El calor y el sol, que caía a plomo, agotaban a los combatientes. Por el contrario, los suyos descansaban en la frescura del bosque.

¿Atacar o huir?, se preguntó Carlos de nuevo. No huiría, se dijo. Él era el elegido de Dios. El protegido y protector del papa. Ya lo cantaban los trovadores: «Carlos será el señor de la mayor parte del mundo. A él pertenece y a él está destinado». Él superaría en poder y honores a su hermano Luis IX de Francia. Era ya rey de Sicilia y Nápoles y pronto lo sería de Albania. Dominaría el resto de Italia y después Grecia y Asia Menor. Sería el emperador de Bizancio. Ese era su destino y contaba con la bendición papal. Iba a atacar, pero antes esperaría a que el enemigo se agotara y se dispersara más aún.

—Aguardaremos —repuso mirando al caballero con una sonrisa confiada—. Y no os preocupéis. Les será difícil alcanzar a nuestra caballería en desbandada. Y la mayoría de los infantes son mercenarios. Cuantos más mueran, menos habrá que pagar.

El portaestandarte tragó saliva y trató de devolverle la sonrisa. Se alegraba de encontrarse escondido en el bosque y no entre sus

camaradas derrotados.

Ya no se veía ni al infante Enrique ni el pendón de Castilla. Y entonces Carlos divisó, ondeando, la enseña del águila de los Hohenstaufen y después la de las cruces de Jerusalén. ¿Cómo podía aquel chiquillo ser rey de Jerusalén? Envidiaba aquel título sin apenas tierras pero de gran prestigio. Conradino no lo merecía.

¡Y le tenía localizado! El muchacho se delataba al mostrar sus divisas. Todos se habían lanzado al exterminio de los vencidos y él se había quedado solo en un pequeño promontorio, con apenas un puñado de caballeros, rodeado por un campo de cadáveres y un ejército disperso. Y debía morir.

—¡Preparados! —gritó.

Los caballeros se encasquetaron las celadas, tomaron sus lanzas y el portaestandarte hizo ondear la bandera de la flor de lis.

—¡Al ataque! —ordenó—. ¡Por Francia, por Anjou y por el papa!

La tropa respondió con un grito y se lanzó al galope hacia Conradino.

—¡Atención! —alertó Ricardo alzándose sobre los estribos y señalando la polvareda que formaba la caballería francesa.

—Es el infante don Enrique que regresa —observó el general Galvano Lancia.

Galvano, de sesenta y dos años, era un hombre de barba canosa y frente arrugada perteneciente a la antigua nobleza siciliana, y Constanza, la consorte de Pedro de Aragón, era su sobrina nieta.

—¡No, no lo es! —repuso Ricardo—. ¡Ondean la flor de lis!

Conradino miró alarmado hacia donde Ricardo señalaba. Y lo vio.

—¡Es caballería pesada! —exclamó Pascale, el caballero de la cicatriz en la cara—. ¡Y vienen a cientos!

—¡Preparaos para el combate! —ordenó Conradino.

—Si les hacemos frente, nos destrozarán —le advirtió Ricardo—. ¡No quiero veros morir como vi a vuestro tío Manfredo! Sois nuestra última esperanza, sin vos nuestra causa está perdida. Retiraos ahora para poder continuar la lucha.

—¡No abandonaré el campo sin combatir! —objetó el chico.

—La batalla está perdida —repuso Pascale—. Poneos a salvo. ¡Nosotros los detendremos!

Conradino miró interrogante a su primo y a Galvano Lancia.

—Están en lo cierto —confirmó este—. Si el infante don Enrique no aparece de inmediato, estamos perdidos. Y no se le ve. Yo os acompañaré. Ellos los detendrán. Ahora no tenemos posibilidad alguna. Aunque, si la batalla cambia de signo, regresaremos para combatir. ¡Seguidme!

Galvano se adelantó dando la espalda a los franceses. Su hijo y otros aristócratas le imitaron. Conradino y su primo los contemplaron dubitativos, sin moverse.

—¡Seguidle, señor! —le gritó Ricardo.

—No puedo abandonaros —musitó el muchacho.

Los cascos de la caballería angevina retumbaban en el suelo seco levantando una nube de ardiente polvo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Los tenemos encima! —insistió Pascale —. La causa es más importante que las personas. Y vos la representáis. ¡Salvaos y salvaréis nuestra causa!

Y palmoteó con fuerza la grupa del caballo de Conradino. El animal fue hacia donde se encontraban los nobles dispuestos a huir.

—¡Que Dios os bendiga! —exclamó aquel chico, casi un niño, que por un momento había sido rey de Sicilia—. Recordaré esto. Os lo he de agradecer y compensar, si el Señor lo permite.

Se quedó un momento mirando con ojos brillantes a los caballeros que le protegían y después se caló la celada. Odiaba

abandonar a los que iban a dar su vida por él. Tragó saliva y puso su caballo al galope siguiendo a los demás.

—Dudo que el Señor lo permita —murmuró entre dientes Ricardo —. ¡Lanzas al ristre! —ordenó a la guardia que iba a proteger la retirada. Se caló la visera.

—Señor, Dios mío, Virgen María —rezó Pascale—. Apiadaos de mi esposa y de mis hijos. ¡Protegedlos, os lo suplico!

—Nos veremos en la otra vida, querido amigo —le dijo Ricardo.

—Hasta pronto.

Y musitando un padrenuestro, Ricardo y Pascale cargaron contra el muro de acero que se acercaba a toda velocidad. Los demás los siguieron. Ya solo les quedaba el honor.

El infante de Castilla supo que algo iba mal cuando, persiguiendo a lo que quedaba de la caballería francesa, uno de sus hombres le agarró del brazo. Levantó la visera de su casco y de un grito detuvo a los que le acompañaban. No eran más de diez.

—¡Mirad! —le dijo el caballero.

Y vio en la distancia cómo una gran polvareda avanzaba hacia el promontorio en el que se elevaban las enseñas de Conradino.

—¡Maldición! —exclamó al comprender lo que ocurría.

Su gente estaba dispersa y los caballos mostraban el cansancio del galope y de aquel horrible calor.

—¡Reagrupad la mesnada! —ordenó, aun sabiendo cuán difícil era.

Al rato consiguió reunir a un grupo de casi doscientos caballeros castellanos, italianos y alemanes y se lanzó contra los franceses. Los estandartes del águila y de la cruz de Jerusalén habían desaparecido y se preguntó qué habría sido de Conradino. Una unidad de caballería, enarbolando la flor de lis, salió a hacerles frente, pero los del infante los arrollaron.

—¡No los persigáis! —gritó el de Castilla—. ¡Mantened la formación!

Sin embargo envalentonados y sin poderle oír, la mayoría de los jinetes italianos y germanos rompieron filas para alcanzar a los que huían.

Parecía que el ejército de Carlos se derrumbaba, pero los que se retiraban, al llegar donde estaba el grueso de las tropas, dieron la vuelta y, todos juntos, cargaron contra sus perseguidores. Estos, desorganizados, no pudieron presentar batalla.

Enrique de Castilla trató de restablecer el orden, formar una vanguardia y atacar de nuevo. Sin embargo, los caballos estaban agotados y sus jinetes, sofocados por el calor y abatidos por el cansancio. Los castellanos empezaron a caer como hojas de árbol en otoño. Enrique comprendió que no había nada que hacer. También a él le costaba levantar la espada y sostener el escudo.

—¡Retirada! —gritó.

La batalla estaba perdida. Todo aquel que aún podía sostenerse sobre su montura huyó abandonando a los demás. Ahora se trataba de salvar la vida. No iba a ser fácil.

10

Torre Astura, 1 de septiembre de 1268

Conradino y su primo Federico, junto con varios nobles y caballeros, lograron llegar a Roma unos días después de la batalla. Por fortuna, los franceses no se habían reorganizado aún y descubrieron un camino que evitaba el grueso de sus tropas. El muchacho confiaba en encontrar refugio allí. Recordaba la entusiasta recepción que el pueblo romano le había dispensado un mes antes. Le aclamaban como emperador. Pero Guido, el lugarteniente de Enrique de Castilla, que controlaba la ciudad, se negó a recibirle. La hostilidad hacia el joven y fugaz rey de Sicilia era patente en las calles. Roma cambiaba de color rápidamente. Sus amigos se escondían y los güelfos mostraban orgullosos los estandartes papales y las flores de lis.

La comitiva se apresuró a abandonar la ciudad en busca de un lugar seguro y una vía de escape. Regresaron sobre sus pasos para refugiarse en Saracinesco, a un día de camino de Roma. La plaza estaba gobernada por una hija de Galvano Lancia, el viejo general que, junto a Enrique de Castilla, había comandado las tropas de Conradino en la batalla.

—Olvidaos de cruzar los Apeninos para uniros a los rebeldes de Apulia —le aconsejó Galvano—. Es lo que espera Carlos. Pondrá gente al acecho. Os recomiendo buscar una nave en la costa del

Tirreno que os lleve a Pisa o Génova, y de allí viajar a Alemania. La aventura en Italia ha terminado para vos de momento. Aquí solo os espera la muerte.

—¿Qué opináis, Federico? —le preguntó el joven a su primo cuando se quedaron a solas.

—Los Lancia nos son fieles —repuso él—. Y las noticias que llegan confirman sus palabras. El de Anjou es capaz de las mayores atrocidades.

Conradino se mordió el labio inferior y afirmó con la cabeza. Acababan de saber que el francés había iniciado una cruel campaña de terror. Había ordenado que a todos los arqueros capturados en la batalla se les cortaran las manos. Y que a los jinetes se les amputaran los pies. Después los hizo encerrar en casas de madera y les prendió fuego para que murieran abrasados.

—Regresemos, pues, a Alemania —concluyó el chico.

Carlos se sentía exultante después de su gran victoria. Era ya el rey indiscutible de Sicilia y sumaba el reino a sus extensos dominios en Francia. Solo le faltaba capturar al último Hohenstaufen, a Conradino. Y se apresuró a enviar correos a todos los nobles italianos, le hubieran apoyado o no, con amenazas de terribles castigos a quien acogiera al muchacho y con la promesa de una gran recompensa para quien lo delatara. A su protector, el papa, le envió una carta en la que le informaba de la victoria en los siguientes términos: «Incorpórese, padre, y coma de la caza de su hijo. Y así me bendecirá».

El papa Clemente IV, protegido tras los muros de la ciudad fortificada de Viterbo, a ochenta kilómetros al norte de Roma, recibió la noticia con un alivio infinito. Los justos, la gente de Dios, habían

vencido. Y la estirpe del anticristo, los Hohenstaufen, había sido derrotada.

En Viterbo se sentía seguro, la población le era fiel, no como en Roma, donde los papas franceses, y el dominio de Francia, incomodaban provocando hostilidad. Más aún en su caso, pues antes de tomar los hábitos había sido consejero del rey francés, el hermano de Carlos. Las potentes murallas de la ciudad y su situación le permitían soportar un asedio, pero ahora que su protegido había vencido, podía estar tranquilo.

Mandó echar las campanas al vuelo en señal de alegría. Y, a pesar de sus casi setenta años y sus achaques, desfiló por la ciudad, junto a sus cardenales fieles, en una procesión de acción de gracias donde no se escatimó el incienso y los cánticos de aleluya. Repartía saludos y sonrisas y la gente le ovacionaba. Después ofició una solemne misa.

Sin embargo, la cita bíblica con la que Carlos se congratulaba le contrariaba. «Incorpórese, padre, y coma de la caza de su hijo. Y así me bendecirá.» Era de mal gusto y desafortunada. Porque la caza que en este caso el hijo, Carlos, le ofrecía al padre, él, el papa, consistía en vidas humanas. Y la palabra *comer*, en ese contexto, le producía náuseas.

Tampoco el pasaje bíblico era acertado. Se refería al episodio en el que Jacob, mediante engaños, le roba a su padre la bendición que tenía destinada a su hermano Esaú, al que le correspondía por derecho de primogenitura. Y era Conradino quien poseía, en opinión de la realeza europea, el derecho sucesorio sobre el reino de Sicilia.

Había arrogancia y descaro en aquella misiva y Clemente IV se preguntó de nuevo si aquel hombre tan altanero y ambicioso era el paladín adecuado para la Iglesia.

El de Anjou tenía sus propios objetivos y cuando no coincidían con los del papado negociaba hasta que el pontífice cedía. El antecesor de Clemente, que había ofrecido a Carlos el trono de

Sicilia, también era francés. La suya, por diversos motivos, era una potente alianza. Pero muchas veces sentía que no era Carlos quien estaba al servicio del papado, sino al contrario. Aun así, no tenía otra alternativa. Le bendeciría, tal como le pedía.

Galvano decidió abandonar la precaria seguridad de Saracinesco para acompañar, junto con su hijo Galeotto, a Conradino en su periplo en busca de una nave. No podía permanecer en aquel lugar más tiempo sin comprometer la vida de su hija.

—Vayamos a Torre Astura —propuso—. Su señor es un viejo amigo, fiel a la dinastía Hohenstaufen. Allí podréis embarcar hacia Pisa.

—Esto no termina aquí, viejo amigo —le aseguró Conradino—. ¡Volveré!

—¡Que el Señor os escuche!

El viejo general guio la comitiva en una larga jornada; habían partido antes del alba y mantuvieron los caballos al paso y al trote hasta el enclave costero de Astura, situado a una distancia que normalmente representaría dos días de camino. Atardecía cuando cruzaron un denso pinar y de pronto aparecieron entre los árboles el mar y Torre Astura.

Su visión impresionó a Conradino y a su primo. Se encontraba sobre una isleta, situada en el extremo de una península y orientada al sur. Consistía en una gran torre pentagonal, rodeada de edificaciones protegidas por altos muros que caían verticales sobre las aguas. Un largo puente de ladrillo conducía a la única puerta de acceso. El sol, camino del ocaso, enrojecía los muros del castillo, destacándolo sobre el fondo de nubes levantinas, azul oscuro, que anunciaban tormenta. El mar estaba agitado y largas olas de espuma blanca mojaban las patas de los caballos.

—¡Galvano Lancia! —gritó el general, que se adelantó por el puente mientras la comitiva le esperaba en la orilla.

Unos ballesteros les apuntaban desde las almenas.

—Espero que continúen siéndonos fieles —le murmuró Conradino a su primo.

Al poco se abrió la puerta y Galvano hizo seña para que se reunieran con él. Federico miró interrogante a su primo, que se encogió de hombros. No quedaba más opción. Conradino azuzó a su montura hacia el puente.

Después de la primera puerta encontraron un pequeño patio, expuesto, como el puente, a los disparos de los arqueros, y otra puerta situada en ángulo recto. Cruzaron un oscuro pasadizo y entraron en un patio mayor que el anterior. Allí los aguardaba el señor del castillo, un hombre alto y delgado de unos cincuenta años, de escaso pelo castaño y canoso y barba rala. Abrazó a su amigo Galvano y una vez que el general anunció a sus acompañantes, hincó la rodilla en señal de reverencia frente a Conradino.

—Bienvenido, señor, a mi castillo —le dijo—. Esta noche tendremos tormenta y el mar, mañana, no estará en condiciones. Pero pasado tendréis una nave que os conducirá a Pisa. Sois mis huéspedes y estáis a salvo.

Conradino, emocionado, le dedicó unas palabras de agradecimiento. Una vez que se refrescaron, cenaron con abundancia de vino y brindis a la salud de los Hohenstaufen.

—Ya queda poco para dejar atrás esta pesadilla —le dijo Federico a su primo cuando se acostaron.

—Esto no es como soñábamos de niños —repuso Conradino—. Pero no ha terminado. ¡Volveremos!

Atrancaron la puerta de la estancia y se metieron en el lecho. La tormenta arreciaba fuera y el agua de la lluvia y del mar golpeaba los muros y una única ventana de cristal emplomado.

No había amanecido cuando Conradino se debatía en sueños. Unos individuos sin rostro trataban de sujetarle. Entonces un grito de Federico, llamándole, le despertó. Y comprendió que le estaban maniatando.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

Y vio una luz que surgía de la chimenea. Era verano y estaba apagada. ¡Un pasadizo secreto!

Rompía el alba cuando el señor del castillo se reunió con sus huéspedes, ahora prisioneros, en el patio. Sus ojeras denotaban una noche de insomnio.

—Lo siento mucho, Galvano —le dijo a su amigo—. Pero yo no os invité. De haberlo sabido, os hubiera rogado que no vinierais. —Y levantó un documento para que todos lo vieran—: Recibí esta carta de Carlos de Anjou con amenazas. De haberos ayudado, se habría enterado y me habría torturado, junto con mi familia, antes de matarnos.

Galvano, maniatado y sujeto por dos soldados, le contemplaba en silencio apretando las mandíbulas. No tenía palabras. Sentía una gran decepción y desgarro, pero le comprendía.

—¡Traidor! —le espetó el joven Lancia, sujeto al igual que su padre y el resto.

—Lo siento mucho —insistió el señor de Torre Astura, que miraba con ojos húmedos a su amigo Galvano—. Pero antes es la familia que la amistad.

Nadie más habló.

11

Gaeta, 4 de septiembre de 1268

Carlos sonrió satisfecho cuando tuvo delante a los prisioneros. Su captura consolidaba su victoria. Se encontraban en el castillo de Gaeta, una ciudad con fama de invulnerable, construida en una península fortificada, dentro ya del reino de Sicilia, a dos días de camino al sur de Torre Astura. El rey estaba apoltronado en un sillón sobre una tarima alfombrada, de forma que su cabeza quedaba por encima de la de los cautivos, que estaban de pie. Era la primera vez que se encontraba cara a cara con Conradino y su primo Federico. Los jóvenes no mostraban aquel aspecto hermoso y radiante que todos alababan. Pero a pesar de su semblante demacrado y cansado, Conradino, poco más que un niño, aún cargado de cadenas, se erguía y le miraba desafiante. Carlos se dijo que él haría apear a aquel insensato de su arrogancia.

—Así que vos sois Conradino, el rey de Jerusalén, el rey de nada, ¿verdad?

Antes de responder, él le miró de la cabeza a los pies. Aquel era el usurpador, el ladrón. Un tipo grandón, mayor de cuarenta años, de larga nariz, con papada y una tez cetrina que se oscurecía aún más en torno a los ojos, amenazantes, hundidos y de un azul desvaído. Lucía una corona y caras vestiduras de seda.

—Soy el rey de Sicilia —contestó al fin elevando la barbilla.

—Sois el rey de nada —repitió Carlos, conteniendo la rabia que le producía la actitud desafiante del chico—. Apenas queda nada de Jerusalén. Y Sicilia es mía. El papa me coronó rey.

—El papa no os puede dar lo que no le pertenece. Sicilia es mía por herencia de mis antepasados.

Carlos rio. Aquello le empezaba a divertir. El chico incluso le caía en gracia. Era cierto lo de su encanto, aunque su infeliz inocencia destacaba sobre el resto.

—¿Y qué más da? —dijo.

Conradino le miró sorprendido y tardó en responder.

—¿Cómo que qué más da? El reino es mío por derecho de los Hohenstaufen. El derecho de sangre que rige la nobleza.

—¡El reino es mío! —rugió Carlos fiero—. ¡Por el derecho de la sangre derramada en la batalla!

Conradino estuvo a punto de retroceder un paso, pero se contuvo y trató de erguirse un poco más.

—Invocáis el derecho de los ladrones y de los asesinos.

Aquella respuesta irritó al francés, que continuó como si no le hubiera oído.

—¡He ganado el reino dos veces! —tronó—. Una se lo gané a vuestro tío y otra a vos. Es mío de todo derecho. Ya ni el papa me lo puede quitar. —Hizo una pausa. Parecía echar fuego por los ojos—. Y ahora veréis lo que hago con los traidores que quieren arrebatarme lo que me pertenece —dijo rabioso.

Observó al resto de los prisioneros. En el grupo había nobles extranjeros, alemanes e italianos. Le hubiera gustado ver allí también a su primo Enrique, infante de Castilla, pero no sabía dónde se encontraba. Aún representaba un peligro. Dirigió una dura mirada a Galvano Lancia y a su hijo Galeotto. El viejo general se la mantuvo con aspecto cansado. Conocía bien su destino. No solo había comandado las tropas en la batalla, sino que además había sido uno

de los principales instigadores de la revuelta. Carlos sabía que había viajado a Baviera para animar a aquel chiquillo a arrebatarle el trono. Del reino que el papa le había dado a él. Le consideraba un traidor.

—¡Galvano Lancia! —gritó—. Os condeno a vos y a vuestro hijo a muerte. ¡Y seréis ejecutados ahora y aquí mismo!

Galvano comprendió que su tiempo había terminado e intercambió una intensa mirada con su hijo Galeotto. Conradino vio aparecer lágrimas en los ojos de ambos. A pesar de las cadenas se abrazaron besándose. Carlos hizo un gesto a unos soldados que aguardaban en un rincón y se abalanzaron sobre ellos. Padre e hijo se aferraban tanto en su abrazo que tardaron en separarlos. Cuando Galvano vio la soga que uno de los sicarios sostenía le gritó al rey:

—¡Somos nobles y tenemos derecho a morir decapitados!

—Sois unos traidores y sufriréis el castigo que os corresponde. —Y dirigiéndose a los verdugos dijo—: Comenzad por el hijo.

—¡Miserable! —exclamó Galvano tratando de soltarse—. ¡Matadnos, pero no así!

Los sicarios obligaron a arrodillarse al hijo y uno le puso una fina soga en el cuello, hizo un torniquete con un palo y empezó a darle vueltas.

—Que lo vea el padre —ordenó Carlos.

Los matones sujetaron al viejo, que aún peleaba, forzándole a observar. Las miradas de padre e hijo se encontraron por última vez. Conforme le estrangulaban, el rostro de Galeotto, que trataba infructuosamente de resistirse, fue enrojeciendo para después tomar un aspecto azulón. Boqueó, intentando tragar aire. Mostraba la lengua al tiempo que pateaba agónicamente.

El viejo Galvano dejó de luchar e, incapaz de contenerse, estalló en llanto.

Conradino notó que su corazón se encogía hasta casi romperse, y que las lágrimas acudían a sus ojos.

—No voy a llorar —musitó—. No puedo permitirme llorar.

Pero la escena le producía una pena terrible. Miró a Carlos. El usurpador sonreía, gozaba del espectáculo y del terror que la tragedia causaba en sus prisioneros. Aquello indignó al chico, que tragó saliva tratando de convertir su angustia en rabia.

Incluso cuando Galeotto dejó de moverse, el verdugo continuó apretando la soga con el torniquete. La cuerda se clavaba en la carne y la hundieron cuanto pudieron. Entonces dejaron caer el cuerpo, que quedó tendido en el suelo.

Carlos indicó con un movimiento de cabeza a Galvano. El general miraba desconsolado el cuerpo de su hijo y no se resistió. Le hicieron arrodillar y repitieron el proceso. Al terminar, los cuerpos quedaron tumbados uno al lado del otro.

Carlos observó complacido la expresión de sus prisioneros. Y a Conradino en especial. Esperaba ver el temor reflejado en el rostro de aquel chiquillo. Quería que se rompiera, pero se dijo que aguantaba bien. Y como si nada hubiera ocurrido, se dirigió al muchacho continuando la conversación.

—Entiendo que nunca habéis pisado el reino de Sicilia. ¿Es eso cierto?

El chico pensó antes de contestar. Aquel individuo no podía ver en él ni una simple lágrima, ni la más leve debilidad. Debía demostrarle que no le intimidaba.

—Mi padre murió luchando en Italia cuando yo tenía dos años, y me crie en Baviera. —Y se permitió dibujar en sus labios el inicio de una sonrisa galante al final de la frase.

Por un momento, Carlos sintió compasión del chiquillo. Era cierto. Poseía una apostura y gentileza que incluso sus enemigos elogiaban. Pero lo ignoraba todo. Le habían llenado la cabeza de pájaros, de promesas de gloria. Se había criado en un ambiente propio de la corte de su abuelo el emperador. Versos, poesía, música, elegancia,

oropeles, gestos cordiales, comentarios ingeniosos, risas y canciones épicas sobre héroes y conquistadores.

—Os invito, pues, a conocer el reino —repuso Carlos con una sonrisa, imitando los modales corteses de su joven prisionero—. Al menos Nápoles.

Conradino inclinó apenas la cabeza, como asintiendo. Mantenía su expresión amable.

—Bien, me alegro de que os guste la idea —continuó el francés ampliando su sonrisa—. La bahía de Nápoles es bellísima. El monte Vesubio, el mar azul, las islas, el arbolado…, no existen colores como aquellos. Hay una isla, casi pegada a la costa, desde donde se puede contemplar con todo su esplendor. Aquella será vuestra residencia mientras gocéis de mi hospitalidad.

—¿Hospitalidad?

—Sí, mi hospitalidad. En el castillo Dell'Ovo. El más seguro del reino.

El de Anjou había dejado de sonreír y le clavaba su intimidante mirada azul sucio. La compasión no era uno de sus defectos.

—Aunque dudo de que podáis gozar de las vistas puesto que estaréis encerrado en una oscura mazmorra hasta que se os juzgue.

Conradino se esforzó en mantener la expresión afable de su rostro. Aquel individuo le escrutaba. Buscaba su menor debilidad.

—Y estos señores os acompañarán —continuó Carlos—. Aunque no gozaréis de su presencia porque os tendré incomunicado.

—Así que es cierto lo que dicen —concluyó el chico, tranquilo solo en apariencia.

—¿Qué?

—Que sois un miserable.

12

Innsbruck, el Tirol, 15 de septiembre de 1268

Elisabetta de Baviera exhaló un lamento y dejó caer la nota. El mensajero que la acababa de entregar aguardaba rodilla al suelo, en genuflexión. Sus doncellas acudieron a sostenerla, pero no se desvaneció, como temían.

La dama extravió su mirada en los montes del Tirol, poblados de abetos en su base y descarnados, rocosos y a menudo nevados en la cumbre, que divisaba desde el ventanal del castillo. Era una mujer alta, de cabellos dorados, entrada en la treintena y que conservaba la esbeltez de los veinte, a pesar de cinco partos.

—¡Carlos de Anjou ha apresado a mi hijo! —se lamentó.

Era una noticia terrible. Días antes supo de la derrota de Conradino y junto con sus damas rezó y rezó suplicando que él y su primo Federico lograran salir de Italia. Nada bueno podía esperar su hijo de su captor. Temblaba solo al pensarlo. Temía por su vida. Mucho.

Era su hijo mayor, el único que tuvo con su anterior marido, Conrado IV Hohenstaufen, rey de Jerusalén, de Romanos y de Sicilia. Y que hubiera llegado a emperador de no haber muerto a los veintiséis años batallando en Italia. Conradino era su hijo más querido. No solo por ser el primogénito, fruto de un gran amor, sino

por la gracia, hermosura y gentileza que todos decían que había heredado de ella.

Salió apresurada de la sala para dirigirse al salón del consejo donde se encontraba su esposo el conde Mainard de Gorizia y del Tirol. En la puerta le advirtieron que el consejo estaba reunido pero apartó de un empujón al guardia, la abrió y entró.

Allí se hallaba su marido, sumido en sus habituales discusiones sobre las minas de plata, de sal y la acuñación de moneda. Asuntos que a ella le traían sin cuidado.

—¡Carlos de Anjou ha apresado a Conradino! —se lamentó en una voz más alta y en un tono más agudo del que acostumbraba.

—¡Lo siento! —dijo su esposo poniéndose en pie.

Era un hombre robusto, varios años más joven que ella, de rostro inteligente y vivo. Los demás le imitaron cabizbajos y murmuraron sus condolencias. Mainard les ordenó abandonar la sala con un gesto y ellos se apresuraron a hacerlo.

—¡Le va a matar! —exclamó Elisabetta llorando.

—¡Lo siento! —repitió el conde mientras la abrazaba.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó ella—. ¡Le matará!

Cerraba los ojos y veía a su hijo sonriente, como cuando le besó al despedirse. ¡Cuánto amaba a aquel muchacho!

—Se lo advertimos —dijo el conde—. Le dijimos que no se metiera en el avispero de Italia. No tan joven. Y menos con el papa excomulgándole. ¡Vos misma se lo dijisteis!

Ella se separó de su esposo con rabia.

—¡Pues claro que se lo dijimos! Pero ¿quién puede detener a un joven valiente al que la sangre le bulle al ver cómo le despojan de sus derechos de familia? ¡Al que le roban un reino!

—¡Lo siento! —dijo de nuevo el conde.

Sabía que si insistía sobre la imprudencia del muchacho, Elisabetta se le echaría encima como una loba que defiende a sus cachorros.

—¡Tenemos que rescatarle! —dijo ella.

—¿Cómo decís?

—Está preso en el castillo Dell'Ovo, en Nápoles. Hay que rescatarle.

—¿Rescatarle con qué? —Mainard miraba sorprendido a su esposa—. ¿Con un ejército? ¿Qué ejército? El castillo está en una isla. ¿Con una flota? ¿Qué flota? ¡Si ni siquiera tenemos puerto de mar!

Elisabetta quedó pensativa. Pero sus cejas fruncidas y la posición de manos y brazos en jarras mostraban su determinación. Mainard la temía.

—No. Por la fuerza no podríamos —rumió—. A no ser que estando en Nápoles logremos encontrar a alguien capaz de penetrar sin ser visto en el castillo y rescatarle. Cosa que no descarto.

Mainard movía la cabeza en negación.

—Hemos de ir a Italia —continuó ella—. Ver al papa, suplicarle, darle el dinero que sea preciso. ¡Es solo un niño! ¡Por el amor de Dios! ¡Tienen que mostrar misericordia! ¡Jamás repetirá algo semejante! ¡De eso me encargo yo!

—Si no le pudisteis detener de niño, ¿creéis que se mostrará obediente y se dejará guiar de mayor?

—¿De qué parte estáis, conde? —Sus ojos azules brillaban fieros.

Mainard sabía que cuando ella se dirigía a él por su título nobiliario se avecinaban problemas. Elisabetta era hija de un duque y había sido reina con su anterior esposo. Cuando surgía esa discusión, Mainard argumentaba que el título de rey de Jerusalén no tenía territorios ni rentas y que Sicilia era un reino a medio conquistar. Costaba más dinero que el que producía. Humo, todo eran oropeles, fanfarrias y humo. Él era solo conde, pero señor absoluto de unos condados ricos, poderosos y, de hecho, independientes.

—Estoy con vos y con vuestro hijo —repuso. No era momento para esas discusiones.

—¡Partamos de inmediato para Italia!

—Señora, Conradino no es vuestro único hijo. Tenéis cuatro más. Y esos son míos también.

—Los demás están bien. No nos necesitan.

—De aquí a Nápoles hay más de veinte días. Y eso para un hombre con un buen caballo. Si Carlos quiere matar a Conradino, para cuando lleguéis estará muerto y enterrado.

—Mi hijo es duque de Suabia, rey de Jerusalén y de Sicilia. —Elisabetta levantaba la barbilla—. Y ese francés es un presuntuoso. No se dará prisa, querrá gozar de su victoria. No viajaré ni en carro ni en litera. Soy una buena amazona, cabalgaré como un hombre. Llegaremos a tiempo.

Mainard sacudió la cabeza, disgustado. Amaba a aquella mujer. Era hermosa e inteligente, aunque también orgullosa y terca. Pensaba que aquel era un viaje inútil, una pérdida de tiempo. Pero sabía que no la haría desistir.

—Yo no pienso ir, señora —dijo—. Si creyera que hay alguna posibilidad, me lo plantearía, pero ese no es el caso. Además, no es oportuno que abandone mis condados durante varios meses.

Elisabetta frunció de nuevo el cejo.

—¡Pues iré sola!

—Eso será si yo, vuestro marido, os lo permito.

Ella se le quedó mirando en silencio. Sus ojos echaban chispas.

—¿Me dais vuestro consentimiento, conde? —dijo al rato arrastrando las palabras.

—Os lo doy —concedió solemne—. Y mis cincuenta mejores caballeros, armados, os acompañarán. Nadie se atreverá a interceptaros. Pero si eso ocurriera, hallándome yo aquí estaréis más segura que si me apresaran a mí también. Irá con vos uno de mis mayordomos, que habla varias de las lenguas italianas, francés y

latín. Contactará con mis embajadores en Italia. Contaréis con el dinero que sea preciso. Pero no viajaréis ni con los distintivos del águila negra de los Hohenstaufen ni con las cruces del reino de Jerusalén, sino bajo mi emblema: el águila roja del Tirol.

—Así lo haré —dijo ella relajando la expresión de su rostro—. Haré que dos de mis damas, que también saben montar, me acompañen.

Inclinó la cabeza en una pequeña reverencia y añadió:

—Gracias, señor.

Se acercó a besarle la mano y él la abrazó con ternura.

—Le deseo lo mejor a Conradino —murmuró él—. Y también a vos.

Ella se puso a llorar.

13

Viterbo, 30 de septiembre de 1268

Elisabetta de Baviera se arrodilló frente al papa Clemente IV. El pontífice descendió, algo inseguro, del sitial elevado tres escalones sobre el suelo de la sala, para darle su anillo a besar. Ella lo hizo devotamente y el papa la tomó de los brazos para ayudarla a incorporarse.

—Bienvenida, querida hija —le dijo en francés.

De inmediato, unos criados trajeron unas sillas para que ambos pudieran conversar a la misma altura. Aquel gesto amable llenó de esperanza a Elisabetta. Los cuatro cardenales que la habían recibido a las puertas del palacio papal para conducirla a su interior continuaron sentados sin intervenir.

El papa era un anciano de ojos oscuros cercano a los setenta años, alto, enjuto y con los labios hundidos en una boca desdentada. Tenía fama de gran jurista y diplomático, y no tomó los votos sacerdotales hasta los cincuenta y cuatro años, fallecida su esposa. Y en una carrera meteórica de menos de diez años, apoyado por la monarquía francesa, escaló la jerarquía eclesiástica hasta ser elegido cabeza de la Iglesia.

El mayordomo de la condesa le acercó un espléndido libro de horas miniado que ella le ofreció al santo padre. Clemente IV

observó complacido las tapas de plata con ribetes dorados e incrustaciones de piedras preciosas. Después revisó con detenimiento, sonriendo satisfecho, las ilustraciones bíblicas donde el pan de oro y los colores, en especial rojo y azul, brillaban. Valía una fortuna.

—Gracias, hija —dijo al rato cerrándolo para entregárselo a uno de los criados.

Se encontraban en el palacio papal de Viterbo, un nido de águilas fuertemente amurallado, donde residía, al igual que hicieron sus dos antecesores. Era una medida prudente ante la convulsa situación que vivía Italia y la hostilidad del pueblo de Roma hacia los papas franceses.

Elisabetta había tratado de acelerar en lo posible su larga marcha, ansiosa por llegar a tiempo. Por el camino supo, aliviada, que Carlos, tal como ella esperaba, había preparado una farsa espectacular consistente en un juicio contra Conradino y sus compañeros. Incluso él se veía obligado a aparentar una cierta legalidad cuando se trataba de matar a un rey.

Aún agotada del viaje, solicitó ver al papa tan pronto este quisiera concederle audiencia. Conocía que él gozaba de la mayor influencia sobre el nuevo rey de Sicilia.

—Padre —le dijo ella en un aceptable francés cuando el pontífice le preguntó, aun sabiéndolo, por el motivo de su visita—, os suplico como madre y como cristiana, por el amor de Dios, de la Virgen Santísima y de todos los santos bienaventurados, que salvéis la vida de mi hijo Conradino de Hohenstaufen.

Clemente IV sintió un retortijón en las tripas al oír el odiado apellido, pero como buen diplomático mantuvo su cariñosa sonrisa inalterada.

Los Hohenstaufen habían cuestionado la autoridad del papa sobre asuntos terrenales, al no obedecer sus órdenes. Tanto el abuelo de Conradino, el emperador, como su padre y su tío murieron

excomulgados, con lo que se suponía que estaban condenados al infierno. El propio Clemente IV había excomulgado al muchacho cuando con su ejército pasó sin detenerse por las cercanías de Viterbo camino de Sicilia.

—Conradino ha cometido un pecado muy grave al enfrentarse a la Iglesia y no obedecerme —repuso ensombreciendo ahora su semblante—. Incurrió en la ira del Señor y por ese motivo se encuentra en semejante situación.

—¡Es muy joven, padre! —Las lágrimas acudieron a los ojos de Elisabetta—. ¡Un niño! No sabía lo que hacía y traté de disuadirle. Pero no merece la muerte. ¡No tan joven! Es un muchacho bueno y gentil y entrará en razón. Lo prometo, padre. ¡Pero salvadle la vida! —El llanto interrumpió su súplica.

El pontífice movió la cabeza en señal de preocupación.

—Su vida no está en mis manos, hija, sino en las del rey de Sicilia, que le considera un traidor.

—¿Traidor? —se alteró Elisabetta—. ¡No le puede llamar traidor! ¡Conradino siempre fue con la verdad por delante! Y reclamaba lo que por herencia le correspondía.

—No le correspondía. —El papa arrugó el cejo—. El reino de Sicilia es vasallo de la Iglesia y mis antecesores desposeyeron a los Hohenstaufen. El anterior papa se lo concedió a Carlos de Anjou y yo le confirmé al coronarle.

—Sin duda estáis en lo cierto en cuanto al reino, santo padre. —La condesa dulcificó su tono. No podía permitirse enfadar al papa—. Yo solo digo que mi hijo no es un traidor puesto que nunca juró fidelidad a Carlos.

—No discutiré eso. Aunque no cambia la situación. Vuestro hijo está en poder del rey de Sicilia y es él quien decidirá su destino.

Elisabetta se levantó del asiento para hincarse de rodillas frente al papa.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ayudadme! —suplicó de nuevo entre lágrimas—. ¡Vos sois el único que puede hacerle cambiar de opinión! ¡Pedidle que le perdone la vida! ¡Aunque le encarcele durante años! Haré hoy mismo una generosa donación a la Iglesia y otra mayor cuando sepa que mi hijo sobrevive. —Y se inclinó para besarle los pies a Clemente IV.

El pontífice la dejó hacer sin moverse.

—Bien que necesitamos ese dinero. La guerra que vuestro hijo ha provocado ha vaciado nuestras arcas.

—¡Lo compensaré en todo lo que pueda! —Sus ojos azules brillaban y juntaba las manos suplicando arrodillada a sus pies.

—Levantaos, señora.

El mayordomo corrió para ayudar a su ama. Quedó de pie.

—Haré cuanto pueda —concedió el anciano.

—¡Levantadle la excomunión, os lo ruego!

—Lo haré. También escribiré al rey de Sicilia.

—¿Puedo llevar vuestra nota conmigo?

—No. Pero no os preocupéis, que la recibirá antes de vuestra llegada.

—¡Gracias, padre! —Y se arrodilló de nuevo para besarle las manos.

Clemente IV alzó su mano derecha para bendecirla.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Uno de los cardenales ayudó a la condesa a levantarse para conducirla a la puerta. La audiencia había terminado.

Aquella noche, el papa Clemente IV escribió a Carlos de Anjou una nota de su puño y letra en latín. Y la selló personalmente para que nadie, salvo el rey, pudiera leerla.

14

Nápoles, 7 de octubre de 1268

Elisabetta llegó a su destino una semana después de encontrarse con el papa, aún esperanzada por las palabras del pontífice y ansiosa por ver a su hijo.

A Carlos le disgustaba la presencia de la dama en la ciudad. ¡Una madre que acudía, desde más allá de los Alpes, a socorrer a su hijo en peligro! Ponía unas connotaciones dramáticas al asunto que le contrariaban. Bastante tenía con la imagen que Conradino ofrecía al pueblo. Era la representación del caballero ideal, joven, puro, hermoso, gentil, generoso y valiente. Un héroe de leyenda. Cuando le vio por primera vez sintió envidia. El muchacho poseía todas las cualidades que él hubiera deseado para su hijo. El futuro Carlos II de Sicilia, su heredero, tenía por entonces catorce años pero su aspecto era tan lamentable que aún no le había podido nombrar caballero a pesar de tener ya la edad. Nació contrahecho, era más bien feo y una caída del caballo le había dejado cojo. Compararlos le indignaba y deprimía.

A pesar de su disgusto, el de Anjou se vio obligado a acoger a la dama. Venía recomendada por el papa y no quería ofender, más de lo necesario, a los príncipes alemanes. Y la alojó, junto a su

numeroso séquito, en el castillo Capuano, que formaba parte del recinto amurallado de la ciudad.

Él residía en el castillo Dell'Ovo, construido al oeste, a las afueras de la urbe, sobre una isla unida a la costa por una larga pasarela. Se sentía mucho más seguro allí y podía vigilar personalmente a sus prisioneros, entre los que se encontraban Conradino, su primo Federico y el infante de Castilla, entre otros nobles.

Después de la batalla, Enrique había hallado refugio en Montecasino, y, tal como esperaba, el abad lo entregó con la condición de que no fuera ejecutado. A pesar de ello, Carlos le había incluido en el masivo juicio que estaba preparando.

Tan pronto Elisabetta se instaló en el Capuano, pidió audiencia a Carlos. Pero este la hizo esperar y exasperar. Transcurrió la primera semana sin que el rey mostrara intención alguna de recibirla. Mientras, en la ciudad no se hablaba de otra cosa que del juicio que se realizaría a puerta cerrada y de las próximas ejecuciones. Tampoco obtuvieron respuesta las peticiones de la condesa para que le permitieran ver a su hijo. ¡Cada día sus esperanzas menguaban!

Nápoles era una hermosa ciudad llena de vida, colorido, música y bullicio, rodeada por un mar luminoso y verdes montes. Muy distinta a las ciudades germanas que la condesa conocía. Pero ella era incapaz de apreciarlo.

A diario hacía el recorrido hasta el castillo Dell'Ovo con sus cincuenta caballeros ondeando las enseñas del águila roja del Tirol, y contemplaba aquella fortaleza pétrea como una montaña, anclada en plena bahía de Nápoles, a muy poca distancia de la costa, poderosa y de aspecto impenetrable. Permanecía largo tiempo en la orilla con sus caballeros y banderas, con la esperanza de que Conradino la pudiera ver desde su encierro o que alguien se lo

contara. Quería que su hijo supiera que no estaba solo. Que ella no le abandonaba.

Ni siquiera los buenos oficios del obispo lograban respuesta. Elisabetta estaba desesperada. Encargó a su mayordomo la búsqueda de alguien que conociera bien el castillo y que estuviera dispuesto a rescatar a Conradino, pero fue inútil. Los espías del rey lo oían todo.

Fue al décimo día cuando un mensajero trajo la noticia de que sería recibida a la mañana siguiente. ¡Por fin vería a su hijo!

Elisabetta quería causar una buena impresión. Vistió sus mejores ropas y sus doncellas cuidaron su maquillaje y perfumes. Trenzaron su pelo y lo hizo cubrir por una fina toca que permitiera vislumbrarlo. No quiso lucir las coronas de Sicilia y de Jerusalén que Conrado, su fallecido esposo, le regaló. Carlos podría tomarlo como una provocación. Así que se puso la corona de condesa, obsequio de su nuevo marido, el conde Mainard, y acudió a la cita en un carruaje cerrado escoltada por su brillante comitiva de caballeros.

A la desesperante espera de diez días se le unió otra de un par de horas, ya en la isla. La sala del castillo Dell'Ovo, en la cual Carlos la recibió al fin, era larga y estrecha y los ventanales de la derecha se abrían sobre un mar azul, brillante y tranquilo. Al fondo, sentado en un trono sobre un estrado, el rey aguardaba a que Elisabetta llegara hasta él. La contemplaba en una pose relajada, con la barbilla apoyada sobre una mano y el codo en el brazo del sitial. La condesa lo consideró de una insolente prepotencia. Esperó a que el chambelán la anunciara como Elisabetta de Wittelsbach y Baviera, condesa de Gorizia y del Tirol, antes de ir hacia él. Estaba tensa, andaba todo lo erguida que podía y con la barbilla levantada. Notaba los pálpitos de su corazón.

Él la observó con interés mientras se acercaba. La recibía de mala gana, forzado, aunque, más allá de la presión del papa y ciertos embajadores y obispos, sentía curiosidad. La historia de la

joven y hermosa condesa que cada día cabalgaba hasta las afueras de la ciudad, con su tropa de caballeros de brillantes armaduras, con la esperanza de ver a su hijo preso había cautivado la imaginación y la simpatía de los napolitanos.

Le habían dicho que era bella, pero no imaginaba que poseyera aquella gracia etérea y aquella distinción. Tenía los seductores ojos azules de su hijo y era alta y esbelta.

Ella vio en él un hombre grandón que emanaba fuerza y un poder intimidante, pero carente de gracia alguna. Cuando estuvo a seis pasos de él, se detuvo, inclinó la cabeza en una pequeña reverencia y le dijo:

—Gracias, señor, por recibirme.

Disimulaba su disgusto. No podía permitirse el lujo de mostrarle al rey su indignación y afearle la conducta, como normalmente hubiera hecho. La vida de su querido hijo estaba en sus manos.

—Decidme, condesa, ¿qué os trae a mi reino? —preguntó él con voz enérgica, remarcando lo de su reino, y sin abandonar su insolente postura.

—Bien lo sabéis, señor: la vida de mi hijo.

—La vida de vuestro hijo, señora, está en manos de los jueces. Cometió traición.

—Sé bien que está en vuestras manos, señor. Que vos sois el juez supremo. —Elisabetta no quiso discutir rebatiendo el cargo de traición, que consideraba injusto y ofensivo—. ¿Recibisteis la carta del papa?

—Sí. Y tengo entendido que le hicisteis una considerable donación.

—Aún me quedan plata y oro para salvar la vida de mi hijo.

Carlos hizo un gesto y un criado acercó una silla para que se sentara. Y empezó a calcular. Necesitaba oro para sus futuras conquistas. Dinero, mucho dinero. El papa había obtenido una buena suma de aquella mujer, y él se jactaba de poseer una habilidad

especial para sacar provecho de cualquier circunstancia. ¿Qué podría obtener de ella?

Elisabetta se había informado. Sabía lo codicioso que era Carlos de Anjou y podía ver sus cálculos en su mirada abstraída. No le importaba, le daría el oro y la plata que quisiera pero tenía que llevarse a su hijo a casa. O cuando menos asegurar una pena de prisión benévola.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento —dijo él al rato, con calma —. Dejadme estudiar la situación y ver qué puedo hacer.

—Gracias, majestad —murmuró ella esperanzada.

—Y no me pidáis más audiencias, señora. Seré yo quien os visite en el castillo Capuano.

—Gracias. Permitidme ahora ver a mi hijo.

Carlos fingió pensar.

—No creo que sea conveniente.

Elisabetta le miró desolada. No podía creer que aquel hombre le impidiera ver a Conradino.

—¡Mi hijo! ¡Es mi hijo! —balbució e hizo un gesto de asombro y desmayo—. ¿No me dejáis verle? Llevo más de un mes de viaje y de espera y ¿no vais a consentir que vea a mi hijo?

El rey la observaba complacido. Sentía que la tenía en su poder.

—No os preocupéis, señora, pronto le veréis. Pero antes tendremos que hablar. —Y le tendió el dorso de su mano derecha, donde lucía el anillo real, para que la besara. Dejaba claro que la audiencia había terminado.

Elisabetta no lo podía creer. ¡Aquel individuo pretendía que le besara la mano como si fuera su vasalla! ¡Ella no protagonizaría semejante gesto de sumisión! Se levantó y le dijo:

—Os ruego que no me hagáis esperar.

Dio media vuelta y se fue andando, de nuevo erguida y digna, hacia la puerta. Carlos observó el movimiento de sus caderas con una sonrisa satisfecha.

Elisabetta de Wittelsbach y Baviera, anterior reina de Sicilia y Jerusalén, se mantuvo entera hasta llegar a su carruaje cerrado. En su interior se derrumbó llorando, en silencio, desconsolada. ¡Conradino! ¡Hijo mío!

15

Castillo Capuano, Nápoles, mediados de octubre de 1268

La nueva espera fue tan angustiosa como la anterior. Cada día Elisabetta se desplazaba al castillo Dell'Ovo, con su escolta, y contemplaba la fortaleza desde la orilla del mar ondeando sus enseñas. El día fijado para el juicio se acercaba inexorablemente y ella ni siquiera podía ver a su hijo. No lograba conciliar el sueño por las noches y en sus insomnios acariciaba recuerdos de la infancia de Conradino. Cuando lograba dormir se despertaba, muchas veces, con un grito. Veía la cabeza de su hijo rodando por el cadalso. Envió mensajes al papa. Visitó al obispo de Nápoles y suplicó su intercesión. Pero Carlos no daba señales de vida.

Al fin supo que al día siguiente, al mediodía, la visitaría en el castillo Capuano. De nuevo se atavió con cuidado. Cuando observó su rostro en el espejo vio que tenía ojeras. Pero ¿qué importaba ella? ¿Qué importaba su aspecto?

El rey la recibió en una pequeña sala ubicada en una zona del castillo alejada del lugar donde ella y los suyos se alojaban. Y no quiso a nadie más en la audiencia. Elisabetta hablaba suficiente francés para que se pudieran entender.

La habitación tenía una pequeña ventana y dos sillas una frente a otra. Cuando introdujeron a Elisabetta, esta vio que Carlos la

esperaba sentado. No se levantó y ella fue a sentarse sin que él la invitara. El rey sonreía y volvió a ofrecerle su mano para que le besara el anillo. Elisabetta hizo como si no lo viera.

—¿Habéis decidido ya cuál es el precio por la vida de mi hijo? —inquirió tensa.

Él la contempló sin responder.

—¿Cuánto? —insistió ella.

—El precio para que podáis ver a vuestro hijo… —dijo pausado Carlos—. Y para que influya favorablemente en los jueces es… —Sonrió de nuevo.

—¿Cuánto? ¡Hablad!

—No es cuánto. Es qué…

—¿Qué es?

—Sois vos, señora. Os deseo y quiero haceros mía.

Elisabetta quedó muda de asombro. Siempre pensó, por lo que se decía de él, que aquel hombre quería dinero. Era ambicioso, muy ambicioso. No podía creer que ella le atrajera tanto como para renunciar al oro. Que la lujuria le importara tanto. Porque si se trataba de lujuria tenía todas las mujeres que quisiera para satisfacerle. ¿Se había encaprichado de ella hasta el punto de no desear dinero? No lo podía creer. Concluyó que quería demostrar su poder. Quería someterla de forma animal. Humillarla. Eso sí que podía entenderlo en un hombre como él. ¿Pero realmente lo anhelaba tanto como para renunciar a un oro que le permitiría comprar ejércitos?

—Eso no es posible, señor —repuso ella recuperándose—. Estoy casada, le debo fidelidad a mi marido y es a él a quien deseo. Por otra parte vos, aunque viudo, estáis comprometido con fecha de boda.

—Todo eso no importa, señora. Nadie lo va a saber. Y vos también queréis lo imposible. Como ver a vuestro hijo y que yo le

salve la vida. Si vamos a hacer posibles los imposibles, hagámoslo. Pero todos.

—Pedid el oro que queráis. Pero no tendréis mi honra.

—No quiero dinero. Y si esa es vuestra última palabra, la conversación ha terminado.

—¡Pero, señor! —exclamó ella angustiada—. ¡Dejadme ver a mi hijo! —Las lágrimas vencieron sus intentos de contenerlas—. ¡Os lo suplico!

—No os daré nada hasta que no tenga lo que quiero.

Se levantó y salió de la sala dejando a Elisabetta entre llantos.

El castigo de la espera cayó de nuevo sobre la dama. Solo que mucho peor. Porque era una espera sin esperanza. Los días transcurrían inexorables. Carlos había hablado y parecía no tener intención de añadir nada más. Elisabetta comprendió a lo que llevaba aquella espera. A la sentencia de muerte de su hijo y a su ejecución.

Solo había una forma de intentar cambiar aquel destino funesto. Envió una escueta nota a Carlos. «Acepto.»

Carlos se mostró satisfecho cuando esta vez ella le besó la mano sumisa. Y él le mostró la segunda puerta de la habitación donde la recibía en el castillo Capuano. Conducía a una alcoba.

—Dadme vuestra palabra de que me dejaréis ver a mi hijo cuanto quiera —le pidió antes de entrar.

—Os dejaré ver a vuestro hijo. Aunque solo el tiempo razonable.

—Esta tarde mismo.

—Concedido.

—Y juradme por Dios que ordenaréis a los jueces que le perdonen la vida. Por ser un niño.

—No pienso hacer ese juramento. Me ofendéis si no aceptáis mi palabra en eso.

—Si no juráis, no entro en la alcoba.

—Pues la audiencia ha concluido.

Se encaminó hacia la puerta.

—¡Esperad! —dijo ella—. Acepto vuestra palabra de caballero.

Elisabetta se desnudó para tumbarse sobre el lecho y dejó que él hiciera. Pensaba en su esposo. ¡Cuánto lamentaba aquello! Era un buen marido y sentía profundamente la ofensa que le infligía. Sufría por tener encima a aquel hombre satisfaciéndose en sus carnes. Le repugnaba. Mainard no solo era más apuesto, gentil y dulce, sino más joven que él. Doce años menor que aquel individuo pesado, sudoroso, torpe y brusco. Trató de pensar que estaba con el conde del Tirol, pero resultaba imposible confundirlos. Era el maldito Carlos de Anjou, el diablo, quien la penetraba. Olía su semen y su sudor inmundos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. De rabia y de humillación.

—Ahora que ya tengo vuestra honra, vais a hacer todo aquello que me complazca —le dijo, con una sonrisa, al terminar.

—Eso no era lo acordado. Ya he cumplido.

—No habéis cumplido aún —repuso con dureza—. Acordamos que haríais todo aquello que yo quisiera. ¿O es que queréis cancelar el trato?

16

Castillo Dell'Ovo, Nápoles, el mismo día

Elisabetta no pudo evitar el llanto al reunirse con su hijo. Lágrimas de alegría y de pena.

Era un día luminoso de octubre. Se hallaban en una de las terrazas del castillo, frente a un mar Tirreno sereno y con la blanca ciudad, de tejados rojos, de Nápoles y el verde monte del Vesubio al fondo. Cuatro guardias armados vigilaban desde las esquinas. Su reunión allí, en lugar de las mazmorras, era un favor concedido por el rey a la condesa. Le había costado caro aquel encuentro, pero sentir el calor de su hijo, darle su ternura y estrechar su cuerpo le compensaban por el largo camino y por el cruel peaje pagado.

Él también lloraba al tiempo que no podía dejar de sonreír.

—¡Gracias, madre! —repetía.

Estaba más alto y más delgado y su mirada azul había perdido algo de su brillo, pero su sonrisa era igual de luminosa.

—¡Estoy ya aquí, mi niño! —le consolaba ella—. Todo irá bien, todo tiene que ir bien. Regresaremos juntos.

Él negó con la cabeza con una tristeza que una sonrisa tenue no podía disimular. Estuvo a punto de fingir, de seguir la farsa que le proponía su madre, de soñar despierto que regresaría con ella, que contemplaría de nuevo los enormes abetos y las altas cumbres

nevadas de los Alpes. ¡Hubiera sido tan bello! Y que su primo Federico los acompañaría. Pero tenía dieciséis años ya, y era rey. Se dijo que los cuentos de hadas quedaban atrás. Debía afrontar la realidad.

—No, madre. No regresaré con vos. —Y la separó para mirarle a los ojos—. No nos engañemos. Carlos de Anjou no me dejará volver. Lo del juicio es una farsa para justificarse. Para conferir a mi muerte una legalidad de la que carece.

—Pues obtendremos una pena de cárcel. ¡Por el amor de Dios! Eres muy joven. Casi un niño. ¡No te puede matar!

—Sí que me puede matar. Y lo hará. Moriré aquí, madre. Y seré enterrado aquí, en mi reino.

Elisabetta no esperaba aquello, no esperaba que su hijo desistiera de luchar por su vida. Aquella actitud le desgarraba el corazón.

—¡No caigas en el desánimo, hijo! Lucharemos hasta el final.

Él le acarició la mejilla para besársela a continuación.

—Y vos no os dejéis engañar, madre —le dijo con ternura—. No le deis nada. Ni oro ni plata. Si os quiere hacer creer que con eso salvaréis mi vida, os está mintiendo.

La condesa tragó saliva. ¿Qué pensaría su hijo de saber lo que ya había dado? Él jamás debía enterarse.

—Ha de haber una forma. El papa Clemente nos apoya.

—Olvidaos de eso, madre. Y disfrutemos de estar ahora juntos.

—Tiene que haber alguien con acceso a esta prisión y dispuesto a ayudarte a huir —dijo bajando la voz por temor a ser oída.

—Carlos aplica toda la crueldad imaginable contra quien sospecha que le es traidor. Con eso aterroriza a las gentes. Y así somete el reino y elimina cualquier oposición. Yo estoy dispuesto a correr cualquier aventura. Nada tengo ya que perder. Pero no creo que encontréis a quien se atreva. Aquí todos los guardas son franceses y fieles al de Anjou.

Elisabetta disimuló un gesto de desánimo. Había presionado a su mayordomo para que buscara a alguien que supiera cómo entrar en secreto en el castillo Dell'Ovo. Él había gastado una buena suma inquiriendo, sin ningún resultado, fuera de ser amenazado un par de veces por agentes angevinos. Forzó una sonrisa.

—Hablemos de cuando eras niño.

—Sí, madre. —Conradino le devolvió una radiante sonrisa—. Contadme historias…

Y con la mirada perdida en el mar azul, abrazando a su hijo por los hombros, Elisabetta rebuscó en lo más hermoso de sus recuerdos para ofrecérselos.

17

Castillo Capuano, Nápoles, finales de octubre de 1268

—¡Os acuso de violar la paz de la Iglesia! —tronó Roberto di Bari.

Elisabetta se estremeció al oír la voz de aquel fiscal, calvo y seboso, que retumbaba en la sala del castillo, rompiendo el silencio que guardaban los congregados.

Su mirada se dirigía constantemente al fondo de la estancia, donde se encontraban los reos. Allí estaba su hijo, junto con su primo Federico, Enrique de Castilla y once nobles más; un alemán y diez italianos. Los veía cargados de cadenas y rodeados de un fuerte contingente de tropas francesas.

Aún le parecía que había sido ayer cuando Conradino jugaba con espadas de madera y acudía llorando al herirse las rodillas en alguna caída. Cuando se acurrucaba en su seno y ella lo calmaba con caricias y besos. Entonces él se dormía. ¡Qué no daría por volver atrás en el tiempo, revivir aquellos momentos!

También observaba fugazmente, evitando que la viera mirar, a Carlos, que presidía el juicio desde un sitial elevado, ataviado con ricos ropajes, collares de oro, corona, cetro real y pomo. La vida de su hijo estaba en manos de aquel hombre. Odiaba y temía aquella expresión cruel en su rostro cetrino de labios finos y gran nariz.

Carlos había querido que el juicio tuviera lugar en el castillo Capuano, en la ciudad. Aunque la sesión no era pública, había organizado un grupo de portavoces que entraban y salían para retransmitir lo que ocurría a la multitud congregada en la calle. Pero en realidad solo voceaban lo que un censor les instruía de antemano. De esa forma pretendía tener como testigo, de un juicio supuestamente justo, al pueblo de Nápoles. Era un manipulador tramposo, se decía Elisabetta.

—¡Os acuso de haber usurpado sin derecho alguno el título de rey! —Roberto di Bari apuntaba con gesto teatral su dedo índice al chico.

Conradino se removió inquieto en el banco de madera que ocupaba junto a su primo, tratando de evitar que los hierros, que le sujetaban muñecas y pies, hicieran ruido. Se mantenía muy erguido, quería mostrarse digno y no aparentar temor. Pero aquellas acusaciones le enfurecían por injustas. ¡Él era el rey legítimo! ¡Como lo fueron su padre y su abuelo!

Miró a su madre. También se mantenía erguida y digna. ¡Cuánto la amaba! Y aun así sabía que ella le amaba mucho más a él. Lamentaba que hubiera viajado hasta Nápoles. Lo hizo con todo su amor y se lo agradecía de veras, aunque le dificultaba enormemente su papel. Debía comportarse como un hombre, morir como un hombre. Pero ella, con su ternura, le hacía sentir como un niño. Le debilitaba. Su presencia angustiada le producía una pena enorme. Y, peor aún, la conocía y sabía que no iba a quedarse con los brazos cruzados. No venía solo a llorar. Haría lo posible y lo imposible para salvarle la vida, aun cuando el único que tenía poder para ello era Carlos. La imaginaba suplicándole y se le revolvían las tripas. «¡Madre! —le hubiera gustado gritarle de nuevo—. ¿Acaso no comprendéis que ya estoy condenado? Ni os acerquéis a ese hombre. No le deis nada. ¡Os engañará!»

—¡Os acuso de haber invadido violenta e ilegítimamente el reino de Sicilia! —clamaba el fiscal.

Enrique de Castilla, sentado en la bancada posterior a la de Conradino, veía su espalda. ¡Qué pena de muchacho! A él también le había cautivado con sus maneras principescas, su gentileza, y aquel encanto suyo juvenil que a tantos seducía. Él había sido uno de los que le convencieron para emprender aquella aventura. Claro que no lo hizo por las virtudes del chico ni por sus indiscutibles derechos al trono de Sicilia, sino para vengarse del infame de su primo. ¡Y había estado a punto de lograrlo! Pero le había salido mal la jugada y ahora se encontraba allí, cargado de cadenas, humillado, juzgado como una figura de segundo orden cuyo destino dependía de la sentencia que recayera sobre el pobre Conradino. Y a ese respecto, él no tenía duda. Todo aquel juicio era una pantomima, una payasada con la que Carlos se deleitaba restregándoles por la cara su victoria.

De cuando en cuando sus miradas se cruzaban y el rey sonreía complacido. ¡Cuánto gozaba el muy ruin! El infante apretaba los puños y notaba que la rabia subía de sus extremidades al corazón y del corazón a la cabeza. Pero se esforzaba en disimular. No quería proporcionarle a su primo un placer mayor.

Enrique no temía por su vida. Le juzgaban como a los demás pero estaba protegido. Le iban a amnistiar en nombre del papa y por la intercesión de sus amigos los reyes de Inglaterra y de Francia. Lo cual aumentaba su humillación. Le condenarían como a sus compañeros, pero en el momento decisivo le apartarían para que se convirtiera en espectador. No podría mirarlos a la cara. Sentía que traicionaba a Conradino y a los demás. Y sabía que el de Anjou intuía esa culpa y que gozaba aún más con ella. Veía a Conradino

erguido y él se irguió con la misma dignidad. Tenía que disimular la pena, la rabia, la culpa que sentía.

—¡Os acuso de conspirar contra el soberano legítimo y de atentar contra su vida! —vociferó de nuevo el fiscal.

Carlos contemplaba la escena sin perder un detalle. Le gustaba controlarlo todo y asegurarse de que salía como él lo tenía planeado. Era consciente de sus extraordinarias dotes organizativas, e inflexible llevando a cabo sus planes.

Su equipo de abogados había preparado unas acusaciones que sonaban bien y el fiscal, un italiano, estaba dándole al juicio el dramatismo adecuado. Los voceros iban relatando al gentío reunido a las afueras del castillo la culpabilidad de Conradino y la justicia de Carlos. Y ellos lo contarían al resto de la población como si lo hubieran visto con sus propios ojos. Todo estaba bajo control.

Sabía bien lo que hacía al renunciar al dinero de Elisabetta. No podía dejar vivir a Conradino. Siempre sería una amenaza, aunque lo tuviera preso. Conradino era por derecho dinástico el verdadero rey de Sicilia. Al menos así lo consideraba la realeza europea que veía con desagrado que el papa pusiera y depusiera reyes a su antojo. Él, para la mayoría, era un usurpador. Además, el encanto y la gentileza del chico le hacían aún más peligroso. Mientras viviera Conradino, cualquier revuelta tendría una excusa: reivindicar al verdadero rey.

Y también estaba la nota personal del papa, que rezaba: «*Vita Conradini, mors Caroli; vita Caroli, mors Conradini».*

Cuando Carlos —«Caroli», según el papa— rompió los sellos y la leyó, se echó a reír. Era típica de la diplomacia eclesiástica. Decía sin decir. No se manchaba las manos de sangre. Pero condenaba a muerte al chico.

Lo haría ejecutar. Y por lo tanto no podía, por más que lo deseara, tomar el dinero de la condesa. Porque cuando hiciera matar

a su hijo, Elisabetta le acusaría de infame, mentiroso e indigno frente a toda la nobleza cristiana. En cambio, si ella le concedía sus favores, cuando se viera engañada tendría que callar. No arrastraría su nombre y honor por el barro.

Quería el cuerpo de la condesa por tres motivos. La deseaba como hembra primero, y después como mujer poderosa sometida. El tercer motivo conducía a un objetivo muy distinto.

El chico se mostraba demasiado entero, demasiado regio. Quería que se rompiera en algún momento. Y que ocurriera en público. Aunque fuera en el mismísimo cadalso. Que llorara, que suplicara. Que se mostrara como el niño que era. No quería que pasara a la historia como un muchacho heroico, de leyenda. Su apostura, su carisma, su hermosura, la joven virilidad que desprendía hacían que la gente común, de pocas luces, lo admirara. Y eso era lo que él quería evitar.

Tenía un plan. Y Elisabetta, la madre, aun sin querer, le ayudaría.

Allí estaba, sentada erguida, digna, hermosa, majestuosa. Poseerla fue un privilegio que le gustaba recordar. La tuvo, la sometió, le hizo acceder a lo que quiso. Con solo dejarle ver a su hijo y decirle que conseguiría que los jueces le perdonaran la vida.

Carlos sonrió satisfecho y triunfante desde lo alto de su sitial. Ahí los tenía a todos. Estaban a su merced. Elisabetta de Baviera, Enrique de Castilla, Conradino, rey de Jerusalén…

El fiscal desplegó sus acusaciones de forma brillante sin que nadie pudiera rebatirle. Al final se dejó que Conradino hablara en su defensa. A Elisabetta se le encogió el corazón.

—¡Ten valor, hijo! —murmuró para sí—. ¡Demuestra tu nobleza!

El muchacho se levantó orgulloso de su asiento y con voz potente dijo:

—Dios me ha creado mortal. Y sabré morir ahora, si ese es mi destino. Sin embargo, se me condena injustamente. He revisado, con todo mi conocimiento y atención, los derechos y las dignidades que mis antepasados me transmitieron. Y esos derechos me hacen el rey legítimo de Sicilia. Yo pregunto a príncipes, reyes y grandes de la Tierra: ¿se me puede acusar de criminal por querer recuperar mi herencia paterna? Y responderán que no. Respeto al papa y le obedezco en cuanto a lo espiritual. Pero no puede, ni debe, imponer su voluntad en lo terrenal desposeyendo a inocentes, como en mi caso.

Elisabetta vio cómo Carlos se removía inquieto en su asiento. El chico estaba demasiado entero y mostraba aquella gracia suya al hablar. Se alegraba, con seguridad, de que el juicio se celebrara a puerta cerrada y que no le viera la gente de la calle. Controlaba la situación, los voceros no repetirían aquello. Ella le vio hacer un leve gesto de cabeza al fiscal, que, atento a sus movimientos, identificó de inmediato.

—¡Terminad! —apremió al chico.

—Y si, a pesar de lo dicho —continuó el muchacho—, se desprecia el derecho de las personas a su herencia y se me condena, suplico que los amigos que me acompañaron sean perdonados y que yo pague por todos ellos.

—¡Vuestro tiempo ha expirado! —le advirtió el fiscal—. ¡Callad ahora! Los jueces deliberarán.

—¡Miserables! —musitó llorosa la condesa.

Los jueces dieron voz a unos discursos ya preparados, argumentando la condena de Conradino y de sus cómplices. Y concluyeron, por unanimidad, que Conradino era culpable y sus secuaces también. Después debatieron sobre si era más apropiada la reclusión perpetua o la muerte. Se decantaron por la pena capital pero finalizaron dejándole esa decisión al rey.

Carlos parecía satisfecho. El juicio se había desarrollado según tenía previsto. Se levantó parsimoniosamente y dijo:

—Meditaré sobre lo dicho aquí y decidiré.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Elisabetta. ¡Su hijo quedaba en manos del tirano!

18

Castillo Dell'Ovo, Nápoles, el mismo día

—Os he condenado a muerte —le dijo Carlos a Conradino.

En la mazmorra donde le tenía prisionero, solo, alejado de sus amigos, reinaba la penumbra a pesar de que detrás de aquellos muros se encontraba un mar brillante. La escasa luz llegaba por un diminuto ventanuco que traspasaba las gruesas paredes de la fortaleza. Dos soldados, portando una antorcha, acompañaban al rey.

El muchacho guardó silencio. Las esperanzas que había alimentado resultaban vanas. Y también sus plegarias. Aunque siempre supo que no eran más que ilusiones. Porque, cuando dejaba de soñar, intuía su condena.

—Seréis decapitado en público en el campo Moricino.

Carlos observaba atentamente la expresión del chico. Este tardó en hablar. Sabía que nada iba a cambiar aquella decisión.

—Os suplico que le perdonéis la vida a mi primo —dijo al fin—. Regresará a Alemania y jamás será un problema para vos. No tiene derecho alguno sobre el reino, como es mi caso. Os dará su palabra. Y os pido lo mismo para el resto de mis compañeros.

—No lo concedo. —Su voz mostraba disgusto. Hubiera querido que el muchacho se derrumbara, llorara y suplicara, pero estaba

demasiado sereno—. Fueron vuestros cómplices en la invasión y os acompañarán a la muerte.

—Concededme, pues, que sea yo el primero en morir. —Ahora sí que había súplica—. Que no tenga que presenciar la ejecución de mis amigos.

Carlos sonrió para sus adentros. El chiquillo mostraba una debilidad y se propuso encontrarle otras.

—¿Habéis probado mujer, Conradino? —Sonrió abiertamente—. ¿O aún sois virgen?

Las pupilas del chico se dilataron de sorpresa, para contraerse de inmediato en un enfado que trató de ocultar. Carlos le observaba con atención.

—¿A qué viene esa pregunta? Ese asunto no os concierne.

—Solo quería saber si moriréis virgen. ¡Como sois tan joven!

Conradino apretó los labios y le miró desafiante.

—No os interesa.

—Me interesa para saber si vais a entender lo que os voy a contar.

—Ya sé todo aquello que necesito saber. Me vais a ejecutar porque soy el rey legítimo de Sicilia y vos un usurpador, un ladrón.

Carlos se dijo satisfecho que estaba consiguiendo su propósito.

—No. No lo sabéis todo.

—No me interesa nada más. Solo no ver morir a mis amigos.

—Lo que os he de contar sí os interesará.

El muchacho se quedó mirándole desafiante. Si hubiera podido echarlo a patadas de su mazmorra, lo habría hecho. Pero tenía las de perder en un arrebato violento. El francés, aparte de superarle en tamaño, y seguramente en fuerza, se acompañaba de dos esbirros.

—Vuestra madre os quiere mucho.

Y esperó a ver la reacción del joven. Este se esforzó en mantenerse impávido pero sus pupilas se volvieron a dilatar. ¿Su madre? ¿Por qué diablos aquel individuo mencionaba a su madre?

—Me ofreció oro y plata por vuestra vida.

—Si lo hizo, se equivocó.

—Lo hizo, y efectivamente se equivocó…

Otra pausa para que el chico imaginara.

—Porque yo no quería de ella ni oro ni plata…

Conradino apretó las mandíbulas.

—Yo quería su honra.

Otro silencio. Cerraba los puños con rabia.

—Y me la entregó a cambio de vuestra vida.

—No lo creo. Mentís.

—Por eso os preguntaba si habíais probado mujer. —Carlos sonreía elevando la barbilla con superioridad—. Para saber si conocéis lo que el macho le hace a la hembra. Pero aun si lo supierais, no podéis ni imaginar lo que le hice. Le hice cuanto quise. Ella lo soportó y fingió que le gustaba. —Reía—. Y quizá le gustara de verdad.

—¡Idos de aquí, canalla! ¡Mentís!

—No miento. ¿Os acordáis del lunar que tiene sobre el pecho izquierdo?

—¡Salid de aquí!

—Deberíais acordaros. No hace mucho que mamabais.

—¡Fuera!

—Pero os amamantó una nodriza. Solo así la condesa Elisabetta de Baviera podría conservar unas tetas tan bien puestas después de cinco partos.

Conradino se abalanzó sobre el rey tratando de alcanzarle la cara con el puño, pero las cadenas le retuvieron y los soldados le hicieron retroceder a empujones.

Carlos le contemplaba satisfecho, había logrado alterar al chico. Con suerte se pondría en ridículo en su ejecución. Era cuestión de insistir.

—¡Pero la engañé! —reía—. Y en el campo Moricino verá morir al primer hijo que parió. Y verá cómo el varón que la sometió goza de su doble triunfo.

El chico se había sentado al fondo del calabozo, cerraba los ojos, y se tapaba los oídos con las manos. El rey hizo un gesto a uno de los soldados y este le sujetó los brazos para que oyera.

—¿Sabéis? Voy a concederos el deseo de morir primero. Así le pagaré a vuestra madre todo lo que me dio.

Y se fue seguido de los soldados. De inmediato el carcelero cerró la puerta de un golpazo y a continuación se oyeron los cerrojos.

Conradino, sentado en el suelo de su oscuro y maloliente encierro, no pudo contenerse y estalló en llanto. Sentía rabia, pena, impotencia y miedo.

19

Castillo Dell'Ovo, Nápoles, 28 de octubre de 1268

Carlos permitió que Elisabetta se reuniera con su hijo la tarde anterior a su ejecución. Aquel aparente acto de gracia escondía, como en todo lo suyo, un cálculo preciso.

Hizo que el encuentro tuviera lugar en la terraza de uno de los torreones más altos del castillo Dell'Ovo. Era un día espléndido de otoño y la bahía de Nápoles se desplegaba ante sus ojos con toda su belleza. Sobre un tranquilo mar de un azul intenso sobrevolaban nubecillas blancas. Siguiendo la costa se veía la ciudad protegida tras sus muros blanco-rosáceos, sobre los que despuntaban los campanarios de las iglesias. Más allá se elevaba, imponente y tranquilo, el monte Vesubio, que mostraba su doble cumbre de color azul verdoso. Sobre el mar se extendía la península de Sorrento y a lo lejos se veía la isla de Capri.

Los soldados subieron primero a Conradino cargado de cadenas hasta lo alto del torreón y le sujetaron de una argolla para que no pudiera lanzarse al vacío. No iba a privarse Carlos, por una imprevisión, del espectáculo del día siguiente.

El muchacho, acostumbrado a la lobreguez de su celda, quedó deslumbrado al entrar en la terraza y tardó en habituarse a tanta luz. Mientras esperaba a su madre, fue contemplando, con una pena

tan intensa que le agarrotaba el corazón, la belleza que le rodeaba. Aquel era su reino. El reino que le correspondía por herencia de sus antepasados y que le había sido arrebatado. Y dentro de poco también le robarían la vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas. El goce de aquella hermosura, tan efímera para él, se mezclaba con la angustia de saber que era la última vez que la disfrutaba. Quería absorber aquella belleza, llevársela consigo al más allá. Y así pasó un largo tiempo, sumido en sus pensamientos, recorriendo con ojos acuosos el paisaje.

El mismo tiempo que, según había orquestado Carlos, pasó su madre esperando en la penumbra del cuerpo de guardia de la fortaleza.

Cuando vio a Elisabetta, corrió hacia ella para abrazarla. Sus cadenas sonaron metálicas y siniestras, y le detuvieron en seco. Pese a querer contenerse, no pudo y se rompió. Estalló en un llanto ruidoso que la bañó de lágrimas. Ella le estrechó con todas sus fuerzas y dejó ir, también en sollozos, toda la pena que le producía la angustia de su hijo y la rabia acumulada en la larga espera.

El sargento al mando de los soldados sonrió. El rey estaría contento cuando se lo contara.

—¡No quiero morir! —murmuró al oído de su madre, para evitar que le oyeran—. ¡Madre, no quiero morir!

Elisabetta sintió una horrible zozobra y se asió con mayor fuerza al abrazo. «¡Dios mío! —pensó, conteniéndose para no decirlo en alto—, ¿cómo permitís esta injusticia? ¡Si es un niño! ¿Qué más puedo hacer yo?»

—Lo siento, hijo. —Gimió en voz baja al rato—. He hecho cuanto he podido.

—Lo sé, madre. Lo sé.

Continuaron abrazándose, mucho tiempo, y después, cogidos de la mano, contemplaron sin hablar la bahía.

Ella quería decirle cuánto le amaba y compartir con él su infinita pena. Pero se dijo que con ello solo lograría desahogarse ella, causándole a él mayor dolor. Le veía derrotado, hundido, debía darle ánimos. Darle ánimos a su hijo para enfrentarse a la muerte. Guardaron silencio y al rato él musitó:

—Tengo miedo, madre. Mucho miedo.

—Es normal, hijo, no te avergüences.

—Tengo miedo a la muerte. Y también a la multitud que me estará mirando. Tengo miedo a ponerme a temblar, tengo miedo a no ser digno. Demasiado miedo. Me siento un cobarde.

—No, no eres un cobarde —le dijo ella enérgica, susurrándole para evitar que la oyeran—. Tener miedo es de valientes. Quien no teme a la muerte no es valiente sino un loco o un suicida. Los valientes sienten miedo, y a pesar de sentirlo, cumplen con su deber. Y tú tendrás miedo y cumplirás con tu deber porque eres valiente.

Él respiró hondo, guardó silencio y contempló el horizonte.

—Hijo —murmuró cuando le vio más calmado—. Carlos no es solo cruel, sino que también es un hombre sin honor. Le haría feliz que mañana te presentaras frente al pueblo de Nápoles, que no te conoce, como un niño asustado, que pide clemencia llorando a gritos. Que dijeran: ese Conradino es un muchachito infeliz, cobarde y débil. No era digno de ser nuestro rey. En cambio, fijaos en Carlos de Anjou. Es poderoso, fuerte, majestuoso. Ese sí que es un verdadero rey para Sicilia.

Conradino miró a su madre con sus ojos azules enrojecidos y afirmó con la cabeza. Ella supo que, a pesar de su desconsuelo, la escuchaba con atención.

—Tu abuelo Federico fue duque de Suabia, rey de Romanos, rey de Sicilia y emperador romano germánico. Tu padre fue duque de Suabia, rey de Romanos, rey de Sicilia y rey de Jerusalén; y de no morir tan joven, le hubieran proclamado también emperador romano

germánico. Y tú eres duque de Suabia, rey de Jerusalén y rey de Sicilia. ¡Debes mostrarte digno de tu estirpe!

Vio que su hijo se iba irguiendo conforme la escuchaba. Como si las cadenas y la angustia hubieran dejado de pesarle.

—¡Demuéstrales lo valiente que eres! ¡Enséñales cómo sabe morir un Hohenstaufen! ¡Cómo afronta la muerte un rey!

—¡Lo haré, madre!

—¡Consuélame de tu muerte comportándote como quien eres!

—¡Lo haré, madre!

—¡Que ese miserable, que ese usurpador no se salga con la suya!

El chico quedó ensimismado. Su madre le observaba tratando de adivinar sus pensamientos.

—Madre —dijo al fin—. Carlos me dijo que le ofrecisteis oro y plata por mi vida.

Elisabetta se alarmó.

—Así es —repuso procurando disimular.

—Y que lo rechazó.

Ella afirmó con la cabeza.

—Y que os pidió vuestra honra a cambio de mi vida. —Él la miraba intenso—. Que usó vuestro cuerpo para satisfacer sus caprichos. Y que os engañó.

Elisabetta sintió pánico. E intentó ocultarlo.

—Miente. —No podía confesarle lo ocurrido a su hijo—. Es cierto que rechazó el dinero. Y que también quiso holgar conmigo. Pero me negué.

—¿Os negasteis?

—Me negué porque sabía que me iba a engañar. Pero te juro por Dios que de haber creído que con eso te salvaba la vida, lo hubiera hecho. —Las lágrimas regresaban a sus ojos—. ¡Lo hubiera hecho mil veces!

—Entonces, ¿por qué alardea él de haberos poseído?

—Por lo que dije antes: trata de achicarte, de hundirte, quiere que te comportes como una niñita asustada en el cadalso. —Le sujetó la cara poniéndole sus manos en las mejillas y le miró fijamente—. Pero sé que fracasará contigo. Y que le demostrarás lo valiente que eres y cómo sabe morir un Hohenstaufen.

Conradino vaciló. Era fácil probar quién decía la verdad. Solo tenía que pedirle a su madre que le mostrara el pecho izquierdo. Y ver si tenía un lunar. Pero desistió. ¿Cómo podía dudar de ella? ¿Cómo podía preguntarse quién era el mentiroso, sino Carlos? Y si no era así, ¿qué importaba ya?

—Moriré como un Hohenstaufen, madre. No paséis cuidado. Y ese hombre sin dignidad ni honor fracasará.

—Estate alerta, hijo. Hará todo lo que pueda. Intentará, hasta el último momento, sorprenderte. Y que te rompas.

Y se fundieron en un largo abrazo.

20

Campo Moricino, Nápoles, 29 de octubre de 1268

Al fin, Conradino pudo ver a su primo Federico. Viajaron en el mismo carro rumbo a su destino, junto a Enrique de Castilla y otros condenados. Los jóvenes, a causa de las cadenas, solo pudieron besarse en las mejillas.

—No sabéis cuánto agradezco vuestra amistad, Federico —le dijo —. Y cuánto lamento que perdáis la vida por mi causa. Os pido perdón.

—Soy yo quien debe pedíroslo a vos, Conradino —repuso su primo—. Fui yo quien os empujó a emprender esta aventura. Sin mí, quizá ahora estaríais cazando feliz por los bosques del Tirol. Juntos soñamos con la gloria. Y cuando cruzamos los Alpes, sabíamos a lo que nos arriesgábamos. Lo que me apena es no morir en combate.

—También lo lamento yo.

Conradino expresó su agradecimiento, y su pesar, en términos semejantes al resto de los sentenciados.

—No os disculpéis, señor —replicó el infante de Castilla—. Yo os animé a que tomarais las armas y fuerais a la guerra. Soy yo quien os pide perdón. Por eso y por caer en la trampa que Carlos nos tendió, a pesar de mi larga experiencia en combate. Pero ¿quién podía creer que iba a sacrificar a la mayor parte de su ejército, que

dejaría que masacráramos a sus hombres con tal de engañarnos? ¡Ese maldito contempló cómo los destrozábamos sin hacer nada!

A Enrique le costaba mirar a la cara a sus compañeros. Los vería morir y a él, en el último momento, le perdonarían. Se sentía muy avergonzado. Ellos aún no lo sabían y él, tan arrojado en combate, no se atrevía a confesarlo.

Cuando los carros descubiertos que los conducían al cadalso entraron en el campo Moricino, la multitud que esperaba guardó un silencio expectante. Todos trataban de alzarse cuanto podían para ver los rostros de los condenados.

Aquel lugar pegado a las murallas era el espacio de mayor capacidad en Nápoles. Habitualmente albergaba un mercado al aire libre, pero ese día iba a ser escenario de un gran espectáculo que el rey había hecho pregonar por calles y plazas. Carlos quería que el pueblo supiera, de nuevo, el destino que reservaba a quienes a él se opusieran. Deseaba ver una multitud y lo había conseguido: muchos aguardaban desde el alba para reservar los mejores puestos, y las casas que daban a la plaza habían vendido a buen precio un hueco en sus ventanas.

También ella estaba allí. Elisabetta dudaba si tendría la fuerza necesaria para presenciar la ejecución de su hijo. Pero se dijo que debía sacarla de donde fuera. Por él.

Conradino la tenía que ver. Debía saber que estaba a su lado, que le apoyaba hasta en su último aliento. Se habría cambiado gustosa por él y ofrecido su cuello al verdugo. Quería estar lo más cerca posible de su hijo. Compró el derecho a la mejor ventana desde donde presenciar la ejecución y pagó generosamente para estar sola en la habitación. Sabía que aquello disgustaría al rey y, para evitar su reacción, no se dejó ver hasta que los carros aparecieron en la plaza.

Carlos contemplaba la entrada de los condenados desde el sitial elevado que se hizo construir cerca del cadalso. Sentado en su trono, lucía sus vestimentas, corona y demás atributos reales. Poseía una vista completa de la plaza a la que nadie, excepto sus hombres, podía acceder armado. A pesar de ello estaba rodeado por una unidad de ballesteros situada a un nivel inferior y por una escolta personal a ras de suelo. Junto a los ballesteros se encontraba su hijo Carlos, el contrahecho. Quería que contemplara la ejecución y la gloria de su padre pero no sentado a su lado. El chico sabía que a su progenitor le disgustaba su aspecto, que le consideraba indigno, y se escondía entre los soldados para que no le vieran.

Al de Anjou le gustaba tenerlo todo bajo control y vigilaba desde aquel lugar privilegiado. El silencio se rompió con un murmullo y vio cómo la gente señalaba una ventana. Dirigió allí su mirada y la vio. Allí estaba la condesa Elisabetta. Alta, esbelta, elegante y distinguida, vestía una gonela clara bordada en oro y llevaba una corona real, sobre una toca, a juego con su ropaje, que traslucía su cabello rubio. De pie, muy erguida, unía las manos sobre su regazo. Más que reina parecía una emperatriz. Estaba muy hermosa. El rumor se extendió rapidísimo en la plaza. ¡La madre de Conradino! ¡La que había sido reina de Sicilia, Jerusalén y de Romanos! Aquello elevaba el dramatismo de la ejecución al nivel máximo de tragedia. La gente la admiraba conteniendo el aliento.

Carlos se removió inquieto. No contaba con que la condesa se atreviera a presenciar la muerte de su hijo. Y menos que lo hiciera desde un lugar incluso más elevado que el suyo. El populacho la observaba a ella, más que a los reos. Nadie le miraba a él. Parecía que se hubieran olvidado de su presencia.

—¿Cómo es que no se me dijo que la condesa se presentaría aquí? —inquirió irritado.

—Los espías que vigilan a su gente nos dijeron que iría a rezar a la catedral —dijo el mayordomo, asustado—. Que no quería

presenciar la muerte de su hijo.

—Eso es lo que me hicisteis creer a mí —gruñó—. ¿Y cómo es que no supisteis que alquilaba esa casa?

—Nos dijeron que unos mercaderes genoveses pagaban por presenciar el espectáculo desde allí.

—¡Os engañaron!

—Tenemos los nombres y comprobamos quiénes eran. ¡Son verdaderos! Debieron de revender su derecho a última hora.

—¡No! —Carlos elevó la voz, colérico—. Estaba todo preparado de antemano. ¡Os engañaron, estúpido!

Se hizo un silencio embarazoso.

—¿Mando la tropa a desalojarla?

—¡Pero qué decís! ¿No veis con qué admiración la contempla la gente, majadero? Con toda seguridad tiene a su guardia con ella, aunque no lleven armas. Cerrarán la casa a cal y canto y si pretendemos entrar a la fuerza, el populacho se amotinará. Me disgusta mucho. Pero, por el momento, es intocable.

El cadalso era un tablado construido a suficiente altura para que todos en la plaza pudieran disfrutar del espectáculo. En él se alzaban cinco horcas. Los soldados hicieron bajar a los prisioneros encadenados de los carromatos, los ayudaron a subir y les hicieron formar mirando al público. Vestían hábitos grises de penitentes.

Fue entonces cuando Conradino vio a su madre. Ella se esforzó en sonreírle y movió los labios lentamente para que él leyera un «te quiero». El corazón del chico se llenó de gozo por un instante, el suficiente para devolverle la sonrisa y un «yo también a ti».

La multitud observaba aquellos gestos de cariño y murmuró enternecida. Muchas mujeres empezaron a llorar. Las mayores por madres, y las demás al ver a un muchacho tan joven y gentil al que le esperaba la muerte.

Después Roberto de Bari, el gordo fiscal, ataviado con lujosos ropajes y cadenas de oro, subió a la tribuna. Un redoble de tambor acompañó su presencia y en la plaza se hizo un silencio absoluto. Solemne, leyó primero los nombres y títulos de los reos y después los cargos contra ellos, con voz potente, de cara al público. Al chico le presentó el último y solo como duque de Suabia y rey de Jerusalén. Después continuó:

—Se acusa a Conradino de haber roto la paz de la Iglesia. Y lo mismo a sus secuaces aquí presentes. —Hizo una pausa para contemplar, pavoneándose ceremonioso, a la gente de un extremo al otro de la plaza.

»Se acusa a Conradino y a sus cómplices de haber usurpado el título de rey de Sicilia.

»Se acusa a Conradino de haber invadido violenta e ilegalmente el reino de Sicilia, con la ayuda de los demás.

»Y, por fin, se acusa a Conradino de conspirar contra Carlos de Anjou, el soberano legítimo, y de atentar contra su vida.

Conradino quiso hablar pero el oficial que le acompañaba le advirtió en un susurro:

—Tengo orden de amordazaros si alzáis la voz. Está en vuestras manos sufrir, o no, esa humillación.

El chico se irguió un poco más. ¿De qué iba a servir forcejear con los soldados? Parecería un acto de cobardía motivado por el miedo. Y debía aparentar lo contrario. Elevó la barbilla para escuchar la condena.

—Y después de una larga y justa deliberación, los ilustres jueces han acordado, unánimes, su culpabilidad.

Otro redoble de tambor.

—Así, su majestad Carlos de Anjou, rey de Sicilia y conde de Provenza, Maine, Forcalquier y Anjou, ha condenado al conde Gerardo Donoratico de Pisa —el fiscal hizo una pausa— a morir en la horca.

Hubo un murmullo en la plaza. No se acostumbraba a ahorcar a los nobles; se les concedía el privilegio de la decapitación, que supuestamente era una muerte más digna y rápida.

—Se le ahorcará por traidor. Puesto que, aun no siendo súbdito de Sicilia, es italiano, e Italia está bajo la tutela del papa, que ha nombrado al rey Carlos su valedor. El conde se ha rebelado contra ellos. Y merece la horca.

El conde guardó silencio y Conradino pensó que a todos los habrían amenazado como a él. El fiscal continuó anunciando condenas a la horca de los nueve nobles italianos restantes e hizo una pausa.

—En cuanto a los extranjeros: Conradino de Hohenstaufen, Federico de Baden, el conde Urnaiso de Alemania y Enrique de Castilla, serán decapitados.

Otro murmullo.

—En el caso del infante de Castilla, antiguo senador de Roma, se le indulta por intercesión papal. Pasará el resto de su vida en prisión. Y presenciará la ejecución de los demás.

Sonaron los tambores. Enrique mantuvo su cabeza alta con la vista perdida en el infinito. No se atrevía a mirar a sus compañeros. Y maldecía aquella clemencia. Pasar el resto de su vida en un calabozo, muriendo de miseria, era mucho peor que la decapitación.

El fiscal soltó un largo sermón advirtiendo sobre lo que esperaba a todos los traidores y a quienes se alzaran en armas contra el verdadero rey de Sicilia. Al terminar, los tambores tronaron de nuevo. Acto seguido, subieron los verdugos al cadalso. La gente aplaudió, llegaba la parte más emocionante del espectáculo. Iban vestidos de negro. Un par, que destacaban por su extraordinaria corpulencia y abundantes barbas negras, portaban sobre el hombro unas enormes y pesadas espadas de doble filo.

Uno de ellos se situó detrás de Conradino, que intercambió otra mirada con su madre. Ella movía los labios para que él leyera en

ellos «sé valiente» y «te quiero». Él le respondió con una sonrisa. El pueblo asistía emocionado a aquel diálogo mudo madre-hijo.

Entonces se oyeron unos cánticos desde un extremo de la plaza y las gentes abrieron paso a una procesión. A un fraile, que portaba un gran crucifijo, le seguían monaguillos cantando, algunos con incensarios, catorce sacerdotes y otros tantos frailes con sus capuchas caladas. La gente se arrodillaba, santiguándose, al paso de la cruz. Los sacerdotes subieron al cadalso y cada uno se dirigió a un reo. Los condenados se arrodillaron e intercambiaron un breve diálogo con el clérigo. Todos habían hecho testamento y se habían confesado la noche anterior. Rezaron juntos un padrenuestro y el cura bendijo al reo.

Conradino dio un paso al frente, iba a ser el primer ajusticiado.

Miró a su madre.

Ella le dedicó una triste sonrisa.

Él apretó los labios y afirmó con la cabeza: haría que se sintiera orgullosa.

La multitud guardó silencio.

21

Campo Moricino, Nápoles, el mismo día

—Aún no —le dijo a Conradino el gigantesco verdugo que tenía a sus espaldas, tirando de él hacia atrás.

¿Que no iba a ser el primer ajusticiado? ¡Se lo había concedido Carlos! El muchacho le miró, y vio que el rey también le miraba, divertido. Sabía lo que estaba haciendo.

Los verdugos obligaron a cinco de los italianos a subir a las banquetas bajo las horcas. Primero tuvieron que separar al conde de Gesualdo de sus dos hijos. Querían abrazarse, pero no podían al tener las manos encadenadas a la espalda. La gente murmuró enternecida. Conradino se dijo que al menos eran más misericordiosos que con Galvano Lancia, que vio cómo asesinaban a su hijo antes de matarle a él. Carlos afirmó con la cabeza y los verdugos les quitaron las banquetas.

Conradino, estremecido, los vio patalear un tiempo demasiado largo con los rostros contraídos por la agonía. ¡Eran sus amigos! Notó que una zozobra aún mayor le invadía, sintió un nudo en la garganta y que las lágrimas acudían a sus ojos. Miró al rey. Le observaba con media sonrisa en sus finos labios. Lo hacía a propósito. Era su nueva traición.

El chico se descomponía. Su madre también le miraba. Elisabetta notaba el corazón agarrotado, le dolía, pero separó las manos que mantenía unidas en su regazo y elevó ligeramente la derecha a la altura del pecho y la cerró con fuerza en un puño. «¡Aguanta!», le dijo con los labios. Conradino notó una lágrima resbalando por su mejilla pero tragó saliva y trató de erguirse aún más.

Era el centro de atención. Las miradas de los espectadores iban del rey a la condesa y al hermoso y gentil muchachito, casi un niño, que trataba de ser valiente frente a la muerte. ¡Se le veía tan frágil comparado con el gigante barbudo, vestido de negro, que tenía a sus espaldas y que le iba a matar!

Esperaron un tiempo hasta que los ahorcados dejaron de moverse para descolgarlos. Abandonaron los cuerpos tirados sobre el tablado, colocaron las banquetas de nuevo e hicieron subir a los otros cinco italianos. Les pusieron los lazos en el cuello con cuidado, los ajustaron y a un gesto del rey empujaron las banquetas. Quedaron colgando, bailando el baile de la horca, como le llamaba el vulgo. El gentío murmuró. Aquella era una larga agonía.

Cuando quedaron inmóviles, Conradino, con el corazón encogido, se dijo que al fin llegaba su turno y tuvo, otra vez, la esperanza de ser el primero. No quería, no podría ver morir a su amado primo, pero de nuevo el verdugo le retuvo y empujaron al conde Urnaiso. El alemán sabía qué hacer. Se arrodilló como si orara e inclinó la cabeza ofreciendo el cuello a su ejecutor. Le facilitaba la tarea para que el golpe fuera certero. El barbudo de negro sujetó la espada con las dos manos, la elevó por encima de su propia cabeza y la descargó con todas sus fuerzas, soltando un gruñido. El golpe fue certero, se oyó un chasquido y la cabeza rodó por el entarimado. El cuerpo quedó por unos instantes en la misma posición de rodillas, soltando chorros de sangre por las arterias del cuello, conforme el corazón la bombeaba. Después se venció hacia delante y cayó,

manchando a los soldados que separaban a la gente del cadalso. La multitud lanzó un grito mezcla de admiración y horror.

El verdugo tocó la espalda de Federico de Baden. Este miró a su primo y le dijo:

—Adiós, Conradino. Pronto nos veremos en el cielo.

Era también un joven apuesto, de los que hacían suspirar a las muchachas.

—Adiós, primo —musitó el chico, a pesar del nudo que sentía en la garganta—. Dios lo quiera.

—Dejaos de charlas —gruñó el ejecutor. Y empujó a Federico.

El muchacho se arrodilló y extendió su cuello cuanto pudo. El verdugo elevó la gran espada y la dejó caer. Federico exhaló un gran quejido. La espada le había golpeado en la parte alta de la espalda y le derrumbó abriéndole una gran herida. Pero continuaba vivo y pataleaba de dolor. Del aullido horrorizado de la muchedumbre sobresalían los chillidos femeninos.

Conradino apartó la mirada, no podía soportarlo, estaba a punto de desvanecerse. Miró a Carlos para ver que una leve sonrisa bailaba en sus labios apretados. El muchacho lo comprendió. El ejecutor no había fallado sino que seguía órdenes. Con parsimonia, levantó de nuevo la espada y la dejó caer sobre su víctima. Esta vez le acertó en el cuello, pero al estar tumbado solo lo cercenó en parte. El cadalso rebosaba de sangre. El cuerpo del joven se agitaba entre convulsiones. Esta vez el verdugo tuvo que esforzarse para desprender la espada, que había quedado clavada en los maderos. Al tercer golpe logró decapitarle. Tomó la cabeza por los cabellos y, orgulloso de su trabajo, se la mostró al rey, a la multitud y al propio Conradino. Federico tenía los ojos azules entornados y la boca semiabierta.

—Miserable —murmuró Conradino mirando al de Anjou.

Notaba que las piernas le fallaban y temió desvanecerse. El corazón le batía acelerado. Tenía miedo, mucho miedo. Había

llegado su turno. Y trató de sobreponerse. ¡Su madre! Lamentaba que estuviera allí, que presenciara su muerte. Pero al mismo tiempo le confería valor. La miró y ella sonrió levemente. «Te quiero», le dijo con los labios. «Sé fuerte.» Se llevaría el recuerdo de su rostro al más allá. Notó un leve empujón en la espalda y empezó a recitar el padrenuestro quedo, sin que nadie le oyera.

—Padre nuestro…

Se arrodilló.

—Que estás en los cielos…

Extendió el cuello tanto cuanto pudo. Veía en el tablado un reguero de sangre que corría hasta caer por el borde.

—Venga a nosotros tu reino…

El golpe. Dolor.

Todo giró y vio el azul del cielo.

Elisabetta vio rodar la cabeza de su hijo, que se detuvo mirando hacia arriba. Sus labios aún se movían y leyó en ellos «madre». Notaba un dolor de muerte y una pena infinita. Casi tanta como su rabia. Pero se sentía aliviada y orgullosa. Su hijo, aunque niño, había muerto como un hombre. Como un rey, hijo de rey y nieto de emperador.

Entonces su mirada se desplazó hacia Carlos. Que, al igual que toda la plaza, la miraba a ella. Debían de pensar que se desmayaría. O que se arrojaría por la ventana. Todos estaban expectantes. Pero no hizo nada de eso.

Con una voz que el coraje hacía más aguda y potente le gritó al rey:

—¡Asesino! ¡Usurpador! ¡Ladrón! ¡Carlos de Anjou, yo te maldigo! Has asesinado al legítimo rey de Sicilia.

Carlos no esperaba aquello. Ni se le ocurrió que una dama tan elegante fuera capaz de gritar de aquella forma. No encajaba con la

imagen que tenía de ella y se maldijo por no haberlo previsto. El silencio en la plaza era absoluto.

—Ese era el guante de mi hijo. De Conradino. —Y mostró la prenda—. ¡Con él te desafío, traidor!

Y lo lanzó a la plaza. De inmediato se abrió un corro a su alrededor.

—¡Ruego al cielo que envíe a un paladín, humano o divino, que lo recoja y haga caer la justicia sobre ti! ¡Que vengue a un inocente! A Conradino, duque de Suabia, rey de Jerusalén ¡y rey de Sicilia!

Carlos maldijo la lentitud con que se transmitían sus órdenes. Lo dramático de la escena había sorprendido tanto a la tropa como a los mandos, que no supieron reaccionar a tiempo para acallar a aquella mujer.

Al fin empezaron a sonar los tambores tratando de silenciar a la condesa, que no por eso callaba, aunque no se la oyera. Pero a ella ya no le importaba. Todo el mundo había oído lo que quería que oyeran.

La condesa se alejó de la ventana, no quería ver de nuevo el cadáver de su hijo. Se dejó caer en un rincón y se puso a llorar desconsoladamente.

El guante continuaba en la plaza sin que nadie se atreviera a acercarse. Sabían que la ira de Carlos de Anjou caería sobre quien lo recogiera. ¡Solo tocarlo podía acarrear la muerte! Los tambores seguían repicando.

El rey también miraba el guante. No se podía quedar allí. Enviaría a alguien que lo cogiera para entregárselo a él. El pueblo tenía que verlo en su poder.

Sin embargo, de repente, un golfillo harapiento se abrió paso entre las piernas de quienes rodeaban el lujoso guante, lo recogió y se sumergió otra vez en el gentío, perdiéndose en él. Hubo quien trató de sujetarlo pero se escabulló como una anguila. Los tambores cesaron su repique.

Se oyó la risa de Carlos de Anjou.

—¡Lo ha robado un pilluelo! —exclamó. Y volvió a reír—. ¡Aquí termina la historia!

Ya no quedaban Hohenstaufen. A los últimos los tenía encerrados en el castillo Dell'Ovo. Eran la mujer y los hijos del rey Manfredo. Jamás saldrían vivos de allí.

Todo estaba bajo control. Y, aunque no había podido quebrar al chico, se sentía razonablemente satisfecho. Dormiría tranquilo. El reino era suyo para siempre. Podía exprimirlo para financiar sus nuevas conquistas.

El golfillo corrió hacia un grupo de hombres, entre los que desapareció. Allí le entregó el guante a un caballero de casi sesenta años que le dio, tal como le había prometido, un puñado de monedas, antes de besar el guante con devoción.

Carlos se equivocaba. Aún quedaban Hohenstaufen. Y aquel hombre sabía dónde encontrarlos.

TERCERA PARTE

Almogávares

22

Condado de Ampurias, 21 de noviembre de 1271

Saurina, con solo trece años, era ya más alta que su padre, un hombre pequeño y delgado, de pelo y ojos oscuros y piel tostada del sol. Pero aún no alcanzaba a Teresa, su madre. Se parecía a ella. Era pelirroja de ojos azules, y pecas en la cara. Su hermana, de nueve años, se asemejaba más a él.

Era una mañana soleada de finales de otoño y la familia recogía la aceituna de sus olivos. En el campo se trabajaba de sol a sol y nunca se terminaba. La siega, la trilla, guardar la paja, arar la tierra y sembrar. La vendimia, la matanza del cerdo, elaborar embutidos y el ahumado de la carne. Y ahora la aceituna, que después habría que prensar para obtener aceite. Y recoger más leña, dar de comer a los animales, podar y remendar la ropa. Era agotador. Los días se acortaban y, a pesar del frío que pasaba incluso en el interior de la casa, Saurina deseaba que llegara el invierno. Disfrutaba las largas noches en las que la dejaban dormir cuanto quería confortada por el calor de su hermanita.

Los padres vareaban el fruto para hacerlo caer y las niñas lo recogían cuando Saurina oyó exclamar a su madre:

—¡No! ¡Dios mío, que no vengan aquí!

Un par de hombres a caballo se acercaban. Saurina vio el temor en el rostro de sus padres e identificó a los jinetes de inmediato. Se trataba de su señor feudal, el conde Hug de Ampurias, y de su escudero. Era pelirrojo, de ojos azules, muy alto y grueso para sus treinta y cinco años. Hacía pequeño el enorme percherón que montaba. Se dirigían a su encuentro.

Josep se quedó atrás, temeroso, mientras Teresa se adelantaba hacia los hombres, vara en mano.

—¿Qué queréis? —inquirió.

—Buenos días, Teresa —dijo el gigantón sonriendo—. ¿Te has olvidado de tus modales al dirigirte a tu señor?

Saurina se dijo que iba bebido. No le gustaba la forma sucia en que contemplaba a su madre. Después la miró a ella e hizo que se estremeciera de temor.

—¿Qué queréis?

—Venimos a vigilar cómo trabajáis mis campos y a llevarnos lo que me debéis —continuaba sonriente.

—Ya le pagamos ayer a vuestro mayordomo —replicó la mujer.

—¿Ah, sí? —El conde fingió sorprenderse—. Pues entonces venimos a comer.

—Ya os dimos de comer la semana pasada —repuso Teresa. Su tono era ahora suplicante—. Nos estáis arruinando. No tendremos bastante para pasar el invierno.

—Es el derecho del señor —dijo él.

Saurina sabía que el conde se tomaba otros derechos al terminar aquellas comidas. Y que su madre no quería. Había compartido su angustia cuando se confesaba y el cura le decía que aquel era uno de los llamados «malos usos» con los que los señores abusaban de sus siervos.

«¡Pero eso es pecado!», había objetado ella.

«La Iglesia lo condena pero no se puede hacer nada —le había explicado el sacerdote—. Tus padres no se pueden ir, son siervos de

la gleba, remensas, están condenados a permanecer en esa tierra de por vida y a trabajarla para el conde. A no ser que consigan el dinero suficiente para comprar su libertad. Pero es demasiado para ellos. Nunca lo pagarán.»

«¿Y qué pasa conmigo? ¿Y con mi hermana?»

«Vosotras, al ser sus hijas, habéis nacido también siervas.»

«Pero ¿por qué mi padre consiente que el conde…?»

«A tu padre le ocurre lo que a los siervos que se casan con mujeres hermosas —había cortado el cura—. El conde Hug es señor de horca y cuchillo.»

«¿Y qué quiere decir eso?»

«Que puede juzgar a quien quiera, excepto a los clérigos, en su condado. Y puede condenar y ejecutar.»

Saurina había quedado en silencio.

«En otras palabras: que puede matar a tu padre y a tu madre si así lo desea —le había aclarado el hombre—. Sin tener que dar explicaciones a nadie.»

«¿Y por qué me parezco más al conde que a mi padre?», inquirió angustiada.

«Porque tu madre estaba ya embarazada cuando se casó. Y el conde decidió con quién. Josep es afortunado. —El sacerdote había tratado de consolarla—. Tu madre es trabajadora y hermosa. Una buena mujer.»

«¿Afortunado?», había murmurado ella.

Saurina sabía que aquella mañana iba a ser testigo, una vez más, de la fortuna de su padre. Y de la de su madre.

—¡Dejad lo que estáis haciendo y corred a preparar una buena comida para vuestro señor! —ordenó el escudero.

Su vozarrón los asustó. Era un hombretón fornido, un verdadero matón. El secuaz adecuado para semejante amo.

Teresa y Josep se miraron resignados y abandonaron el trabajo para dirigirse a su pequeña granja.

—¡Daos prisa, tenemos hambre! —los azuzaba el escudero por el camino.

Los siguieron montados en sus caballos. La familia se apresuró hacia la masía.

Sabían que aquellos invitados forzosos no aceptarían la comida habitual de la familia —pan y cocido de nabos, coles y zanahorias con garbanzos o judías—: querían carne. Y mientras Josep sacrificaba a una de las gallinas, y la desplumaba, las mujeres les sirvieron queso y embutidos, pan y una escudilla de cocido caliente. Y vino. Tragaban grandes cantidades de vino.

Saurina contemplaba apenada cómo aquellos hombres engullían lo que la familia entera consumía en cuatro o cinco días. Miró los callos de sus manos y pensó en el esfuerzo que les costaba producir aquellos alimentos. Los hombres devoraron sin contemplaciones la gallina braseada, bromeando y riendo. Habría menos huevos, se lamentó la niña.

Cuando acabaron con el ave exigieron almendras para terminar el vino. El conde eructó, su escudero le imitó superando su estruendo y ambos rieron. Estaban borrachos.

—Es hora de que vuelvas a recoger aceitunas —le dijo entonces Hug a Josep—. Y llévate contigo a la niña pequeña.

Sabían que aquello iba a llegar. Era cuando el conde se desfogaba con Teresa. Estaban acostumbrados y Josep había aprendido a no resistirse. De nada servía, aparte de ofrecer a aquellos matones una excusa para golpearle salvajemente. Pero aquel día el conde quería cambiar la rutina. Al pobre hombre se le revolvió el estómago.

—Me llevo a las dos niñas —objetó.

—He dicho que te lleves solo a la pequeña —recalcó el conde—. Ya es hora de que Saurina aprenda algo nuevo.

—¡Es solo una niña! —exclamó Teresa.

Saurina comprendió horrorizada de qué estaban hablando. Querían hacerle lo que a su madre. Su hermanita se puso a llorar.

—¡Yo decido lo que es o no es! —gritó Hug enfurecido.

El escudero se acercó amenazante a Josep y el hombrecillo se puso a temblar. Pero no se movió.

—¡Yo os diré lo que es! —chilló Teresa—. ¡Es vuestra hija! Y lo sabéis. Y es vuestra sobrina, porque soy hija de vuestro padre y hermana vuestra. Y también lo sabéis. Y lo que me hacéis es una infamia ante Dios y ante los hombres. Y lo que queréis hacerle a ella es mucho peor.

El gigante pelirrojo vaciló un momento parpadeando. Como si el vino le impidiera comprender. Cuando reaccionó, le propinó un bofetón.

—En mi condado los siervos bastardos no son nada —dijo—. Y las siervas bastardas aún menos. No me importa quiénes sean sus padres.

El escudero empujó al hombrecillo, que fue por los suelos.

—¡Llévate ahora mismo a la pequeña o te corto los huevos!

Y le dio una patada. El campesino se incorporó, corrió hacia la pequeña, la tomó en brazos y salió a toda prisa. El conde y su escudero se echaron a reír al verle.

Saurina trató de escapar, siguiendo al que quería como padre, pero el conde le puso la zancadilla. Cayó y de inmediato el hombre la levantó como si fuera una pluma y la lanzó sobre uno de los catres de la habitación.

—¡Dejadla! —chilló Teresa.

—¡Encárgate de la madre! —le dijo el noble a su escudero—. Sé que le tienes ganas. —Y rio—. ¿Crees que no te veía la cara, cada vez que me la beneficiaba?

—¡Gracias, señor! —rugió el hombre.

Saurina temblaba al ver cómo se le acercaba, tambaleante. Su corpachón ocultaba la luz que entraba por la puerta. Le daba miedo,

mucho miedo. Y asco, mucho asco.

—¡Ven aquí, conejito! —murmuró el gigante—. ¡Que tu papi te enseñará una cosita! —Rio de nuevo—. ¡Gorda!

Saurina oyó que su madre chillaba.

—¡Dejad a la niña! —gritó alguien a espaldas del conde.

El pelirrojo se giró sorprendido. Allí estaba Josep sosteniendo un cuchillo.

—Y si no la dejo, ¿qué? —repuso el gigantón.

No parecía impresionado. Saurina se dijo que el conde era un hombre de armas y que triplicaba el tamaño de su padre.

—¡Os mataré! —balbució temeroso Josep.

—¿Ah, sí? ¡Pues mátame!

Con una velocidad sorprendente para su tamaño y embriaguez, el conde le alcanzó de dos zancadas y un puñetazo. El hombrecillo voló. Fue a golpear con la cabeza el marco de la puerta y quedó tumbado e inmóvil. Saurina trató otra vez de escapar, pero el conde la atrapó a mitad de camino de la puerta. En esta ocasión no hubo diálogo y, allí mismo, en el suelo, empezó a quitarle la ropa. Lo tuvo fácil. Le arrancó la capa con la que se cubría y le subió la gonela tapándole la cara. La chica rezó para que lo hiciera así, sin tener que verle. Pero terminó de desnudarla. Ella le clavó las uñas en el rostro, él gruñó y le dio un bofetón que la dejó aturdida.

—Estate quieta o te mato —le dijo. Su aliento era hediondo.

Le abrió las piernas a la fuerza y se puso encima. El dolor era terrible. Ella palpó el suelo buscando desesperada algo con que defenderse mientras él se movía dentro y fuera. El conde gruñía de placer y soltaba algo caliente en su interior cuando su mano lo encontró.

El cuchillo de su padre.

El hombre se derrumbó, satisfecho, encima de ella, aplastándola. Y Saurina empezó a apuñalar aquel corpachón asqueroso. ¡Una! ¡Dos veces! ¡Tres!

Chilló como un cochino en la matanza. Se apartó de ella de un salto, trastabilló y cayó al suelo.

—¡Tiene un cuchillo! —aulló.

—¡Huye, Saurina! —Era su madre quien gritaba—. ¡Te matará si te coge!

El escudero se incorporó y Teresa trató de retenerle sujetándole de una pierna. Le hizo caer.

—¡Escapa, Saurina! ¡Por el amor de Dios! ¡Te matarán!

Tomó sus ropas esparcidas por el suelo y salió corriendo tan veloz como pudo. Le dolía mucho. Vio los caballos atados a un árbol. No había montado nunca uno, aunque sí la mula con la que araban el campo. Desató el caballo del escudero, que era más pequeño, y lo montó. El hombre salía ya corriendo de la casa.

Ella azuzó al animal pero no se movió.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Me va a coger!

Golpeó los flancos del caballo con las piernas. El equino solo dio dos pasos y se detuvo.

—*¡Sirio!* —El escudero llamaba a su montura.

Saurina volvió a golpear con todas sus fuerzas los flancos del animal y de repente se puso a trotar alejándose del escudero. El hombre vaciló. No podía perseguirla. Debía auxiliar a su señor herido.

Saurina no se detuvo hasta perder de vista la granja. Tenía mucho frío y trató de cubrirse con las ropas que había podido recoger. Le dolía mucho. No paraba de sangrar y tenía las piernas pringadas. También la silla del caballo. Se dirigió a una fuente cercana. Sentía náuseas. No le importaba la sangre ni el dolor pero necesitaba limpiarse. Tenía que quitarse, si podía, lo que le había metido en su interior aquella bestia pelirroja. Su padre.

Había logrado bajar del caballo cuando notó que las fuerzas la abandonaban y se desplomó sobre la tierra húmeda y fría.

23

Condado de Ampurias, de noviembre a diciembre de 1271

Saurina estuvo mucho tiempo en el suelo acurrucada en posición fetal. Mantenía las piernas cerradas tratando de contener la hemorragia con un pedazo de su vestido desgarrado. Había perdido mucha sangre y, a pesar del frío, permanecía inmóvil para no sangrar más. Le dolía. El caballo se fue. No importaba. Montar la haría sangrar más. Aunque le preocupaba que el animal continuara por los alrededores y que los hombres del conde la encontraran. Porque no dudaba de la advertencia de su madre: viviera o muriera el conde, si la apresaban, la matarían.

Se quedó allí hasta que el sol estuvo próximo al ocaso. Su instinto le decía que no podía regresar a su casa y se preguntaba angustiada qué habría sido de sus padres y hermana. Anduvo con cuidado hacia la masía de unos vecinos. Había oscurecido al llegar. El perro ladró, pero ella no se detuvo. Tenía mucho frío y hambre.

—¡Saurina! —exclamó la mujer cuando iluminó su rostro con un candil—. ¿Qué ha ocurrido?

—Han estado aquí esta tarde buscándote —dijo el marido—. Nos han amenazado de muerte si te ayudábamos, tendremos que delatarte.

Saurina se puso a llorar. Temblaba.

—¡Por Dios, padre! —exclamó Simón, enérgico—. ¡No podemos abandonarla!

El muchacho tenía catorce años y los unía un fuerte cariño. Aquella misma semana le había pedido a su padre que hablara con el de Saurina para pedirla en matrimonio.

—Ven al fuego —le dijo la mujer abrazándola.

Azuzaron las brasas y echaron leña para reavivar la lumbre. La mujer le dio de comer escudella y un trozo de pan. Los hijos pequeños, de ocho y seis años, estaban ya en el jergón. Los campesinos se acostaban al atardecer y Saurina los había sacado del lecho.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió la mujer.

Llorosa, pero sin dejar de comer, Saurina lo fue contando. Simón apretaba los puños con rabia pero se esforzaba por no manifestarla. No quería avergonzarla más.

—¡Se lo merece! —dijo la madre—. Es un animal salvaje. No le importa cometer cualquier atrocidad con tal de satisfacer sus instintos. Abusa de la que le apetece cuando y donde quiere.

—No te puedes quedar aquí —insistió el hombre, angustiado—. Y si se enteran, nos matarán también a nosotros. ¡Vete!

Saurina se puso a temblar, llorando. La aterrorizaba la oscuridad de afuera, el frío, las alimañas y el duro suelo.

—Morirá congelada si la dejamos fuera —le reprochó Simón—. ¡No lo consentiré!

—¿No comprendes, hijo, que el conde me ahorcará? —se lamentó el hombre.

—¡Por el amor de Dios, Pau! —suplicó la mujer—. Deja que pase la noche aquí. Se irá antes del amanecer. Los hombres del conde no vendrán durante la noche.

El campesino se encogió de hombros.

—Yo también la quiero —dijo pesaroso, en voz baja, mirando al jergón donde estaban los pequeños—. Y odio al maldito del conde.

Pero ¿qué será de nuestros hijos si nos matan?

Saurina se levantó dejando el plato a medio terminar.

—Me voy —dijo con voz temblorosa—. No permitiré que les pase nada a los niños por mi culpa. Ni tampoco a vosotros.

Y se encaminó hacia la puerta.

—¡Espera! —le dijo el hombre sujetándola del brazo—. No puedo dejar que te vayas sin más. Termina de comer y caliéntate al fuego. Y pasa la noche en el establo con la mula. Te daremos abrigo y el calor del animal te confortará. Si vinieran por la noche, entrarían primero en la casa y tú podrías escapar por el ventanuco de detrás del establo sin que te vieran.

La despertaron apenas despuntó la primera luz del alba. La mujer había recosido lo mejor que pudo sus vestidos y le dieron una capa de piel de oveja para que se protegiera. También un zurrón con pan, queso y una bota de vino.

—Iré contigo —dijo Simón.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió el padre—. Si os encontraran juntos, sería un desastre para la familia.

—Iré sola. —Saurina rechazó de un empujón al muchacho. Sabía que él la quería y que echaría de menos su compañía, pero no quería comprometer a sus vecinos.

—¡Regresa cuando oscurezca!

Al salir a la intemperie empezó a tiritar. Una tenue claridad crecía al este, entre la neblina, y se puso a andar por los campos, apartándose del camino para que no la descubrieran, hacia el que había sido su hogar. Se sentía muy débil y se detenía con frecuencia a descansar.

Un sol que pugnaba con las brumas se mostraba ya entre los árboles cuando vio a lo lejos su casa. Se acercó con precaución. Ansiaba abrazar a sus padres y a su hermanita, sentir su calor, sus

caricias. Quería despertar de aquella pesadilla, que las cosas fueran como antes. Escuchó atenta sin oír nada. Tampoco observó movimiento.

—Señor, Dios mío, que estén bien —suplicó angustiada—. Que no les haya pasado nada.

Se aproximó con cuidado, escondiéndose tras unas matas. Observó atenta. No había caballos. Corrió hasta el pozo y se ocultó tras el brocal.

—¡Señor, os lo suplico! ¡Que estén bien!

La puerta se encontraba entreabierta y se acercó, pero una voz la detuvo.

—¡Despierta, que amanece! —gruñó un hombre—. ¡Se supone que estamos de guardia! ¡Como nos sorprendan durmiendo nos despellejarán a latigazos!

Saurina corrió a esconderse tras el pajar. Entonces, horrorizada, los vio, iluminados por los primeros rayos de un sol desvaído.

Sus padres colgaban de la gran higuera, ya casi sin hojas, frente a la casa.

Inmovilizada por el horror, contempló sus queridos rostros, pálidos. Las lenguas asomaban de sus bocas entreabiertas, ella con los ojos cerrados y él solo entornados. La niña sintió que un puño de hierro le retorcía las entrañas. No podía respirar, quería morir. Cerró los ojos con fuerza suplicando que fuera una pesadilla. Pero cuando los abrió, aún estaban allí.

Pasó el día escondida en una pequeña cueva cuya entrada cubrían unas matas, en un barranco cerca de la que había sido su casa. Se preguntaba angustiada qué habría sido de su hermana y se decía que los hombres del conde se la habrían llevado. Oía los caballos y las partidas de a pie que la buscaban. Sentía mucho miedo. Lloraba y rezaba hasta que la debilidad la hacía caer

adormecida. Pero el horror del recuerdo de sus padres, ahorcados, balanceándose con la brisa del amanecer, la asaltaba continuamente. Se tapaba los oídos con las manos, cerraba los ojos y sacudía violentamente la cabeza, con los labios apretados para evitar aullar de dolor. Trataba de expulsar aquellas terribles imágenes de su mente sin lograrlo, mientras un leve quejido se escapaba de su boca, cerrada con tanta fuerza que le dolían dientes y mandíbula. Era su falta. Sentía una tristeza desgarradora. Miedo, pena, culpa. La cueva se había convertido en el infierno para Saurina.

No obstante, era un buen escondite y ni siquiera los perros la encontraron. Al anochecer regresó con los vecinos, que, compadecidos aunque temerosos, la volvieron a acoger. No tenía otro lugar adonde ir.

—Visitaré a escondidas a mi confesor, en el pueblo —comentó—. Él me aconsejará.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió el hombre—. ¡Te delataría! Está a sueldo del conde.

—Vayamos a Figueras —le propuso Simón—. Es una ciudad libre que depende solo del rey. Allí nos acogerán y el conde no podrá hacer nada.

—La guardia del conde controla todos los caminos a Figueras —advirtió Pau—. ¡Pobre de ti si creen que te diriges allí! Además, el conde ha jurado arrasarla y ahorcar a todos los siervos huidos que encuentre en ella.

—El rey Jaime ha concedido libertad y derechos a la gente que pueble Figueras, cualquiera que sea su origen —insistió Simón—. Y ha prometido construir un castillo para proteger la ciudad.

—Quizá lo haya prometido —dijo Pau—. Pero, de momento, Figueras es solo un grupo de casas alrededor de una iglesia, rodeada de cuatro muros y una puerta. Además, Saurina hirió al conde. La pueden prender incluso allí.

Pasó una semana oculta durante el día en el infierno de la cueva y en el establo por la noche. Cuando los soldados abandonaron su casa, la recorrió en busca de algo que comer, pero se habían llevado provisiones y animales. Solo quedaban los útiles para el trabajo del campo. Pau dijo que el conde pondría pronto a otros siervos allí. Tampoco encontró rastro de su hermana y supuso que el conde se la había llevado.

Los cuerpos de sus padres continuaban colgando de la higuera. Su aspecto empeoraba día a día. Les rezaba. Hubiera querido descolgarlos para darles sepultura pero ni tenía fuerzas ni se atrevía. Su deterioro se incorporaba a las horribles imágenes que la asaltaban en sus pesadillas. Soñaba que su padre abría los ojos, la miraba y, balanceándose, levantaba el brazo señalándola acusador.

Al mediodía Simón, si no veía soldados merodeando, se acercaba a la cueva con comida. La trataba con muchísimo amor. Era un muchacho apuesto, tan alto como ella, de cabello oscuro, facciones viriles y ojos verdes. Le era muy agradable y, antes de que ocurriera aquella desgracia, los domingos, a la salida de misa, charlaban y reían. A veces jugaban a perseguirse. Les proporcionaba una buena excusa para tocarse; un contacto inocente pero muy placentero. Sin embargo ahora, cuando a solas en la cueva él quería consolarla con caricias y besos, ella se negaba y le rechazaba.

—Huyamos a Figueras —insistía él—. Y cásate allí conmigo. Seremos libres.

—Allí también me pueden apresar —argüía ella.

—No lo creo. Y si te preocupa, desde Figueras se puede llegar por el camino real a Perpiñán o a Gerona y de allí a Barcelona. Son ciudades libres. El conde no nos podrá hacer nada.

Antes, aquella propuesta le hubiera encantado. Pero algo en ella se había roto y Simón ya no la atraía.

Un amanecer, de regreso a la que había sido su casa, vio a un hombre arrodillado bajo la higuera. Arriba aún colgaban los cadáveres, apenas reconocibles sus facciones por la descomposición y los picotazos de las aves. Lo primero que se comieron fueron labios, lenguas y ojos. Aunque a ella la seguían mirando.

El hombre parecía rezar. Se aproximó todo lo que pudo, por detrás, oculta tras unas matas, para verle mejor. No parecía uno de los secuaces del conde. Vestía pieles y llevaba tres lanzas cortas, una más robusta que las otras, sujetas a su espalda.

—Acércate, Saurina —dijo el hombre, de pronto, sin girarse—. No tengas miedo.

Se sobresaltó y se dispuso a salir corriendo. Pero el hombre no se movió.

—Acércate, Saurina —repitió al poco—. Soy tu tío Senén. No temas.

Entonces recordó que su padre tenía un hermano llamado así. Le había visto una vez, hacía mucho tiempo. Fue una visita corta porque era un proscrito. Había abandonado las tierras de la gleba, que estaba condenado a cultivar de por vida, en busca de la libertad.

La sorpresa la había dejado inmóvil.

—Sé que estás ahí —dijo él después de esperar—. Solo puedes ser tú, Saurina. Soy Senén, el hermano de tu padre. He venido a ayudarte. He oído que te acercabas pero no que te fueras. Estás ahí. Si me levantara, te atraparía por mucho que corrieras. Pero nos ahorraremos las carreras, ¿verdad?

Saurina no dudaba de que aquel hombre de aspecto salvaje la alcanzaría de salir corriendo. Hacía días que no sangraba, pero aún estaba débil. ¿Realmente era su tío? ¿Habían sido atendidas sus oraciones y aquel extraño iba a ayudarla? Decidió arriesgarse.

—Hola, tío —musitó.

Él se levantó lentamente para girarse y se quedó mirándola. Era un hombre aproximadamente de su altura, de unos treinta años, de ojos oscuros y con una frondosa barba negra. Aunque algo más alto, se parecía a su pobre padre, que colgaba de aquel árbol. Vestía una especie de zamarra de piel de cabra curtida que terminaba a mitad del muslo y unas antiparas hasta las rodillas. Se cubría con una capa y un gorro también de piel y en su grueso cinto ceñía una espada corta y un cuchillo. Lentamente una cordial sonrisa se fue abriendo paso en su rostro. Saurina se tranquilizó. Su aspecto le era familiar y hasta le pareció guapo.

—¡Por Dios, Saurina! —exclamó él—. ¿De verdad eres tú?

—Sí, soy Saurina —dijo ella, tímida, manteniendo la distancia.

—¿Cómo has crecido tanto? —se asombró él—. ¡Si solo tienes trece años y eres tan alta como yo!

—Soy yo, Saurina —se reafirmó, por si él dudaba.

—Y yo tu tío. Oí lo que el infame del conde os hizo. Estaba a tres días de camino y vine a por ti y a por tu hermana.

—¡No sé dónde está! —Se puso a llorar angustiada.

—Tengo informadores —le explicó el hombre—. Y dicen que el conde está herido pero vivo. ¡Es una lástima que no le mataras! A tu hermana la encontraron escondida en el establo, el conde la vendió como esclava al emir de Menorca, y el sarraceno la venderá en África. No hay nada que podamos hacer ya por ella. Pero tú te puedes venir con nosotros.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Gentes libres —dijo Senén—. Hombres y mujeres que no pertenecen a ningún señor, sino a ellos mismos. Que abandonaron el yugo y las cadenas que los sometían. Gente a la que persiguen por eso. Pasamos a veces hambre y si pudieran nos matarían. Pero no hay quien nos injurie, se atreva a maltratarnos, ni nos mande. Somos proscritos, guerreros, bandidos. Y nos temen.

Ella se quedó pensando.

—¿De verdad que no tenéis señor?

—Solo a Dios.

Saurina se santiguó.

—¿Y de qué vivís?

—De las armas y de lo que da el monte. Los nobles están siempre en guerra unos con otros y nos contratan. Y si no, al sur están los moros. No nos falta trabajo. Tengo a mi clan en el Montseny. ¿Te vienes?

Saurina se le quedó mirando, algo le hacía confiar en él. No tenía nada que perder y necesitaba huir de aquel lugar. Además temía que sus vecinos pagaran muy caro el ayudarla.

—¡Sí!

—Pues partamos ya.

—¡Hay que enterrar antes a mis padres! ¡Y he de despedirme!

—¡Nada de eso! Nadie debe saber dónde vas ni con quién. Nosotros nos movemos en silencio. Y no enterramos a los muertos si eso nos pone en peligro.

La niña observó de nuevo al hombre. Le seguiría.

—Dejadme que les rece por última vez.

Saurina se arrodilló. Lloraba al rezar. Le partía el corazón abandonarlos allí colgando. Solo le consolaba que dejaría de verlos, pudriéndose, allí arriba. Quería recordarlos amorosos y sanos. Como eran antes.

24

Zaragoza, 26 de septiembre de 1274

El rey Jaime de Aragón suspiró y quedó pensativo. Tenía casi blancos el cabello y las barbas, antes castaños; unas profundas arrugas cruzaban su frente, y su boca mostraba un rictus de dolor. El escribano esperaba atento a que terminara de dictar la carta pero, sumido en sus recuerdos, el soberano parecía olvidarla.

Pronto cumpliría los sesenta y siete años y se enfrentaba al peor momento de su vida. Tenía el corazón roto y se sentía viejo y cansado.

Llevaba reinando sesenta y dos años, mucho más que el mismísimo rey David. Había conquistado tres reinos, estuvo casado tres veces por la Iglesia, tuvo ocho amantes oficiales, muchas más esporádicas, y catorce hijos reconocidos, sin contar los que murieron en la infancia. Había perdido la cuenta de sus nietos.

Demasiados años de luchas y sinsabores. Y ahora llegaba lo más doloroso. Terminar aquella carta a Fernán Sánchez de Castro, el mayor y el más querido de sus hijos naturales.

—Y bien sabéis que todo el mal y el agravio que yo sentía contra el infante Pedro era por vos y por vuestros asuntos —dictó—. Y que nunca antes había tenido yo nada contra él hasta el pleito que vos provocasteis. Y que si él os perdonó, fue por mí.

El rey guardó silencio, caviloso.

—Nos la habéis jugado demasiadas veces y todas las callábamos a la espera de ganaros con el bien. —Tragó saliva—. Pero si nos obligáis, os pagaremos el mal con el mal. Sabed que los asuntos del infante Pedro y los míos son ya los mismos. Y que cualquier traición contra él es traición contra mí.

Hizo otra pausa y cerró los ojos arrugando la frente como si sufriera un gran dolor.

—Y os ordenamos que al recibir esta carta os rindáis sin condiciones —continuó después de respirar hondo—. De lo contrario, guardaos de mí y de mi hijo.

Al escribano le sorprendió que se refiriera a Pedro como si fuera hijo único. Sin duda, las emociones le podían. El rey tomó aire de nuevo antes de pronunciar la maldición bíblica:

—Y si no lo hacéis, ¡que Dios os confunda!

El escribano se estremeció al oír aquello. Y contempló unos segundos a su señor, que había cerrado los ojos. Dudaba de que aquella fuera, verdaderamente, su voluntad. Ante su silencio, aún dudoso, se aprestó a ponerlo sobre el papel. Apenas había mojado la pluma en el tintero cuando oyó un gemido. Era el rey, que se cubría la cara con las manos y lloraba en silencio. Terminó de escribir preguntándose si el monarca llegaría a firmarlo. Quería demasiado a su hijo Fernán. El hombre permaneció con la cabeza gacha, esperando a que remitiera la angustia de su señor.

—Releedme la carta —le ordenó al cabo de un tiempo interminable, con la voz aún vacilante.

En ella le decía a su hijo que le había colmado de títulos y honores. Que había confiado plenamente en él y le hizo su embajador. Que incluso le envió a negociar el matrimonio de su hermano con Constanza de Sicilia. Y que no quiso creer a su yerno Alfonso X de Castilla cuando, en entrevista secreta, le advirtió que lideraba a los grandes señores aragoneses que se habían rebelado

contra él, su padre, aliándose además con el rey de Granada. Y que estaba a sueldo de Carlos de Anjou, rey de Sicilia.

Y que él, el rey Jaime de Aragón, tomó su partido cuando Fernán acusó al infante Pedro de tratar de matarle. Y que por su causa él, el rey, se enemistó con su propio heredero, y le castigó privándole de títulos y rentas.

Quedó de nuevo pensativo. ¡Había hecho tanto para que sus hijos se llevaran bien! Pero había fracasado. Y por un tiempo creyó a Fernán.

Si Pedro no hubiera sido tan orgulloso y rebelde, no le habría castigado como lo hizo. Sin embargo, el infante resultó estar en lo cierto. Fernán había mentido. Y ahora que se sentía viejo y débil, precisaba de la fuerza y el vigor de su heredero para enfrentarse a los nobles. Aunque persistieran los desacuerdos entre ambos.

Por desgracia, tenía ya la evidencia. En su última entrevista, Fernán se había mostrado cariñoso y sumiso, pero le ocultó que continuaba en contacto con nobles catalanes a los que instaba a unirse a la sublevación aragonesa. ¡Era cierto! Él era el capitoste de la revuelta nobiliaria. Fernán quería, por todos los medios, ser rey a su muerte. Quería suplantar al infante. No aceptaba el lugar que le correspondía a un bastardo. Pedro tenía razón: Fernán era un traidor.

—Dadme la carta —requirió el rey, y la firmó con los ojos aún húmedos pero con pulso seguro y rabia antes de ordenar—: Hacédsela llegar a don Fernán Sánchez de Castro.

25

Antillón, Huesca, 1 de octubre de 1274

—Te quiere matar, Fernán —le dijo su madre—. El infante Pedro te quiere matar.

—Eso no es novedad, madre —repuso él, ceñudo.

Fernán era un hombre de treinta y cinco años, corpulento, de cabello castaño y ojos oscuros. Se encontraban en el castillo de la madre, sentados frente al fuego de la gran chimenea del salón, donde ardía un grueso tronco. Los acompañaba Jimeno de Urrea, el suegro de Fernán, uno de los más poderosos nobles aragoneses.

—Ya trató de hacerlo cuando asaltó mi casa de Burriana —continuó Fernán—. Me estuvo buscando, espada en mano, hasta debajo de las camas. Suerte tuvimos mi mujer y yo de poder huir.

—Y luego le mintió a vuestro padre, el rey, cuando dijo que mataros no era su intención —dijo el suegro.

—Cuando te coja te matará —repitió la mujer arrastrando las palabras.

Fernán se estremeció y miró a su madre temeroso. La mujer iba camino de los sesenta años y las canas de un pelo desordenado se escapaban rebeldes bajo la toca con que se cubría. Le faltaban casi todos los dientes y había clavado su mirada en él. Decían que de joven era bella y seductora, pero ahora tenía fama de bruja. Y

también el aspecto. Era difícil de creer que aquella mujer hubiese hecho enloquecer a un soberano.

—Mi padre, el rey, se lo impedirá.

—Se lo impediría si pudiese, pero no podrá —dijo la madre.

—No importa —afirmó Fernán—. Porque antes le mataré yo.

—No os será fácil —le advirtió Jimeno—. Es un buen soldado y está acostumbrado a combatir frente a su hueste.

—Fracasaste al hacerle llegar, como debías, el veneno que te di —dijo ella.

—No importa. —Fernán hizo una mueca de disgusto—. Lo del veneno me desagrada. Le mataré con la espada.

—Si lo matáis, seréis rey —le aseguró su suegro—. La nobleza aragonesa y gran parte de la catalana están con vos. No queremos a Pedro. Pretende imponernos su ley y nosotros estamos acostumbrados a imponer la nuestra. Defenderemos nuestros usos y derechos hasta el fin.

—Desde que murió el infante Alfonso, tú eres el varón primogénito del rey Jaime —intervino la madre—. Naciste dos meses antes que Pedro. Eres un hijo natural pero legítimo. Él me amaba a mí y no a esa princesa húngara, la madre de Pedro. ¿Qué aportó esa mujer al reino? ¡Nada!

Blanca de Antillón recordaba con placer el tiempo en que el rey Jaime la requería con insistencia. Le gustaba el rey y, como no tenía posibilidades de un matrimonio real, decidió aprovechar la situación. Antes de acostarse le hizo firmar un contrato de concubinato frente a un notario. En él concedía a su futuro hijo legalidad y la baronía de Castro, entre otras muchas tierras. Y por ese motivo Fernán era uno de los grandes nobles de Aragón. Jaime incluso prometió hacer rey al hijo de ambos. Y Blanca logró que le incluyera en su testamento como rey heredero de los condados del Rosellón y la Cerdaña y del señorío de Montpellier.

—Pero esa intrigante, la madre de Pedro, que no dejaba de exigir más y más para sus hijos, no se detuvo hasta lograr excluirte de la realeza —continuó ahora con rabia—. Y te echó de la corte.

—Sois un hijo legítimo, y si matáis a Pedro, los nobles os proclamarán rey —insistió el suegro—. Muchos bastardos han llegado al trono. Los reyes de Francia y Sicilia os apoyan. Y el papa Gregorio X también. No les gusta Pedro.

Fernán conocía bien el motivo de la hostilidad de los papas hacia Pedro: su hermanastro se había casado con Constanza, una Hohenstaufen, estirpe de escorpiones para los pontífices, el anticristo para los papas franceses. Era la hija del excomulgado rey Manfredo y nieta del también excomulgado emperador Federico II. El papa llegó a amenazar a Pedro afirmando que sus hijos con Constanza nunca podrían reinar. Y Fernán lo sabía porque fue el encargado de negociar aquella boda.

Y también porque, de regreso de Tierra Santa, después de la fallida cruzada que organizó su padre, se detuvo en Sicilia y entró al servicio de Carlos de Anjou, que le nombró caballero de su séquito.

Aunque Carlos no consideraba que Aragón y Cataluña —ni siquiera junto con los nuevos reinos de Valencia y Mallorca— tuvieran la fuerza suficiente para inquietarle, no le gustaba que su heredero tuviera a una Hohenstaufen como esposa. Y apoyaba, clandestinamente, al igual que su sobrino Felipe III de Francia, la revuelta de los nobles contra Pedro.

—Si le matas, recuperarás el favor de tu padre —insistió la madre —. Siempre que no sepa que fuiste tú.

—Sois su mejor opción —le recordó su suegro—. El infante Jaime no posee el carácter y puede ser fácilmente apartado. Y Sancho es arzobispo de Toledo. No le quedan otros hijos varones legítimos, sois el mayor, los nobles os apoyan y el papa también lo hará.

—Sí —murmuró convencido Fernán—. Si mato a Pedro, seré rey.

26

Orgañá, condado de Urgel, 5 de noviembre de 1274

Cuando Fernán y su suegro Jimeno llegaron, las últimas luces del día se apagaban y la ventisca arreciaba en las márgenes del río Segre. Arrastraba aguanieve y las últimas hojas de los álamos de la orilla, dispersando la gruesa columna de humo que surgía de la chimenea de la posada. Las antorchas de la guardia que rodeaba la casa hacían su silueta aún reconocible a pesar de la creciente oscuridad.

El mal tiempo les había hecho invertir tres duras jornadas hasta llegar al pueblo de Orgañá. Viajaban, tal como habían hecho los nobles que los esperaban, con una reducida escolta y sin lucir sus escudos de armas para no llamar la atención.

—El poder de esos nobles supera el del rey —le había dicho Jimeno a Fernán—. Si logramos su fidelidad, ganaremos la guerra.

Fernán acudía al encuentro de los caudillos de la sublevación catalana, como líder de la revuelta aragonesa y futuro rey de Aragón, Cataluña y Valencia.

La posada había sido desalojada y los soldados habían bloqueado el camino antes y después de aquel punto.

El fuego de grandes troncos ardía intenso en un hogar tan grande como para asar un buey. Pero solo una de las mesas del amplio comedor estaba ocupada.

—¡Hay que acabar con Pedro! —clamó, furioso, el enorme y pelirrojo conde Hug de Ampurias, y golpeó con su vaso de cuerno de toro la mesa de roble. El sordo impacto derramó parte del vino. Disimuló el dolor que el brusco movimiento le produjo en el costado. Habían transcurrido tres años y aún se resentía de las heridas que le causó aquella putilla de cabello de fuego. La niña se esfumó sin que él pudiera castigarla y se había prometido encontrarla costara lo que costara.

—En Aragón opinamos lo mismo —aprobó satisfecho Fernán.

—O al menos hay que enemistarlo de nuevo con su padre —dijo el conde de Pallars.

Pinchó un pedazo de venado y se lo introdujo en la boca con su cuchillo. Estaba a punto de cumplir los cuarenta años y su barba y pelo oscuros mostraban alguna cana. Representaba junto con su tutelado, el conde de Urgel, la facción más moderada de los rebeldes. El pan que mojó en la salsa siguió el mismo camino que el venado. Su escudero se apresuró a servirle otro plato de carne. Por seguridad, habían despedido a los criados de la posada y los escuderos se encargaban de trinchar el venado, alimentar el fuego y servir a sus señores.

—Bastaría con que el rey le despojara de su poder como hizo hace unos años —opinó el conde de Urgel—. Y vos, Fernán, podríais reconciliaros de nuevo con vuestro padre.

El joven conde aún no había cumplido los veinte años y su rostro rasurado mostraba anchas cejas muy separadas y labios gruesos.

—La reconciliación es imposible a estas alturas —intervino Jimeno—. No mientras el infante siga vivo. Tiene demasiada fuerza y es demasiado arrogante.

Hablaba pausado. El suegro de Fernán superaba en más de veinticinco años al mayor de los condes y lucía pelo y barba blancos. Y para dar mayor fuerza a su afirmación terminó de un trago el

contenido de su copa. Al instante su escudero le escanciaba más vino.

—No quiero participar en una conjura contra la vida del heredero de la Corona —informó el de Pallars—. Es ir demasiado lejos.

—Pero estáis dispuesto a presionar a mi padre, junto con los demás, para que le desautorice —intervino Fernán—, ¿verdad?

—Sí. Lo haré.

—Pues no os preocupéis del resto —concluyó Fernán.

El conde no tenía por qué saber que el infante Pedro estaba a punto de morir. Ni él, Fernán Sánchez de Castro, necesidad alguna de solicitar a los condes permiso para matarlo.

—Lo cierto es que si heredara su hermano Jaume, nos iría mucho mejor —afirmó el conde de Foix—. Es de temperamento tranquilo y su mujer, mi hermana, le convence con facilidad.

—Mejor nos irá con Fernán, el primogénito del rey, aquí presente —afirmó enérgico Jimeno—. Tiene carácter y palabra. Es buen amigo y nos concederá privilegios y beneficios.

—Para empezar ratificaré a vuestro cuñado Jaume la posesión del reino de Mallorca, tal como figura en el testamento de mi padre —prometió Fernán al de Foix—. Y será independiente. Cosa a la que, como sabéis, Pedro se opone.

Fernán tenía el alma en vilo. El apoyo del conde de Foix era fundamental para sus planes. No solo por su poder personal, sino también por su amistad con el rey de Francia.

El conde de Foix acababa de cumplir los treinta y dos años y era tan alto como el de Ampurias, pero delgado, rubio, nervudo y de movimientos bruscos. El condado de Foix se encontraba en la vertiente norte de los Pirineos, más allá de Andorra. La dinastía Foix había sido aliada del conde de Barcelona y se mantuvo fiel al rey de Aragón durante la cruzada decretada por el papa contra los cátaros, pero cuando se enfrentó al rey de Francia y, acosado por este, pidió ayuda al rey Jaime y a su heredero, solo obtuvo una mediación

diplomática. Y se sintió traicionado por sus señores naturales, que no se atrevieron a combatir con las armas al francés. Después de ser derrotado y de sufrir prisión, se convirtió en un vasallo fiel del rey de Francia. Aunque continuaba siendo vasallo también del rey Jaime por el vizcondado de Castellbó en Cataluña. Su resentimiento le llevaba a promover la rebelión.

—Cierto —dijo el conde de Foix después de meditarlo—. La opción de don Fernán, que cuenta con la nobleza aragonesa, es la mejor. Mi cuñado carece de ella. Os apoyo.

Fernán sintió que había vencido.

—Sea como fuere, Pedro debe ser eliminado —clamó taxativo el pelirrojo Hug de Ampurias. Su vozarrón hizo que el resto le atendiera —. Os contaré lo que nos sucede, para que sepáis lo que os puede pasar si el infante sigue ostentando poder, o peor, si hereda el reino. En el camino que va de Gerona a Perpiñán había un villorrio llamado Figueras. Pertenece al condado de Barcelona, pero limita con el mío. Hace siete años, a instancias de Pedro, el rey Jaime lo compró y hoy es un realengo al que concedió una carta de población con todo tipo de derechos y exención de impuestos. También concedió privilegios a los judíos que se mudaran al pueblo. El infante construyó murallas para protegerlo y les puso unas sólidas puertas. Y ha prometido edificar un castillo para proteger la villa. Pero lo peor, lo inadmisible, es que ha concedido libertad a sus habitantes.

—¿Libertad? —quiso saber Fernán—. ¿Qué clase de libertad?

—¡Total y absoluta! —bramó el pelirrojo—. Si un siervo mío escapa y llega a Figueras, pasa a ser libre y a estar protegido por la ciudad y por el rey. ¡Sin tener que pagarme por librarse de la gleba! ¡Me despoja de mis derechos sobre esa gente! ¡Y lo mismo ocurre con mis nobles vecinos!

—¡Eso es inadmisible! —coincidió el de Foix.

—¡No podemos permitirlo! —dijo el conde de Urgel, indignado.

—Muchos de mis siervos tratan de escapar a Figueras —continuó el pelirrojo de Ampurias—. Y algunos lo consiguen. Esa villa se hace cada vez más fuerte mientras yo me debilito. Eso es lo que pretende Pedro. Nos quiere debilitar, someter y castigarnos con nuevos impuestos.

—Es un ataque a nuestros derechos y costumbres —sentenció el conde de Foix.

—Pues eso es lo que os ocurrirá si Pedro llega a reinar —advirtió Fernán.

—Debemos fortalecer nuestra posición militar para negociar con ventaja en las próximas Cortes —añadió Hug de Ampurias—. Y de una u otra forma librarnos de Pedro. Tomemos por sorpresa o por las armas todos los castillos o poblaciones reales que podamos.

—Estoy de acuerdo —dijo Fernán—. Contad con la mayoría de los nobles aragoneses.

—Nosotros nos ocuparemos de que lo hagan los catalanes —aseguró el de Pallars.

—Empezaré por Figueras —gruñó el pelirrojo—, la voy a arrasar.

—Conozco de muchos años al rey Jaime —dijo Jimeno—. Cuando se vea débil, cederá. Y más si antes desaparece Pedro. Además, tenemos buenos aliados en su consejo.

—¿Quién? —se interesó el joven conde de Urgel.

—El obispo de Huesca es uno de ellos —informó Fernán—. Nos ayudará a conducir al rey al redil.

Hubo un murmullo de aprobación. Hug de Ampurias afirmó con la cabeza pero se removió, incómodo. El obispo de Huesca era también hijo natural del rey. Demasiados bastardos para su gusto.

—Brindemos por ello —dijo Jimeno levantándose y alzando su copa.

Los demás le imitaron.

—Por nuestra alianza y poder —dijo el de Foix mirando significativamente a Fernán—. Y por una nueva dinastía, valiente y

digna de reinar en Aragón.

El hijo del rey sonrió mientras chocaban las copas. Ya solo le quedaba librarse de Pedro.

27

Figueras, 16 de noviembre de 1274

—Es una muchacha pelirroja, de ojos azules, muy alta, tanto o más que yo, y guapa —le decía Simón al mercader a cuyo caballo cambiaba las herraduras—. Tendrá ya dieciséis años. Quizá esté en Barcelona o Perpiñán.

El hombre negó con la cabeza.

—Las pelirrojas no son comunes y me fijo en ellas —repuso el hombre con una sonrisa—. Sobre todo en las guapas. Hago el recorrido de Perpiñán a Barcelona y a veces llego a Valencia. Pero no recuerdo a ninguna mujer de pelo rojo tan alta como dices.

Interrogaba a todos los forasteros. Como aprendiz de herrero, tenía la oportunidad de conocerlos tan pronto llegaban a la ciudad de Figueras. Llevaba tres años preguntando por Saurina, sin resultado. Empezaba a pensar que debería ir a buscarla a Barcelona, pero no se decidía por temor a que continuara escondida en la comarca o que se hubiera ido al norte.

Era un buen mozo y las muchachas solteras le sonreían, pero cuando él cerraba los ojos solo veía una sonrisa. La de Saurina.

Había escapado de la gleba, a la que su familia estaba encadenada, hacía ya tres años, una semana después de la desaparición de la muchacha. Antes la había buscado

desesperadamente por toda la vecindad, mas nadie sabía nada, ni siquiera el cura. Preguntó en todas las masías y poblaciones a un día de camino. Menos en Figueras. Los soldados del conde impedían el acceso a los siervos.

Se decía que era comprensible que, de haber alcanzado Figueras, la niña huyera a otra ciudad libre, porque allí el conde aún podía capturarla, si se empeñaba. Sin embargo, le dolía que lo hubiera hecho sin él. El chico se despidió de su familia con sentimiento. Sabía que difícilmente volvería a verlos. Su padre trató de disuadirle por última vez.

«Si te captura el conde, te matará», le dijo.

«Es la libertad, padre. No soporto más esta esclavitud. Tengo que escapar aunque me cueste la vida.»

Pero su verdadero propósito era encontrar a Saurina. Por ella se hubiera olvidado gustoso de la libertad. Una noche sorteó la guardia del conde y cuando por la mañana abrieron las puertas de la ciudad Simón penetró en ella.

Figueras no era más que una decena de calles que rodeaban la iglesia de Sant Pere. Se resguardaba tras unos muros, escasamente protegidos por unas torres, que formaban un conjunto defensivo rectangular. Era una ciudad en bullicioso crecimiento donde la población inicial de agricultores y ganaderos se veía superada por la de artesanos y comerciantes. Bernat de Llorens, el alcalde, le dio la bienvenida, y después de superar un breve interrogatorio del consejo municipal, se le concedió la ciudadanía. Ya no estaba ligado a un señor. Era libre.

El herrero necesitaba aprendiz, le gustó el aspecto de Simón y le contrató. Pese a contar a su llegada a la ciudad con solo catorce años, el muchacho pasó a formar parte de la milicia que la protegía. La libertad también tenía sus exigencias.

A los diecisiete ya había pasado de aprendiz a oficial de herrero, y aquella mañana, tras herrar el caballo del mercader, estaba

centrado en forjar la reja de un arado cuando comenzó a tañer la campana de la iglesia de Sant Pere.

—¡Toca a rebato! —exclamó uno de los aprendices, que aventaba las brasas con un fuelle mientras otro sujetaba con unas tenazas la pieza al rojo vivo y Simón la golpeaba con un pesado martillo—. ¡Hay peligro!

—¡No dejes de soplar el fuego! —le advirtió Simón—. ¡Que se enfría el hierro!

Los aprendices volvieron a aplicarse a la tarea a pesar de su curiosidad. Pero, de inmediato, una mujer que corría con un bebé en brazos les gritó:

—¡Llega el conde! ¡El conde de Ampurias!

Los herreros se miraron como si hubiera mencionado al diablo. Nadie ni nada era más temido en Figueras. La gente llegaba en tromba, entre ellos el maestro herrero.

—¡Al arma! —aulló—. La milicia está formando en la plaza.

Los muchachos se precipitaron al interior de la herrería. El maestro tenía su vivienda en la casa y acogía en ella a sus empleados. Corrieron al establo, donde dormían y guardaban sus cosas, en busca de sus armas. Todo ciudadano estaba obligado a tenerlas.

Los tres salieron con una lanza, una daga, una espada y un casco forjado en sus ratos libres. Se protegían el cuerpo con el mandil de su oficio. Era de grueso cuero curtido y los resguardaba del metal al rojo, chispas y golpes. También era capaz de parar una saeta o un espadazo que llegaran con poca fuerza. Las armaduras de hierro eran demasiado caras incluso para ellos, que las fabricaban. Esperaron al maestro, que vestía de forma semejante y portaba una ballesta, para dirigirse a la plaza.

Allí formaron unos cien hombres. Simón se dijo que eran muy pocos para defenderse del conde. En las puertas se originó un tumulto mientras los guardias las cerraban. Los campesinos y

pastores pugnaban por entrar y los mercaderes ambulantes, por salir. Los marchantes podrían escapar pagándole algo al conde. No tenía nada contra ellos.

—Son destripaterrones, carpinteros y tenderos —le dijo Hug de Ampurias a su hijo Ponç.

El niño tenía diez años y contemplaba, junto a su padre, cómo las puertas de Figueras se cerraban y sus defensores empezaban a asomar por las almenas de los muros. Ponç sería el quinto conde de Ampurias con aquel nombre. Montaba un caballo enorme para su tamaño, aunque, pelirrojo como su padre, prometía convertirse en un hombre corpulento. Llevaba casco y una armadura de cota de malla cubierta con una sobreveste con la enseña del condado en el pecho. Los colores eran los mismos que los del pendón condal de Barcelona y real de Aragón. Solo que en Ampurias los palos de gules, sobre fondo oro, eran tres en lugar de cuatro y estaban en horizontal.

—Quieren pelear —observó el chico.

—De poco les va a servir. Esos muros no aguantarán.

La puerta se cerró definitivamente y los atacantes establecieron el cerco a la ciudad. Dejaron salir a los mercaderes, una vez que estos pagaron su rescate, y empezaron a montar los trabuquetes con los que castigarían las murallas.

Cuando el conde se aseguró de que nadie podía entrar ni salir, mandó un heraldo al alcalde para que le fuera a ver.

—Arrodillaos —ordenó al representante de la ciudad cuando le tuvo frente a él en su tienda.

El conde acomodaba su corpachón en una silla de tijera plegable de cuero repujado. Su hijo se sentaba a su lado.

—No sois mi señor y no tengo por qué hacerlo —respondió Bernat levantando la barbilla—. Mi señor es el rey Jaime y solo ante

él me postro.

—¡Eso me importa un carajo! —tronó el pelirrojo.

E hizo un gesto a sus soldados. Se precipitaron sobre el alcalde, al que golpearon para forzarle a arrodillarse. El hombre decidió ceder.

—Rendíos sin condiciones —le dijo el conde, ahora satisfecho.

—¿No habéis visto los pendones de nuestros muros? —repuso Bernat—. ¡Son los del rey! Figueras es una villa real, un realengo. Atacándonos, atacáis a vuestro señor, el monarca al que jurasteis fidelidad.

—¡Me importa otro carajo! —repitió el conde—. Además, Figueras no es cosa del rey sino del infante Pedro. Abrid las puertas para que entren mis tropas y entregad las armas. Poneos a mi merced, y quienes la merezcan gozarán de mi misericordia.

—¿Y quiénes merecerán vuestra misericordia?

—Los que no sean siervos de la gleba huidos.

—En Figueras no hay siervos. Todos somos libres.

—¡No! —clamó el conde—. Quien es siervo lo es de por vida. A no ser que yo reciba un buen pago y decida soltarlo.

—El rescate que exigís es abusivo. Nadie puede pagarlo.

—¡Ese no es asunto vuestro! —tronó el conde.

Su faz enrojeció aún más por la ira. Bernat decidió terminar aquella conversación de la que nada bueno podía surgir.

—Expondré vuestra petición al consejo, señor —dijo—. Pero os adelanto que será denegada. No renunciaremos a nuestras libertades.

—Conozco vuestra situación. —Hug le apuntaba, amenazante, con el dedo—. Tenéis pocas armas y pocos hombres. Carecéis de provisiones, no podréis aguantar.

—Esperaremos la ayuda del rey.

—Esta no llegará. Puedes estar seguro. Y si he de tomar Figueras a la fuerza, os pasaré a todos, no solo a los siervos, a cuchillo.

¡Díselo a tu consejo!

—Se lo diré, señor —dijo el alcalde incorporándose—. Pero la respuesta será no.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la ciudad.

—¡No abandonaremos a nuestros amigos! —sentenció Bernat después de exponer las exigencias del conde.

El clamor popular lo aprobó. Y se confirmó por votación a mano alzada.

—Ataquémosles esta noche —propuso Simón una vez que se reunieron los capitanes de la milicia—. Aún se están instalando y caeremos sobre ellos por sorpresa. Mientras, enviaremos mensajeros en busca de ayuda.

En la oscuridad reabrieron en silencio una pequeña puerta lateral tapiada y la milicia de Figueras se lanzó sobre las tropas del conde, que descansaban. Los sorprendieron, cundió el pánico, hubo muertos y heridos entre los sitiadores e incendio de tiendas. Mientras, por la puerta principal, partieron a uña de caballo cuatro mensajeros en busca de la ayuda del rey.

Cuando los caballeros del conde vistieron sus armaduras y montaron, la milicia tuvo que buscar la protección de los ballesteros del muro, después de perder a varios hombres. El cerco se estrechó durante la mañana con barricadas móviles donde los sitiadores se protegían de las flechas de la ciudad, y las catapultas empezaron a lanzar rocas sobre los precarios muros de Figueras.

—¡El rey! —gritó el vigía de una de las torres a media mañana del día siguiente—. ¡Llegan las tropas del rey! ¡Estamos salvados!

Las campanas de Sant Pere comenzaron a repicar alegres. La gente aclamaba al monarca y bailaba en las calles.

Pero al aproximarse el ejército la decepción fue terrible.

—¡Son las enseñas de los Rocabertí! —clamó el alcalde.

Resultaba fácil confundirlas a distancia. Los colores eran muy similares a los del rey. Tres barras verticales de oro sobre fondo de gules. Y sobre cada barra de oro tres roques, torres de ajedrez, en azur. El viejo vizconde Jofre III de Rocabertí acudía con su hijo y otros señores feudales, que odiaban la libertad de Figueras, en ayuda del conde.

Al tercer día las rocas lanzadas contra los muros habían abierto varias brechas que los defensores eran incapaces de taponar, y el de Ampurias ordenó el asalto. Gritando a todo pulmón, las tropas feudales penetraron en el interior de la ciudad. Eran soldados profesionales contra civiles armados.

Simón vio morir a su maestro de un lanzazo en el pecho que el mandil fue incapaz de detener. Uno de sus aprendices cayó de un tajo en el cuello y él resistió con una flecha en el hombro hasta que un espadazo le amputó la mano derecha. El otro aprendiz se rindió.

El conde de Ampurias reunió a los supervivientes en la plaza. Simón, de pie, taponaba su muñeca cercenada con un trozo de camisa. Se esforzaba por no desvanecerse. El gigantón pelirrojo, junto con su hijo y sus mayordomos, iba observando uno a uno a los vencidos.

—Este el primero —dijo golpeando a Bernat en el pecho.

El conde alcalde le observaba en silencio pero continuaba retándole con la mirada.

—Este es uno de nuestros siervos. —Un mayordomo señaló a Simón.

—Pues también.

El conde de Ampurias condenó al muchacho con otro golpe en el pecho. Y siguió con el aprendiz de herrero.

—Este también.

Todos los supervivientes varones, formados en la plaza, fueron señalados.

—A ver si encontráis en el pueblo a una muchacha pelirroja de unos dieciséis años —ordenó el conde—. Se llama Saurina.

Al oírlo y a pesar de su desgracia, Simón sintió un instante de placer. El conde tampoco había podido dar con ella. Viva o muerta, había escapado de sus sucias garras. Imaginó el disgusto del gigante pelirrojo cuando supiera que no estaba allí.

Ponç se admiró al ver que aquel muchacho que trataba de contener la hemorragia de su amputación con la otra mano, y a punto de ser ahorcado, sonreía. Aquel siervo rebelde era valiente. O estaba loco.

Simón cerró los ojos al notar la soga en el cuello. Y soñó con lo que soñaba cada noche, durante los últimos tres años, e incluso antes. Una melena pelirroja, unos ojos azules y una sonrisa. ¡Saurina! Recordó cuando jugaban al salir de misa y el placer de tocarse. Quizá hubiera muerto. De ser así, él iba a su encuentro.

Tuvo suerte. Su peso le partió el cuello cuando le dejaron caer desde la horca. No pateó. Quedó colgando con la cabeza torcida y su herida dejó de sangrar. Y aún sonreía. Estaba con ella.

Terminadas las ejecuciones, se permitió el saqueo. Hubo más muertos y violaciones. Los soldados se llevaron todo cuanto de valor pudieron encontrar.

—Arrancad las puertas de la ciudad —ordenó el conde—. Nos las llevaremos para que se sepa que nadie más encontrará refugio aquí.

Atrás quedaban, en llamas, los restos de lo que había sido una ciudad libre.

28

Cerca de Estopiñán, Huesca, 20 de noviembre de 1274

—¡Súria, que va hacia ti! —gritaron—. ¡Súria, que va!

De pronto, con estrépito de ramas rotas, saltó de entre los arbustos el jabalí. Era un enorme verraco con unos colmillos más largos que un dedo índice. Estaba herido y rabioso y Súria sabía que podía arrancarle una mano o destriparla de una dentellada. Iba hacia ella. Notó los pálpitos del corazón en sus sienes. Apenas sintió miedo, no le dio tiempo. Echó el brazo hacia atrás y lanzó su azcona con todas sus fuerzas. La robusta lanza corta penetró en las fauces del animal y la muchacha se apartó de un salto. La bestia soltó un chillido, fue a caer un poco más allá y trató de revolverse. El astil de la azcona sobresalía de su boca. Vomitaba sangre. Entonces apareció el perro que lo perseguía y se lanzó contra el animal. Rápida, Súria se fue hacia la fiera y le hundió su puñal en el cuello buscando la carótida. El jabalí se desplomó, inerte, soltando chorros de sangre.

—¡Súria! —exclamó aliviado su tío Senén, que llegaba azcona en ristre.

El hombre que iba tras él pinchó con su lanza el cuerpo del animal.

—¡Está bien muerto! —dijo riendo—. Tu tío temía por ti, pero ni él lo hubiera hecho mejor.

—Gracias, Galcerán —le dijo ella con una sonrisa.

Y levantó su puño para golpear el que él le ofrecía en gesto de admirada felicitación. Galcerán era un muchacho de unos veinte años, fornido, con una frondosa barba y el pelo enmarañado, negros, y marcas de viruela en la cara. Deseaba abrazarla, sin atreverse. Sabía que, como en ocasiones anteriores, ella rechazaría con violencia la efusión.

Saurina tenía ya dieciséis años y era tan alta como el que más de los veinte proscritos varones que formaban su clan y que se identificaban como almogávares. Eran descendientes de pastores de los Pirineos o siervos de la gleba huidos. Gente errante que vivía de sus armas y de la guerra. O del bandidaje. Once de ellos acarreaban mujer e hijos pequeños. Su tío Senén era el adalid, los lideraba, y todos la aceptaron cuando, tres años antes, la liberó de las garras del conde de Ampurias. Aunque también ayudó su presencia física: sus ojos azules y roja melena impresionaron a los hombres del grupo, en especial a Galcerán, que pasó a protegerla al tiempo que la pretendía, tenaz a pesar de los noes recibidos.

La mujer de su tío la recibió con gran afecto y compasión y ella correspondió con el mismo amor. Beatriu tenía dieciocho años y era una mujer cariñosa, de formas redondeadas, pelo azabache y ojos rasgados color miel. Aunque cristiana, su espléndida hermosura le daba un aire moruno. Por aquel entonces estaba en avanzado estado de gestación y Saurina pasó a ayudarla.

Con frecuencia, en las frías noches de aquel primer invierno, en sus pesadillas, el conde de Ampurias se le presentaba a Saurina como un enorme ciervo rojo haciéndola gritar de terror. Entonces Beatriu abandonaba el calor del lecho de Senén para acudir junto a ella y darle alivio y consuelo. La niña se le abrazaba, y las dulces palabras y el suave olor corporal de su tía la calmaban. Se lo agradecía infinitamente. Pero aún, a pesar del tiempo transcurrido,

la pesadilla continuaba acosando a la muchacha, y Beatriu consolándola.

Al principio Saurina se encargaba de las mismas tareas que el resto de las mujeres y niños del grupo: recolectar bellotas, endrinos, madroños y cualquier otro fruto, baya, hierba o raíz comestible, incluso bichos, que el monte les podía ofrecer. También recogía leña, encendía el fuego, cocinaba y cuidaba de los pequeños. Pero de inmediato mostró interés por lanzas, hondas, espadas y cuchillos. Y probó tener una excepcional habilidad arrojando la azcona. Con trece años tenía los brazos casi tan largos como un hombre adulto, y una extraordinaria puntería compensaba su menor fuerza. Su tío la animó a aprender el manejo de las armas. Una mujer almogávar debía conocer su uso. Además, sabía que su sobrina sufría de una rabia y de un resentimiento profundos y que el ejercicio físico la apaciguaba.

Tan pronto Beatriu se recuperó del parto, Saurina le pidió a su tío que la dejara participar en las tareas masculinas. Cazar, guerrear y saquear. Él la había observado y esperaba la petición.

—Tendrás mucho que demostrar antes de ser aceptada —respondió—. La fuerza de una cadena depende de su eslabón más débil. Y no puedo poner al grupo en peligro por una niña que quiere jugar a ser hombre.

—Os lo suplico, tío. Dejadme. No es un capricho y no he de defraudaros. Lo prometo.

Tanto insistió que el tío se avino a negociar.

—Empezarás con pájaros, conejos y ardillas con la honda —le dijo—. Poco a poco y paso a paso. Y no podrás cazar jabalíes hasta que todos y cada uno de los hombres confíen en ti como para poner su vida en tus manos.

La honda, al igual que la azcona, se le dio bien.

—Quiero vestir como un hombre —pidió a continuación—. No puedo correr por el monte con las faldas largas de una gonela.

—¿Y también mearás de pie?

—Solo tengo que levantar el faldón de mi sayo y hacerlo como vosotros —le dijo elevando la barbilla desafiante—. Incluso puedo ser más rápida.

—¿Y cuando sangres?

Ella rio.

—¿Desde cuándo le asusta la sangre a un almogávar?

Senén negó con la cabeza, molesto.

—No vas a escandalizar a los hombres con eso.

—No os preocupéis, tío. No os asustaré con mi sangre. Sé lo que hay que hacer.

—Bien. Podrás cazar con nosotros. Pero aún no jabalíes.

—Quiero un nombre nuevo para mi nueva vida. Me llamaré Furia.

—No dudo que la sientas, Saurina —dijo él negando con la cabeza—. Pero no lo acepto. Demasiado pretencioso. Que tu nuevo nombre se parezca al antiguo.

—Súria, pues.

Él rio.

—¡Mira que eres testaruda! Falta que quieran llamarte así.

—Lo harán, no os preocupéis, tío. Y quiero aprender a luchar para concluir lo que empecé. Mataré al conde de Ampurias.

—Eso, niña, son palabras mayores. De momento aprende a matar cerdos de cuatro patas.

Transcurridos aquellos tres años, Súria había demostrado su habilidad y fiereza y era aceptada en las partidas de caza del jabalí. Había desarrollado los sentidos propios de un explorador curtido en la vida a la intemperie. Era capaz de seguir el rastro de un hombre o animal en el monte, moverse de noche con agilidad y orientarse por los sonidos e incluso por el olfato. Poseía aquella habilidad que tanto la sorprendió de su tío, que había sabido que ella estaba a sus

espaldas, detectando movimientos casi inapreciables. Era capaz de pasar días comiendo solo hierbas, sabandijas y frutas de los montes y de recorrer grandes distancias, rápidamente, en trote constante.

En nada se distinguía su vestimenta de la de sus compañeros masculinos. Los hombres calzaban albarcas y se protegían la parte inferior de las piernas, hasta las rodillas, de los arbustos y zarzas con unas antiparas de gruesa piel. Y los muslos con la falda del sayo. El primer día de su nueva vestimenta su tío le advirtió:

—Tendrás que alargar tu sayo hasta casi los pies.

—Eso me limitará los movimientos —se quejó ella.

—Eres muy ágil. Continuarás siendo la más rápida.

—¡Quiero vestir como los chicos!

—Pero no lo eres y los hombres comentan el fuego rojo que te ven entre las piernas al sentarte.

—Sí, tengo vello ahí. Pero yo también se lo veo a ellos y no pasa nada. Les gusta mostrar sus partes.

—¿Y a ti te excita eso?

—¡No! Me recuerda lo que vos sabéis. Me desagrada.

—Pues a ellos sí que les excitas tú —concluyó el tío—. Así que a partir de hoy llevarás el sayo largo y cuidarás de que no te vean ese pelo rojo.

Fuera de ese detalle, Súria, a los dieciséis años, se sentía en igualdad con los hombres del clan. Ellos la admitían como uno más y admiraban su puntería con la azcona. Sin embargo, su tío no la dejaba combatir. Y ella deseaba hacerlo, con toda su alma.

29

Barcelona, Navidades de 1274

El rey Jaime se sentía cansado de tanta lucha. Los nobles rebeldes no cedían y desde agosto tenía a Pedro, su heredero, en Tarazona negociando la recuperación del reino de Navarra. Conocía las dificultades a las que se enfrentaba su hijo y, a pesar de sus escasas opciones, le envió a defender su derecho.

No se veía con fuerzas para convocar la hueste e ir contra los nobles sublevados sin la ayuda de Pedro. Sabía que su hijo Fernán los lideraba y le dolía en el alma aquella guerra. El obispo de Barcelona y el maestre de la Orden de Santiago actuaron de pacificadores, se acordó una tregua y Jaime convocó Cortes de Aragón y Cataluña en Lérida con la esperanza de resolver las desavenencias. Se celebrarían en Cuaresma. Lo que le proporcionaba un respiro. Amaba tanto a Fernán como a Pedro, en sus pesadillas los veía matándose, y rezaba por que retomaran el amor fraternal que se tenían de niños.

Necesitaba aquel descanso. Y se fue a Tarragona a recibir a su hija Violante, a su yerno Alfonso X de Castilla y a diez de los infantes de Castilla, sus nietos. Solo faltaba el heredero, Fernando de la Cerda, que se había quedado defendiendo la frontera sur del reino de Castilla ante la amenaza musulmana.

El viejo rey pasó una feliz Navidad en Barcelona gozando de su familia castellana. El Señor le había concedido ya muchos años de vida y presentía que sería la última vez que los viera. Amaba intensamente a su familia. Porque él jamás la tuvo de pequeño.

Su padre, Pedro II de Aragón, pretendía divorciarse de su madre, María de Montpellier. Ella le había tendido una trampa con una hermosa dama de su corte que le hizo creer, con su coqueteo, que deseaba acostarse con él. Le citó en un lugar cercano a Montpellier llamado Miraval, pero su pudor femenino exigía mantener el encuentro sin luz.

En la oscuridad de la noche, en un palacio desconocido, el rey accedió al lecho de la que creía que era la dama. Pero al alba se abrieron las puertas y apareció una multitud: obispos, abades, notarios, veinticuatro prohombres de la ciudad y otras veinticuatro damas que portaban cirios encendidos y cantaban salmodias. Se habían pasado la noche rezando por el fructífero resultado de aquel encuentro. El rey saltó de la cama espada en mano y fue entonces cuando descubrió que su compañera de lecho era la esposa a la que quería repudiar. Los ruegos y súplicas de aquella multitud de testigos no lograron contener su rabia. Aquel mismo día el rey partió, enfurecido, de la ciudad.

Jaime creía que había sido engendrado de forma providencial. Era buen conocedor del poder del deseo y no le sorprendía que su padre hubiera caído en el engaño. Pero sí que hubiese acertado preñando a la reina aquella única vez.

Aunque quizá su padre no creyera en el milagro. No volvió a ver a su esposa, de la que el papa le impidió divorciarse, ni a su supuesto hijo.

Jaime siempre se sintió, de niño, falto de amor y rodeado de peligros. En una ocasión alguien lanzó una gran roca sobre su cuna; de haberle acertado en la cabeza, hubiera muerto. A los tres años su padre le hizo entregar como rehén a Simón de Montfort, el cruzado

del papa que se iba apoderando de los territorios occitanos vasallos suyos. Aunque fue solo en condición de heredero de Montpellier, la posesión de su madre, puesto que el rey no le reconocía como heredero de Aragón y Cataluña. A los cinco años, cuando se encontraba en poder del enemigo, su madre falleció en Roma, adonde había ido para rogar al papa Inocencio III que no consintiera el repudio de su esposo. Poco después moría su padre en la batalla de Muret luchando contra los cruzados franceses y él quedaba abandonado en manos de los enemigos de su padre, gente extraña que no le quería.

Pedro II murió sin hijos que el papa reconociera como legítimos, fuera del pequeño Jaime. Ante el vacío de poder algunos nobles reclamaron, como soberano, al niño. Y el pontífice proclamó a Jaime heredero no solo de Montpellier, sino también de Cataluña y Aragón, y lo hizo entregar a los templarios. Jaime pasó los siguientes años de su vida en el castillo de Monzón bajo la tutela del maestre del Temple. Fueron unos años de disciplina estricta, dedicados al aprendizaje de las armas, sin ningún cariño ni femenino ni familiar. La suya fue una infancia dura.

Desde que tuvo la libertad para hacerlo, Jaime buscó llenar su falta de amor. Era insaciable. Tuvo muchas hembras y algunos problemas. Como cuando, furioso, le hizo cortar la lengua al obispo de Gerona, su confesor. Rompiendo el obligado secreto de confesión, el eclesiástico le había revelado al papa los asuntos de cama que mantenía, estando casado, con distintas mujeres, alguna también casada. Y el papa le excomulgó. Jaime aún se preguntaba si lo hizo a causa de sus amantes o de la lengua del clérigo. Cumplió la penitencia requerida, el papa le levantó el castigo, pero jamás se arrepintió.

Grande era su amor por la familia. Quiso a cada a uno de sus quince hijos con una pasión que continuaba en sus nietos, que serían reyes de Castilla, Francia, Aragón y Mallorca. Y los que no

reinaran obtendrían títulos que los convertirían en los grandes nobles y eclesiásticos de todos aquellos reinos.

Aquellas Navidades en Barcelona, rodeado de un buen número de sus nietos, el anciano rey, feliz, recordaba su triste y solitaria infancia carente de amor. Ahora, al contrario, se sentía un gran patriarca, amado, admirado y respetado, aun cuando sabía que su sentido familiar de la monarquía era cuestionado. En especial por su hijo Pedro.

Diez años antes, cuando los musulmanes de Murcia se habían sublevado contra su yerno Alfonso X, su hija Violante solicitó su auxilio, y él, con el infante Pedro al frente del ejército, acudió a someterlos con tropas catalanas. Los nobles aragoneses negaron su ayuda alegando que no obtenían beneficio en ello y que el rey no podía obligarlos. Aquel fue uno de los antecedentes del conflicto con la nobleza. Reconquistado el reino, lo repobló con diez mil cristianos, pese a que estos eran necesarios en Valencia, donde los musulmanes continuaban siendo mayoría.

Una vez consolidada la presencia cristiana, Jaime entregó el reino gratuitamente a Castilla. Ante los reproches recibidos alegó que no importaba. Tan nietos suyos eran los herederos de Castilla como los de Aragón.

—Señor —le dijo en una ocasión Pedro—, debéis poner vuestras obligaciones de Estado por encima de las familiares. Vuestros vasallos son también vuestra familia. Y viven en Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca y Montpellier. No están ni en Francia ni en Castilla. Esos son reinos unificados y cada uno de ellos es mucho más poderoso que todos los vuestros juntos. Nos rodean y atenazan y algún día serán nuestros enemigos. Vuestros nietos lucharán entre ellos como hacemos Fernán y yo. Y nuestros vasallos sufrirán por habitar reinos débiles fáciles de vencer y de someter.

Jaime se indignaba al oír aquello, pero el infante no era el único que se atrevía a decirlo. El rey había llegado a dividir sus reinos

hasta en cuatro partes en su testamento. Y uno de los beneficiarios, de un futuro título de rey, había sido precisamente Fernán, su hijo rebelde.

Ahora tenía solo dos herederos: Pedro y Jaume. Sin embargo, su primogénito no aceptaba la independencia de Mallorca.

—¿Cómo se os ocurre separar Mallorca? —le reprochaba Pedro—. ¿Y el Rosellón y la Cerdaña? ¡Sus gentes son las mismas y hablan lo mismo que mis futuros vasallos! ¡Qué insensatez! ¡Creáis un pequeño reino títere que caerá en manos de Francia! Tanto Francia como Castilla se mantienen unidas y fuertes. ¡Nos lleváis al desastre!

Sin embargo, el rey Jaime le había prometido a su fallecida esposa que haría rey a Jaume. Y pensaba cumplir.

—Padre —le decía Pedro—, siempre he respetado y querido a Jaume. Y será rey como vos queréis —arrastraba las palabras—. Aunque no independiente. Será mi vasallo. O no será.

—¡Señor, Dios mío! —rezaba el anciano rey—. Traed paz y amor a mis hijos. ¿Qué es lo que hago mal? ¡Ayudadme! Amo tanto a Pedro como a Fernán y a Jaume. Yo nunca conocí a mi padre. No tengo modelo que seguir. ¿Qué hacen los padres para que sus hijos se lleven bien?

30

Campamento almogávar, 4 de enero de 1275

El clan de Senén hibernaba en las márgenes del río Noguera Ribagorzana, la estación mostraba todo su rigor y la comida escaseaba.

—Si no asaltamos una aldea, moriremos de hambre —advirtió Galcerán en la junta de hombres.

—Nuestros vecinos tienen las provisiones escondidas —dijo Senén—. Además, hay que estar bien con ellos. Tendrá que ser algún pueblo a dos días de camino, al menos.

Debatían sobre cuál sería la presa cuando se presentó un jinete al que guiaba un mercader conocido. Pidió hablar con el adalid a solas.

—Se trata de asaltar a treinta jinetes entre caballeros y escuderos —dijo el recién llegado.

—¿Irán protegidos con armaduras? —quiso saber Senén.

—Sí. Y son buenos con las armas.

—Solo dispongo de veinte hombres. No somos suficientes.

—¿Sabéis dónde hibernan más de los vuestros?

—Hay un clan con dieciocho río abajo. Si pagáis bien, se nos unirán.

—Dividiremos a los treinta jinetes al cruzar el río Cinca en Albalate. ¿Os podéis encargar de quince entre los vuestros y los de ese otro clan? Tengo contratados a veinticinco almogávares que caerán sobre los que queden en la otra orilla.

—¿Y por qué son ellos menos?

—Porque ellos solo tienen que entretener a los suyos; vosotros los tenéis que matar a todos. La paga es muy generosa. ¿Seréis capaces?

Senén sonrió.

—Naturalmente —dijo al fin—. Todo depende del dinero.

—Nos dan mil doscientos sueldos jaqueses ahora y mil doscientos más si los matamos a todos. Aparte del botín, claro —explicó Senén—. Lucharemos contra nobles y escuderos. Es más peligroso pero más digno que asaltar a campesinos.

Había reunido a todo el clan, hombres y mujeres. Hubo un murmullo de aprobación.

—Si juntamos la paga y el botín, sobrará para pasar el invierno —calculó Sans.

Sans era un sacerdote de treinta años, alto y delgado, huido por asesinato. Fue en defensa propia, cuando el marido le descubrió con los faldones del hábito arremangados y encima de su mujer. Proporcionaba consuelo espiritual y oficiaba misas, además de leer y escribir. Era muy útil. Sabía de cuentas y le habían confiado la bolsa común.

—No será fácil —intervino Súria—. Por eso pagan tanto. Tendremos muertos.

—¿Quién dijo que nuestro oficio fuera fácil? —repuso Galcerán con una sonrisa—. Ese es el precio de la libertad. Y de la comida.

—Tú no vienes, Súria —dijo Senén.

—¡Estoy preparada, tío! Puedo combatir como el mejor de vuestros hombres.

—Está preparada, Senén —la apoyó Galcerán—. Que venga con nosotros y que se lleve su parte del botín. Yo cuidaré de ella.

—Ya sé que no piensas más que en cuidar de ella —dijo Senén. Hubo risas, en especial femeninas—. Pero ¿quién cuidará de ti mientras cuidas de ella?

—Yo cuidaré de él. —Súria, melena roja al viento, levantaba la barbilla desafiante.

—¡No! —cortó Senén—. Puedes venir con nosotros. Pero antes me has de prometer que ocurra lo que ocurra no entrarás en combate.

Súria terminó prometiéndolo, aunque a regañadientes. Y una promesa, en el clan, nunca se rompía.

31

Castillo de la Suda, Lérida, 9 de enero de 1275

Aquella mañana, yo pulsaba las cuerdas de mi arpa, llena de añoranza, mirando a través de los ventanales del castillo. Este se elevaba, junto a la catedral de Lérida, sobre una colina que dominaba la ciudad por encima de una extensa llanura… que ni siquiera se intuía. Una espesa niebla lo cubría todo, se helaba formando miles y miles de cristales que se adherían unos a otros y colgaban de las ramas desnudas de los árboles.

—«Mar azul, majestuosos volcanes —cantaba melancólica—, así es mi Sicilia…».

Si se hubiera despejado y hubiera salido el sol, el espectáculo habría sido bellísimo. Los hielos suspendidos en las ramas habrían brillado como diamantes. Pero no esperaba tener esa fortuna. En aquella época del año, en Lérida, un día claro era infrecuente. Y la niebla, a veces, tardaba semanas en levantarse. Entonces recordaba los luminosos paisajes de mi infancia, a mi querido padre y a mi hermana. ¡Qué tiempos tan felices desprovistos de preocupaciones!

—«Pueblo bravo y orgulloso —continué—. Nieve, fuego y poesía».

Mi presente y mi futuro parecían ocultarse tras aquella niebla gaseosa y opaca. Notaba el peligro. Quería que Pedro regresara, me

sentía segura a su lado. Acostumbraba a acompañarle, junto con los niños y nuestra pequeña corte, cuando permanecía varios días en algún lugar, pero en esa ocasión me lo impidió. Era muy arriesgado.

Pedro se encontraba en Tarazona, en la frontera con Navarra, reivindicando los derechos dinásticos de su padre, que también eran los suyos.

El rey Enrique de Navarra no había podido morir en peor momento. Se decía que los moros de Valencia iban a sublevarse. Los nobles de Aragón se habían rebelado y muchos de los catalanes se les unían. Era una guerra civil no declarada, y Pedro quiso que le esperáramos en Lérida porque la ciudad nos era fiel y su castillo, seguro.

Rezaba constantemente por él. Para que regresara sano y salvo. Para poder sentir, de nuevo, su cariño y el calor de su cuerpo al abrazarme.

Tuve que pasar la Navidad sin él y también el Año Nuevo. No le veía desde agosto. ¡Le añoraba tanto! ¿Cuándo regresaría? ¿Cuánto más se demoraría en Navarra? Deseaba partir hacia Barcelona, olvidar la niebla y ver el mar. O mejor, ir a Valencia para gozar de su dulce clima mediterráneo.

Cubría mis cabellos castaños con una toca azul, a juego con mi gonela, que se abultaba en la cintura. A los veinticinco años estaba embarazada por sexta vez. Ya no sonreía tanto. Me avergonzaba. Había perdido uno de aquellos dientes que los trovadores elogiaban llamándolos perlas. Por suerte se trataba de uno lateral, que casi no se veía. Era a causa de los continuos embarazos. Empezaba a ser mayor. Y era normal en una madre de mi edad.

Estaba harta de disputas, escaramuzas, batallas y guerras. ¿Cuándo viviría una paz que durara unos meses? ¿Cuándo podría disfrutar de mi familia sin preocupaciones? ¿Sin temer por la vida de Pedro y por nuestro futuro? ¡Qué tiempos tan turbulentos! Desde mi llegada a Aragón había sido testigo de revueltas moriscas,

sublevaciones nobiliarias y el enfrentamiento de Pedro con su padre, que, como castigo, le privó de sus rentas dejándonos en la miseria. Tuvimos que despedir a casi toda nuestra corte y mantenernos gracias a donaciones secretas, como las del abad de Santes Creus. Por suerte, padre e hijo hicieron las paces. Pero me sentía muy cansada. ¡Dios mío, que Pedro regrese sano y salvo! ¡Temo por él! ¡Concedednos, Señor, algo de paz!

Me acompañaban Bella d'Amichi y María Nicolosa, que bordaban en silencio escuchando mi canción. Compartían mi añoranza.

María había abandonado mi corte poco después de quedarse embarazada de su segundo hijo. La casamos con Bernardo de Monzón, un bravo caballero, infanzón sin tierras al que María aportó un feudo en Segorbe que mi esposo le concedió. No era muy rico, pero permitía a la familia vivir con dignidad y nobleza. Bernardo se sentía muy honrado criando y educando a los hijos del infante y todo indicaba que se había enamorado de ella. Tuvieron otros dos hijos. María, a sus treinta años, continuaba tan hermosa como yo la recordaba a los dieciocho. Conservaba una dentadura perfecta y aquella sonrisa pícara suya, que ahora me parecía, a veces, provocativa.

Mi esposo quiso que Jaime Pérez, el mayor de los hijos de María, al cumplir los once años continuara su educación como futuro caballero junto a los infantes Alfonso y Jaime, nuestros hijos. Así que Bernardo se incorporó a la corte de Pedro como uno de sus caballeros y María a la mía. Al principio, yo seguía estándole agradecida por apartar a Pedro de su amante y no objeté la decisión. Pero mi actitud empezaba a cambiar.

Bella d'Amichi, al saber de mi embarazo y de la ausencia por unos meses de mi esposo, con el que se encontraba su hijo Roger,

abandonó temporalmente el feudo donde residía en Valencia para acompañarme. Le confié mi preocupación.

—¿No notáis a María distinta? —le dije un día—. La encuentro esquiva, menos comunicativa. A veces incluso desafiante.

—No —repuso con una mueca de extrañeza—. ¿Qué os hace pensar eso, niña?

Su sorpresa me pareció fingida.

—Advierto algo furtivo en su comportamiento. Y le he estado dando vueltas a cómo miraba a Pedro antes de que partiera hacia Navarra. Cuanto más lo pienso menos me gusta. Me hace sospechar. Además, desconozco a qué acuerdo llegaron Pedro y Bernardo al casarla.

—¡Quitaos eso de la cabeza! —repuso ella—. Bernardo de Monzón es uno de los más valientes y honorables caballeros del reino. Y ha tenido el honor de educar e iniciar en el uso de las armas al hijo del futuro rey. Es muy amigo de mi hijo Roger, y él os puede dar fe del carácter de ese honrado caballero. Nunca consentiría lo que teméis.

—Creo que nos equivocamos cuando utilizamos a María para alejar a la anterior amante de Pedro. Y que ahora me toca pagar mi culpa. ¿No habrán continuado viéndose?

Recordaba demasiado bien los relatos de María cuando ella era la amante de Pedro y yo una infeliz virgen aspirante a convertirse, de una vez, en esposa. Ahora, no podía soportar imaginarlos en el lecho. Pensarlo me hacía estremecer de pena y rabia.

—Olvidaos de eso. —Bella quería calmarme—. Desde que dejó la corte, María ha vivido siempre en Segorbe.

—Sí, pero Pedro viaja mucho. —Y fruncí el cejo.

—De todos modos vuestro esposo lleva lejos medio año —musitó —. Estad tranquila.

No lo estaba.

32

Castillo de la Suda, Lérida, el mismo día

Seguía ensimismada pulsando las cuerdas de mi arpa cuando un suave toque en la puerta llamó mi atención.

—Señora, don Juan de Prócida solicita audiencia —anunció un paje.

—¡Juan de Prócida! —exclamó Bella, feliz.

Nos miramos sorprendidas.

—¡El viejo Juan! —repetí tan contenta como extrañada—. ¿Qué le puede traer por aquí? ¡Que pase! —ordené.

—Disculpadme, señoras —dijo María, que recogió su costura para abandonar la sala. Era lo bastante discreta para saber, sin que se lo dijeran, cuándo debía ausentarse.

—Gracias, María —le dije.

Juan era casi tan anciano como el rey Jaime, pero estaba dotado de una gran vitalidad. Conservaba el brillo intenso de sus ojos oscuros y la sonrisa afable, aunque su pelo y su barba eran ya blancos. Se acercó con su habitual decisión e hincó la rodilla ante mí.

—Mi señora Constanza —dijo.

—¡Levantaos, Juan! —proferí, y acudí a ayudarle.

El viejo médico no precisó de mi ayuda y se acomodó en la silla que le ofrecimos.

—¡Contadnos, querido amigo! ¿Qué ocurre en Sicilia? —quise saber—. ¿A qué debemos vuestra visita? ¿Qué os hace alejaros tanto del mar?

El hombre sonrió.

—Vengo a veros, señora.

—Pero el viaje hasta aquí es muy largo y fatigoso —repuse extrañada—. ¿Traéis noticias?

—Sicilia sigue bajo el yugo opresor —explicó con calma—. Como bien sabéis, tras la ejecución de vuestro primo Conradino hace ya seis años, la represión de Carlos se hizo feroz. Hubo matanzas, torturas y ejecuciones, e incautó cuanto pudo a los fieles de los Hohenstaufen. Nosotros resistimos casi dos años en la isla de Sicilia pero el de Anjou convenció a su hermano, el rey de Francia, para que llevara su cruzada a Túnez, en lugar de a Tierra Santa o a Egipto. Con lo que tomaron la isla como base y nos echaron encima a todo el ejército cruzado. Tuvimos que refugiarnos en el norte de África. El rey Luis de Francia murió en la cruzada y el único que se benefició fue Carlos de Anjou. Desde entonces el visir de Túnez le paga tributo a él, con lo que ha dejado de pagarlo a vuestro suegro el rey Jaime.

—Lo sé —repuse—. Mi suegro y mi esposo están muy disgustados. Ese hombre siempre gana.

—No siempre será así.

—¿Y qué ha sido de vos todo este tiempo? —inquirió Bella—. Hace años que no nos visitabais.

—Traté de organizar a los refugiados, primero resistiendo en la isla y después en el norte de África. He viajado también mucho por Europa.

—Contadnos de esos viajes —le pedí.

—No viajo por placer, señora. Sino que tengo una misión.

Hizo otra pausa y nosotras esperamos en silencio.

—Debo confesaros algo, señoras, pero antes prometedme que guardaréis el secreto.

—Prometido —dijimos.

—Es una historia que empieza el día en que vuestro primo Conradino fue ejecutado sin ningún derecho ni razón.

Bella dejó ir un lamento y Juan nos relató los últimos instantes de mi primo, el alegato de su madre Elisabetta y su desesperada petición de un paladín que vengara su muerte.

—Y desafió a Carlos lanzando el guante a la plaza frente al sitial que ocupaba —concluyó.

Aunque conocía los hechos, las lágrimas humedecieron mis ojos al recordarlo.

—Yo lo presencié todo, oculto entre un grupo de amigos y…

—¿Y qué? —inquirí.

—No pude evitarlo y recogí el guante.

—¿¡Qué decís!?

—Lo que oís. El cadáver decapitado de Conradino estaba tendido en el cadalso. Su guante permanecía tirado en el suelo y un gran corro se formó alrededor de la prenda. La gente la miraba con temor. Nadie se atrevía a tocarla y Carlos sonreía victorioso desde su tribuna. ¡No pude evitarlo, doña Constanza! Yo serví a vuestro abuelo, el emperador, a su hijo Conrado, a vuestro padre y a vuestro primo Conradino. La casa Hohenstaufen es mi familia. No podía dejar el guante tirado en el suelo para que los franceses se rieran de él.

—¿Y cómo pudisteis escapar?

—Envié a un golfillo que por una propina me lo trajo. Esos chiquillos son capaces de pasar entre las piernas de la gente. Y eso fue lo que hizo. Se confundió entre el gentío, me entregó el guante y pude salir de la plaza sin que me detuvieran.

Hizo una pausa.

—¿Recordáis cuando os dije que tengo una misión por la que entregaré los últimos días de mi vida y mis últimas fuerzas?

—Sí, vengar a vuestra familia —repuse—. Y también a mi padre.

—Así es, señora, y liberar a Sicilia del yugo opresor de Carlos de Anjou —afirmó—. Y ahora añado vengar a Conradino y a todos los patriotas asesinados desde entonces.

Moví la cabeza, incrédula. ¿Cómo podría lograrlo?

—No hay quien, hoy por hoy, pueda hacer frente a ese hombre —le dije—. Y menos contando, como cuenta, con la ayuda de Francia y del papa.

Juan quedó en silencio, mirándonos a ambas, antes de responder.

—Su desaforada ambición le ha de perder —dijo al fin—. Antes me preguntasteis qué ha sido de mí estos años y os dije algo de lo que hice. Pero no todo.

—¿Qué más hicisteis?

—Busqué Hohenstaufen vivos con derechos dinásticos sobre Sicilia. Recorrí todo el Imperio germánico, Hungría, Bulgaria y también Bizancio. Buscaba al paladín que aceptara el reto, que vengara a Conradino y a vuestro padre. Y que liberara Sicilia.

—Difícil misión.

—Fui a ver a doña Elisabetta de Baviera.

—¡La madre de Conradino! —exclamé—. ¿Qué fue de la pobre señora?

—La encontré en el Tirol, con su esposo y sus otros hijos, pero enferma; el dolor por la muerte de su hijo la consumía. Aunque mantenía su elegancia y distinción. No sufrió solo al presenciar la ejecución, sino también por lo que vino después.

—¿Qué ocurrió?

—Al igual que con vuestro padre, Carlos de Anjou no quiso que el cadáver de su enemigo fuera enterrado.

—¡Miserable!

—Los cuerpos de Conradino y de su primo Federico de Baden fueron arrastrados por las calles de Nápoles hasta la playa y allí los abandonaron.

—¡Qué dolor para la pobre madre! —Las lágrimas regresaron a mis ojos.

—Una última venganza del tirano contra doña Elisabetta, contra su valor y su dignidad.

—¡Maldito sea! —exclamó Bella.

—Pero los napolitanos, conmovidos por la apostura y valentía de los muchachos, cubrieron los cuerpos con piedras de la playa.

El relato me recordaba demasiado a lo sucedido con el cadáver de mi querido padre y me llenaba de angustia.

—Pero Elisabetta, después de muchas súplicas y de pagar mucho dinero, consiguió del obispo un entierro cristiano —continuó Juan —.Hoy los cuerpos de Conradino y de su primo descansan en cajas de plomo, bajo lápidas, en la iglesia de los carmelitas, distante apenas unos pasos de donde fueron ejecutados. Y la señora hizo una gran donación a la iglesia para que se dieran misas perpetuas por las almas de los jóvenes.

—¿Y qué os dijo cuando la visteis?

—Estaba muy enferma, pero se alegró al saber que yo tenía el guante y, antes de morir, me suplicó que buscara un campeón que vengara a su hijo. He hablado con quien, en Alemania, decía poseer derechos sucesorios al trono de Sicilia, mas pertenecen a ramas laterales. Vuestros hermanos bastardos podrían ser los únicos herederos varones en línea directa.

—Pero el de Anjou los tiene presos en las mazmorras del castillo Dell'Ovo y jamás saldrán vivos.

—Cierto. Entonces hay que acudir a la rama femenina, que es además la única legal. —Su mirada se clavó en mis pupilas—. Y sois vos, señora, la auténtica reina de Sicilia.

Al oírlo, el corazón me dio un vuelco y le contemplé sorprendida. No ignoraba que era heredera de la monarquía siciliana pero nunca me había planteado reclamar el reino. Hubiera sido suicida. El viejo caballero abrió una bolsa que llevaba atada a su cinto y extrajo un guante. Se arrodilló, me ofreció la prenda con ambas manos y me dijo:

—Os ruego, señora, que aceptéis el guante de vuestro primo.

—Pero ¿¡qué decís!? —exclamé.

Y me levanté, apartándome de un salto, como si el guante estuviera en llamas y fuera a quemarme. No era un guantelete de combate de los de acero, ni uno de caza, sino un guante cortesano, de piel de cabrito clara, con una cenefa bordada en la muñeca que mostraba las águilas Hohenstaufen en hilo negro y oro. Tenía un forro interior de seda roja. Ver la enseña de mi familia en aquella prenda de mi primo decapitado me causó una terrible impresión. Era algo muy mío, casi íntimo, a la vez que trágico.

—Os corresponde a vos —insistió.

—Pero ¿estáis loco? —Notaba mi voz aguda—. ¿Qué puedo hacer yo frente al poder de Carlos de Anjou, del rey de Francia y del papa? Además, una dama no debe aceptar un guante. Y no puedo ser paladín.

—Vos no, pero vuestro esposo sí.

—Tampoco puede.

—Vuestro esposo es el padre de tres hijos varones y dos hembras que llevan la sangre Hohenstaufen. Vos sois la reina de Sicilia, vuestro esposo es el rey y ellos, los herederos.

—No tiene el poder para enfrentarse a Carlos de Anjou.

—Pero es el heredero del rey Jaime, que ya es muy anciano. Pronto será rey.

—Ni siquiera los cuatro reinos de mi suegro juntos tienen suficiente fuerza para enfrentarse a Carlos. Sabemos que prepara una gran flota y un enorme ejército para tomar Constantinopla y

apoderarse del Imperio bizantino. Además, aquí estamos en guerra civil con los nobles. Y los moros amenazan con sublevarse de nuevo en Valencia.

—Me consta que vuestro esposo es audaz y que no le gusta Carlos de Anjou…

—Eso es cierto.

—Permitidme, señora, que le ofrezca a él el guante de Conradino. —Y sonrió—. Al fin y al cabo, debe ser, como esposo, vuestro defensor. Y debe proteger vuestros derechos y los de vuestros hijos.

—No acepto el guante. No puedo aceptarlo. —Me sentía muy alterada—. Id con Dios y hablad con Pedro.

—Lo haré. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—En Tarazona, cerca de la frontera con Navarra —le dije con el corazón encogido.

No pude dormir en toda la noche. Aquella prenda no era un simple guante. Era un grito que pedía justicia. No solo por la muerte de Conradino. Era como si contuviera el alma de mi querido padre, que no descansaría en paz hasta ser vengado. Era mucho más que el derecho al reino de Sicilia. Era lo que quedaba de mi familia. Algo terrible. No me había atrevido a tocarlo. ¿Sería una cobarde? ¿Qué haría Pedro?

33

De Tarazona a Lérida, 10 de enero de 1275

El infante Pedro abandonó Tarazona al amanecer, con los caballos al trote despidiendo vapor por bocas y ollares, y sus cascos rompiendo el hielo de los charcos del camino. Lo acompañaba una quincena de caballeros y sus escuderos. Buena parte del grupo lo formaban caballeros exiliados de Sicilia que habían llegado con Constanza, o que habían sido acogidos después de la última derrota de los Hohenstaufen. Lejanos a las intrigas de la nobleza catalano-aragonesa, se encontraban entre los más fieles a Pedro.

Tanto él como ellos vestían lo mismo: una armadura completa de cota de malla, con espada y daga al cinto. El infante se cubría además con una piel de oso que había cazado en los Pirineos. El escudo y su maza de guerra pendían de la silla de su montura. Su escudero cargaba con su celada y un par de lanzas de combate. El camino hasta Lérida, donde le esperaba su esposa Constanza, le llevaría dos días, y tal como estaban las cosas era muy peligroso. Deseaba llegar. La añoraba a ella y a sus hijos.

Estaba muy disgustado. Había perdido unos meses preciosos, desde agosto hasta enero, reclamando los derechos de su padre al trono de Navarra. El viejo rey le había hecho viajar al monasterio de San Juan de la Peña en busca de los documentos que le acreditaban

como rey de Aragón *y* de Navarra. Cien años antes, formaban un único reino. Posteriormente este se dividió y el rey Sancho VII de Navarra, con el fin de reunificarlos, nombró heredero al rey Jaime antes de su muerte, acaecida cuarenta años atrás. Pero los nobles navarros hicieron caso omiso, entonces, a las voluntades del fallecido monarca.

Los derechos documentados estaban a favor de Aragón, y Pedro propuso a la reina viuda, Blanca de Artois, casar a su hija Juana, de casi cuatro años, heredera de Navarra, con su hijo Alfonso, de nueve, heredero de Aragón. Así, Navarra regresaría a la corona aragonesa.

A continuación, Pedro obedeció a su padre y se quedó en Tarazona, para evitar que se interpretara su presencia en Navarra como una presión armada. «Sé prudente», le había dicho el rey. ¿Prudencia? ¿Presión armada?, se preguntaba sarcástico Pedro. ¿Con treinta hombres en total? Le daba una triste risa.

Los nobles navarros y la reina regente Blanca admitieron su derecho e iniciaron la negociación. Pero Castilla, que también reclamaba el reino, mandó un ejército, y lo mismo hizo Francia. Mientras, el infante tenía que mantenerse al otro lado de la frontera.

Pedro acababa de saber que la reina regente y su hija habían abandonado Navarra, rumbo a París, después de acordar el matrimonio de Juana con un hijo del rey de Francia de siete años. ¡Francia se quedaba con Navarra!

No por esperado el resultado dejó de indignar a Pedro. Furioso, cuando se enteró clavó a la mesa, con su puñal, los pergaminos que probaban sus derechos. ¡Había hecho el ridículo! ¿De qué le servían los malditos derechos y los malditos documentos? ¡De haber contado con un ejército decente Navarra sería suya! Pero ¿de dónde iba a sacar un ejército si los grandes nobles se le enfrentaban abiertamente? ¡Si la guerra civil en Aragón y Cataluña había empezado ya! ¡Otra vez Francia se quedaba con lo que pertenecía a

las casas de Aragón y Barcelona! La rabia le hizo espolear a su caballo y la comitiva tuvo que ponerse al galope para seguirle.

No le sorprendió la decisión de la reina Blanca. Como francesa sabía que Francia, después de la cruzada en la que se había apoderado de Occitania, era muchísimo más poderosa que todos los reinos del rey Jaime juntos. Sin embargo, quedaba una esperanza; la novia y el futuro rey de Francia eran primos. Y no podían casarse. Pero claro, se dijo, Blanca debía de saber ya que el papa les concedería la dispensa.

Espoleó su caballo de nuevo. El animal corría cuanto podía y los demás eran incapaces de seguirle.

Aquella era la tercera afrenta y el tercer expolio que sufría Aragón. Francia le había arrebatado Occitania, con el rico condado de Provenza en ella, asesinando a su abuelo el rey Pedro II. Después se apoderó de los tributos que le pagaba el rey de Túnez, y ahora se quedaba con Navarra. Y su padre, el rey Jaime, no hacía nada.

Redujo el paso. Su fiel montura no tenía la culpa del agobiante dominio francés.

Otro de los litigios entre padre e hijo surgía de cómo consideraban que había que actuar contra los nobles rebeldes. Ellos argumentaban sus usos y derechos para oponerse a la voluntad real. Y el rey Jaime entraba en el juego de legalismos y negociación. Las conversaciones se hacían eternas. El rey convocaba a Cortes y los grandes nobles acudían cuando les apetecía. Pedro era más resolutivo. Pensaba que si la persuasión no funcionaba, había que pasar, sin demorarse demasiado, a la fuerza.

El infante creía que su padre se mostraba viejo y débil frente a los grandes. Y mientras él había estado ocupado con el asunto navarro, los nobles se habían envalentonado.

El conde de Ampurias arrasó a mediados de noviembre la ciudad de Figueras, que el propio Pedro protegía. La noticia le produjo una gran tristeza además de rabia. El gigantón pelirrojo perpetró una

matanza y tuvo incluso la osadía de arrancar las puertas de la ciudad y llevárselas, como desafío, para instalarlas en una de sus posesiones.

Peor aún era la actitud de su hermano bastardo Fernán. Después de pedir una audiencia a su padre, a la que no acudió, y de rechazar su ultimátum, se había dedicado a aumentar su poder apoderándose de castillos reales.

Pero esos dos no eran los únicos que causaban problemas. Los grandes nobles atacaban descaradamente los realengos. Su táctica era siempre la misma: las cabalgadas. Un grupo de caballeros, seguido de infantes, caía por sorpresa sobre posesiones reales o de ciudadanos libres. Saqueaban, violaban, mataban y, si el lugar no era defendible, se retiraban llevándose el botín. Ese botín incluía, muchas veces, a hombres, mujeres y niños libres a los que esclavizaban. Y después se encerraban en sus castillos, confiados en su invulnerabilidad. ¡Se habían hecho mucho más fuertes mientras él perdía un tiempo precioso en Tarazona! ¡Y su medio hermano los lideraba!

Le hubiera gustado que Fernán reconociera su error. Pero no era así. Se mostraba desafiante, lideraba la rebelión nobiliaria. Y además, según le habían informado, pretendía la corona a la muerte del padre. Pedro lo lamentaba, porque creía que ya no había vuelta atrás. Tendría que acabar con Fernán antes de que Fernán se le adelantara y lo matara a él.

34

De Tarazona a Lérida, el mismo día

Roger de Lauria seguía de cerca al infante en su galopada. Aunque no demasiado cerca. Le conocía bien. Sabía que estaba furioso y temía su genio vivo.

A pesar de la dureza con la que le trataba, el joven caballero admiraba a Pedro. Le gustaba su carácter decidido y directo. Cuando se dirigía a sus hombres era claro, seducía, transmitía emoción, y su gente le seguía sin vacilar. Gozaba del don de la palabra. Roger anotaba en su mente vocablos, expresiones, entonación y gestos. Quería aprender para cuando alcanzara un puesto de mando relevante.

Sin embargo, sentía que el infante desconfiaba de él, pero no en cuestiones militares, sino en lo personal y con respecto a Constanza. Pedro era muy intuitivo. Justo al conocerse en Montpellier, cuando su boda con la princesa, adivinó el profundo cariño que él y Constanza se tenían. Era natural que se quisieran, la princesa y él se habían criado juntos, como hermanos, aunque no lo fueran en sentido estricto. Como hijo de Bella d'Amichi, la nodriza de la infanta, eran hermanos de leche. Solo eso.

Tan pronto llegaron a España, el infante hizo del chico su paje. Roger supo de inmediato que aquel nombramiento, un honor en

apariencia, buscaba apartarle de la infanta. Tenía entonces doce años y pasó a convivir con la parte masculina, dedicada a las armas, de la corte. Ya no podía ver a su madre, y menos a Constanza, sino en público o en ocasiones concretas.

Pedro recelaba de la intimidad de la que había disfrutado con Constanza en su infancia. Y por fortuna no lo sabía todo. Tres años antes de la boda, jugando, la princesa le obligó a desnudarse y ella hizo lo propio. Tenía diez años y quería averiguar en qué eran diferentes. No ocurrió nada más y a él, a pesar de sentirse tan avergonzado como curioso, no le pareció aquello pecado. Pero cuando Bella los descubrió, entró en pánico. Los obligó a vestirse de inmediato y con lágrimas en los ojos les pidió que le prometieran que, jamás, pasara lo que pasara, contarían aquello. Añadió que si alguien se enteraba, Roger moriría. Constanza se puso a llorar y juró que jamás diría nada. Lo mismo hizo el chico, que además se llevó unos buenos azotes.

Roger sabía que su madre estaba en lo cierto. Aquel era un secreto que, precisamente por lo peligroso, flotaba entre la infanta y él como un nubarrón. Y Pedro había percibido algo. Quizá en la forma en que se miraban o hablaban.

El infante era más duro con él que con los demás. No le importaba. Era la penitencia por su pecado.

El joven había nacido, veinticinco años antes, en Scalea, una población costera de Apulia que pertenecía a su padre, Ricardo de Lauria, casado en segundas nupcias con Bella, familia lejana de Constanza. Después de la muerte del padre junto con el rey Manfredo en la batalla de Benevento, nada le quedaba a Roger en Italia. Aragón se lo había dado todo. Al ser nombrado caballero juró fidelidad al rey Jaime y a su heredero el infante. Y la tenían por completo. Pedro era además el esposo de Constanza, la última Hohenstaufen, dinastía a la que los Lauria habían sido siempre fieles, y él la amaba y le había prometido defender a su esposo con

su vida. Lo haría, tal como hizo su padre por el padre de ella, y por eso no perdía a Pedro de vista. Sabía que el peligro se cernía sobre él.

Ojalá que un día comprendiera que contaba con su más absoluta lealtad. Ojalá le dejara portar el pendón de Aragón, o el personal del infante, honor que les concedía a los hermanos Lancia y a otros caballeros, pero jamás a él.

35

Orillas del Cinca, Albalate, Huesca, 11 de enero de 1275

—Desperta, ferro! Au! Au! Au! Matem!

El grito ahogó el sonido de las aguas del río.

—¡Almogávares! —alertó Roger.

Se encontraban en un momento crítico. Atravesaban el Cinca por el único puente de la zona, que consistía en un precario maderamen soportado sobre unas antiguas bases de piedra. Justo había cruzado el infante cuando se oyó el grito y una multitud de hombres de aspecto andrajoso se abalanzó sobre ellos. Surgían de la vegetación que rodeaba el río. Pedro sabía que el puente solo permitía el paso de un caballero y había que ir con mucho cuidado. Precipitarse con una armadura en las aguas —que, provenientes de los Pirineos, bajaban heladas en enero— equivalía a la muerte. Era suicida cruzar durante un ataque y el grupo se vio dividido en dos.

—¡Lanza! —gritó Pedro a su escudero.

La cogió al vuelo y con toda rapidez se hizo con el escudo que llevaba colgando de la silla. Los almogávares se arrojaban sobre ellos sin vacilar, aullando.

A pesar del frío, algunos iban con los brazos descubiertos. Una especie de sayo de pieles les cubría de hombros a rodillas. Varios llevaban gorros de piel con bandas metálicas y otros simples

casquetes de cuero endurecido. Aquellas eran sus únicas protecciones. En el cinto portaban una espada corta curva, en la mano una azcona y un par de dardos sujetos a la espalda. Todo en ellos estaba pensado para el ataque. El hierro al que despertaban con sus gritos era el de sus armas.

Lanzaron sus azconas y dardos con fuerza y precisión y atravesaron monturas y jinetes. Después, aquellos diablos, despreciando el riesgo, se metieron bajo las patas de los equinos que seguían en pie, con el fin de destriparlos o cortarles los corvejones. Los jinetes que caían y no lograban incorporarse de inmediato eran acuchillados en el suelo.

Sin haber tenido casi tiempo de reponerse de su sorpresa, Roger vio cómo uno de aquellos diablos, con marcas de viruela en el rostro, le hundía una daga en el ojo a Bernardo, uno de sus mejores amigos, derribado en el suelo.

Pedro comprendió que la situación era desesperada. Sin apenas tiempo para desenfundar la espada, más de la mitad de su tropa había sucumbido. El ataque era devastador.

Entonces vio, detrás de los almogávares, a cuatro caballeros con las divisas de sus escudos cubiertas de barro. Llevaban bajada la visera de la celada y no se les veía el rostro. Lo comprendió todo.

Estaban a menos de tres horas de camino de las posesiones de su hermano Fernán. Y, a pesar de sus intentos por viajar en secreto, se había enterado y le esperaba. Si se libraba de los almogávares, aquellos jinetes le matarían. Tuvo la seguridad de que su hermano era uno de ellos. Imposible escapar. Solo le quedaba morir como el rey que nunca llegaría a ser. Haciendo el mayor daño posible al enemigo.

Había identificado al adalid: un almogávar de unos treinta años y una frondosa barba negra que no paraba de gritar animando y

dando órdenes. Los caballeros cubrían al infante tratando de protegerle los costados y él aprovechó un espacio entre los combatientes para espolear su montura y cargar contra el cabecilla. Vio la sorpresa en el rostro del hombre cuando le atravesó el pecho con su lanza. La soltó de inmediato para coger la maza de guerra, su arma favorita contra la infantería, y empezó a repartir golpes en las cabezas apenas protegidas de aquellos hombres. Notó dolor en una pierna pero no se detuvo.

—Tengo que volver al grupo —murmuró.

Sabía que allí solo, rodeado de enemigos, perdería el caballo de inmediato y le matarían en el suelo. Su hermano se saldría con la suya. Pero su inesperado ataque y la muerte del líder almogávar desconcertó por un momento a sus agresores. Un par empezaron a animar a gritos pero no tenían la fuerza del caído.

—Ese maldito se defiende bien —murmuró Fernán.

—No tiene posibilidades —le dijo su suegro, Jimeno de Urrea.

—¡La lanza! —pidió Fernán al escudero—. Hay que terminar con esto.

—Dejad que los almogávares se encarguen de ellos.

—¡No! Quiero matarle yo.

Aquel era un asunto de familia. Su hermano Pedro había sido su mejor amigo para convertirse después en su peor enemigo. Era algo suyo. Sentía una desgarradora mezcla de amor y odio. Debía matarle con sus propias manos para llegar a ser rey. Aunque le doliera en lo más profundo de su alma.

Se cubrió con el escudo y puso la lanza en ristre. Jimeno le imitó.

—¡San Jorge! —gritó Fernán al tiempo que espoleaba su caballo.

Jimeno y los escuderos le siguieron.

Pedro los vio venir. Aquel iba a ser su fin. Imágenes y pensamientos, rápidos como las visiones que se decía que experimentaban los moribundos, cruzaron su mente. ¡Constanza! Su dulce Constanza. Y la vio, embarazada, rodeada de sus dos hijas y sus tres hijos varones. Sonreía a los pequeños. ¿Qué sería de ellos cuando muriera? ¿Respetaría sus vidas el bastardo? ¡No! Haría lo posible por matarlos. ¿Cambiaría su padre, el rey, su testamento? ¿Alguno de sus hijos llegaría a reinar?

Tiró la maza y desenfundó la espada. Ahora había que cortar hierro.

—¡Cubríos, que vienen! —ordenó a los que quedaban en pie.

El golpeteo de los cascos de los animales sobre el suelo helado se hizo mayor y Pedro agarró con fuerza su escudo. El impacto fue durísimo. El infante pudo desviar el golpe pero la parte superior de su escudo saltó por los aires y sintió como si le hubieran arrancado el brazo izquierdo.

—¡Crucemos! —le gritó a Roger, el único de sus hombres que aún estaba montado.

Espolearon sus caballos y atravesaron la línea de los almogávares acometiéndolos a espadazos. El golpe de Roger acertó el cuello de uno, y el de Pedro, el brazo de otro. Pero una azcona le alcanzó en el casco y le dejó aturdido por un instante.

—¡Al galope! —le gritó a Roger.

Ahora tenían a los jinetes enemigos a sus espaldas. Era cuestión de que sus bestias, cansadas del viaje, corrieran más que las de su hermano bastardo. Vana esperanza. Pedro oyó relinchar a su caballo al caer ensartado por un par de azconas en su flanco derecho. Intentó saltar pero se precipitó al suelo con la montura. El golpe fue fortísimo. No perdió la conciencia. Había quedado con la pierna atrapada bajo su animal y trató, con todas sus fuerzas, de liberarse. Su espada estaba fuera de su alcance. Quiso moverse, sin conseguirlo.

Vio que Roger daba la vuelta para ayudarle. Podía huir, pero, leal y valiente, regresaba para morir junto a él. ¡Sacrificio tan digno como inútil! Los otros se les venían encima. Todo estaba perdido. Sus últimos pensamientos regresaron a sus hijos, a su esposa Constanza. ¡Qué no daría por besarla y abrazarla por última vez!

36

Castillo de la Suda, Lérida, el mismo día

Una vez terminada la misa de la hora sexta, al mediodía, subí junto con Bella, María y las demás damas el empinado trecho que separaba la catedral de Lérida del castillo. Había rezado, como cada día, por un pronto y feliz regreso de Pedro. La catedral nueva había empezado a levantarse hacía más de setenta años y era un edificio impresionante, pero aún inacabado, que había dejado de construirse con arcos semicirculares para continuar con los elevados y apuntados ojivales del nuevo estilo. A poca distancia se alzaba el castillo de la Suda, sobre la roca Subirana, el punto más alto de la colina fortificada. A sus pies crecía una ajetreada y colorida ciudad que llegaba hasta el río Segre. Una amplia llanura se extendía alrededor del promontorio. Era un día frío pero soleado, de aire diáfano y divisábamos, en la lejanía, los montes de color azulón y blancos de nieve. En los días claros, como aquel, dejaba perder la mirada hacia el oeste, buscando un grupo de caballeros que retornara de Navarra. ¿Cuándo regresaría Pedro? ¡Le añoraba tanto!

Llevaba ya casi medio año sin verle. Palpé mi vientre como hacía siempre, instintivamente, al pensar en él. Allí crecía nuestro sexto hijo.

Aun estando él ausente, me sentía protegida en aquel lugar con fama de inexpugnable. Pedro había ordenado que media docena de soldados nos acompañaran siempre a las damas, si salíamos de la fortaleza, incluso para acudir a los servicios religiosos de la catedral.

Al entrar en el castillo sonreí al ver en el patio de armas a nuestro hijo mayor, el infante Alfonso, de nueve años. Iba cubierto con un casco de interior almohadillado que le protegía casi toda la cara, vestía una armadura acolchada de lana y sostenía un escudo y una espada de madera forradas de piel. Golpeaba a Jaime Pérez, que se cubría hábilmente con un escudo.

—¡Bravo, Alfonso! —animé a mi hijo.

—¡Muy bien, Jaime! —alentó María al suyo.

Jaime era año y medio mayor que Alfonso. Espigado y rubio, tenía una fuerte mandíbula que me recordaba demasiado a Pedro. No podía evitar comparar a los chiquillos; la nariz y la forma de la cara eran las mismas. Me preocupaba la ambición que adivinaba en Jaime. Mi esposo Pedro y su hermano Fernán se habían criado de forma semejante. Rezaba para que Alfonso y Jaime nunca se enfrentaran en una lucha fratricida como la de ellos.

El maestro de armas, un hombre barrigón de unos cincuenta años y con una gran barba gris, les corregía los movimientos a gritos.

—¿Qué tal lo hacen, don Nicolau? —le pregunté.

Este me sonrió.

—Cada día mejor, señora. El infante es un bravo muchachito. Y su hermano Jaime también.

—¿Y Giacomo? El niño siciliano que acaba de llegar. No lo veo aquí.

—Lo he puesto en el grupo de los mayores.

—¿Mayores? —me sorprendí—. ¿Cómo es que lo habéis puesto con los mayores? ¡Solo tiene doce años y está tan delgaducho! ¿Le

hacéis pelear con los de catorce y quince? Si son ya hombres a punto de ser armados caballeros.

—No podía dejarle con los de su edad —dijo el hombre frunciendo el cejo—. Les haría daño.

—¿Daño? ¿Tan bien lucha?

—Pelea muy bien, aun sin una técnica depurada. Pero no se trata de eso, sino de su ferocidad. No puedo hacerle entender que solo nos estamos entrenando.

—¿Ferocidad?

—Sí, veréis. —Y se dirigió a un grupo de muchachos en el otro extremo del patio—. Andrés, Giacomo. Salid a practicar.

Un muchacho pecoso de unos quince años cogió su escudo y su espada de madera y se distanció unos pasos de sus compañeros. Vestía unas protecciones semejantes a las del infante. Le siguió un chiquillo palmo y medio más bajo que, a pesar de las defensas acolchadas, daba sensación de pequeñez.

Aquel niño me había causado una gran impresión cuando Juan de Prócida me lo presentó, junto con su tío. Tenía unos ojos oscuros hundidos en la cara y un aspecto desnutrido y desgarbado. A pesar de hablarle en siciliano y de dedicarle múltiples sonrisas y varias caricias, no pude sacarle más que síes y noes. Se mantuvo trágicamente serio. Cuando el viejo servidor de mi familia me contó su historia, las lágrimas inundaron mis ojos y quise ponerle bajo mi protección.

—Ningún niño debería pasar por todo eso —dije conmovida.

—Muchos niños sicilianos han sufrido penas semejantes —repuso Juan—. Sin embargo, él es afortunado. Aún vive para seguir sufriendo.

Andrés y Giacomo se colocaron uno frente a otro en posición de guardia. La diferencia de tamaños auguraba un enfrentamiento ridículo. Pero tan pronto Nicolau dio orden de empezar, el pequeño se lanzó como una furia sobre el mayor, repartiendo espadazos a

diestro y siniestro al tiempo que soltaba un gruñido. Andrés se vio obligado a retroceder cubriéndose. Un par de golpes le alcanzaron. El muchacho recuperó el equilibrio y pasó al contraataque. Se notaba que sus espadazos poseían una potencia mucho mayor. Giacomo esquivó algunos pero empezó a perder terreno ante los fuertes golpes de su adversario, que bloqueaba con su escudo o espada. Hasta que, en un determinado momento, se echó hacia delante, agachado, cubriéndose con el escudo del espadazo que le venía de arriba al tiempo que pinchaba a su contrincante en la cintura. Este se vio forzado a girar, al colocarse el pequeño a su espalda, y a parar un par de golpes, y al instante contraatacó con todas sus fuerzas. Parecía que cada impacto que acertaba fuera a partir en dos a Giacomo. Aunque, retrocediendo, lograba esquivar la mayoría o contener el resto y se permitía, de cuando en cuando, pinchar en el acolchado cuerpo de su enemigo. Hasta que de repente Andrés le alcanzó en la cara. No pude contener un chillido. Aquel golpe, a pesar de las protecciones, era capaz de matar.

Giacomo se desplomó.

—Ya está bien —dijo Nicolau, haciendo una seña a Andrés para que se retirara—. Esto ha sido excesivo.

El muchacho se encogió de hombros como preguntando ¿y qué más podía hacer yo?

Sin embargo, de pronto se oyó un gruñido y Giacomo se levantó de un salto empuñando la espada que en ningún momento había soltado. Sangraba por la nariz. A todo correr se abalanzó sobre Andrés, al que sorprendió. Quiso cubrirse, pero no pudo evitar encajar varios golpes en la barriga y los hombros.

Cuando el mayor logró frenar al chico, empezó a aporrearle con todas sus fuerzas pero Giacomo le esquivaba y solo un espadazo de cada de tres llegaba a alcanzar el escudo. Gotas de sangre mojaban el polvo.

—¡Deteneos ya! —ordenó el maestro de armas.

Andrés bajó la guardia y fue entonces cuando Giacomo se lanzó contra él y acertó a darle en la cabeza y el pecho. Por fortuna, el mayor fue capaz de reaccionar y detener con el escudo la estocada que iba a por su vientre. Nicolau se precipitó sobre Giacomo y le sujetó por la espalda con sus grandes brazos. El niño chilló pataleando. Quería seguir a pesar de que no dejaba de sangrar.

—Lleváoslo y curadle si está herido —les ordenó Nicolau a un par de soldados—. ¿Veis a lo que me refiero? —me dijo.

—Ha acertado varias veces al mayor, sin que le pudiera alcanzar —repuse admirada.

—Sí, es fiero y agresivo. Pero me temo que no llegará a cumplir muchos años.

—Os lo encomiendo a vos, Nicolau, para que le enseñéis prudencia.

El maestro de armas se inclinó en señal de reverencia.

—Haré lo que pueda, señora. Pero no va a ser fácil. Este niño guarda mucha rabia en su corazón.

—Rabia y pena —dije yo.

37

Castillo de la Suda, Lérida, el mismo día

Los soldados llevaron a Giacomo al dispensario del castillo. No estaba el médico, pero el mozo que le ayudaba, después de palparle, dijo que aunque tenía la nariz muy hinchada no parecía rota y le dio un pedazo de tela con el que contener la hemorragia, instruyéndole para que mirara hacia arriba. El niño lo aceptó dando las gracias. Sabía que aquello no era nada, en peores situaciones se había visto.

Se sentía forastero en aquel lugar. En realidad, se había sentido forastero toda su vida. Y, aprovechando la ocasión, se escabulló hacia las almenas del castillo para estar solo y disfrutar del paisaje en aquel día claro y transparente, el primero sin niebla desde que había llegado con su tío y Juan de Prócida.

—Si vences vives, si pierdes mueres —repetía quedo.

Aquel era su lema y acostumbraba a musitarlo, sin que le oyeran, como si fuera una oración. Nadie se lo había enseñado. Lo había experimentado en su corta vida. Tenía memoria.

Recordaba perfectamente la cabeza de su padre, con los ojos abiertos, mirándole, clavada en una pica frente a la iglesia en Brindisi. Y aquel grito desgarrador que luego comprendió que era

suyo. Y los llantos, la consternación y el dolor de su madre. Tenía entonces cinco años.

Y también su huida en una noche oscura. La playa, la barca, los remeros, el chapoteo desesperado para subir, el mar enfurecido y aquella ola que casi los vuelca. Y otro grito terrible de su madre. Su hermanito Ruggero había caído al mar. Recordaba también cómo ella se había lanzado a buscarlo en las rugientes y oscuras aguas para luego desaparecer. Y cómo su tío le sujetó a él fuerte, temiendo que, desesperado, se lanzara tras ellos. A veces, cuando le asaltaban esos recuerdos lloraba. Pero eran tan frecuentes que no tenía lágrimas suficientes.

Después rememoraba el castillo ruinoso donde pasaron tanta hambre. Allí murió su primo de nueve años de una peste. Aquello ocurrió en el interior de la isla de Sicilia cuando resistían junto con los sublevados contra Carlos. En aquel lugar fue donde su tío, Pascale, que ya tenía la cicatriz en la cara, recibió una horrible herida que a punto estuvo también de matarle.

Sabía con certeza dónde se encontraban cuando había ocurrido la siguiente desgracia. Tenía ya once años. Era un campamento de mercenarios cristianos que luchaban a sueldo en favor del rey de Túnez. Su tío era uno de ellos. Gracias a ello comían. Fue al amanecer. Hacía un par de días que los hombres habían salido a batallar lejos de allí. Los despertaron los cascos de los caballos y los gritos. Su prima de doce años se abrazó asustada a Margarita, su madre, y Giacomo asomó la cabeza fuera de la tienda.

Eran jinetes berberiscos contrarios al emir. Los pocos hombres que quedaban en el campamento, viejos o convalecientes, intentaron contenerlos. Vio cómo caían dos bajo sus lanzas y otros trataban de huir. Giacomo supo que tenían que escapar.

—¡No podemos salir por delante! —les dijo—. Levantemos la parte de atrás de la tienda. Conozco un lugar en la empalizada por donde huir.

Los mercenarios tenían mucho tiempo libre y su tío dedicaba gran parte del suyo a enseñar a su familia a defenderse. Y a él en particular porque era el único varón superviviente. Eso hacía que Giacomo se sintiera responsable de ellas.

Su tía montó la ballesta que guardaba junto a la bolsa y apuntó hacia la entrada.

—Desatad la parte de atrás de la tienda —les susurró.

Tanto él como su prima llevaban ya una daga al cinto y se apresuraron a obedecer. Habían abierto el hueco para pasar cuando un hombre con turbante y barba, espada en mano, levantó la tela que hacía de puerta. Sonó el resorte de la ballesta y el virote se clavó en su pecho. El soldado gruñó al tiempo que se desplomaba. Margarita le había acertado en pleno corazón.

—¡Escapad! —les gritó ella.

Otros dos hombres entraron corriendo. Giacomo se abalanzó contra el primero con su lanza y se la clavó en las tripas. El otro se fue hacia su tía, que le amenazaba con su puñal, y de un espadazo le rebanó el brazo. La pobre mujer aulló de dolor.

—¡Sal corriendo! —le gritó a su prima.

La chica se había quedado inmóvil. Miraba a su madre con ojos desorbitados de horror. El soldado herido cayó de rodillas tratando de arrancarse la azcona del abdomen mientras el otro descargaba un segundo golpe, esta vez a la garganta de Margarita, que se desplomó sangrando. Ahora se dirigía hacia ellos, y su prima, que continuaba sin moverse, se puso a llorar. Giacomo se lanzó de un salto al lugar donde habían soltado la tienda y gateando, con la daga en los dientes, pasó por debajo de las pieles y echó a correr. Olía a quemado y los gritos no cesaban. Llegó a la empalizada y movió un tablón. Allí, entre los troncos, había el suficiente hueco para que pudiera escurrirse su cuerpo escuálido. Después siguió corriendo hasta alcanzar unos matojos alejados, donde pudo esconderse.

Cuando regresaron los hombres, tres días después, solo quedaban con vida algunas mujeres demasiado viejas para interesar a los bereberes y un puñado de niños pequeños sin madres. Se habían llevado a las jóvenes y a los mayores de seis años. Giacomo era el único de su edad que había logrado escapar.

Vio a su tío abrazar el cuerpo de su esposa, que empezaba a oler. Nunca le había visto llorar y lo hacía arrodillado en el suelo, inclinándose, con un desconsuelo terrible. Giacomo no sabía qué hacer y no se le ocurrió otra cosa que apoyar su mano en el hombro de su tío. Nunca supo si aquel gesto le había consolado en algo. Pero ignoraba qué podía hacer, qué podía decir. Él también sentía una pena terrible. Margarita había sido su madre desde que perdió a la suya en el mar. Y su prima, su hermana.

Enterraron los cadáveres, incluido el del capellán del campamento, de inmediato, en una tristísima ceremonia.

La mayoría de los mercenarios eran sicilianos contrarios a Carlos de Anjou y salieron en busca de los atacantes para rescatar a sus familias. Pero al cabo de una semana regresaron agotados y abatidos. Con las manos vacías y el corazón roto.

Pascale miró a su sobrino y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Giacomo, estamos tú y yo solos.

El niño le tendió los brazos y se estrecharon llorando. Nunca más vio sonreír a su tío. Él ya llevaba años sin hacerlo.

Respiró hondo y recorrió con la vista el horizonte de montañas azulonas en el sur y blancas en el norte. Después contempló la catedral, en obras, desde aquella altura superior. Era forastero en aquel lugar, se dijo. Era forastero en cualquier lugar.

—Si vences vives, si pierdes mueres —murmuró.

Entonces notó que le cogían de la mano y la apartó con violencia. Un niño, más joven que él, le contemplaba mirándole hacia arriba.

Le sonreía. Giacomo le reconoció. Era el infante Alfonso. ¿Cómo había podido burlar la continua vigilancia a la que le sometían para llegar hasta las almenas? Se le quedó mirando sin devolverle la sonrisa. El niño se puso serio.

—Eres valiente —le dijo irguiéndose cuanto pudo. Y volvió a sonreírle.

Se quedaron un momento mirándose en silencio. Esta vez el infante Alfonso le tendió la mano solemne.

—Me gustas —añadió.

Sorprendido, Giacomo no pudo hacer más que estrechar la mano al heredero de tres coronas.

—Gracias, señor —balbució sin reponerse de su asombro.

El calor de la pequeña mano consiguió lo que las dulces palabras y las caricias de la infanta Constanza no pudieron lograr. Respiró hondo y de repente sintió como si hubiera algo para él en aquel sitio.

38

Orillas del Cinca, Albalate, Huesca, el mismo día

—Desperta, ferro! Au! Au! Au! Matem!

Súria gritó junto con los demás cuando surgieron de la maleza para atacar a los jinetes. Solo que ella, cumpliendo la promesa hecha a su tío, tuvo que mantenerse al margen. Chocaba los hierros de su cuchillo y de su espada, según costumbre almogávar, al anunciar un ataque. No podía intervenir pero trataba de animar a los suyos con el golpeteo.

Sorprendieron a la comitiva mientras cruzaba el río y la dividieron, tal como esperaban, en dos grupos. Herían a los caballos y los jinetes caían uno tras otro. Era fácil acuchillarlos, a pesar de sus armaduras, cuando aún no se habían repuesto del golpe o quedaban atrapados por los cuerpos de sus animales.

—¡Son los colores reales! —exclamó de pronto Sans.

Contemplaba el combate, junto a Súria, desde la floresta de la orilla del río.

—¿Seguro? —inquirió la chica.

—Lucen las enseñas del rey de Aragón —explicó el cura, alarmado—. No se trata del monarca, que es viejo. ¡Es el infante! ¡Quieren que matemos al infante Pedro de Aragón! Nos han engañado. ¡Qué error, Dios mío!

—No podemos detener el combate ahora —dijo Súria—. Los matarían a todos.

Su tío Senén dirigía a gritos la batalla. Súria se sentía orgullosa de él. Era muy valiente y con su frondosa barba negra y su capa de piel de oveja al viento parecía mucho más que un hombre. Pero de repente uno de los caballeros aún montados espoleó su caballo, cargó contra él y le traspasó el pecho con su lanza. El grito con el que animaba a sus hombres se quebró a la mitad. Súria sintió el dolor en su propio pecho.

—¡Tío! —dijo incorporándose de un salto, con una angustia inmensa.

Tomó uno de los dardos sujetos a la espalda y lo blandió para entrar en combate. Senén, en el suelo, sujetaba el astil de la lanza con sus manos y empezó a vomitar sangre. ¡Tenía que rescatarlo! Pero Sans la detuvo, cruzándose en su camino.

—¡Le prometiste no intervenir! —le dijo—. Y es inútil. No puedes hacer nada por él. ¿No ves que está agonizando? ¡La herida es mortal!

Súria fue testigo del resto de la lucha con los ojos llenos de lágrimas y sollozando no solo por su tío. Las cosas se complicaban y empezaron a caer más de los suyos. Pero entonces intervinieron los caballeros de los escudos embarrados.

Pedro vio cómo los jinetes enemigos daban la vuelta para caer sobre él. Estaba atrapado bajo su caballo e iban a matarle. Y Roger regresó, para interponerse, tratando de protegerle. ¡Buen muchacho! Pero era un gesto tan valiente como inútil, pensó Pedro. No podrían librarse de los jinetes y si no los mataban ellos, lo harían los almogávares.

—Adiós, Constanza —murmuró—. Que el Señor os proteja a vos y a los niños.

Roger se dijo que no sería menos que su padre. Moriría defendiendo a su señor y cumpliendo la promesa hecha a su hermana. Desmontó de un salto, dejó su caballo frente a los jinetes que cargaban y se apresuró a ayudar al infante a librarse del cuerpo de su montura, que le aprisionaba la pierna.

Gracias a Roger, y a pesar del dolor, Pedro se movió con rapidez. Y se arrastró, desesperado, hasta recuperar la espada y el escudo para después incorporarse con gran esfuerzo. El joven le cubría y notó el contacto de su espalda contra la de él. Le reconfortó. Su caballo muerto y el de Roger, aún en pie, suponían un impedimento para sus atacantes, aunque escaso. Morirían, se dijo Pedro, pero tendrían que matarlos de frente. Y les costaría.

—¡Sicilia! —le pareció oír entonces—. ¡Aragón!

Y se preguntó si la caída le habría afectado a los sentidos. ¿Quién había gritado «Sicilia» en aquel lugar y momento? Aunque no importaba quién lo hiciera. Su hermano Fernán iba a matarle.

Oyó choque de espadas a su espalda. Los almogávares atacaban a Roger. Y otros más iban a por él.

—¡Sicilia! ¡Aragón!

Esta vez, notó el retumbar de la caballería. Vio que los almogávares miraban más allá, se detenían y, después de intercambiar unas palabras que no entendió, se precipitaban sobre un compañero herido para ayudarle a huir.

Al girarse advirtió que tenían encima a veinte jinetes, con las espadas desenvainadas, que ondeaban la enseña del águila negra de los Hohenstaufen. ¡Como si el recuerdo de su esposa hubiera sido un conjuro mágico!

Los almogávares huyeron y lo mismo hicieron, al galope, los cuatro jinetes con escudos embarrados. Los ojos de Pedro se llenaron de lágrimas. ¡No podía creerlo!

De uno de los caballos desmontó un hombre mayor de pelo y barba canosos que se arrodilló frente a él.

—Señor —dijo—, gracias a Dios que estáis a salvo. Íbamos a Tarazona en vuestra búsqueda. Nos envía vuestra esposa.

—¡Juan de Prócida! —exclamó y le hizo levantar—. ¡Bendito seáis, amigo!

Galcerán ordenó la retirada cuando vio que los jinetes con escudos embarrados se daban a la fuga ante la presencia de los que gritaban «Sicilia» y ondeaban la enseña del águila negra.

—¡Carguemos con los heridos y las armas! —gritó.

Súria y Sans surgieron de la espesura para ayudar. En semejante situación había que abandonar a los muertos. Regresarían a por ellos, si podían, cuando no hubiera peligro. Súria había contado seis muertos y cinco heridos de su clan. ¡Un desastre! ¿Qué les dirían a sus mujeres e hijos? ¿Qué le diría a Beatriu? ¿Que el cuerpo de Senén yacía a orillas del Cinca insepulto? La angustia le retorcía las entrañas. Sentía la misma pena que la sufrida al ver los cuerpos de sus padres colgando ahorcados.

Por fortuna, los recién llegados no querían entablar combate, solo socorrer a los caballeros. Cuando vieron que los almogávares se retiraban y que media docena se quedaban azcona en mano protegiendo a sus compañeros, dejaron que recogieran a sus heridos y las armas. No pudieron evitar que algunos de aquellos temerarios salvajes, a pesar del peligro, se apoderaran de las bolsas de los caballeros muertos. Sans recorría el campo de batalla dibujando, tanto a heridos como a cadáveres, una cruz en la frente con el ungüento de la extremaunción. Solo quedaban diez en condiciones de luchar, incluyendo a Súria.

—Me temo que algo peor está por llegar —advirtió Sans cuando se alejaron lo suficiente.

—¿Qué es? —quiso saber Galcerán.

—Hemos atacado al infante Pedro —explicó—. Quizá esté muerto. Quien nos contrató no lo hizo por falta de hombres sino para culparnos del magnicidio.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Súria.

—Que querrá eliminar testigos.

—¿Crees que nos atacarán en el camino de vuelta? —inquirió alarmada.

—O nos esperarán en nuestro campamento. Saben dónde está.

Súria quedó pensativa.

—¿Y qué les ocurrirá a las mujeres y a los niños?

—¡Coged ese caballo suelto! —gritó Galcerán a un par de los suyos.

Él ya conocía la respuesta. Los hombres salieron corriendo y atraparon la montura de uno de los caídos.

—Abdón —Galcerán llamó al mejor jinete—, sal al galope, ve al campamento y refugiaos en el congosto de Camporrells. Allí tendréis una buena defensa. Hacedlo de inmediato, aunque sea de noche.

Por suerte, del campamento al congosto había solo un par de horas.

39

Albalate, Huesca, 12 de enero de 1275

Los supervivientes de la comitiva pasaron la noche en Albalate, cruzado el Cinca. Roger se sorprendía de las bajas sufridas, considerando que ellos, caballeros bien adiestrados, habían luchado contra unos simples infantes que los habrían exterminado de no haber llegado a tiempo los sicilianos de Juan de Prócida. Contaban con once muertos y multitud de heridos. De treinta solo continuarían el viaje nueve, incluyendo a Pedro. El joven siciliano tenía amplia experiencia en combate, en especial contra los musulmanes, pero nunca había vivido algo semejante. Recordaba, apenado y furioso, a sus compañeros muertos, en especial a Bernardo de Monzón, esposo de María Nicolosa, la dama siciliana de la infanta. Llevaba menos de un año en la mesnada de Pedro pero habían simpatizado de inmediato. Era franco y valiente, su mejor amigo junto con los hermanos Lancia.

—¡Te he de vengar, amigo! —murmuraba entre dientes al recordarlo.

Vio cómo, derribado de su caballo, aquel almogávar de profusa barba negra y marcas de viruela le hundía un puñal en el ojo. Nunca olvidaría la faz de aquel salvaje.

Una espada le había traspasado la cota de malla a Pedro hasta herirle en la pierna. Juan de Prócida le atendió y dijo que no era grave. La otra pierna, aplastada por el caballo, estaba magullada, y el brazo y hombro izquierdos le dolían del impacto de la lanza de su hermano. Porque no dudaba de que había sido él, en persona, quien trató de matarle.

—Sabemos quién nos atacó, pero no tenemos pruebas —murmuró pensativo.

Se hallaban frente al fuego del gran hogar de una casona fortificada en Albalate.

—Incluso los sicilianos somos capaces de identificar a vuestros atacantes como almogávares —repuso Juan de Prócida.

—Quienes me importan son los jinetes —dijo el infante—. Los almogávares son simples mercenarios.

—Si organizamos una batida, será fácil encontrar el campamento almogávar —propuso Roger, que ansiaba venganza—. Llevan consigo a sus mujeres y a sus hijos. No pueden estar muy lejos. ¡Merecen un castigo ejemplar!

—No pienso hacer eso —dijo Pedro.

Roger le observó decepcionado y el infante le mantuvo la mirada firme. Después del comportamiento del joven en el combate, le veía con nuevos ojos. Le debía la vida.

—Nos dirán quién les pagó —insistió Roger.

—No creo que lo sepan —repuso el infante—. Mi hermano debió de enviar a alguien al que no pudieran identificar. Y aun si lo supieran y quisieran hablar, que lo dudo, su testimonio no le valdría a mi padre. Y menos para acusar a mi hermano.

—Si no vale su testimonio, al menos valdrá el ejemplo —dijo Conrado Lancia, dando voz al sentimiento de los supervivientes—. Arrasemos su campamento, matémoslos a todos, hombres, mujeres

y niños. Que sepan que atentar contra el infante sale muy caro. Que aprendan a respetaros.

Conrado era un hombre fornido, de veintisiete años, de estatura media y pelo y barba oscuros. Su sonrisa mostraba dientes blancos y bien formados. Había sido acogido, en la corte de Pedro y Constanza, a los catorce años junto con su hermano Manfredo y su hermana Margarita. Seis años después supo de la trágica muerte de su padre Galeotto, estrangulado frente a su abuelo Galvano, que sufrió, a continuación, el mismo destino. Ocurrió después de la batalla de Tagliacozzo, en la que Conradino fue derrotado. Su odio hacia Carlos de Anjou era semejante al que sentían su hermano y su amigo Roger.

Pedro rio al oírle.

—Seguramente no saben quién soy, ni les importa —dijo—. Lo único que les interesa es el dinero.

—Tenían que saber quién erais —intervino Guillem de Castellnou, un caballero muy cercano a Pedro—, mantuve la enseña de Aragón en alto todo el tiempo que pude. Sabían a quién atacaban.

El infante quedó pensativo.

—Lo dudo —dijo al fin—. Y tampoco me importa si lo sabían. No es asunto de deslealtad o traición, sino que es su forma de vida. No era odio hacia mí, solo su trabajo. Me parece bien que se diga que los vencimos en noble batalla. Pero no que el infante Pedro mata a mujeres y niños almogávares.

—He oído de ellos, pero es la primera vez que los veo —dijo Juan de Prócida—. Me sorprende, señor, vuestra actitud benévola hacia esa gente. ¿Qué los hace distintos a otros?

Pedro perdió su mirada en los troncos que chisporroteaban en el fuego y en la danza de las llamas antes de responder.

—Son duros, feroces, unos guerreros hábiles y valientes —explicó al rato, con calma—. Tienen su propio código de honor, que no tiene que ver con el nuestro. Al igual que los reinos de mi padre dan

buitres, osos, lobos y águilas, también dan almogávares. ¿Trataríais de cambiar a un lobo adulto, Juan? ¿Pretenderíais mostrarle lo que está bien o mal? ¿Enseñarle a mear siempre en el mismo rincón?

Juan negó con la cabeza.

—Pues lo mismo con un almogávar.

—¿De dónde son?

—Ya os lo dije. Del campo, del monte, de por ahí. Muchos son catalanes; bastantes, aragoneses; otros moros y algunos castellanos o navarros. A ellos no les importa su origen. No tienen señor, ni lo quieren. Son libres. Ahora se juntan para atacar a los sarracenos y después atacarán a cristianos. Son excelentes mercenarios. Y nos pueden ser muy útiles en el futuro. Su vida es la guerra. Si no hay guerra, la harán igualmente. Robando.

Guardó un momento de silencio mientras observaba al viejo siciliano como si quisiera cerciorarse de que le comprendía. Después continuó:

—Yo nací en la ciudad de Valencia al poco de que mi padre la conquistara. Un par de años después terminó de someter el resto del reino y entonces se encontró con un problema: la población era musulmana. Y ofreció tierras a los almogávares que ayudaron en la conquista. Se negaron, porque no querían ser vasallos de un señor ni arar tierras. Dijeron que para eso estaban los moros. Su oficio es la guerra.

Hizo una pausa y todos se mantuvieron en silencio.

—Y bien, Juan —le dedicó una sonrisa—, ¿para qué os envía la infanta Constanza, aparte de para salvarme la vida?

—Fue un encuentro afortunado, señor. No sabíamos que regresabais. Íbamos a veros a Tarazona.

—¿Y qué queréis de mí?

—Tiempo tendremos de tratarlo en Lérida y en privado, señor. Por el momento os ruego que me acojáis, junto con estos caballeros sicilianos, en vuestra corte. Carlos de Anjou nos quiere muertos.

—Vos sois siempre bienvenido, Juan —dijo el infante con cariño—. Prestasteis grandes servicios al abuelo y al padre de mi esposa. Además, ¿cómo podría negarme después de lo ocurrido esta tarde? Aunque ya sabéis que mi pequeña corte es humilde. Mi padre me ha concedido rentas limitadas. Salvo comida y lecho, nada más os podré ofrecer.

—Con ello nos damos por satisfechos.

—Aunque estamos en guerra. Si me servís bien me acordaré de vosotros al repartir botín y tierras.

—Gracias, señor. Dejadme que os presente a estos caballeros.

Y los fue nombrando hasta llegar a Pascale Coppola. Era un hombre alto, huesudo, con una cicatriz que le cruzaba la mejilla y se escondía en el bigote, para reaparecer en los labios y perderse en su negra barba. Este se levantó e hizo una reverencia.

—Pascale Coppola fue gobernador de Brindisi con vuestro suegro —explicó Juan de Prócida—. Luchó contra Carlos en la batalla de Benevento, en la que lo hirieron en la cara, y en la de Tagliacozzo, donde murió su cuñado defendiendo a Conradino. Y después estuvo con los sublevados en la isla de Sicilia. Y como la mayoría de los nuestros, tuvo que refugiarse en el norte de África. Toda su familia ha muerto de miserias y pestes, con excepción de su sobrino Giacomo, que se ha quedado en Lérida. Vuestra esposa le ha acogido. Os rogamos que le concedáis también al chiquillo vuestro amparo.

—Pascale Coppola de Brindisi —dijo Pedro solemne—, vos y vuestro sobrino quedáis bajo mi protección.

Pascale soltó la hebilla de su cinturón, tomó su espada sin desenfundar y se arrodilló frente al infante para entregársela con las dos manos.

—Infante don Pedro de Aragón —dijo, mirándole intenso con unos oscuros ojos que parecían febriles—, pongo mi espada a vuestro servicio y os juro lealtad.

—Bienvenido a mi mesnada —dijo Pedro—. Como enemigo del de Anjou, sois mi amigo.

40

Castillo de la Suda, Lérida, el mismo día

Había notado un aire furtivo en Bella desde la partida de Juan en busca de mi esposo. Y transcurridos un par de días le pregunté y se sinceró.

—El señor de Prócida os ha dejado una carta.

—¿Una carta? —inquirí extrañada—. ¿Por qué iba a dejarme una carta? ¿Por qué no me dijo lo que tuviera que decirme personalmente?

Bella bajó la voz al responderme, como si se tratara de algo secreto, o sagrado.

—No es suya —musitó—. Y dijo que quería que la leyerais cuando él no estuviera, para que considerarais su contenido sin presiones.

—¿Sin presiones? —repetí tontamente sin terminar de comprender—. ¿De quién es la carta?

—De doña Elisabetta de Baviera.

—¡La madre de Conradino! —exclamé en el colmo de mi asombro. Y bajé también la voz a un susurro—. ¡Pero si está muerta!

No respondió y, con mano temblorosa, me tendió la misiva. La sostuve con reverencia. ¿Sería cierto? Observé el gran sello de cera verdosa que la cerraba. Mostraba a una dama sentada en un trono

que, erguida, sostenía algo que podía ser una flor con la mano derecha mientras mantenía la izquierda sobre el corazón. No se cubría con corona alguna sino que llevaba el cabello suelto o cubierto con una fina toca. A pesar de las imperfecciones de la impresión, el tiempo y las vicisitudes del transporte, el sello mostraba una sutil elegancia y pude leer, con dificultades, «Elisabetta». No dudé que era el suyo.

No me atreví a romperlo y le pedí unas tijeras a Bella. Mis manos también temblaban al rasgar el pergamino. La carta estaba en latín y tenía una bella caligrafía.

Para doña Constanza Hohenstaufen, infanta de Aragón y reina de Sicilia.

De doña Elisabetta de Baviera, condesa de Gorizia y del Tirol, anterior reina de Sicilia, de Jerusalén y de Romanos.

Tomé aire para continuar leyendo. Y lo hice en silencio.

Distinguida sobrina:

Permitidme, Constanza, que os llame así, puesto que mi anterior esposo y vuestro padre eran medio hermanos. Os escribo desde el lecho de muerte.

Recibí con gran alegría a don Juan de Prócida. Me comunicó que tiene en su poder el guante de mi querido hijo Conradino. Lo lancé, desesperada, al pie de su patíbulo suplicando a los hombres, y al cielo, un paladín que vengara tanta injusticia. Conservaba pocas esperanzas, a pesar de mis rezos. Creía que el guante había sido mancillado, pisoteado por Carlos de Anjou, el tirano que tantos males ha causado a nuestras familias.

A vos os asesinó el padre y a mí el hijo. Y después ultrajó sus cadáveres negándoles sepultura. Y se apoderó, sin derecho alguno,

del reino de Sicilia, para desgracia de sus habitantes, que sufren su cruel tiranía. Carlos es una alimaña. Creedlo, señora. Por lo que ya sabéis y por lo que nunca sabréis.

De haber podido, primero hubiera dado mi vida por la de mi hijo y después la hubiera dado por vengarle. Pensar en él y en su sufrimiento, a manos del tirano, precipita mi agonía. Pero en el Tirol, tras los Alpes, no dispuse de la fuerza suficiente. Mi deber era cuidar de mis seis hijos restantes. Obligación que mi esposo siempre me recordó.

Después de años de búsqueda, don Juan me hizo saber que la única persona con derecho al trono de Sicilia sois vos. Y que, a través de vuestro esposo, poseéis los medios necesarios para derrotar a Carlos de Anjou, tomar venganza y recuperar lo que les arrebató a vuestro padre y a vuestro primo y que ahora os corresponde a vos. Y si no podéis hoy, el Señor ha de permitir que podáis mañana.

Sé que es empresa difícil y arriesgada, y don Juan teme que no aceptéis el guante de mi querido hijo. Por eso, con mis últimas fuerzas, escribo esta carta.

Os lo suplico, señora. Sois mi única esperanza. Poned vuestra mano sobre el corazón y sufrid, como madre, por un momento, el dolor de ver a vuestro querido hijo como yo vi al mío. Desposeído de su corona, derrotado, humillado, injustamente condenado y ejecutado cuando era poco más que un niño. ¡Era un muchacho tan gentil, tan inocente, tan hermoso! Y lo vi morir. Vi cómo cercenaban su cabeza, cómo corría su sangre por el patíbulo. Sin yo poder hacer nada.

Con lágrimas en los ojos, en el lecho de muerte, os lo suplico, señora. Tomad lo que es vuestro, Sicilia. Castigad al infame de Anjou, vengad a vuestro padre y a mi hijo Conradino. De lo contrario, sufriréis la vergüenza de la cobardía, y las almas de

vuestro padre, de mi hijo, la mía propia y la de tantos más vagarán para siempre sin consuelo y sin justicia.

Querida sobrina: os lo imploro antes de morir. Recoged ese guante y tendréis mi eterna gratitud y bendición.

Elisabetta

Estaba sin aire y tuve que esforzarme para recobrar la respiración. Sentía un nudo en el pecho y lágrimas en los ojos. Acababa de leer un testamento, la súplica de una madre moribunda. ¡Qué terrible! ¿Y qué haría yo? No podía exigirle a mi marido que tomara el guante. ¡Era una locura! Pero tampoco podía rechazarlo. Tenía que hacer algo. Sentía miedo, rabia, pena. Estaba confusa. Aquella carta ponía un tremendo peso sobre mi persona. Más del que creía poder soportar.

41

Congosto de Camporrells, Huesca, el mismo día

El río Pedriza excavaba la montaña para desembocar en el Noguera Pallaresa y creaba unos escarpados acantilados entre la aldea de Camporrells y el valle del Lobo. El lugar proporcionaba al clan unas defensas comparables a las de una fortaleza. Las rocas grises y rojizas del congosto y la abundante vegetación permitían, además, ocultarse con facilidad. Los supervivientes de la expedición llegaron allí para reunirse con sus familias al atardecer del día siguiente. El temor a posibles emboscadas y los heridos los habían retrasado: ese camino normalmente lo hacían en poco menos de una jornada. Las familias los esperaban angustiadas. Abdón no quiso decirles quiénes eran los muertos pero sabían que la incursión había sido trágica para el clan. Mujeres y niños se precipitaron a recibirlos al sendero, presos de la mayor ansiedad. Hubo abrazos, miradas desesperadas, zozobra, llanto y desconsuelo.

Beatriu no corrió con los demás. Anduvo detrás, tímida. Llevaba de la mano a su hijo de tres años. Estaba de nuevo embarazada. Sabía lo peligroso de la misión y una angustia terrible le oprimía el corazón. Rezaba por ver de nuevo el rostro de Senén, con aquella sonrisa de cuando regresaba. Se abría en su frondosa barba y era tan hermosa como el sol amaneciendo después de una noche fría. A

ella la hacía inmensamente feliz. No necesitó preguntar. Su hombre siempre iba el primero. Lo leyó todo en los ojos azules de Súria. Se quedó inmóvil, aterrorizada, mientras una lágrima silenciosa le recorría la mejilla para caer al suelo. Y luego otra, y otra. Nunca más volvería a verle.

Súria había temido aquel terrible momento todo el camino. Fue incluso peor. La vio tan débil, tan indefensa, tan vulnerable… Como si hubiera recibido un golpe mortal del que ya no se repondría. Vio sus ojos rasgados color miel inundados en lágrimas, abrió los brazos para estrecharla contra su pecho y lloraron juntas.

—Debemos advertir a nuestros hermanos que hibernan río abajo —dijo Galcerán.

—¿Corren también peligro? —inquirió Abdón.

—Al igual que nosotros —confirmó Sans—. Son nuestros camaradas. Hay que avisarles.

—Yo iré —se ofreció Súria.

—Te acompaño —dijo Abdón.

—No. Tú no —se opuso Galcerán—. Yo iré con ella.

—No debes —le advirtió Sans—. Eres el nuevo adalid y dadas las circunstancias tienes que quedarte con el clan. Hay mucho dolor, incertidumbre y miedo.

—Es verdad, debes quedarte —intervino Súria—. Deja de preocuparte por mí. No eres mi tío. Sé camuflarme en el campo y seguir rastros mejor que nadie.

—No lo discuto —repuso Galcerán—. Pero prefiero que vayan dos hombres.

—¿Dos hombres? —inquirió Súria molesta—. ¿Qué puede hacer un hombre que no pueda hacer yo?

Galcerán quedó en silencio.

—Tengo mejor puntería que nadie con la azcona. Y la lanzo con tanta o más fuerza que tú —continuó la pelirroja—. Soy muy rápida corriendo. Se me da bien seguir los rastros y las huellas. Y me muevo por la noche como un gato montés. ¡Estoy harta de que se me quiera proteger porque soy hembra! ¡Tratadme según mi capacidad! ¡Si puedo como un hombre, quiero ser respetada como un hombre!

—Tiene razón —intervino Sans—. Tal como están las cosas no se puede desperdiciar una buena azcona, puñal o espada. ¡Trátala como a un hombre, Galcerán! Es lo justo. ¡Por mucho que te guste como mujer!

—Sea —dijo Galcerán. Comprendió que su obstinación le ponía en ridículo—. Puedes ir.

Así, antes de que rompiera el alba y tras solo unas pocas horas de descanso, Súria y Abdón partieron. Ella se había recogido el pelo y lo cubría con una capucha. Portaba sujetos a la espalda dos dardos; en su grueso cinto, una espada y un puñal, y una azcona en la mano. También un zurrón con un pedernal, media hogaza de pan y un pedazo de queso. Abdón era un hombre rubio de veinticinco años, descendiente de pastores de los Pirineos, e iba equipado de la misma forma. Hacía frío y sus bocas despedían vapor. Seguían el curso del río Pedriza al trote, saltando entre rocas y matas, a pesar de la penumbra que aún envolvía la escarpada garganta. Parecían un par de corzos.

El otro campamento se encontraba a orillas del Noguera Pallaresa, antes de llegar a Ibars, y a pesar de la distancia de más de dos horas lo alcanzaron en una. Amanecía.

—A mí no me tienes que demostrar que puedes hacer lo que un hombre —dijo Abdón jadeante—. Reduce la marcha. Ya basta de trotar como un potro salvaje. Ahora toca moverse como linces.

Se acercaron cautelosos hacia la margen del río, escondiéndose en el follaje.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó con un susurro Súria.

Las tiendas estaban quemadas y había una docena de cuerpos esparcidos en la orilla del río. Eran mujeres y niños masacrados.

—¡Cuidado! —musitó él—. Quizá sus asesinos aún estén aquí.

Los cadáveres estaban mutilados. Observaron con atención los rastros.

—Iban a caballo —dijo Súria—. Las huellas son de ayer. Seguramente de por la tarde.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a una niña de unos tres años que yacía seccionada casi por completo. La habían tajado desde arriba.

—Todas son heridas de espada —masculló—. No tuvieron la menor oportunidad. Una veintena de jinetes cayeron sobre ellos sin previo aviso.

—Y detrás seguía un grupo de varias docenas de infantes —comentó Abdón observando las pisadas.

—Pero no intervinieron —murmuró Súria—. Fue muy rápido. Cuando llegaron ya estaban todos muertos.

—Nos habría podido ocurrir a nosotros. —Los ojos claros de Abdón mostraban su horror—. Mujeres indefensas, niños pequeños…

—Quien nos contrató no pensaba desembolsar el segundo pago —dijo ella—. Está todo revuelto. Lo poco que había se lo han llevado. Seguro que buscaban el oro.

Rezaron un padrenuestro por los muertos. Después siguieron las huellas de los caballos: se dirigían a Albalate de Cinca, el lugar de la batalla.

A media hora de camino, en un lugar rocoso cerca de Alcampell, encontraron los cadáveres de once hombres.

—Son nuestros colegas, que regresaban con los suyos —murmuró Abdón—. Les tendieron una emboscada.

—La mayoría fueron asesinados a flechazos de ballesta —dijo Súria después de observarlos—. Los soldados recuperaron los virotes

de los cuerpos. Y aprovecharon para degollarlos. Alguno no sangró. Ya estaba muerto, tienen buena puntería, los sicarios. Y se han llevado la bolsa de sus víctimas.

—Después de las flechas cargó la caballería —continuó Abdón—. No pudieron hacer nada. Es extraño que sus exploradores no descubrieran a los caballos. Tenían que estar muy cerca.

—Recuerda que solo quedaban cinco ilesos para cargar con seis heridos —dijo ella—. Los pobres no sospechaban nada. Apuesto a que esos miserables estuvieron también donde acampábamos nosotros.

—¡Vamos a verlo!

Encontraron las huellas de las mismas herraduras y botas en el que había sido su campamento, río Noguera arriba, cerca de Estopiñán.

—¡Nos salvamos de milagro! —murmuró Abdón—. ¡Gracias, Señor! ¡Gracias por la vida!

—¡Y por la libertad! —añadió Súria.

42

Lérida, 16 de enero de 1275

De Albalate a Lérida había menos de una jornada de viaje tranquilo a caballo. Sin embargo, Pedro se tomó su tiempo. Esperó unos días para reponerse y para que llegaran caballos, ropajes y sirvientes desde la ciudad.

—No quiero que parezca que venimos de librar una batalla —le dijo a Juan de Prócida—. Y menos que han estado a punto de matarme. Advertid a vuestra gente de que no hable de ello con nadie.

—Lo haré, pero los míos son forasteros, señor —repuso el siciliano—. Mejor haríais de advertírselo a los vuestros. Ha llegado mucha gente de la ciudad y tenemos muertos y heridos. Eso no se puede esconder.

—No os preocupéis —dijo Pedro tajante—. Callarán, les va la vida.

—Tampoco se lo podréis ocultar a doña Constanza —le advirtió inquieto el viejo—. Tres de los caballeros sicilianos de vuestra corte han muerto. Y también un aragonés con esposa siciliana, que resulta que además es dama de la infanta.

—Bien que lo lamento —murmuró Pedro arrugando el cejo—. Tanto las muertes como que ella lo sepa. Está embarazada y le

afectará.

Durante la mañana los pregones anunciaron la llegada del infante a Lérida, y cuando el cortejo cruzó las puertas de la ciudad ya lo esperaban. A la gente le gustaba contemplar a los poderosos exhibiéndose. Era uno de los pocos entretenimientos que rompían la monotonía diaria y Pedro sabía sacar partido de ello.

Al frente del desfile iban tambores, timbales, trompetas y chirimías sarracenas. Los seguían cuatro caballeros con cotas de malla y celadas con la visera levantada. Ondeaban orgullosos las enseñas sangre y oro de la Corona de Aragón. A continuación marchaba el infante, solo, a lomos de un poderoso caballo de combate, luciendo sobre su armadura una sobreveste blanca con el escudo de Aragón y una larga capa púrpura. Su casco, adornado con cuatro grandes plumas rojas y cuatro amarillas, dejaba ver su rostro. Pedro era un hombre alto, de complexión fuerte y rasgos viriles. Sonreía al saludar. Transmitía confianza y poder.

Tras él iba Roger, elevando orgulloso —por primera vez y como premio a su valentía en Cinca— la señera propia del infante, un pendón dividido por una cruz roja de San Jorge en cuatro cuarteles blancos, con una cabeza decapitada de un rey sarraceno en cada uno de ellos. Y a continuación, veintiséis jinetes. Aunque muchos de ellos eran sicilianos, la enseña del águila Hohenstaufen estaba ausente.

Roger le había preguntado a Pedro el porqué de aquel desfile triunfal, después de lo ocurrido.

—Aparentar poder confiere poder —le respondió.

Y el joven, por primera vez abanderado, protegiendo la espalda de su señor, se sentía poderoso. La gente, impresionada, aplaudía y aclamaba al infante. Pedro parecía feliz, como un héroe triunfal que regresara tras conquistar un reino, cuando en realidad acababa de

perder Navarra, había estado a punto de ser asesinado y los nobles le desafiaban con las armas. El pueblo le tenía que ver victorioso. Necesitaría su ayuda.

Ciudades como Lérida eran los principales apoyos de la monarquía frente al poder de los grandes nobles. Las habitaban gentes libres, en su mayoría, y tenían sus propios ejércitos, que acostumbraban a poner al servicio del rey. No les gustaban los nobles rurales que mantenían a sus siervos en esclavitud, que exigían continuamente privilegios y que solo esperaban que las mercancías de las ciudades pasaran por sus tierras para cargarlas de impuestos. Pero su apoyo al rey no siempre era automático. Pedro recordaba lo que le habían dicho a su padre hacía poco, precisamente en Lérida, cuando una vez más requirió auxilio contra los nobles: «Para qué queréis que os ayudemos si los vais a perdonar y después se alzarán de nuevo contra vos más fieros y arrogantes».

Pedro coincidía con ellos. A diferencia del rey Jaime, él prefería la acción y negociar desde una posición de fuerza.

Por eso exhibía todo el boato y esplendor de la monarquía frente a los ciudadanos de Lérida. Si alguno creía que el padre era indeciso y caduco, habría que hacerle saber que su heredero era todo lo contrario.

43

Lérida, el mismo día

Supe del ataque sufrido por Pedro un par de días antes de su regreso. Cuando me enteré avisé a Bella y fuimos a darle a María Nicolosa la infausta noticia de la muerte de su esposo. Mi nodriza la besó y abrazó tratando de consolarla —conocía bien esa tristeza: su marido había muerto en la misma batalla que mi padre—, pero yo no fui capaz de darle mucho más que el pésame. Después nos dirigimos a rezar a la catedral por las almas de los muertos. Yo, en especial, le daba gracias al Señor por devolverme a Pedro sano y salvo. Aunque no podía evitar observar a María. ¿Estaba tan apenada como aparentaba? Su viudedad me disgustaba doblemente.

Pedro hizo saber que regresaba el día 16. Y, después de una larga espera, al fin divisé el cortejo. Llegaba por el camino de Aragón. Era un día frío pero despejado y el cielo mostraba un azul profundo. ¡Me sentía tan feliz! Se acercaba poco a poco, con las banderas ondeando, los metales de las armaduras brillando al sol y el sonido distante de trompetas y timbales. Me encontraba con mis damas, vestidas de gala, en la cima de la colina fortificada de la catedral y del castillo de la Suda de Lérida, emocionada y ansiosa.

Deseaba con locura abrazar a mi esposo. ¡Hacía tanto que no le veía! Perdimos de vista a la comitiva cuando penetró en el recinto amurallado de abajo y se introdujo en las callejas, pero seguíamos su recorrido por el sonido de las fanfarrias y los vítores de la gente. Notaba mi corazón latiendo acelerado mientras me acariciaba el voluminoso vientre. ¡Ya viene! ¡Ya llega!

—¿Oís, señora, cómo le aclaman? —inquirió sonriente Bella, aunque de inmediato compuso una expresión grave.

La dama compartía mi felicidad —puesto que Roger regresaba vivo y ansiaba abrazarlo tanto como yo a Pedro—, pero nuestra pequeña corte estaba de luto. Otras damas no habían sido tan afortunadas. María se puso a llorar y me dije que podría haber sido yo quien estuviera llorando. Era una extranjera, hija de un excomulgado muerto, y no tenía parientes que me defendieran. ¿Qué sería de mí si él moría? ¿Dejarían vivir a sus hijos? Lo dudaba. Mi suegro era una persona cariñosa, teníamos buena relación y nos apreciábamos, aunque parecía tener los días contados y una larga descendencia dispuesta a reclamar títulos y bienes.

El primero, Fernán, el bastardo que había sublevado a la nobleza aragonesa y gran parte de la catalana. Quería ser rey. Si lo lograba, sería a costa de la vida de mi esposo. Y después eliminaría toda la línea sucesoria legal. Mis hijos. ¡Los mataría!

Y también estaba el infante Jaume, heredero del reino de Mallorca, que aunque se mostraba sumiso ante su padre, yo sospechaba que ambicionaba el resto.

Con Pedro me sentía segura. Y le amaba. Mucho. El amor romántico y apasionado no es frecuente en los matrimonios convenidos, y dicen que la ausencia de ese tipo de amor es buena porque hace la relación más estable. Pero yo no podía evitar quererle y me sentía correspondida. Quería creer que la pesadilla de las amantes había terminado para siempre y que yo era la única. Pero María estaba demasiado cerca. Además, llevábamos meses sin

vernos y Pedro podía haber caído en la tentación. Rezaba para que, de haber ocurrido, se tratara de algo puntual, sin continuidad.

—¡Ya suben la cuesta! —exclamó una de las criadas.

Me situé, con mi séquito de damas, frente a la puerta principal de la catedral. Me acompañaba de la mano el infante Alfonso, nuestro heredero. Vi llegar a los músicos, a los abanderados y, al fin, allí estaba él. ¡Qué apuesto lucía sobre su corcel! Deseaba aclamarle como hacía la gente, pero tenía que mantener las formas y la dignidad en público. Pedro me sonrió y desmontó para besarme y abrazarme, e hizo lo mismo con Alfonso. Y después, cogidos de la mano, penetramos en la catedral para asistir a la misa. En el interior nos esperaba el obispo; un coro de monjes cantaba, quemaban las velas y olía a incienso. Caballeros, damas, representantes de la ciudad y de los gremios y ricos hombres nos siguieron.

Pedro se inclinó hacia mí y me dijo al oído en un susurro que no paraba de darle gracias a Dios por concederle lo que en su momento él creyó que era su último deseo: «Que me permitiera abrazaros de nuevo».

Juan solicitó audiencia para el día siguiente y Pedro se la concedió gustoso. Tras su milagrosa aparición en Albalate estaba en deuda con él. Yo esperaba aquel encuentro tensa, conocía la petición de Juan y temía la respuesta de Pedro. En especial después de la carta de Elisabetta.

Le recibimos sin protocolos, a solas, en la sala que yo acostumbraba a ocupar con mis damas.

—¿Qué deseáis, buen amigo? —inquirió mi esposo.

Estábamos sentados a una mesa, y los ventanales, en aquel día claro, llenaban de luz la estancia.

—Señor, os he de contar una larga historia.

—¡Hacedlo! Os lo suplico.

Y Juan repitió el relato de la ejecución de Conradino y de cómo él se hizo con el guante. Mostró la prenda para luego arrodillarse frente a Pedro. Y se la ofreció.

—Tomadlo —le dijo—. Vuestra esposa es la heredera legítima del reino de Sicilia. Y vos, su campeón. Recuperad el reino y vengad a su padre y a vuestro primo Conradino.

—Levantaos, Juan —le pidió Pedro.

Tomó el guante y después de observarlo se lo devolvió.

—Lo siento. No puedo aceptarlo.

—Señor…

—No sabéis cuánto me gustaría darle su merecido a Carlos de Anjou —continuó—. Pero, lamentablemente, no estoy en situación de hacerle frente. Sentaos de nuevo, por favor.

—Pero… —dijo mientras regresaba a su asiento.

—Mirad, amigo Juan. —Pedro hizo una pausa pensando lo que iba a decir—. Soy solo el infante. Quizá algún día sea rey, si no muero antes que mi padre. Estamos en guerra contra los nobles sublevados y es cuestión de días que los sarracenos de Valencia se rebelen. No puedo ni soñar con una aventura internacional. Y aun si poseyera los reinos de mi padre y estos estuvieran en paz, tampoco podría enfrentarme a Carlos. El reino de Sicilia por sí solo es varias veces más poderoso que todos los nuestros juntos. Y, además, Carlos tiene el apoyo del papa y de Francia. Lo lamento. Pero es imposible. No voy a comprometerme con algo que no puedo cumplir.

El silencio se abatió sobre los tres.

—Señor, os encontraré aliados —dijo el viejo—. Carlos tiene enemigos…

—No, Juan. —Pedro era tajante—. Ya me gustaría. Pero no puedo ni soñar con esa aventura.

De nuevo se hizo el silencio en la sala.

La respuesta de Pedro me dejó desolada. No le había querido anticipar el propósito de Juan y había alimentado la esperanza de

que tomara el guante. Por mí. Y por mis hijos.

Comprendía sus razones. Debía concentrarse en la guerra con los nobles, pues ganarla o perderla representaba la vida o la muerte, no solo para nosotros sino también para nuestros hijos.

No obstante, el guante de Conradino significaba muchísimo para mí. Y no solo por la súplica de una madre agonizante. Era mi querido padre, mi familia. A veces le veía en sueños suplicándome venganza. Yo no tenía nada. Todo me lo había arrebatado Carlos. Lo único que quedaba de mis derechos, de mi herencia, lo único que podía transmitir a mis hijos era aquel guante. No podía renunciar a él.

—Dádmelo a mí —dije de pronto, levantándome, para sorpresa de los hombres—. Acepto el reto.

Pedro me miró boquiabierto. Juan me observó a mí y después a él, expectante.

—Pero, señora… —murmuró mi esposo—. Vos no podéis.

—¡Claro que puedo! —le dije—. Es el reino de mi padre. Es mi herencia. Pero no tomo el guante en mi nombre sino en el de mis hijos. Ellos son los últimos Hohenstaufen.

Pedro me contempló en silencio. Le desafiaba, y era la primera vez que osaba hacerlo. Mi marido apretaba las mandíbulas y temí una explosión de ira. Sin embargo pareció calmarse.

—¡Sea! —dijo—. Quedaos con el guante. Pero os pongo condiciones.

Mi corazón casi estalla de alegría.

—¿Cuáles?

—Nadie debe saberlo. Esto queda entre nosotros.

—Por mi parte nadie lo sabrá, señor —dijo Juan.

—Y prohíbo que os titulen reina de Sicilia, como alguna de vuestras damas y otros aduladores ya hacen.

—Nadie volverá a llamarme así —dije.

—Sabed, señora, que la mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda.

No quise interrogarle sobre el significado de aquella enigmática frase. Pero lo intuía. Mi marido era muy cuidadoso con los secretos de Estado.

Juan tampoco preguntó. Y Pedro, pasando página al asunto y enterrándolo como si la anterior conversación no hubiera existido, le propuso a continuación al veterano canciller que se quedara en nuestra corte. Le dijo que su amplia experiencia nos sería de gran utilidad. Pude ver el brillo de los ojos de mi viejo amigo cuando aceptó. Y leí en sus pensamientos. No había logrado su propósito pero no estaba todo perdido. Se quedaría con nosotros. E insistiría, con su habitual diplomacia y determinación. También tenía muertos que vengar.

Guardé el guante de Conradino en una caja de marfil andalusí con figuras vegetales y animales primorosamente talladas. Aquel era mi tesoro. Mi única propiedad.

Después busqué la carta de Elisabetta, la besé y le dije: «Sí, acepto el reto, señora».

44

Congosto de Camporrells, Huesca, el mismo día

—Quieren exterminarnos —dijo Galcerán cuando Súria y Abdón contaron que el otro clan almogávar había sido masacrado—. No regresaremos a Albalate para enterrar a los muertos. No de momento. Es demasiado peligroso.

Estaba el clan reunido y nadie objetó nada.

—Tenemos dinero para comprar provisiones. Nos quedaremos aquí hasta que sanen los heridos. El lugar es más incómodo que la orilla del Noguera pero también más seguro. Y hay agua y refugios naturales en las rocas.

Hizo una pausa y todos se mantuvieron callados, mirándole expectantes.

—Tenemos seis muertos —continuó apesadumbrado—. ¡Un desastre! Cuatro con mujer. Siento recordar que nuestra ley prohíbe que viudas y huérfanos sigan en el clan. Les daremos una dote y las casaremos con algún campesino.

—Pero… —objetó Súria— los campesinos se casan muy jóvenes. Es difícil encontrar a uno soltero y menos a uno dispuesto a casarse con una mujer con hijos.

—Los hay viudos. Y si no, les buscaremos un trabajo de criadas.

—Pero dejarán de ser libres —insistió Súria—. Tanto los campesinos como los criados tienen señores. Los almogávares estamos orgullosos de nuestra libertad.

—Peor sería que estuvieran muertas como sus hombres —arguyó Galcerán.

Súria miró a Beatriu. La continuaba viendo vulnerable, indefensa, y sintió una gran tristeza. Recordaba su propia infancia y la dureza de la servidumbre.

—La esclavitud puede ser peor que la muerte —dijo.

—No hay más remedio, Súria —intervino el rubio Abdón—. El clan depende de su movilidad y capacidad de combate para sobrevivir. La familia es una carga. Tenemos que limitarla.

—Yo puedo tomar a Isabel como compañera —dijo Sans—. Estoy aquí por el pecado de desear a la mujer del prójimo.

—Estás aquí por hacer bastante más que desearla —le cortó Abdón, y luego soltó una risotada.

—Y como Isabel ya no tiene hombre, es libre —continuó Sans sin inmutarse—. Así, si ella me acepta, podré pagar con bien el mal que le hice a la otra.

Isabel le miró con cariño y mostró el inicio de una sonrisa que cortó recatada. Era prima de Abdón, tenía dieciséis años y estaba embarazada de su primer hijo.

—¿No será que ya te gustaba de antes? —inquirió Abdón malicioso—. ¿De cuando ella aún tenía prójimo?

Sans ni le miró.

—Le eres útil al clan como cura, administrador y negociante —dijo Galcerán pensativo—. Pero no tienes derecho a mujer si no sirves con las armas.

—Si Isabel me acepta, aprenderé a usarlas.

Isabel miró a Sans de forma significativa pero bajó la vista y no dijo nada.

—Dile que sí —le apremió Abdón.

La chica afirmó con la cabeza sin levantar la mirada. Hubo aplausos y felicitaciones.

—¡Galcerán! —chilló Súria.

Todos la miraron, sorprendidos por la fuerza y lo imperativo de su exclamación.

—¡Haz como Sans! —continuó—. ¡Toma por mujer a Beatriu! Eras el mejor amigo de mi tío, su mano derecha. No puedes abandonarla.

Beatriu enrojeció, la miró sorprendida y después observó, esperanzada, a Galcerán. Él contempló los hermosos ojos color miel de la mujer solo por un momento. Luego, con gesto apenado, negó con la cabeza.

—Quería muchísimo a tu tío —dijo—. Y también quiero muchísimo a Beatriu. Pero como hermana. A quien deseo como mujer es a ti.

Súria le observó un momento sin responder. El clan mantenía un silencio expectante.

—Pues a mí no me tendrás —dijo.

Él la miraba suplicante y puso una mano sobre su corazón.

—¡Te lo ruego, Súria!

—Me tendrás como amiga, pero nunca como hembra —repuso ella—. Así que tu deber es hacer de Beatriu tu compañera. Es una mujer muy dulce. Te hará feliz, en todo.

Galcerán tenía lágrimas en los ojos.

—No tomaré a otra mujer que no seas tú.

—Te he dicho que no me tendrás.

—Pues esperaré a que cambies de opinión.

—No cambiaré de opinión.

Se hizo un silencio incómodo. Súria no podía soportar la idea de que el clan abandonara a Beatriu, embarazada y con Andreu, de solo tres años. La imaginaba de criada en algún villorrio miserable, sometida a un campesino rico. Como esclava.

—Si tú no tomas a Beatriu como mujer, lo haré yo —dijo al rato.

Hubo otro breve silencio, seguido de un murmullo general. Beatriu observaba a Súria, asombrada.

—¿¡Quéé!? —exclamó Galcerán atónito.

—Que Beatriu será mi mujer —afirmó Súria—. Le acabas de decir a Sans que si quiere mujer deberá aprender a usar las armas. Pues yo las uso y muy bien. Hago lo que hace un hombre. Reclamo los mismos derechos. Quiero que Beatriu se quede como mi mujer.

—¡Eso no es posible! —rugió Galcerán—. ¡Va contra natura!

—No es mala idea —intervino Abdón—. A todos nos gustaría que Beatriu se quedara.

Hubo un murmullo de aprobación.

—¡Me niego! —exclamó airado Galcerán.

Hubo también voces a su favor.

—Soy vuestro adalid —continuó—. ¡Y no acepto que dos mujeres se emparejen!

Se hizo el silencio mientras Galcerán y Súria se desafiaban con la mirada. Él alterado y jadeante. Ella fría, con su melena roja suelta como un incendio y sus ojos azules incisivos como puñales. Era algo más alta que él y observaba con detenimiento las marcas de viruela del rostro del adalid, sus ojos oscuros y su pelo y barba enmarañados.

Lentamente, Súria tomó uno de los dardos que llevaba sujetos a la espalda y lo clavó en el suelo, después hizo lo mismo con el otro.

—Galcerán —dijo—, te desafío según nuestra ley a lanzar dos dardos a treinta pasos y después con la espada. Si te venzo, aceptarás mi derecho a tener mujer. Escoge si quieres que sea a primera sangre o a muerte.

Galcerán la miró atónito. Tardó en reaccionar.

—Acepto tu desafío —dijo con lágrimas en los ojos—. Pero solo si otro hombre lucha por ti. Te quiero, y no solo como hembra. Nunca te haría daño.

—Ningún hombre lucha por mí, Galcerán —dijo ella. Quería disimular la ternura que sentía por su amigo—. Lo sabes. La pelea es entre tú y yo.

—Acepto tu desafío —repitió él con un sollozo—. Me niego a que te emparejes. No cederé. Aunque voy a perder. Porque no levantaré mis armas contra ti. Me puedes matar ahora mismo.

La ternura que sentía Súria en su pecho se hizo insoportable. Avanzó hacia Galcerán, que con los brazos caídos mostraba indefenso las palmas de las manos abiertas, y le abrazó con fuerza. Lloraron juntos.

—¡Vamos! —intervino Sans.

Se unió al abrazo para separarse después y dirigirse a todo el clan.

—Ni la sangre ni las lágrimas tienen que llegar al río —dijo el cura.—. Somos gentes libres que dictan sus propias leyes. Que no tienen por qué seguir las de la Iglesia. A mí me parece bien que Beatriu y Súria se junten. Queda claro que si Beatriu se va, también lo hará Súria. Y perderemos un buen almogávar.

—¡Que Súria se quede! —clamó Abdón con su vozarrón. Y alzó la mano.

La mayoría le apoyó. Súria y Galcerán continuaban abrazados.

—¿De verdad quieres a Beatriu como un hombre quiere a una mujer? —le susurró Galcerán al oído.

Súria quedó desconcertada y pensativa. No sabía qué responder.

—No lo sé —musitó—. La quiero como la quiero.

Él la besó en la mejilla y deshizo el abrazo.

—He perdido —dijo a los demás—. Renuncio a la jefatura. Me voy.

—No has perdido —repuso Sans—. Lo que ocurre es que la ley del clan ha cambiado. Y un buen jefe acepta la ley. ¡Quédate! Y guíanos.

El clan le aclamó.

—¡Quédate! —La mirada azul de Súria era ahora suplicante.

Aquella noche Súria y Beatriu compartieron, en un abrigo natural de la roca, la fogata, las pieles con las que se cubrían y el calor de sus cuerpos. Pero algo había cambiado. Ya no era Beatriu la que iba a consolar a Súria de sus pesadillas. Ni las caricias eran las mismas. La pelirroja estaba confusa, se sentía poderosa, protectora, había tomado el papel de varón y su amiga se acurrucaba contra ella buscando consuelo, amparo, amor.

Para Beatriu la presencia de Súria era como la continuación de la de Senén, no curaba el dolor de su pérdida, pero ocupaba su lugar. A ambas las sorprendían aquellas sensaciones y sentimientos. No los entendían, las confundían y les extrañaban. Pero la atracción era imparable. El placer del contacto y del amor que se profesaban era irrenunciable. Súria recordó la pregunta de Galcerán: ¿quería a Beatriu como un hombre a una mujer? Renunció a buscar una respuesta. ¿Para qué querer explicar lo inexplicable?

Durante su guardia Galcerán no podía dejar de observarlas, abrazadas, durmiendo. Y se maldijo por no haberse ido. El corazón se le partía y el deseo le acuciaba. No podía soportar aquello. Se sentía inmensamente solo.

45

Lérida, 17 de enero de 1275

La guerra no declarada con los nobles rebeldes iba mal y mi esposo precisaba reunirse con su padre, el rey Jaime, acordar una estrategia y reclutar tropas. Había que tomar una pausa. Pedro también deseaba llegar a tiempo a Barcelona para convivir unos días con nuestra familia castellana, que había pasado las Navidades con mi suegro. De inmediato hubo que preparar los equipajes para el trayecto. A mí me apetecía mucho ver de nuevo el mar, pero debía ser cuidadosa con mi embarazo.

Sin embargo, la felicidad que me produjo el regreso de mi marido sano y salvo pronto se vio empañada por la presencia de María. Y decidí abordar el tema sin la ayuda de Bella. Ese era un asunto de mujer a mujer, y hacía tiempo que yo había dejado de ser una niña.

—María —le dije—, bien que conocéis mi gratitud por alejar a la anterior amante de mi esposo. Sin embargo, percibo que continuáis interesada en él.

Ella se quedó mirando al suelo sin responder. Había enrojecido.

—Responded —insistí al rato.

Nos encontrábamos solas en la sala de las damas, sentadas, y yo tendí mi mano para sujetar la suya como en una caricia. María seguía mirando al suelo y había lágrimas en sus ojos.

—Es cierto —contestó en un susurro.

—¿Le amáis?

—Sí.

Me levanté de un salto.

—¡Quedamos en que vuestra relación terminaría cuando yo tomara el relevo! —exclamé alarmada. Mis sospechas se confirmaban—. Que saldríais de su vida.

—Eso traté de hacer, señora. —Continuaba sentada pero ahora me miraba, entre lágrimas, a los ojos—. Pero ¿qué le puedo hacer? ¡Ya quisiera poderle decir a mi corazón a quién amar!

—¡Pues debéis hacerlo! —Yo sentía ira a la vez que temor—. ¡Os lo ordeno!

María se puso en pie encarándome. Éramos de la misma altura.

—Aún no sois reina, señora —me dijo arrastrando las palabras—. Pero ni cuando lo seáis podréis mandar en mi corazón. Fuisteis vos quien me lanzó a sus brazos. Yo no quería ofenderos. No os lamentéis ahora. No puedo dejar de amarle.

—¿Os habéis vuelto a acostar con él durante estos años? —inquirí.

—Esa es una pregunta que vos no deberíais hacer, señora —repuso. Había dejado de llorar y sus ojos oscuros, algo enrojecidos, me miraban acusadores—. Por vuestra dignidad. Sabéis que él ocasionalmente, cuando pasaba cerca de Segorbe, visitaba a sus hijos, y que yo estaba casada. Con eso os tiene que bastar.

—Pero ahora sois viuda. ¿Qué va a ocurrir?

—Lo que el infante desee, señora. —Sus formas eran respetuosas pero el tono era firme y había enfado en él.

—¡Tendríais que negaros!

Una sonrisa triste apareció en sus labios.

—Os juro que nada haré por provocarle —dijo—. Pero si él me requiere, me entregaré en cuerpo y alma.

—¡Insolente! —gruñí, y le crucé la cara de un sonoro bofetón—. ¡Tendréis que negaros! —repetí.

Ella se puso la mano sobre la mejilla enrojecida y volvió a llorar.

—¿Y qué queréis? —sollozó—. ¿Que os mienta? Mi cuerpo y mi alma le desean. ¡Es superior a mis fuerzas! ¡No le puedo rechazar! Y la fidelidad que os debo me obliga a decir la verdad. ¡No puedo! ¡Sabedlo! ¡No puedo rechazarle! Le deseo.

Mi temor se convertía en certeza. Y me dije que debía librarme de ella lo antes posible. Pero que me convenía contener mi rabia y fingir.

—Calmaos, María —le dije—. Y sentaos de nuevo aquí, a mi lado.

Le cogí la mano con las mías.

—Vuestro corazón no puede obedecer —murmuré tratando de ocultar mi indignación—. Y por lo visto tampoco vuestro cuerpo…

Ella afirmó con la cabeza.

—Pero me debéis fidelidad. —Mi tono cambió a autoritario—. ¿Me obedeceréis en lo otro? ¿En lo que sí podéis?

—Os soy fiel, señora. Os obedeceré en todo lo que pueda.

—Pues bien, mañana por la mañana, antes del amanecer partiréis hacia vuestro feudo de Segorbe. —La miraba firme, aún con su mano entre las mías, y noté que se estremecía al oír la orden—. Os llevaréis a vuestros hijos menores. Jaime Pérez continuará educándose en nuestra corte. Y os prometo que lo cuidaré y amaré como si fuera mi propio hijo. Os acompañará Bella, que debe regresar también al feudo de Roger en el valle del Seta, que está bastante más al sur. Me encargaré de que, aparte de vuestros criados, os acompañe una buena escolta.

María se quedó en silencio.

—Os iréis mañana antes del amanecer —insistí.

—¿Lo sabe vuestro esposo? —inquirió.

Me contuve para no abofetearla de nuevo.

—Y no os despediréis de nadie —añadí perentoria, sin responderle—. Y menos de mi marido. Bella os ayudará en los preparativos y su hijo Roger dispondrá la escolta armada. Debe creer que es para su madre. ¡Obedecedme!

—Obedeceré, señora —murmuró temerosa.

Me levanté tirando de su mano, la abracé y le di dos besos. Me costó un gran esfuerzo.

—Id con Dios, María.

Sospechaba que aquello no terminaría con su partida.

Me despedí de Bella la madrugada del día siguiente, tras encargarle que María y sus hijos llegaran a Segorbe. Mi marido estaba muy ocupado pero le pedí que almorzáramos a solas. No era una mesa demasiado larga y nos sentamos en los extremos.

—Le he ordenado a María Nicolosa regresar a su feudo de Segorbe —le dije a mitad de la comida. Había bebido más vino del acostumbrado para tomar ánimo—. Ha partido antes del amanecer junto a Bella d'Amichi, que regresa a su feudo.

—¿Qué decís? —se sorprendió.

El pedazo de carne que iba a introducirse en la boca quedó suspendido.

—No podía quedarse en mi corte por las razones que vos conocéis mejor que yo. —Había decidido ser directa.

—Pero ¿cómo lo habéis hecho sin consultarme? —Me miraba fiero.

—Porque soy la infanta de Aragón. Y la heredera de Sicilia. María es siciliana y me debe fidelidad a mí. —Puse un énfasis especial al pronunciar la última palabra.

—¡Pero no podéis decidir sobre mis hijos! —Estaba muy disgustado.

—Jaime Pérez permanecerá en nuestra corte, donde será educado según vuestros deseos, y le he prometido a su madre que le cuidaré como si fuera mi propio hijo.

Quedó en silencio y percibí que relajaba su enfado.

—Señor —continué—, no tengo derecho de deciros o mandaros sobre vuestro comportamiento con las mujeres. Quisiera tenerlo, pero no lo tengo. Aunque sí poseo derechos que vos debéis respetar.

—¿Cuáles?

—Tengo derecho a mi dignidad. —Le miraba firme—. Y os exijo que no me humilléis. Y menos aquí, en mi corte.

Permaneció un tiempo silencioso, contemplándome.

—No os humillaré, señora —dijo al fin—. Os lo prometo.

E introdujo el pedazo de carne que había depositado en el plato en su boca dando por finalizada la conversación. Sabía que su promesa tenía que ver con mi dignidad, no con su comportamiento. Sentía que había ganado. Pero solo una batalla, no la guerra.

CUARTA PARTE

Pedro III de Aragón

46

Barcelona, 21 de enero de 1275

Mi suegro nos recibió con gran alegría en su palacio vecino a la catedral de Barcelona. Le complacía juntarnos con nuestra familia castellana y que nos lleváramos bien. Allí se encontraba mi cuñada Violante con su esposo el rey Alfonso X, diez de sus hijos y un sobrino, nieto también del rey Jaime. Nosotros aportábamos seis niños, incluido Jaime Pérez. En total sumábamos diecisiete nietos, sin contar al que llevaba en el vientre.

Y entre tanta familia se encontraba Sibila de Saga. Era una gentil dama, originaria de Berga, de fácil sonrisa, alta y de ojos azules. Tenía treinta y cinco años, al igual que Pedro, y era la amiga de mi suegro Jaime, treinta y dos mayor que ella. Le caía bien a todo el mundo, incluso a mi cuñada Violante, reina de Castilla, una mujer cortés, pero severa, que le superaba en cuatro años la edad.

Yo congeniaba particularmente con Sibila. Tenía cinco hijos de su anterior matrimonio y, a pesar de que vivía separada desde hacía mucho de su marido, que estaba con otra mujer, el papa no quería concederle la nulidad para que pudiera casarse con el rey. Como a mi abuela.

Fueron unos días muy felices para mi suegro.

—¿No os sentís orgulloso, señor? —inquiría Sibila frente a toda la familia—. Vuestros nietos reinarán en Francia, Castilla, Aragón y Mallorca.

Él nos miraba y sonreía ufano.

Nuestro cuñado se encontraba en Barcelona de camino a Lyon para entrevistarse con el papa. Quería que le proclamara emperador germánico, cuando ya había nombrado a otro.

—No recibiréis más que humillaciones del papa y de los franceses —le decía mi suegro—. Regresad a vuestros reinos, que os necesitan. Se dice que los musulmanes africanos preparan una invasión.

—En su última carta el papa me llama querido hijo, y me titula rey de Romanos —argumentaba Alfonso—. Aún puedo convencerle.

El rey Jaime, que conocía bien al pontífice y la sibilina pero férrea diplomacia papal, no pudo disuadirle. Y partió a finales de enero después de recibir un hostil y vejatorio permiso de nuestro cuñado, el rey de Francia, en el que le obligaba a transitar desarmado por su reino. El viaje, en el que le acompañaba su familia, duraría meses. Mi suegro se consoló diciéndose que al menos cuando estuvieran de vuelta, si seguía vivo, podría disfrutar de nuevo de su hija Violante y de sus nietos castellanos.

Fue entonces cuando volvió a ocuparse del asunto de los nobles y, olvidando el ultimátum lanzado unos meses antes a Fernán, del que este hizo caso omiso, trató, otra vez, de buscar la paz entre sus hijos.

—Quiero que le devolváis a Fernán los castillos que le habéis arrebatado —le dijo a Pedro—. Quiero que haya buena voluntad de su parte cuando en marzo nos reunamos en Lérida con los nobles. Que Fernán sepa que no le queremos mal.

Aquella actitud consentidora enfadó a mi esposo, que no pudo evitar soltar un bufido.

—¡Trató de matarme hace apenas quince días! —arguyó disgustado—. Esperaba vuestra bendición para castigarle.

—No podéis probar que fuera él.

—¿Qué más queréis probar? —repuso Pedro irritado—. Os ha traicionado. Lidera a vuestros enemigos. Ha tomado a la fuerza o por engaño muchos de nuestros castillos en Aragón. Está a sueldo de Carlos de Anjou. ¿Quién si no se hubiera atrevido a atacar la enseña de Aragón y a su heredero en territorio aragonés?

—Haced lo que os digo.

—¡Hay que actuar con dureza o los nobles nos someterán!

—Tiempo habrá para desenfundar la espada —repuso el rey, firme—. Es hora de hablar. Haced lo que os digo. ¡Devolvedle los castillos a vuestro hermano!

Pedro se retiró haciendo una reverencia que no ocultaba su irritación.

—Las espadas están ya en lo alto —masculló sin que su padre le pudiera oír—. Y ensangrentadas.

Mi esposo me contaba la mayoría de los asuntos de Estado y escuchaba mi consejo. Me halagaba su confianza.

—No os enfrentéis a vuestro padre de nuevo —le supliqué cuando me relató la entrevista—. Devolvedle los castillos a Fernán, escribidle una carta cariñosa…

—¿Creéis que eso le hará cambiar en algo? —murmuró escéptico.

—No, claro que no —dijo Juan de Prócida.

El viejo canciller formaba ya parte de nuestra corte. No solo era un excelente médico, sino que sus años de experiencia asesorando al poder y su conocimiento del mundo le conferían un valor extraordinario.

—Fernán os quiere muerto —continuó Juan—. Y Carlos de Anjou también lo desea. Le quiere a él como rey de Aragón.

—Esos gestos de conciliación complacerán a vuestro padre —intervine—. Continúa amando a Fernán a pesar de sus traiciones y mantiene la esperanza de arreglar el asunto sin violencia.

Pedro esbozó una sonrisa triste.

—Debería conocer mejor a sus hijos.

—Necesitáis el apoyo de vuestro padre —insistió Juan—. La rebelión de los nobles no es contra el rey, al que ya ven muerto. Es contra vos. Os quieren doblegar, someteros a su ley. O hacer rey a vuestro hermano Fernán. Sin el apoyo de vuestro padre os vencerán. Ahora sois débil. Olvidad el orgullo y obedeced.

Mi esposo solicitó otra audiencia y mi suegro le recibió en su estancia privada. El ventanal miraba a la vieja catedral románica de Barcelona y las paredes estaban cubiertas de tapices para paliar las corrientes de aire que se filtraban por las rendijas más insospechadas. Los tejidos, de vivos colores, mostraban escudos heráldicos y caballeros que luchaban contra grifos, dragones y otras bestias fabulosas. El fuego ardía, generoso, en la chimenea y el monarca se encontraba bien arropado, en la cama. Varios almohadones le mantenían incorporado. Junto a él, sentado frente a un atril que sostenía unos pergaminos, se encontraba Jaume Sarroca, pluma en mano, que le sonrió, untuoso, al verle entrar.

Jaume era obispo de Huesca y uno de los muchos hermanos bastardos de Pedro, hijo de una dama catalana. Tenía veintisiete años, ojos verdes, un pelo fino y castaño tonsurado en la coronilla, y de su faz rasurada destacaba su piel extremadamente clara. No era amante del aire libre, aunque sí aficionado a la buena mesa, y mostraba una obesidad poco frecuente para su edad. A Pedro no le gustaba: era el prototipo del cortesano obsequioso e intrigante que detestaba. Sin embargo, se había ganado el cariño del padre y el infante le trataba con cortesía y deferencia. Su proximidad al monarca podía hacerle peligroso.

—¿Cómo estáis, eminencia? —inquirió Pedro devolviéndole la sonrisa.

—Muy bien, gracias —repuso él con un tonillo alegre en la voz—. ¿Y vos, hermano?

—También bien. —Y miró al rey, inclinando la cabeza a modo de saludo—. ¿Y nuestro señor padre?

—¡Excelente! —respondió el monarca.

No era extraño que, en los días fríos en que no tenía audiencias, el rey despachara sus asuntos abrigado en el lecho. A veces solo se levantaba para usar la bacina, que a continuación los criados se apresuraban a retirar. En esas ocasiones, Sibila abandonaba sus aposentos para pasar la mayor parte del día con él, e incluso le acompañaba en la cama, pero en ese momento la dama no se encontraba en la sala.

—¿Qué tal avanzáis en el *Llibre dels feits*? —inquirió Pedro, cortés.

Así llamaba el rey Jaime a sus memorias, el «libro de los hechos». Quería dejar testimonio a la posteridad de su vida y reinado, y el obispo, que era hombre de letras, le ayudaba en la redacción. Aquella proximidad confería al eclesiástico mucho poder.

—Muy bien —repuso, positivo, Jaume Sarroca.

—¿A qué debo el placer de vuestra visita? —quiso saber el rey. Parecía de buen humor.

—Estoy redactando la carta, para Fernán, que deseabais —informó Pedro—. Será amable y respetuosa, como corresponde a buenos hermanos. Y le devolveré sus castillos.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro! —exclamó el obispo.

Pedro le habría abofeteado. Era un entrometido.

—Así me gusta —sonrió el soberano—. Bien sabéis cuánto deseo que se recomponga vuestra relación.

Jaume Sarroca, consciente de que daba la espalda al monarca y que aquel no le veía, le dedicó a Pedro una mueca escéptica.

—Eso espero, señor —continuó mi marido—. Pero hay otro asunto que quisiera tratar con vos.

—Hablad.

—Hace dos meses el conde de Ampurias destruyó Figueras. Es una burla y un desafío a la monarquía. Vos le disteis a la ciudad carta de población y le concedisteis privilegios. Estaba bajo vuestra protección. El conde mantiene tropas en la ciudad y cautivos a los supervivientes. Es más que un insulto. Iré a Figueras, la liberaré y castigaré al conde. Os pido vuestra bendición.

—Id y recuperad Figueras —concedió el rey después de meditarlo —. Pero os prohíbo que ataquéis al conde.

—¡Cómo! ¿Pensáis dejar impune semejante afrenta? ¡Es uno de los cabecillas de la rebelión!

—No podréis reunir las fuerzas suficientes para sitiar ni Castellón de Ampurias ni Rosas —dijo el monarca—. Y os quiero pronto en Aragón. Del conde me encargaré yo personalmente.

—¿Por qué le protegéis? —La voz de Pedro denotaba su enfado.

—Nuestro padre está en deuda con la dinastía de Ampurias —explicó el obispo—. El abuelo del actual conde fue uno de sus defensores en su infancia y le protegió de la rapiña de otros nobles.

—Es verdad —murmuró Jaime.

La explicación disgustaba a Pedro. Ya sabía todo aquello, su hermanastro metía baza en lo que no le importaba. Pero calló y dejó que continuara.

—Fue clave en la conquista de Mallorca, donde murió —seguía el obispo—. Y el presente conde ayudó a nuestro padre a reconquistar Murcia.

—¡No lo sabré yo! —Pedro no pudo disimular su irritación—. ¡Yo comandaba el ejército!

De inmediato sospechó que quizá fuera aquello lo que Jaume Sarroca pretendía. El rey le miraba severo sin responder a su pregunta.

—Cumpliré vuestros deseos, señor —dijo Pedro forzando una sonrisa—. Reuniré a los caballeros disponibles y en un par de días partiré hacia Figueras.

—¡Que Dios os bendiga! —El rey le sonreía ahora—. Comprendo vuestro enojo, pero debéis confiar en mi justicia.

Pedro se retiró con una reverencia. No confiaba en ella.

Mi esposo partió con más de cien caballeros, junto con sus escuderos y tropas, a los que se unieron otros más por el camino, hasta sumar ciento ochenta. Muchos provenían de Gerona, ciudad a la que el conde de Ampurias y sus aliados habían asediado, infructuosamente, tras destruir Figueras.

—Mi padre está en lo cierto —le comentó a Roger—. No disponemos ni de los recursos ni del tiempo suficiente para sitiar Castellón y rendirla. Se lo dejaré a él. Pero le haré ver al conde lo que le espera si se me desafía.

Al frente de su pequeño ejército se dirigió a Figueras. Antes de dejarse ver, bloqueó las vías de escape hacia el condado de Ampurias y el vizcondado de Rocabertí. Cuando la caballería condal vio que se aproximaban fuerzas superiores, emprendió la huida para no encontrarse sitiada en las ruinas de Figueras.

—Son los caballeros del conde y sus aliados —gruñó Pedro al observar la polvareda que levantaban—. A esos no les daremos cuartel.

Y salió tras ellos seguido por su caballería. Los rebeldes trataron de refugiarse en sus castillos pero se toparon con empalizadas, lanceros y ballesteros que les cortaban el paso y tuvieron que seguir el camino real hacia el norte. La persecución duró medio día y la hueste del infante Pedro los alcanzó tras cruzar los Pirineos, antes de llegar a Perpiñán. Allí se entabló un combate en el que no hubo

piedad para los caballeros del conde y sus aliados. Solo unos pocos lograron escapar.

La entrada de mi esposo y los suyos en Figueras fue aclamada por los supervivientes. Nuestra infantería había tomado sin oposición la ciudad. Los soldados que la ocupaban, al ver huir a los caballeros, se rindieron sin luchar, y Pedro fue generoso con ellos.

—Os perdono la vida a cambio de que trabajéis un año en la reconstrucción —les dijo—. Después podréis ir a donde gustéis o convertiros en ciudadanos libres de Figueras. Vuestras familias serán bienvenidas.

Los derrotados, que temían la horca, le aclamaron felices. Las reparaciones se iniciaron de inmediato y el infante dejó una guarnición a modo de defensa.

—Es una pena que no capturáramos ni al conde ni a ninguno de los Rocabertí —se lamentó Guillem de Castellnou.

Guillem, vizconde de Castellnou y señor de Ceret, era un buen amigo de Pedro. Ambos tenían treinta y cinco años, aunque el vizconde, nervudo y de gran fortaleza, no alcanzaba la altura física del infante. Entre su poblada barba negra asomaba una frecuente sonrisa, algo irónica pero agradable, a pesar de sus dientes desiguales. Pedro confiaba en su buen criterio y su inquebrantable fidelidad. El vizconde controlaba Vallespir, comarca del condado del Rosellón que formaría parte del futuro reino de Mallorca, según la herencia del rey Jaime. Al infante le sería de gran utilidad para doblegar a su hermano menor si persistía en ser independiente.

—No os preocupéis, amigo Guillem. Eso llegará en su momento.

47

Congosto de Camporrells, Huesca, 27 de febrero de 1275

El clan de Galcerán y Súria había superado lo más crudo del invierno oculto en el congosto. Sobrevivían sin dificultades con la caza y las compras a los campesinos de la zona. Por desgracia había menos bocas que alimentar, el luto empañaba la felicidad de su vida libre y tenían un asunto pendiente.

—Quiero saber quién nos contrató para después traicionarnos —dijo Galcerán, en una reunión del clan, unas semanas después de que Súria tomara a Beatriu como compañera—. La venganza mitigará nuestro dolor.

Él sabía de dolor. Continuaba sin poder asimilar que la pelirroja le hubiera rechazado por una mujer y quiso atribuirlo, al principio, a la deuda que tenía con ella, a su deseo de protegerla y al cariño familiar que se profesaban. En cualquier caso, era obvio que Súria no quería ser suya. «De momento», se decía. No pensaba renunciar. Con todo, veía la relación de las dos, que ya antes era estrecha, más íntima aún. Evolucionaba de una relación de amistad y parentesco a otra en la que Súria tomaba, con total naturalidad, el papel de varón y Beatriu el de esposa. Aquello le disgustaba cada vez más. Nunca habría podido imaginar que una mujer, y además atractiva, pudiera

ser su rival amoroso. Pero era cada vez más evidente que lo de Súria y Beatriu era amor. En todas sus dimensiones.

—Aún podemos seguir el rastro de los asesinos —informó el rubio Abdón—. Las huellas no se han borrado por completo. Veamos adónde nos llevan. Que Súria me acompañe, que se mueve rápido.

—Atacamos al infante Pedro —dijo Sans—. Los que buscamos son enemigos suyos. Con toda seguridad estarán entre los nobles sublevados.

El cura había empezado a practicar con las armas para poder tener a Isabel, y, aunque el resultado era lamentable, nadie se quejaba. Aportaba al clan conocimientos de los que el resto carecía.

—Tenemos que saber quién fue en concreto —dijo Súria—. Sigamos las huellas.

—¿Te das cuenta? —le comentó Beatriu más tarde, admirada y a solas, mientras la muchacha preparaba sus armas y el zurrón para partir—. Desde que desafiaste a Galcerán se te acepta y respeta como a un hombre. No has entrado aún en combate pero te tratan como a un veterano.

Súria se encogió de hombros. Hacía lo que creía que debía hacer sin reparar en las opiniones del resto. La abrazó y la besó en la boca al despedirse.

Cruzaron el valle del Lobo para llegar hasta el campamento destruido del otro clan. Buitres, cuervos y lobos se habían atiborrado con los cadáveres y a Súria se le llenaron los ojos de lágrimas al ver el amasijo de huesos descarnados en que se habían convertido los cuerpecitos de los niños. Las fieras se habían cebado particularmente en ellos. No detuvieron su trote y continuaron hasta donde los otros habían sido emboscados al regresar de la batalla. Encontraron un espectáculo similar. De allí siguieron las huellas hasta Albalate. Los cuerpos de sus camaradas estaban aún insepultos y

habían sido también atacados por las alimañas. Súria no quiso mirarlos. Rezaron.

—Hay que enterrarlos —dijo la joven.

—No hemos venido a eso —repuso Abdón—. Ya regresaremos a por ellos, si podemos. Fíjate en las huellas. Creo que se dirigen a la otra orilla.

Aquel era un lugar transitado y la pista se perdía. Cruzaron el puente y Súria localizó el rastro en el camino que se dirigía al norte, por la orilla derecha del Cinca. En menos de tres horas llegaron a Pomar. Su fortaleza se alzaba sobre el pueblo.

—Entraron aquí —dijo Abdón—. Iban al castillo.

Se quedaron a las afueras, a la espera de que pasara un campesino, al que interrogaron.

—Pomar pertenece a nuestro señor Fernán Sánchez, barón de Castro, el hijo del rey —les respondió.

—Ya podemos regresar —dijo Súria—. Tenemos al culpable.

Dos días después, todos los hombres hábiles, Súria y las viudas acudieron, bien armados, a Albalate. Allí, tomando precauciones, recogieron los cadáveres tanto suyos como del otro clan. Sans ofició el servicio religioso y los enterraron.

—Os hemos de vengar —dijo Súria frente a los restos de su tío—. Lo pagarán caro. No quienes os mataron. Fue en una lucha noble. Sino quienes nos engañaron.

Y después se abrazó llorando a Beatriu, que, a pesar de su quinto mes de embarazo, había ido a despedir a su esposo armada con una azcona y un cuchillo.

48

Barcelona, 28 de febrero de 1275

A su regreso de Figueras, mi esposo se presentó a su padre en el palacio real de Barcelona. Después de ser testigo de las atrocidades cometidas por el conde pelirrojo y de su impunidad, tuvo que esforzarse para contener su rabia ante el rey, pero el asunto de Fernán era ahora más acuciante. Había terminado la audiencia del mediodía, en la que Jaime I impartía justicia, y ahora se encontraba en su trono, elevado un par de escalones del suelo. Acariciaba su barba, pensativo y con aspecto abatido.

—Señor —le dijo el infante después de una reverencia—, Fernán sigue apoderándose de nuestros castillos a pesar de que, obedeciéndoos, le devolví los suyos. ¿Sabéis que acaba de tomar el de Alquézar? Es un enclave muy importante.

—Me consta —murmuró el rey, decaído.

Pedro sabía, aunque no quería mencionarlo, que en la última carta a Fernán aún le llamaba «querido hijo». El rey deseaba ir por las buenas, a pesar del ultimátum y de la maldición que le había lanzado meses antes si no le obedecía. Mi esposo se mantuvo de pie, en silencio. La noticia de la pertinaz rebeldía de su hermano le alegraba, pero trataba de fingir la misma desilusión que su padre.

—Reunid tropa y equipaje —dijo el rey al rato—. El 4 de marzo partiremos hacia Lérida. Dios quiera que en esas Cortes podamos enderezar todos los entuertos.

—Así lo haré, señor —repuso Pedro.

Presentía que las esperanzas de su padre se verían frustradas.

—Los nobles no cederán —me dijo Pedro al relatarme la entrevista—. Y quien menos Fernán. Hace tiempo que estamos en guerra, por mucho que mi padre quiera negarlo.

—Que sea el rey quien la declare oficialmente —le aconsejé—. No vos.

La actitud conciliadora del monarca, a pesar de los continuos desplantes de su hermano, indignaba a Pedro. Y yo trataba de que le comprendiera.

—Imaginad, esposo, que nuestros hijos Alfonso y Jaime se enfrentaran como hacéis Fernán y vos —le decía—. Que temierais que uno pudiera llegar a matar al otro. ¿No os partiría el corazón? ¿No trataríais de evitarlo por todos los medios? ¡Entendedle! Pensad si llegáis a su edad y sufrís semejante angustia. ¡Debe de ser terrible, Pedro! ¡Pobre anciano! ¡Que Dios nuestro Señor no nos castigue con semejante condena!

Me apenaba mi suegro. Sus esfuerzos para lograr una paz imposible entre sus hijos eran tan humanos como patéticos.

Así que viajamos de Barcelona a Lérida y durante casi un mes el rey Jaime se esforzó en reconducir el conflicto, aun cuando los barones rebeldes mostraban una hostilidad extrema hacia mi esposo. Y el 20 de marzo, el monarca, que aún confiaba en una solución pactada, le pidió a Pedro que se ausentara de las Cortes.

—Dice que los nobles se niegan a dialogar en mi presencia —me confió Pedro, preocupado.

—Vuestro padre os defenderá, ya lo veréis —le dije—. Mejor si vos no estáis. Yo me quedaré aquí, en Lérida, con sus nietos, a los que adora. Vos y nuestros hijos sois su línea sucesoria legal. Por mucho que quiera hacer las paces con los rebeldes si estos os atacan, aparecerá su orgullo de estirpe.

—Que el Señor os escuche —murmuró Pedro.

—Las posiciones están muy enconadas —opinó Juan—. Dudo que lleguen a un acuerdo.

Pedro confiaba en mi criterio y en el del anciano canciller. Decía que poseíamos una visión y una paciencia que a él, propenso a la acción, a veces le faltaban. Decidió seguir nuestro consejo y obedecer en todo a su padre, al menos de momento. Y con el permiso del monarca partió con sus tropas a Huesca para reconquistar algunos de los enclaves de menor importancia que los nobles sublevados habían tomado y se negaban a devolver. Eran acciones de poca envergadura en las que las guarniciones acostumbraban a rendirse frente a fuerzas superiores.

No obstante, aun sin él, las Cortes fueron un completo fracaso. Fernán ni siquiera se acercó a Lérida. Y los nobles rebeldes que acudieron, recelosos, no quisieron entrar en la ciudad y le enviaron al rey unas exigencias previas que socavaban por completo la autoridad de mi marido. El monarca se negó a aceptarlas. Las conversaciones ni siquiera se iniciaron y cada cual regresó a sus tierras a prepararse para la guerra.

El 29 de marzo el rey escribió a Pedro informándole de lo ocurrido. «Os hago saber que estoy reuniendo la hueste y a los barones que nos son fieles en Lérida para la tercera semana de abril», le decía.

Mi esposo, que se encontraba en Huesca, sonrió al leerlo. No le podía culpar a él del resultado.

«Habrá guerra sin cuartel —continuaba el monarca, airado, en su carta—. Y queremos que vos les hagáis a Fernán Sánchez y a su

suegro Jimeno de Urrea todo el mal que podáis.»

Pedro, satisfecho, respiró hondo. Todo había ido como nosotros le habíamos anticipado. ¡Al fin tenía las manos libres!

49

Huesca, 30 de marzo de 1275

—Deseamos unirnos a vuestra hueste —dijo el hombre.

Roger de Lauria se encontraba en la entrada de su tienda, en el campamento que el infante Pedro había establecido a las afueras de la ciudad amurallada de Huesca. Le habían anunciado que unos individuos preguntaban por él y ahora los tenía enfrente. Observó curioso a aquellos personajes hasta que de pronto un escalofrío le recorrió el cuerpo y apoyó la mano en la empuñadura de su daga. Eran almogávares. Y aquel tipo fornido, de unos veinticinco años, frondosa barba negra y marcas de viruela en el rostro, era el mismísimo asesino de su amigo Bernardo de Monzón. Y también había estado a punto de acabar con él. Había prometido matarlo con sus propias manos si podía encontrarlo, y se dijo que no le permitiría salir vivo del campamento.

Sin embargo, se contuvo. Quería escuchar antes sus palabras.

El otro, u otra, le sorprendía. Vestía como el hombre y portaba también dos dardos y una azcona en la espalda, un ancho cinturón de cuero con una daga y una espada corta y curva. Solo que el faldón de su sayo le cubría por debajo de la rodilla. La observó de nuevo. Era una mujer, sin duda, muy joven y hermosa. Era algo más alta que su compañero y recogía su cabello rojo con una especie de

red de hierro que hacía las veces de casco. En su rostro ovalado destacaban unos intensos ojos azules y unos labios generosos. Su piel, curtida por la intemperie, mostraba unas pecas discretas alrededor de una nariz bien formada. Le recordó a las legendarias amazonas. Solo que los almogávares acostumbraban a luchar a pie. Parecía segura de sí misma.

Súria también observaba a Roger. Era un hombre de grandes ojos oscuros, más alto que ella, apuesto y bien formado. Su aspecto le resultaba agradable. Le recordaba de la batalla de Albalate, donde le había visto luchar con bravura y defender a su señor, sin esperanza, en vez de huir para salvar la vida. Era bueno con las armas y valiente.

«No pelearemos a las órdenes de alguien a quien no respetemos —había dicho Súria en la reunión en la que el clan decidió unirse al ejército del infante para vengarse de Fernán—. He visto a ese caballero en la batalla y es digno.»

«Su escudo lleva tres franjas inclinadas azules sobre fondo plateado. —Sans se había informado—. Es Roger de Lauria. Hace cinco años, el rey le hizo señor del valle del Seta, en el reino de Valencia. Tiene su propia hueste, que pone al servicio del infante, y sus tierras deberían producir lo suficiente para pagarnos.»

«Bien, parece el noble adecuado», había aceptado Galcerán.

—¿Estuvisteis en Albalate? —le preguntaba ahora Roger. Quería cerciorarse de que era él.

—Sí —reconoció el adalid.

—¿Y cómo es que ahora queréis uniros a mi hueste si hace unos meses nos atacasteis a traición? —Y apuntó acusador su dedo al pecho del hombre—. Y tú mismo mataste a alguno de mis mejores amigos.

—También vos, y los vuestros, matasteis a amigos queridos nuestros —repuso tranquilo el almogávar—. Es lo que ocurre al llevar armas y usarlas.

—¡Pero fuisteis vosotros quienes nos atacasteis! —La furia de Roger crecía—. ¡Sin aviso previo! ¡Y a traición! —repitió.

Galcerán rio retador.

—¿Y qué esperabais? —repuso—. ¿Que os enviáramos heraldos desafiándoos, soplando trompetas de oro? Así es como nosotros peleamos. No montamos pantomimas de torneos como hacéis los caballeros.

Roger enrojeció de ira. Se debatía entre matarle de inmediato o esperar a concluir la charla. Sin embargo, observó que el almogávar, que se mantenía erguido y bien plantado, ponía también su mano en la empuñadura de su daga. Estaba preparado.

—No sabíamos que se trataba del infante, señor —intervino Súria para evitar lo que se veía venir—. No queríamos atacarle a él. Nos engañaron. Nos traicionaron y pretendieron después exterminarnos junto con nuestras familias. Muchos de los nuestros murieron por culpa de esos miserables. Sabemos que vais contra ellos. Por eso estamos aquí. Son también nuestros enemigos.

Admirado por la seguridad y el desparpajo de la muchacha, Roger relajó los músculos. Sus palabras coincidían con lo dicho por el infante Pedro. Algo sabía también Roger de los almogávares y valoró su oferta. El valle del Seta era tierra de moros, vasallos suyos, a los que aquellos salvajes robaban con frecuencia. Eran capaces de ver en la noche como búhos, seguían un rastro mejor que los perros, eran resistentes como mulas, atacaban en grupo como lobos y eran fieros como jabalíes.

Miró con otros ojos a Galcerán, que continuaba sujetando la empuñadura de su daga. El tipo de las marcas de viruela en la cara era lo que era, había actuado como tal, y no sentía culpa alguna. Solo rabia por el engaño sufrido. Aquella rabia podía ser de gran utilidad a su señor el infante Pedro y a él mismo. Consideró de nuevo su venganza. Lo dicho por Galcerán le exculpaba en parte, y la muchacha pelirroja le atraía. Mucho. La mujer defendería al

hombre, que con toda seguridad trataría de morir matando. Roger se sorprendió al comprender que no quería que ella sufriera daño alguno.

—Ya mantengo una hueste demasiado numerosa para mis posibilidades —objetó para negociar.

—Nosotros somos mejores —afirmó Galcerán.

Roger vio cómo Súria levantaba la barbilla orgullosa, convencida de la afirmación de su camarada. No pudo evitar sonreír. Era muy atractiva. Había conocido a mujeres peleonas pero nunca una de aquella especie. Ni siquiera se preguntó si era buena con las armas. Estaba convencido.

—Bien, daré de comer a toda vuestra tribu —dijo condescendiente—. Es todo lo que puedo pagar. Y el botín que capturéis.

—Con eso nos vale —dijo Galcerán.

—Informaré al infante. No creo que se oponga.

Galcerán y Súria se fueron satisfechos. Con la venganza y el botín les habría bastado.

50

Antillón, Huesca, 30 de mayo de 1275

—¡La señal, señor! —Roger, vestido con armadura completa, portaba un candil—. ¡La señal!

Pedro se levantó de un salto del camastro. Miró al joven, extrañado, y después a su alrededor tratando de regresar del sueño y recuperar la conciencia. Estaba en el interior de su tienda y llevaba casi dos semanas asediando el castillo de Antillón.

—¡Mi armadura! —gritó.

Su escudero surgió de la penumbra para ayudarle a vestirse. El castillo resistía, a pesar del par de trabuquetes que arrojaban piedras contra sus muros, pero el infante no tenía prisa por tomar la fortificación. Solo aparentaba tenerla.

En el interior del castillo se encontraba la madre de Fernán, su propietaria. El infante conocía bien el estrecho vínculo entre madre e hijo. Y que las gentes del pueblo y alrededores les eran fieles. Fernán debía de saber incluso en qué tienda se alojaba él.

Pedro no pensaba recorrer Aragón en busca de su hermano. Presionando a la madre, Fernán vendría a él. A matarle. Trataría de sorprenderle.

Pedro se había convertido en el cebo para cazarle.

Aparte de las guardias nocturnas en las empalizadas que rodeaban el castillo, Roger había establecido otras adicionales a cargo de sus almogávares, que parecían ver en la oscuridad. Se encontraban en las colinas en torno al pueblo y en los accesos. Aquella luz en el monte, que solo se podía ver desde el campamento, era la señal de que el oso iba a caer en la trampa.

—Alertad a la hueste —le dijo Pedro a Roger—. Que vayan hacia los caballos sin hacer ruido ni dejarse ver.

El joven afirmó con la cabeza y salió cauteloso.

Una vez vestido, Pedro abandonó la tienda seguido de su escudero. El sol despuntaba en el horizonte y el castillo de Antillón mostraba ya su poderosa silueta.

Los atacantes se acercaban sin hacer apenas ruido, intentando sorprenderlos por la otra punta del campamento. Pedro había dividido a sus jinetes en tres grupos: él comandaría el central y los otros dos rodearían el campamento para golpear a los atacantes por los flancos. Dio la orden de montar y, cuando oyó los cascos de los caballos enemigos, gritó:

—¡San Jorge y Aragón! —Y puso su montura al trote hacia el otro extremo sorteando las tiendas.

Los demás le siguieron en una carga contra un rival aún invisible. Al fin vio a un grupo de caballeros y, lanza en ristre, galopó hacia ellos. Divisó el escudo con las enseñas de su hermano: dos cuartos con las barras de Aragón y otros dos con las estrellas de Antillón. Había ya suficiente luz para verle; esta vez Fernán no se ocultaba. Sus miradas se encontraron y Pedro sintió un pálpito en la boca del estómago. Vio que su hermano, repuesto de la sorpresa, le apuntaba también con su lanza y cargaba contra él. A muerte. Fueron unos segundos interminables. La lanza de Fernán se rompió a causa del terrible impacto contra el escudo de Pedro, que quedó doblado en uno de sus extremos. El infante se alegró del doble refuerzo de hierro que tenía su defensa. Sin embargo, la lanza de

Pedro solo resbaló sobre el escudo de Fernán, rasgando las estrellas en él pintadas. El infante sabía que tenía las de ganar en el cuerpo a cuerpo, era más alto y corpulento. También lo sabía su hermano.

La estrategia de Fernán, basada en la sorpresa, había fracasado. Los hombres del infante le superaban en número. Se vio perdido. Los soldados de a pie de las mesnadas reales ya corrían hacia ellos. Y aprovechando el impulso del choque, Fernán espoleó su caballo y emprendió la huida.

—¡Vámonos! —gritó.

Todos los que pudieron le siguieron, y lo mismo hizo Pedro con los suyos.

En la huida, algunos de los caballeros de Fernán cayeron víctimas de las azconas y dardos del clan de Galcerán, que controlaba los accesos, y otros, dándose la vuelta, se sacrificaron para detener a los perseguidores. A Pedro no le importaba con tal de no perderle de vista. La persecución se prolongó durante un par de horas. El infante sabía que su hermano montaba un animal excelente, lo había reconocido: *Asenyallat*, se llamaba. Un regalo del rey Jaime a su querido hijo Fernán. El de Pedro nunca podría alcanzarle.

—Se dirige a Pomar, señor —le advirtió Blasco de Alagón, uno de sus fieles caballeros, que azuzó su montura hasta ponerse a su altura.

—Eso parece —repuso Pedro, que también conocía la zona—. Me alegro, el castillo no es tan poderoso como el de Antillón. Solo hay que asegurarse de que el bastardo se encierre en él y no salga.

Era un largo camino de casi ocho leguas; Fernán llegó con ventaja y se refugió en la fortificación con los supervivientes de su partida. Pedro no quiso forzar la entrada. Los ballesteros se mostraban en las almenas y hubiera sido suicida. El castillo se elevaba sobre una colina que dominaba el río.

—El Cinca baja muy crecido, señor —observó Roger.

—De ese lado no podrá escapar —repuso él, satisfecho.

Los caballeros rodearon la fortificación y Pedro ordenó que la mayor parte de sus tropas y máquinas de guerra se trasladaran a aquel castillo, sin descuidar el cerco de Antillón. Tenía encerrado al cabecilla rebelde y no le dejaría escapar.

Llevaban ya una semana de sitio y los trabuquetes bombardeaban día y noche la fortaleza.

—No podrá aguantar mucho más —dijo Juan de Prócida, que se había unido al sitio—. ¿Qué haréis con vuestro hermano cuando lo capturéis?

—Justicia —repuso escueto y cortante Pedro.

El siciliano no quiso preguntar más. Había incomodado al infante y supo que en esa ocasión no le iba a pedir consejo.

No era ya un juego de niños. Era un juego a vida o muerte. Pedro sufría al recordar y había rezado para que Fernán huyera a Francia antes de que fuera demasiado tarde. Porque en España aquella historia solo podía tener un final trágico.

51

Pomar del Cinca, Huesca, 13 de junio de 1275

Una gran roca reventó la pared con un crujido ensordecedor, se abrió un boquete y los cascotes cayeron dentro de la sala. Adolza de Urrea, la esposa de Fernán, y sus damas chillaron espantadas. Una de las mujeres se desplomó, herida por el impacto de un cascote en la cabeza. Una nube de polvo lo cubría todo. Parecía que el castillo en pleno se hundía. Fernán se precipitó dentro de la estancia mientras se esforzaba por ver, apartando con las manos el polvo en suspensión.

—¡Adolza! —gritó.

—¡Estoy aquí! —Y se unieron en un abrazo.

—¿Cómo os encontráis?

—¡Bien! —repuso vacilante, pero se echó a llorar.

Fernán acababa de bajar de las almenas. La situación era crítica. El ejército sitiador parecía crecer día a día. Era cuestión de horas que alguna de las murallas se hundiera con el impacto de los proyectiles. Y entonces entrarían al asalto. Pedro no iba a necesitar ni zapadores que minaran los cimientos ni torres de asalto.

—Voy a salir —le dijo a su esposa.

—¿Os vais a entregar a vuestro hermano?

—No. No espero nada bueno de él. Voy a engañarle y escaparé.

—¡Es muy peligroso!

—Más peligroso es tratar de resistir. Si nos toman al asalto, tendrán muertos y después querrán venganza. Quizá ahorquen a los hombres. Y no sé qué harán con las mujeres…

—Pero ¿y vos?

—Me refugiaré en el castillo de vuestro padre y, si la situación se complica, cruzaré a Francia. Carlos de Anjou me protege. Cuando yo parta, alzad bandera de parlamento y tratad de conseguir lo más que podáis… y, si es preciso, rendíos con la única condición de que os respeten la vida y el honor.

Aquella noche no pudieron dormir, y en la madrugada Fernán le murmuró al oído a su esposa:

—Ha llegado el momento, mi señora.

La abrazó y besó mientras Adolza lloraba. Un candil iluminaba la alcoba. Bajaron al patio de armas, donde los esperaban seis hombres.

—¡Que Dios os bendiga, señor! —le dijo su escudero.

Fernán le abrazó.

—Hemos de vernos en el castillo de mi suegro —le reconfortó.

—Allí estaremos si todo va bien.

—¡Id con Dios!

Los hombres montaron, fueron hasta la puerta y partieron al galope. Afuera había ya una tenue claridad. Con suerte engañarían a los sitiadores.

Pedro se despertó con los gritos y pudo oír cascos de caballo. Se levantó de un salto.

—Están cargando contra los nuestros —gritó su escudero entrando apresurado en la tienda.

—No, no nos atacan —murmuró el infante—. No tienen la fuerza. Es mi hermano que trata de escapar.

Sin preocuparse por vestir su armadura, se ciñó el cinto con la espada y la daga y salió. Las luces del alba encendían ya el horizonte.

—¿Dónde están? —preguntó a Blasco de Alagón, que llegaba a caballo.

—Media docena de jinetes salieron del castillo y cargaron contra nosotros —le dijo—. Han logrado burlar los parapetos. Tres cayeron y los otros tomaron el camino de Fraga. Un par de los nuestros los persiguen.

—¿Estaba mi hermano con ellos?

—Sí, señor. Le hemos reconocido por sus ropas y su montura. ¡Es un animal muy rápido!

—No llegará muy lejos. —Pedro corrió hasta su caballo, que el escudero sostenía por las riendas, y montó de un salto—. ¡Seguidme!

Emprendieron la persecución al galope, pero en el primer recodo del camino vieron a varios hombres forcejeando. Pedro reconoció a *Asenyallat*. El hermoso caballo que tanto le había envidiado a su hermano yacía en el suelo, con dos azconas atravesando su pecho. Roger, anticipando la jugada, había encargado a sus almogávares la vigilancia de los caminos y estos habían colocado estacadas que impedían el paso en la noche.

Pedro distinguió a su hermano por el escudo de las barras de Aragón y las estrellas de Antillón en su sobreveste y se dirigió hacia él. Dos almogávares le inmobilizaban. ¡Al fin le tenía! Le sujetó la barbilla para obligarle a levantar la cara y mirarle. Y le escrutó a la creciente luz del amanecer.

—¡No es él! —murmuró decepcionado—. ¡Es su escudero! Lleva sus ropas pero es solo su escudero. Nos ha engañado. Tratará de escapar por otro lugar. ¡Roger! —ordenó—. Alertad a nuestra gente. ¡Hay que batir el campo!

Roger y los que aún no habían descabalgado partieron al galope mientras el infante se acercaba a acariciar a *Asenyallat*, que agonizaba.

—Lo siento mucho —le dijo—. No es tu culpa.

Pensó que el viejo rey se disgustaría al saberlo. Apreciaba mucho a aquel caballo.

Galcerán también había observado las facciones del escudero.

—Sí que es él —murmuró—. Este es el que vino a hablar con Senén y trajo el dinero. El que nos engañó.

—¡Es él! —corroboró Sans—. Le reconozco.

Y rápido, de un solo tajo, Galcerán le rajó la garganta al hombre. Le dejaron caer mientras, infructuosamente, trataba de contener el chorro de sangre. El adalid hizo un gesto con su cuchillo cortando el aire y los otros dos prisioneros corrieron la misma suerte.

—Eso no basta —susurró Súria—. Hay que acabar con quien dio las órdenes.

Hubo un murmullo de aprobación y un grupo echó a correr hacia el castillo. Los otros se quedaron despojando de sus posesiones a los cadáveres y de las guarniciones a las monturas.

Mientras, en el castillo, Fernán y Adolza se abrazaron por última vez.

—Tan pronto salga, izad la enseña blanca —le repetía él—. Os amo, señora. Quedad con Dios.

—¡Que el Señor, la Virgen y todos los santos os protejan! —musitó ella entre llantos.

Vestido con las humildes ropas de un pastor —albarcas, polainas, túnica corta, capa y gorro de piel de oveja— y con su espada y daga ocultas, Fernán descendió a los sótanos con un criado fiel que le iluminaba con un candil. Levantaron una estera que cubría una trampilla y la abrieron. Acompañado por el hombre, Fernán bajó

unos escalones y se apresuró por un estrecho pasadizo descendente hasta llegar a un portón que se sostenía inclinado. Lo empujaron con todas sus fuerzas. Fue cediendo al tiempo que se oía el sonido sordo de los cantos al rodar. Cuando se abrió, notaron de inmediato el aire fresco de la madrugada. Se encontraban en el barranco del Clamor, que limitaba la parte sur de la colina en la que se alzaba el castillo. Unos matorrales cubrían la entrada.

El criado regresó al interior. Entre ambos cerraron el portón y Fernán se entretuvo en disimularlo con las piedras que habían caído. Oía los gritos en el otro extremo de la colina. Quizá habían capturado a su escudero. De ser así tenía poco tiempo: su hermano descubriría de inmediato el engaño.

Agachado y al amparo de la penumbra, recorrió el fondo del barranco escondido entre la maleza, en dirección al río. Las empalizadas desde donde los sitiadores vigilaban estaban arriba, del lado del camino de Alcolea, y no podían verle. Controlaban las posibles salidas de la fortaleza pero no aquella secreta.

Al poco se topó con la arboleda y los matorrales de la orilla, debajo de unos campos de trigo que, demasiado pronto para la siega, ya amarilleaban, y prosiguió hacia el sur, río abajo. Se detuvo un momento para echarle una última mirada a su castillo. Ondeaban ya las enseñas blancas. Arriba, en la torre principal, pudo ver, lejana, a una dama. ¡Era Adolza! Ella le miraba sin hacer gesto alguno para no delatarle. Él la saludó con la mano. Todo iba bien. En aquel instante los rayos del sol iluminaron la cúspide de la torre. Y él se apresuró hacia el sur.

Adolza, desde su atalaya, vio cómo a través del barranco su esposo burlaba la vigilancia que los sitiadores mantenían en sus empalizadas. Cuando llegó al río, se detuvo a saludarla. Ella no se movió pero le envió un beso con los labios.

—¡Que el Señor os proteja! —murmuró.

Le observó alejarse río abajo, perdiéndose entre los chopos y demás árboles de la orilla. De pronto vio aparecer al galope a varios jinetes que empezaron a batir la ribera y los campos al sur del castillo. Otros iban al norte. A los caballeros los seguía un grupo de almogávares que llegaban al trote. Se dispersaron buscando pistas. Inspeccionaban mata a mata.

—¡Han descubierto el engaño! —exclamó.

El pánico la invadió.

—¡Ballesteros! —ordenó—, ¡disparadles!

—No podemos, señora —objetó el capitán desde abajo, en la muralla—. Hemos alzado la bandera de tregua. Si herimos a alguien, nos matarán a todos.

—¡Hacedlo!

—Es inútil. ¡Están demasiado lejos!

Adolza se mordió los labios y notó las lágrimas.

Vio cómo un hombre a caballo se dirigía a un punto de la ribera y oyó sus gritos. A continuación vio que Fernán se lanzaba al río tratando de cruzarlo, pero bajaba muy crecido y, después de bregar con la corriente, tuvo que salir por una escarpadura rodeada de maleza. Parecía haber despistado al jinete y penetró en un campo de trigo. Desde la altura le veía a él y al surco que dejaba en la mies. Y también cómo los almogávares le perseguían abriendo más surcos. Parecían una jauría de perros tras un corzo. Eran tres. Fernán se tumbó y se quedó inmóvil intentando pasar desapercibido.

—¡Aquí! —gritó un almogávar alto, esbelto y de cabello rojo.

De un salto, cayó sobre Fernán y, sin darle tiempo a incorporarse, le puso su daga en la garganta.

Adolza dejó ir un grito y notó que las piernas le fallaban.

Fernán vio, sorprendido, que le había capturado una mujer y pensó en revolverse y escapar. Era hermosa, pero no vio ni piedad ni flaqueza en su fiera mirada.

—Si te resistes, te mato —le dijo.

Notó su cuchillo hiriéndole el cuello mientras le tiraba del pelo para obligarle a levantarse. Obedeció. No dudaba de que aquel ser extraño cumpliría su amenaza. Llegaron más almogávares y dos jinetes que desmontaron de un salto. Uno de ellos le quitó el cinto con la espada y la daga.

—No parecéis un pastor —dijo uno con marcado acento siciliano. Tenía un aspecto siniestro. Una horrible cicatriz le cruzaba la cara y se perdía en su negra barba—. Me da que sois otra cosa.

—¿Desde cuándo los pastores de estas tierras llevan espada? —inquirió irónico el otro jinete. Era Roger—. ¿O daga?

Al poco llegó el infante seguido de Juan de Prócida y varios caballeros más.

—Aquí tenéis al bastardo, señor —le dijo Roger.

Pedro le contempló desde lo alto de su caballo. Los hermanos se miraron largo tiempo sin decir nada.

—Sí, es él —murmuró el infante.

Le habría gustado dejarle ir, pero no podía. Habían llegado demasiado lejos. Su hermano siempre sería una amenaza para él, para Constanza y para sus hijos. Le dolía en el corazón pero tenía que mostrar fortaleza ante sus hombres. A él no le verían débil como a su padre.

Fernán le sostenía la mirada en silencio.

—No sabes cuánto deseaba verte —le dijo Pedro—. Aunque no disfrazado así. Deshonras a la familia.

—¡Vete al diablo!

—Has tratado de matarme.

—No tienes pruebas, hermano.

—No las necesito. Soy yo quien te va a juzgar.

—No puedes. Llévame ante nuestro padre. Él es el único con derecho a juzgarme.

—Él nunca te ha hecho justicia, y ahora la tendrás. Eres culpable de rebelión, de traición y de tratar de asesinar al futuro rey. —Y mirando a Roger ordenó—: ¡Llevadle al río!

—¿Al río? No, no puedes hacer eso —clamó Fernán—. ¿Pretendes ahogarme y decirle a nuestro padre que fue un accidente?

Pedro hizo un gesto con la cabeza y Pascale, Roger y Galcerán le arrastraron a la orilla.

—¡Metedle dentro!

Entraron hasta que el agua les llegó a la cintura. Fernán forcejeaba y varios hombres se internaron en el río, tratando de no resbalar en el barro, para sujetarle. Roger sabía lo que iba a ocurrir y salió del agua para colocarse junto al infante. Pedro le miró con expresión de disgusto.

—¡No me puedes ahogar! —le gritó Fernán—. ¡No puedes deshonrar así al hijo de tu padre! ¡Coge tu espada y combate conmigo! ¡Te desafío!

Pedro le contemplaba impasible.

—Lo hubiera hecho con gusto hace unos días —repuso—. De niño siempre te ganaba. Lo lamento, ya es tarde.

—Me someteré. ¡Te juraré fidelidad!

Pedro vaciló. Ojalá su hermano hubiera huido a Francia. Le dolía en el alma lo que iba a hacer pero no tenía otra alternativa.

—Demasiado tarde. Eres un traidor.

—Si me has de matar, hazlo de forma honorable, con la espada.

—Eres un traidor y a los traidores se les ahoga.

—¡No lo soy! ¡He ido contra ti, no contra el rey! ¡Soy el primogénito! ¡Que me juzgue nuestro padre!

El infante le sostuvo la mirada. El rey Jaime le perdonaría de nuevo y Fernán trataría, otra vez, de matarle. Con toda seguridad. Y después mataría a Constanza y a sus hijos.

—¡Ahogadle! —ordenó.

El siciliano de la cicatriz se puso ante Fernán, privándole de la vista de su hermano. Varios hombres le sujetaban de los brazos. Fernán oyó a lo lejos un desgarrador grito de mujer y tuvo la seguridad de que provenía de la torre de su castillo. Pascale puso las dos manos sobre la cabeza del mayor de los nobles de Aragón y la hundió en la corriente.

Nunca sería rey. Había dejado de importarle. Fernán sintió el agua como lágrimas. Su último pensamiento fue para su esposa, ¡habrían podido ser tan felices! Se dijo que no era agua sino llanto lo que le ahogaba. Las lágrimas de su querida Adolza.

52

Pomar del Cinca, Huesca, 14 de junio de 1275

—Os otorgo a vos, doña Adolza de Urrea, la tenencia del señorío de Castro que mi padre, el rey, concedió a mi hermano natural, don Fernán —dijo Pedro solemne.

Se encontraban en la sala principal del castillo de Pomar. La luz penetraba por dos ventanales y por el orificio, cruzado por una enorme grieta, que había producido el proyectil. El suelo estaba cubierto de cascotes y sobre la gran mesa de roble, que ocupaba el centro, yacía el cuerpo pálido y rodeado de cirios de Fernán. Vestía una túnica oscura y tenía su espada entre las manos.

De pie en la cabecera de la mesa se hallaba el sacerdote que acababa de rezar un responso por el alma del fallecido. A un lado, doña Adolza, también de pie y de negro, cubría su rostro con un velo y sujetaba de la mano a Felipe, su hijo de cinco años, que gimoteaba. La acompañaban varias damas de luto y el alcaide del castillo, que había entregado sus armas.

Al otro lado se hallaba el infante Pedro junto con varios caballeros y nobles vestidos con armaduras completas. Allí estaba Juan de Prócida con sus sicilianos, y también Roger de Lauria, los hermanos Lancia, el vizconde Guillem de Castellnou, Blasco de Alagón, comandantes de las huestes reales y ciudadanas y varios de

los grandes nobles fieles a la Corona, entre los que destacaban los de Montcada y Entenza. La estancia estaba repleta. Aquella rendición tenía un significado especial.

Adolza no respondió a las palabras del infante. Ni siquiera le miraba. Contemplaba, ensimismada y cubierta por su velo, el pálido rostro de labios amoratados de su esposo.

—Las rentas del señorío os permitirán vivir cómodamente el resto de vuestros días —continuó el infante—. En cuanto a las posesiones que mi padre le había concedido a Fernán, en honor y no como pertenencia, las reintegro a la Corona. Otorgaré varias de ellas a don Juan de Prócida por los grandes servicios que le prestó a mi suegro don Manfredo, rey de Sicilia, que el Señor tenga en su seno.

Pedro se detuvo, como a la espera de una respuesta por parte de la viuda, pero la mujer siguió cabizbaja observando el cadáver. Movía los labios en rezo.

—En cuanto a Felipe, nieto de mi padre y sobrino mío, le permito usar el título de Castro —dijo mirando al niño, que le observaba lloroso—. Si a los catorce años me jura fidelidad, le nombraré personalmente caballero y conservará el señorío de Castro, que podrá transmitir en herencia a sus descendientes.

Nadie respondió.

—¿Ahorcamos al alcaide, señor? —Pascale Coppola rompió, con su voz ronca de acento siciliano, el largo silencio que siguió a aquellas palabras.

A pesar de lo impertinente de su intervención, Pedro le miró aliviado. Aquel silencio le era muy incómodo. El cadáver allí tendido y la visión de la viuda y del huérfano le producían angustia y remordimientos. Sentía una profunda congoja. Después de odiar a su hermano, y de sentirse odiado, verle allí desprovisto de vida le traía recuerdos de los juegos infantiles en los que acostumbraban a competir. Y también de cariño. Se repetía que no le había dado otra

opción. Si el siciliano no hubiera hablado, le habría costado contener las lágrimas.

—No —respondió esforzándose por mantener su voz firme—. Si el alcaide y sus hombres se incorporan hoy mismo a mi hueste, les perdonaré vida y hacienda. Dejaremos en el castillo una guarnición nuestra.

Aliviado, el alcaide inclinó la cabeza en gesto de gratitud y sumisión.

Súria había contemplado la muerte de Fernán desde la orilla. Vio que Roger evitaba ser el ejecutor y la mirada que le dirigió el infante. No entendía de honor entre caballeros, pero sabía que el suyo y el de su clan quedaban a salvo. Los traidores estaban muertos y la venganza consumada.

—No tenemos ya nada que hacer aquí —le dijo Súria a los suyos una vez que se hubo rendido el castillo de Pomar—. Seguro que Antillón capitulará sin lucha tras unos días de asedio.

—Cierto —coincidió Galcerán—. El botín será escaso.

—Tenemos ya suficiente para una larga temporada —intervino Sans—. Volvámonos.

Galcerán y Súria fueron a despedirse de Roger. Los recibió en su tienda y les ofreció vino con hidromiel y especias. Para los almogávares aquello era un lujo inaudito que apreciaron agradecidos.

—Lo habéis hecho muy bien —les dijo—. ¿Adónde vais ahora?

—Al campamento. Nos esperan las familias —repuso Galcerán—. Descansaremos unos días cazando y después, hacia el otoño, iremos a buscarnos la vida al sur, a la frontera de Murcia, Castilla y Granada. Habrá paz en Aragón. Aquí se ha terminado el trabajo y allí nos espera.

—¿Robando? ¿Saqueando? —Roger sonreía malicioso.

—Las armas son nuestras herramientas de trabajo, señor —repuso rápida Súria—. Lo mismo que las vuestras. ¿Y es que vos no saqueáis? Hacemos lo mismo, señor. Solo que vos sois noble y os bendicen los obispos. A nosotros, con suerte, solo un cura proscrito.

Roger se la quedó mirando. La pelirroja era lista y tenía una lengua ágil.

—Bueno —repuso, no quería entrar en polémicas—, pues si pasáis por mi valle del Seta, os agradeceré que, ahora que somos amigos, dejéis tranquilos a mis moros. —Les sonrió, y Galcerán y Súria le devolvieron la sonrisa.

—Incluso los podemos proteger —dijo Galcerán—. Todo depende del precio.

Roger rio.

—Ando corto de fondos y me conformo con que no visitéis mi valle. Pero me gustaría, en el futuro, hacer más negocios con vosotros. —Y al decir eso miró a Súria con intención.

¿Me está diciendo que quiere volver a verme?, se preguntó intrigada la pelirroja.

Normalmente habrían cubierto las quince leguas que los separaban del congosto donde aún se refugiaban las mujeres y los niños del clan en un solo día. Pero iban cargados con el botín y eso los demoró. Súria estaba ansiosa por llegar. A Beatriu le tenía que faltar poco para parir su segundo hijo.

El recibimiento fue muy alegre. No tenían ni muertos ni heridos. Súria se abrazó feliz a Beatriu, que estaba ya muy pesada. Y diez días después parió felizmente, en el monte, ayudada por Súria y varias de las mujeres. Era un hermoso varón. Un futuro almogávar.

—¿Cómo le pondremos? —inquirió Súria. Lo sujetaba en brazos, fascinada.

—Senén —dijo Beatriu—. Como su padre.

La pelirroja se sentía feliz. Las esperaban unos hermosos días de verano en familia. Disfrutaría del bebé y jugaría con Andreu, el otro hijo de Beatriu. Eran sus primos pero también, para ella, sus hijos.

Mientras, Pedro envió mensajes a su padre y a todos los nobles de Aragón, tanto sublevados como fieles, con la noticia de la derrota y ejecución, por ahogamiento en el río, de Fernán.

Se tomó el tiempo necesario para asistir a los funerales de su hermano y desplazarse sin prisas a Antillón, cuyo castillo seguía sitiado. A su llegada le esperaban mensajes de sumisión de muchos de los nobles sublevados. Los del resto no se retrasaron. La rebelión en Aragón había sido sofocada. Ya no le quedaba al infante más que pasar cuentas con cada uno de los rebeldes e impartir justicia otorgando perdones o castigos.

Solo faltaba que se rindiese aquel castillo, el de Blanca, la madre del ejecutado.

53

Antillón, Huesca, 20 de junio de 1275

—¡Asesino! —le espetó Blanca al infante.

El hedor de su boca desdentada le cortó la respiración, como si se tratara de un golpe en el pecho, y Pedro supo que aquella ceremonia de rendición no iba a ser tan tranquila como la anterior en Pomar.

La señora del castillo de Antillón vestía de luto pero no se cubría con un velo como su nuera. Pedro habría preferido no verle la cara; las arrugas podían ser agradables, pero no aquellas. La mujer tenía fama de bruja y su aspecto parecía confirmarlo.

—¡Sujetadla! —ordenó.

Sus hombres se apresuraron a hacerlo. Se le había acercado demasiado y, aparte de su fetidez, temía que le escupiera o le clavara en el rostro unas uñas que imaginaba negras de suciedad. Ella no le tenía miedo y le odiaba, como antes había odiado a su madre, la reina. El infante se preguntó cómo aquel ser había podido hacer enloquecer de lujuria a su padre. Quizá le hubiera suministrado un filtro amoroso. Claro que de aquello hacía ya más de treinta y cinco años y el rey tenía fama de perder, con facilidad, la cabeza por las mujeres.

—¡Asesino! —repitió Blanca tirando a los que la sujetaban para ir contra él—. ¡Habéis matado a vuestro propio hermano! ¡Maldito!

A Pedro le rodeaban los mismos caballeros que había en la rendición del castillo de Pomar. Y a Blanca, su hijo Jordán de Peña —al que su medio hermano Fernán había encomendado la defensa de la fortificación— y dos de sus capitanes, todos desarmados. Ninguno se movió cuando sujetaron a su agresiva señora.

—Hice justicia —repuso Pedro—. Vuestro hijo había traicionado al rey.

—¡No es cierto! ¡Solo se oponía a vos! Y, con vuestro acoso, no le disteis más opción. ¡Caín! ¡Asesino!

—Fernán se rebeló contra el rey nuestro señor. —El infante trataba de mantener la calma—. Y me quería matar. Hice justicia, señora.

—¡Mentís!

La mujer se le quedó mirando con unos ojos terribles que le hicieron estremecer. De repente profirió un aullido atronador y después gritó:

—¡Yo os maldigo, Pedro! —Su voz retumbó en las paredes de la sala, los arcos de piedra, las vigas y el artesonado que la cubrían—. ¡Maldito seáis, Caín!

El infante quedó inmóvil, sin saber qué responder. Le daba miedo.

—¡Vuestra vida será una lucha constante! —continuó la mujer—. ¡Nunca encontraréis la paz! ¡Y cuando creáis que habéis ganado…, moriréis! ¡Sí, moriréis sin disfrutar de vuestra victoria!

Y estalló en risotadas.

—¡Moriréis joven, sin encontrar descanso! ¡No hallaréis la paz ni en esta vida ni en la otra! ¡Caín! ¡Fratricida!

—¡Acalladla! —ordenó el infante.

Uno de los soldados quiso taparle la boca y ella le mordió la mano con los pocos dientes que le quedaban. Pedro se estremeció

de asco. Le introdujeron en la boca la toca negra con la que se cubría para silenciarla. Forcejeaba rabiosa y su cabello canoso quedó flotando suelto.

—Eso quisierais vos, bruja —le espetó Pedro, airado—. Pero vuestros deseos no se cumplirán. En absoluto. A cambio yo os vaticino algo que, con toda seguridad, ha de cumplirse. —Hizo una pausa—. ¡Esta ha sido la última vez en vuestra vida que maldecís a alguien!

El infante se giró y repasó con la mirada a los que le acompañaban.

—¡Roger de Lauria! —ordenó—. ¡Arrancadle la lengua!

Roger tragó saliva. ¡Él no era un verdugo! Y la orden le desagradaba profundamente. No había visto nunca aplicar tal suplicio y trató de imaginar cómo hacerlo.

—¡Ahora mismo! —insistió Pedro al verlo vacilar—. Delante de todos. Así esta bruja dejará de maldecir a la gente.

—¡Sí, señor! —dijo Roger.

Ni por un momento cruzó por su mente negarse. Y menos frente a todos aquellos señores. Consideraba la tarea, aparte de asquerosa, humillante. Pero a veces el infante, a pesar de haberle salvado la vida en el cruce del río Cinca, le seguía probando. Sabía que a su señor le había disgustado que se apartara de la ejecución de Fernán. Lo había interpretado como una crítica.

No iba a titubear ni un solo instante más. Ordenó que le trajeran herramientas. Le pusieron a la mujer unos tacos de madera para que no pudiera cerrar la boca, le tiraron de la lengua con unas tenazas y Roger, conteniendo las náuseas, la cortó con su daga tan profundo como pudo.

—¡Tened, señor! —dijo echando el miembro a los pies del infante.

Blanca cesó de aullar y cayó al suelo desvanecida sobre el charco de su propia sangre. De una patada, Pedro le devolvió a la mujer

inerte el trozo mutilado de su carne.

—Es un rival digno de Carlos de Anjou —murmuró el viejo Juan, satisfecho, al oído de su paisano Pascale.

—Pero se ha negado a aceptar el guante de Conradino —repuso el hombre de la cicatriz en la cara.

—Dadle tiempo. —El de Prócida sonreía—. El francés se ha cruzado en su camino. Es ya su enemigo. Y Pedro es un enemigo peligroso.

54

Perpiñán, condado del Rosellón, el mismo día

Eran los últimos días de primavera y la naturaleza mostraba todo su esplendor llenando los campos del Rosellón con millares de flores e infinitos matices de verdes. El rey Jaime había acudido a Perpiñán al encuentro de su hija Violante y de sus nietos, que regresaban de Francia, mientras el rey Alfonso continuaba en la corte papal, negociando, tenaz, a pesar de los malos augurios.

El monarca aragonés se había dado una tregua en el sometimiento de los nobles catalanes para disfrutar de unos días de paz y familia, y ya llevaba dos semanas con ellos. Dormía poco, temía que aquella fuera su última primavera, y se levantaba al alba para disfrutar de los rosales del jardín. Después, en su cámara del palacio real, trabajaba unas horas en sus memorias.

—Un mensaje de vuestro hijo el infante Pedro, señor. —El paje se lo entregó tras hacer una genuflexión.

El soberano, con un gesto, ordenó que se lo diera al obispo de Huesca. No podía leer sin los cristales prescritos por su médico, pero se negaba a usarlos porque le parecían indignos. Jaume Sarroca rompió los sellos para desenrollar el pergamino. Leyó en silencio y a continuación observó a su padre.

—¿Qué pone? —inquirió este.

—Vuestro hijo dice que ha sometido a los nobles de Aragón.

—¡Alabado sea el Señor!

El obispo compuso entonces una expresión trágica.

—¿Y qué más dice? —inquirió el monarca inquieto.

—Que antes capturó a su hermano Fernán.

—¿Y qué? —Le impacientaba el protagonismo que a veces quería tomar el obispo.

—¡Lo hizo ahogar en el río Cinca!

—¡Dios mío!

El rey sintió un golpe en el pecho, como si le atravesara una lanza. Se cubrió el rostro con las manos y permaneció un tiempo en silencio. Cuando miró de nuevo a su hijo, tenía los ojos húmedos.

—Que el Señor se apiade de su alma —murmuró el obispo cabizbajo.

—Y de la mía —musitó el soberano con voz temblorosa.

El rey Jaime tomó el documento y se dirigió a los aposentos de Sibila de Saga. Su belleza y empatía acostumbraban a serenar su espíritu angustiado.

—Leed —le dijo.

Ella se levantó de la cama envuelta en una fina bata de dormir que resaltaba sus jóvenes curvas femeninas y observó inquieta, con sus ojos azules, primero la expresión compungida de su amante y después el documento.

—Vuestro hijo Pedro hizo matar a vuestro hijo Fernán —dijo pensativa al rato—. Era de esperar. De amigos entrañables en la infancia pasaron a odiarse.

—Yo no quería ese final.

Sibila se sentía aliviada. ¡Al fin se había desencadenado la tragedia! Era un golpe muy duro para su señor, aunque la pena presente no sería nada en comparación con la angustia vivida en los últimos meses. Decidió que al rey le convenía una respuesta dura que le hiciera reaccionar.

—¿Azuzasteis al mastín y esperabais que no mordiera? —Le sonreía triste—. ¡Por favor! Conocéis a vuestro hijo Pedro. Y también a Fernán.

—Cierto es que, cuando se confirmó la rebelión, le ordené que les hiciera, a Fernán y a su suegro, todo el daño que pudiera. Pero me refería a la toma de pueblos y castillos, a que los derrotara militarmente, a que los sometiera. No quería eso.

—Pues con eso os encontráis, señor, y es consecuencia de vuestras palabras. ¿Qué vais a hacer ahora?

Jaime se mantuvo pensativo un tiempo mientras mudaba la expresión de su rostro.

—Lloraré a Fernán y rezaré por su alma.

—¿Y después?

—Haré lo que debo hacer —dijo firme—. Apoyaré a mi heredero. Fernán era el líder de los sublevados. Estos nunca sabrán la pena y el dolor que siento.

—Haréis bien, señor —aprobó Sibila afirmando con la cabeza.

Cuatro días después el rey Jaime dictó en sus memorias:

Y antes de salir de Perpiñán nos llegó la noticia de que el infante Pedro, teniendo sitiado un castillo de Fernán Sánchez, le cogió preso y le hizo ahogar. Y nos complació mucho oírlo, porque era cosa muy dura que, siendo nuestro hijo, se alzara contra nos, a pesar de que le habíamos hecho tanto bien y le habíamos dado tan honrada heredad.

A continuación lo hizo releer, quedó pensativo y ordenó enérgico a su hijo el obispo:

—Escribid una carta a todos los nobles con ese mismo contenido. Que sepan a lo que se exponen.

Después se despidió con todo su cariño y amor de su hija y de sus nietos castellanos y partió con su ejército a someter al conde de

Ampurias.

55

Castillo Dell'Ovo, Nápoles, 10 de julio de 1275

—¡Señor, Fernán Sánchez de Castro ha muerto! ¡El infante Pedro de Aragón le ha hecho ejecutar!

Carlos, hijo de Carlos de Anjou, esperó a que los ministros de su padre abandonaran el despacho para irrumpir, cojeando, con la noticia.

Unos ventanales de arcos redondeados mostraban el mar azul e inundaban de luz la sala del castillo Dell'Ovo, en plena bahía de Nápoles.

Carlos observó a su heredero, una vez más, de la cabeza a los pies, crítico. El chico tenía ya veintiún años y era más bajo que él. Poseía la alargada nariz de los Capeto, ojos oscuros y tez clara. Su naturaleza era débil y enfermiza, nunca sería bueno con las armas. Habían tenido que esperar a que cumpliera los dieciocho para nombrarle caballero y ni siquiera así había podido ofrecer un aspecto lo suficientemente digno. Y era más bien tranquilo y pacífico. Toda una decepción para el padre. Tampoco poseía el carácter ambicioso y decidido preciso para lograr ciertas victorias. En la batalla de Tagliacozzo, él no habría soportado ver cómo las tropas de Conradino destrozaban a la mayor parte de su ejército. Hubiera ido en su ayuda y habría caído derrotado. El rey negó con la cabeza,

disgustado, imaginándolo. ¿Aquel tenía que heredar el imperio que él, Carlos I de Anjou, estaba forjando?

Cuatro años antes había casado al joven, como parte de una alianza, con María de Hungría, y le había nombrado príncipe de Salerno. Pero le privó del dominio del rico condado de Provenza, que le correspondía por herencia materna y que manejaba él personalmente.

Se consolaba diciéndose que, a pesar de sus debilidades, su hijo tenía también alguna virtud. La principal era su supervivencia. Había nacido contrahecho, deforme, casi un cadáver; tuvo una caída de caballo que a punto estuvo de acabar con su vida, condenándole a cojear, y antes de su boda superó una grave enfermedad. Le daban ya por muerto. Había sobrevivido a dos hermanos varones. Y ya le había hecho abuelo con dos nietos y una nieta, asegurando el futuro de la dinastía Anjou, y eso era algo que el rey le agradecía. Porque el otro hijo varón superviviente era aún más débil y no había procreado.

Aquel hijo le defraudaba. Aunque reconocía su inteligencia y su capacidad para la administración, nunca sería el emperador que él había deseado que le sucediera.

—No hay que preocuparse demasiado —le respondió Carlos sonriendo con suficiencia—. Era apenas un peón en nuestro tablero de ajedrez.

El príncipe respiró aliviado al ver la sonrisa del rey. Estaba de buen humor. Aunque los grandes dientes caninos que mostraba le intimidaban. Sus profundas y oscuras ojeras en su rostro cetrino enmarcaban unos ojos azules duros e inquisitivos. El joven se sentía siempre observado, evaluado. Admiraba a su ambicioso padre y sabía que era una decepción para él —nunca se le podría asemejar en lo físico, por más que tratase de imitarle en los gestos y la forma de hablar—, pero soñaba con hacer algo que llenara de orgullo a su progenitor.

—¿Solo un peón?

—Sí, mirad.

Y el rey de Sicilia se levantó para dirigirse a un tablero de ajedrez.

—Las nuestras son las blancas —le explicó—. Y ese peón era Fernán.

Tomó el peón y lo arrojó a una caja que contenía otras piezas. Las maderas sonaron al chocar.

—¡Muerto! —dijo—. Pero apenas importa en la partida. El tablero es el Mediterráneo y Fernán estaba en Aragón. El juego se desarrolla en el otro extremo.

El príncipe observó en silencio la disposición.

—Fijaos —continuó, elevando el rey blanco para mostrárselo y volverlo a colocar en su sitio—. Este soy yo. El rey negro es Miguel Paleólogo, el emperador bizantino. La partida terminará cuando conquiste Constantinopla, le dé jaque mate y me proclame yo emperador.

—¡Pero las negras conservan su dama, y nosotros no! —exclamó el príncipe—. ¿Cómo pensáis ganar con esa desventaja?

—Esa pieza es el papa —repuso pensativo Carlos—, que juega con las negras porque me impide atacar a Miguel. ¡A pesar de que es emperador de esos cismáticos de la Iglesia ortodoxa griega!

—Gregorio X no quiere someter a los griegos con las armas —recordó el príncipe—. Desea la unión de las Iglesias por convicción y sin violencia.

—¡El muy iluso! Ese zorro de Miguel Paleólogo le dice que logrará que sus eclesiásticos ortodoxos, los popes, se sometan a Roma. ¡Pero tienen incluso más poder que nuestros clérigos! ¡Y son unos fanáticos! Sabe que no lo conseguirá. No obstante, finge para que el papa me frene.

—¿Y cómo perdimos nuestra dama?

El padre rebuscó entre las piezas de la caja hasta encontrar la reina blanca y la levantó.

—Los papas Urbano IV y Clemente IV, ambos franceses, fueron mis reinas —murmuró mirando la pieza pensativo—. Me proclamaron campeón de la Iglesia, me ayudaron a acabar con el rey Manfredo y con Conradino y me coronaron rey de Sicilia, senador de Roma, dominador de Italia y rey de Albania.

—¿Tanto nos perjudica Gregorio X?

—Este papa italiano me ha despojado de parte de mi poder. —Carlos se quedó mirando a su heredero y mostró sus colmillos con una sonrisa—. ¿Me preguntabais antes cómo perdimos la dama?

—Sí.

—De forma natural. Se murió. Y eso es lo bueno de Gregorio X.

—¿Qué?

—Que ya tiene sesenta y cinco años. —Amplió su sonrisa—. Y por su aspecto no ha de durar mucho. El próximo papa será blanco, os lo aseguro. Peleará a nuestro lado. Entonces la partida cambiará totalmente. Acabaré con Miguel Paleólogo y me proclamaré emperador.

—¿Y cómo pensáis conseguir un papa favorable?

Carlos de Anjou rio.

—Esa lección no toca hoy.

El príncipe de Salerno afirmó con la cabeza. No era prudente insistir ni llevarle la contraria a su padre.

—Decidme, ¿qué piezas son esas?

—El alfil blanco es Venecia, nuestra aliada; la torre blanca, Francia; el otro alfil, el visir de Túnez, mi feudatario; la otra torre, mis vasallos y aliados en la península helénica. En cambio, Génova, nuestra enemiga, es el alfil negro, y la torre negra es Rodolfo, el emperador germánico…

—¿Y dónde está el infante Pedro de Aragón? —inquirió el príncipe —. Hay quien dice que su esposa es la auténtica heredera del reino

de Sicilia.

—Aragón es este peón negro del extremo que no cuenta en la partida —dijo mostrando la pieza.

—Pero acaba de comerse a Fernán, nuestro peón blanco.

—Aragón no será problema mientras viva el rey Jaime.

—¿Y después?

—Después tampoco. No cuenta en el gran juego del Mediterráneo. Con todos sus reinos y condados no tiene más de un millón de habitantes. Y una buena parte son sarracenos o nobles rebeldes que le hacen la guerra al rey. Solo en Francia viven cinco millones de cristianos, y en mis reinos, cuatro.

—Pero se dice del infante Pedro que…

—No importa lo que se diga —cortó el padre—. Si Pedro se atreve a enfrentarse a nosotros cuando sea rey, le aplastaremos. —Rio—. Es mucho más fácil conquistar Aragón y Cataluña desde Francia que el Imperio bizantino.

56

Lérida, 19 de noviembre de 1275

Sometidos los nobles rebeldes aragoneses, mi marido se encontró en Lérida con su padre. El rey Jaime estaba muy preocupado por la trágica sucesión de muertes acaecida en la familia y la invasión africana que arrasaba el sur de Castilla.

—No aceptéis comandar el ejército de ayuda a Castilla si antes vuestro padre no nombra a nuestro hijo Alfonso heredero suyo y vuestro —le pedí—. Os lo suplico, Pedro.

—¿Os preocupa que muera, señora? —repuso sonriéndome.

—Me lleva preocupando desde que nos casamos, señor. Sois un hombre de armas.

—¿Y por qué lo pedís ahora?

—Conocéis mejor que yo lo que sucede en Castilla. Varios grandes señores han muerto a manos de esos sarracenos, incluido vuestro hermano el arzobispo de Toledo. Esa gente es muy peligrosa. Sabéis también que gran parte de la nobleza catalana y aragonesa está en vuestra contra. Temo que muráis como vuestro sobrino Fernando de la Cerda, el heredero de Castilla. Y que peligre la vida de nuestros hijos, como ocurre con los suyos.

—Si vos murierais, gran parte de la nobleza de Cataluña y Aragón apoyaría a vuestro hermano el infante Jaume, señor —intervino Juan

—. Él les daría lo que vos no les concedéis. Y vuestros hijos jamás serían reyes.

—¿Creéis que mi hermano se atrevería a desheredarlos?

—Sin duda alguna —afirmó, contundente, el viejo siciliano—. Tengo mis espías. Jaume sabe bien que vos no aceptáis la división de los reinos. Y él quiere reinar en una Mallorca independiente. Pero no le importaría reunificar los reinos bajo su cetro. Aun a costa de hacer grandes concesiones a los nobles.

Mi esposo se mantuvo pensativo.

—Mis noticias coinciden con las vuestras, Juan —dijo al fin.

Y permaneció en silencio. Yo le observaba atenta.

—Señora —me dijo al fin—, vuestra petición es justa. Cuidáis bien del interés de la familia. Hablaré con mi padre. Está receptivo. Lo que ocurre en Castilla le tiene muy disgustado.

Nos encontrábamos en la sala principal del castillo de la Suda de Lérida, repleta de los grandes nobles y eclesiásticos que habían llegado para las Cortes. Mi suegro se sentaba en un sencillo trono sin respaldo y elevado, según la costumbre, dos escalones sobre el suelo. A su lado, en un sitial semejante, estaba su heredero, mi esposo. Entre ambos había un asiento vacante.

—Yo, el noble Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón, conde de Barcelona y Urgel y señor de Montpellier, os nombro a vos, infante Alfonso, hijo de mi hijo Pedro y de doña Constanza de Sicilia, heredero de Aragón, Valencia y Cataluña.

Mi hijo Alfonso se arrodilló frente a su abuelo para besarle la mano. Yo le observaba de pie, como el resto de los asistentes, junto a Juan de Prócida, y no pude evitar una sonrisa feliz. Era noviembre y el pequeño Alfonso acababa de cumplir diez años. Aún no había sido nombrado caballero pero ceñía su túnica azul con un cinto del que colgaban espada y daga. Consciente de la importancia del acto,

se mantenía erguido y sereno. Me fijé en mi esposo y me pareció que tenía los ojos húmedos de la emoción. Amábamos a aquel muchachito que prometía ser un gran príncipe y que mostraba ya su señorío en la forma de moverse y comportarse. Era nuestro sucesor y, una vez terminada la ceremonia, sería nuestro heredero y el de su abuelo. Recé para que el Señor concediera a nuestro hijo muchos años después de los nuestros.

El abuelo, majestuoso, vestía una túnica también azul sobre la que destacaban, bordadas, las armas reales en sangre y oro, y se cubría con una capa púrpura. En su cabeza de cabellos blancos lucía la corona real y su mano sostenía el cetro. Era una fina vara de plata culminada por un murciélago de oro.

—Los nobles aquí presentes os jurarán fidelidad —añadió el soberano—. El resto lo hará durante las Cortes que estamos a punto de celebrar. Sentaos.

Y el niño lo hizo en la silla situada entre la de su padre y la de su abuelo. A continuación, la aristocracia y los grandes eclesiásticos fueron desfilando. Un mayordomo voceaba nombre y título, y el aludido se acercaba a nuestro hijo, hincaba la rodilla y le besaba la mano. Ya le había rendido pleitesía el último cuando, para sorpresa de todos, el pequeño heredero alzó la voz. Era aún infantil pero sonaba firme.

—Quiero que Giacomo von Blum de Brindisi jure también —dijo solemne.

El niño siciliano tenía doce años y, a pesar de su reciente amistad con Alfonso, le había sorprendido que este insistiera en su presencia en la ceremonia. Yo sabía lo que iba a suceder y le observaba. Al oír su nombre pasó de la sorpresa a la confusión. Incluso él sabía que aquello no era ortodoxo. Ponía a la altura de los grandes del reino a un huérfano que conocía el hambre, la miseria y la tragedia y que no tenía nada. Las expresiones atónitas de los asistentes lo confirmaban.

El mayordomo real tardó en reaccionar y en la sala se hizo un silencio estupefacto. Consultó con una mirada al rey, que afirmó con la cabeza. Pedro sonreía. Le gustaba la audacia de nuestro hijo: saltarse las normas era un privilegio real, y era bueno que Alfonso, tan joven aún, supiera ganarse fidelidades. Observé al rey, mi suegro. También parecía complacido.

—¡Giacomo von Blum de Brindisi! —clamó al fin el mayordomo.

Y, con calma, el niño siciliano que nunca sonreía se acercó a su pequeño señor. Aquel era un gran honor. Hincó la rodilla en el suelo y, con lágrimas de emoción, le besó la mano.

El infante Alfonso acababa de nombrar al primer miembro de su corte.

—A partir de ahora, vuestro apellido se traducirá a nuestro idioma —dijo solemne, seguro y con voz potente nuestro hijo—. Seréis Giacomo de Flor.

Mi mirada se cruzó con la de Pedro. Nos sentíamos felices.

57

Cerca de Alicante, reino de Murcia, finales de diciembre de 1275

Abdul contempló de nuevo el cielo nocturno estrellado. Un bólido cruzó veloz el espacio sin límites.

—Alá es grande —murmuró.

Gozaba de su guardia en noches claras como aquella a pesar del sueño que a veces le acosaba. La inmensidad y la belleza de la bóveda celeste, de oscuridad transparente, cubierta de infinitos guiños de luz, le encogía el corazón. Y de su pecho surgía una alabanza al Creador.

La noche era muy fría, aunque no tanto como para helar. Se cubría, por encima de su chilaba, con una capa y una capucha de piel de oveja. En el cinto llevaba un puñal y un alfanje, y sostenía una lanza. Tenía dieciséis años y apenas unos pocos pelos castaños en la barba.

—Bendito sea su nombre —repuso Hadi, su tío, un hombre de unos cuarenta años, de rostro descarnado y ojos y barba oscuros que vestía como el joven.

Desde la desaparición dos días antes de un rebaño de ovejas y cabras, junto con sus pastores, la vigilancia en la alquería se había redoblado. Los tiempos eran difíciles. La comunidad, a media jornada de camino de Alicante, constaba de varias casas, graneros y

establos que formaban un gran rectángulo. Las ventanas y puertas se abrían al patio interior, y las paredes exteriores, sólidas y sin aberturas, hacían las veces de muralla. Hadi y Abdul montaban guardia en una garita orientada al patio y situada junto al único portón de la alquería. Por encima de ellos, al otro lado de la entrada, se elevaba una torre desde la que otros dos hombres vigilaban. Eran agricultores y ganaderos con escasa formación militar.

—¿Ha sido eso un búho? —susurró Abdul, alertado.

—Eso parece —murmuró Hadi.

—¡Le responden desde el otro lado!

Hadi miró la torre en espera de alguna señal pero no la hubo. Después, con gran precaución, entreabrió un pequeño ventanuco que permitía vigilar el exterior desde la garita. La tenue luz le hizo posible ver, con sus ojos adaptados a la oscuridad, el camino y sus márgenes.

—Todo está bien —musitó.

Apenas había terminado de hablar cuando una sombra se precipitó sobre Abdul. Su espalda golpeó violentamente la pared y sintió el frío del acero en su garganta.

—Una palabra y te degüello —le dijo una voz femenina.

Miro a su tío y le vio en la misma situación. El hombre quiso gritar, pero todo lo que el muchacho oyó, estremecido, fue un sordo tajar de carne y un siniestro gorgoteo. Hadi cayó sujetándose la garganta al suelo oscuro.

Galcerán hizo un gesto a Súria con el dedo en la garganta. Ella negó con la cabeza y le introdujo una bola de piel al muchacho en la boca. Resignado a que Súria tomara sus propias decisiones, el adalid la ayudó a amordazar y atar al muchacho, al que dejaron en el interior de la garita. Después miró a lo alto de la torre y vio a Abdón,

que le saludaba con la mano. Él y un camarada habían anulado a la guardia. Todo iba bien.

Desatrancaron la puerta y una treintena de almogávares penetraron, silenciosos, seguidos de una docena de mujeres armadas con azconas y cuchillos. Se distribuyeron frente a las puertas. Seis se situaron delante del único edificio con un piso superior, que estaba conectado a la torre de defensa. Abdón lanzó una cuerda y Súria y Galcerán treparon. Habían sonsacado a los pastores capturados y conocían bien la distribución de la alquería. Abdón encendió una antorcha con el pedernal de su zurrón y bajaron desde la torre a la planta superior, donde dormía el cadí con sus tres esposas e hijos. Galcerán destapó el lecho de pieles, agarró al hombre del camisón y le arrastró afuera.

—Le dirás a tu gente que no se resista —le gruñó—. De lo contrario os degollaremos a todos.

El hombre le miraba sorprendido y asustado, tratando de recuperarse. Las mujeres chillaban. Cuando comprendió lo que ocurría se irguió con dignidad, se sacudió de Galcerán y le dijo:

—No nos podéis asaltar, el rey nos protege. Y os castigará. Si os vais ahora, no os denunciaremos.

—Pues hace mal en proteger a moros —intervino el rubio Abdón —. Fíjate cómo vivís. Tenéis campos, huertas y rebaños. ¡Y tú hasta tres mujeres! ¡Infiel pervertido! Mientras, muchos cristianos pasan hambre.

—Esas tierras y el ganado han sido de mi familia durante muchas generaciones —repuso el hombre—. Y lo tenemos porque lo trabajamos. No como vosotros, que no queréis cultivar, solo robar. Cuando se pactó nuestra rendición, el rey nos ofreció mantener estas tierras si las trabajábamos para él, que a su vez respetaría nuestras costumbres y religión. Eso hicimos y pagamos con nuestros impuestos el derecho a cultivar la tierra que ahora es suya pero que

por derecho es nuestra. ¡Vuestro rey nos protege! ¡Largaos de aquí y dejadnos en paz!

—¡El rey está en guerra contra los musulmanes! —dijo Sans.

El cura, incapaz de escalar la torre, había esperado a que le abrieran la puerta desde el interior. De inmediato subió al piso. Sabía que Galcerán le quería allí.

—¡No con nosotros! —repuso el cadí—. Somos súbditos fieles, estamos bajo su protección. Si está en guerra, es contra los benimerines de Marruecos y los granadinos. Además, aún no han atacado sus reinos sino solo a Castilla.

—No importa —replicó Sans—. Es el islam contra el cristianismo.

—¡No! ¡No lo es! —El hombre se indignaba conforme discutían—. Es la legalidad, que nosotros representamos, lo honrado, contra una panda de bandidos.

—Es el hambre de cristianos viejos, que rezan al Dios verdadero, contra la opulencia y el vicio musulmán —le espetó Sans—. Además, antes de que tus antepasados se apoderaran de estas tierras, eran de cristianos.

—¡Me da igual todo eso! —aulló Galcerán. Y miró fiero al cadí—. ¡Baja y dile a tu gente que se rinda sin resistirse! De lo contrario os mataremos uno por uno. Me quedo a tus mujeres e hijos de rehenes.

En cuestión de una hora, los musulmanes habían depuesto las armas y estaban encerrados en una casa de sólidas paredes rodeada de una fuerte guardia.

Súria fue a abrazar a Beatriu. A pesar de lo dulce y vulnerable que la veía, con su lanza y su cuchillo tenía un aspecto fiero.

—¡Gracias a Dios que ha salido bien! —le dijo, sonriendo. Mostraba sus hermosos dientes, y sus ojos rasgados color miel brillaban felices—. ¡Pasaremos un buen invierno!

Ante la amenaza musulmana, a principios de diciembre el infante Pedro, obedeciendo a su padre, había reunido un ejército para marchar en ayuda de Castilla. Y convocó a los almogávares en la zona de Jijona, frontera entonces entre el reino de Valencia y el de Murcia, para reforzar su ejército. Y Roger incorporó a sus tropas del valle del Seta al clan de Súria y Galcerán, que acudió entusiasmado ante la perspectiva de botín. El ejército marchó hacia Almería sin encontrar oposición, pero tampoco trigo ni ganado. Los musulmanes estaban encerrados en sus castillos y lo habían puesto todo a buen recaudo.

—No les gusta pelear en invierno y se quedan calentitos en casa —comentó Roger.

—Conocen nuestra debilidad —dijo Pedro pensativo—. No tenemos recursos para asediar una ciudad o castillo. Los almogávares son buenos en la emboscada y en campo abierto. Pero no asaltando murallas. Si su caballería sorprende a nuestra retaguardia, nos puede aniquilar.

—Sancho de Castilla ha firmado una tregua hasta primavera —informó Roger—. Hagamos lo mismo.

—Bien sabe Dios que tengo asuntos que resolver en el norte —murmuró Pedro—. Le enviaré un mensaje a mi padre. No le va a gustar, pero no tengo otro remedio.

Se firmaron treguas y el ejército se desmovilizó. Las huestes regresaron a sus castillos, pueblos y ciudades y los almogávares se quedaron en la frontera a pasar el invierno. Al raso. Ni a Pedro ni a Roger les preocupó cómo iban a sobrevivir, ya se buscarían la vida. Aquel asalto era la consecuencia. El clan se buscaba la vida. Aun a costa de los musulmanes que pertenecían al rey.

—Este sería un buen lugar para quedarnos —decía ahora Beatriu amamantando a su bebé.

Celebraban con un gran banquete la toma de la alquería sin sufrir bajas.

—Sí —convino Súria—. Son buenas tierras. Mejores incluso que las de mi familia en Ampurias. Pero nosotros no cultivamos.

—Y aunque quisiéramos hacerlo, tarde o temprano las tropas reales nos caerían encima —advirtió Sans—. Podemos quedarnos a pasar el invierno porque el rey está ocupado con la guerra entre cristianos que se libra en la ciudad de Valencia. Pero habrá que irse en primavera.

—Demos gracias al Señor por este invierno —se conformó Beatriu.

La idea de tener a sus hijos protegidos del frío en aquel hermoso lugar la confortaba.

—¿Qué haremos con los prisioneros? —quiso saber Súria.

—Si nos quedásemos, trabajarían las tierras para nosotros —dijo Galcerán—. Pero no puede ser. Así que habrá que venderlos como esclavos. Nos darán un buen oro.

Súria guardó silencio. Recordaba a Abdul, el chico al que había capturado: al encerrarle junto al resto de los prisioneros, se reunió con una niña de unos quince años, se abrazaron y ella se puso a llorar. Le enterneció porque aquel tipo de efusiones no eran bien vistas, y menos entre musulmanes. Se debían de querer mucho. Y le recordaba a su hermana pequeña, a la que el conde de Ampurias había vendido al emir de Menorca. ¡Qué infamia! Apretó los puños.

—¡No es justo! —exclamó—. Esa gente no nos ha hecho nada.

—Alégrate de estar con nosotros —le dijo Abdón—. En este mundo o esclavizas o te esclavizan.

Un par de días después llegaron los tratantes. Primero se llevaron a las mujeres.

A Súria se le partía el corazón viendo las despedidas. En especial la de Abdul y su joven esposa. Su abrazo desesperado la hizo llorar. No se verían nunca más. Era terrible. Agarró con fuerza la mano de Beatriu. Sería espantoso que las separaran de aquella forma. De

haber podido se habría acercado a Abdul, deshecho en llanto, para abrazarle.

Mientras, Abdul se preguntaba cómo aquella noche bellísima de Dios de hacía menos de una semana se había convertido en semejante pesadilla. Miró por última vez a Amal, su esposa, y se dijo que tenía que despertar como fuera de aquel mal sueño. Las cadenas de pies y manos le herían la carne.

58

Barcelona, finales de 1275

—Deberíais visitar al rey de Francia —le sugirió Juan a mi esposo—. Y pedirle ayuda contra los sarracenos.

Firmadas las treguas con los benimerines, habíamos viajado a Barcelona para pasar las Navidades.

—¿Ayuda contra los sarracenos? —inquirió riendo Pedro—. No nos la dará. Sabéis que está preparando una expedición contra Castilla. La invasión de los africanos le facilita las cosas.

—Se negará, pero fue vuestro cuñado y ha de trataros bien. Manteneos cordial. Decid que queréis rezar ante el sepulcro de vuestra hermana Isabel en Saint-Denis.

Pedro movió la cabeza, disgustado y triste. Yo sabía que el recuerdo de su querida hermana menor, la bella Isabel, le era doloroso. Había muerto hacía ahora cinco años de resultas de una caída de caballo en Cosenza, reino de Sicilia, de regreso de la desastrosa cruzada donde había perecido Luis IX de Francia. Se partió el espinazo y, embarazada de su quinto hijo, sufrió un aborto y luego murió entre grandes dolores. La princesa, reina ya a su muerte, había ejercido una influencia muy positiva sobre Felipe, beneficiando a Aragón.

—Estudiad a vuestro excuñado, a vuestros sobrinos, a su nueva esposa y lo que podáis de su reino —continuó Juan—. Mostraos amable, cariñoso, dadle muestras de amistad. Observad bien a Felipe, porque será vuestro enemigo. Ahora os podéis permitir ese viaje. Dentro de poco, cuando seáis rey, no.

—Se dice que es débil de carácter —dijo pensativo Pedro—. Y que su tío Carlos de Anjou le tiene subyugado con su fuerte personalidad.

—Precisamente por eso —concluyó Juan—. No será vuestro enemigo por él mismo sino por los que le rodean. Id y estudiad a quien os ha arrebatado el reino de Navarra.

—Él tenía un ejército del que yo carecía —gruñó Pedro disgustado.

—Pienso que don Juan está en lo cierto, señor —le dije yo, a pesar de que me afligía la separación—. Yo me quedaré en Gerona con los infantes. Allí, en el castillo de la Força estaremos a salvo. Podréis viajar con rapidez.

A mi esposo le pareció una buena idea y se puso en marcha de inmediato, no le asustaba el esfuerzo ni la penuria física. Primero se aseguró de disponer de los mejores caballos, de fastuosos vestidos y armas nuevas. Quería presentarse con la dignidad de un rey. De entre los sicilianos solo se llevó a Roger, que podía pasar perfectamente por catalán. No quiso acompañarse de Juan de Prócida puesto que su odio hacia Carlos de Anjou era bien conocido en Europa y habría dificultado el trato con la corte francesa.

Evitó la pompa y el boato para ganar en rapidez y discreción. Tampoco avisó a nuestro cuñado francés. Y rodeado de un puñado de caballeros y enarbolando las enseñas sangre y oro de Aragón, se internó, audaz, en Francia. Y nadie se atrevió a interceptarle hasta que, a solo un día de camino de París, envió aviso de su llegada.

Sorprendido, Felipe III de Francia le recibió desplegando todo el ceremonial de la corte francesa. Se sentaba en un trono elevado y

cubría su túnica blanca con un lujoso pellote que tenía, al igual que su enorme y vistosa capa azul, grandes flores de lis bordadas en oro, plata y perlas. Su corona y su cetro estaban también rematados con flores de lis y sostenía un pomo. Todo en oro. Le acompañaba su esposa María de Brabante, asimismo coronada, y su íntimo consejero, el gran chambelán Pierre de la Brosse.

Felipe llevaba el sobrenombre del Atrevido, supuestamente por su valor en batalla, pero a mi esposo no le causó una mejor impresión que en la anterior ocasión. Era cinco años menor que él y relativamente pequeño de cuerpo. De larga nariz y rostro muy blanco, enjuto y delicado en sus formas, tímido, dubitativo y cambiante. Estaba a merced de las opiniones de su chambelán, con el que se rumoreaba que mantenía una relación secreta, y de las de su autoritaria esposa, que detestaba al chambelán y adoraba a Carlos de Anjou.

Cuando fue nombrado rey, en Túnez, después de la muerte de su padre y de uno de sus hermanos, se mostró incapaz de comandar el ejército cruzado y dejó la responsabilidad en manos de su tío Carlos, que concluyó un pacto con el emir de Túnez por el que el musulmán le pagaría a él, como rey de Sicilia, un elevado tributo. Y dejaría de pagarlo a mi suegro Jaime. Así que el único beneficiado de aquella desastrosa cruzada en la que murieron tantos franceses resultó ser Carlos de Anjou. ¡Odiaba yo tanto a aquel individuo, asesino de mi padre!

Mi esposo rezó ante la tumba de su hermana en Saint-Denis y también en la Sainte-Chapelle, impresionante testimonio del esplendor de la corte francesa. Pidió conocer a sus sobrinos. Quería establecer una relación directa con ellos, que quizá le sería útil en el futuro. El heredero, de once años, le pareció débil y enfermizo. No así Felipe, de siete, con el que se produjo un extraño vínculo de simpatía. Era un niño de inquietante fijeza en la mirada, que demostraba inteligencia y valor. De Roberto y Carlos, que tenían seis

y cinco años, no llegó a formarse una opinión. Los regalos con que los obsequió, exóticas armas y telas sarracenas, fueron muy celebrados por los pequeños príncipes.

Pedro llegó a la conclusión de que si se atrevía a enfrentarse a Carlos por Sicilia, tendría también que hacerlo con Felipe. Y pudo comprobar que Francia poseía más campos y mucho más fértiles, era muy rica y albergaba muchísima más población que nuestros futuros reinos. La mayor de nuestras ciudades no podía compararse, ni de lejos, con París.

—El guante de Conradino, señora, vuestra herencia, es un regalo envenenado —me dijo al regresar, muy serio—. Francia es un enemigo imponente.

Perdí las esperanzas. No iba a insistir. No podía presionar a mi marido para que se suicidara.

Sicilia continuaría bajo la tiranía francesa y mi padre nunca sería vengado, me dije entre lágrimas al quedarme sola. Pero el guante de Conradino seguía latiendo en la caja de marfil en la que lo guardaba, como el corazón en mi pecho. Y aunque yo no podía insistir —de momento—, clamaba venganza.

59

Valencia, inicios de febrero de 1276

—Todos estáis contra mí —murmuró el rey Jaime mirando fijamente a Hug V de Ampurias.

El gigante pelirrojo se removió incómodo en su asiento, que crujió. Se encontraba en el salón de recepciones del palacio del antiguo emir de Valencia, situado a las afueras de la ciudad, en la margen del río Turia. Ponç, el también pelirrojo heredero del conde, que contaba ya con doce años, imitó el movimiento nervioso de su padre. El obispo de Huesca Jaume Sarroca y su medio hermano Pedro Fernández de Híjar asistían silenciosos al encuentro.

Pedro Fernández era otro de los bastardos del monarca, hijo de Berenguela Fernández, una noble aragonesa. Tenía treinta años, lucía barba y un enmarañado pelo rubio. Con veintidós años había participado en la fracasada cruzada de su padre y había llegado hasta San Juan de Acre, junto a su otro medio hermano Fernán, al que el infante Pedro había ahogado en el Cinca. Pero al contrario que Fernán, a su regreso rechazó entrar al servicio de Carlos de Anjou. Su competencia, valor en combate y fidelidad hicieron que su padre le concediera importantes señoríos y responsabilidades en el reino de Valencia.

—No es así, señor —se defendió el de Ampurias—. Mi familia os apoyó cuando erais niño. Y yo le juré a mi padre, en su lecho de muerte, que siempre os sería fiel. Y cumplo.

—Vos lideráis a los nobles rebeldes.

—Me sometí y os supliqué perdón hace unos meses. Mis diferencias no son con vos, sino con el infante Pedro, que nos trata injustamente.

—Mis asuntos y los de mi hijo son ya los mismos. ¡Asumidlo de una vez, conde!

—Señor, os soy fiel. Y he venido con mis tropas a ayudaros.

—Buena falta hace —reconoció el viejo rey—. Los cristianos de Valencia se han levantado contra mí. ¡Yo, que conquisté la ciudad para ellos!

—No contra vos, padre —le consoló el obispo de Huesca—. Es contra vuestros oficiales. Dicen que son arrogantes y autoritarios.

—Mis oficiales me representan, y si se exceden, soy yo quien debe juzgarlos —se lamentó el monarca—. Cuando el vulgo los ataca, me ataca a mí. ¡Igual que cuando asaltaron la aljama morisca!

—Los cristianos se quejan de que hay mucho moro rico y de que ellos, habiendo conquistado el reino, no se benefician de esa bonanza —dijo el obispo.

—¡Todo aquel que quiso recibió tierras para vivir honradamente de su trabajo! —exclamó el rey.

—La mayoría no viene a Valencia a trabajar —intervino Pedro Fernández—. Para eso se quedarían en su tierra. Vienen en busca de fortuna fácil.

—Son cristianos viejos —dijo el obispo—. Y merecen mejor trato que los sarracenos.

—¡Sí! —se indignó el rey—. Como ese Miguel Peris. Un simple criado de un caballerizo mío llegado de Aragón con una mano delante y otra atrás. Se le dieron tierras pero él prefirió meterse en

banderías, primero contra mis oficiales y después robando y asesinando a moros pacíficos. ¡Atacar a mis oficiales o atacar a mis moros es atacarme a mí!

—Los cristianos se sienten amenazados, temen que vuestros sarracenos, conversos incluidos, se unan a los que vienen de África y Granada —dijo el obispo—, y quieren librarse de ellos. Son un peligro en potencia.

—Acabé con Miguel Peris y con su banda, señor —dijo Pedro Fernández apoyando la mano en la empuñadura de su espada para dar más fuerza a sus palabras—. Los ahorcamos y sus cuerpos aún cuelgan en la puerta norte de la ciudad.

—¡Sí! ¡Buen trabajo, hijo mío! —El viejo rey le sonrió brevemente para ensombrecer de inmediato su gesto y mirar severo al conde—. Pero ¿qué ocurre con los almogávares?

Hug de Ampurias, intimidado, se encogió de hombros. Después comprendió que era una pregunta retórica y esperó atento y sumiso a que el monarca continuara.

—¡Asaltan a musulmanes de alquerías y pueblos! ¡Súbditos míos! Gente pacífica que trabaja para pagar mis impuestos. Les roban, matan y esclavizan. ¡Es como si me robaran a mí! ¿Y qué dejan después? ¡Nada! Un erial improductivo.

—Los almogávares son difíciles, señor —dijo Pedro Fernández—. Se mueven mejor que nosotros, son fieros y los necesitaremos para cuando termine la tregua. No podemos presionarlos demasiado porque son capaces de unirse a los benimerines y a los moros de Granada. No los queremos como enemigos.

—Mis moros reclaman, justamente, mi ayuda —se lamentó el rey —. Y no tengo ejército para protegerlos. Lo único que puedo hacer es dejar que se refugien en los castillos reales de Valencia.

—Es muy peligroso, señor —advirtió el obispo—. Vuestros moros están furiosos.

Pedro Fernández, ceñudo, afirmó con la cabeza dándole la razón.

—Y algunos empiezan a sublevarse —añadió el militar—. Saben que los africanos y los granadinos están cerca.

—¡Correré el riesgo! —dijo el rey—. Es mi deber protegerlos.

—He venido a ayudaros, señor —intervino el conde.

—¡Pues habéis sido el único, maldita sea! —clamó el soberano.

—Podéis disponer de mí y de mis tropas este mes —continuó el pelirrojo—. Después tendré que irme. Aunque dejaré a alguno de mis caballeros a vuestro servicio. Temo a vuestro hijo Pedro e imploro vuestra protección.

—Mi hijo regresará para combatir a los benimerines cuando termine la tregua.

—Sí, pero en lugar de acudir a ayudaros, se ha ido a Francia. Sabéis que me acosa. Me atacará.

—No temáis, os protegeré —afirmó el rey.

El conde hizo una reverencia. Una sonrisa, que mostraba grandes dientes desiguales, asomó en su roja barba.

—¡Gracias, señor!

60

Afueras de Valencia, febrero de 1276

—El conde desea verme.

El sargento al mando de la guardia del campamento, un hombre flaco, alto y de frente arrugada, contempló a la mujer. No parecía una dama, y de serlo no se habría presentado sola. Tendría dieciséis o diecisiete años y era muy guapa. Vestía una elegante gonela amarilla, ceñida en la cintura, que llegaba hasta más abajo de los tobillos, y una gruesa capa roja. Se cubría con una toca, de la que se escapaba un mechón de pelo pelirrojo. El hombre no sospechó que, bien sujeta en la parte interior de su pierna derecha, escondía una daga.

Era extraño que una mujer se presentara sola en el campamento. Debía de ser una prostituta. Una prostituta cara. Al hombre no le extrañó, no era la primera furcia que visitaba a su señor. Aunque ninguna tan hermosa.

—El conde no está en el campamento.

—Le aguardaré entonces en su tienda —le pidió, y sonrió.

El hombre vaciló antes de negarse, le costaba. Era una mujer impresionante. Y la trató con un respeto que nunca antes había usado con una puta.

—Lo siento, señora —repuso devolviéndole la sonrisa—. Pero el conde no lo permite. Regresad en otro momento, me complacerá anunciaros entonces.

Tan pronto Súria supo que el conde viajaba a Valencia, anunció al clan que iría a su encuentro para ajustar cuentas. Quería terminar con la pesadilla del ciervo rojo que la acosaba y con aquellos sueños en que sus padres clamaban venganza. Todos, en especial Beatriu y Galcerán, quisieron disuadirla. Era una completa locura. «Debe pagar lo que hizo —respondía ella, ceñuda—. No me importa el precio.»

Al final apeló a su libertad y les dijo que iría, por mucho que se opusieran. Galcerán, como de costumbre, quiso acompañarla, pero era el adalid y el clan le exigió que se quedara. Se decidió que el rubio Abdón, que se había ofrecido voluntario y estaba soltero, fuera con ella, lo que disgustó a Galcerán. Sentía celos, a pesar de su convencimiento de que su camarada no obtendría de Súria lo que a él le negaba.

—Ni se te ocurra volver a ese campamento —le dijo Abdón cuando regresó de su primer intento—. Ya no sorprenderás al conde.

Se encontraban en una posada extramuros de la ciudad, en el camino de Tarragona, cercana al palacio real y al campamento de los de Ampurias.

—Cuando se lo cuenten adivinará quién eres, te prenderán y el conde hará contigo lo que le venga en gana. Lo tendrás más fácil si le aguardas a la entrada de Valencia, escondida entre la gente —continuó Abdón—. Ensártale con tu azcona. Yo estaré allí con dos buenos caballos y te ayudaré a rematarlo. Aprovecharemos la confusión para huir. Regresar al campamento del conde sería suicida.

—Un dardo para su montura y otro para él —murmuró ella, imaginándolo.

—Era una muchacha muy alta y hermosa. Pelirroja —describió el caballero—. Hablaba con nuestro mismo acento ampurdanés.

—¿Qué edad?

—Diecisiete o dieciocho a lo sumo. Se parecía a Ponç, vuestro heredero.

Hug de Ampurias se estremeció. Y recordó aquellas tres puñaladas que estuvieron a punto de matarle. Conservaba unas feas cicatrices y ciertos movimientos le producían dolor en el costado. ¿Sería Saurina? Por mucho que había hecho buscarla y a pesar de ofrecer una recompensa jamás dio con ella.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, señor. Dijo que volvería.

Un almogávar debía ser paciente. Un movimiento en falso y la presa escapaba, ya fuera animal o persona. Súria se cubría con una capa y una capucha de piel de oveja y esta vez vestía debajo el sayo y las antiparas que le cubrían las piernas. Con eso bastaba, el invierno era suave a orillas del Mediterráneo. Aguardaba sentada al borde del camino, entre el puente sobre el río Turia y las puertas de la ciudad. Tarde o temprano el conde entraría en Valencia. Abdón se había apostado unos pasos más allá, pendiente de los caballos.

De pronto notó un revuelo en el camino y se incorporó. Vio las barras horizontales de gules sobre fondo de oro de Ampurias en los escudos de un par de caballeros que abrían la comitiva. El corazón le batía agitado. ¡Llegaba el conde!

Y lo vio venir, grueso, pesado y rojo sobre su jamelgo percherón. No llevaba armadura. Súria dejó caer la capa, tomó una de las lanzas que escondía sujetas a la espalda y se dispuso a matarle.

Hug de Ampurias cruzó el puente rumbo a la puerta de la ciudad de Valencia, siguiendo a los caballeros que abrían la marcha. Acudía a la misa de la catedral cuando de repente la vio entre los curiosos que se agolpaban al borde del camino. Soltaba su capa, que caía dejando a la vista un largo cabello que parecía una llamarada. Vio la azcona en su mano y sus ojos azules, que, anticipándose al acero, le traspasaban ya con la mirada. Las piernas le temblaron. Sintió que Súria era la muerte, contuvo un chillido de terror y en un acto reflejo espoleó el caballo para encabritarlo. El animal se alzó sobre sus patas traseras, con lo que le protegió con su cuerpo, y luego relinchó agónico al notar que el arma de la pelirroja le penetraba en las tripas. Cayó llevándose al conde con él.

Súria tomó el segundo dardo para precipitarse sobre el caído cuando notó que, por atrás, le sujetaban el arma impidiéndole lanzarla. El gentío se agitaba confuso, entre gritos y carreras, y la comitiva trataba de recuperarse de la sorpresa y defenderse del ataque.

—¡Vámonos! —le gritaba Abdón tirando de ella.

—¡Déjame!

Él la arrastró hacia los caballos. Ella se resistía.

—¡Obedece! —le ordenó Abdón, forcejeando—. ¿No has visto quién acompaña al conde? ¿No has visto su enseña? ¿No has visto su aspecto?

—¡No me importa! —dijo Súria tratando de recuperar la azcona que él le había arrebatado.

—¡Claro que nos importa! ¡Es el rey, insensata! ¿No te has fijado en su escudo? ¿Ni en los jinetes que le escoltan? ¡Sube al caballo! ¡Huyamos de aquí! ¡Creerán que querías matarle a él!

Súria lo hizo maldiciendo su suerte.

—No he acabado con el conde por tu culpa —le reprochó a su camarada mientras se alejaba al galope.

—¡Casi nos condenamos por la tuya! —le gritó él—. ¡Y también al clan! ¿Es que estás loca?

—Señor, os pido vuestra autorización para regresar a mi condado —le dijo Hug al rey—. Os dejo a vuestro servicio a media docena de mis caballeros y sus mesnadas.

El conde de Ampurias solo había sufrido magulladuras cuando su caballo se había desplomado atravesado por la azcona de aquella furia pelirroja. Porque Hug había identificado a aquel ser vengador: era su hija, ya no tenía dudas. Y también su sobrina, la hija de su hermana bastarda. La que había hecho colgar junto al infeliz de su marido en aquella higuera. Sentía terror al pensar en ella. Era el castigo que la divinidad le enviaba por sus pecados. Una condena que él mismo había engendrado.

El miedo que le producía se mezclaba con un extraño orgullo. Era una Ampurias de pura cepa, su hija. No cabía duda. Ojalá su heredero poseyera aquella fuerza, valor y determinación. Sabía que no se detendría hasta matarlo. Presentía que lo último que vería en su vida serían aquellos ojos azules enmarcados por cejas rojas.

No comprendía por qué no había acabado con su vida cuando estaba en el suelo caído, indefenso. Quizá fuera, se decía, porque quería hacerle vivir en constante temor.

—Id con Dios, conde —repuso el monarca—. Y cuidaos. Alguien quiere mataros.

—Sabed, señor, que os seré fiel incluso después de que eso ocurra —dijo Hug—. Y que mi hijo también lo será.

61

Gerona, 5 de mayo de 1276

Roger de Lauria leyó en voz alta:

—«Yo, don Jaime, rey de Aragón, conde de Barcelona y Urgel y señor de Montpellier, advierto por el presente edicto, a los naturales de mis reinos, que no osen incorporarse al ejército que el infante Pedro reúne contra el conde de Ampurias. El conde ha manifestado su voluntad de obedecerme y de resolver cualquier asunto por vía del derecho. Dictado en Játiva el 21 de abril de 1276».

Mi esposo se encontraba reunido con sus hombres más fieles en la sala del castillo de la Força, en Gerona. Abajo, en la ciudad, se alojaba la hueste. Hacía solo unas semanas que había regresado de su viaje a París. Los primeros días me los dedicó a mí y a nuestros hijos y después pasó a resolver asuntos pendientes.

Se entrevistó con el conde de Ampurias, de vuelta en sus tierras, pero este contaba con el apoyo real y no quiso someterse. Pedro le desafió y el pelirrojo se retiró a sus dominios para preparar su defensa al tiempo que pedía ayuda al monarca.

—El rey ha enviado este edicto a todas las ciudades de Cataluña —explicó Roger.

—Mi padre quiere que vaya a Valencia y le ayude a poner orden —dijo Pedro, reflexivo, tendiendo la mano para que el hijo de Bella

d'Amichi le entregara el documento que acababa de leer—. Y me manda dejar en paz al conde.

—¿Y qué pensáis hacer? —inquirió Juan de Prócida.

—No consentiré enemigos a mi espalda. Mi hermano lideraba los de Aragón. Muerto el perro se acabó la rabia. No puedo ir contra el conde de Foix porque se refugia en Francia, así que el mayor enemigo que me queda en Cataluña es el de Ampurias. Y ahora le toca a él, quiera o no mi padre.

El infante arrugó el documento que contenía la ordenanza del rey y lo echó al gran fuego de troncos chisporroteantes que ardía en la chimenea de la sala. Sus caballeros le observaron en silencio. Temían las consecuencias de aquella decisión.

—Vuestro padre tiene un gran aprecio al conde —intervino Juan.

—Eso es cierto —ratificó Pedro.

—¿Y por qué no os obedece? —quiso saber Roger—. ¿No le derrotó vuestro padre el año pasado?

—El rey Jaime destruyó varios de sus castillos y conquistó Rosas —explicó Pedro—. El conde se rindió y junto con él se entregaron muchos otros nobles haciendo causa común. Alega que le es fiel y que sus agravios son conmigo. Que Figueras y la compra de Torruella, su fortificación y conversión en villa real, le amenazan. Que le rodeo, que le estoy sitiando. Que pisoteo los derechos históricos de su familia. Y mi padre le perdonó.

—Los rebeldes tratan por todos los medios de enemistaros con vuestro padre —advirtió Juan.

—Mi padre ha cedido de nuevo —murmuró Pedro—. Pero terminaré con esto por mi cuenta. De ser preciso, solo con mi mesnada.

Unos golpes en la puerta le interrumpieron.

—Señor —profirió el mayordomo al asomarse—, Pascale Coppola ha regresado de Montboló.

—¡Que pase de inmediato!

El siciliano de la cicatriz en la cara se acercó al infante, hincó la rodilla y le entregó un documento.

—Poneos en pie y ahorradme el esfuerzo de leer —le pidió—. ¿Qué responden?

—Que no.

—¿Que no me van a obedecer?

—No, señor. Se han negado a levantar el asedio al castillo.

A su regreso de Francia, a la altura de Vallespir, mi esposo se había despedido de su buen amigo Guillem, vizconde de Castellnou y señor de Ceret. Al poco Guillem le había pedido ayuda. En su ausencia, los nobles rebeldes habían cabalgado sus feudos, de los que se llevaron lo que pudieron y quemaron el resto, y ahora le tenían sitiado en el castillo de Montboló. Su delito era ser nuestro fiel amigo y aliado.

Pedro, a través de Pascale Coppola, había ordenado a los rebeldes que levantaran el cerco y se fueran. Y acababa de regresar con su negativa.

—Son amigos del conde de Ampurias y me desafían —murmuró Pedro—. Saben que mi padre no me apoya y están envalentonados. Y para demostrar su poder atacan a mi amigo el vizconde. ¿Cuántos son?

—Ciento ochenta caballeros y unos cuatro mil peones.

—Nosotros solo tenemos cien caballeros y mil setecientos peones —dijo pensativo, y se puso a pasear ensimismado por la sala mientras su gente le observaba en silencio—. Señores —dijo al fin—, disponed a vuestros hombres, armas y provisiones. Partiremos mañana al amanecer.

Los caballeros se miraron admirados y temerosos —«Los rebeldes nos doblan en número», murmuró Roger—, pero de inmediato abandonaron la sala para obedecer.

—Prometedme que no seréis el primero en la batalla —le supliqué a mi esposo.

Él me sonrió para depositar después un beso en mis labios. —No puedo haceros esa promesa, señora —me dijo—.Son más del doble y solo mi ejemplo nos dará la victoria.

—¡No vayáis!

—Me desafían. Y no ir sería ceder. Dejar que ganasen. Lo siento, no hay más opción. Son ellos o yo.

Yo sentía un gran temor pero no había nada que hacer. Así era mi esposo. Y así le quería.

—Temer, rezar y sufrir —me lamenté—. Rezar, sufrir y esperar. Cruel destino el de una dama enamorada.

Quizá mi esposo no fuera del todo consciente de las consecuencias de su decisión. No solo se jugaba su vida, sino también la mía y la de nuestros hijos.

62

Montboló, condado de la Cerdaña, 8 de mayo de 1276

—¡Aragón y San Jorge! —gritó Pedro.

—¡Aragón! —respondieron sus hombres.

Despuntaba el alba tras los montes, y la frondosa masa de vegetación de las estribaciones del Canigó empezaba a vislumbrarse ya entre neblinas. La silueta del castillo de Montboló, encaramado en una colina, se recortaba en la tenue y sonrosada luz de la aurora.

Veinte caballeros con el infante al frente, enarbolando las enseñas de Aragón y la suya personal, con la cruz de San Jorge y cuatro cabezas decapitadas, se lanzaron contra la treintena de guardias en el campamento de los sitiadores.

El infante Pedro había conducido a su hueste de Gerona a Figueras en un solo día, y en el segundo llegaron a Ceret, donde incorporaron tropas del lugar. El pequeño ejército había partido antes del alba del tercer día por un camino que solo conocían los locales. El terreno era montañoso, el sendero estrecho y Pedro había decidido atacar con la veintena de caballeros de vanguardia, sin esperar al resto, para aprovechar la sorpresa. Los sitiadores confiaban en su fuerza y en la lejanía del infante. El desconcierto entre ellos fue total.

Liderando la carga, quebró su lanza al traspasar a uno de los caballeros que trató de hacerles frente. Roger, preocupado por su señor, le seguía junto con Pascale y Blasco de Alagón. Pedro distinguió entre los jinetes el escudo de oro con un águila negra bicéfala. Era Ramón, hermano del conde de Pallars. Uno de sus caballeros, lanza en ristre, se preparó para protegerle y el choque con Pedro fue violentísimo. El escudo del infante y la lanza del caballero saltaron hechos pedazos y ambos se cruzaron manteniéndose a duras penas sobre sus monturas. Pedro, que ya había perdido su lanza en el choque anterior e iba espada en mano, fue rápido al girarse y le asestó a su enemigo, que trataba de recuperarse del impacto, tal golpe en la espalda que le partió la armadura. Cayó del caballo, moribundo. El infante siguió, ya sin protección, solo con su espada. Roger iba tras él intentando cubrirle, pero nada podía hacer porque Pedro se le adelantaba en todo. Se encaró con Ramón, que, después de intercambiar unos golpes y comprender con quién se enfrentaba, se dejó caer de su montura y fue apresado junto con otro de los líderes rebeldes y varios de sus caballeros.

Derrotada la guardia, el infante y sus fieles se dirigieron a las caballerizas para impedir la huida de los jinetes a los que el ataque había sorprendido durmiendo. Mientras, el resto del ejército de Pedro acometía, conforme iban llegando, a los del campamento.

—¡Arnau de Cortsaví escapa! —gritó Roger—. ¡Con otros más!

—¡Dejadlos ir! —ordenó Pedro—. ¡Que cuenten lo que han visto!

Guillem de Canet, otro líder rebelde, al ver las enseñas y reconocer a Pedro, se apartó del combate y, tras ordenar a sus hombres que se reunieran con él, gritó:

—¡No me enfrentaré al infante de Aragón! ¡Nos entregamos! ¡No por temor, sino por respeto!

Pedro sonrió. El noble se había negado a obedecerle, junto con los demás, solo unos días antes.

Entonces se abrieron las puertas del castillo y los defensores salieron en tropel. Los insurrectos trataban de escapar como podían. Muchos, al verse sin salida, abandonaron sus monturas para internarse en el frondoso y escarpado bosque.

Los rebeldes que quedaban se rindieron.

—¡Señor!

Pedro vio que llegaba, sonriente, su amigo el vizconde, el valiente defensor del castillo. Se apeó del caballo e hincó la rodilla en tierra.

—¡Gracias, señor!

El infante desmontó de un salto, hizo que se levantara y le abrazó.

—¡Mi buen Guillem! —le dijo emocionado—. ¡Gracias por vuestra lealtad!

Sus hombres, que compartían el sentimiento, los aclamaron levantando las armas. Se sentían felices. No solo por la victoria, sin apenas bajas, sino también por el copioso botín capturado en tiendas, utensilios, armas y animales. Sabían que el infante iba a repartirlo. Amanecía.

63

Castellón de Ampurias, 10 de mayo de 1276

—¿Y decís que era el mismísimo infante quien cargaba al frente de sus caballeros? —inquirió el conde.

El panzudo gigantón estaba pálido y se mesaba, nervioso, la barba pelirroja. Se encontraban en la capital de su condado, adonde había acudido a refugiarse el noble rebelde después de lograr escapar de Montboló.

—Así es —afirmó Arnau—. Le vi con mis propios ojos.

—¿No sería otro con su vestimenta?

—Vi cómo su escudo se quebraba cuando la lanza del caballero que protegía a Ramón de Pallars se rompió contra él —relató—. Y cómo el infante se daba la vuelta y le mataba de un solo espadazo. Era él: le vi la cara cuando se quitó la celada, le conozco. Su insensato rival debería haberse rendido solo verle. El de Pallars se dejó apresar después de intercambiar un par de golpes; si no también le habría matado.

El conde de Ampurias tragó saliva y sintió un temblor en las piernas.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¡No tenemos posibilidad alguna!

—No es invencible.

—¿Invencible? —inquirió el conde—. ¡Peor que eso! Imaginad por un momento que le hubierais derrotado y estuviera muerto. Su padre caería sobre nosotros para vengarle.

Arnau movió la cabeza considerando la posibilidad y resopló.

—Si ese hombre es capaz de jugarse la vida así con tal de vencernos, no tenemos salida —continuó el conde—. ¿No veis que ni su padre le puede detener? ¡De nada me sirve la protección del viejo! El siguiente seré yo. Me desafió y en unos días invadirá el condado.

Intimidado, el pelirrojo se apresuró a enviar a su senescal a Gerona pero el infante no le concedió audiencia hasta varios días después. Como si Ampurias fuera el menor de sus asuntos.

—El infante Pedro no quiere negociar, señor —informó el embajador—. No aceptará más que vuestra rendición incondicional. Y os da una semana de plazo.

El conde palideció.

—Dice que de lo contrario os rendirá a la fuerza —continuó el emisario.

Hug de Ampurias reunió a su consejo de inmediato.

—De nada me sirve la ayuda del rey —murmuró después de exponer la situación a los presentes.

—Enfurecería más al infante —advirtió el caballero más anciano.

—Entregaos sin condiciones, señor —le recomendó su senescal —. Si no lo hacéis, os arrebatará el condado. Después de lo ocurrido en Montboló, no encontraréis quien os ayude, y cuando os capture os dará una mala muerte. Como a su hermano.

Hug afirmó con la cabeza. Estaba convencido de ello.

—Quiere castigaros por lo de Figueras y usaros de ejemplo —le advirtió el viejo caballero—. Si os humilláis lo suficiente, quizá os perdone. Y quizá conservéis la vida y el condado.

El conde se arrodilló frente al infante Pedro en la sala mayor del castillo de la Força de Gerona. De inmediato, la treintena de caballeros que le acompañaban le imitaron.

—Me rindo a vos sin condiciones —dijo el conde—. Y pongo a mi persona, mi tierra y mi gente a vuestra merced.

El infante le observaba, impasible, desde la altura de su sitial.

—Suplicamos vuestra clemencia —añadió el pelirrojo.

Pedro le tendió la mano y el conde Hug V de Ampurias se apresuró a incorporarse para besarle el anillo. Después se arrodilló de nuevo para besarle los pies.

—Concedo la libertad a vuestros caballeros —dijo el infante—. Pero vos quedaréis preso. En unas semanas vendréis conmigo a Barcelona, donde seréis juzgado en público. Allí conoceréis vuestro destino.

El pelirrojo le miró temeroso.

Mi esposo tenía espías en el consejo del conde y conocía todo lo tratado en Ampurias.

—No tengo prisa —me confesó en Gerona—. Negociaré treguas con el resto de los rebeldes. Las cartas están a mi favor en esa partida. Tenemos nobles importantes prisioneros e impondré mis condiciones.

—Imagino que mientras haréis correr la noticia de la rendición del conde y su próximo juicio, ¿verdad? —Le sonreía feliz.

No podía imaginar un final más favorable a la guerra que Pedro mantenía con los nobles catalanes insumisos.

Mi marido tocaba bien el laúd y componía. Y no solo canciones amorosas. Se relacionaba con otros trovadores y juglares y tenía a varios en nómina. Las canciones que loaban su victoria y la derrota del conde de Ampurias inundarían en poco tiempo Cataluña, Aragón y quizá también Valencia y Mallorca.

—Todos sabrán que tengo al de Ampurias prisionero y a mi merced —repuso Pedro, satisfecho—. Incluso mi padre.

Me preguntaba, preocupada, cómo reaccionaría mi suegro ante ese nuevo desafío de su hijo.

64

Barcelona, 12 de junio de 1276

Semanas después, Hug de Ampurias, cargado de cadenas y vestido con un hábito gris de penitente, movía su corpachón al cruzar la plaza del Rey de Barcelona. Una gran multitud se apiñaba para contemplar el espectáculo y, a pesar de la guardia, algunos le lanzaban inmundicias. Los grandes señores feudales no despertaban simpatías entre los ciudadanos libres y el conde tenía mala fama. Verle humillado complacía.

Se había levantado un tablado para que todos pudieran presenciar el juicio. Muchos esperaban que se convirtiera también en el cadalso donde se ejecutara al conde.

Pedro presidía desde lo alto de la escalinata que conducía al palacio, acomodado en un sitial. En los escalones inferiores se sentaban nobles y caballeros. Allí estaba Juan de Prócida, los hermanos Lancia, Pascale Coppola, el vizconde Guillem de Castellnou, Blasco de Alagón, el almirante Ramón Marquet, Roger de Lauria y otros fieles a Pedro.

El conde subió trabajosamente la escalera hasta la tarima y se sentó en una banca de madera custodiado por dos soldados. Tenía enfrente al fiscal que le acusaría y al infante, que, situado en una posición más elevada, actuaría como juez.

El pelirrojo Hug llevaba ya casi un mes prisionero y temía a la muerte. Encadenado se sentía débil e indefenso. Aquella multitud vociferante, que quería su sangre, le asustaba, eran como perros hambrientos. Si los soltaran, le destrozarían a dentelladas como una jauría a su presa. En uno de los extremos del tablado, abajo, se encontraba su hijo Ponç con sus caballeros y algunos hombres armados. Insuficientes para protegerle de aquel gentío.

Las trompetas acallaron a la multitud y un sacerdote rezó unas oraciones desde el estrado suplicando al Altísimo que iluminara al infante y su justicia. El de Ampurias lo observaba todo como si viviera sus últimos instantes. De pronto reparó en un siniestro personaje que le hizo estremecer. Era el verdugo, que se cubría con una capa y capucha negras. Le acompañaban dos asistentes y uno de ellos apoyaba una gran hacha en el suelo. Dada su condición de noble, si el infante le condenaba a muerte, no sería torturado ni ahorcado, sino decapitado. El eclesiástico aprovechó para recitar un sermón moralizador sobre la autoridad y la obediencia, aunque Hug tenía un nudo en el estómago y no escuchaba. Observó de nuevo el gentío que se agolpaba en la plaza y dio un respingo sobresaltado. Algo le produjo un temor mayor aun que el hacha del verdugo.

Una melena pelirroja destacaba en una joven alta de ojos azules. ¡Era ella! ¡Era Saurina, que venía a verle morir! Un presagio terrible. Ni siquiera cuando el fiscal empezó a acusarle pudo olvidar que ella estaba allí como mensajero de la muerte. El puñal de sus ojos azules se clavaba en él y sintió que su destino estaba sellado.

—Conde Hug V de Ampurias —proclamaba solemne el fiscal—. Os acuso de desobediencia y rebelión contra nuestro señor el infante Pedro de Aragón.

Se hizo el silencio en espera de la respuesta del conde.

—¿Qué decís a eso, conde? —inquirió severo el infante.

—Sí, es cierto, desobedecí —admitió, esforzándose para que su voz sonara firme—. Me declaro culpable. Me arrepiento y suplico

clemencia.

En la faz del fiscal apareció una mueca de decepción. Había esperado poder desplegar sus dotes dialécticas atacando al conde cuando tratara de excusarse o defenderse. Y siguió con la segunda de la larga lista de acusaciones que tenía en sus manos.

—Os acuso de la destrucción de Figueras, del asesinato y robo de sus inocentes moradores y de arrancar las puertas de la ciudad como desafío a nuestro señor.

—¿Qué decís, conde? —presionó el infante con voz potente.

—Es todo cierto, lo hice —respondió—. Soy culpable. Me arrepiento y pido perdón.

La misma respuesta dio a las otras acusaciones. Ni las escuchaba. Estaba dispuesto a admitirlo todo. Su mirada iba dirigida a aquella muchacha que le observaba con un odio terrible. Su hija.

—¿Tenéis algo más que alegar, conde? —inquirió al fiscal una vez que terminó de leer los cargos.

—Nada tengo que alegar —dijo el conde dirigiéndose a Pedro—. Todo es cierto, soy culpable y os suplico misericordia, señor. Si me concedéis vuestro favor, os seré fiel y obediente hasta el último de mis días.

—¡Escuchad mi sentencia, conde! —clamó el infante.

En la plaza se hizo el silencio más absoluto.

—Merecéis la muerte —continuó—. Y ejecutaros es mi derecho. —Hizo una larga pausa durante la cual nadie se atrevió ni siquiera a emitir un susurro—. Pero acepto vuestra promesa de fidelidad y os perdono —concluyó.

Un murmullo de decepción recorrió la plaza.

—¡Quitadle las cadenas! —ordenó, imponiendo su voz por encima de los cuchicheos enfadados—. Sois libre de regresar a vuestras tierras. Os concedo mi gracia y quiero que en el futuro vuestra hueste forme junto a mis tropas.

El conde sintió un alivio infinito y tan pronto se vio libre de los hierros, con los que había cargado las últimas semanas, subió hasta donde se encontraba el infante, se arrodilló y le besó, entre lágrimas, manos y pies.

Pedro miró satisfecho a Constanza y ella le devolvió la sonrisa. Había logrado todo aquello que se proponía. El conde le desagradaba, pero ejecutarle hubiera enfadado a su padre y dado argumentos a los rebeldes. Un gran error. Su generosidad no solo desprestigiaba al mayor de sus enemigos, sino que además le ponía de su lado.

Súria gruñó, decepcionada, al oír la sentencia. Había empleado una semana de largas jornadas de camino para llegar hasta Barcelona. Todo para presenciar la ejecución de aquel miserable, pero el juicio había sido una pantomima. Una demostración de poder y autoridad por parte del infante. Y nada más. Se dijo que tendría que encargarse ella misma del conde, su padre biológico. Seguía apareciendo en sus pesadillas como un ciervo rojo en la brama, ansioso de sangre y sexo. Y también veía a sus verdaderos padres y a su hermana, muertos, pidiendo justicia. Ella iba a terminar con aquello.

La multitud, defraudada y quejosa, empezaba a dispersarse, pero los de Ampurias, alegres, rodeaban al conde, que se despojó del hábito de penitente allí mismo para vestir sus galas. Su gente le protegía formando un doble círculo de lanzas.

Súria se dijo que averiguaría en qué posada se alojaban para introducirse en ella. Encontraría la ocasión de sorprender al repulsivo gigantón y darle muerte.

Pero de pronto notó que la sujetaban del brazo. Se giró dispuesta a defenderse.

—¡Súria! —Era Roger de Lauria—. ¿Qué haces aquí?

La sonrisa del caballero denotaba que le agradaba el encuentro. Súria se la devolvió. Roger le caía bien. Era el único hombre, aparte de Galcerán, al que obedecía. Cuando el clan había luchado bajo su mando, demostró ser un líder valiente y justo.

—¡Y vestida como una dama! —exclamó complacido mirándola de la cabeza a los pies—. ¡Nunca creí que llegaría a verte sin tus armas!

Ella amplió su sonrisa. No le diría que llevaba un puñal sujeto en una pierna bajo la larga falda de su gonela.

—Hice lo que vos, señor —respondió—. Asistir al juicio. ¿Conocéis al conde? Tengo que hablar con él.

—No podrás. Ha dado orden a los suyos de partir de inmediato y armados hasta los dientes. No le entiendo. Hoy ha vuelto a nacer, y tiene el perdón del infante, pero huye como si hubiera visto al diablo.

Súria apretó las mandíbulas. Se le iba a escapar de nuevo.

—Ya que no puedes ver al conde de Ampurias, ¿por qué no te vienes a mi posada? —le propuso Roger—. Podrías almorzar conmigo.

La pelirroja olvidó por un momento su deseo de venganza. Se decía que Roger era el soltero más deseado por las damiselas. Ahora era su turno para observarle a él de cabeza a pies. Era apuesto, más alto que ella, y sus grandes ojos oscuros la miraban pícaros. ¿Pretendía seducirla? Era consciente de su atractivo para los hombres y se respondió que sí, que aquella era la intención del noble.

—Hay que celebrar que hoy pareces una mujer —insistió él divertido— en lugar de una cabra montesa de pelo rojo. Te sientan bien esas ropas, estás muy hermosa.

—Lo siento, señor, pero tengo negocios que atender —repuso ella, cortante—. Comeré con vos otro día.

—¿Negocios? —repitió él sorprendido—. Pocos negocios tienen los almogávares en las ciudades.

Ella se encogió de hombros, arrugando la nariz, y volvió a sonreír. Había descubierto la vanidad. Asombrada, comprendió que el interés de aquel hombre la halagaba.

—Bien, si no puedes hoy, dime cuándo nos podemos ver —insistió él.

—¿Cuándo? —rio ella. Roger era gracioso—. ¡Cuando nos encontremos en la próxima batalla! ¡Hasta la vista, señor del valle del Seta!

Y se apresuró a seguir a una distancia prudente a los de Ampurias. No había perdido aún la esperanza.

65

Játiva, reino de Valencia, finales de junio de 1276

—No permitiremos que nos acompañéis a la batalla —le advirtió al rey Jaime fray Moncada, el maestre del Temple.

El monje era un hombre de barba gris y facciones severas que reflejaban preocupación.

—¿Qué autoridad tenéis vos para impedírmelo? —repuso orgulloso el monarca en la sala principal de la fortaleza de Játiva, donde había establecido su cuartel general.

La decisión de proteger a los musulmanes en los castillos reales de bandidos y almogávares había conducido al desastre. Los moriscos habían juntado sus rebaños y todas sus pertenencias y se habían instalado con sus familias bajo el amparo de las murallas de las fortalezas, pero las guarniciones eran insuficientes y los sarracenos pronto se apercibieron de su debilidad. Y después de unas semanas de estancia pacífica, se habían apoderado por sorpresa de las fortificaciones y habían matado a sus defensores.

El rey había perdido cuarenta castillos, y la mayoría de los moros del reino de Valencia, aún escasamente poblado de cristianos, se habían sublevado. Para empeorarlo, un ejército de jinetes benimerines del reino de Fez, en Marruecos, junto con otros del reino de Granada, cabalgaban el territorio en ayuda de sus

correligionarios, masacrando a los cristianos. Y corría el rumor de un próximo desembarco de tropas marroquíes en Valencia. El viejo monarca estaba a punto de perder el reino que tanto le había costado conquistar. El mayor logro de su vida, junto con la toma de Mallorca.

—Tengo la autoridad que me da el aprecio que os tengo y el maestrazgo del Temple —respondió ofendido el monje—. Los templarios somos los únicos que siempre os han ayudado en la lucha contra el infiel. Pero esta vez, si vos vais, nosotros no iremos.

Jaime quedó en silencio. El maestre estaba en lo cierto. Había convocado a los nobles en Valencia ocho días después de la Pascua de Resurrección y no apareció casi nadie. Incluso las tropas ciudadanas de la capital del reino, a causa del conflicto con los oficiales reales, se negaban a acompañarle. Solo tenía con él a un puñado de fieles. Pedro acudía desde el norte tras desobedecerle y saldar cuentas con los nobles catalanes. Pero no parecía darse prisa.

Sabía que había cometido un grave error y se sentía solo, decadente, sin autoridad. Se diría que le daban ya por muerto. Que después de los últimos golpes del infante contra los nobles levantiscos, Pedro era más rey que él mismo. La fuerza del heredero vencía al deseo de legalidad y a los pactos del padre. Y para demostrar que aún estaba vivo, que no estaba acabado, quería cabalgar al frente de sus tropas contra los sarracenos.

—Lo lamento, señor, pero coincido con el maestre —intervino García Ortiz, el general de las tropas reales—. El camino de aquí a Luchente es empinado, polvoriento, seco y pedregoso. Hace mucho calor y no es apropiado para alguien de vuestra edad y que viste armadura. A pesar de lo vigoroso que os conserváis.

¿Vigoroso?, se preguntó el rey Jaime. El bueno de García le adulaba. Se sentía débil y cansado. Solo la rabia, su determinación por salvar el reino de Valencia y el deseo de liderar por última vez a

sus tropas hacia la victoria le hacían insistir. Pero era consciente de lo menguado de sus fuerzas y del riesgo que asumía.

Un ejército africano había caído sobre Luchente, y habían masacrado a los repobladores cristianos para después tomar su fortaleza, de un gran valor estratégico. El rey sentía en su pecho la rabia y el dolor de aquellas muertes. Los colonos asesinados eran cristianos viejos, familiares de veinticuatro de sus antiguos soldados, establecidos allí desde hacía veinte años. Recordaba los nombres y los rostros de la mayoría. Se sentía cansado, sí. Pero quería vengarlos y recuperar la fortaleza.

—Coincido con ellos, padre. No solo por vuestro bien, sino también por el del reino.

El rey Jaime observó a su hijo Jaume Sarroca, obispo de Huesca. Quería a aquel hijo tanto o más que a los infantes Pedro y Jaume. En los últimos tiempos siempre le acompañaba, se había convertido en su consejero más cercano, consuelo y báculo de su vejez.

—Apenas podéis montar, y seríais un estorbo, señor —continuó ante el silencio de su padre—. La tropa estaría más pendiente de vuestra salud y seguridad que de la batalla.

El rey resopló. Un buen consejero era aquel que se permitía disgustar al aconsejado.

—No queréis sentiros culpable de muertes inútiles, ¿verdad, padre? —Hablaba con calma, con la voz clara de un buen predicador —. Los aguardaremos en este castillo mientras escribimos vuestras memorias.

El monarca se mantuvo cabizbajo y ensimismado unos instantes. Comprendía que era una molestia.

—Sea —dijo al fin—. Ya que todos pensáis lo mismo.

Horas después, un caballero ensangrentado y con la cota de malla rota hincaba la rodilla ante el rey.

—Señor, nos han derrotado. ¡Reforcemos Játiva! ¡Los africanos vienen hacia aquí!

—¡Levantaos, por el amor de Dios! —gimió el monarca y trató de ayudarle, pero, tambaleante, estuvo a punto de caer.

Su hijo, el obispo, le sujetó y, socorrido por uno de los pajes, le sentó en la silla alta que hacía de trono. El rey se mantuvo con los ojos cerrados, jadeante, sin hablar un tiempo. Le dolía el pecho, su corazón latía acelerado y las piernas no le sostenían. Sentía sobresalto, pena y temor.

—¿Cómo ha sido? —inquirió al fin.

—Llegábamos fatigados por el calor y las cuatro horas de marcha —explicó el caballero—. Los moros nos esperaban emboscados. Nos superaban en número. Eran más de tres mil infantes y quinientos caballeros. Nos defendimos con fiereza, pero fuimos masacrados. He visto cómo mataban a García Ortiz, nuestro comandante, y a su hijo. De los templarios apenas han regresado media docena. El maestre no está entre ellos. Señor, la tierra estaba tan empapada en sangre que se formaban lodos, como si hubiera llovido.

La pena le oprimía al rey Jaime el corazón, le asfixiaba. ¡Sus viejos camaradas! ¡Sus fieles amigos! Recordó sus rostros, sus gestos. Una espantosa angustia le impedía respirar. ¡Le abandonaban, le dejaban solo! Se cubrió el rostro con las manos para contener el llanto. ¡Ellos, que tanto temían por su vida, habían perdido la propia! De haber ido a Luchente, estaría ahora muerto. Lo habría preferido, se decía.

—Venid conmigo. —Oyó al obispo, que le sujetaba del brazo—. Os acompañaré al lecho.

66

Játiva, 27 de junio de 1276

—Y por este acto os hago entrega, hijo, del mando de todos mis ejércitos —dijo solemne pero cansado el rey Jaime. Jadeaba—. En vos confío. Sé que haréis buen uso de ellos, Pedro. A partir de hoy, todos los castillos en mi poder, y los que recuperéis de los sarracenos, quedarán bajo vuestro mando directo.

El infante, en genuflexión, le besó la mano.

—Pondré en ello todo mi saber y coraje, padre —dijo—. Con la ayuda de Dios.

La luz entraba a raudales por las ventanas apuntadas que se abrían en los pétreos muros del castillo de Játiva. Abajo se extendía el fértil valle y, a lo lejos, los montes se divisaban grises, verdes y azulones.

Había transcurrido una semana de la derrota de Luchente y el infante acababa de llegar con sus tropas. El salón estaba abarrotado de nobles y caballeros que asistían a la transmisión de poder. Entre ellos, dos de los hijos naturales del rey: el obispo de Huesca y Pedro Fernández de Híjar. Este último se dirigía a Luchente con sus tropas para unirse a las mesnadas reales cuando supo de su derrota y se encaminó a Játiva para reagruparse con los restos del ejército.

—Quedo a vuestras órdenes, hermano —le dijo al infante hincando la rodilla en el suelo. Se llevaban bien y el acto de acatamiento terminó en un fuerte abrazo. El infante le apreciaba y confiaba en él.

Aquello complació al viejo rey, que detestaba la discordia entre sus hijos. El monarca percibió en el ambiente de la sala un sentimiento relajado y tranquilo que no había antes. Se dijo que había obrado bien dándole todos los poderes a Pedro. Gran parte de la nobleza no lo amaba, pero su prestigio militar, su presencia física y su determinación infundían confianza. Tarde o temprano sometería a los moros.

—¿Cuánto me queda? —inquirió el rey.

Hacía unos días que el infante Pedro y su hermano Pedro Fernández habían partido a combatir a los sarracenos y él descansaba sentado en su lecho. Su austera habitación de paredes encaladas, presidida por una rígida imagen de madera policromada de la Virgen y el Niño, tenía un ventanuco que miraba al valle. De pie se encontraban el obispo y dos prestigiosos médicos: el siciliano Juan de Prócida y el valenciano Arnau de Vilanova, un hombre brillante de treinta y siete años que había estudiado en la prestigiosa Universidad de Montpellier.

Ambos le habían palpado el cuerpo, auscultado, tomado el pulso, observado la retina, el blanco de los ojos, la lengua, los pocos dientes que le quedaban y el pelo. También le habían olido el aliento, orines y las heces y revisado el color y aspecto de sus deshechos corporales.

Los médicos se miraron y habló Juan.

—Lo lamento —dijo—. No celebraréis las próximas Navidades.

—Ni siquiera llegaréis a San Miguel —añadió Arnau.

—Tenéis apenas unas semanas —concluyó Juan—. Y os aconsejamos que viajéis a Alcira. Su clima es más benévolo en verano y quizá ganéis unos días.

—He de esperar el regreso de mis hijos, que han ido a combatir al moro…

—Esperadlos en Alcira, señor —insistió Arnau—. Allí tendréis más tiempo.

67

Alcira, reino de Valencia, 21 de julio de 1276

—He recibido un mensaje de nuestro padre, pidiéndome que acudamos con urgencia a Alcira —dijo Pedro Fernández.

Acababa de entrar en la tienda de campaña del infante Pedro. Este vestía una fresca túnica morisca y se encontraba sentado frente a una pequeña mesa sobre la que descansaban varios documentos. Fuera, el potente sol de julio al mediodía castigaba la campiña valenciana.

—Lo he recibido también —confirmó Pedro—. Y antes otro de mi esposa, doña Constanza. Juan de Prócida dice que le queda muy poco.

En menos de tres semanas el infante Pedro había logrado poner a los sarracenos a la defensiva. Cuando llegó a Luchente los cadáveres de sus amigos estaban sin enterrar y, a pesar del calor y las alimañas, aún eran reconocibles. Pedro se arrodilló a rezar frente a los cuerpos desnudos del comandante y su hijo, que habían caído juntos y a los que habían despojado de armaduras y vestidos. ¡Reconocía a tantos de los muertos! Las lágrimas acudieron a sus ojos y apretó los puños con rabia.

Sus tropas evitaron esta vez las emboscadas, derrotaron a los sarracenos, y la caballería africana se retiró a Granada sin que se

produjera una gran batalla. El ejército real tomó la fortaleza de Luchente y después recuperó un par más. La situación aún no estaba controlada, los benimerines podían regresar en cualquier momento, pero ya no era desesperada como días antes.

—¿Cuándo partimos?

—Tan pronto como demos órdenes a nuestros lugartenientes —repuso Pedro—. Pero antes quiero hablar con vos.

Se levantó, puso su mano derecha en el hombro de su hermano y le miró a los ojos. El infante era un poco más alto que Pedro Fernández.

—Decidme.

—Siempre habéis sido fiel a nuestro padre. Y nos hemos llevado bien, incluso cuando me enfrenté a él.

—Así es, señor.

—Se acercan tiempos difíciles y os pido que estéis a mi lado. Que esa fidelidad hacia nuestro padre la mantengáis conmigo.

—Contad con ello. —Sus ojos azules brillaban sinceros.

—Gracias, hermano. —Y el infante le abrazó con fuerza—. No dudéis de que sabré corresponderos.

—Estoy seguro.

—Os pido que tan pronto lleguemos a Alcira tratéis de convencer a nuestro hermano el infante Jaume para que declare el reino de Mallorca vasallo del de Aragón.

Pedro Fernández se quedó mirando a su hermano, pensativo.

—Lo haré lo mejor que pueda, no lo dudéis. Pero hace tiempo que no nos vemos. Anda con sus asuntos en Mallorca y ninguna ayuda hemos tenido suya aquí en la frontera.

—Haced cuanto podáis, es vital para nuestro futuro.

—Señora —dijo el rey Jaime—, vengo a despedirme.

Acababa de entrar en la habitación reservada en el castillo de Alcira para su último amor, Sibilia de Saga. Arrastraba los pies y le costaba andar. La doncella de la dama se apresuró a abandonar la estancia. Ella le observó asombrada y vio, en su semblante, que hablaba en serio.

—¿Por qué, señor? —inquirió llorosa—. ¿Adónde vais?

Le miraba angustiada con sus ojos azules y de su toca se escapaba un mechón de pelo azabache.

—Voy a morir, Sibila.

—¡Eso no es cierto, señor! Aún nos queda mucho por vivir.

—Me apago, Sibila. Y voy a emprender el camino a la tumba.

—¡Dejad que os acompañe! ¡Si es así, estaré con vos hasta el último momento!

—No. No podéis venir conmigo.

—¿Por qué? ¡Lo hemos compartido todo estos últimos años! ¡Nunca nos hemos separado!

—Mañana renunciaré a la corona y tomaré el hábito del Císter. Y con él, el voto de castidad. No os podré ver más.

Ella estalló en sollozos.

—He dejado a mi hijo Jaume Sarroca, el obispo, provisiones testamentarias para vuestro bienestar. Conservaréis la villa de Tárbena, sus fortalezas, campos y masías. Adiós, Sibila.

—¡Os lo ruego!

—Lo siento. Son muchos mis pecados y quiero estar a bien con Dios. Llega mi hora.

—¡Dejadme pasar esta última noche con vos, os lo suplico!

—Yo también os lo suplico, mi señora. —El viejo rey sonreía con ternura.

Se abrazaron.

Los hermanos llegaron a Alcira por la tarde. En esta ocasión, el infante no quiso entradas triunfales. Roger abría la austera comitiva con el estandarte de Aragón, justo por delante de Pedro y su hermano Pedro Fernández. Y los seguían media docena de caballeros. Todos vestían sus armaduras. Sin embargo, los pregones habían voceado en las últimas semanas, una tras otra, las victorias del ejército real, y cuando cruzaron la puerta de la muralla de Alcira la gente se congregó en las calles aclamando al infante. La comitiva no se detuvo y fue directa al castillo.

Tan pronto entró en el patio de la fortaleza, Pedro vio a Jaume, que charlaba animadamente con su otro hermano, el obispo de Huesca. Jaume vestía una elegante gonela de seda azul ceñida con un cinturón con daga y espada y se cubría con un gorro de la misma tela en el que destacaban dos plumas rojas. Calzaba unos borceguíes acuchillados de cuero repujado a juego con el cinturón. También Jaume Sarroca iba de gala: a pesar del calor, cubría su túnica azul claro con una capa púrpura y en su cabeza lucía una mitra blanca, alta y apuntada con cruces y ribetes bordados en oro. Pedro se dijo que sus hermanos se habían preparado para una ceremonia solemne.

Desmontó de un salto, con ruido de hierros, sin esperar a que su caballo se detuviera del todo. Y sin más preámbulos se dirigió al infante y al obispo.

—Buenas tardes, hermanos.

El infante Jaume dio un paso atrás. Siempre le había intimidado la mayor envergadura y decisión de su hermano mayor. Aparecía sudado, bañado en polvo y con la armadura de cota de malla cubierta por una sobreveste blanca, con el escudo sangre y oro de Aragón.

—Buenas tardes, Pedro —contestó.

—Bienvenido, hermano. —El obispo mostraba su untuosa sonrisa.

—He de hablar con ambos —anunció—. Y con nuestro hermano Pedro Fernández. Solos.

El obispo dispuso de la capilla, cuyas puertas hizo guardar desde fuera.

—¿Nos ha llamado el rey para lo que sospecho? —inquirió el infante Pedro dirigiéndose al obispo.

—Nuestro padre está próximo a la muerte —le informó el prelado —. Esta tarde hablará en privado con cada uno de nosotros. Y mañana cederá sus poderes reales para profesar como monje del Císter. Una vez dado ese paso, aunque recupere la salud, ya no podrá volver atrás. Dejará de ser rey para siempre.

—Vos que sois su consejero, y casi su confesor, conoceréis sus intenciones, ¿verdad? —continuó Pedro—. ¿Va a mantener su testamento tal cual se guarda en Poblet?

—Así es. Los dos infantes seréis reyes. Así lo prometió a vuestra madre. Y no va a cambiar nada ahora que se encuentra a las puertas de la muerte.

—Yo acepto su voluntad y la de nuestra madre —dijo Pedro, mirando a su hermano el infante—. Y Jaume, seréis rey. Siempre os he apreciado y respetado.

El infante Jaume le contemplaba ceñudo y apretando las mandíbulas.

—¿Y? —inquirió este—. ¿Qué problema hay?

—Bien sabéis que Mallorca no puede ser un reino independiente. Los condados del Rosellón y la Cerdaña que padre os cede son catalanes. Y la mayor parte de los cristianos de las islas son catalanes o descendientes de catalanes. Vuestro reino no puede separarse del mío.

—En Montpellier son occitanos —arguyó el infante—. Y es mi más rica posesión.

—Nuestro padre os hará reyes a los dos —intervino el obispo—. Y no mencionará el vasallaje.

—¡Hablaré con él! —dijo el infante Pedro.

—Demasiado tarde —repuso el obispo—. Habéis mostrado vuestra disconformidad en cuanto a la independencia de Mallorca desde que tenéis uso de razón. Nuestro padre conoce de sobra vuestro parecer y ha mantenido su posición. Ambos seréis reyes. Ahora está muy débil. Lo hecho hecho está. Sería cruel atormentarle mostrando discordia entre hermanos. Dejadle morir en paz.

El infante Pedro afirmó lentamente con la cabeza y miró ceñudo al suelo. Su hermano Jaume alzaba la barbilla satisfecho.

—Escuchadme, Jaume —intervino Pedro Fernández—. Vuestro reino está fragmentado. Montpellier se encuentra lejos del resto de vuestras posesiones, junto al condado de Provenza, que pertenece a Carlos de Anjou. Los condados catalanes del Rosellón y la Cerdaña son como un tapón entre Francia y los futuros reinos de nuestro hermano Pedro. Y Mallorca está frente al reino de Valencia, en la ruta marítima hacia el interior del Mediterráneo, y es amenazada por los africanos. El reino no es sostenible. Necesitáis protección y nuestro hermano os la dará. Seréis rey vasallo de Pedro.

—Me coronaré solo como rey de Aragón —afirmó Pedro—. Ese es el título de mayor rango. No usaré los otros. Como rey de Aragón lo seré también de Cataluña, Valencia, Mallorca y Montpellier. Aceptad ser mi vasallo, Jaume. Os protegeré y os concederé todos los privilegios reales.

—¿Me vais a proteger del rey de Francia? —inquirió el infante—. ¿Me vais a proteger de Carlos de Anjou, conde de Provenza, rey de Sicilia, de Albania y de gran parte de Grecia? ¿Con qué, aparte de vuestras fantasías? Ambos son mucho más poderosos de lo que vos nunca seréis. ¡Ved cómo están vuestros futuros reinos! Media Valencia es de los moros. Y en Cataluña y Aragón los nobles os consideran un tirano y se rebelan. ¡No me convencéis!

Los hermanos se miraban fijamente. Era una mirada dura, cercana al odio. En un rápido movimiento, Pedro, usando su mayor envergadura y fuerza, agarró a su hermano de la pechera de su elegante gonela de seda azul y lo empujó contra la pared, donde chocó con un sonido de huesos.

—Jaume —le dijo con un gruñido—, seréis mi vasallo o no seréis.

Los dos hermanos naturales intercambiaron una mirada consternada. Los ojos del infante Jaume mostraban temor.

—No seréis… rey —matizó Pedro tratando de suavizar el tono—. Pensadlo bien. Os lo pido por favor.

Pero no pudo evitar que el recuerdo de Fernán, el hermano ahogado en el Cinca, sobrevolara la capilla como un fantasma.

68

Alcira, reino de Valencia, 22 de julio de 1276

—El Señor me ha concedido muchas gracias y una de las mayores es poder transmitir, hoy en vida, la realeza a mis herederos.

El rey Jaime I coronado, con cetro y pomo en sus manos, extendió los brazos con gesto trabajoso. El obispo de Valencia acababa de oficiar misa en la capilla del castillo de Alcira. Allí se reunían los infantes, los nobles que habían acudido a combatir a los musulmanes, Sibila de Saga y algunos prelados. El día anterior el rey se había entrevistado, en privado, con cada uno de sus hijos.

—Lego Aragón, Cataluña y Valencia a Pedro; y Mallorca, los condados del norte de Cataluña y Montpellier, a Jaume. Y pido al arzobispo de Tarragona, primado de mis reinos, que trate los asuntos de Mallorca directamente con mi hijo Jaume y el resto con Pedro.

Bajó los brazos. El silencio en la capilla era absoluto.

—Y ahora entrego mi cuerpo al abad de Poblet para que lo entierre en su monasterio —continuó—. Le he pedido que me admita como monje del Císter, ha aceptado y me someto a su obediencia. Jamás volveré a reinar aunque sobreviva a mi enfermedad. Rezaré para que vosotros, mis hijos, tengáis una larga y dichosa vida. Para que derrotéis a vuestros enemigos y para que actuéis con justicia y

amor con vuestros nobles y súbditos. El resto del tiempo que el Señor me conceda lo dedicaré a orar para que perdone los errores e injusticias que he cometido durante mi larga estancia en este mundo. Y me reserve lugar en su gloria.

Pedro, de pie y a una distancia escasa de tres pasos de su padre, tenía lágrimas en los ojos. El encuentro de ambos el día anterior había sido muy emotivo. El rey le habló ya no como tal sino como un humilde monje. Era una dimensión de su padre desconocida para él.

«Perdonadme si no os he comprendido, Pedro», le dijo entonces, tomándole las manos en un gesto cariñoso. «Perdonadme vos mi rebeldía, padre», le respondió este.

Recordaron sus vidas, zanjaron desencuentros y quedaron en paz. Pedro no quiso recordarle el tremendo error que un reino de Mallorca independiente representaba. Demasiado tarde. Ni que creía que había sido débil con los grandes nobles. Que muriera en paz. Lo único que ahora importaba era el amor que se profesaban. Se despidieron, y al abrazarse padre e hijo lloraron. Pedro le envidiaba. Deseaba para sí una muerte igual de serena. Recordaba la maldición de Blanca de Antillón, la bruja, y presentía que él no iba a gozar de un final tan hermoso.

—Que mi muerte no os detenga —prosiguió el rey en la capilla—. Quiero que mi cuerpo quede insepulto, sea donde sea que fallezca, hasta que venzáis a los sarracenos y el reino de Valencia quede en paz. Que no se atienda a mi cadáver hasta entonces. Tiempo habrá para que reciba sepultura.

El infante Pedro afirmó con la cabeza.

—Cumpliré vuestra voluntad, padre —murmuró.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del monarca, que entregó su cetro y el pomo al abad de Poblet. Después se quitó la corona, con lo que su melena casi blanca quedó suelta, y la entregó, junto con el anillo, a su hijo el obispo. Ellos fueron depositando los símbolos reales en el altar. A continuación, el rey se despojó de la

fíbula que sujetaba su largo manto púrpura y lo entregó todo. Enseguida, ayudado por el abad, se desprendió del pellote de seda e hilos de oro y plata, cubierto de escudos heráldicos de Aragón. Le siguió la saya, de la misma tela y decoración. Se quitó los escarpines y se quedó descalzo y en calzones.

El infante Pedro contempló la figura demacrada, con las costillas marcadas, arrugada y encorvada de su padre. Había sido tan alto como él, pero ahora no lo parecía. Él lo recordaba con aspecto robusto y atlético, cuando de pequeño luchaban jugando. Lamentó, triste, el paso del tiempo y sintió una gran ternura por el anciano. A su lado Sibila de Sarga lloraba en silencio y el infante no pudo contener las lágrimas.

No paró aquí el rey, sino que además se quitó los calzones sin importarle mostrar la decrepitud de su vejez. Acto seguido se sentó en un escabel y un fraile le cortó el pelo, que cayó a grandes mechones, le afeitó la barba y le tonsuró la coronilla. El abad de Poblet y un monje le ayudaron a vestir el hábito blanco con escapulario negro cisterciense, que se ciñó con una cuerda del mismo esparto que sus sandalias.

Estaba irreconocible, y tanto nobles como eclesiásticos le contemplaban asombrados.

—Que Dios os bendiga —dijo dirigiéndose por última vez a los presentes—. Mi obra en este mundo ha terminado y mañana empieza mi viaje a la tumba.

El abad le besó en la boca, según el rito de ingreso de los frailes. Jaime sonrió a los asistentes y se fue en pos del eclesiástico.

El viaje no fue largo. Cuatro días después de su partida moría en Valencia, a solo una jornada de camino de Alcira. Su hijo el obispo Jaume Sarroca, que le acompañaba, escribió una última anotación en su *Llibre dels feits*:

Y partimos de Alcira y al llegar a Valencia se agravó la enfermedad. Y quiso nuestro Señor que no termináramos ese último viaje que pretendíamos.

Y aquí en Valencia, el noble Jacme, por la gracia de Dios rey de Aragón, conde de Barcelona y Urgel y señor de Montpellier, abandonó este mundo.

Era el 27 de julio de 1276.

69

Zaragoza, 17 de noviembre de 1276

—No es el papa quien me hace rey, sino mi derecho de herencia y la gracia de Dios —le dijo mi esposo a Bernat de Olivella, arzobispo de Tarragona y primado de sus reinos—. Y vos, junto con los obispos, me entregaréis los atributos reales en nombre del Señor y no del papa. Y yo, personalmente, me ceñiré la corona.

La sala privada de la Aljafería, en Zaragoza, se sumió en el silencio. Aquel espléndido palacio fortaleza sarraceno me admiraba tanto como el de Valencia: sus arcos en herradura, sus suelos de mármol, las tracerías de sus bóvedas y sus paredes de estuco y alabastro dorado eran de un gusto exquisito. Y el rumor del agua en las fuentes y canalillos que conducían a las albercas de sus arbolados patios interiores me deleitaba. La estancia tenía complejas volutas y pequeñas cimbras esculpidas en sus arcos y capiteles. Pero mi atención se centraba en la conversación entre Pedro y el arzobispo, que no esperaba esas palabras.

Bernat era un hombre alto y enjuto, de ojos oscuros y rostro afeitado y descarnado, que pareció encogerse ante la contundente afirmación de mi esposo.

—Pero, señor —objetó después mantenerle un tiempo la mirada —, eso no agradará al pontífice.

—Decidle que no me corono ni por él ni en su contra, sino por mí mismo. Por mi derecho.

—Vuestro abuelo Pedro se proclamó vasallo del papa, al que pagaba un tributo —insistió el prelado. Su frente empezaba a perlarse de sudor—. Así que, por el derecho sucesorio al que apeláis, sois vasallo de la Santa Sede. Y debo coronaros en nombre de la Iglesia.

—¡Ese es el mismo falaz argumento por el que se le arrebató a mi suegro el reino de Sicilia! —clamó Pedro indignado—. Mi abuelo se hizo vasallo del papa para que le protegiera de la cruzada contra sus feudos de Occitania, que el propio pontífice había proclamado —gruñó—. ¿Y de qué le sirvió? De nada. Murió asesinado por los cruzados franceses y excomulgado. Y Francia se quedó con Occitania. Cuando un señor incumple su obligación de proteger a su vasallo, el vínculo feudal se rompe. Aragón ya no es vasallo de la Iglesia.

—El pontífice piensa lo contrario —repuso el eclesiástico—. Y vuestro padre, el rey Jaime, quiso ser coronado por el papa.

Pedro rio.

—Sí, pero el difunto Gregorio X, a pesar del trágico destino del abuelo, quería cobrarle los tributos atrasados que según él se le debían. Y mi padre se negó. Llevaba sesenta años reinando y el papa no le iba a hacer más rey. —Pedro hizo una pausa y miró severo al arzobispo—. En la Iglesia me entregaréis los atributos reales y yo me coronaré rey. —Después me miró a mí—. Y a la reina la he de coronar yo —continuó—. Es una Hohenstaufen. Y será reina, muy a disgusto de los papas. Será reina por el amor que yo le tengo.

El corazón me dio un brinco y no pude evitar emocionarme. ¡Qué hermosas palabras!

El arzobispo tragó saliva y observó temeroso a mi marido. No quería correr la misma suerte que mi cuñado Jaume Sarroca, el

obispo de Huesca. Pedro consideraba que su hermano el obispo había influido en su padre, quizá sobornado, a favor de su hermano en el asunto de Mallorca. De hecho, el infante Jaume partió hacia su reino justo después de la abdicación del padre, abandonando a mi esposo en la lucha contra los musulmanes. Y se coronó rey de Mallorca el 12 de septiembre de 1276, un mes antes que Pedro y en ausencia de este. Era una clara demostración de independencia y rebeldía. En cambio, mi esposo tuvo que estabilizar el frente y asegurar posiciones antes de su coronación. Y no quiso usar el título de rey hasta producirse esta.

Pedro acusó a su hermano el obispo, que acompañaba al rey en el momento de su deceso, de haberse apoderado de objetos valiosos del padre. No podía quitarle el título de obispo, que era nombramiento papal, así que le castigó requisándole la mayor parte de sus propiedades y excluyéndole del consejo real. Pedro había demostrado que el clero no le imponía y el arzobispo temía sus represalias.

—Se hará según vuestra voluntad —aceptó al fin el prelado.

—Me coronaré solo como rey de Aragón, el título de mayor rango que ostentaba mi padre —continuó Pedro—. Los grandes nobles están convocados aquí, en Zaragoza, ya que no repetiré la coronación ni en Barcelona, ni en Valencia, ni en Mallorca. Por mucho que tengan sus propias cortes y leyes. Y no pienso jurar durante la ceremonia los fueros de la nobleza.

—Eso no gustará a vuestros nobles —comentó el prelado, inquieto. Veía nubarrones en el horizonte.

—Cumpliré con el resto del rito —continuó Pedro, como si aquello fuera a solucionar los problemas—. Ayunaré tres días, velaré armas en la Aljafería durante la noche anterior y el día siguiente iré en procesión con mi heredero el infante Alfonso, mi esposa Constanza y mis caballeros hasta la iglesia.

—¡Doña Constanza de Hohenstaufen y Sicilia! —La voz de mi esposo Pedro III, rey de Aragón, sonó potente en la catedral de San Salvador de Zaragoza cuando llegó el momento.

Emocionada, contemplé sus ojos gris claro. Yo ya había cumplido los veintisiete y él treinta y seis. Seguía igual de apuesto que cuando nos casamos, hacía catorce años.

—Yo, el rey, os corono a vos, mi esposa, reina de Aragón —proclamó.

Tomó la corona que le ofrecía el arzobispo de Tarragona y, con cuidado y cariño, me la puso. Yo vestía una gonela de seda blanca bordada en oro, ceñida con un cinturón de seda roja con los escudos sangre y oro de Aragón y del águila negra de los Hohenstaufen. Conservaba un talle fino a pesar de los seis hijos que le había dado a Pedro. Llevaba mi largo pelo castaño suelto, sujeto apenas por una toca de seda blanca para un mejor ajuste de la corona. Noté su peso. Un obispo me despojó de mi capa y el rey me cubrió con un manto de púrpura semejante al que él llevaba y que sujetó con una fíbula. A continuación me puso un cetro de oro en la mano derecha y el pomo esférico en la izquierda. Él me sonrió y yo le devolví una sonrisa trémula, trataba de contener un par de lágrimas que se deslizaban por mi mejilla. Aquel hombre había sido durante catorce años mi caballero, mi amigo, mi protector. Y desde que cumplí los dieciséis también mi amante. Poquísimos esposos, y menos con un carácter enérgico y vivo como el suyo, eran tan considerados y cariñosos. Le estaba muy agradecida. Al fin y al cabo, yo era una huérfana sin parientes que me protegieran y cuya mera existencia incomodaba al papa y a Francia. Y mi padre había fallecido debiendo la mitad de la dote acordada para mi boda. Pedro me habría podido repudiar legalmente y el papa le hubiera bendecido. Pero no, él siempre me consoló y arropó en los momentos difíciles. Y ahora me sentía muy feliz.

El arzobispo de Tarragona entregó al rey el cetro y el pomo, e investidos ambos como reyes nos giramos para mirar a los presentes.

—¡Vivan los reyes de Aragón! —gritó por tres veces Pedro Fernández.

Nobles de Cataluña, Aragón y Valencia, caballeros, representantes de corporaciones ciudadanas y otros, que llenaban la catedral, respondieron con vítores y se arrodillaron. La seo de Zaragoza estaba iluminada por miles de velas y el olor de cera quemada se mezclaba con el incienso, cuyos vapores se elevaban hacia sus redondeados arcos. Era la primera vez que se coronaba un rey en la ciudad y el templo estaba abarrotado.

El coro se puso a cantar y el arzobispo nos condujo a unos tronos elevados, desde donde presenciamos el resto de la misa cantada, oficiada por el propio arzobispo, asistido por los obispos del reino.

Zaragoza, en fiestas, celebraba la coronación. Las ventanas estaban engalanadas con romero, con flores y con los paños más lujosos de cada casa. Había torneos, bailes, juegos y comediantes, músicos y juglares amenizaban los actos.

A la salida de la catedral se formó una procesión de caballeros, nobles y prelados, que nos acompañaron al palacio de la Aljafería, donde comimos. Cuando al fin nos retiramos a nuestros aposentos, yo notaba el cansancio de aquellas jornadas agotadoras.

—Señora —me dijo Pedro—, este es un gran día y quiero resolver un asunto pendiente.

Le miré en silencio, intrigada.

—Os suplico que me entreguéis el guante de Conradino.

—¿Qué queréis hacer con él? —inquirí sorprendida y con cierta alarma.

—Sé que lo guardáis siempre con vos. Dádmelo.

Me acerqué a un baúl y extraje aquella cajita de marfil que había llegado conmigo de Sicilia, decorada con imágenes esculpidas de animales y plantas. Miré a mi esposo para asegurarme de que realmente estaba convencido de lo que iba a hacer. Leí una gran firmeza y determinación en sus ojos y extraje la prenda con cuidado. ¡Significaba tanto para mí!

Entonces el rey se arrodilló a mis pies como un caballero que suplicara un favor de su dama y puso las manos para recibir el guante.

—Os prometo, señora —me dijo—, que he de vengar a vuestro padre y a vuestro primo. Y que he de haceros reina de Sicilia.

El corazón me dio un vuelco de alegría. Pero de inmediato sentí temor y culpa.

Había presionado a Pedro para que aceptara aquel desafío. Y Juan de Prócida y la multitud de sicilianos sedientos de venganza que le rodeaban, también. Pero ahora era consciente de la magnitud del reto. El poder de Carlos de Anjou era cinco, seis, quizá diez veces mayor que el de Pedro. Y el de su sobrino y aliado, el rey de Francia, aún mayor. Quedaban muchos peligros en nuestros reinos pero vislumbraba tiempos mejores. Ansiaba la paz. Y ahora, en este momento feliz, mi esposo aceptaba un reto que parecía imposible. Más guerras contra poderes mucho mayores. Y por mi causa. Hasta el momento, el desafío que representaba el guante de Conradino había sido algo heroico, romántico, pero alejado de la realidad.

Contemplé aquella prenda, que tanto representaba, en sus manos. Ahora todo se concretaba y sentí pánico. ¿Iba a sacrificar a mi familia?

—Os lo agradezco, señor —repuse emocionada—. Pero tenemos muchos problemas en nuestros reinos. Además, Carlos de Anjou es demasiado poderoso, y su sobrino y aliado, el rey de Francia, lo es aún más.

—Lidiaré con todo, señora —contestó él—. Guardad en secreto mi promesa. Si el Señor me concede suficiente vida, os he de hacer reina de Sicilia. Y he de vengar a vuestro padre. Os doy mi palabra.

Tiré de sus manos para que se incorporara y se las besé para después abrazarle con ternura.

—Os lo agradezco, señor —repetí—. Pero prefiero mil veces teneros junto a mí, con vida, antes que otro reino. Os libero de vuestra palabra. No quiero Sicilia, me basta con lo que tengo.

—Os daré Sicilia —insistió él, firme—. Y seréis dos veces reina.

70

Montesa, reino de Valencia, verano de 1277

La ordenación de sus reinos le impidió a Pedro atender el asunto morisco hasta el año siguiente. Convocó a sus tropas en Valencia para el día de San Juan de 1277 y el clan de Súria acudió bajo las enseñas, y soldada, de Roger. Después de varios combates y de la toma de villas y castillos, la mayor parte de los sublevados se concentraron en la ciudad de Montesa. Se trataba del último enclave sarraceno de importancia y Pedro tenía prisa por conquistarlo para sofocar la revuelta, según lo prometido a su padre. Solo entonces podría trasladar solemnemente el cuerpo del rey Jaime desde Valencia hasta Poblet, donde, según su voluntad, recibiría sepultura definitiva.

A mediados de julio se inició el sitio de Montesa y de su impresionante fortaleza. Las máquinas de guerra cristianas lanzaban continuamente grandes piedras y fuego griego contra los muros de la ciudad. Pero la potente caballería musulmana efectuaba incursiones en el campo cristiano que se saldaban con decenas de muertos y heridos.

Súria tenía ya dieciocho años y confiaba en que apareciera el conde de Ampurias con su hueste. Pero al cabo de un tiempo perdió

la esperanza. La pesadilla del ciervo y el conde continuaba atormentándola.

Decidió preguntar por él directamente al señor del valle del Seta, como seguía llamando a Roger, a pesar de que este había recibido el gobierno de la importante villa de Cocentaina y sus territorios vecinos, incluido el valle.

—No se le espera —le contestó el siciliano—. Alega que no anda bien de salud. Pero la brama de los ciervos está por empezar y estoy seguro de que irá a cazarlos.

—Gracias, señor. —La expresión de la muchacha mostraba su decepción.

—Dime, ¿qué interés tienes tú por el de Ampurias?

—Ninguno, señor.

—Es la segunda vez que me preguntas por él —insistió—. Me extrañó mucho verte en Barcelona el año pasado. Entonces también quisiste saber de él.

La miraba inquisitivo y ella se encogió de hombros.

—Gracias, señor —repitió, y dio media vuelta para irse sin responder.

Roger la agarró del brazo e hizo que se girara.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió ceñudo—. Me ocultas algo.

—Mis asuntos no os incumben —le retó ella al tiempo que elevaba la barbilla y se libraba de su mano con una violenta sacudida.

—Salvaje como una cabra montesa —dijo él con una sonrisa. Cada vez la veía más atractiva. Y ahora, a pesar de su fiera mirada y su expresión sombría, lo estaba especialmente—. Me incumben porque me agradas y quiero que seamos amigos —añadió ante su silencio.

—¿Queréis ser mi amigo? —inquirió ella desafiante—. ¿Y después qué me vais a pedir?

—Mira, Súria, sé atar cabos —afirmó Roger, evitando responderle —. Los pelirrojos no abundáis. Y menos con ese acento del Ampurdán tuyo. Recuerdo bien a Ponç, el heredero de Ampurias. Por su aspecto podría ser tu hermano.

Ella le miró sorprendida, sin saber qué responder.

—Eres su bastarda, ¿verdad?

Súria, de pronto, sintió deseos de llorar.

—No me cae bien el conde —continuó Roger—. Cuéntamelo. Veo lo mucho que te afecta. Ven a mi tienda y hablemos sin que nos vea todo el campamento.

Ella seguía contemplándole dubitativa. No sabía si confiarse a él, pero deseaba hacerlo. Roger tenía una mirada franca y siempre le había gustado.

—Si es que temes por tu honra… —dijo él.

—No me importa lo que diga la gente —le cortó ella—. Y si os propasáis, os mataré.

Él sonrió ante la amenaza. Y no porque no la creyera. Su querencia por ella no era solo física; le producía una admirada simpatía.

—Yo en cambio no me quejaré si eres tú la que se propasa —repuso ampliando la sonrisa.

—¡Siempre lo mismo! —le espetó ella ceñuda.

Y dio media vuelta para irse. Él la sujetó de nuevo del brazo y ella se giró, amenazante, con la mano sobre la empuñadura de la daga.

—Yo te respeto, Súria —le dijo él ahora serio—. Y me gustaría que me lo contaras. Soy tu amigo.

Los ojos de ella se agrandaron al tiempo que su expresión se relajaba. Había algo en él que la impulsaba a confiarse.

—Hoy mismo me ha despertado esa pesadilla —le confesó Súria poco después.

La tienda de Roger no era lujosa como las de otros nobles pero aun así su interior admiró a la muchacha. El suelo estaba cubierto de alfombras y unos tapices con arabescos la dividían en dos estancias. Ellos se encontraban en la primera, sentados sobre unos almohadones a la manera morisca, y el mayordomo les sirvió, en una mesilla baja, vino con aguamiel y especias acompañado de frutos secos.

—¿Qué pasó allí, en Ampurias?

Ella, tratando de contener la emoción, le contó que no solo era hija natural del conde sino también su sobrina, y le habló de los abusos de este y su violación. Y cuando llegó a la ejecución de sus padres, no pudo evitar las lágrimas. Roger, con la mesilla entre ambos, le cogió las manos y se las besó. A Súria le fue agradable y le proporcionó consuelo.

—¡Vaya! —dijo él para ayudarla a superar la pena—. ¡Hija del conde de Ampurias y de su hermana! ¡Pero si tu sangre es más azul que la mía!

Ella le miró sorprendida y le sonrió.

—Los bastardos no contamos para nada, y menos las mujeres —murmuró—. Eso me dijo el malnacido de mi padre.

—Los hombres de bien cuidan de sus hijos naturales —aseguró Roger.

—Él no es hombre de bien —miró intensamente a Roger—. Y he prometido matarle.

—No se me hace eso extraño en ti. Pero ¿sabes a lo que te arriesgas?

—No me importa.

—Si fuera otro, te denunciaría.

—Pero no sois otro. Sois el señor del valle del Seta.

—No dudo de que el conde merezca la muerte. Por su rebeldía, por lo que hizo en Figueras y por otras atrocidades. Pero solo el rey le puede condenar, y le absolvió por conveniencias políticas.

—Yo no entiendo de política. Pero sé que es un miserable que merece morir.

—Ahora no, Súria. Algún día se te presentará la oportunidad que deseas. Ahora debemos tomar Montesa.

El asedio continuaba sin que los cristianos lograran vencer la resistencia musulmana. Habían construido zanjas y parapetos para evitar las incursiones de la caballería, pero los moros salían a pie por las noches para destruir los trabuquetes, que no dejaban de castigar los muros de la ciudad. Los combates eran sangrientos y varios de los almogávares habían muerto ya.

Era finales de septiembre cuando el rey Pedro reunió a su consejo.

—No podemos esperar más —dijo—. Ya es otoño y pronto llegará el frío y la lluvia. Hay que terminar. De lo contrario nos veremos obligados a levantar el asedio.

—Los muros de la ciudad resisten bien —dijo Pedro Fernández.

—Ataquémoslos escalando la Muela —propuso Roger—. Por allí no nos esperan.

—Como que es suicida —gruñó Guillem de Castellnou.

La fortaleza estaba asentada sobre una colina pétrea tan elevada que ni la mejor de las catapultas lograba alcanzarla, y en muchos lugares caía a pico como si de un muro natural se tratara. La Muela era una roca gigantesca que se alzaba por encima de la fortaleza, cubriéndole la espalda, a modo de una gran torre, fortificada en su cumbre. Solo que en su ladera posterior ofrecía una escarpada pendiente. A nadie en su sano juicio se le ocurriría tratar de subir por allí teniendo al enemigo encima.

—Lancemos ataques simultáneos por los puntos más débiles de la muralla —propuso Roger—. Concentrarán sus defensas allí. Es por donde esperan el ataque, así que dejarán a muy pocos en la Muela. Cuando se den cuenta de que estamos subiendo, será tarde. Los accesos a su cumbre desde el castillo no son fáciles. Y es probable que, distraídos con la defensa de abajo, no se enteren de que los asaltamos arriba.

Pedro se quedó mirando a Roger, pensativo.

—Me ofrezco voluntario para comandar la escalada —dijo Pascale.

El rey observó ahora al siciliano de la cicatriz, ponderando aún el plan.

—Se van a despeñar muchos —concluyó.

—Yo acompañaré a don Pascale con mis almogávares —dijo Roger.

—También iré yo —anunció el soberano.

—Es una locura, majestad —se alarmó Pedro Fernández—. Dejadme ir en vuestro lugar.

—No, hermano, vos comandaréis uno de los asaltos. Habrá cuatro. Guillem de Castellnou, Conrado Lancia y Blasco de Alagón dirigirán los otros.

Era una noche oscura de cielos cubiertos. La fortaleza estaba al norte y los trabuquetes no dejaron de castigar los muros sur, este y oeste de la ciudad en preparación del ataque. Las luces de las antorchas denotaban el movimiento de tropas en el campamento y los musulmanes se aprestaron a la defensa.

Mientras, amparados por la oscuridad, los ballesteros de Pascale tomaban posiciones en la ladera norte de la Muela. Por la mañana estarían en disposición de ensartar a los moros que se asomaran desde la cima para repeler el ataque.

El asalto a la ciudad se inició al despuntar el alba. Al cobijo de las empalizadas, los ballesteros cristianos disparaban a los defensores de las almenas mientras los infantes corrían con escaleras para trepar por los lugares donde los muros estaban más dañados por el bombardeo. Los de la Muela, atentos al combate en la ciudad, no advirtieron que los asaltaban a ellos hasta que la tenue luz de un alba de cielos cubiertos les permitió ver a los cristianos hormigueando ladera arriba.

Galcerán y los suyos, protegidos contra su costumbre con los cascos y escudos proporcionados por Roger, y con ayuda de cuerdas colocadas por escaladores nocturnos, trepaban junto a los ballesteros, que iban tomando posiciones cada vez más elevadas. Los sarracenos lanzaron una gran roca. Súria vio cómo al rodar arrastraba a varios de los suyos monte abajo. Hubo gritos y maldiciones. Después cayó un moro alcanzado por un virote de ballesta. Ella continuó subiendo agarrándose a una cuerda, a piedras, matas y raíces. De pronto una roca golpeó su escudo y por un momento estuvo balanceándose, a punto de caer al vacío. Vio cómo se despeñaba un ballestero, a su lado, tras el golpeo de otra piedra. El corazón le latía acelerado y notaba presión en sus sienes. Pero tan pronto recuperó el equilibrio continuó monte arriba. Uno de los que la precedían recibió el impacto de otra roca y se desplomó. Cayó rodando. Casi se llevó a Súria por delante pero consiguió pararle. Entonces le vio. ¡Era el señor del valle del Seta! Estaba inconsciente, quizá muerto, y, a pesar del casco y su acolchado interior, sangraba por la cabeza. El corazón le dio un vuelco al verle. Y de inmediato le protegió con su escudo, sujetándole fuerte para evitar que cayera al abismo.

—¡Arriba! ¡Arriba! —animaba un caballero que venía subiendo—. ¡Por Aragón!

Pero Súria no se movió. Tenía que cuidar de Roger.

—¡Arriba! ¡Por san Jorge!

Cuando el hombre llegó a su altura, Súria vio que se trataba del mismísimo rey. No le importaba quién era: no se iba a mover mientras Roger estuviera en peligro.

Al fin los cristianos alcanzaron la cima. El combate fue breve. Los defensores eran escasos y fueron arrojados al vacío. La enseña real se alzó en la Muela, por encima del castillo y de la ciudad. Galcerán se puso a soplar un cuerno, una y otra vez, para imponerse al fragor de la batalla que continuaba abajo. El estandarte de Aragón, victorioso, se veía desde el castillo y la ciudad. Los sarracenos supieron que la fortaleza y la ciudad estaban perdidas. Y depusieron las armas.

—Gracias, Súria —le dijo Roger cogiéndola de la mano cuando fue a visitarle a su tienda—. Me salvaste la vida.

Le encontró tendido en el lecho, con un aparatoso vendaje en la cabeza. Estaba quejumbroso y el dolor parecía haber mermado su habitual seguridad y humor. Ella, arrodillada a su lado, le sonrió.

—Quédate conmigo, Súria —continuó él—. No puedo ofrecerte matrimonio porque estoy obligado a casarme con una noble. Pero tendrás todo mi amor. Y todo lo demás. Incluso un contrato legal frente a notarios.

Súria, enternecida, puso su otra mano sobre la de él y se la acarició.

—¡Di que sí, por favor! —insistió Roger.

—Me agradáis mucho, señor del valle del Seta —repuso ella—. Pero os equivocáis al poner vuestro cariño en mí.

—¿Me equivoco? —Estaba sorprendido.

—Os equivocáis y mucho, señor.

—¿Por qué?

—Porque yo vivo y duermo con otra mujer. Es a ella a quien amo y no quiero saber nada de ningún hombre. Aunque me guste, como

vos.

Él la contempló estupefacto.

—Y tenemos dos hijos —añadió Súria.

La mirada de él fue hacia sus genitales.

—Pero ¿eres mujer? —inquirió él alarmado.

Ella rio.

—Del todo —dijo—. Los niños son mis primos.

Súria no entendía por qué le producía tanto placer aquella conversación. Decidió que le halagaba que el señor del valle del Seta la quisiera. Algunos recuerdos, al contrario, recuerdos de Ampurias, le producían una gran desdicha. Quería olvidarlos. Pero las pesadillas del ciervo rojo se repetían, impidiéndoselo.

A la rendición de Montesa le siguió la de los pocos castillos y aldeas restantes que los moriscos mantenían en su poder. El rey Pedro fue generoso con los vencidos y no hubo represalias. Los necesitaba para cultivar los campos y apacentar los rebaños. También decretó que todos los musulmanes que habían sido esclavizados por bandidos cristianos y almogávares fueran redimidos. Dio libertad a quienes quisieran mudarse al norte de África o Granada previo pago de un pequeño rescate. Y a los que desearan quedarse en sus reinos les garantizaba seguridad y respeto a sus costumbres y religión. Muchos le creyeron.

Cuando supo aquello, Súria se propuso encontrar a Abdul y a su esposa Amal. No había podido olvidar ni sus miradas ni sus lágrimas. Tenía noticias de los musulmanes habían recuperado la alquería pero la mayoría de los jóvenes continuaban esclavizados. Convenció a Abdón para que la acompañara y después de interrogar a los esclavistas, los encontraron en dos explotaciones agrícolas valencianas. No sirvió solo el decreto real para liberarlos. Hizo falta intimidación armada y unas monedas de oro. Pero la sonrisa y las lágrimas de los esposos al reunirse compensaron a la pelirroja de todo el esfuerzo. Súria recordaba a su hermana, a quien el conde de

Ampurias había vendido como esclava. Estaría en algún lugar de África. Ojalá pudiera rescatarla también a ella. Pero no le era posible. Sin embargo, sí lo era matar al conde.

Cumplido el mandato paterno de someter a los sarracenos antes de enterrarle a él, y pacificado el reino de Valencia, Pedro se ocupó de la última voluntad del viejo rey. Sus restos estaban depositados en la catedral de Valencia. Y el año siguiente, con una gran y solemne comitiva, trasladó el cuerpo de Jaime I en una humilde caja de madera, como correspondía a un monje, al monasterio de Poblet, donde recibió sepultura.

—He cumplido con mi señor padre —le dijo a Constanza después de que ambos rezaran frente a su tumba—. Ya puedo ya seguir adelante. Hacia Sicilia.

QUINTA PARTE

Las vísperas

71

Toulouse, 19 de enero de 1281

Las campanas de la ciudad de Toulouse sonaban alegres cuando la comitiva desfilaba por el puente sobre el río Garona. Era un día frío pero claro. Abrían el cortejo dos filas de trompeteros seguidas por dos más de tambores. Su estrépito detenía la vida ciudadana. La gente se asomaba a las ventanas, algunas decoradas con coloridos pañuelos, y se apiñaba a los lados de la calle empujada por los soldados de Francia. No todos los días se tenía la oportunidad de ver a un rey. La mayoría nunca vería uno en su vidas. Y en aquella ocasión llegaban dos.

Detrás de los músicos marchaba una docena de portaestandartes ondeando las banderas sangre y oro de la Corona de Aragón. Después, doscientas mulas, enjaezadas con cintas rojas y amarillas y sonoros cascabeles, cargadas con grandes cantidades de dulces, confites, higos secos, pasas, dátiles y jugosas granadas: frutas exóticas en su mayoría desconocidas en Francia. Los arrieros que las conducían iban lanzando golosinas a las gentes que se arremolinaban gritando para recogerlas. Los seguían otras doscientas mulas que transportaban armamento, y, tras ellas, un grupo de músicos moros con extrañas vestimentas hacían sonar sus chirimías y panderos.

A continuación cabalgaban, ataviados con lujosas ropas, espadas y dagas al cinto, quinientos caballeros altaneros. Doce jinetes cerraban la primera parte del desfile portando más banderas de Aragón. Y a cierta distancia, sobre briosos corceles, uno al lado del otro, iban el rey Pedro III de Aragón y su hermano el rey Jaume II de Mallorca. Lucían coronas de oro y capas púrpuras que cubrían las ancas de sus monturas.

A los monarcas los seguía otra docena de caballeros abanderados y quinientos escuderos más. La comitiva se cerraba con más mulas enjaezadas con cascabeles y los colores de Aragón, y con carros que portaban todo tipo de pertrechos. Era un desfile brillante que había costado una fortuna. Aunque, a diferencia de Jaume, Pedro la daba por bien empleada.

—Por mucho que os empeñéis en gastar no vamos a impresionar a nuestro cuñado el rey de Francia —le iba diciendo Jaume a su hermano.

Pedro le miró sonriente.

—Yo creo que sí —dijo.

—¿Qué son para Felipe todos estos oropeles? —continuó Jaume —. ¡Nada! Francia tiene cinco veces más habitantes que vuestros reinos, incluido el mío. Y quizá sea diez veces más rica.

—No quiero que nos crea pobres.

—¡Pero eso es lo que somos! ¡Pobres y débiles!

—Yo no me veo así. Ni se me ocurre pensarlo. Haré que nos vea como sus iguales.

—Es el rey más poderoso de la cristiandad y lo sabe. No le vamos a engañar.

—No basta con tener fuerza. Hay que saber usarla. No por más fuerza se puede más.

Jaume rio, incrédulo, y observó un momento a su hermano mayor. Se le veía seguro y confiado. Siempre lo había sido pero ahora se excedía. No sabía con quién se iba a enfrentar. Ambos se llevaban bien de pequeños y Jaume le quería, pero la discusión sobre el vasallaje los había distanciado. Su esposa, Esclarmonda de Foix, hermana del conde de Foix, el mayor enemigo de Pedro, le odiaba. Y no paraba de quejarse, lamentándose de la soberbia y prepotencia del hermano mayor. Hubo choques armados entre partidarios de Pedro en los condados del Rosellón y la Cerdaña, capitaneados por Guillem, vizconde de Castellnou y amigo del monarca aragonés, y las tropas de Jaume de Mallorca. Después de mucho discutir, Jaume tuvo que aceptar la protección de Pedro y firmar un tratado de vasallaje obligado por la fuerza de las armas, como él declaró. Su mujer se lo reprochaba día y noche.

Pedro se erguía majestuoso sobre su corcel mientras recibía las aclamaciones del pueblo de Toulouse. Había heredado sus reinos, a la muerte de su padre, hacía casi cinco años, en una situación crítica. Y después de interminables luchas había logrado controlarlos. Había derrotado a los musulmanes sublevados tomando Montesa, su último bastión. Los jinetes marroquíes ya no amenazaban Valencia y había paz en el reino.

El año anterior había sometido a los últimos nobles rebeldes catalanes después de sitiar y apoderarse de la ciudad de Balaguer, donde se refugiaban. Esta vez los sublevados no salieron tan bien parados como con el viejo rey. Continuaban presos y pagarían importantes sumas antes de ser liberados. Entre ellos se encontraba el hermano de Esclarmonda. El de Foix conservaba la cabeza sobre los hombros gracias a las súplicas de los reyes de Mallorca y Francia.

Pedro consideraba justo que su hermano menor fuera su vasallo. Le quería, y una de las finalidades del encuentro con el francés era acabar con las agresiones que perpetraba contra Montpellier, la posesión más rica de Jaume. Pedro le defendería con todas sus

fuerzas. Eso iba diciéndose mientras el pueblo de Toulouse, que había sido vasallo en el pasado de su abuelo, el rey Pedro II de Aragón, los aclamaba.

El rey Felipe III de Francia los esperaba en la puerta principal de la catedral de Saint-Étienne y la comitiva aragonesa fue formando en uno de los lados de la plaza. Al frente se encontraban los nobles y caballeros franceses, que los aguardaban ataviados también de gala. Pedro y Jaume desmontaron frente a la puerta principal y Felipe, coronado y arropado con su capa azul bordada de grandes flores de lis, avanzó hacia ellos. Justo detrás de él y frente al resto de nobles, Pedro observó a un eclesiástico con vestimentas de obispo y a un personaje también lujosamente ataviado y con corona. No alcanzaría los treinta años y era algo más bajo que el monarca francés. Estaba contrahecho y cojeaba. Adivinó quién era.

—Bienvenidos, Pedro y Jaume, reyes de Aragón y Mallorca —dijo solemne el monarca francés—. Y cuñados míos.

—Gracias, Felipe —repusieron ellos.

Y se abrazaron.

—El obispo Bertrand de l'Isle-Jourdain —dijo Felipe señalando a su derecha.

Los monarcas inclinaron la cabeza y el obispo les correspondió.

—Y mi primo Carlos II de Anjou, conde de Provenza y heredero de Sicilia —dijo señalando al hombre de su izquierda—. Dado que su condado es vecino de Montpellier, asistirá a nuestros parlamentos.

Jaume estrechó la mano a Carlos y Pedro le imitó, aunque sin sonreír. Su mirada no era amistosa.

—Heredero de Provenza —corrigió.

—Es heredero de Sicilia —le explicó el rey Felipe, sorprendido—. Provenza es suya de pleno derecho puesto que el condado es

herencia de su madre, Beatriz, ya fallecida. Su padre, Carlos de Anjou, es conde solo consorte.

—De acuerdo —dijo el rey de Aragón—. Pues conde de Provenza, entonces.

Jaume se balanceó. Se sentía muy incómodo. Sabía que su hermano nunca había reconocido al viejo Carlos como rey de Sicilia. Le consideraba un usurpador. Conocía a Pedro. No iba a aceptar que se titulara al joven heredero del reino de Sicilia. Supo que aquel sería motivo de conflicto con los franceses. Otro más, se dijo.

Esperaba que los días siguientes, destinados a torneos entre caballeros aragoneses y franceses, con trovadores, bailes y grandes comidas, distendieran la situación. Presentía que aquel iba a ser un encuentro difícil.

72

Viterbo, 2 de febrero de 1281

—El papado ya es nuestro —le murmuró el cardenal Giordano Orsini a su sobrino, el también cardenal Matteo Rosso Orsini, al oído.

El más joven disimuló una sonrisa de satisfacción. Giordano era un hombre de sesenta años, huesudo, carilargo y de penetrantes ojos pardos. Vestía sobre su túnica púrpura una gruesa capa y portaba una gorra, ambas forradas de piel de oso, el animal emblema de la familia Orsini. Matteo Rosso no llegaba a los cincuenta y se abrigaba de forma semejante aunque cubría su cabeza con un solideo rojo que dejaba ver su pelo rubio. Los acompañaba otro sobrino de Giordano, el también cardenal Latino Malabranca Orsini.

Se hallaban en la sala del cónclave, en el palacio del papa de Viterbo, en el centro de Italia, reunidos con otros once cardenales para elegir al nuevo pontífice. Era el 2 de febrero, la fiesta de la purificación de la Virgen María, y hacía mucho frío. El fuego de la amplia chimenea, cargada de troncos, era incapaz de calentar aquella enorme estancia que miraba al valle Faul a través de seis grandes ventanales. El valle parecía encogerse, desprovisto de hojas, en aquel día oscuro e invernal. Otros cinco ventanales y una

gran puerta daban a la plaza de la catedral, a la que se accedía a través de una amplia y majestuosa escalinata.

La estancia tenía varias mesas y en el suelo había trece lechos. Los cardenales llevaban casi seis meses reunidos sin haber alcanzado el mínimo de dos tercios de votos necesarios para proclamar papa a uno de ellos. Los ciudadanos de Viterbo, irritados por aquella indecisión que paralizaba la vida y los negocios de la ciudad, los habían encerrado para forzarlos a llegar a un acuerdo. Así que todo era un ir y venir de criados acarreando comidas, ropas limpias y bacinas, donde sus eminencias hacían sus necesidades. Y un abrir y cerrar de puertas que enfriaban más aún la sala. Sin embargo, seis meses no era tanto como los tres años que se tardó en elegir al papa Gregorio X, diez años antes. En aquella ocasión los ciudadanos de Viterbo, aparte de encerrar a los cardenales y someterlos a una dieta a pan y agua, fueron desmontando el tejado hasta dejar la gran sala del cónclave al aire libre.

—Me he asegurado los votos del de Albano, del de Parma y de Giacomo Savelli de Roma —continuó Giordano—. En la próxima votación seré elegido papa.

—¿Os ha costado muy caro? —inquirió su sobrino Latino.

—Mucho más nos costaría si se proclamara a ese francés.

Y lanzó una mirada a su contrincante. Simón de Brie se encontraba al otro lado de la sala, tenía sesenta y cinco años y almorzaba, voraz, aposentado en una mesa bien provista. Las posiciones estaban enconadas y los cardenales ya no comían juntos. Simón se abrigaba con una capa hecha con pieles de zorro y cubría su calva con el solideo rojo cardenalicio. Los cardenales franceses le acompañaban.

Simón de Brie era bajo, regordete y tenía unos oscuros ojos saltones. El francés le sostuvo la mirada al italiano, sujetando con las dos manos la pata de pato que iba mordisqueando. A Giordano le pareció que se sonreía.

—Sonríe, gabacho, que pronto reiré yo —murmuró.

—¿No debemos temer la reacción de Riccardo Annibaldi cuando se entere? —quiso saber Matteo.

Giordano era hermano de Nicolás III, el anterior papa, del que se decía que había sido envenenado. Tan pronto la noticia de la muerte del pontífice había llegado a Roma, la familia Annibaldi, aliada de Carlos de Anjou, trató de tomar el poder en la ciudad, pero fueron derrotados en un combate en el monte Palatino. Al no lograr su objetivo, los Annibaldi se dirigieron a Viterbo, cuyo gobernador era Orso Orsini, otro familiar del papa fallecido. En Viterbo consiguieron lo que no habían logrado en Roma y se apoderaron de la ciudad con la ayuda de los enemigos de los Orsini. La amenaza militar afectaba el ánimo de los cardenales.

—Cuando me proclamen papa, será él quien tema —repuso Giordano—. La guardia papal era fiel a mi hermano Nicolás III y ahora lo es a mí.

En aquel momento el cardenal Giacomo Savelli se acercó a los cardenales franceses.

—Ahora le dice que cambia su voto —adivinó Giordano—. Me gustará ver la cara que pone Simón.

No podían oír la conversación pero esta degeneró en una discusión acalorada que hizo enrojecer de cólera a Simón. Y cuando su interlocutor se alejó, este apuró su copa de vino y le lanzó una mirada de odio a Giordano. El francés buscó la botella y la encontró vacía. Con un rugido llamó a un criado, que se inclinó para oír lo que le susurraba, tomó la botella y se apresuró a salir de la sala.

—Se va a poner bueno consolándose, ese carasapo, con el famoso vino de Vernaccia que tanto le gusta —comentó Matteo Orsini.

Sus familiares se giraron para reír discretamente.

—Ya sabe que en la siguiente votación seré papa —dijo Giordano.

El francés, con su copa vacía, los miraba severo y desafiante.

Los Orsini almorzaron felizmente junto a un par de sus cardenales fieles y después se recogieron en sus camastros para la siesta. No llevaba Giordano ni media hora dormido cuando le despertaron los gritos que provenían de la plaza.

—¿Qué pasa? —preguntó a Latino Malabranca, que miraba por uno de los ventanales.

—¡Una multitud armada viene hacia aquí!

—¡La guardia! —gritó Giordano—. ¡Llamad al jefe de la guardia de palacio!

Matteo corrió hacia la puerta, custodiada por dos soldados, que comunicaba con el interior del palacio.

—Avisad al capitán —les ordenó.

—Lo sabe —le respondió uno de los hombres.

—¡Mueran los Orsini! —Ahora los gritos se oían claros y cercanos.

La muchedumbre se aproximaba amenazante. No se detuvieron en la plaza y empezaron a subir la escalinata de la sala del cónclave. Las campanas de la catedral se unieron al tumulto. Sonaban perentorias, al arma. Al frente iba Riccardo Annibaldi, el amigo de Carlos de Anjou.

—¡Dios mío! —exclamó Giordano—. ¡Estamos perdidos! ¡Si Riccardo se atreve a eso, es capaz de matarnos!

Y corrió hacia la puerta que comunicaba con el interior del palacio.

—¡Abrid la puerta! —conminó a los soldados—. ¡Permitidnos escapar!

—Tenemos órdenes de no dejar salir a nadie —dijo el que mandaba.

—¡Los Annibaldi nos matarán!

—La puerta está cerrada por dentro. No hay nada que podamos hacer.

Giordano los apartó de un empujón, sin que lo impidieran. En efecto, la puerta estaba bloqueada. La golpeó desesperado.

—¡Abrid!

Los golpetazos procedentes de la otra puerta, la que daba a la escalinata y a la plaza, acallaban los suyos.

—¡Mueran los Orsini! —continuaban gritando.

Giordano miró temeroso el sólido portón que le separaba de la muerte. Entonces vio, aliviado, que la guardia del palacio se dirigía a la entrada. Estaba atrancada con un fuerte barrote.

—Defendednos —murmuró Giordano, el que iba a ser papa, retorciéndose las manos—. Que no entren, por el amor de Dios.

Y los soldados llegaron a la puerta. ¡Pero en lugar de reforzarla, retiraron la tranca! La multitud, capitaneada por Riccardo —un hombre alto, de barba y pelo muy oscuros, vestido con armadura de malla de acero—, se precipitó al interior.

—¡Deteneos! —Latino Malabranca Orsini les hizo frente, acompañado por el cardenal decano, el español Ordoño Álvarez y el romano Bentivegna Bentivegni—. ¡El cónclave de cardenales es intocable! ¡Idos por donde vinisteis! ¡O la excomunión caerá sobre vosotros!

Riccardo se le quedó mirando, como si considerara sus palabras, y la multitud se detuvo expectante a sus espaldas. Acto seguido, le propinó un puñetazo en la cara. Latino dio dos traspiés, tropezó contra una silla y se desplomó. La muchedumbre, gritando victoriosa, se puso a golpear a los compañeros del caído.

—¿¡Dónde está Giordano Orsini!? —exigió Riccardo.

Los cardenales, intimidados, miraron en silencio al aludido, delatándole. De varias zancadas, Riccardo se acercó a él y le tomó del brazo.

—Daos preso —le dijo.

Giordano se dejó llevar sin presentar resistencia.

—¡Llevaos también a Matteo Orsini! —ordenó el jefe de los asaltantes.

Y a golpes y empujones sacaron a tío y sobrino al exterior. El otro sobrino, Latino, continuaba tendido en el suelo, sobre el charco de la sangre que brotaba de su cabeza. Lo último que vio en la sala del cónclave el cardenal Giordano fue a su enemigo Simón de Brie alzar su copa hacia él a modo de saludo, para deleitarse después con un trago de su vino de Vernaccia. Sonreía.

—¡Podéis continuar! —les gritó Riccardo a los cardenales.

Hizo salir a su gente y cerró las puertas que daban a la escalinata, tras lo que se llevó a los dos Orsini. Todo estaba decidido. Carlos de Anjou había votado.

73

Nápoles, 11 de abril de 1281

—¡Carlos! —exclamó feliz el de Anjou cuando le anunciaron la presencia de su hijo, el príncipe de Salerno.

El cojo le miró cauto antes de responder. Su padre se encontraba frente a una mesa llena de documentos, en su luminoso gabinete del castillo Dell'Ovo, cuyos ventanales mostraban la bahía de Nápoles. Llevaban sin verse desde principios de enero, cuando el joven había partido hacia Toulouse para reunirse con su primo el rey de Francia. El príncipe se demoró tratando con su primo lo ocurrido en su encuentro con los reyes de Aragón y Mallorca, y después en su condado de Provenza con asuntos de administración y justicia. Pocas cosas le reconocía su padre. Una era su eficiente gestión, y él se afanaba en demostrarla día a día. Halló al rey sonriente y eso le alivió.

—¡Padre!

El viejo Anjou se levantó para estrechar a su heredero entre sus brazos. El príncipe se acurrucó, complacido, contra aquel corpachón mucho mayor que el suyo. No estaba acostumbrado a efusiones paternas, las había echado siempre de menos, y cuando raramente se producían, las gozaba con fruición. Ni siquiera su padre le había mostrado afecto después de la muerte sin descendencia, tres años

antes, del último de sus hermanos varones, con lo que se había quedado él como único continuador de la estirpe. Aquel abrazo era un regalo y el príncipe quiso mantenerlo todo el tiempo posible.

—¡Han elegido papa a Simón! —le dijo eufórico su padre cogiéndole de los brazos para separarlo y mirarle a los ojos.

—¡Felicidades! —exclamó el príncipe compartiendo el entusiasmo —. ¡Lo lograsteis!

—Así es. Aunque costó. Estuvimos a punto de perder en el último momento.

—Los Orsini. Lo he oído por el camino.

—Los Orsini han dejado de ser un problema para convertirse solo en una molestia.

—¿Tanto confiáis en Simón de Brie? —inquirió el heredero—. Ahora que tiene el poder ¿no seguirá su propia política?

El rey rio. Al príncipe le hacía feliz verlo tan contento.

—Su política es la mía. Y la de Francia. En nada se va a distinguir, ya verás.

—Muy seguro os veo.

—¡Pues claro! Fue canciller de mi hermano Luis IX, al que sirvió fielmente. El papa Urbano IV, también francés, le nombró legado y fue el propio Simón quien acordó conmigo mi proclamación como rey de Sicilia. Es un patriota. Sabe que le defenderé y yo sé que él me defenderá a mí.

El príncipe de Salerno afirmó con la cabeza. Conocía aquello pero le reconfortaba la convicción y seguridad que mostraba su padre.

—¿Y cómo queda ahora vuestro tablero de ajedrez, señor?

—¡Ja! —exclamó Carlos satisfecho—. La partida ha cambiado mucho desde que te la mostré por primera vez. ¡Fíjate!

Se acercó al tablero y tomó la dama negra.

—Al igual que en su día Gregorio X, también el papa Nicolás III protegía al emperador de Bizancio. —Y le mostró la pieza—. Quería que los griegos se le sometieran por convicción a la Iglesia de Roma

sin violencia. ¡Iluso! Miguel VIII Paleólogo ha vuelto a perder su reina, y esta vez será la definitiva.

Y arrojó la dama al cajón donde guardaba las negras haciéndola sonar con el golpe. El príncipe de Salerno observó el tablero.

—Hay bastantes más piezas blancas que negras.

—¡Exacto! Yo soy el rey blanco. —Y dispuso la dama blanca al lado del rey—. Y este es mi mariscal. El papa Martín IV.

—¿Quién es quién en el tablero?

—La torre blanca es Francia, mi sobrino Felipe III —explicó levantando la pieza—. Me ayudará en todo. Y este alfil es Venecia, mi aliado. Este caballo son las ciudades güelfas del norte de Italia que me apoyan. Y ese otro es mi reino de Albania, y ese peón, el principado de Acaya, en Grecia.

—¿Y el otro alfil?

—Ese es mi reino de Jerusalén. Que aunque no aporta recursos me confiere un enorme prestigio en la cristiandad.

Hacía cuatro años que Carlos había comprado, con el apoyo papal, el título de rey de Jerusalén que había ostentado Conradino. Su heredera, María de Antioquía —una mujer soltera de cierta edad —, no era del agrado de los cruzados. Carlos envió un senescal a San Juan de Acre y los nobles locales le proclamaron rey.

—¿Y la otra torre?

—Ese es el Temple.

—¿El Temple? —se extrañó el príncipe.

—Sí, el Temple. Su gran maestre Guillaume de Beaujeu es mi primo. Y un buen francés.

—Lo sé. Pero los templarios no pelearán contra cristianos aunque estos sean griegos ortodoxos. Nunca lo han hecho. Solo luchan contra sarracenos.

—Sin embargo, los templarios obedecen directamente al papa. Además, en Oriente intervienen en los asuntos de los cristianos. Y son muy ricos. Allí me apoyan plenamente.

Carlos de Salerno asintió admirado. No creía que él pudiera igualar nunca a su padre.

—¿Y los peones?

—Aliados varios. Por ejemplo, este peón. —Y lo levantó—. El emir de Túnez, mi vasallo, y ese otro la familia Annibaldi.

—La que tan buen trabajo hizo en Viterbo logrando el nombramiento del papa.

—Exacto —confirmó satisfecho el rey—. La próxima semana salgo para Orvieto, donde Simón, ahora llamado Martín IV, se ha refugiado protegido por mis tropas.

—¿Orvieto? El palacio papal está en Viterbo.

—Ya no. Martín IV ha excomulgado a la ciudad por la violencia ejercida sobre los cardenales. Nunca más será sede papal.

Carlos de Salerno estalló en risas.

—¿Los excomulga por la violencia que le hizo papa a él? —Volvió a reír—. No se le habrá pasado por la mente repetir la elección, ¿verdad? Fueron los Annibaldi llegados de Roma los que organizaron la algarada. Y regresarán a Roma. En cambio, los ciudadanos de Viterbo, excomulgados, perderán los beneficios de la sede papal.

—¡No seas cínico! —le reprochó el padre secretamente complacido. El chico estaba contrahecho pero al menos era listo—. El caso es que el papa está seguro en Orvieto.

—¿Y eso es todo?

—No. Tendría que tener aún otra torre o caballo.

—¿Tres piezas iguales? —Se sorprendió el joven—. ¿Tanta fuerza tenemos?

—¡Sí! Falta aún mi nombramiento como cónsul de Roma. El papa lo hará firme en cuanto nos veamos en Orvieto. Con la ayuda de los Annibaldi y otros amigos, someteré a los Orsini y a quien se nos oponga. Controlaré de nuevo Roma y el Lacio. Justo el norte del reino de Sicilia.

—Pero el papa Nicolás III prohibió que un extranjero fuera cónsul de Roma.

Ahora fue el padre quien rio.

—Eso acaba de cambiar.

El príncipe observó el tablero.

—Apenas quedan piezas negras —concluyó—. Ya sé que el rey enemigo es el emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo. ¿Quién es la torre?

—La torre son los genoveses, sus aliados. Pero no entrarán en la guerra.

—¿Y el alfil?

—Los tártaros, también aliados suyos. Y la otra torre es Rodolfo, el supuesto emperador germánico. Pero no ayudará al bizantino. Lo tengo ahí porque no es amigo.

—¿Y eso es todo?

—Ese peón negro representa a los gibelinos del norte de Italia. Pero tampoco le defenderán.

—¿Y el rey de Aragón?

—¿El rey de Aragón? —se sorprendió Carlos de Anjou—. Aragón está en el extremo opuesto del mar y ya os dije que no cuenta.

—Pues es nuestro enemigo.

—Lo sé. Su mujer es la hija del rey Manfredo.

—Y hermana de los príncipes Hohenstaufen que llevan quince años encarcelados en este castillo.

—¿Dijo algo en vuestro encuentro en Toulouse que nos debiera preocupar?

—Se mostró amable, aunque firme con mi primo el rey. Y descortés conmigo.

—¿Qué hizo?

—Invité a los reyes a almorzar en mi palacio y él se negó. Fue insultante. Tampoco quiso reconocerme el título de príncipe de Salerno y el de heredero de Sicilia. Solo el de conde de Provenza.

—Eso no es una novedad. No me acepta como rey de Sicilia. Es un testarudo que se niega a asumir la realidad. Pero no ha de inquietarnos.

—El encuentro empezó con fiestas y gentilezas, mas no solucionó nada. Nosotros queríamos que aceptaran el vasallaje de Montpellier a Provenza y a Francia. Y Pedro pretendía que se rompiera el acuerdo de matrimonio del hijo de mi primo Felipe con Juana, la heredera de Navarra. Insiste en que Navarra es, por derecho, parte de Aragón.

—¿Cómo se atreve? Está loco. —Carlos de Anjou rio—. Navarra ya es francesa, aun antes de esa boda. Y en cuanto a Montpellier, cuando queramos lo invadiremos. Pedro no tiene fuerza. Entre mis reinos de Sicilia y Albania, el principado de Acaya y los condados de Provenza, Anjou, Maine y Forcalquier, puedo reunir un ejército seis o siete veces mayor que el suyo. Eso suponiendo que su hermano Jaume se mantenga a su lado. Cosa que dudo.

—El rey Jaume de Mallorca, al contrario, se mostró muy amable.

—Y el ejército que puede juntar el rey de Francia es el doble que el mío —continuó Carlos sin atender el comentario de su hijo—. Pedro de Aragón es un botarate. Es ese peón negro del extremo del tablero que no cuenta para nada. No sé cómo se atreve a plantarle cara al rey de Francia. Pedro no nos debe preocupar.

El príncipe de Salerno quedó pensativo. Su padre preparaba un enorme ejército y una impresionante flota para tomar Constantinopla y apoderarse del Imperio bizantino. Contaba con el apoyo del papa, de Francia, de Venecia y de otros muchos aliados. ¿Quién osaría disputarle el reino de Sicilia? Desde luego, no el fanfarrón de Pedro. Su padre tenía razón.

—Para abril del próximo año le daré jaque —dijo Carlos de Anjou contemplando el rey negro en su tablero—. Y antes de septiembre, mate. Y cuando tenga su imperio, la mitad del Mediterráneo será mía.

Y miró sonriente a su hijo. Al príncipe le tranquilizaba su sonrisa.

74

Constantinopla, 20 de abril de 1281

El emperador Miguel VIII de Bizancio despidió al mensajero y se quedó solo en su estancia privada del palacio de Blanquerna, en Constantinopla. La edificación se alzaba al norte, sobre la séptima de las colinas de la ciudad, junto a la poderosísima muralla que la protegía. Sus amplios ventanales ofrecían una extensa panorámica del Cuerno de Oro. El emperador acostumbraba a gozar del paisaje y de su luz; los reflejos del agua en el estuario, las naves al moverse lentamente, el verde de los bosques y los campos de trigo de la orilla opuesta. Le llenaban de paz.

Pero no aquel día. Lloviznaba y era oscuro como un mal presagio. Anduvo unos pasos y se dejó caer sobre el sillón que usaba como trono para los encuentros privados en aquella reducida estancia. Cerró los ojos y suspiró, y el mensaje se escapó de sus manos y fue a caer a sus pies. A sus cincuenta y ocho años se sentía viejo, cansado y gordo. Acarició su larga y cuidada barba castaña, ahora poblada de canas. Se quitó el gorro cuajado de piedras preciosas y ribetes de oro que usaba como corona en privado y lo lanzó al suelo, dejando al descubierto su calva.

—¡Este es el fin! —murmuró—. Tanto luchar, para nada…

Acababa de recibir la noticia de la elección del cardenal Simón de Brie como papa. Bizancio aún tenía una buena diplomacia, pero conservaba una mejor red de espionaje. Miguel conocía bien las hazañas y el pensamiento del nuevo pontífice.

—Hará lo que Carlos de Anjou le diga —reflexionó en voz alta—. Y no hay nada que ese hombre desee más que mi imperio. Estamos perdidos. Los latinos arrasarán Constantinopla. Será peor que la cuarta cruzada.

Habían transcurrido casi ochenta años desde aquellos hechos. Los cruzados, instigados por Venecia, en lugar de dirigirse a Tierra Santa asaltaron Constantinopla y cometieron todo tipo de atrocidades: desde saqueos y profanación de templos hasta asesinatos y violaciones. Aquel horror persistía en la memoria de los bizantinos y llegó a escandalizar incluso al papa de Roma. Después impusieron un emperador francés y el catolicismo. Las lenguas oficiales pasaron a ser latín y francés, aunque la población continuaba hablando griego y apoyando a la Iglesia ortodoxa. Aquel fue el inicio del llamado Imperio latino, con el que el propio Miguel había acabado veinte años antes, al conquistar Constantinopla.

Toda su vida había tenido que luchar y ahora se encontraba en el momento más difícil. Carlos le acosaba desde los Balcanes, al oeste, y para frenarle había tenido que destinar allí a lo mejor de su ejército. Eso le forzaba a desguarnecer el este, y los turcos selyúcidas estaban invadiendo, poco a poco, sus territorios de la península de Anatolia.

Para colmo de males, su política de unificación de la Iglesia ortodoxa con la católica encontraba una feroz oposición interna. Él no veía diferencias relevantes entre ambos ritos y estaba sinceramente a favor de la unificación —era el mismo Dios, y la unión entre cristianos ayudaría a contener el avance musulmán—, pero se trataba de una lucha de poder entre eclesiásticos. Papas y sacerdotes católicos pretendían someter a patriarcas y popes

ortodoxos. Había tenido que decapitar o arrancar los ojos a los clérigos ortodoxos más combativos, aunque los bizantinos les continuaban siendo fieles. En cualquier momento tendría que enfrentarse a una sublevación popular. Sin embargo, esa política tan odiada por todos era lo único que había permitido, hasta entonces, frenar la pretensión de Carlos de reconquistar el imperio e imponer el catolicismo con la fuerza de las armas.

La negativa de la mayoría de los popes a oficiar con el rito latino estaba agotando la paciencia de los papas de Roma. Conociendo a Martín IV, sabía que pronto le soltaría a aquel perro rabioso llamado Carlos de Anjou. Y estaba solo. Los tártaros se hallaban demasiado lejos para ayudarle y los genoveses no se enfrentarían a los nuevos cruzados.

El emperador Miguel VIII Paleólogo se mantuvo un tiempo en su trono con los ojos cerrados. Después, a pesar de su peso, se levantó de un salto, recogió del suelo aquel funesto mensaje, lo arrugó entre las manos y lo lanzó al fuego que ardía en la chimenea.

—¡Nunca he dejado de luchar! —dijo para animarse—. Y no lo haré ahora aunque todos los demonios del infierno vengan a por mí.

Miguel no era solo un gran general, sino también un espléndido diplomático y estratega, y un eficiente conspirador. Decían que él y Carlos se asemejaban mucho. El francés había hecho decapitar a Conradino, un niño de dieciséis años, y él hizo cegar al estilo bizantino a Juan IV Láscaris, de once, el heredero legal del imperio y coemperador, por aquel entonces, junto a él. Se justificaba diciendo que había evitado una cruel guerra civil que habría devastado el imperio.

Se acercó a la ventana y contempló las murallas de la ciudad. Aún le quedaba aquella formidable defensa como último recurso. La construcción tenía ya casi mil años y había resistido infinidad de asedios. Y solo uno, el de la cuarta cruzada, había conseguido penetrarla. Tenía un amplio foso seguido de una pequeña muralla,

un espacio intermedio y una segunda muralla de ocho metros con otro espacio que la separaba de la tercera, mucho más alta y fuerte, de doce metros. Tanto el muro interior como el exterior estaban jalonados de recias torres.

—Esa es la defensa postrera —murmuró—. Pero hay que llevar la guerra lejos. Muy lejos de la ciudad.

Antes el imperio se defendía gracias a una poderosa flota que impedía la llegada de invasores. Pero la de Miguel nada podía hacer contra la veneciana y la francesa combinadas.

—Hay que ir más lejos —dijo.

Hizo sonar una campanilla de oro y de inmediato apareció un criado.

—Quiero ver a Benedetto Zaccaria.

El día siguiente el emperador recibió al genovés, su embajador para Génova y Aragón, en la sala del trono del palacio. La estancia tenía tres cuerpos separados y una doble fila de altas columnas corintias de mármol rosa, el mismo que pavimentaba el suelo. Al fondo del amplio espacio central estaba el emperador. Se sentaba en un trono, también de mármol, acolchado con suntuosos almohadones. En el respaldo, una gran águila bicéfala. A su lado, su hijo Andrónico II Paleólogo ocupaba un trono similar, en su calidad de coemperador. El joven tenía solo veintidós años y su gran barba castaña competía con la canosa de su padre. Ambos cubrían sus cabezas con coronas bizantinas consistentes en unos casquetes de seda y oro cuajados de pedrería, al igual que las dalmáticas que vestían.

—¡El almirante Benedetto Zaccaria! —anunció el mayordomo para a continuación cerrar tras de sí las enormes puertas.

El genovés era un hombre que sobrepasaba la treintena, de rostro inteligente y vivaces ojos oscuros. Estaba familiarizado con la

pompa bizantina e iba vestido con sedas y tafetanes y de su cuello colgaba una cadena de oro con pedrería. Al ver que, fuera de los emperadores, la amplia sala se encontraba vacía, comprendió de inmediato que se trataría de algo a la vez importante y secreto. Anduvo resuelto hacia ellos, se detuvo seis pasos antes e hizo una profunda reverencia. Miguel afirmó con la cabeza y elevó su mano derecha. Benedetto besó el anillo para después hacer lo mismo con Andrónico.

—Emperador Miguel, emperador Andrónico —murmuró.

—Bienvenido, Benedetto —dijo el primero.

Un criado apareció raudo y puso una silla a una distancia de seis pasos. El emperador afirmó con la cabeza y el genovés tomó asiento.

—Hemos decidido proceder con el plan que nos expuso el noble siciliano Juan de Prócida en nombre de su señor Pedro III de Aragón.

—¡Os pedía treinta mil onzas de oro para empezar! —se sorprendió el genovés.

—En efecto. Navegaréis hacia Barcelona con ellas.

—Entiendo que es una misión extremadamente secreta.

—Así es, no debe quedar nada por escrito.

—¿Cuándo he de partir?

—De inmediato. Tan pronto mi tesorero os entregue el oro —repuso Miguel—.Vuestros dos hijos varones se quedarán en este palacio como invitados hasta vuestro regreso con noticias de Aragón.

—Como rehenes —corrigió Benedetto. Y continuó después de una pausa—: Así se hará, señor. Lo comprendo.

Miguel sonrió y le tendió la mano para que la volviera a besar.

—Daos prisa —añadió.

Cuando las grandes puertas se cerraron detrás del embajador, Andrónico se levantó del trono de un salto y depositó en el asiento el cetro y la corona.

—¡Treinta mil onzas de oro! —dijo encarándose con su padre—. ¡Con eso podemos construir quince buenas galeras! ¡Y bien sabe Dios lo necesitados que estamos de ellas! ¡Con lo que se nos viene encima!

—Quince galeras más no son nada comparadas con las flotas de Carlos y Venecia —repuso el padre con calma—. Nos atacarán galeras provenzales, sicilianas, napolitanas, pisanas, del principado de Acaya, venecianas y de veinte lugares más. Prefiero que las tenga Pedro de Aragón. Ese insensato está dispuesto a atacar a Carlos de Anjou. Lo sé a ciencia cierta. Y eso obligará al francés a dividir sus fuerzas.

—¡Pero el de Aragón no es nada comparado con Carlos! —replicó el hijo—. ¡Lo destrozará!

—Ese será el problema de Pedro, no el nuestro —dijo Miguel con una sonrisa—. Os pondré un ejemplo. Imaginad que vais de caza solo con vuestro perro. Dejáis el caballo porque el jabalí se ha emboscado y penetráis con vuestra lanza en la espesura. Y aparece un oso enorme y feroz. Se lanza a por vos y sabéis que poco o nada podéis hacer contra él con vuestras armas. ¿Qué pasaría?

Andrónico hizo un gesto grave con la cabeza al imaginarse la escena.

—Mi perro se lanzaría contra el oso.

—Exacto. Un perro diminuto contra un gran oso. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Creéis que el oso os atacaría?

—No, primero mataría al perro.

—¡Exacto! Y eso os daría tiempo para escapar. —Observó a su hijo para continuar después de una pausa—. Pues el oso es Carlos y el perro, Pedro.

—Cuando termine con él, Carlos irá contra nosotros.

—Puede ser. Aunque le llevará un tiempo recomponer su ataque. Quizá años.

—Pero no nos libraremos del peligro.

—Quién sabe. En un año las cosas pueden cambiar mucho. Y habéis de aprender algo, hijo…

—¿Qué? —inquirió Andrónico.

Al joven le había gustado la historia. Su padre era un hombre sabio.

—Al final gana quien sobrevive. Nadie es eterno, pero para llegar a mañana es preciso resistir hoy.

—Gana quien sobrevive —repitió el hijo, pensativo.

—No será ese el único oro que invirtamos en ello.

75

Barcelona, 15 de mayo de 1281

—Señores —anunció solemne mi esposo—. ¡Ha llegado el momento!

Y lanzó sobre la mesa de roble el guante de Conradino, que se deslizó hasta pararse poco antes de llegar a la cabecera opuesta. Allí se sentaba nuestro primogénito y heredero, el infante Alfonso, con quince años ya, que se quedó mirando perplejo la prenda.

Yo había esperado ansiosa aquel consejo, el primero en que desvelaríamos a un círculo más amplio unos planes que cualquier persona sensata calificaría de locura. Muchas veces, al pensarlo, me decía que era un imposible. Y me despertaba por las noches con pesadillas que anticipaban el desastre. ¡Nos íbamos a jugar tanto! Podía llevarnos a perderlo todo. Incluso la vida.

Pedro había logrado ordenar sus reinos y ponerlos bajo control, y gozábamos por primera vez de la vida, felices y en paz. A menudo me decía que debía pedirle que se olvidara de Sicilia, aun cuando yo misma le había empujado a ello, pero yo deseaba la corona siciliana y vengar a mi padre. Miraba a mi querido hijo Alfonso temiendo que él tuviera que pagar nuestra locura. Estaba temblorosa. ¿Qué hacer?, me decía. Sin embargo, cuando Pedro lanzó el guante comprendí que la suerte estaba ya echada. No había marcha atrás. Y en mi pecho revivieron los poderosos sentimientos que aquella

prenda me producía. ¡Era la única herencia que les podía ofrecer a mis hijos! ¡Era el alma de mi familia! ¡La venganza que el espíritu de mi padre exigía! ¡Mío era, por derecho, el trono de Sicilia!

Había que olvidar los temores, debía apoyar a Pedro y aparentar seguridad. Y rezar callada.

Nos encontrábamos en la sala del consejo del palacio real de Barcelona. Sus ventanales de arcos de medio punto dejaban ver el patio central del edificio, donde crecían un par de altos cipreses y varios naranjos que perfumaban de azahar. Aquella había sido una primavera tardía. Agradecía ver el sol en la copa de los árboles y un buen fuego en la chimenea de la estancia.

Me sentaba a la derecha de Pedro, que a su izquierda tenía al viejo Juan de Prócida, con setenta y dos años ya, ahora canciller real, que lucía una barba y un escaso pelo completamente blancos. Se mostraba impasible. Yo trataba de aparentar su misma seguridad. Observé al resto, que miraban extrañados a mi marido. A mi derecha se hallaba mi cuñado, Jaume Sarroca, obispo de Huesca, hermano bastardo de Pedro. Observé a Roger, que se sentaba frente a él. Nos habíamos criado como hermanos y yo contaba con su apoyo incondicional. Otra cosa era el obispo. Me preocupaba su reacción. Tenía treinta y tres años, uno más que yo, y había engordado mucho desde que le había conocido en Lérida, cuando era canónigo de su catedral. Le consideraba codicioso, amante del lujo, adulador e intrigante. No me gustaba su sonrisa ni sus ampulosos ademanes. De no haber sido obispo, Pedro le hubiera encerrado en prisión tan pronto había muerto el rey, pues pensaba que había conspirado a favor de sus hermanos Fernán y Jaume. Al obispo le gustaba el poder y hubiera preferido un nuevo rey más manejable. Sarroca se esforzó durante aquellos años, con tenacidad, en recuperar la confianza de su medio hermano, que apreciaba su inteligencia y sus dotes políticas. Y se reconciliaron a pesar de que Pedro no le

devolvió gran parte de los bienes que le había requisado como castigo. El obispo fue el primero en hablar.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Es el guante de Conradino —dijo Pedro.

—¿El guante de Conradino? —El obispo arrugó el cejo.

A mi hijo se le iluminaron los ojos. Había oído hablar del famoso guante, pero ignoraba que lo tuviéramos nosotros. Miró a Roger, que se encontraba a su derecha y al que admiraba. Los ojos de mi hermano de leche se iban tras la prenda, y, sin atreverse a tocarla, se incorporó para verla mejor.

—Sí —dijo Pedro.

—Bromeáis, hermano. —Sarroca sonreía—. Que Elisabetta de Baviera lanzara un guante mientras clamaba venganza por su hijo decapitado no es más que una leyenda.

—El rey no bromea —intervino solemne Juan—. Ese es el verdadero guante de Conradino.

—¿Cómo lo sabéis? —intervino Roger.

—Porque yo estuve presente en la ejecución. —Juan hablaba con calma—. Porque yo me apoderé del guante y porque fui yo quien se lo trajo a mi señora la reina Constanza de Sicilia y Aragón.

Observé la expresión incrédula del obispo, que miraba boquiabierto alternativamente a su hermano y al guante. Roger compartía su sorpresa, pero empezaba a dibujar una sonrisa. Él no dudaba de Juan.

— Y yo lo entregué a mi esposo el rey Pedro —dije—. Tengo una carta de Elisabetta de Baviera que certifica su autenticidad.

—Y yo lo acepté —informó Pedro, firme—. Y le prometí a mi señora, la reina, que vengaría a su padre y a su primo Conradino, asesinados por Carlos de Anjou. Y que recuperaría el reino de Sicilia que este le usurpó.

—Pero… —objetó el obispo—. Pero…

Jaume Sarroca siempre encontraba las palabras adecuadas. Aquella era una extraña excepción.

—Y vengaremos también a nuestro abuelo Pedro, al que mataron los franceses en la batalla de Muret —continuó el rey dirigiéndose a su hermano. Había emoción en su voz— para después apropiarse del condado de Provenza y de otras muchas posesiones que tendrían que ser nuestras.

—No puedo imaginármelo —confesó el obispo. Se le notaba alterado—. Ni puedo creer que lo digáis en serio. No debería verme obligado a recordaros que Carlos es hoy rey de Sicilia, de Jerusalén y de Albania. Conde de Provenza, de Forcalquier, Anjou y Maine. Señor supremo de Túnez, príncipe de Acaya y senador de Roma. Es el noble más poderoso de Europa, más incluso que su sobrino el rey de Francia. Del que por cierto disfruta de total apoyo y admiración. Y, por si eso fuera poco, tiene al papa en el bolsillo. Y aunque se muriera este papa, el siguiente también sería francés, o cuando menos favorable a Carlos. Martín IV acaba de nombrar a siete nuevos cardenales electores de su cuerda.

—¿Siete nuevos cardenales? —se asombró Pedro—. ¿Tantos y tan pronto?

—Exacto —continuó el obispo—. Y cuatro de ellos son franceses. Si antes había empate en cuanto a la elección papal, el empate ya no se producirá. Ganará Francia.

—La gran mayoría de los veinte cardenales electores son o italianos o franceses —murmuró Juan.

—Solo dos no lo son —aclaró el eclesiástico—. Uno de los nuevos es inglés y entre los viejos está el único español.

—El asturiano Ordoño Álvarez. Ninguno de mis reinos —se lamentó Pedro—. Ya veis, ¡tan poco contamos!

—¡Exacto! —continuó el obispo—. A eso voy. No contamos para nada. La fuerza de Carlos es diez, veinte, cien veces mayor que la

nuestra. ¿Quién lo puede saber? Si somos tan locos como para hacerle frente, él, Francia y el papa nos destruirán.

—Hace casi cinco años que le hice esa promesa a la reina —repuso Pedro—. Y la hemos guardado en secreto, junto con Juan de Prócida. Y si hoy la revelo es porque estamos preparados para ello.

—¿Preparados? —La alarma del obispo crecía—. ¿Cómo vamos a estar preparados? ¡No podemos estarlo! ¡De manera alguna! No creo que tengáis conciencia, hermano, de las dimensiones de lo que estamos hablando.

—Los grandes nobles catalanes y aragoneses están sometidos —continuó Pedro sin darse por enterado de las palabras de su hermano—. Los sarracenos, en nuestros reinos, permanecen en calma, y pronto firmaremos treguas con el reino de Granada. En cuanto a Castilla, gozamos de un tratado de paz y alianza. ¡Al fin tengo las espaldas cubiertas y las manos libres!

—No os hagáis ilusiones —repuso el obispo—. Castilla no os ayudará contra Francia, ni contra Carlos. ¡Y menos contra el papa!

—Cuento con ello.

—Señora —ahora el obispo se dirigía a mí—, os suplico que hagáis recapacitar a mi hermano. Sé cuán piadosa sois. La aventura que pretende vuestro esposo solo traerá muerte, miseria y devastación a la Corona de Aragón. El pueblo sufrirá lo indecible.

—Monseñor —repuse levantando la barbilla y disimulando mi propia inquietud—, no soy solo reina de Aragón, sino también de Sicilia.

Por segunda vez aquel día, Jaume Sarroca se quedó sin palabras. Una de sus virtudes era que, a pesar de su carácter adulador, defendía lo que creía correcto aun a riesgo de enfadar al rey. Pedro apreciaba eso.

—El pueblo de Sicilia ya sufre hoy esa miseria, muerte y devastación que vos mencionáis —le expliqué—. La represión ejercida por los franceses no ha cesado, sino que se ha hecho aún

más insoportable. Sicilia es rica, sobre todo en trigo. Pero el pueblo llano pasa hambre. Los impuestos con los que les sangra Carlos para pagar sus guerras son terribles. Y la tiranía que ejercen sus oficiales, todos franceses, asfixiante. Y yo, como heredera del reino, estoy obligada a hacer todo lo que pueda para liberarlos.

—¿Y cómo podéis vos desde España saber todo eso? —Ahora había enfado en la voz del obispo.

—Conocéis mi apego a las monjas clarisas, que viven según las enseñanzas de san Francisco de Asís.

—Bien que la conozco. Gracias a vuestra generosidad se fundó el monasterio de las clarisas de Huesca. Y también sé que vos y el infante Alfonso beneficiáis a los franciscanos.

Mi hijo afirmó con la cabeza.

—¿Y sabéis el porqué de nuestra devoción, monseñor?

—Lo sospecho —murmuró el obispo.

—Porque Cristo nuestro Señor no vestía ni casullas ni hábitos de seda bordados en oro y pedrería, como vos hacéis —sentencié—. Ni decretó cruzadas contra cristianos que causaron muertes a millones, ni puso y quitó reyes, como hacen esos papas corruptos.

El obispo se movió, incómodo, en su silla mientras empezaba a enrojecer.

—Señora…

—Cristo nuestro Señor dijo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», y vivió pobre y humilde —continué tajante, sin dejarle intervenir—. Patrocinamos a los franciscanos porque siguen fielmente las enseñanzas de Cristo. Porque son la verdadera Iglesia, no la usurpada por los poderosos.

—Visten burdos hábitos, viven de las limosnas que comparten con los pobres y recorren los senderos, a veces descalzos, predicando la palabra de Dios —intervino el infante en mi apoyo—. Pasan frío, pasan hambre, no tienen vasallos a los que cargar de impuestos, ni grandes rentas como vos.

Alfonso era un hermoso muchacho que iba camino de ser tan alto como Pedro, se afeitaba el escaso vello de su barba y había heredado mis ojos verdes. Tenía el cabello castaño claro y poseía una fuerte mandíbula y espesas cejas que anticipaban un carácter resuelto. Como el de su padre.

—Y el papa estuvo a punto de condenarlos como herejes… —gruñó el obispo—. Pero ¿qué tiene que ver eso con Sicilia?

—Sabéis que los franciscanos de las órdenes menores son trotamundos —le dije—. Nos visitan con frecuencia. En especial los sicilianos. Y nos cuentan la insoportable miseria y los sufrimientos que padecen bajo el yugo de Carlos. A los franciscanos les disgusta que el papa apoye a semejante tirano, e identifican a Carlos con el faraón que tenía esclavizado al pueblo de Israel y con el dragón del apocalipsis.

—¡El apocalipsis! ¡El fin del mundo! —dijo el obispo—. Muy propio de los franciscanos joaquinistas y de los herejes fraticelli. ¡No os dejéis convencer por sus historias!

—Bien sabéis que el beato Joaquín de Fiore era siciliano de Calabria y que su pensamiento está muy arraigado en nuestra tierra —intervino Juan.

—Repito mi pregunta. —El obispo mostraba enfado e, ignorando al anciano, se dirigió a Pedro—: ¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros? ¿Tiene por eso el rey de Aragón que suicidarse y arrastrar consigo a su pueblo al abismo?

—El rey de Aragón ha aceptado el guante de Conradino —repuso Pedro, impertérrito—. Y le ha prometido a su dama, doña Constanza, el reino de Sicilia y vengar los crímenes cometidos por Carlos contra su familia.

Le observé con una leve sonrisa de agradecimiento. Sabía que lo hacía por amor a mi persona, su dama, y por su honor de caballero. Aunque sospechaba que su propia ambición y orgullo ayudaban.

Aparte de a mi padre, quería vengar las ofensas que Francia y el de Anjou habían infligido a Aragón.

El obispo estuvo contemplando por un momento a su hermano sin dar crédito a lo que oía. Después observó uno a uno a los asistentes.

—Pero ¿es que soy el único aquí que está en sus cabales?

El resto se mantuvo en silencio.

—Os suplico que me perdonéis, hermano, por oponerme —continuó—. Pero es mi obligación hacia vos y nuestro pueblo, que sufrirá las consecuencias de esa insensatez. Estáis influido por esta corte repleta de sicilianos ávidos de venganza. Ved si no quiénes nos sentamos en este consejo. Nuestra señora la reina: su padre fue asesinado en batalla y su primo Conradino ejecutado por Carlos, que tiene encerrados a sus hermanos y a su madrastra en el castillo Dell'Ovo desde hace ya quince años. Inocentes condenados a cadena perpetua. A vuestro condestable, don Juan de Prócida, Carlos le arrebató sus posesiones y su esposa fue maltratada y humillada, su hija violada y uno de sus hijos asesinado. Don Roger de Lauria: su padre fue asesinado en la batalla de Benevento, Carlos premió al verdugo dándole las tierras y posesiones de los Lauria, y él vive desterrado aquí desde entonces. Incluso el infante Alfonso, vuestro heredero: su mejor amigo resulta ser ese muchacho siciliano que nunca sonríe, Giacomo de Flor, que perdió a toda su familia de forma trágica y que también culpa a Carlos. ¡Estáis cegados por la rabia, por la sed de venganza! ¿Cómo si no se explica que sea yo el único que vea que nos encaminamos al desastre? Es una locura. Y, en nombre de las gentes de este país, ¡me opongo!

Nadie habló en espera de la respuesta del rey. Los hermanos se miraban desafiándose y pensé que Pedro iba a descargar en él su ira. Pero al rato le sonrió.

—Os comprendo, hermano —dijo—. Seguramente escucharé esas mismas palabras de los nobles catalanes y aragoneses. Y también de

los concejos ciudadanos. Una rotunda negativa. Os agradezco que me lo anticipéis.

El obispo afirmó con la cabeza, aliviado. Pedro entraba en razón.

—Pero conquistaremos Sicilia —concluyó tajante mi esposo. Jaume Sarroca se tensó como si le hubieran pegado un alfilerazo. ¿Qué era aquella locura?—. Y a vos, hermano, os reservo un papel clave en ello —concluyó.

—Os ruego que expongáis lo que tenéis en mente —suplicó el obispo, casi entre lágrimas. Tenía miedo, se notaba la palidez en su rostro a pesar de la habitual blancura de su piel—. ¿Qué planes tenéis? No entiendo nada.

—El día de mi coronación acepté el guante que está sobre la mesa —explicó calmado Pedro—. Ahora soy el paladín de Conradino y de la señora reina, mi esposa. Solo tres personas lo sabíamos y guardamos absoluto silencio. Hoy os pido que custodiéis ese secreto con la misma fidelidad. —Y elevó la voz—: ¡Bajo pena de muerte!

Miraba fijo a su hermano, que no pudo evitar un escalofrío. Se contuvo para no temblar.

—Solo la sorpresa nos permitirá vencer —continuó Pedro—. El secreto debe quedar encerrado entre estas cuatro paredes.

—Pero, señor —intervino Roger—, los nobles se negarán a enfrentarse a Carlos. Bien sabéis que los catalanes no están obligados a seguiros en una guerra más allá de sus fronteras. Y que los aragoneses invocarán fueros y derechos para no ir a Sicilia.

—El plan es el siguiente —prosiguió Pedro sin responderle—: hoy voy a anunciar una cruzada.

—¿Una cruzada? —El obispo iba de asombro en asombro—. Solo el papa podría hacer tal cosa.

—Nada me impide a mí decretarla —insistió Pedro—. El papa puede apoyarla concediendo los beneficios de perdón de los pecados, ayudar a financiarla y animar a otros a unirse a ella. Pero

¿creéis que le puede prohibir a un príncipe cristiano que ataque a un infiel en nombre de la fe?

Jaume Sarroca quedó pensativo.

—Carlos de Anjou ha estado asfixiando nuestro comercio en el Mediterráneo —continuó Pedro—. Domina las islas centrales y desde la cruzada en la que murió su hermano se titula señor de Túnez y recibe tributos de ese reino y de sus vecinos. Controla ese suculento comercio. Si les propongo a mis nobles una cruzada contra los infieles del norte de África, donde llega el oro a raudales del sur del continente, despertaré su codicia. Los que me son fieles irán encantados, y los vencidos en la última revuelta acudirán para saldar las sanciones que les impuse a cambio de su vida y libertad. Las ciudades, en especial las de Cataluña, Valencia y Mallorca, enviarán tropas a instancias de sus mercaderes, deseosos de controlar ese rico comercio. Y los almogávares irán para saquear. Hoy proclamaré la cruzada, que partirá dentro de un año. Y, no lo dudéis, movilizaré un gran ejército.

—Señor —dijo Roger—, es muy distinto desembarcar con el ejército en el norte de África que en Sicilia. ¿Cómo lograréis convencer a vuestros súbditos?

—Para conquistar Sicilia deben suceder varias cosas antes —explicó Pedro—. Dentro de un año el gran ejército de Carlos estará sitiando Constantinopla. Entonces estallará una sublevación en Sicilia. Los sicilianos nos pedirán ayuda y proclamarán reina a doña Constanza. ¿Creéis que mi ejército, en el norte de África, a solo un par de días de navegación de Sicilia, se va a negar a la conquista de la isla?

—Podría —dijo el obispo.

—No, no lo hará. Por los mismos motivos que antes. Fidelidad y codicia.

—¿Y qué haremos si no se sublevan? —quiso saber Alfonso.

—Continuaremos con la cruzada, hijo —repuso cariñoso Pedro—. Recuperaremos los tributos que Túnez pagaba a tu abuelo y que nos arrebató Carlos, estableceremos nuevas bases comerciales y nos quedaremos allí, si podemos. En cuanto a Sicilia, habrá que esperar otra ocasión. Vuestro tío Jaume está en lo cierto. No podemos enfrentarnos directamente a los franceses. Necesitamos que los sicilianos se rebelen.

—Y lo harán —terció Juan de Prócida.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —inquirió el obispo, agresivo.

Una sonrisa se abrió paso en la barba blanca del viejo siciliano.

—Porque a pesar de mi edad, viajo, eminencia. Y hablo con la gente. Carlos y su hijo son eficientes gestores, pero no se fían de los sicilianos. Y han impuesto a franceses en sus administraciones, en especial en la tributaria. Son gente que menosprecia a los locales, pretenden que les hablen francés y abusan de su poder. Aunque Carlos ha invertido en obras públicas para aupar la economía del país, lo ha hecho solo en el continente. Castiga a la isla de Sicilia por habérsele resistido. Saca todo lo que puede y no deja nada. Y ha trasladado la capital a Nápoles de forma definitiva. Carlos solo visitó la isla, obligado, con motivo de la cruzada organizada por su hermano hace ya once años. Los isleños se sienten humillados y explotados. Es en la isla donde va a empezar todo.

El obispo de Huesca se quedó en silencio.

—Vamos a ponernos manos a la obra —dijo el rey—. Roger…

—¡Señor!

—Vos viajaréis de incógnito a Sicilia. Don Juan ya es mayor y demasiado conocido para ese tipo de viajes, pero os facilitará los contactos. Hablaréis con los nobles que nos son favorables; hay abundante oro bizantino para ellos. Y quiero conocer vuestra opinión sobre el ánimo de los comerciantes y el pueblo llano. Quiero saber si es cierto que están listos para sublevarse.

—Así lo haré, señor.

—Cuidaos, Roger, de doña Macalda de Scaletta, la baronesa de Ficarra —le dijo Juan con una sonrisa pícara—. Os la encontraréis en el viaje.

—¿Macalda? —repitió Roger—. ¿Quién es?

—Es la dama con menos escrúpulos que conozco —repuso el viejo médico—. Fue amante de Carlos y ahora es la esposa del gobernador angevino de Catania. Lanza sus redes y seduce a cualquier hombre que la pueda ayudar a aumentar su poder. Cuidaos de ella. Ya os contaré en privado.

Me pareció que le gustaba recordar a esa mujer. Roger se limitó a afirmar con la cabeza dando por terminado el asunto, pero yo quedé intrigada.

—Señor —dijo entonces el infante—, os ruego que Giacomo de Flor, caballero de mi corte, acompañe a don Roger en esta misión. Es siciliano de Brindisi y vivió en la isla. Será de gran ayuda.

—Es una buena idea —aprobó Juan—. Habla el siciliano isleño.

—De acuerdo, Alfonso —dijo Pedro—. Pero vos no participaréis en la cruzada ni iréis a Sicilia.

—Deseo ir, señor. —La voz y la expresión del chico denotaban disgusto.

—Sois el heredero y debéis permanecer aquí, en vuestros futuros reinos, en ausencia de vuestro padre —intervine.

Miré a mi esposo. La actitud valiente de nuestro hijo le complacía.

—Si todo va bien, vuestra madre acudirá a Sicilia —continuó Pedro—. Ella es la reina titular. Y vos gobernaréis aquí en mi nombre, con el consejo de vuestro tío Jaume Sarroca y de otros de nuestra confianza.

—Me sentiré honrado —dijo el obispo afirmando con la cabeza.

Le complacía el encargo.

—¡Animaos, Alfonso! —le dije—. Podéis contribuir sin necesidad de ir.

—¿Cómo?

—Con algo muy importante —le anunció su padre.

—Sí. Los trovadores —completé con una sonrisa.

—¿Trovadores? —La decepción regresó a su voz—. ¿Qué pintan los trovadores en una guerra?

—En esta, mucho —dijo Pedro—. Incitarán a la sublevación. A ambos nos gusta la poesía y la música. Pues bien, llamaréis a nuestros mejores trovadores. A Pere Salvatge, a Cerverí de Gerona y a cuantos otros consideréis, y les haréis componer poemas y canciones. Repetirán que Carlos es el faraón que esclaviza a los sicilianos y el dragón del Apocalipsis que los devora. Que la reina Constanza los ha de socorrer y que yo, el rey de Aragón, me convertiré en el Moisés que rendirá al faraón; el san Jorge que se enfrentará al dragón para liberarlos. Traduciremos los mejores poemas y canciones al siciliano y los juglares de la isla los recitarán y cantarán.

—¿Y por qué van a hacerlo? —inquirió el infante—. Los franceses lo considerarán subversión. Es arriesgado, se jugarán la vida.

—Porque son sicilianos y están hartos de la tiranía —contesté.

El infante Alfonso arrugó el ceño. No parecía convencido.

—¿Solo por eso? —preguntó.

—Por eso y por el oro bizantino —dijo Juan con una sonrisa.

—¿Y cuál será mi misión? —quiso saber el obispo.

—Las relaciones con la Iglesia, monseñor —repuso Pedro—. Para empezar, debéis hacer que el papa apoye la cruzada. Tenéis experiencia en eso.

El obispo Jaume Sarroca había fletado una galera doce años antes para participar en la cruzada organizada por su padre. Pedro, como heredero, tuvo que quedarse en España por si el rey moría. Una gran tormenta desbarató la flota y el viejo rey se dijo que la divinidad no le apoyaba y regresó. Lo mismo hizo el obispo.

—Lo intentaré, señor. —El eclesiástico había fruncido el cejo y los labios al oír el encargo—. Pero no será una tarea fácil. El nuevo papa no querrá que ataquemos Túnez por muy infiel que sea. Su amigo Carlos perdería sustanciosos tributos.

Pedro sonrió.

—Hacedlo lo mejor que podáis, sé que no será fácil. Aunque esa no es vuestra única misión: debéis asegurar el total apoyo del clero a la empresa.

—Bien sabéis lo remisos que son mis colegas a desprenderse de su oro. Como miembros de la Iglesia, están exentos de impuestos.

—No dudo de que encontraréis formas de convencerlos, hermano.

Jaume Sarroca afirmó con la cabeza. Su gesto era grave.

—Y haréis que todas las iglesias de mis reinos anuncien la cruzada —continuó el rey—, y los sacerdotes alentarán en sus sermones a los feligreses a acudir o a contribuir económicamente. En las ciudades y grandes pueblos pagaréis a pregoneros para que lo anuncien por las calles. —Pedro sonrió—. Y las campanas repicarán alegres celebrando esa gran noticia para la cristiandad.

Yo sonreí también para mostrar una confianza que no terminaba de sentir. Los demás, a excepción del obispo de Huesca, me acompañaron. ¡Dios mío!, me decía, ¿dónde nos estamos metiendo? ¡Amparadnos, Señor! Veía a Alfonso charlando excitado con Roger, pese a no poder participar directamente. Sentía inquietud por Pedro, pero también por nuestro hijo. Sería el chico quien tendría que hacer frente a la invasión francesa. ¡Protegedle, Señor! Mi cuñado el obispo tenía mucha razón. Habría que rezar y rezar.

76

Orvieto, 3 de julio de 1281

Martín IV levantó su copa para brindar con el rey Carlos y su hijo, el príncipe de Salerno.

—¡Por el nuevo Imperio latino!

—Por el Imperio —se unió Carlos.

Hacía calor dentro del despacho del pontífice en el palacio papal; el santo padre se había despojado de su tiara y después de dar un trago de vino se secó con un pañuelo el sudor de la calva. Sonreía satisfecho.

Se acababa de firmar un tratado con Venecia por el cual la República se comprometía a contribuir a la invasión angevina con cuarenta galeras, más los correspondientes barcos de transporte y auxiliares. A cambio, los venecianos obtendrían una cuarta parte del Imperio bizantino. En Grecia, la República poseía ya el Negroponte y numerosas islas, incluida la de Creta. La flota combinada partiría en abril del siguiente año. Carlos también estaba satisfecho, pero quería más.

—Su santidad —dijo—, deberíais obligar a la República de Pisa a que se una a la invasión.

Martín IV afirmó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No están demasiado proclives —informó—. No ven ganancia en ello.

—Su santidad puede forzarlos.

—Sí puedo —afirmó satisfecho el pontífice y dio otro trago.

El joven le imitó. Había algo que le inquietaba y, con cierto temor, se arriesgó a exponerlo:

—El rey de Aragón ha proclamado una cruzada —dijo.

La mirada de los otros, que charlaban sin reparar en él, se fijó en la contrahecha figura del príncipe de Salerno. Pese a estar habituado, al padre le continuaba disgustando y su sonrisa se esfumó.

—¿Os produce eso algún temor, muchacho? —le dijo en tono ligero.

Antes de responder, el príncipe observó cauteloso a sus interlocutores. No le gustaban las formas con las que demasiadas veces le trataba su padre. Él tenía veintisiete años y era conde de Provenza por derecho propio, aunque su progenitor usara el título. Y también heredero del reino de Sicilia, quizá porque al rey no le quedaba otro hijo varón. La sonrisa, ahora divertida, no había abandonado al papa, que le miraba con sus ojos saltones.

—La cruzada del rey de Aragón no irá a Tierra Santa —afirmó el joven con todo el aplomo del que pudo hacer acopio—. Se rumorea que irá a Túnez.

—Deberíais prohibírselo —le dijo Carlos al papa—. Que vaya a Tierra Santa, tal como trató de hacer su padre.

Martín IV arrugó el cejo pensativo.

—¿Prohibir a un príncipe cristiano que vaya contra los infieles? —murmuró.

—El emir de Túnez es mi vasallo —recordó Carlos—. Me paga un buen tributo.

—El rey de Túnez no es exactamente vuestro vasallo, Carlos —dijo el papa—. Antes de la cruzada de vuestro hermano le pagaba

tributo al rey de Aragón. Los príncipes cristianos no verían con buenos ojos que el papa prohibiera atacar a musulmanes. Lo más que puedo hacer es negarme a conceder a su incursión los privilegios de una cruzada.

—Pedro de Aragón pretende recuperar el cobro del tributo y saquear todo lo que pueda —afirmó Carlos, elevando la barbilla orgulloso—. Le dejaré ese hueso a ese perro. Que se entretenga. Tengo una presa mucho mayor: el Imperio bizantino. Los tunecinos saben el poco poder que Aragón tiene. No importa lo que haga Pedro, no le pagarán. Y si algo consigue, se lo quitaré en cuanto se me antoje.

—¿Y si su verdadero objetivo fuera Sicilia? —inquirió el príncipe —. En Toulouse vi a Pedro desafiante y no quiso reconocerme mis títulos sicilianos.

El papa y el rey le miraron extrañados. Como si se hubieran olvidado, de nuevo, de él.

—¿Sicilia? —dijo Carlos—. Pero ¿qué necedad es esa? Pedro de Aragón no puede nada contra mí.

—Bien sabéis que el descontento es muy grande en la isla —dijo el contrahecho—. Pueden sublevarse en cualquier instante.

—¿Sublevarse? —Carlos rio—. Que se subleven si así lo desean. Me he pasado la vida reprimiendo rebeliones y ahorcando o decapitando a miles de revoltosos. Se me da muy bien.

El papa rio. El joven constató una vez más que no le tomaban en serio y se encogió de hombros. Lo mejor que podía hacer era callar.

77

Cocentaina, reino de Valencia, 4 de julio de 1281

El gran macho elevó su hocico gris oscuro y abrió la boca tanto como pudo para soltar un berrido que hizo estremecer a Súria. Era un ciervo enorme que debía de pesar tres o cuatro veces lo que la muchacha. Su impresionante cornamenta tenía una docena de astas, y un pelaje pardo largo, más claro que el del lomo, le cubría la parte inferior del cuello. El animal en celo bramaba enloquecido por el deseo. Era poderoso, se imponía sobre los demás y tomaba las hembras que quería. Bramó de nuevo y Súria tembló. Ahora veía su pelaje y barba rojos. Y su hocico se convirtió en nariz y pasó a ser un borracho gigante y pelirrojo de grandes dientes desiguales, fuera de sí por el vino y la lujuria. Avanzó hacia ella. Era solo una niña y chilló de miedo. De pronto el monstruo se transformó de nuevo en un ciervo gigante. Y ella en un cervatillo hembra. Temblaba y soltó un quejido.

—¡Súria! ¡Despierta, Súria!

Beatriu la sacudía con suavidad al tiempo que le cubría la mejilla de besos.

—Ha sido solo un sueño —la consolaba su compañera—. Otra vez ese mal sueño.

Súria la abrazó buscando consuelo sin abrir los ojos. No podía librarse de él.

—Esto ha de terminar —murmuró—. Haré que termine de una vez.

Roger observó pensativo a la muchacha, que se había presentado sin más en su palacio de Cocentaina pidiendo por él. Era la primera vez que lo hacía y concibió esperanzas. A sus veintidós años estaba espléndida.

—Me he cansado de esperar —murmuró ceñuda—. No puedo librarme de esa pesadilla. Sé que estáis a punto de emprender un largo viaje y os pido que me ayudéis antes de partir. Iré a Ampurias y haré lo que debo hacer.

Su mirada azul mostraba una firme determinación. Él, desilusionado, comprendió que su humor no era amoroso, sino todo lo contrario, y que no podría disuadirla.

—Te concedo permiso —le dijo despechado y altanero—. Con la condición de que regreses al valle con tu tribu una vez que termines.

—No os he pedido permiso —replicó ella orgullosa—. No soy vasalla vuestra. Solo quiero que me digáis dónde puedo encontrar al conde.

—Pero yo te lo doy —repuso él con media sonrisa. Su fiereza le incitaba.

—¿Dónde y cuándo puedo cazarle? —inquirió ella.

—¿Recuerdas que en el sitio de Montesa me preguntaste por él?

—Sí, y me dijisteis que no se había presentado porque no andaba bien de salud.

—Y también te dije que sospechaba que no se perdería la caza de ciervos durante la brama, ¿verdad?

—Cierto.

—Pues así fue. No ayudó a su señor, a pesar de las promesas que hizo cuando fue perdonado en Barcelona, y estuvo cazando

venados mientras nosotros nos jugábamos la vida.

—¡Cerdo asqueroso!

—Pues es precisamente en septiembre cuando podrás cazarle a él. Le encontrarás en los montes de Rodas, al norte de Rosas.

Ella le observó aliviada y agradecida. El señor de Cocentaina conocía sus intenciones y a pesar de ello estaba dispuesto a ayudarla.

—¡Gracias!

—Aunque te pongo como condición que alguien te acompañe y ayude —siguió él—. No quiero que vayas sola como en Barcelona.

—No tengo por qué aceptar condiciones.

—Pues te cargaré de cadenas y te encerraré. —Su expresión era firme—. Pero si me obedeces te prestaré tres caballos y te daré un salvoconducto para que un amigo de Figueras os ayude, aunque debe mantenerse ignorante del propósito de tu misión.

Ella le observó sorprendida mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Con caballos se podría desplazar tres veces más rápido. Sintió deseos de tomarle las manos y besárselas. Pero se contuvo. Temía animarle y que se mostrara demasiado efusivo.

—Espero que me lo agradezcas —añadió él mirándola seductor.

—Gracias, señor —repitió ella seca.

78

Palermo, reino de Sicilia, 12 de agosto de 1281

Roger de Lauria y Giacomo de Flor contemplaron emocionados la lejana línea de tierra en el horizonte. ¡Sicilia! Era un día claro de agosto y su pesada nave, un cascarón de una sola vela, hacía ya semanas que había partido de Barcelona.

Roger, a sus treinta y un años, sentía una extraña excitación impregnada de melancolía. Había abandonado Sicilia hacía ya diecinueve, sin jamás regresar. Sin embargo, su vinculación afectiva al reino era muy intensa.

Giacomo de Flor tenía diecinueve años, y los recuerdos de un castillo polvoriento, de la muerte de su primo y de la miseria pasada allí junto a su tío Pascale, mientras resistían a los franceses, le asaltaron al divisar la costa. Al recordarlo, una lágrima se deslizó por su mejilla, y después otra. Veía los rostros de sus muertos, en especial el de su padre, con la cabeza clavada en una pica. Miró al lado contrario de Roger para que no le viera llorar. Llevaba seis años en España, y habían sido los mejores de su vida. Dos sentimientos le acompañaban. El de venganza hacia Carlos de Anjou y el de su devoción a la Corona de Aragón. Apretó las mandíbulas, resuelto; sería digno de la confianza que en él depositaba el infante Alfonso.

—Nuestra patria, hermano Giacomo —le dijo con una sonrisa Roger.

El muchacho se secó las lágrimas con la manga y le miró con semblante grave antes de responder.

—Mis señores son el infante Alfonso, su padre el rey y su madre la reina —respondió digno—. Ellos son mi patria. Antes que Sicilia.

A pesar de sus bromas durante el viaje, Roger no había conseguido arrancarle una sola sonrisa.

—San Francisco predicaba el corazón alegre, hermano —insistió Roger—. Estoy seguro de que a nuestro fundador le gustaría que un fraile joven como vos se riera de vez en cuando.

Vestían el humilde hábito gris de lana cruda de la orden franciscana. Se habían tonsurado la parte superior de la cabeza y dejado una barba corta.

—Reiré cuando vea la cabeza de Carlos de Anjou clavada en el extremo de una pica como vi la de mi padre.

Roger resopló.

—Sois un muermo, hermanito Giacomo —dijo sonriéndole de nuevo—. Nunca veréis la cabeza de Carlos clavada en una pica. Es de los que asesinan de la forma más cruel a cientos de miles y mueren felizmente en una cama cómoda y calentita. Y a los que el papa santifica. Además, la derrota de Carlos puede tardar mucho. O no llegar nunca. Gozad de la vida mientras peleamos por ello y no os toméis demasiado en serio el hábito. Recordad que es solo un disfraz.

—Si vences vives, si pierdes mueres —murmuró el muchacho.

La nave cruzó frente al Castello a Mare, que guardaba la entrada de la Cala, el puerto de Palermo. En sus almenas ondeaban las enseñas de la flor de lis y las cruces de Jerusalén de Carlos de Anjou.

Los falsos franciscanos se admiraron de la calidad del puerto. Era una pequeña bahía, a modo de un gran saco, que se internaba en tierra curvándose ligeramente a la izquierda. Solo los vientos del noroeste podían afectar a las embarcaciones allí atracadas.

Los oficiales franceses de la aduana acudieron antes de que pudieran desembarcar e hicieron un concienzudo inventario de las mercancías, cuya descarga y pago de impuestos supervisarían luego. También interrogaron a tripulación y pasajeros. Roger y Giacomo mostraron el documento con el que el prior del convento de San Francisco de Barcelona los presentaba al de Palermo.

El puerto bullía de actividad pero no tanta como Roger hubiera esperado de una ciudad tan grande. Esclavos y estibadores libres cargaban y descargaban las embarcaciones y el olor de la brea con que se calafateaban las naves se mezclaba con el de las sardinas que vendedores ambulantes braseaban allí mismo. La gente voceaba y a Giacomo le complació oír de nuevo el siciliano de la calle. Los franciscanos cruzaron el gentío y dejaron a la derecha el mercado de esclavos para tomar la calle Balat, la avenida principal de la ciudad, que iba del puerto al palacio normando en la parte alta y dividía Palermo en dos porciones casi iguales. Les sorprendió verla pavimentada en mármol. A menos de cinco minutos del puerto se encontraba, a la izquierda, su destino, el convento franciscano.

—Estad lo menos posible en el convento —les dijo fray Giovanni, el prior, una vez que leyó la carta del abad de Barcelona—. Y cuando lo hagáis, asistid a todas las oraciones comunitarias y a las comidas. Otros os creerán frailes, pero para mí que sois hombres de armas. Así que no habléis con los hermanos más de lo imprescindible para no delataros.

—Así lo haremos, padre —dijo Roger inclinando sumiso la cabeza.

Habían sido instruidos un par de semanas en Barcelona para pasar por monjes, pero no pudieron engañar al anciano prior.

—Doy por buena esta carta y no quiero saber de vuestros asuntos —continuó severo el franciscano—. Sé que los soberanos de Aragón benefician a nuestra orden y en agradecimiento haré la vista gorda. Pero no queremos meternos en política.

—No os traeremos problemas, padre —aseguró Roger.

Al salir del convento pasaron por el puerto para retomar, después, la calle Balat camino de la casa de Nicola de Ortovela, según les había indicado el prior. Nicola era un importante barón con posesiones rurales cercanas a la ciudad y, como correspondía a su posición, habitaba en la calle principal. Había sido especialmente recomendado por Juan de Prócida. Era un hombre alto y fornido de unos treinta años y de ojos y cabellos oscuros. En su rostro afeitado sobresalían unas cejas espesas, nariz afilada y labios gruesos. Cuando los frailes acudieron aquella tarde a visitarle y le dijeron que la nieve de Aragón llegaría pronto a Sicilia, les exigió sus credenciales. Habían viajado escondidas en unos fardos de lana y las acababan de recoger en el puerto.

—Es cierto, esa es vuestra descripción física —dijo complacido—. Y efectivamente vos, el hermano mayor, habláis con acento napolitano, y el joven lo hace con un buen siciliano del sur. —Apuntó con el dedo al final del documento—. Y esa es la firma de mi amigo Juan de Prócida.

Sonrió.

—Sed bienvenidos y quedaos a cenar. Conoceréis a mi esposa.

Clarencia tendría unos veinticinco años, cabello castaño oscuro, ojos verdes y una sonrisa fácil que mostraba unos hermosos dientes. Lucía además un escote más generoso de lo habitual. Roger tuvo que pisarle el pie a su hermanito franciscano mientras cenaban para que dejara de mirarla.

—Habríais tenido que ver esta ciudad hace quince años —les contaba Nicola—. El puerto estaba repleto de naves, la construcción de casas y palacios no cesaba, y gozábamos de la capitalidad del reino. Palermo está lleno de iglesias y palacios con maravillosos mosaicos y pinturas del tiempo de nuestros reyes normandos y Hohenstaufen. Desde que asesinaron al padre de la reina Constanza, aquí no se construye nada, estamos en decadencia. Carlos de Anjou no hace más que exprimirnos con unos impuestos como jamás antes sufrimos, y los tiránicos oficiales franceses, que nos someten, pretenden que les hablemos en su lengua.

—La ciudad se vacía —intervino Clarencia—. Mucha de la gente educada que tenía puestos en la administración y negocios ha tenido que emigrar. Unos han ido a Nápoles, la nueva capital, y otros a Mesina, donde Carlos mantiene gran parte de su armada.

—Ese rey usurpador quiere estar cerca de su amigo el papa y de sus parientes de Francia. —Nicola arrastró las palabras con rabia.

—Los napolitanos no estarán molestos —murmuró pensativo Roger—. Ni tampoco los mesineses.

—Nápoles se ha beneficiado —afirmó el barón—. Pero en Mesina también están descontentos, aunque no tanto como aquí.

—No aguantamos más —les confesó Clarencia—. Y el pueblo llano está aún peor. Cualquier chispa causará el incendio.

—Pues tendréis que esperar al próximo año —les advirtió Roger —. En abril la flota angevina partirá hacia Constantinopla y abandonará vuestros puertos. Nuestro señor el rey de Aragón no os ayudará antes. Ha proclamado una cruzada que irá al norte de África. Por entonces habrá reunido un gran ejército y flota. Debéis apaciguar a la gente. Si la sublevación estalla antes, estaréis solos y Carlos os arrasará.

Nicola miró a su esposa, afirmó con la cabeza y se mantuvo en silencio unos momentos.

—Los contendremos —murmuró después—. Tendréis que hablar con otros nobles. —Y dio varios nombres.

—Todos están en mi lista, barón —dijo Roger—. ¿Podríais vos mandarles mensaje y acordar un encuentro?

—Lo haré complacido.

—Los veremos de camino como humildes frailes mendicantes.

—Decidme, señor de Ortovela —intervino entonces Giacomo—: todos sois nobles angevinos. Le habéis jurado fidelidad a Carlos de Anjou y él os ha confiado vuestros feudos. ¿Por qué vais ahora a traicionarle?

Roger observó severo al joven. La pregunta era agresiva e inoportuna.

—No todo el mundo quiso sacrificarse como vuestro tío Pascale, que perdió a su familia luchando por una causa perdida —intervino en defensa de sus huéspedes.

—Os recuerdo que vuestro padre y el mío murieron por la misma causa —repuso el muchacho airado.

—El mío murió cuando aún podía ganar —replicó Roger.

—Yo os lo explicaré —terció Nicola para zanjar la discusión—. No somos nobles angevinos, sino sicilianos. Carlos de Anjou no nos regaló nada. Hicimos lo posible para que no nos quitara lo que era nuestro desde el tiempo de los normandos o incluso antes. Cuando el rey Manfredo fue derrotado y vimos que nada se podía hacer, nos sometimos. De lo contrario nos habría asesinado y en nuestro lugar hubiera puesto a franceses. Carlos ha demostrado ser un mal señor, y gracias a que los sicilianos conservamos algún poder, con la ayuda de Dios, le derrocaremos. Han pasado tres lustros. Y lo que no pudimos hacer ayer quizá lo logremos el próximo año. Y entonces Carlos caerá. ¿Lo entendéis, hermano Giacomo?

El joven se le quedó mirando largo tiempo sin mover un músculo. Después dijo, firme:

—Lo entiendo, señor de Ortovela. Me alegro de que estéis con nosotros. Acabemos juntos con el tirano.

79

Cerca de Cefalú, Sicilia, 25 de agosto de 1281

—Los franceses nos obligan a criar cerdos —se lamentaba una campesina de ojos castaños y piel oscurecida por el sol que se cubría con un pañuelo negro—. Y te dicen: estas cerdas tienen que parir tantos cerdos para el rey. Al cabo del año regresan y te dicen: ¿dónde están los cochinos de nuestro señor el rey Carlos? ¡Y ay de aquel que no los tenga!

Los frailes se habían encontrado con unos lugareños que recogían hierbas y raíces para sus animales. El camino separaba unos campos de trigo ya segado de una zona boscosa. En el horizonte, más allá del campo, se distinguía el azul intenso del mar. El sol estaba en lo más alto y los frailes tenían que cubrirse, a pesar del calor, con sus capuchas.

Después de permanecer una semana en Palermo, habían emprendido el camino de la costa, a pie, hacia Mesina. Así pasaban por verdaderos frailes y aprovechaban para charlar con las gentes de la isla y conocer su opinión. Aquel era su tercer día de caminantes.

Aquella gente humilde no dudó en compartir su escaso almuerzo con Roger y Giacomo. Un poco de pan, un puñado de almendras y algunas de las hierbas recién recogidas.

—Cuatro veces al año vienen a ver qué has cosechado —explicó el hombre. Su piel también era oscura y se cubría con un gorro de paja—. Y se llevan una cuarta parte de lo que tienes. Y no solo de la última cosecha, sino también de los conejos, de las gallinas y de todo lo que guardas para el invierno.

—¿Y qué os dejan para vivir? —inquirió Giacomo, indignado.

Roger calló. Ya no se enfurecía: llevaban días escuchando testimonios similares.

—Casi nada —dijo la mujer—. Lo suficiente para que no muramos y sigamos trabajando para ellos.

—¡Somos gente libre! —clamó el hombre—. ¡Propietarios de nuestra tierra! Pero nos han convertido en sus esclavos. Junto con los alguaciles y la tropa, que vienen a quitarnos lo que es nuestro, aparece el verdugo. Si sospecha que escondes algo, te sujeta el cuello con una argolla de hierro que une con una cadena a su silla de montar. Y así te lleva preso al pueblo. Allí te azotan en público y con un hierro al rojo te marcan en la frente.

—Pero eso no es lo peor —dijo la mujer, llorosa—. Esos mismos soldados se organizan en bandas y aparecen por las noches en las granjas enmascarados. Echan a los hombres de la casa a patadas, de la forma más humillante, y se apoderan de aquello que quieren. Puede ser ropa, cacharros de la cocina o lo que sea.

—Y como les guste una mujer, hacen con ella lo que les viene en gana —murmuró el hombre, cargado de rabia—. Y como te revuelvas te dan de palos hasta casi matarte. ¡Es bien cierto lo que se dice de ese rey! ¡Es el dragón que nos devora! Siempre hemos pagado impuestos pero antes vivíamos felices. ¡Ojalá resucitara el buen rey Guillermo!

—¿Queréis oír una historia de dragones que se da por cierta en España? —inquirió Roger.

El hombre y la mujer se miraron sorprendidos por el giro que el franciscano le daba a la conversación. Les encantaban los relatos.

—¡Pues claro! —dijo él.

—En Cataluña hay una montaña sagrada, muy alta y de difícil ascenso que se llama Canigó y en cuya cumbre se dice que vive un dragón.

Los campesinos le escuchaban con la mayor atención.

—Un día el buen rey Pedro quiso comprobarlo y, acompañado por dos de sus mejores caballeros, emprendió la escalada. Y tan trabajosa era que pronto sus hombres tuvieron que despojarse de sus armaduras para poder continuar. El rey Pedro seguía a pesar del sudor y el cansancio, pero los caballeros se rindieron y se quedaron por el camino mientras él continuaba. Y cuando ya llegaba a la cima, ¿sabéis qué encontró?

—¿¡Quéééé!?

—Un gran lago de aguas oscuras y profundas. Como no veía dragón alguno, se puso a llamarlo a gritos.

—¿Y qué pasó? —preguntó la mujer.

—Pues nada —repuso lánguido—. No pasó nada.

Los campesinos se quedaron mirándole, decepcionados. Roger sonrió.

—Pero entonces el buen rey Pedro tomó una piedra y la arrojó al oscuro lago. Y de repente, con el ruido de un trueno, se abrieron las aguas y surgió un enorme dragón que se elevó aleteando mientras miraba fiero al rey.

—¿Y entonces qué?

—Entonces, el buen rey Pedro desenfundó la espada, agarró firme su empuñadura con las dos manos y le hizo frente.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada, el dragón no se atrevió a atacarle y se fue volando.

—¡Oh! —exclamaron impresionados los lugareños.

—Eso es lo que ocurrirá —sentenció enérgico Giacomo— si el rey Pedro se enfrenta a Carlos de Anjou. Le hará huir.

—Es valiente, bueno y generoso —explicó Roger—. Trata a sus súbditos como el buen rey Guillermo os trataba a vosotros. Y es el esposo de la reina Constanza, hija de vuestro rey Manfredo.

—Dicen que ella es la verdadera reina de Sicilia —murmuró el campesino.

—Han pasado por aquí juglares cantando que el rey Pedro es el Moisés que nos librará del tiránico faraón —informó la mujer—. Y contaban historias parecidas.

—Y así será —sentenció, con su gravedad habitual, Giacomo—. El rey Pedro nos ha de liberar. Si los sicilianos así lo queremos.

80

Mesina, reino de Sicilia, 10 de septiembre de 1281

—¿Y vos quién sois, hermano?

Roger de Lauria miró los ojos oscuros de la mujer que le interrogaba. Juan de Prócida le había advertido sobre ella y llevaba todo el viaje esperando aquel encuentro.

Tendría poco más de treinta años, como él. Y a pesar de estar casada no se cubría. Sujetaba su hermosa melena azabache con unas trencillas que partían de sus sienes y que, al igual que sus cejas, ligeramente apuntadas, destacaban sobre una piel muy blanca. Sus labios rojos, generosos y bien dibujados mostraban una sonrisa desafiante.

—Fray Roger, de la orden de los Frailes Menores.

—No —insistió ella—. Os pregunto quién sois vos, en verdad.

—Somos frailes franciscanos. —Él la observaba cauteloso.

—Mirad, quienquiera que seáis —dijo ella ampliando su sonrisa—, no seguiré hablando sin conocer vuestra auténtica identidad. Os diré lo que de vos sé por el momento. Primero, que aunque habláis nuestro siciliano del sur tenéis acento napolitano. Que traéis una carta de don Juan de Prócida que os identifica como hombre de su confianza, luego venís en misión del rey de Aragón. Así que debéis de ser uno de esos exiliados de la corte de la reina Constanza.

Además, no sois fraile. Y os diré por qué lo sé. Porque yo también anduve disfrazada de fraile un tiempo por Calabria.

Aliamo de Lentini, su esposo, rio. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, calvo, de rostro rasurado y corto de estatura pero enérgico y nervudo. Sus ojos oscuros e inquisitivos observaban a sus invitados. Le gustaba el descaro de su mujer. Los otros asistentes —Giacomo y Bartolomeo, un noble de Mesina— guardaban silencio.

Se encontraban en la sobremesa de la cena, tomando unos licores y pasteles en el comedor de la casa que Aliamo, gobernador angevino de Catania, tenía en Mesina. El mayordomo se había asegurado de que ningún criado oyera la conversación.

Roger se quedó mirando a la dama sin responder. Él sí sabía quién era ella: Macalda de Scaletta había llegado a lo más alto de la nobleza de Sicilia a pesar de que su bisabuela fue verdulera en el mercado de Mesina. Se decía que era aficionada a las armas y a los amoríos, y era baronesa de Ficarra gracias a su anterior marido, que murió sin que se le reconociera el título. Título que Carlos de Anjou concedió graciosamente a la viuda. Había algo sospechoso en ello. Fue el mismo Carlos quien la casó con Aliamo de Lentini, señor de Buchera, Palazzoto y Butera, que pertenecía a la antigua nobleza. Un matrimonio beneficioso para ambos. Aliamo ostentaba uno de los más altos cargos de la Sicilia angevina y se había distinguido en la persecución de los fieles al rey Manfredo.

Macalda continuaba mirándole con un toque jocoso y amenazante, a la vez que seductor.

—Estoy segura de que a nuestro señor el rey Carlos le gustaría que denunciáramos a un par de falsos frailes que recorren la isla subvirtiéndola en nombre de Juan de Prócida —añadió ante su silencio—. Y de la reina de Aragón, que también lo quiere ser de Sicilia. Y os entregaré a su justicia si sigo sin saber con quién estoy hablando.

—Yo os diré, doña Macalda, por qué no lo haréis. —Roger le devolvía la sonrisa.

—Decidme por qué, hermano Roger, fraile trotamundos —repuso ella, sarcástica.

—Hemos recorrido la isla y el pueblo está harto de la tiranía que sufre —dijo él tranquilo—. Lo veo a punto de estallar. Vos y vuestro marido representáis al tirano. Y aunque le hayáis pedido a Carlos de Anjou benevolencia, ni os ha hecho caso ni os lo hará. Se cree invencible. Cuando estalle la revuelta, vosotros seréis los primeros en caer. A no ser que cambiéis de bando a tiempo. Sicilia necesitará de una potencia extranjera para sobrevivir y esta solo puede ser Aragón. Lo sabéis y por eso Juan nos ha enviado a veros. —El supuesto fraile amplió su sonrisa—. Yo soy vuestro seguro de vida. Y la garantía de mayores beneficios y honores si os unís a la causa de nuestra señora la reina Constanza.

Macalda dejó de sonreír para mirar a su marido y a Bartolomeo.

—Esa parece una buena oferta —dijo al rato Aliamo, con voz serena—. Pero antes de continuar hablando he de unirme a la petición de mi señora esposa. ¿Quién sois, señor?

—Mi nombre es Roger de Lauria y soy el señor de Cocentaina en el reino de Valencia —repuso solemne—. Y mi padre fue Ricardo de Lauria, senescal del rey Manfredo y señor de Lauria, Scalea y otros feudos.

—¡El hermano de la reina Constanza! —exclamó Macalda. Le brillaban los ojos.

—Hermano solo de leche, señora —aclaró él.

—Hermano igualmente —reafirmó ella—. ¿Y quién es el muchacho que os acompaña?

—Mi nombre es Giacomo de Flor, hijo de Ricardo von Blum de Brindisi y caballero del infante Alfonso de Aragón.

El chico se sentía incómodo entre aquella gente. Eran los mismos que habían perseguido con saña a su familia cuando resistían contra

los franceses en el centro de la isla.

—Bien podéis ser él. Por edad, presencia y acento —dijo Aliamo pensativo y después observó a Roger. Giacomo había dejado de interesarle—. Decidme, señor de Lauria. ¿Habéis hablado con muchos nobles del asunto que os trae a Sicilia?

—Con muchos. Nobles, campesinos y mercaderes —repuso él—. El descontento es grande y general. Esto estallará —insistió—, y cuando lo haga, os conviene estar del lado ganador.

—No dudéis de que así será —aseguró Macalda. La sonrisa de sus labios rojos dejaba ver una dentadura blanca y regular. Y añadió, segura—: Aunque decid mejor que quien gane estará con nosotros. Solo así podrá ganar. Por cierto, señor de Lauria, ¿jugáis al ajedrez?

—¿Lo hacéis vos, baronesa de Ficarra? —inquirió sorprendido.

—Mi esposa juega tan bien al ajedrez como baila en el salón o maneja la espada en el campo de batalla, señor —repuso orgulloso Aliamo—. Comprobadlo, si es que osáis.

—Rezad bien vuestras oraciones, hermano Giacomo —le dijo la baronesa al chico en tono divertido al despedirlo, y le indicó a un criado en qué aposento debía acomodarle. Su otro invitado había partido ya.

—Disculpadme que no asista al juego, señor de Lauria —se despidió Aliamo, y los dejó frente al tablero—. Mañana madrugo.

—A mi marido no le gusta mucho el ajedrez. Además, le espera su amante en sus estancias y tiene prisa —informó Macalda arrugando el cejo con un mohín cómico cuando Aliamo salió—. ¿Qué os apostáis en la partida, señor de Lauria? Me interesa saber cuánto tendré de vos.

Se inclinó hacia él sonriéndole divertida, su melena azabache estaba perfumada de jazmín. El fraile no pudo evitar mirarle el escote, más atrevido aún que el de Clarencia en Palermo.

—Porque os ganaré —añadió ella.

81

Figueras, 11 de septiembre de 1281

Súria era conocedora de la atracción y poder que ejercía sobre los hombres. Y era muy cuidadosa. Su firme rechazo a cualquier contacto físico con varón alguno y sus muestras públicas de cariño a Beatriu mantenían tranquilos a los del clan hasta cierto punto. Pero cuando le dijo a Galcerán que partiría hacia Ampurias y que el rubio Abdón la acompañaba, otra vez estuvo a punto de estallar el conflicto. Galcerán dijo que quería ir él, a pesar de que ya tenía mujer. Era una muchacha rubia que se había unido al clan unos tres años antes, le había dado ya un hijo y estaba de nuevo encinta.

—¡Cuida de ella! —le dijo Galcerán a Abdón al despedirse con un abrazo, después de que Súria, otra vez, le disuadiera—. Y avísame si, por el camino, cambia de opinión con respecto a los hombres.

—No te preocupes por Abdón —repuso ella con suficiencia—. Le traeré de vuelta sano y salvo.

—Y de lo otro tampoco te preocupes —dijo Abdón a Galcerán—. No te pienso avisar si ocurre ese milagro.

Los tres rieron.

Abdón y Súria llegaron cómodamente a Figueras a lomos de sus monturas. El amigo de Roger era el posadero que los había alojado y que parecía saberlo todo sobre el pelirrojo conde, por lo que dedujeron que se trataba de un informador a sueldo de Roger que vigilaba al de Ampurias por orden del rey. Cuando el hombre vio a Súria, se la quedó mirando pensativo.

—¿No os llamaréis Saurina, por un casual? —inquirió.

La muchacha se sobresaltó.

—No —repuso cautelosa—. Mi nombre es Súria. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque sois alta, pelirroja y muy guapa —repuso—. Y me recordáis a un muchacho, un herrero de aquí de Figueras.

—¿Por qué? —quiso saber con el corazón encogido.

—Se llamaba Simón. Y preguntaba a todo forastero por una niña que coincide con vuestra descripción. Estaba muy enamorado y dispuesto a encontrarla dondequiera que estuviese.

Súria tragó saliva. Si el maldito conde no hubiera truncado su vida, se habría casado con Simón y ahora tendrían hijos. A veces lo imaginaba. ¡Qué destino tan distinto!

—¿Y qué fue de él?

—Defendió Figueras y su libertad hasta sus últimas fuerzas cuando Hug de Ampurias la arrasó. Cayó herido y el conde le mandó ahorcar.

—¿Y vos cómo sabéis todo eso? —inquirió Abdón—. Se dice que el conde ejecutó a todos los varones que defendieron Figueras.

—Fui uno de los que escaparon a caballo para pedir auxilio al rey —repuso el hombre, pesaroso—. En vano.

Súria se santiguó.

—En paz descanse —dijo conteniendo las lágrimas—. Al menos murió libre.

—Y enamorado —añadió el posadero.

Aquella noche Súria la pasó rezando por su amigo. También lloraba. Nunca creyó que fuera posible alimentar más rencor contra el de Ampurias. Y descubrió que sí lo era.

Gracias al posadero no fue difícil localizar la partida de caza del conde en la sierra de Rodas. La brama había empezado y el de Ampurias seguía a un gran astado.

Pasaron varios días estudiando el comportamiento tanto del macho dominante como de los cazadores sin que los pudieran ver. Al llegar frotaron sus ropas con la orina de los perros, que marcaban el territorio en las matas, y a partir de entonces su rastro se hizo indetectable. Los monteros eran torpes, comparados con un almogávar, y el conde y su hijo solo habían derribado un par de venados hembras con sus ballestas. Tuvieron al gran macho a tiro pero se les escapó.

El cuarto día, Abdón y Súria decidieron que había llegado el momento. Emboscaron al macho dominante justo después de que chocara sus astas contra un rival más joven y lograra vencerlo. Súria se había arrastrado entre las matas a contra viento, hasta casi las patas de los combatientes, que ciegos de rabia no la vieron. Y tan pronto la bestia elevó la cabeza para lanzar un berrido triunfal, una azcona le penetró en el pecho. En esa ocasión sería el derrotado quien disfrutara de las hembras.

Aquella noche era de fiesta en el campamento de los cazadores. Al conde le habían llevado una campesina de catorce años y estuvo gozándola en su tienda. Cuando se cansó, alentó, beodo, a su hijo Ponç, de diecisiete años, para que siguiera con ella. Al muchacho le disgustaba esa costumbre de su padre y se negó, como en

ocasiones anteriores. Así que fueron el escudero y los monteros quienes continuaron la jarana.

Contrariado por la actitud de su hijo, pero agotado por el esfuerzo y el vino ingerido, el conde se quedó traspuesto, tumbado dentro de la tienda, con la cabeza apoyada sobre su silla de montar.

No debió de transcurrir mucho tiempo porque cuando recuperó en parte la conciencia aún se oían afuera los gritos y lamentos de la chiquilla y las risotadas de los hombres.

Le costaba respirar y notaba una molestia en la boca. Abrió los ojos y lo vio, iluminado por un candil. ¡Era el gran ciervo, con su gigantesca cornamenta, mirándole! Cerró los ojos y los volvió a abrir. ¡Estaba allí, en el interior de la tienda! Sintió pánico. ¿Qué hacía aquel monstruo allí? Gritó de miedo, pero de su garganta solo surgió un sonido ahogado. Sacudió la cabeza para librarse de los efluvios del alcohol y entonces comprendió que tenía algo en la boca. Quiso quitárselo pero sus manos estaban atadas, ¡como las piernas! ¿Qué ocurría? El monte era seguro. No tenía enemigos cercanos. ¿Qué era aquello?

Aun así trató de moverse. Quería apartarse antes de que le embistiera el animal. No pudo. Entonces vio, a pesar de la penumbra, que solo era la testa, apoyada en unas lanzas y sujeta por unas cuerdas al techo. ¡Alguien había decapitado al gran macho y había traído la cabeza hasta su tienda! ¡Debía despertar! ¡Era una pesadilla! No tenía sentido alguno. Cerró de nuevo los ojos y sintió deseos de rezar. Aquello era demasiado real. Afuera continuaba el jaleo de gritos y carcajadas.

Cuando abrió los ojos la vio. ¡Saurina! De pie junto al astado, con su melena roja suelta y sus ojos azules traspasándolo como puñales. Se puso a temblar. ¡Era su hija! ¡Y su muerte! Quiso suplicar, pero solo fue capaz de emitir un murmullo.

—Lo he oído todo, *padre*. —Ella arrastraba las palabras con rabia —. He oído cómo torturabas y violabas a esa niña.

El conde supo que nada cambiaría aunque pudiera hablar. Su suerte estaba echada.

—Iba solo a matarte —continuó ella—. Por lo que me hiciste. Y por lo que le hiciste a tu hermana, mi madre, y al único hombre que ha sido un padre para mí. Y por mi hermana y por Simón.

No pudo contener las lágrimas.

—Pero lo que haces, lo que acabas de hacerle hoy a esa niña, me ahoga de rabia. —Dejó ir un sollozo—. No puedo solo matarte. Porque mereces mil muertes.

Quedó un momento mirándole, llorando.

—Maldigo la sangre que corre por mis venas —dijo después—. Y que Dios me perdone porque no puedo evitar que salga el demonio que tú me metiste dentro.

Avanzó hacia él. Se agachó y le subió el sayo hasta por encima de la cintura. Él quería patalear pero estaba sujeto. Desenfundó la daga y se la clavó en la ingle derecha. Y sin dejar de llorar empezó a cortar.

Tenía las manos llenas de sangre cuando logró separar el pene y los testículos del cuerpo. El conde se agitaba con los ojos desorbitados. Por fortuna, aún estaba consciente.

—Abre la boca —le dijo.

Al dolor que sentía entre las piernas se sumó el de la cuerda que le estrangulaba. Tuvo que abrir la boca. Se ahogaba. Súria le quitó la bola de piel que le amordazaba y con cuidado le fue introduciendo en la boca, a pedazos, sus genitales. El conde movía las piernas y el cuerpo, agónico.

Al terminar, Súria se incorporó y se quedó mirando cómo la vida abandonaba al monstruo. Abdón soltó la cuerda con la que le estrangulaba y tomó sus armas. La pelirroja contempló, aún con lágrimas en los ojos, sus manos ensangrentadas. Era repugnante. Y se apresuró a limpiarlas en los ropajes de la tienda y con el agua de

una jarra. Entonces se sintió mejor. Le echó una última mirada a su padre. Le quedaba muy poco.

—Vamos afuera —le dijo a Abdón.

Estaban tan ocupados con la niña que no los vieron salir de la tienda. El escudero fue el primero al que Súria atravesó con su azcona. Los tres monteros no tuvieron tiempo para comprender qué ocurría. Ninguno pudo escapar. Quedaba un muchacho pelirrojo que los miraba aterrorizado.

—Cuida de esta niña —le dijo Súria—. Y vive, hermano, para ser mejor hombre de lo que fue nuestro padre.

Los perros, atados, aullaban a muerte.

82

Constantinopla, 2 de febrero de 1282

Los cantos de los monjes ortodoxos se elevaban hacia las cúpulas del enorme interior de la gran basílica patriarcal de Santa Sofía, el mayor templo del mundo, llenándola de armonías. Innumerables cirios iluminaban su interior y el olor de cera fundida e incienso colmaba el olfato. Era mediodía y un sol aún invernal inundaba el edificio desde los ventanales de las cúpulas y muros meridionales. Unos impresionantes mosaicos en los que abundaban las teselas de oro, lapislázuli y piedras semipreciosas cubrían las paredes. Allí se representaban, junto a la divinidad, a emperadores bizantinos, que así, por encima del resto de los mortales, participaban en lo sagrado.

Terminaba la solemne celebración litúrgica de la festividad ortodoxa de la presentación de nuestro Señor en el templo de Jerusalén y de la purificación de la Virgen María. El patriarca de Constantinopla, que había oficiado la santa misa ayudado por seis diáconos, bendijo a los fieles.

El emperador Miguel VIII Paleólogo se encontraba en primera fila vestido con sus galas imperiales. Cubría su túnica azul de seda con una dalmática bordada en oro, en recuadros, con perlas y pedrerías. Y por encima, una capa púrpura ribeteada también en oro. Llevaba un cetro terminado en un águila bicéfala, un pomo y una corona

imperial de oro y piedras preciosas con colgantes laterales de perlas y rematada por una cruz asimismo de perlas. A su lado se hallaba su esposa, la emperatriz Teodora Ducaina Vatatzina, acompañada del hijo de ambos y coemperador Andrónico II Paleólogo, viudo desde el año anterior, ambos engalanados de forma semejante. Detrás, toda la aristocracia bizantina: duques, megaduques, condes y barones lucían sus mejores ropajes. Todos asistían de pie al oficio.

El emperador Miguel intentaba congraciarse con el clero ortodoxo después de tratar, durante años, de que se sometiera al catolicismo. Con esa intención había encabezado con su guardia de honor, músicos y eclesiásticos una procesión de más de una hora desde su palacio de Blanquerna, siguiendo la muralla del Cuerno de Oro hasta la catedral de Santa Sofía. Él, su hijo y los nobles iban a caballo, y la emperatriz y las princesas en literas. El pueblo los aclamó en su recorrido. Miguel precisaba la unión de todos los bizantinos para defenderse de lo que le venía encima.

En diciembre había recibido la bula del papa Martín IV en la que le condenaba como hereje. Todos los esfuerzos, honrados, que había realizado para reunificar las Iglesias latina y ortodoxa bajo el poder del papa de Roma habían sido en balde. Se había enemistado con el clero ortodoxo y con gran parte de sus súbditos para complacer a los papas latinos y evitar así la invasión, pero cuando supo del nombramiento de aquel papa al servicio de Carlos concibió pocas esperanzas. Sin embargo, no esperaba un comunicado tan duro por parte del pontífice. Era una verdadera declaración de guerra. ¡Le conminaba a entregar a Carlos su imperio antes del 1 de mayo!

No tenía intención alguna de obedecer y no iba a seguir importunando al clero ortodoxo para forzarle a la sumisión a Roma. Lo necesitaría para la defensa del imperio.

«¡Pero qué se ha creído ese infame, ese papa francés!», se había indignado Andrónico cuando su padre le mostró el documento. El coemperador era joven y la sangre le hervía con las injusticias.

Siempre había apoyado a la Iglesia ortodoxa y ahora que el viejo emperador abandonaba su política de unión religiosa, su papel sería clave para recomponer las relaciones.

«Cree que los franceses nos derrotarán —le había dicho Miguel —. Y sabe que no accederemos. Y no le importan las muertes, los saqueos, las profanaciones de templos ni las violaciones que tendrán lugar si los latinos toman Constantinopla. Repetirán las atrocidades que cometieron contra nuestro pueblo los cruzados aún no hace ochenta años. Y a vos y a mí nos quiere muertos.»

Antes de salir de Santa Sofía, el emperador y su familia se despidieron del patriarca y del alto clero ortodoxo. Aquello daba por finalizada la ceremonia. Y a continuación padre e hijo decidieron que la comitiva regresaría en procesión al palacio pero que ellos supervisarían la muralla del mar de aquella zona.

Cruzaron la fortificación por la puerta del Faro y contemplaron el mar de Mármara, el estrecho del Bósforo y la orilla asiática de su imperio. Era un día frío pero luminoso y numerosas embarcaciones cruzaban de un lado a otro; un paisaje tranquilo, de paz.

—En un par de meses las naves de nuestros enemigos llenarán este mar —dijo Andrónico—. Las piedras y el fuego griego golpearán nuestros muros. Nos traerán muerte y devastación.

—Espero que el Señor no lo permita —murmuró el viejo emperador.

—Mucho tendremos que rezar.

—Enviaremos más oro a Aragón y a Sicilia.

—¿Más oro, padre? Nuestras arcas están casi vacías y hay que pagar al ejército. ¿Qué ocurriría si Pedro de Aragón decide no intervenir y se queda con nuestro oro? ¿Qué pasará si no hay rebelión en Sicilia?

—Pedro ha proclamado ya su cruzada —repuso el viejo—. Y no le ha gustado nada al papa. Aragón empieza a moverse. Y los sicilianos

están cada vez más irritados con sus opresores. Ocurrirá, hijo. Ocurrirá, si Dios quiere.

—¡Pero si no ocurre, perderemos nuestro oro! —se quejó Andrónico.

—Si no ocurre, lo perderemos todo, hijo. Incluso la vida.

83

Cocentaina, 5 de febrero de 1282

—El rey ya está convocando a sus huestes para la cruzada —informó Roger—. Nos reuniremos con él para embarcar en junio en Port Fangós.

—Lo sabemos —repuso Galcerán—. Pero no nos atañe. No vamos a ir.

Roger había encontrado al clan desollando una oveja junto a una gran hoguera en la que iban a cocinarla. Era parte del botín de su última incursión. Se hallaban en una zona escarpada de bosques de carrascas y pinos, cercana a Cocentaina, donde varias cuevas ofrecían un buen refugio para pasar el invierno. El caballero había tenido que abandonar su montura y terminar de subir a pie dado lo abrupto del terreno.

El clan invernaba en aquel lugar desde unos años antes. Formaba parte de los dominios de Roger, pero estaba a menos de un día del reino de Murcia y del de Castilla y a cuatro del reino de Granada. Ideal para sus correrías. Tenían un acuerdo: Roger les daba refugio y ellos protegían la zona de Cocentaina de incursiones sarracenas y de otros almogávares. Perfecto sobre todo cuando él se veía forzado a ausentarse.

Había regresado de Sicilia unas semanas antes y, después de pasar unos días en la corte, se dirigió a su feudo, donde le esperaba, ansiosa, su esposa Margarita. Había sido una ausencia de más de medio año. Cuando partió estaba embarazada y al regresar se vio padre de un recién nacido. Aquello le llenó de alegría y elevó feliz al bebé por encima de su cabeza para verle patalear sonriente. ¡Ya tenía heredero! Margarita Lancia era una mujer atractiva, morena y de ojos claros, y buena esposa. Él le tenía un gran cariño, y el vínculo que los unía, por la amistad con sus hermanos, era muy fuerte. Habían crecido juntos y la amaba mucho, pero más como hermana que como esposa. En realidad, se había casado con ella para protegerla. Margarita, al igual que su propia hermana, del mismo nombre, no tenía dote que aportar a un matrimonio señorial, puesto que sus familias lo habían perdido todo en Italia a manos de Carlos de Anjou y sus secuaces. Y Roger y su amigo Conrado Lancia resolvieron el problema casándose cada uno con la hermana del otro. La reina Constanza bendijo complacida ese feliz acuerdo entre aquellas familias venidas de Sicilia para acompañarla.

Con todo, el afecto que le tenía a su esposa no evitaba que anhelara el momento de encontrarse con los almogávares y ver de nuevo a Súria.

La había hallado frente a un gran perol donde hervía un cocido de nabos, legumbres, col, hierbas del monte y tocino, junto a Beatriu y a un par de niños. Ella se le había quedado mirando y le había sonreído, aunque la negativa de Galcerán, a continuación, vino a deslucir el placer producido por esa sonrisa.

—¿Que no vais a ir? —inquirió Roger sorprendido.

—Hay varios nobles que nos quieren echar la mano —dijo Galcerán—. Seguro que irán. Son poderosos y no nos conviene toparnos con ellos en campo abierto.

—¿Y solo por eso renunciaréis a todas las riquezas del norte de África?

—Nos gustaría ir —dijo Súria—. Pero tendríamos que embarcar a mujeres y niños. Y eso, en tierras desconocidas, nos haría vulnerables.

—Así que teméis una venganza.

—Eso es —dijo Sans, el cura—. Aquí en España no pueden con nosotros, estamos en nuestro terreno. Pero embarcados o en África quizá sí.

—Si no fuera por eso, ¿iríais?

—Vivimos de la guerra, señor —dijo Galcerán—. ¡Claro que iríamos!

—Tengo buenas noticias. Acabo de llegar de la corte y el rey don Pedro ha concedido el perdón de cualquier crimen cometido a quienes se unan a la cruzada. Nadie os podrá perseguir por vuestros negocios pasados. Y yo protegeré al clan. Además, participar en la cruzada conlleva también el perdón de los pecados.

—¿Cualquier crimen? —inquirió Súria.

—Cualquiera —repuso Roger mirándola sonriente—. Podrías haber matado a un conde y no pasaría nada.

Abdón, el compañero de Súria en la aventura del ciervo, rio. Ella se mantuvo seria mirando a Roger pese a que los demás se habían unido a las risas. El ciervo y Hug de Ampurias seguían en sus pesadillas.

—Eso cambia las cosas —dijo Galcerán—. Lo discutiremos en nuestro consejo.

—¿Iríamos bajo vuestras enseñas y como parte de vuestra hueste? —inquirió Súria—. ¿Al estilo de las últimas veces?

—Habrá que negociarlo —dijo Roger, con un gesto serio que trataba de disimular su interés.

84

Palermo, reino de Sicilia, 29 de marzo de 1282

Era Lunes de Pascua y los palermitanos celebraban la resurrección de Cristo nuestro Señor. Atrás quedaban los tristes días del prendimiento y de la pasión del Redentor y del dolor de la Virgen María. El pueblo había llorado, rezado, ayunado, y muchos se habían impuesto penitencias con azotes y cilicios. Días de oraciones y luto durante los que cantar y reír eran pecados y se hablaba en susurros.

Su final era un estallido de alegría. ¡La resurrección! ¡La victoria de la vida frente a la muerte! La gente deseaba cantar, reír, bailar, comer, gozar de la vida y de la dulce primavera. La existencia era demasiado corta y había que disfrutarla cuando se podía.

El sargento Drouet y seis de sus hombres habían celebrado la festividad con una copiosa comida, regada con buen vino y amenizada con chistes subidos de tono y risotadas. La mayoría provenía del condado de Anjou y era su primer año en Sicilia.

—Vamos al prado del Santo Spirito, que hay baile y buenas hembras —propuso el sargento.

Era un hombre de treinta años, alto, de ojos azules y bien parecido.

—Con cuidado —advirtió Jacques, un soldado provenzal, el veterano del grupo—. Hay mucho odio en las miradas de los

sicilianos. Y veo que crece. Además, son muy celosos con sus mujeres.

—Pues yo ya me he beneficiado a varias —fanfarroneó Drouet con una carcajada.

Los demás le corearon.

—Algunas pataleaban y arañaban pero me las pasé igualmente por la piedra —continuó el sargento—. Se me da bien.

Más risotadas. Martín, un muchacho de diecisiete años, de cara afeitada, pelo revuelto y nariz respingona, se levantó, alzó su vaso y propuso:

—Brindemos por eso.

Todos lo hicieron con gran jolgorio.

—No es lo mismo una criada de taberna, o una campesina a la que sorprendes a solas cuando entra de madrugada a vender hortalizas o pollos en la ciudad, que mujeres de cierta categoría —les advirtió Jacques—. En el prado del Santo Spirito se reúnen gentes de muy distintos pelajes.

—Hay una tal Clarencia que me trae loco —continuó Drouet sin hacer caso a su subordinado—. Como la atrape en el prado no se me escapa.

Un par silbaron.

—¿Es esa guapa de ojos verdes que se contonea al andar? —inquirió otro.

—Sí, esa. Cada día cruza frente al cuerpo de guardia y me sonríe.

—Id con cuidado, Drouet —insistió el provenzal—. Se cubre con una toca. Está casada. Y parece de categoría.

—Todas están casadas o tienen hermanos o padres —rio el sargento—. Pero terminan cayendo. A esa siempre la he visto sola o con otras mujeres. Tendrá un marido marino y estará embarcado.

—¡Pues vamos allá! —dijo Martín enardecido.

Apuraron los vasos de vino y salieron.

La iglesia del Santo Spirito se alzaba extramuros a poca distancia, al sur de Palermo, y era un sobrio edificio de sólidas paredes y pilares con arcos apuntados, edificado cien años antes. Estaba cercana al río Oreto y rodeada de unos prados que la primavera había cubierto de florecillas. Los palermitanos, a la espera del oficio religioso de las vísperas, celebraban la fiesta con música, cantos y bailes.

Cuando Drouet y los suyos llegaron, unos negros nubarrones empezaban a cubrir el cielo, pero el sol, camino del ocaso, bañaba aún la iglesia y las praderas.

—Va a llover —dijo Martín.

La gente se apartaba para dejarles paso. Los miraban recelosos.

—Id con cuidado —insistió Jacques—. No somos bienvenidos.

—Nosotros llevamos espadas y somos franceses —dijo el sargento—. Ellos van desarmados.

El vino bebido aumentaba su natural audacia. Buscó a la muchacha entre los corros y la vio bailando al son de laúdes, flautas y panderos junto a otras mujeres. Su atrevido escote mostraba el inicio de sus senos.

—¿Veis lo que yo? —dijo Drouet—. ¿Veis cómo le brincan las tetas?

Rieron. En aquel momento sus miradas se cruzaron y Clarencia sonrió. Uno de los soldados silbó admirado y otro animó a su jefe palmeándole la espalda. La música dejó de sonar y Jacques se interpuso entre su jefe y la mujer.

—Yo no me acercaría a ella, sargento —le advirtió—. Hay muchos que nos vigilan.

—Ahora o nunca —le apartó Drouet.

Y se fue hacia la muchacha contoneándose pretencioso.

—Sois muy bella, señora —le dijo en francés, mirándole los pechos.

Ella desprendía un dulce aroma mezcla de transpiración y rosas. Drouet lo aspiró con fruición. Le enloquecía.

—Gracias, señor —repuso ella en siciliano, e hizo ademán de reunirse con sus amigas.

—Quedaos conmigo —le dijo él con su mejor sonrisa.

La sujetaba del brazo. Ella miró la mano que la aprisionaba y después a los ojos del francés. Él olía a vino. Clarencia dejó de sonreír.

—Soltadme —le pidió elevando la voz.

—Venid conmigo. —Él la agarró fuerte y tiró de ella—. Vamos detrás de la iglesia.

La mujer chilló algo en siciliano. Jacques supo lo que iba a pasar.

—¡Cerdo francés! —rugió un hombre que surgió de la multitud para abalanzarse sobre el sargento.

Empezó a acuchillarle. Tripa, pecho, corazón. Era Nicola de Ortovela.

—¡Mi mujer! —gritaba—. ¡El francés nos ultraja! ¡Manoseaba a mi esposa!

Los soldados trataron de desenvainar sus armas en un inútil intento de defenderse. No les dio tiempo. Espadas y dagas aparecieron bajo las capas y una multitud enfurecida cayó sobre ellos.

—¡Libertad! —chillaba Clarencia—. ¡Libertad para Sicilia! ¡Mueran los franceses!

Jacques, que temía aquello y estaba alerta, esquivó a los matones y salió corriendo, pero apenas avanzó unos pasos. Un hombre entrado en años le puso la zancadilla y se dio de bruces contra el suelo. Ya no pudo levantarse. Sintió las cuchilladas en la espalda y aulló de dolor. El verde del prado y las florecillas manchadas con su sangre fue lo último que vio de Sicilia.

Los guardias de las puertas de la ciudad registraban a los sicilianos que entraban y salían en busca de armas. El sargento

Drouet creía que los del prado no las tenían. Aquella fue una de sus muchas y fatales equivocaciones.

Las campanas de la iglesia empezaron a llamar al rezo de vísperas. Desde la ciudad llegaban más repiques.

—¡Muerte a los franceses! —gritó Nicola—. *Moranu li francheski!*

Levantaba con una mano la daga ensangrentada y con la otra su espada.

—¡Muerte! —respondió el gentío.

Y corrió, seguido por la turba, hacia la ciudad. Los guardas franceses de las puertas habían sido ya masacrados.

—*Moranu li francheski!* —gritaban Nicola y Clarencia al entrar en la ciudad.

—*Moranu li francheski!* —coreaba la multitud armada que los seguía.

Cesaron los cánticos, los bailes y las risas en las calles. Las campanas de las vísperas no dejaban de sonar mientras el furor, la rabia y la frustración de los palermitanos estallaba. Había llegado el momento de la *vendetta*. Habían soportado durante casi dieciséis años la opresión, la soberbia, las injusticias, los abusos, las ofensas, la explotación y la tiranía de los secuaces de Carlos de Anjou. Aquel sería un atardecer de sangre al que le seguiría una noche de terror para los opresores.

Como salidas de la nada, aparecieron dagas, espadas, lanzas y ballestas, y grupos armados a los que se unía más y más gente se diseminaron por la ciudad. Las casas de los franceses eran asaltadas y saqueadas. No se salvaban del degüello ni las esposas sicilianas de los funcionarios de Carlos de Anjou, ni sus hijos.

—*Moranu li francheski!*

Nicola y Clarencia se afanaron en la búsqueda de Jean de Saint-Rémy, justicia de Sicilia, el responsable de imponer la ley angevina

en la isla. Había hecho ejecutar al hermano pequeño de Nicola y a un primo de Clarencia. Era culpable de numerosos abusos y de permitir muchos más. Su justicia protegía a los franceses y castigaba a los sicilianos. ¡Tenía que pagar por ello!

Jean de Saint-Rémy pasaba la Pascua en Palermo y celebraba con amigos la fiesta en las calles, pero al percatarse del tumulto huyó con su guardia al antiguo palacio real normando. A la entrada de la fortificación le interceptó el grupo de Nicola y Clarencia. Nicola consiguió herirle en la cara, aunque no pudo evitar que se refugiara junto a algunos de sus hombres en el palacio. Los demás murieron en una sangrienta batalla frente a la puerta. De inmediato, el de Ortovela organizó el asalto.

Jean de Saint-Rémy comprendió que no podría resistir entre aquellas paredes. Nicola ya entraba al frente de los amotinados. El francés y sus guardias saltaron por una ventana, alcanzaron los establos, se apoderaron de unos caballos y huyeron al galope.

—Va al castillo de Vicari. Seguidlos y aseguraos de que no salga de allí —le ordenó Nicola a un grupo de sus hombres.

Nicola y Clarencia se dirigieron al convento de los franciscanos, que estaba siendo asaltado. Los frailes eran sus amigos. Poco o nada de valor había en él, pero la gente conocía la piedad de aquellos religiosos. Acogerían a los franceses que se lo suplicaran. Los amotinados, iluminándose con antorchas, habían desalojado el edificio y, después de registrarlo a conciencia, habían obligado a los monjes a formar en la calle.

—¡Respetad a los hermanos! —le gritó Nicola al cabecilla.

—Respetaremos a los frailes —repuso el hombre—. Pero no a los franceses.

Se acercó al primero de los franciscanos, desenvainó su daga y ordenó:

—Decid «garbanzo» en siciliano: *ciciri*.

El religioso le miró extrañado.

—*Ciciri* —dijo el fraile intimidado.

—Es de los nuestros —sentenció el cabecilla, e hizo pasar al siguiente—. Decid *ciciri*.

—*Ciciri*.

—El siguiente.

El fraile vaciló, miró temeroso a su interlocutor y con voz apagada pronunció:

—*Cicigui*.

Con un rápido movimiento el hombre le tajó la garganta. El hombre cayó al suelo sujetándose la herida, pataleó agónicamente sobre el charco de su propia sangre y murió a la vacilante luz de las antorchas.

—Los franceses no pueden pronunciarlo —dijo el matón en tono triunfal.

—*Moranu li francheski!* —coreó la gente eufórica.

En aquel momento un monje salió de la hilera para huir. La muchedumbre, gritando, cayó sobre él y lo mató de inmediato a golpes y cuchilladas. El resto de los frailes superó el examen y, aún temblorosos, se pusieron a rezar en la calle, de rodillas, por el alma de las víctimas. Aunque fueran angevinas.

Las nubes de tormenta cubrían ya el cielo de Palermo mientras la turba, después de asaltar las casas francesas, perseguía por las calles a cualquier sospechoso de serlo. Tampoco encontraron salvación quienes trataron de huir por mar. Los edificios de aduanas y las naves angevinas, tanto mercantes como de la flota, ardían. A esos fuegos se unían los de los edificios de Hacienda. Los palermitanos quemaban, felices y liberados, toda la documentación. Las negras nubes que se cernían sobre la ciudad enrojecieron con el resplandor de las hogueras.

Dos mil hombres, mujeres y niños murieron aquella noche en Palermo. Las calles estaban ensangrentadas.

Y después de la matanza vino la fiesta, la música y el baile. Se celebraba la libertad. Se consumía el vino y la comida de las casas asaltadas. También se sacrificaron los jabalíes de la porqueriza del gobernador para asarlos en las calles. Las campanas de las iglesias continuaban repicando, en especial la de Martorana, de rito ortodoxo griego. Había tenido un papel crucial y secreto en aquellos sucesos.

—He de dejaros —le dijo Nicola a Clarencia—. Gozad de la fiesta con nuestros amigos. ¡Habéis estado espléndida! Sentíos orgullosa, vos sois la chispa que ha encendido un fuego que Carlos no podrá apagar. He gozado dándole su merecido al maldito francés que os acosaba.

—Has pagado por sus fechorías —repuso ella con una sonrisa—. Todos ellos.

Y le besó feliz. El plan había funcionado según lo previsto y ahora su esposo iba a reunirse con los principales nobles en la iglesia Maggiore. Pertenecía a los caballeros teutónicos que simpatizaban con los Hohenstaufen.

Allí se eligió el gobierno que impondría el orden al día siguiente. El noble Roger Mastrangelo fue nombrado gobernador y Nicola de Ortovela, el primero de sus capitanes. También se formaron los cuerpos de ejército que defenderían la nueva república.

Antes del amanecer descargó una fuerte tormenta que fue incapaz de apagar los incendios. Sin importarles el agua, un puñado de correos salieron al galope de la ciudad hacia las principales ciudades y pueblos de la isla con el siguiente despacho: «Palermo se ha liberado de la tiranía. Acabad con los franceses antes de que ellos acaben con vosotros».

A la mañana siguiente las enseñas de la flor de lis y de las cruces de Jerusalén que ondeaban en las murallas y el castillo fueron

arriadas y despedazadas. En su lugar se alzaron las águilas negras de los Hohenstaufen.

—Palermo se ha proclamado república vasalla del papa —le explicó Nicola a su esposa—. Enviaremos de inmediato una embajada a Orvieto para someternos a Martín IV y suplicarle perdón por la violencia.

—Eso no gustará a nuestros amigos aragoneses —dijo Clarencia —. Ni tampoco que la revuelta no esperara a que Carlos estuviera en Constantinopla.

—El papa está por encima de Aragón —repuso él—. Y el oro del emperador bizantino también. —Y se encogió de hombros con una sonrisa—. ¿Qué se le va a hacer? El emperador Miguel le ha ganado la partida al rey Pedro.

85

Nápoles, 8 de abril de 1282

Carlos de Anjou contemplaba orgulloso desde la ventana de su gabinete en el castillo Dell'Ovo la imponente mole de su gran obra. Se alzaba a veinte minutos a pie, al norte, siguiendo la línea de la costa. Era el castillo nuevo —Castel Nouvo, como lo llamaban los italianos—, la fortaleza-palacio que daría testimonio a las generaciones futuras de su grandeza y de la de la dinastía que fundaba. El edificio, mayor que ningún otro en Italia, dominaba el puerto y sería su residencia y el centro administrativo de su imperio.

—Se puede decir que compite con el Vesubio —murmuró satisfecho.

La poderosa masa del volcán se divisaba al este, a través del azul de la bahía de Nápoles.

—Es la perspectiva lo que hace parecer mayor al castillo —puntualizó Pierre de Chaulnes, el arquitecto.

Era un hombre cercano a la cincuentena, grueso y con una incipiente calva.

Carlos de Anjou golpeó, molesto, un par de veces el marco de la ventana con su vara.

—¡No seáis tan simple! —gruñó—. ¡Claro que sé que el Vesubio es mayor!

—¡Naturalmente, señor! —exclamó de inmediato, tembloroso, el arquitecto—. Disculpad, os lo suplico, es un vicio profesional. Siempre me hace hablar de dimensiones y perspectivas.

Lo último que deseaba era incurrir en la ira del monarca. A pesar de la agradable temperatura notó que empezaba a sudar. Había visto cómo el rey golpeaba con aquella vara, airado, a criados torpes e incluso a algún caballero.

—En un par de meses ya podréis habitarlo —continuó Pierre. Trataba de llevar la conversación a un terreno confortable, le preocupaba el silencio enfurruñado del rey—. La construcción de ese magnífico edificio en solo tres años no tiene parangón en la historia de la arquitectura —insistió—. Nadie podrá igualarlo en generaciones. Como tampoco vuestra grandeza. —E inclinó la cabeza en señal de reverencia—. Seréis recordado para siempre. En especial en la bahía de Nápoles. Las gentes contemplarán la armoniosa masa blanca de vuestra gran obra entre el azul del mar y el verde de las colinas y del Vesubio.

—Tampoco podrán igualar la fortuna que me habéis hecho gastar —murmuró el rey.

El arquitecto apoyó la mano izquierda en el plano del castillo que descansaba sobre la mesa y la derecha en su corazón. Sus palabras sonaron solemnes, como si jurara sobre la Biblia.

—Habéis invertido sabiamente, señor. Y lo comprobaréis, en unos días, cuando habitéis el castillo.

—En unos días estaré en Constantinopla. Y no me mudaré antes de conquistar el Imperio bizantino.

En aquel momento uno de los criados llamó a la puerta.

—¡Pasa!

—Ha llegado un emisario del arzobispo de Monreal, señor. Dice que trae un mensaje muy urgente.

Carlos hizo un gesto de extrañeza.

—¿El arzobispo de Monreal? —murmuró. El eclesiástico le era muy fiel—. Hacedle pasar.

Un minuto después, el correo hizo una genuflexión y entregó al rey un pergamino enrollado.

—Son los sellos del arzobispo —observó el monarca.

El criado se apresuró, a una indicación de su señor, a romper los sellos para devolverle el documento desenrollado. La faz del rey se fue demudando conforme leía.

—¿Una rebelión en Palermo? —murmuró incrédulo—. ¿Que han matado a mi gente?

Miró al mensajero, que continuaba cabizbajo, en genuflexión a sus pies, y le golpeó en el hombro con su vara.

—¿Qué tienes tú que decir?

—Yo estaba en Palermo, señor —dijo tembloroso—. No he visto nada tan horrible en mi vida. Me salvé al ser siciliano, pero perseguían a los franceses por las calles y los mataron a todos. Vi incluso cómo desnudaban a una siciliana, embarazada de su marido francés, y le abrían la tripa para arrancarle el feto y pisotearlo. ¡Y han quemado vuestras galeras en el puerto!

Carlos mordió nervioso, al tiempo que pensativo, la empuñadura de su vara.

—¡Malditos palermitanos! —masculló—. ¡Qué inoportunos esos hijos de mala madre! Sabrán de una vez cómo las gasta su rey con los rebeldes.

Se dirigió al criado:

—¡Quiero ver a mi hijo y al almirante Matteo de Salerno! —ordenó—. ¡Ahora mismo!

Cuando llegaron, el rey se paseaba furioso por la sala. Hizo que leyeran la carta y que el mensajero diera su testimonio.

—Quiero escarmentar a Palermo —anunció a los recién llegados —. Quiero que sirva de ejemplo y advertencia para quienes sientan la tentación de rebelarse. Que las calles se llenen de horcas y de empalados.

—Los palermitanos estaban especialmente irritados con nosotros —observó el cojo—. Deberíamos posponer la invasión de Bizancio y llevar a todas nuestras fuerzas a la isla para evitar que la revuelta se extienda.

—¡Callad! —le ordenó su padre golpeándole el brazo con su vara —. ¡No voy a aplazar más la conquista del imperio!

El príncipe dio unos pasos atrás sujetándose el brazo magullado. Sentía miedo y rabia. No se atrevió a insistir.

—¡Almirante! Tomad cuatro galeras y dirigíos de inmediato a Palermo. Bloquead el puerto y empezad a lanzar sobre la ciudad rocas y fuego griego. Allí se os unirán las galeras que enviará el gobernador Heribert d'Orleans desde Mesina. En su puerto tengo gran parte de mi flota. Las grandes familias de Mesina me son fieles, en especial los Riso. Mandaremos un ejército por tierra a Palermo. Y si hay que arrasar esa maldita ciudad, lo haremos.

—Señor —se atrevió a insistir el príncipe—, creo que debemos reforzar Mesina. Es la puerta de la isla. Si la perdiéramos, nos encontraríamos en un serio aprieto. Además, el rey de Aragón prepara una flota con la excusa de una cruzada. Su mujer es la última Hohenstaufen y hay quien la llama reina de Sicilia.

—El de Aragón no hará nada en mi contra —le cortó su padre—. Es demasiado débil. Y aunque alocado, no es tan tonto.

Carlos permaneció unos instantes pensativo y después levantó la vara.

—¡No seáis miedoso! —amenazó al príncipe.

El joven apartó la mirada y suspiró decepcionado. ¿Cuándo le tendría su padre en cuenta?

86

Barcelona, 24 de abril de 1282

—Señores, Palermo se ha sublevado —anunció Juan de Prócida—. Han pasado a cuchillo a todos los angevinos y la revuelta está triunfando en la isla. Solo Mesina y el oriente continúan siendo francesas.

Los habituales para el asunto de Sicilia, reunidos en la sala del consejo del palacio real de Barcelona, nos miramos incrédulos, en silencio. Después, mi esposo palmeó la mesa contrariado.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió.

—Acaba de arribar a puerto una fusta rápida desde Trapani —repuso el viejo canciller—. En ella viajaba un embajador de Palermo, Nicola de Ortovela, que me ha pedido audiencia.

—¿Y cómo sabéis que dice la verdad?

—Lo conocemos —dijo Roger—. Don Juan me lo recomendó y estuve tratando con él. Y con su esposa Clarencia.

—Ha llegado junto con uno de mis informantes, un mercader catalán —añadió Juan—. Confirma los hechos.

—¡Pero la revuelta debía estallar dentro de un par de meses! ¡Cuando Carlos estuviera entretenido sitiando Constantinopla! —Pedro estaba muy disgustado.

—Los palermitanos no habrán podido aguantar más —dijo el canciller.

—O el oro bizantino se ha anticipado —aventuró el obispo Sarroca con una sonrisa.

—O ambas cosas —confirmó Roger—. Si la revuelta se extiende, Carlos tendrá que aplazar la invasión de Bizancio. Quizá para siempre. El emperador Miguel se ahorrará tener que combatir. Su eminencia puede estar en lo cierto: quizá el oro bizantino haya adelantado la revuelta. Pero el deseo de libertad de los sicilianos es el verdadero motivo. Yo estuve allí y os lo puedo asegurar.

—En la isla hay simpatía por los bizantinos —informé—. Sobreviven comunidades muy antiguas, de antes de la invasión árabe, que continúan hablando griego. Y en Palermo hay iglesias que siguen el rito ortodoxo. Los agentes del emperador Miguel se habrán movido con facilidad.

—Dice que los sublevados se han constituido en comuna —intervino Juan.

Nuestro hijo Alfonso se giró hacia él:

—¿Comuna? ¿Qué quiere decir eso?

—Una especie de república —explicó Roger.

—Así que no quieren rey… —razonó el muchacho.

—No, de momento —afirmó Juan—. Han enviado un embajador al papa para denunciar los abusos cometidos por Carlos. Quieren que el pontífice sea su señor. Directamente, sin intermediarios. Y que los proteja.

El obispo de Huesca rio.

—Deberían conocer de antemano la respuesta. El papa es demasiado francés y demasiado amigo de Carlos de Anjou. No aceptará.

—Quizá sospechen que serán rechazados —aventuró Roger—. Pero los líderes de los sublevados deben justificarse ante el pueblo.

Y frente al mundo. Tienen que dar ese paso. Nicola es uno de los cabecillas. Y no es tonto.

—Ni doña Constanza ni yo gobernaremos sobre repúblicas —dijo Pedro.

—También lo saben, señor —dijo Juan.

—Veremos al embajador esta tarde —dijo el monarca—. Y decidle que sea discreto. Si alguien se entera de su misión, no regresará a Sicilia.

—Así lo haré, señor.

—Monseñor —Pedro se dirigía ahora a su hermano—, informadnos de qué ocurre con el espía que ha enviado el papa.

—El cardenal Grosseto Bartolomeo lo husmea todo y todo lo quiere saber —explicó el obispo—. Está preocupado por conocer nuestra potencia militar. Yo le insisto en que nuestra empresa es una cruzada contra el infiel, por el bien de la cristiandad, pero no está convencido.

—Y una cruzada será —dijo el rey.

—Quiere saber dónde desembarcaremos.

—Responded que mi respeto hacia el papa y su delegado es infinito —repuso Pedro—. Pero que el secreto en estos momentos es vital. Que en este asunto, si mi mano derecha supiera lo que iba a hacer la izquierda, la cortaría. Todo se sabrá llegada la hora.

—Dice que apoyará la cruzada si se dirige a Tierra Santa —continuó el obispo—. Mas no si va al norte de África.

—El papa quiere que los tunecinos sigan pagando tributo a Carlos —dijo Roger— y protegerá a toda costa a su amigo.

—Está bien que Martín IV se preocupe por proteger los negocios de su compatriota en el norte de África —dijo Pedro—. Mientras, nosotros le quitaremos Sicilia.

—No creo que ni el cardenal ni el papa se dejen engañar tan fácilmente —dijo Jaume Sarroca.

—Esa es vuestra misión, hermano —concluyó el rey—. Como ya os dije: convencedlos. Aún confío en vuestro buen hacer.

El obispo de Huesca movió la cabeza dubitativo.

—¡Esto no era lo acordado! —le gritó, indignado, Pedro a Nicola de Ortovela—. La revuelta debía estallar dentro de dos meses. Cuando Carlos estuviera en Constantinopla.

—Es cierto, señor —repuso el embajador—. Pero no hemos podido contener al pueblo por más tiempo.

—Estamos reuniendo el ejército y la flota —intervine yo—. Y su destino es, por ahora, el norte de África. La revuelta es demasiado temprana. Nuestro acuerdo queda roto.

Juan y Roger asistían silenciosos al encuentro.

—¡Señora! —exclamó Nicola, arrodillándose frente mí, suplicante. Tenía su gorro entre las manos y mostraba su pelo oscuro algo revuelto—. Vos sois la verdadera reina de Sicilia. Nuestra reina. Sois la heredera de vuestro padre, al que Carlos hizo asesinar. Y vuestro señor esposo es nuestro rey. ¡No nos podéis desamparar ahora! El francés ha reunido un gran ejército para invadir Constantinopla y lo dirigirá, con toda su furia, sobre nosotros. Su crueldad es bien conocida. Los ríos de Sicilia desaguarán al mar rojos de sangre, los árboles darán ahorcados como frutos y las ciudades y los pueblos se convertirán en hogueras. ¡Su venganza será terrible! Mutilará, empalará y quemará vivos a vuestros súbditos, al igual que hizo después de la derrota de vuestro primo Conradino. No perdonará ni a mujeres ni a niños. —Nicola transmitía emoción en sus palabras—. ¡Por el amor de Dios, amparadnos!

No sabíamos aún que el papa había rechazado ver al embajador enviado por Palermo, pero su alegato me enterneció y una lágrima se deslizó por mi mejilla. Nicola me hablaba en mi lengua y me

llegaba al corazón. Miré suplicante a mi esposo, que continuaba contrariado.

—Auxiliaros es muy peligroso. No obstante, sé que la reina, mi señora, desea que lo haga.

Y me miró. Yo tenía los ojos llorosos pero le dediqué una sonrisa. Pedro arrugó el cejo y observó unos momentos, severo, a Nicola, que continuaba arrodillado, también con los ojos húmedos. Había dejado caer su gorro al suelo y juntaba las manos en señal de súplica.

—Estoy dispuesto a ayudaros por amor a mi esposa la reina Constanza. Pero solo si se cumplen exactamente mis condiciones —continuó—. De lo contrario, iremos a África, conquistaremos lo que allí haya para nosotros y regresaremos a España.

—Exponedme vuestros deseos —suplicó Nicola—. Los transmitiré fielmente y haré lo posible para que mis compatriotas los acepten.

—Mesina también debe sublevarse —dijo Pedro—. Y no pondré un pie en la isla si antes no hay una petición unánime. ¡Y nada de república! Mi esposa será coronada reina de Sicilia, yo rey, y uno de nuestros hijos se proclamará heredero. —Hizo una pausa—. A cambio os protegeremos de Carlos, del rey de Francia y del papa, si hace falta. Y prometemos gobernaros con justicia y benevolencia, según hacía el buen rey Guillermo, tal como acordamos en nuestro pacto secreto.

—Regresaré a la isla e informaré a los barones y a las ciudades —dijo Nicola.

—Hacedlo —repuso Pedro—. Y que Dios os ampare si no aceptáis mis términos. Porque ni el papa ni nadie os ha de ayudar.

—Lo sabemos, señor.

Y Nicola, después de las preceptivas reverencias, se fue acompañado de Juan de Prócida.

Me dije que mi señor esposo jugaba fuerte. Y sabía que era, en gran parte, por mí. Le miré con ternura y le sonreí mostrándole

cariño a la vez que temor. Él me devolvió una sonrisa que quería ser confiada. Yo no pensaba cejar en mi sutil presión, aunque conocía bien los riesgos. ¿Saldría bien la apuesta? No dejaba de rezar por ello.

87

Catania y Mesina, Sicilia, 28 de abril de 1282

—Señora —le dijo Aliamo a su esposa—, la revuelta está triunfando, los castillos franceses caen uno tras otro. Es el momento de que nos unamos a ella. De lo contrario nos devorará.

En el salón del palacio de Catania, donde Aliamo gobernaba en nombre de Carlos de Anjou, los criados habían terminado de servir la cena y el matrimonio saboreaba una copa de vino dulce con unas almendras garrapiñadas. Macalda le miró intensamente con sus ojos oscuros y le sonrió. Él contempló los dientes blancos y bien formados, que aparecieron entre sus generosos labios. Su larga melena azabache contrastaba con su piel nívea.

—Ya era hora —dijo ella—. Me estaba aburriendo.

Aliamo era veintitrés años mayor y había aprendido a considerarla como socia y aliada en el negocio del poder. Macalda de Scaletta combinaba su gran habilidad política con una enorme ambición y un extraordinario encanto personal. Carlos le había impuesto aquel matrimonio y a Aliamo no le pareció mal. Pronto desistió de querer controlarla. Era imposible. Y aprendió a vivir concediéndole una libertad total. Igual que la cabra tira al monte, Macalda escalaría la pirámide social hasta llegar a lo más alto. Era su

naturaleza. Él también era ambicioso y sabía que se ayudarían, el uno al otro, a alcanzar la cima.

—Debo salir con mis tropas hacia Mesina —continuó él—. Es la puerta de entrada a la isla y quiero estar allí cuando ocurra. Os dejo al mando de Catania.

—No os preocupéis, me haré cargo de la guarnición francesa del castillo —dijo ella—. Esperaré a que vos empecéis en Mesina.

Macalda comandaba un grupo de caballeros de su baronía de Ficarra. Le gustaba cabalgar frente a su tropa con armadura, espada al cinto y su melena oscura al viento.

El 28 de abril, casi un mes después de los hechos de Palermo, al amanecer, el repique de campanas de las iglesias señaló el inicio de la matanza de franceses en Mesina. Pero, al contrario que en Palermo, estos estaban alerta. Presentaron una fuerte resistencia y un buen número logró replegarse de forma ordenada hasta el castillo de Mategrifon, que dominaba la ciudad.

Hacía días que, por precaución, el gobernador de la isla, Heribert d'Orleans, un hombre grueso con papada y de escaso pelo, residía en la fortaleza. Mesina era la ciudad de la isla más beneficiada por los franceses, a los que las principales familias apoyaban, y el gobernador había creído que podría mantenerla fiel. Pero el humor de los nobles y del pueblo fue cambiando rápidamente conforme llegaban embajadas y noticias del resto de la isla. Heribert acababa de comprender su error.

—¡Santo Dios! —dijo al oír el griterío.

Y contempló desde las almenas cómo sus compatriotas luchaban por sus vidas, tratando de alcanzar la fortaleza.

—¡Ballesteros, disparad contra la turba! —ordenó el alcaide.

Las flechas hirieron a varios de los mesineses, que se retiraron a una posición segura. Aquello salvó a los más cercanos, pero los

rezagados fueron linchados a la vista del gobernador y del alcaide.

—¡Malditos sicilianos! —exclamó Heribert, furioso, pero de inmediato comprendió lo evidente—. Acabamos de perder lo que nos quedaba de isla.

Del puerto se elevaban grandes columnas de humo.

—¡Los rebeldes están quemando las galeras! —gritó el alcaide.

—¡Las galeras que debían conquistar Bizancio! —se lamentó el gobernador.

Cuando la noticia de la sublevación en Mesina llegó a Catania, Macalda se echó a la calle escoltada por sus caballeros.

—*Moranu li francheski!* —gritaba.

De inmediato la revuelta prendió como una llamarada y las tropas angevinas se atrincheraron en el castillo. Macalda dejó que transcurrieran unos días de asedio antes de enviar un mensaje al comandante. Dada la condición de Aliamo como gobernador angevino, él y Macalda tenían una estrecha relación con René, el jefe de las tropas francesas, su esposa y familia. Eran amigos y se frecuentaban en comidas, fiestas y excursiones campestres. El diálogo entre Macalda y René fue fácil.

—Rendíos y entregadnos todas vuestras pertenencias —le dijo ella—. Y os dejaré embarcar junto a vuestras familias, sanos y salvos, rumbo a Francia.

El comandante, un hombre joven, alto y delgado, sabía que no podría resistir.

—De acuerdo, os lo daremos todo excepto las armas —negoció.

—Las armas también —dijo ella—. Nosotros os protegeremos.

—La plebe está muy exaltada, Macalda —objetó René—. Quiere nuestra sangre. Tendremos que defendernos si nos atacan camino del puerto.

—Mis hombres os defenderán, no paséis cuidado, René.

Él negó con la cabeza.

—Dejadnos nuestras armas, os lo suplico, Macalda. No puedo poner la vida de nuestras mujeres e hijos en manos ajenas.

—Lo siento, René —dijo la dama con su mejor sonrisa—. Debéis entregar armas y armaduras. Si no, no hay trato.

El capitán se negó, pero tuvo que claudicar después de una semana de asedio y hambre.

—Macalda —le pidió—, por la amistad que nos unía, jurad que nos protegeréis.

—Mi palabra os tiene que bastar, René —dijo ella.

Los franceses entregaron todo lo que tenían, incluido su oro, y conservaron solo la ropa puesta. Los hombres de Macalda abrieron un pasillo entre la multitud vociferante, y, rezando, René y los suyos se internaron en él.

—*Moranu li francheski!* —gritaba la gente.

El comandante de las tropas francesas observaba temeroso a la masa furibunda mientras avanzaba tras Macalda, que le precedía armada y a caballo. Sujetaba a su esposa de la cintura y a su hija de cinco años de la mano. La mujer, temblorosa, llevaba a su bebé de once meses en brazos. Detrás iba el resto de la guarnición con mujeres e hijos. De repente el griterío creció y empezaron a llover piedras. Una impactó en la frente de la mujer de René, que se desplomó con un quejido.

—¡Señora, ayudadnos! —le gritó el francés a Macalda.

La dama se dio la vuelta y, desde lo alto de su caballo, contempló a su amiga francesa desvanecida y ensangrentada y a sus hijos llorando. También a la multitud furiosa que forcejeaba con sus hombres mientras estos trataban de contenerla y mantener el pasillo. Querían sangre. Desenfundó su espada y la alzó amenazante para que todos la vieran. Comprendió que, para salvarlos, tendría que cargar contra el gentío amotinado. Y gritó con voz aguda, pero tan potente que se impuso a la bulla:

—*Moranu li francheski!*

Y de un solo espadazo le partió el cráneo a su amigo René. Se desató la furia y ya nadie frenó la matanza. En unos instantes, hombres, mujeres y niños se convirtieron en cadáveres ensangrentados a los que la jauría desnudaba para apoderarse de sus ropas.

—¡Viva la gobernadora! —clamaba el gentío.

Macalda acababa de convertirse en la heroína de la revuelta en Catania y en señora absoluta de toda la región.

Mientras, el gobernador francés de la isla negociaba en Mesina con los líderes de la insurgencia. La mayoría habían colaborado con él antaño, y sabía que solo un acuerdo con sus antiguos subordinados sicilianos le salvaría la vida.

—Prometednos una salida segura de la isla junto con nuestras familias y os entregaremos las llaves del castillo —propuso a Aliamo después de acordar una tregua—. Mesina entera será vuestra sin que perdáis más vidas.

—Aceptamos —repuso Aliamo tras discutirlo en consejo—. Con una condición.

—¿Cuál?

—Pondremos a vuestra disposición, la de vuestros familiares y demás funcionarios dos galeras que os conducirán a Aigues-Mortes, en Francia. Pero tenéis que prometer que ninguno volverá a pisar el reino de Sicilia —le dijo Aliamo—. Otra galera, bajo las mismas condiciones, transportará al alcaide y a sus setenta sargentos con sus mujeres y niños.

—¿Y qué pasa con la familia Riso y el resto de los sicilianos fieles refugiados en el castillo? —quiso saber el gobernador.

—No hay salvoconducto para ellos. Los mantendremos presos.

Heribert lo pensó. Y la decisión fue rápida.

—¡Acepto! —Deseaba escapar a toda prisa de aquella ratonera.

Aun así, tan pronto salió del puerto y se vio libre, rompió su promesa y ordenó a las galeras que, en lugar de dirigirse a Francia, cruzaran el estrecho hasta Catona. Allí se reunió con su buen amigo Pedro Ruffo, conde de Catanzaro, el noble angevino más poderoso de Calabria. De inmediato empezaron a reunir tropas y naves para atacar Mesina.

Pero, para su desgracia y la de quienes aún seguían en manos de los sublevados, el estrecho de Mesina es muy angosto y Catona se distingue bien desde la otra orilla. Aliamo presenció con sus propios ojos, indignado, la traición de Heribert.

—Fue un error dejarle ir —le reprocharon—. Conoce bien la isla y será un mal enemigo.

—Le daremos una lección al traidor —dijo Aliamo—. Aparejad las galeras.

Sin naves enemigas a la vista, Aliamo hizo navegar a las suyas por el corto trecho hasta la entrada del puerto de Catona.

—Haced sonar las trompetas —ordenó.

Cuando captó la atención de los habitantes de Catona, gritó:

—¡Así le pagamos a Heribert d'Orleans su traición!

Lanzó al mar a Teobaldo, el alcaide del castillo de Mategrifon, con las manos encadenadas a la espalda. Y uno a uno hizo ahogar, a la vista de la ciudad entera, a todos los franceses. Hombres, mujeres y niños.

La isla era ya de los sicilianos. Pero un futuro incierto, negro como un cielo cubierto de negras nubes de tormenta, los amenazaba.

88

Orvieto, 7 de mayo de 1282

—Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo —dijo el barón Aliamo de Lentini, comandante de Mesina, en representación del oriente de la isla de Sicilia—, ¡ten piedad de nosotros! —Y se arrodilló, humillando la cabeza; se había descubierto y mostraba su calva.

—Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo —dijo Nicola de Ortovela, en nombre de Palermo y el centro—, ¡ten piedad de nosotros! —E imitó a su compañero.

—Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo —repitió Palmieri Abatte, señor de Trapani, al oeste—, ¡ten piedad de nosotros! —Y se arrodilló, al igual que sus compatriotas.

El papa Martín IV los observaba severo desde su sitial elevado en la sala de recepciones del palacio papal de Orvieto. Vestía una casulla de oro y piedras preciosas, se cubría con una capa púrpura y lucía la triple corona papal, también de oro y pedrerías. En su mano sujetaba el báculo pontificio, símbolo de su poder. A pesar de su pequeño tamaño, el aspecto del santo padre era imponente.

Los embajadores de la isla habían ensayado cuidadosamente su entrada. Conocían el disgusto del papa y querían enternecerle humillándose y suplicando. Al parecer no lo habían conseguido, visto

el rictus de asco y desagrado en su boca. En los asientos que bordeaban el pasillo central se acomodaban los cardenales. Aliamo intuyó que su embajada fracasaría al ver sentado allí, como uno más de los cardenales, al mismísimo Carlos de Anjou con su corona de rey de Sicilia, que le miró inquisitivo con sus ojos azules hundidos. Se estremeció al verle.

Ante el silencio del papa, levantó la cabeza y manteniéndose arrodillado dijo:

—Santo padre, en nombre del pueblo libre de la isla de Sicilia venimos a suplicaros, humildemente, que nos amparéis. El abuso, opresión y mal gobierno con que nos sometía el rey Carlos eran insoportables y la rebelión de nuestras gentes nos ha liberado. Nos hemos establecido en una comuna que solo reconoce una autoridad: la vuestra. Os pedimos que nos perdonéis, si en algo os hemos ofendido. Lo repararemos a vuestro agrado. Y os suplicamos que seáis nuestro soberano y que guieis nuestros destinos.

El pontífice se tomó un tiempo antes de hablar. Mantenía la mueca en su boca pero a Aliamo le pareció ver ahora cólera en sus ojos saltones.

—Dios te salve, rey de los judíos —declamó solemne Martín IV—. Y le azotaron.

Aquellas palabras pertenecían al pasaje de la Pasión del Nuevo Testamento y las pronunció en latín con voz dura y fuerte acento francés. Miraba fijamente a Aliamo, que se estremeció de temor. No presagiaban ningún perdón, ni piedad, ni intención de aceptar la soberanía que le acababan de ofrecer.

—Dios te salve, rey de los judíos —repitió el pontífice mirando ahora a Nicola—. ¡Y le azotaron!

Su voz había subido en volumen y agresividad. Justo después del levantamiento de Palermo, la ciudad le había enviado a Martín IV un primer embajador, al que no se había dignado recibir. Nicola había

temido una reacción negativa, pero la rabia que mostraba el pontífice le aterrorizaba.

—Dios te salve, rey de los judíos. —El santo padre miraba al tercero de los sicilianos—. ¡Y le azotaron! —gritó.

Los embajadores permanecían de rodillas, intimidados, sin saber qué hacer.

—Sicilia pertenece a la Santa Sede —continuó el papa finalmente —. Y se la hemos regalado a Carlos, nuestro hijo amantísimo y paladín de la Iglesia, para que la gobierne en nuestro nombre. Y así ha de continuar. Os ordeno que os sometáis de inmediato. Sin condición alguna. Y que recibáis las penas que merecéis por las atrocidades cometidas. Vuestros pecados no serán perdonados sin antes ser castigados.

—Santo padre, os suplicamos —intervino Nicola.

—¡Callad! —rugió el pontífice, cortándole.

Los sicilianos agacharon la cabeza. Se hizo un silencio pesado, embarazoso, cargado de amenazas.

—Cumplid mis órdenes de inmediato y someteos sin condiciones a vuestro señor el rey Carlos —zanjó Martín IV al rato—. De lo contrario, la isla será arrasada y perecerán inocentes junto a culpables. No hay más que decir. Y ahora salid de aquí. No os quiero ver más.

—Carlos nos degollará a todos como a corderos —susurró Aliamo a los otros—. Antes prefiero morir luchando por mi vida y la de mi familia.

Se habían refugiado en la intimidad de su posada, pero temían ser escuchados.

—Coincido —musitó Nicola—. Si antes fue abusivo e injusto, ahora, que tiene mucho que vengar, será más cruel que nunca.

—El de Anjou nos ha visto las caras —intervino Palmieri—. Y nos asesinaría, sin compasión, junto con nuestras familias si nos sometiéramos. Solo para dar ejemplo y aterrorizar al resto.

—Es cierto. Eso haría —confirmó Aliamo.

Y su pensamiento fue para Macalda, para los hijos de su primer matrimonio y para sus nietos. Los vio degollados, apilados en un montón, sobre un charco de sangre. Sangre de su sangre. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se estremeció.

—No podemos someternos —murmuró Nicola, firme—. De ninguna de las maneras.

Él había imaginado a Clarencia, su bella y amada esposa, fiel aliada en su deseo de libertad, violada en grupo y después degollada. Sacudió la cabeza tratando de espantar aquel temor suyo, que era recurrente.

—Regresemos de inmediato a la isla y aprestémonos para la lucha —dijo Aliamo—. Defenderemos nuestras posesiones y familias hasta la última gota de sangre.

—Salgamos cuanto antes —coincidió Palmieri—. Dado el tono del papa y la presencia de Carlos, no me extrañaría que nos hicieran apresar sin respetar nuestro estatus diplomático.

—¿Estatus? —rio Aliamo—. ¿Qué estatus? No nos reconocen ningún derecho, ya lo habéis visto. Para ellos no somos nada; peor que eso, somos ladrones y asesinos. No me gusta huir, pero ahora es lo sensato.

—¿Y cómo resistiremos? —inquirió Nicola—. Carlos, el papa y el rey de Francia caerán sobre nosotros. Son mil veces más poderosos. Por eso el papa nos ha tratado con ese desdén. —Pensativo, hizo una pausa antes de afirmar—: Solo nos deja una opción.

—El rey Pedro de Aragón —dijo Palmieri, que también se había entrevistado con Roger de Lauria disfrazado de franciscano.

—Nuestra reina Constanza y su esposo el rey Pedro —le corrigió Nicola.

—Perderemos nuestra libertad —les advirtió Aliamo—. Seremos sus súbditos.

—Pero con suerte conservaremos vida y familia —repuso Nicola —. Tan pronto lleguemos a la isla hay que enviarle un mensajero acatando sus términos.

—No todos aceptarán un nuevo rey —dijo Aliamo—. Habrá que convocar asambleas. Y nuestra gente querrá más ventajas y privilegios.

Nicola de Ortovela negó con la cabeza:

—No le sacaremos nada más. Ya negocié con él. No tiene prisa alguna; nosotros tenemos toda la prisa del mundo. Él ni siquiera se ha embarcado aún para esa cruzada que dice que va a emprender. Si le aceptamos como rey, según sus términos, irá a Sicilia y nos ayudará. Si no, castigará durante unos meses el norte de África para después regresar a España.

—Los embajadores de los rebeldes han huido de Orvieto como ratas —informó el papa—. No parece que quieran someterse. Tendremos que usar la fuerza.

—He perdido gran parte de mi flota —se lamentó Carlos.

—Os advertí del peligro de esa revuelta —le censuró Martín IV.

—Así es, padre —admitió Carlos—. Pero he sofocado muchas revueltas durante mi vida. Creí que era una más. Estaba absorto en la preparación de la invasión de Bizancio. Para derrotar a esa Iglesia ortodoxa que tanto os incomoda y ponerla bajo vuestro poder. No le presté a ese asunto la debida atención.

—Tenéis que someter esa isla, hijo —continuó el papa—. Ahora está en juego no solo vuestro prestigio sino también el de Francia y el de la Santa Madre Iglesia. Si no tenéis suficientes naves, alquiladlas a Pisa y Venecia.

—Lo haré, padre. Pero necesito ayuda.

—Todos los recursos del papado están a vuestra disposición. Para empezar, los materiales. Os entregaré esta misma semana cien mil onzas de oro.

Carlos observó a su compatriota, asombrado. Era cuatro veces el oro que el rico condado de Provenza le proporcionaba al año. Aquella suma debía de representar la mayor parte del tesoro pontificio.

—Gracias, padre.

—No solo eso, Francia os ayudará. No hará falta presionar a vuestro sobrino el rey, pero si he de hacerlo, lo haré.

—¿Y la excomunión? —insinuó el rey.

—¡Excomulgaré a todos esos rebeldes! —exclamó el papa Martín exaltado—. Y a todo aquel que los ayude. El clero abandonará a los insurrectos y el pueblo dejará de obedecer a sus líderes. La gente no quiere ser expulsada de la Iglesia y excluida de los sacramentos. Se pasarán a nuestras filas tan pronto pisemos la isla de nuevo.

—Gracias, padre.

—¡También excomulgaré a Miguel VIII! ¡Ese que se hace llamar emperador de los griegos! Y a vuestros enemigos, los gibelinos del norte de Italia. Tenéis todo mi apoyo y, con la ayuda de Dios, recuperaremos primero la isla y después conquistaremos el imperio.

—Gracias, padre —dijo por vez tercera.

Carlos respiró aliviado. Y, satisfecho, se dijo que recuperaría su poder, castigaría de forma ejemplar a los insurrectos y después se apoderaría de Constantinopla.

89

París, 20 de mayo de 1282

—Tendréis todo el apoyo de Francia para recuperar la isla de Sicilia, querido primo —afirmó Felipe III.

Apuró su copa de vino, que de inmediato un criado del palacio real se apresuró a llenar. Carlos el cojo, príncipe de Salerno, reconfortado por sus palabras mordió la pata de pollo condimentada con miel y especias que sostenía. Contaba con la ayuda francesa que había acudido a solicitar desde Provenza.

—Al saber que Mesina se había unido a la sublevación hablé con mi hermano, Pierre, Conde de Alençon, y con nuestro primo Robert de Artois —continuó el rey—. Representan lo mejor de la caballería francesa. Están reclutando a un buen número de nobles que, junto a sus mesnadas, partirán hacia Calabria en vuestra ayuda.

—Tendréis nuestro eterno agradecimiento —repuso ceremonioso Carlos.

Se encontraba cómodo con su primo. El rey tenía ya treinta y siete años y superaba en nueve a Carlos. Era un tipo nervioso, fácilmente irritable y muchas veces precipitado, pero al príncipe le gustaba. A pesar de que era su rey, pues Carlos le debía obediencia feudal como conde de Provenza, le trataba como a un igual. Y jamás se sentía intimidado con él, como le ocurría con su padre.

—Con la ayuda del papa hemos de someter la isla con facilidad —observó Felipe.

Hizo un gesto y de inmediato le apartaron el plato de faisán y le sirvieron otro de venado trinchado. Señaló una de las salsas de la mesa y otro criado la distribuyó, con cuidado, sobre la vianda.

—Mi padre no le da importancia, pero a mí me preocupa el ejército y la flota que está juntando el rey de Aragón en Port Fangós —dijo Carlos—. Su intervención nos podría complicar las cosas. Como bien sabéis, estuvo muy desagradable conmigo en Toulouse.

—El hermano de mi fallecida esposa aún está dolido por la muerte a manos de nuestra caballería de su abuelo y por la pérdida de los derechos de su casa sobre Provenza, de la que vos sois conde. —El rey sonrió—. Por eso no le caéis simpático. Y también por la pérdida de Navarra, que pasará a mi hijo por su boda con la heredera del reino. ¡Y tuvo la osadía de reclamarlo en Toulouse!

—Sospecho que da por perdidos esos territorios y quiere cobrar su venganza quitándonos Sicilia.

—Es un hombre audaz —reconoció Felipe—. Aunque espero que no esté tan loco. Cuando empezó con sus preparativos para eso que él llama cruzada, pero a la que el papa no ha dado su bendición ni la dará, le escribí una carta.

—¿Qué le decíais en ella?

—Le ofrecía ayuda. Y dije que le enviaría a alguno de mis caballeros. También le pedía que me informara en detalle de en qué lugar de la costa africana piensa atacar.

—¿Qué respondió?

—Me dio amablemente las gracias y me dijo que tenía los recursos necesarios y un buen ejército. Y que no podía contarme más, puesto que el secreto absoluto era clave para el triunfo de su cruzada.

—¡Va a ir a Sicilia! —se alarmó Carlos.

—No se atreverá —le tranquilizó el rey Felipe—. Ahora mismo le escribiré otra carta advirtiéndole de que si pone un pie en Sicilia le declararé la guerra e invadiré sus tierras. Francia es diez veces más poderosa que todos sus reinos y condados.

—Bien decís —afirmó el príncipe, confortado.

Tomó su copa de vino, que llenaron de inmediato, y la levantó en un brindis.

—Gracias, señor —dijo.

—Por el honor de Francia —clamó el rey.

Y chocaron sus copas.

90

Port Fangós, delta del Ebro, 30 de mayo de 1282

Llegué a Port Fangós, con mi corte, una semana antes de que la flota partiera. Ansiaba abrazar a mi esposo, que en pocos días surcaría el mar hacia África y hacia un destino tan heroico como incierto. Y lo hacía, en gran parte, por mí. No dejaba de pensar que, una vez que se embarcara, quizá jamás le volvería a ver. Y si no me presenté antes no fue porque no lo deseara con toda mi alma, sino para no interferir en las agotadoras jornadas en las que Pedro ultimaba la expedición. Viajaban conmigo nuestros hijos menores. Los mayores —Alfonso, de dieciséis años, y Jaime, de casi quince, ambos ya caballeros— acompañaban a su padre para aprender la complicada intendencia de reunir y embarcar semejante ejército.

Port Fangós se encontraba en la parte sur del delta del Ebro, que desaguaba en el Mediterráneo por tres brazos. Un canal unía su bahía con el río. Dada su amplitud y lo resguardado de sus aguas, era el único puerto que permitía reunir con seguridad una flota del tamaño de la de Pedro. Al contrario que la mayoría de los puertos naturales, que eran rocosos y de aguas claras, aquel estaba formado por tierras de aluvión y rodeado de pantanos y cañizales. Sus aguas embarradas le daban el nombre.

Fuera de sus muelles, de madera, el puerto tenía escasas construcciones. Era ideal para uso militar. El terreno llano que lo rodeaba permitía acampar a un gran ejército a la espera del embarque. Sin embargo, su utilidad comercial era escasa y solo se usaba para descargar grandes naves. Las de tamaño mediano y pequeño penetraban por el río Ebro hasta el puerto de Tortosa. Y de allí cargaban sus mercancías en naves más pequeñas, los laúdes, que remontaban el río y cruzaban Cataluña hasta el corazón de Aragón.

El camino por el que arribamos a aquel inmenso campamento estaba repleto de hombres, caballerías, carros y equipajes. Mi escolta nos abría paso obligando a los más pesados a situarse en las márgenes pero, aun así, el tránsito era lento. Yo deseaba llegar, y cuando al fin lo hicimos nos encontramos con una inmensa llanura atestada de gente, en constante movimiento, que acampaba a cielo raso junto a sus fardos y fogatas. Cubrían todo lo que la vista alcanzaba. Una mezcla de olores de humo, cocidos, fritos y excrementos atacó mi olfato. Era un día claro y sin viento y una neblina flotaba encima de aquel gentío. El campamento tenía sus propios caminos y avanzamos por uno de ellos hasta llegar a un muro de madera. Al reconocernos, los guardias nos abrieron paso de inmediato. Era la zona noble, salpicada aquí y allí de tiendas de campaña ordenadas según la categoría. Los grandes condes acampaban cerca de la plaza central, donde se alzaba la del rey, mi marido.

Pedro me recibió con una gran sonrisa y un fuerte abrazo. Nos besamos, felices, pero un nutrido grupo de nobles y capitanes le esperaban y enseguida tuvo que regresar a sus quehaceres.

Mis damas se ocuparon, con los criados, del equipaje y de instalarnos. Quería gozar de intimidad con Pedro las noches que nos quedaban y me instalé en su tienda. Nuestros hijos, los pequeños a cargo de sus ayas, lo harían en otras.

—Doña Bella d'Amichi pregunta por vos —me dijo una de las criadas poco después.

Mi corazón dio un brinco de alegría. ¡Mi querida aya! Sabía que acudía desde Cocentaina hasta Port Fangós a despedir a su hijo Roger. La hice pasar sin demora: hacía ya más de un año que no la veía. Bella había ganado peso, pero conservaba sus vivaces ojos oscuros y su sonrisa cariñosa. Nos abrazamos y besamos y nos lanzamos a hablar sobre salud y familia. Sin embargo, la conocía bien y pronto noté que algo la preocupaba.

—¿Sabéis la noticia? —me soltó de pronto.

—¿Cuál?

—Vuestro marido ha nombrado a Jaime Pérez almirante de la flota.

—¿¡Qué decís!? —me sorprendí—. ¡Pero si solo tiene dieciocho años!

—Y apenas experiencia en la mar —añadió Bella.

—Pedro no me ha dicho nada.

—¡Claro! ¡Tiene tantos asuntos que atender! —le disculpó.

Tal como le prometí a María Nicolosa al apartarla de la corte, yo había cuidado de Jaime Pérez como si fuera uno de mis hijos. Hasta que, tres años antes, con motivo de su boda, Pedro le concedió a modo hereditario el señorío de Segorbe, donde ya vivía su madre. Segorbe era una población muy importante, y sede episcopal, pero alejada del mar.

—Me alegro por el muchacho —murmuré—. Le quiero y me siento responsable por él. Vos sabéis bien por qué.

Bella afirmó con la cabeza.

—Solo que no termino de entender ese nombramiento —continué hablando como para mí misma.

—Roger tampoco lo entiende. Él deseaba el título; tiene una amplia experiencia en acciones navales con Conrado Lancia. Se disgustó y se lo planteó directamente a vuestro esposo.

—¿Eso hizo? ¿Se atrevió?

—Sí, y dice que le notó a la defensiva.

—Eso es muy extraño en mi marido. ¿Y qué le dijo? —inquirí curiosa.

—Que tiene a muchos grandes marinos, como el propio Roger, que le pueden enseñar a Jaime Pérez. —Me observó atenta antes de continuar—: Pero solo un hijo para ese puesto.

Fruncí el cejo. Aquello no me parecía normal.

—¿Sabéis? —Bella bajó la voz hasta casi un susurro—, María Nicolosa está aquí desde hace una semana.

—¿¡Cómo decís!?

—Fue a ver a vuestro marido y le pidió de rodillas ese nombramiento para su hijo.

—¡No!

Me faltaba el aire. Estaba sentada en el interior de la tienda de Pedro, en una silla de tijera baja, al igual que Bella, y busqué el suelo con la mano para no caer. Sentía que me mareaba. Mi aya me sujetó del brazo y guardó silencio observándome preocupada.

La sorpresa y el desfallecimiento se tornaron, de inmediato, en rabia.

—¡Le dije que no se acercara más a Pedro! —rugí—. ¡Se lo ordené!

—Cuando la vi en el campamento, le advertí que se fuera de inmediato —me explicó Bella—. Que no estuviera aquí cuando vos llegarais.

—¿Y qué dijo? —Notaba el calor de la sangre en mis mejillas.

—Que había venido a despedir a su hijo, el hijo del rey, y que eso haría.

—¡Cómo se atreve a desafiarme!

—Fantasea con que vuestro marido aún la quiere.

—¡No, no y no!

Bella calló, a la espera de que yo hablara. Respiré hondo y tardé en hacerlo.

—Le pedí a mi esposo que no me humillara —dije, calmada, conteniendo la fría furia que sentía—. Él me lo prometió y ha cumplido. No he sabido de ninguna otra amante ni aventura.

—Todos las tienen, niña —me advirtió.

—¡Pero no me ha humillado! Si las tiene, nadie en la corte lo sabe.

—Eso es cierto.

—Y ahora viene esa desgraciada que, porque parió un par de bastardos suyos, cree tener parte de él. No sabe a quién desafía. ¡Pedro es mío!

—Cuidad las formas, señora, no os precipitéis.

—¿Me soltaréis ahora eso de que no he nacido para ser feliz sino para ser reina? —Estaba fuera de mí. Pero no alcé la voz.

Bella negó en silencio.

—Pues ya soy reina —continué—. Y reclamo mi derecho a ser feliz con el hombre al que amo, aunque solo sean los pocos días que quedan antes de su partida.

Mi aya afirmó con la cabeza.

—Los hombres matan en las guerras, Bella —le dije en el mismo tono moderado de antes—. Las mujeres, también.

Sus ojos almendrados se agrandaron de preocupación.

—Calmaos, niña —susurró.

—Tranquila, Bella —le dije—. No será ni aquí ni ahora.

Envié un mensaje a María Nicolosa diciéndole que me esperara en su tienda antes de las vísperas. La encontré de pie y se arrodilló tratando de tomar mis manos para besarlas. Yo las aparté para evitarlo y le dije que se levantara. Llevábamos más de siete años sin vernos. Bella asistía en silencio.

—Os dije que cuidaría de Jaime Pérez como si fuera mi propio hijo —le espeté sin más preámbulos mirándola a los ojos—. Y cumplí. Quiero al muchacho y me alegro de su nombramiento como almirante. Aunque me sorprende.

María me sostuvo la mirada en silencio.

—Y también os dije que no volvierais a ver a mi marido nunca más —continué—. ¡Era una orden y me habéis desobedecido! Él no fue a vos, sino que vos fuisteis a él.

—Lo hice por mi hijo Jaime.

—¡Vuestro hijo Jaime no necesita de vuestra ayuda! Pedro le concedió Segorbe y muchos más honores le hubieran sido otorgados sin vuestra intervención. ¡Lo hicisteis por Pedro!

—Tenéis vuestra idea, señora —repuso—. Y nada de lo que os diga la hará cambiar.

—Cierto. Y ahora escuchadme bien…

Ella me miró sin añadir palabra.

—Partiréis ahora mismo hacia Segorbe. De inmediato. Y saldréis con lo puesto. Vuestras damas se ocuparán del equipaje.

Continuó en silencio.

—Y no os atreváis a preguntarme esta vez si el rey lo sabe. ¡Vuestra reina lo ordena!

—Permitid que me despida de mi hijo. —Las lágrimas inundaban sus ojos.

—Eso os lo concedo. He avisado a Jaime Pérez y está de camino.

Cuando salí de la tienda vi a Roger. Tenía puesta su armadura y ceñía su espada. Nos habíamos saludado un poco antes. Le acompañaban una docena de sus hombres, también armados, que se encargarían del cumplimiento de mis órdenes.

Temía la reacción de mi esposo cuando lo supiera. Y rezaba: «Dios mío, que no tengamos un disgusto por eso. Ahora no, que se

va, que quiero ser feliz con él». Pedro me había prometido que cenaríamos solos en su tienda y dirigí la conversación, con cuidado, a lo sucedido.

—He sabido, señor, del nombramiento de Jaime Pérez como almirante de la flota.

Él mojó un pedazo de pan en la salsa de la carne, se lo llevó a la boca y, mientras lo masticaba, se me quedó mirando con sus ojos grises, enarcando ligeramente las cejas en señal de interrogación.

—Me alegra porque aprecio mucho a vuestro hijo —continué—. Es un bravo caballero. Pero me sorprende que le deis el almirantazgo dada su juventud e inexperiencia en asuntos marítimos. Hay otros de mucho más mérito, como Roger de Lauria, por ejemplo.

—Vuestro hermano de leche —murmuró—. Sí, sé que lo ambicionaba.

—No trato de hablar en favor de Roger, sino de entender ese nombramiento, prematuro en la opinión de muchos.

Dio un trago de su copa de vino y me contempló, serio y en silencio, un tiempo que me pareció larguísimo.

—Mi señora —dijo al fin—, no tengo por qué daros ninguna explicación sobre asuntos militares.

Su tono era cortante y nos seguimos mirando antes de que yo le respondiera.

—Mi señor —le anuncié—, sabed que he ordenado que María Nicolosa regrese de inmediato a Segorbe. Hace más de una hora que ha salido del campamento.

—¿Otra vez? —inquirió ceñudo—. ¿Como hicisteis en Lérida?

—Sí. Y no tengo por qué daros, mi señor, ninguna explicación sobre asuntos de mujeres.

Me contempló silencioso. Yo le mantenía la mirada tratando de disimular mi temor. De pronto su expresión cambió. Y se puso a reír. Debía de parecerle graciosa.

—Ya lo sabía —me dijo—. Se me informa de inmediato de todo lo que ocurre en el campamento.

Le sonreí feliz. Nunca sabría lo ocurrido allí con María, pero a Pedro su partida no parecía importarle lo más mínimo.

91

Port Fangós, delta del Ebro, 4 de junio de 1282

Llevaban ya casi una semana esperando y estaban impacientes por embarcar, aunque temerosos. Para muchos, era la primera vez que veían el mar, y ahora se encontraba tan cerca que Súria, Beatriu y los niños dormían arrullados por el sonido de las mansas olas yendo y viniendo en la extensa playa de Port Fangós.

Aquel era un paisaje extraño para ellos. Playas y llanuras arenosas con lagunas, cañaverales y pantanos.

—Vamos a establecer nuestro territorio y no dejaremos que nadie, sin autorización, cruce los límites —dijo Galcerán el primer día.

Los incomodaba aquella aglomeración de gente. Y cada vez llegaba más. Se instalaron alejados de las tiendas de los nobles y sus mesnadas. Ellos, como el resto de la tropa, dormirían al raso. No les importaba, estaban más que acostumbrados. Escogieron un espacio lo bastante extenso, entre la playa y una laguna, para acomodar ampliamente a los más de trescientos hombres, mujeres y niños que formaban ya el clan. Andreu, con diez años, y Senén, con siete, los hijos de Beatriu, disfrutaban bañándose en el mar junto a su madre, Súria, su perro *Drac* y otros muchos niños y adultos del clan.

Su prima les enseñaba a cazar y a pescar. Ensartaban ranas, peces y aves acuáticas con pequeñas lanzas o flechas. Poco precisaba el clan de la soldada acordada con Roger. Los adultos se desplazaban muy rápido por el delta, llegaban a donde no lo hacía el resto de aquella humanidad y siempre traían caza y pesca.

Roger los visitaba con frecuencia. Sentía un apego familiar hacia aquella gente. No eran sus vasallos y sin embargo formaban parte de su tropa, confiaba en ellos. Y Súria continuaba seduciéndole. A sus veintitrés años la pelirroja estaba espléndida, pero su aspecto físico no era su único atractivo: la muchacha nunca dejaba de sorprenderle.

—Tendremos que redactar un contrato y firmarlo —le había dicho unos meses antes, en el monte de Cocentaina, una vez que Roger y Galcerán acordaron acudir juntos a la cruzada.

El siciliano quedó boquiabierto.

—¿Desde cuándo los almogávares firmáis contratos? —exclamó sin salir de su asombro—. Bromeas, ¿verdad, Súria?

Ella le sonrió.

—Desde que sabemos leer y escribir, señor del valle del Seta.

—¿Quién sabe leer y escribir?

—Yo. Sans, nuestro cura, me ha ido enseñando —repuso orgullosa—. Y también sé un poco de latín.

—Os debería bastar con mi palabra —objetó él.

No le cabía en la cabeza aquello. ¿De verdad sabía Súria leer?

—Claro que nos basta. —Ella mantenía su sonrisa—. Pero mejor escrita, señor del valle del Seta.

—¡Soy el señor de Cocentaina! —dijo él, irritado.

—Pero aún lo sois también del valle, ¿verdad? —inquirió ella con suavidad.

—Sí.

—Pues eso.

Había terminado firmando un documento absurdo, y todo porque le costaba negarle algo a Súria.

Roger, experto marino, tuvo pronto listas tanto su galera como las taridas y las naves que transportarían al grueso de su tropa y caballos. Un día visitó el campamento almogávar y después de hablar con uno y otro se encontró con Súria.

—¿Ya sabes nadar en el mar? —le preguntó sonriente.

—No.

La muchacha intuía que él quería proponerle algo y se lo puso fácil.

—Pues debes aprender. No me gustaría que te ahogaras.

—Dicen que en el mar hay grandes peces que devoran a la gente —objetó ella, haciéndose la inocente.

—Tonterías, ven conmigo y te enseñaré.

Súria le sonrió. No tenía nada mejor que hacer y el interés del apuesto caballero le seguía halagando. Le apetecía jugar con él.

—¡Oh, cuánto os lo agradezco, señor del valle…!

—¡De Cocentaina! —cortó él. Notaba un cierto sarcasmo en el tono de ella.

—Esperad un momento.

Súria buscó en su saco una túnica de lino sin mangas que provenía de una de sus correrías en el reino de Granada. Sabía lo que iba a ocurrir cuando se mojara. Se olvidó de coger sus armas y de un salto subió a la grupa del caballo. Roger puso su montura al trote en busca de una playa desierta. Nunca la había tenido tan cerca. Notaba sus brazos sujetándose en su cintura, y sus pechos, rozándole. Aquella era su oportunidad, no la podía dejar escapar. La fiebre del deseo le dificultaba la respiración.

Tan pronto detuvo el caballo, Súria desmontó, se desnudó para vestir su túnica y corrió hacia el mar. Él ató las riendas del animal en

una mata y se despojó de armas y ropa para quedarse en calzones. La vio chapoteando feliz en el agua. Le esperaba. La ropa mojada marcaba unos pechos pequeños, se le transparentaban los pezones y un triángulo de vello rojizo en el pubis.

Se salpicaron entre risas. La pasión y el temor a que Súria le rechazara protagonizaban una lucha encarnizada en Roger. Supo que no podría contenerse, y de pronto, con un movimiento brusco, la atrajo sujetándole una nalga con la mano y la abrazó. Ella trató de apartarlo y él de besarla. Le mordió.

—¡No! —dijo firmemente.

Le miraba con fiereza. Roger dudó un momento. A pesar del dolor y del sabor a sangre en sus labios estuvo a punto de forcejear con ella. Ella le escrutaba, severa, con sus intensos ojos azules, lista para defenderse. Era consciente de que Súria era peligrosa, en especial en lo referente al sexo. Y recordó las extrañas y horribles circunstancias en las que el conde de Ampurias había encontrado la muerte. Sabía que fue ella quien había matado a Hug de Ampurias, conocía sus motivos y daba credibilidad hasta a los más escabrosos detalles oídos del asunto. Súria era una asesina despiadada. Se estremeció.

No quiso insistir. No por temor, sino porque deseaba con desesperación que ella compartiera sus sentimientos. Que le amara.

—Lamento que no quieras lo mismo que yo —murmuró al tiempo que la soltaba.

Era decepcionante. Sentía que ella le había provocado con coqueteos, para después despreciarle.

Súria no estaba tan enfadada como aparentaba. En realidad, le gustaba sentir que ejercía poder sobre el señor del valle del Seta. Y de eso solo el rey podía presumir. Quiso dulcificar su negativa, no deseaba alejarle, y le sonrió.

—¿No me ibais a enseñar a nadar? —inquirió como si nada hubiera ocurrido.

A pesar de la incomodidad que sentía, Roger decidió cumplir con lo prometido.

Durante unos minutos se centraron en el aprendizaje. Era inevitable que se tocaran y a ella le agradaba su contacto.

—Creo que ya lo he cogido —dijo al rato—. Sabré nadar en el mar.

—¿Seguro?

—Os echo una carrera.

La muchacha se movía en el monte con una rapidez y agilidad que Roger jamás podría igualar, pero él había nacido en un pueblo pesquero, era un buen marino y nadaba desde muy niño.

—Muy atrevida eres.

—¡Alcanzadme!

Y comenzó a nadar en paralelo a la costa. Él se lanzó tras ella y pronto vio, sorprendido, que la distancia en lugar de acortarse se agrandaba.

—¡Maldición! —musitó.

Ni todo su esfuerzo bastaba para acortar distancias. Súria se dio la vuelta y le esperó flotando de espaldas mientras reía. Él, jadeante, se fue hacia la orilla. Ella le siguió.

—¡Me has engañado! —le reprochó, disgustado, al llegar a la playa.

Aquella humillación se añadía a la anterior. Súria era una excelente nadadora y jugaba con él.

—¡No! —dijo ella conteniendo la risa—. No había nadado en el mar. Solo chapoteaba con los niños. Pero sé nadar en los ríos.

—¡Me has tomado el pelo! —Se sentía muy molesto.

—¡Al señor del valle del Seta le duele el orgullo! —Ella reía.

Esta vez se dejó alcanzar, él la sujetó de la cintura y ella se dejó caer sobre la arena. Él, encima, notó el contacto firme y cálido de su cuerpo y sintió que enloquecía. Sus miradas se encontraron para demorarse un tiempo eterno contemplando primero una pupila,

después la otra y volver a empezar. Él, deleitándose en el azul del iris de ella, y ella, en las oscuridades de los de él. Sus respiraciones seguían alteradas y la sonrisa desapareció del rostro de Súria. Roger se arriesgó a besarla de nuevo y tan pronto notó el contacto de sus labios cerró los ojos. Habría dado su vida para que aquel beso, doloroso y con sabor a sangre, se hiciera eterno.

Ella deseaba experimentar el contacto con un hombre y le dejó hacer. Sentía que un hervor iba creciendo en él, y cuando sus manos empezaron a palparla, decidió terminar con aquello. Esta vez le fue empujando lentamente, apartándole.

—Ya basta, señor —le dijo con suavidad.

Él no la soltaba. No podía. No quería.

—¡Dejadme! —gritó ella, empujándole ahora con fuerza.

Roger obedeció.

—Ya os dije, tiempo atrás, que no y el porqué, señor.

—Te quiero, Súria, y no me puedes tener así.

—Regresemos —dijo ella.

Y anduvo hasta donde estaba el caballo. Allí se quitó la túnica mojada, sin importarle mostrar su desnudez, se puso el sayo y calzó las albarcas. Roger hizo lo mismo, montaron y sin mediar palabra se dirigieron al territorio del clan.

—Embarcamos dentro de dos días —le dijo él como despedida.

Deseaba estar ya en su nave. Allí al menos no la vería y quizá pudiera mitigar la tortura de aquel deseo contenido.

Aquella noche, cuando Súria se apretujó contra el cuerpo de Beatriu, no podía dejar de pensar en el de él.

92

Port Fangós, delta del Ebro, 6 de junio de 1282

Pedro se despertó con ganas de orinar. Acarició la cálida piel de Constanza, que dormía a su lado, sin despertarla, y al incorporarse la arropó. Se habían amado durante la noche y estaban desnudos. Apenas se filtraba la luz de las antorchas de los centinelas en el interior de su lujosa tienda y, a tientas, buscó una gonela para cubrirse. Después se ciñó un cinturón con la daga y la espada. No le gustaba separarse de sus armas, ni siquiera en lugares seguros. Apartó el tapiz que hacía de puerta y salió al fresco de la madrugada de aquel día de primeros de junio. Silenciosos, los soldados que montaban guardia en la entrada se cuadraron y él les devolvió el saludo con un gesto. Había centinelas alrededor de todo el perímetro de su tienda palacio y de las de los grandes nobles. De las fogatas de la noche solo quedaban brasas.

Pedro rechazó que le acompañaran y la antorcha que le ofrecía uno de los soldados. Anduvo hacia las letrinas de la nobleza devolviendo los silenciosos saludos de los centinelas. Llevaban varios días acampados y, a pesar de las capas de tierra que los criados iban echando, aquello olía. Se habían levantado retretes en unos precarios chamizos, lujo insólito en un campamento militar, pero eran para las damas. Ningún otro hombre o mujer de los miles que

se hacinaban en aquella llanura gozaba de semejante privilegio. De pie ante el borde de la zanja, Pedro se alzó la gonela y escuchó distraído, mientras observaba el cielo, el ruido que producía el chorro conforme lo movía. Se dijo, complacido, que el día que estaba a punto de amanecer sería bueno para levar anclas.

Al terminar, continuó hacia la orilla del mar. Las olas llegaban, mansas, y contempló la enorme bahía de Port Fangós. Acogía a cientos de naves, cuyas siluetas se recortaban en la penumbra y formaban un bosque de mástiles que oscilaba lentamente. Aquella era la flota que debía arrebatarle Sicilia a Carlos de Anjou.

Un gallo cantó en la lejanía, y después otro y otro más. Dentro de poco saldría el sol y se iniciaría una actividad frenética. Armas, pertrechos, provisiones y equipajes habían sido ya cargados en las naves. Restaba poco en el campamento fuera de las tiendas de campaña, privilegio de los nobles y por lo tanto escasas. La mayoría del ejército dormía al raso.

Quedaban por embarcar los animales: gallinas, cerdos, cabras, conejos, palomas, vacas y caballos. Tenían que sobrevivir hasta justo antes de ser comidos. El forraje ya estaba en las naves. Los caballos eran especialmente delicados. No podían lesionarse.

Y después le tocaría el turno a la tropa. El ejército real, las mesnadas ciudadanas y nobiliarias mantenían cierta disciplina y con ellos el embarque sería relativamente fácil. Pero no con los almogávares. Ni siquiera había sido sencillo asignarles las naves donde se hacinarían. Habían acudido a miles, y de estos se habían escogido a los mejores, dada la limitada capacidad de la flota. Iban en grupos que solo obedecían a sus propios jefes y traían consigo a sus mujeres, niños, perros y alguna que otra cabra. Eran gente de tierra adentro, nunca habían navegado y la mayoría ni siquiera había visto antes el mar. Se esperaba que muchos se negaran a embarcar en el último momento. Pedro lo tenía previsto. Nadie de aquella

chusma se quedaría en tierra. Los que se negaran serían embarcados a la fuerza.

Con la cruzada iba a conseguir librar a sus reinos de gran parte de aquellos feroces y temibles guerreros que en tiempos de paz se convertían en bandidos. Y como, antes de partir, Pedro había firmado la paz con sus vecinos, los almogávares se habían convertido en una seria molestia. También había librado a Castilla de su propia plaga. Un buen número de los famosos golfines de Sierra Morena y de la Mancha se habían unido a la expedición atraídos por las fabulosas riquezas de los moros.

Pedro se dijo que de todo aquello se preocuparían sus mayordomos y que le quedaban un par de horas de descanso. Entró en la tienda silencioso para no despertar a su esposa, y la vio. Dormía desabrigada y su piel blanquísima brillaba en la penumbra. Estaba de espaldas, con su pelo castaño suelto sobre los almohadones, y las curvas de sus caderas y nalgas se marcaban pronunciadas y armoniosas. Mantenía una cintura delgada y su espalda y hombros eran delicados y bellos. A pesar de que le había dado seis hijos —todos ellos aún vivos, sanos y fuertes— y de la larga sesión amorosa mantenida durante la noche, verla así le cortó la respiración. Se quitó la gonela y entró cuidadoso en el lecho para ajustar su cuerpo al de ella por la espalda. Constanza debía de llevar un tiempo en aquella postura, porque la notó fría y se apretó contra ella para darle calor. Notó que ella se estremecía. Y él la deseó de nuevo.

93

Port Fangós, delta del Ebro, el mismo día

Me desperté cuando Pedro salía de la tienda y le aguardé todo el tiempo en aquella postura, exprofeso. Esperaba provocarle y me sentí feliz al notar que lograba mi propósito. Aquello no me había sido nunca difícil desde que él dejó de considerarme una niña para tratarme como a una mujer. Ni siquiera durante mis múltiples embarazos.

Para muchas damas eso es un castigo. Sus maridos las toman de forma brutal o simplemente para embarazarlas, pues ese constituye el fin del matrimonio y hay que consolidar la alianza política y económica con descendencia. Algunas, aun así, disfrutan con ello, pero otras muchas no. No era ese mi caso, y cuando compartía experiencias con otras me consideraba muy afortunada. No solo por el aspecto físico de Pedro, sino también por su comportamiento conmigo en el lecho y fuera de él.

Sabía que quizá sería aquella la última vez que gozaría del sexo en mi vida. Y deseaba hacerlo con desesperación. Con él, con Pedro, el único hombre con el que había yacido. Y aunque confieso que en contadas ocasiones me había asaltado alguna fantasía, de inmediato había matado con la oración los pensamientos impuros. No deseaba a ningún otro y no iba a hacerlo con nadie más aunque me quedara

viuda. Si sucedía tal desgracia, una vez que mis hijos pudieran valerse por sí mismos en el gobierno de sus reinos, me recluiría en un convento. La tragedia de su muerte era demasiado probable y rezaba a Dios, de continuo, para que no ocurriera.

Pedro no era el tipo de rey que se refugia en la retaguardia en las batallas. Luchaba al frente de sus tropas cuando las veía desfallecer. Y temía que muriera en combate como había ocurrido con su abuelo y con mi padre. Era alto y fuerte, y a sus cuarenta y dos años continuaba dedicando varias horas al día al ejercicio de las armas, excepto en domingo. Me encantaba acariciarle los firmes músculos de sus brazos, espalda y nalgas para después buscar su boca con la mía. Pero aquella mañana quizá fuera la última en que podría refugiarme en su cuerpo, darle mis caricias y recibir, estremecida, las suyas.

Pensaba con resquemor que él sí que se desahogaría con otras mujeres y entonces apretaba los puños con rabia. Una vez libre de María Nicolosa, me preocupaba aquella Macalda de Scaletta de la que tanto hablaban Juan y Roger. «Lanza sus redes y seduce a cualquier hombre que la pueda ayudar a aumentar su poder», había dicho Juan de Prócida. Y nadie en Sicilia tendría más poder que mi esposo una vez que desembarcara. Respiré hondo tratando de expulsar aquellos pensamientos de mi mente. El mundo era así y no ganaba nada haciéndome mala sangre. Y menos en aquel instante.

La conquista de Sicilia podría llevar mucho tiempo, años quizá, era una empresa ciertamente peligrosa contra un enemigo muy poderoso y morirían a miles. ¡Que no fuera él! ¡Era tan frágil la vida! ¡Rezaría sin descanso a la Virgen y a su Santo Hijo para poder gozar de nuevo de sus abrazos! ¡Y pronto! Quise apartar tales pensamientos. Debía disfrutar de aquellos últimos momentos.

94

Port Fangós, delta del Ebro, el mismo día

Un sol brillante se reflejaba en la bahía repleta de naves y en las marismas. Y al mediodía la actividad era frenética. El campamento estaba ya casi desmantelado y la orilla del mar parecía un hormiguero caótico. Al griterío humano se sumaban ladridos de perros, relinchos de caballos, cacareo de gallinas e incluso la música de flautas, tamboriles y laúdes de los que almorzaban alrededor de las hogueras o esperaban a embarcar. El puerto olía a resina, pescado y madera quemada.

Los almogávares, a pesar de haber visto sus delitos perdonados por el rey, vigilaban, armas en mano, recelosos, a los nobles y a sus tropas. Los caballeros gritaban, los pajes corrían y los alguaciles azuzaban a los esclavos y a los mozos de carga.

Pedro abandonaba con frecuencia el puesto de mando para supervisar los trabajos, y no podía evitar lamentarse cuando veía algún negligente en acción. Había mucho torpe. Sus órdenes las repetían sus oficiales y criados y al final acudía, raudo, un marino experto a solventar el asunto.

Era un buen día para navegar y los barcos ya cargados esperaban en mar abierto para no entorpecer las maniobras del resto. Los nobles, los caballeros y lo más selecto de la tropa viajarían

en galeras o fustas, unas naves rápidas a remo y vela que tendrían que adecuar el paso a las taridas y demás naves de carga, de una o dos velas y casco profundo. En ellas acomodarían, hacinados a la tropa y a los almogávares. A esas naves, fletadas por la Corona o los nobles, se les unían las de los mercaderes. Eran catalanes, valencianos y mallorquines, pero también genoveses y pisanos, que se incorporaban a la flota, aun sin conocer su destino. Dondequiera que fuera el ejército habría buenos negocios: provisiones que vender, esclavos que comprar y un botín con el que mercadear. Y también aguardiente, prostitutas, música y juego para la soldadesca aburrida. El rey los consentía porque pagaban buenos impuestos y los consideraba necesarios para mantener a la hueste entretenida y tranquila.

La mayor parte de la tropa y de los almogávares embarcaban desde la playa en chalupas que los conducían a naves ancladas en el centro de la bahía. No había suficiente espacio para todos en los muelles.

La operación más delicada era el embarque de caballos. La caballería era la pieza más valiosa del ejército, una pata rota mataba a un caballo y con él se perdía un jinete. La flota disponía de un tipo de tarida cuya popa se abatía sobre el muelle, o la arena de una playa, a modo de puente levadizo. Las monturas recorrían la rampa para ser acomodadas en la bodega, donde se habían dispuesto los establos. Después se ajustaba el portón con cuidado y un equipo de artesanos calafateaba las juntas con estopa y brea para impermeabilizarlas.

—El cardenal Grosseto Bartolomeo está furioso —le advirtió a Pedro su hermano el obispo de Huesca mientras se completaban todas las operaciones—. Insiste en querer hablar con vos.

—¿Para recordarme que el papa ha decretado la excomunión de los rebeldes sicilianos y de quien los ayude? —El rey mostraba una

sonrisa de fastidio—. ¿Y que el rey de Francia, el más poderoso de la cristiandad, ha amenazado con invadir mis reinos si intervengo?

—Sí, y para preguntaros por última vez adónde os dirigís. Dice que le habéis estado evitando y se encuentra muy molesto.

—Le complaceré —dijo Pedro—. Traedme al espía del papa. Al fin sabrá adónde vamos. Pero antes os pediré que advirtáis a todos los eclesiásticos de alto rango del reino que tengan comunicación directa con la Santa Sede que callen la amenaza de excomunión del papa cuando intervenga en Sicilia.

Jaume Sarroca movió la cabeza dubitativo.

—No creo que todos quieran hacerlo —advirtió—. Muchos obedecen al papado sin rechistar.

—¡Bajo pena de muerte!

El obispo de Huesca tragó saliva y miró alarmado a su hermano.

—¿Hasta estos extremos queréis llegar?

—En su momento se hará necesario —repuso el rey, decidido.

—Haré cuanto pueda —murmuró como de costumbre el obispo.

—Monseñor —le dijo Pedro al cardenal cuando se presentó—, mi intención ha sido siempre ir contra los enemigos de la cristiandad. —Su tono era afable, casi obsequioso—. Y os ruego que me disculpéis por la reserva que me he visto obligado a mantener sobre el lugar adonde dirijo mi cruzada.

—¿Cruzada? —repuso el cardenal Grosseto, enojado y áspero—. No será tal si así no lo decide el papa Martín IV. Y vuestro secretismo hasta la fecha ha sido ofensivo.

—Os pido de nuevo disculpas. Cuando os lo cuente entenderéis mi reserva.

El cardenal, ceñudo, mantuvo silencio.

—La cruzada se dirige a Collo, en la frontera de Túnez con Argelia —explicó el rey—. La ciudad tiene una excelente bahía donde

proteger la flota. La tomaremos para dirigirnos a Constantina, que, como sabéis, es una estratégica ciudad doce millas al interior. Tengo un pacto secreto con Ibn Hassan, su gobernador, que mantiene tropas cristianas. Se rebelará contra el emir de Túnez y se convertirá a nuestra fe. Desde esa plaza, y con su ayuda, conquistaremos el norte de África para la cristiandad.

»La razón de mi cautela es que, de conocerse nuestros planes, el emir de Túnez caería sobre Constantina y acabaría con Ibn Hassan antes de que pudiéramos llegar en su ayuda. —Hizo una pausa y miró decidido al cardenal—. Os suplico que convenzáis al papa para que decrete la cruzada. Y que, por lo tanto, me conceda la ayuda del diezmo sobre los ingresos eclesiásticos, el perdón de los pecados, previos y posteriores, para los cruzados y que envíe tropas en mi auxilio.

Grosseto le miró escéptico.

—¿Es ese, en realidad, vuestro propósito?

—¡Naturalmente!

—¿Y qué os hace pensar que vos, un rey con tan poco poder y con un ejército tan reducido, vais a triunfar donde fracasó la cruzada del rey de Francia, junto con el rey de Navarra y el de Sicilia? —inquirió desdeñoso.

—Lo haré con la ayuda de Dios y del papa —repuso Pedro, convencido y sin incomodarse por la observación.

—Rezad por la primera, porque dudo que obtengáis la segunda. Lo que sin embargo obtendréis será la excomunión, y la pérdida de vuestros reinos si os atrevéis a intervenir en Sicilia.

—Como os dije, mi intención es ir contra los enemigos de nuestra fe —dijo, seguro, Pedro—. Y os ruego que informéis al papa y le transmitáis mi súplica.

—No tengáis la menor duda de que eso es lo que voy a hacer —dijo el prelado, de nuevo ceñudo y cortante.

Pronunció sus palabras con tono amenazante. Y cuando se fue, el obispo le dijo a su hermano:

—No creo que le hayáis convencido.

—Le habré convencido o no, pero ahora le toca mover pieza al papa.

—Se negará.

—Peor para él y mejor para mis planes.

95

Port Fangós, delta del Ebro, el mismo día

—Alfonso, os confío mis reinos durante mi ausencia.

Mi esposo tenía la mano derecha sobre el hombro de nuestro hijo mayor y le miraba solemne. El muchacho era ya casi tan alto como su padre y se erguía, consciente del momento y de su responsabilidad. Nuestro segundo hijo, Jaime, su tío el obispo de Huesca, nuestro consejero Juan de Prócida y yo éramos testigos. Pedro se despedía. Yo me sentía triste y notaba un nudo en la garganta.

—No os defraudaré, padre —repuso el infante.

—Si Dios bendice mi empresa, tardaré en regresar —continuó mi esposo—. Y si no lo hace, moriré en Sicilia. Entonces vos seréis rey.

—Todo irá bien, padre —dijo el chico emocionado—. Volveréis.

—Si triunfo, vuestro papel será aún más difícil —continuó Pedro —. El papa se enfurecerá e instigará a Carlos y al rey de Francia para que nos castiguen con todo su poder. La guerra no se limitará a Sicilia y tendréis que defender nuestros reinos de España sin el ejército que hoy embarca.

—Me empezaré a preparar de inmediato.

—Hacedlo —aprobó Pedro—. La señora reina, vuestra madre, vuestro tío, monseñor Jaume, y don Juan de Prócida os ayudarán en

el gobierno. El obispo os dirá cómo lidiar con la Santa Sede y con los eclesiásticos. Y nuestro canciller, que ya lo fue de vuestro bisabuelo el emperador Federico, aportará su experiencia en el gobierno y en las relaciones internacionales.

—Id a Sicilia, señor, y conquistad el reino —dijo el infante—. Que la Corona de Aragón cobre venganza por los abuelos muertos a manos de los franceses. Y por todas las injurias que nos hicieron al arrebatarnos tierras que eran, de derecho, nuestras. Que yo, con la ayuda de mi señora madre y de estos señores, sabré defender vuestros reinos.

Sus palabras conmovieron a Pedro, que le abrazó con fuerza. Se le veía orgulloso del temple que mostraba nuestro hijo. Después se dirigió a Jaime, el segundo. Tenía la cara alargada y mandíbula prominente, y era más delgado que su hermano, aunque llevaba camino de superarle en altura.

—Si Dios quiere, coronaré a vuestra madre reina de Sicilia y vos heredaréis aquel reino —le dijo—. Pero nuestros planes son aún secretos.

—De mi boca no ha de salir palabra sobre ello, padre —repuso con voz firme.

Pedro también le abrazó.

—Espero veros pronto, junto a vuestra madre, en la isla.

A una señal mía, acompañados de pajes y nodrizas, entraron el resto de los infantes: Isabel, de once años; Federico, de diez; Violante, de nueve, y Pedro, de siete. Mi marido los abrazó y besó tiernamente.

—¿Adónde vais, padre? —inquirió el más pequeño.

—A luchar contra los moros, hijo.

—¿Me traeréis un regalo?

Los adultos rieron.

—Por supuesto —repuso él—. A eso voy, a buscar regalos. —Y me miró con intención—. Sobre todo para vuestra madre.

Una vez que salieron los infantes, Pedro se despidió de Juan de Prócida con un apretón de manos y de su hermano, con un abrazo. Y nos quedamos a solas.

—Os daré Sicilia —murmuró—. Recuperaréis la herencia de vuestro padre aunque me cueste la vida.

—Antes prefiero veros a vos, mi señor, sano y salvo. —Las lágrimas me empañaban la visión de su rostro—. Rezaré. Prometedme que seréis prudente. No quiero otro reino si me faltáis vos.

Pedro me abrazó, también estaba emocionado.

—Os amo, mi señora —me susurró al oído—. Y, si Dios quiere, tendréis las dos cosas. El reino que os prometí y a vuestro esposo. Carlos perderá Sicilia, y Conradino y vuestro padre serán vengados.

—Que el Señor os escuche y proteja —dije.

Y le estreché con fuerza. Sabía lo mucho que iba yo a sufrir antes de volver a verle.

—Os pido una promesa, mi señor —le dije llorosa.

—Decidme en qué os puedo complacer.

—Prometedme que nunca más lucharéis al frente de las tropas.

—No puedo —dijo después de pensar—. La guerra presenta los lances más insospechados y quizá deba hacerlo.

—Señor —repuse enérgica, olvidando las lágrimas—, tenéis cuarenta y dos años y seis hijos. Ya no sois el joven caballero audaz con el que me casé. Sois responsable de nuestras vidas y de las de vuestros súbditos. No os podéis jugar la vuestra a cara o cruz luchando en primera fila. Y de no prometérmelo ahora, os aseguro que no iré a Sicilia. Y que no seré coronada reina, por mucho que conquistéis el reino. Ni aun si conquistarais Italia entera.

Él se quedó mirándome, sorprendido. Aquel era mi poder. Yo representaba la legalidad monárquica de Sicilia y me necesitaba en el reino. Una sonrisa fue lentamente iluminando su rostro.

—¿Qué puedo hacer, pues? —musitó divertido—. No me dais opción. Lo prometo.

Yo le abracé riendo y llorando. Nos dimos un último beso. Mis lágrimas mojaron su mejilla. Y me volvió a abrazar para irse soltando poco a poco. Me miró por última vez y me dijo:

—Que Dios os guarde, señora. Os amo.

Dio media vuelta y con paso firme se dirigió a la salida de la tienda, y de allí, acompañado de su guardia, al embarcadero. Le seguimos. La flota estaba ya en mar abierto. Había ciento cuarenta velas. Solo quedaba una nave en el puerto: la galera de Roger. Los cornetines saludaron al rey al embarcar y Roger, con una reverencia, le acompañó a popa y subieron a la carroza, la parte noble de la nave. Después se oyó el cornetín, silbidos y gritos, y la galera se separó del muelle para dirigirse, majestuosa, hundiendo sus remos en las aguas, a la bocana del puerto.

Veía a Pedro contemplándonos apenado mientras se alejaba hacia un horizonte de mar y cielo azules. Sé que pensaba lo mismo que yo. Quizá no nos veríamos más.

Pero conocía bien a mi esposo. Tan pronto se encontrara en mar abierto respiraría hondo y observaría satisfecho a la flota, a su ejército.

Para él empezaba la aventura.

Para mí, la inquietud y los rezos. Triste destino el de una dama enamorada.

SEXTA PARTE

Sicilia

96

Mahón, isla de Menorca, 8 de junio de 1282

Roger se sentía muy honrado con la decisión del rey de viajar en su galera, antes que con su hijo Jaime Pérez, cuya nave capitaneaba Ramón Marquet, de vicealmirante que realmente comandaba la flota. Roger era ya un noble importante, con amplia experiencia en combate, y contribuía a la expedición con un buen contingente de tropas. Con aquel honor, Pedro quería premiar sus méritos y mitigar su disgusto ante el nombramiento de Jaime Pérez. La relación de ambos se había estrechado con el tiempo, Roger se sentía querido y correspondía con una fidelidad absoluta. Aun así, tener al rey de pasajero le obligaba a demostrarle, una vez más, su liderazgo y sus conocimientos marítimos. El pensamiento de que el monarca seguía observándole, ponderando su valía, no le abandonaba.

Roger conocía el destino de la expedición pero, ceremonioso, como si no supiera nada, siguió las instrucciones dadas a todos los navíos de la flota y rompió, formal, los sellos del albarán de órdenes frente al monarca.

—Nos dirigimos a Mahón —dijo en voz alta—. Y después a Collo.

Y ordenó navegar hacia oriente, a vela, en la estela de la nave del almirante. El rey, que observaba su actuación, le sonrió.

Pedro se apoyó en la barandilla de la carroza, junto al timonel, y miró hacia poniente. La flota iba tras ellos con sus blancas velas sobre el mar azul y embarcaba el mayor ejército que nunca antes había logrado reunir. La costa empequeñecía al tiempo que el sol caminaba hacia el ocaso. La suerte estaba echada, tal vez jamás volvería a pisar la tierra que le vio nacer. Ni volvería a ver a quienes tanto quería. Tampoco lo harían muchos de los hombres de aquellas naves. En el cinto, junto a su espada y su daga, guardaba un pergamino que desenrolló una vez más.

—Leed —le dijo a Roger.

El capitán leyó el escrito, en latín. Era del rey de Francia y amenazaba con invadir Cataluña si Pedro intervenía en Sicilia. Al terminar, Roger le miró sin decir nada.

—Dádmelo —dijo Pedro, y le tendió la mano.

Roger le entregó el documento. Por encima del fétido olor de excrementos, orines y sudor que jamás abandonaba una galera, ni siquiera en mar abierto, destacaba ahora el de madera de pino quemada. Y también el del guisado de garbanzos, judías, coles, nabos y algo de carne del gran caldero en el que se cocinaba la cena. El rey bajó de la carroza y anduvo por la crujía, el pasillo central que separaba a los galeotes, ahora en descanso, hacia el fogón situado a babor y que ocupaba el lugar de dos bancadas. Pedro observó un segundo el interior burbujeante del caldero y después acercó el documento al fuego. El extremo prendió y el monarca elevó la amenaza del rey de Francia por encima de su cabeza, como si se tratara de una antorcha. El documento, azuzado por el aire, se consumía rápido y Pedro lo mantuvo justo hasta casi quemarse los dedos. Entonces, echó el resto al fuego. Era toda una declaración de intenciones.

Roger admiraba al rey tanto por su valor como por su astucia. Había movilizado todo aquel ejército y a sus nobles, siempre rebeldes y reticentes a obedecer, sin que ni siquiera hubiesen sabido

adónde iban hasta hacía unos instantes. Y en eso también estaban engañados. Porque el norte de África era solo una estación de paso. Su destino era Sicilia y enfrentarse a unos enemigos mucho más poderosos.

Si Pedro hubiera propuesto a sus nobles ir a la guerra contra Carlos, el papa y el rey de Francia, se habrían negado en redondo. La tropa y los almogávares creían ir a una cruzada que el papa bendecía. Y que al perdón de los delitos en este mundo se sumaba el de sus pecados, con lo que se garantizaban la vida eterna en el paraíso.

Roger sabía bien a qué iban a Collo. A la muerte del anterior emir, uno de los pretendientes al trono le había ofrecido a Pedro mucho oro y la apertura de consulados catalanes en Túnez y Bugía que desplazarían a los comerciantes franceses. Pedro envió una escuadra de diez galeras, al mando de Conrado Lancia y de Roger, que permitió a su aliado conquistar el trono. Sin embargo, una vez coronado, el nuevo rey decidió que le convenía seguir pagando al mucho más poderoso Carlos. La expedición se dirigía, tal como Pedro le había contado al legado papal, en ayuda de un cristiano potencial. Pero también a castigar al emir traidor y a recuperar el tributo y las ventajas comerciales que se le debían a Aragón.

El tiempo propicio cambió aquella noche y empezó a soplar una potente tramontana. Roger ordenó arriar velas, asegurar los remos en el interior y desarbolar el menor de los dos mástiles con los que contaba la nave para protegerlo. Al poco descargaba una fuerte tormenta.

—Señor —le dijo al rey—, acomodaos en el camarote. Esto va a peor y las olas barrerán la cubierta. Podrían arrastraros.

—¿Me acompañaréis vos?

La nave tenía una única cabina, y todo lo demás, tanto enseres como personas, se amontonaba en la bodega.

—Me quedo con el piloto y el timonel —contestó Roger—. Hay que encarar las olas de proa.

—Yo también —repuso Pedro—. Ayudaré.

—No estáis habituado al mar, señor. Será mejor que bajéis. Si precisara ayuda, se la pediría a uno de los marinos expertos. Y no quiero ser el responsable de que os traguen las aguas.

Pedro rio.

—No molestaré. Atadme al palo mayor, como a Ulises con las sirenas.

Roger le miró, escéptico. No podía perder tiempo tratando de disuadirle. Le conocía, no lo iba a lograr. Diluviaba, las olas crecían y la tormenta iba a peor.

—Atad al rey al palo mayor —ordenó a dos de sus mejores marinos—. Aseguradlo bien, que os va la vida.

Pedro comprendió pronto que Roger tenía razón; él era hombre de tierra firme. En sus anteriores viajes por mar siempre había gozado de buen tiempo y nunca había perdido de vista la costa. Vomitó. Y se alegró de que nadie pudiera verle. El peligro acostumbraba a excitarle, pero ahora estaba atemorizado. Aquel era un medio desconocido, terrible y tenebroso. El agua le golpeaba el cuerpo y el rostro con una fuerza nunca imaginada. La notaba salada en los labios. Los rayos unían su estruendo al del mar, parecían partir el cielo, y cuando cesaban, no veía nada. Tanto mejor. Porque su luz ofrecía un espectáculo aterrador. Frente a la nave se abrían unos espantosos vacíos que parecía que la iban a tragar. Caía en ellos, proa por delante, y una ola gigante lo barría todo. De pronto el espolón se elevaba y salían del agujero para volver a caer en otro. Sentía, a cada envite, que iba a morir. Veía a los galeotes acurrucados bajo sus bancos, atados también, y cómo el agua los cubría un tiempo infinito. La galera iba cargada y no

había espacio para ellos en la bodega. El rey volvió a vomitar y una nueva ola le golpeó en la oscuridad. Se sentía tan mal que ni siquiera le importaba morir.

El clan de Súria no viajaba en una estilizada galera sino en una de las redondeadas naves de carga de Roger. La amplia panza de la embarcación estaba dividida en dos niveles. En el inferior se amontonaban, en rediles de madera, cerdos, cabras, ovejas y vacas. Los almogávares, hacinados junto a las tropas de la hueste, equipajes y jaulas de gallinas y conejos, viajaban en el nivel superior.

Al embarcar, el mar en la bahía casi cerrada de Port Fangós estaba en calma y la nave permanecía anclada en el centro del puerto. Llegaron a ella en chalupas y tuvieron que trepar hasta su elevada cubierta, con armas e impedimenta, por escalas de cuerda.

El inicio de la travesía fue tranquilo. Pero conforme el mar se iba agitando empezaron los mareos y los vómitos. La bodega olía a establo, y aunque les permitían salir al aire libre, no tenían acceso a los castilletes de popa y proa, desde donde los vigilaba un buen número de ballesteros. «Parece que el capitán teme que nos apoderemos de la nave», dijo Galcerán. «Les damos miedo», rio Abdón, y Súria coincidió, divertida: «¿Qué íbamos a hacer nosotros con una nave?».

Pero el mar en calma cambió en aguas abiertas. Y más cuando el capitán avisó de que se acercaba una tormenta y ordenó que se protegieran en la bodega. El maderamen crujía, los animales mugían y balaban asustados y los candiles colgados del techo, única iluminación de la amplia bodega, oscilaban alocadamente. Se sujetaban como podían con cuerdas, y la paja del suelo apenas amortiguaba los golpes. El lugar apestaba a cuadra y a vómitos.

Varios bultos y un par de jaulas con gallinas se soltaron e iban de un lado a otro sin control. Todos estaban mareados y los fieros guerreros empezaron a rezar, aterrorizados. Había gritos y llantos con cada sacudida.

—Señor, concededme morir al aire libre —suplicaba Súria—. Y no tragada por las aguas en esta tumba inmunda.

Junto con Beatriu, trataba de proteger a los niños, que lloraban y se desollaban las manos al agarrarse de las cuerdas. *Drac*, su perrillo, iba dando tumbos de un lado a otro. Súria veía los rostros de la gente crispados por el miedo y el esfuerzo de aferrarse a las cuerdas. Nunca los había visto así. Pero lo peor llegó cuando los marinos, temiendo que se incendiara la paja, apagaron los candiles. Aquella oscuridad cargada de crujidos, gritos, tufo de vómitos y excrementos, violentas sacudidas y golpes inesperados era un infierno. Creían que iban a morir. Sans empezó a rezar a voz en grito, tratando de consolar la angustia, y los demás le siguieron. Aquella noche se les hizo eterna.

Al amanecer del día siguiente la tormenta amainó hasta cesar, salió el sol y llegó la calma. Agotados, llenos de magulladuras y heridas, todos salieron a cubierta, al aire libre, a respirar. Dirigidos por Sans, elevaron los brazos al cielo rezando al Señor. Le agradecían la vida.

Pedro, libre de sus ataduras y superado el mareo, se sentía peor que si le hubieran apaleado. En el horizonte se divisaban varias velas, pero la flota se había dispersado.

—¿Qué costa es esa? —le preguntó a Roger.

—Mallorca. La tormenta nos ha arrastrado al sur. Las naves más voluminosas tal vez hayan llegado hasta Ibiza. Nos tomará un tiempo reagruparnos.

Aquella tarde avistaron Menorca. A la entrada de la profunda ensenada del puerto de Mahón los esperaba la galera del almirante junto a un par más. En la costa distinguieron un gran número de sarracenos armados, a pie y a caballo, que se preparaban para repeler una posible invasión.

—Que nadie baje a tierra sin que yo lo ordene —dijo Pedro—. Transmitid mi orden.

—Hay una isla deshabitada en el interior de la ensenada donde desembarcaremos sin peligro —le informó Roger.

Penetraron en la ensenada y al rey le sorprendió su amplitud y profundidad. No había en la costa catalana o valenciana algo semejante. Allí se podía proteger toda la flota.

La galera tocó tierra en la isla e instalaron la tienda real. Conforme iban llegando, los nobles plantaban las suyas alrededor de la del rey Pedro, siguiendo un protocolo de cercanía según su rango.

Al contrario que Mallorca e Ibiza, conquistadas por el rey Jaime, Menorca era un pequeño sultanato musulmán, vasallo de la Corona de Aragón. Su reyezuelo, Abu Omar, tan pronto vio las enseñas y el tamaño de la flota supo que no había resistencia posible. Además, la divisa personal del rey Pedro era más que intimidatoria. La cruz roja de San Jorge sobre fondo blanco y cuatro cabezas decapitadas.

El emir hizo traer a la orilla, enfrente de la isla donde se encontraba la hueste, abundante ganado: vacas, ovejas, cabras y gallinas, junto con quesos y otras viandas. Y sus emisarios le rogaron al rey que se sirviera de cuanto quisiese. Una vez que Abu Omar supuso que Pedro estaría contento, apareció con su galera, pidió comparecer ante él y se arrodilló para besarle manos y pies.

—Bienvenido seáis, rey don Pedro —dijo—. Tanto mis gentes como yo mismo somos vuestros humildes servidores. Pedid lo que preciséis.

—Gracias, amigo —repuso el rey—. Nos quedaremos un par de días, mientras reagrupamos la flota y reparamos las naves. Con lo

que habéis traído tenemos cuanto necesitamos. Os podéis ir.

Y así lo hizo el musulmán, dejando antes presentes de sedas, oro y plata.

Roger observó que, durante el encuentro, el capitán de los jinetes sarracenos valencianos mantenía una conversación, aparte y en su lengua, con uno de los jefes militares del emir de Menorca. Era muy extraño. ¿Qué tendrían que decirse si no se conocían?

97

Collo, costa de Túnez, 13 de junio de 1282

Una suave tramontana empujó a la flota desde Mahón hasta Collo. Pedro contemplaba pensativo, mientras viajaba en la galera de su hijo, las velas blancas sobre el mar azul. Le complacía reconocer las naves de algunos de sus antiguos enemigos, ahora convertidos en fieles súbditos ávidos de oro africano. Veía ondear las divisas del águila bicéfala de Arnau Roger de Pallars, las seis motas negras sobre fondo blanco en las naves de Blasco de Alagón, los cuadros negros sobre oro del conde de Urgel, y así muchas más.

Se preguntaba si lograría conquistar Sicilia como le había prometido a Constanza. Haría lo posible y lo imposible. Y más si era preciso. Pero tendrían que darse un buen número de circunstancias favorables. El derecho y la razón estaban con el pueblo de Sicilia y la herencia de su esposa, aunque aquel pontífice francés se opusiera. Dios no podía bendecir a un papa impuesto por la fuerza por Carlos de Anjou. El Señor tenía que estar con la justicia. Con él, con Pedro de Aragón. Se puso a rezar.

Arribaron a una costa muy montañosa, verde por su densa vegetación y con abruptos acantilados. La bordeaban peligrosos

arrecifes que grandes olas azotaban levantando blanca espuma.

—Collo está más al oriente —dijo el vicealmirante Marquet.

Ramón Marquet era un hombre grueso de cuarenta y ocho años, calvo y de barba pelirroja, generalmente bienhumorado y con una sonrisa fácil que mostraba, sin reparos, huecos entre sus dientes. Su relación con la familia real era larga. Trece años antes, había capitaneado la galera del rey Jaime I en su cruzada a Tierra Santa, de la que el monarca desistió tras una horrible tormenta. Pedro le había pedido que le enseñara todo lo que sabía a su hijo Jaime Pérez, y el hombre ponía su mejor voluntad.

Al poco vieron una pequeña playa y un cabo pedregoso, y la costa continuó al sur, rocosa e inabordable. Después de una península encontraron una amplia rada con una extensa playa de arena blanca, en cuyo extremo sur se distinguía una muralla.

—Esto es ya Collo —indicó el vicealmirante—. El puerto está pasada esa península rocosa.

—Aquí cabe, protegida, toda la flota —dijo Pedro, complacido.

Un par de jinetes los observaban desde la costa.

—No parece que se preparen para rechazarnos como hacía el emir de Menorca —se extrañó Jaime Pérez—. Ni que corran a dar la alarma.

—Habrá que ver qué nos espera del otro lado —murmuró Pedro.

—En todo caso, esta es la playa más cercana a la ciudad —informó Ramón Marquet—. El ejército tiene que desembarcar aquí. Es ideal para varar galeras y anclar naves.

La galera del almirante se detuvo, arrió las velas y puso los remos al mar. Las demás la imitaron y, al alcanzar la bocana de la rada, una de ellas se dirigió al extremo norte de la playa y otra al centro, a una distancia de un par de tiros de ballesta de las murallas. Vararon sus quillas en la arena y de inmediato los almogávares saltaron a tierra protegidos por los ballesteros de las naves.

Corrieron hasta los árboles para resguardarse de un posible ataque de caballería. A continuación, los siguieron los ballesteros.

—No hay oposición —murmuró Pedro—. Se habrán encerrado tras los muros.

Las naves anclaron en el interior de la rada y empezaron a desembarcar los almogávares en botes. Mientras, las taridas varaban con la popa en la arena. Los marinos abrían las compuertas traseras y el mismo portón servía de puente para que bajaran los caballos sin apenas mojarse las patas.

—Vamos al puerto —ordenó Pedro.

La galera del almirante bogó hacia el extremo de la península. Una vez sobrepasado el cabo, la costa rocosa continuaba en sentido sureste, y al poco divisaron un puerto rodeado por una ciudad amurallada.

—¡Collo! —exclamó Jaime Pérez—. ¡Pero solo hay una nave en el puerto!

Conforme la flota se acercaba, vieron que en el palo mayor del barco ondeaba la enseña de la República de Pisa. Desde el muelle les saludaban media docena de hombres. La nave del almirante atracó, sin que nadie se lo impidiera, junto a la de Roger y un par más.

—¡Se han ido todos! —gritaron los pisanos—. ¡No hay nadie en la ciudad!

Los soldados de Roger saltaron a tierra y entraron en la villa sin traba alguna.

—La posición es segura, señor —le dijo Roger a Pedro con una reverencia cuando desembarcó—. Parece que los sarracenos han huido.

—¿Quiénes sois? —inquirió Pedro a los italianos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Somos mercaderes pisanos —dijo el que parecía al mando, al tiempo que se arrodillaban—. Y han huido todos.

—¡Levantaos! —les dijo el rey—. Hasta aquí lo he adivinado. Decidme más.

—Hace unos días llegó una nave rápida sarracena avisando de que veníais a Collo. Hicieron el viaje desde Menorca en solo un día y una noche.

—El maldito emir —murmuró Roger—. ¡Nos ha traicionado!

—Los musulmanes recogieron lo que tenían de valor y salieron a toda prisa —continuó el pisano.

—¿Tenéis noticias de Constantina? —inquirió el rey.

—El gobernador Ibn Hassan se rebeló contra el sultán. Este envió un ejército a sitiar la ciudad, y una de las noches, la guardia, sobornada, abrió las puertas a los de Túnez. Ibn Hassan fue apresado y decapitado.

Pedro quedó en silencio, pensativo. Roger le observó entre preocupado y curioso. ¿Qué haría ahora? Su cruzada, que pretendía ayudar a Ibn Hassan, ya no tenía sentido. ¿Qué dirían los nobles? ¡Tantos días de preparación y tantos recursos empleados para nada! Imaginaba su frustración.

—Señor —continuó el italiano—, os suplicamos que nos permitáis mercadear con vuestros súbditos.

—Podéis hacerlo —repuso distraído, y llamó al vicealmirante Marquet—: Ramón, terminad el trabajo de Roger y disponed la ocupación segura de la ciudad —ordenó—. Yo me instalaré en el palacio del gobernador. Avisad a los nobles. Nos reuniremos en consejo.

En el consejo el rey informó a los nobles de la situación. Les dijo que aun así el propósito de la cruzada seguía vigente y distribuyó responsabilidades de vigilancia y control de las colinas circundantes. También determinó dónde acamparían sus huestes y estableció medidas de seguridad para repeler un posible ataque.

Roger se dijo que, aunque mala en apariencia, en realidad la noticia era excelente para el plan secreto del monarca. Tenía la flota anclada en una bahía y un puerto seguros. Poseía una ciudad amurallada, cercana a Sicilia, que no le había costado ni un solo hombre. Y no se veía obligado a internarse en el continente africano para ayudar al decapitado Ibn Hassan. Además, sus nobles y los almogávares se entretendrían con lo que más les gustaba hacer: saquear. Podía esperar tranquilamente a que se desarrollaran los acontecimientos.

¿Estaría su propia mano, aquella que no podía saber lo que hacía la otra, detrás de aquellos sucesos? ¿Tendría relación con el cruce de palabras entre el sarraceno valenciano y el menorquín? Roger trataba de aprender de Pedro su hábil uso de los espías tanto en situaciones bélicas como diplomáticas. No le era fácil, precisamente por la reserva que el monarca mantenía en esos asuntos. Pero sospechaba, admirado, que aquella situación era el resultado de una jugada maestra.

98

Collo, 14 de junio de 1282

—Señores, quiero una estricta disciplina —advirtió el rey a sus nobles—. Que nadie se atreva a salir del perímetro defensivo sin mi permiso. Quien lo haga será duramente castigado.

El campamento se había establecido tanto dentro de las murallas de Collo como en sus afueras, protegido de un posible ataque sarraceno por zanjas y empalizadas. También se ocuparon y fortificaron las colinas estratégicas de los alrededores, y Pedro las dejó bajo el mando de los principales barones.

—Desconocemos el territorio y los sarracenos nos esperan para emboscarnos —continuó.

—Señor —intervino el impetuoso conde de Urgel—, no nos quedaremos en Collo, ¿verdad? Hemos venido aquí en nombre de Dios para ganar honor y fortuna con nuestros hechos de armas.

Era un hombre vigoroso de veintisiete años y el más poderoso de los vasallos de Pedro. Ocho años antes había apoyado a Fernán, el hermano bastardo del rey, en la conjura secreta de Orgañá, y fue uno de los nobles a los que Pedro había derrotado dos años antes en Balaguer. Había penado un año, encadenado en prisión, viéndose obligado a pagar una cuantiosa multa por su libertad. Pedro le había

condonado parte de la deuda y era ahora uno de sus más fieles seguidores.

—Bien decís, conde —aprobó el monarca—. Pero no aceptaré que cada uno haga la guerra por su cuenta, ni acciones alocadas que causen muertes inútiles. Dividiremos el ejército en cuadrillas formadas por unos doscientos caballeros y sus mesnadas junto con mil o dos mil almogávares. Yo decidiré qué nobles las comandarán y qué objetivos atacar.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Para empezar, encargo a Roger de Lauria y a sus almogávares que exploren el terreno que nos rodea e identifiquen a qué fuerzas nos enfrentamos.

—Así lo haré, señor —repuso el siciliano.

La conversación entre ambos siguió al poco en privado:

—Vos conocéis, hermano, cuál es el verdadero propósito de este viaje —le dijo el rey—. No quiero perder aquí, en el norte de África, a las tropas que precisaremos en Sicilia. Aunque sean almogávares. Enviad a explorar a los más hábiles, primando su seguridad.

—Obráis bien, señor. Mis almogávares son tan osados como prudentes. Más que la mayoría de esos señores deseosos de gloria.

—La gloria nos espera en Sicilia, no aquí, Roger —dijo el rey.

Galcerán, Súria y los suyos se desperdigaron en cuadrillas explorando el terreno. Llevaban consigo almogávares de origen musulmán capaces de comunicarse con los locales. Roger envió también varios destacamentos de jinetes sarracenos valencianos que trabajaban en equipo con los almogávares. Al tercer día tenían un buen conocimiento de su entorno.

—El interior es muy montañoso y arbolado —informó el adalid—. El emir de Túnez ha enviado de dos a tres mil jinetes de caballería ligera bereber. En la zona habrá también unos mil infantes, muchos

de ellos arqueros. Y a cuatro horas de camino, en el interior, hay un pueblo escasamente amurallado y con mucho ganado.

—Es un buen terreno para nuestro estilo de guerra —añadió Súria.

Roger ponderaba pensativo la información. Resultaba que, en efecto, Súria sabía escribir y había trazado un excelente mapa de los alrededores donde había destacado montes, ríos y posibles objetivos, según datos recopilados de sus camaradas.

—Necesitamos empezar con una victoria fácil, de poco riesgo —musitó Roger arrugando el cejo—. Y primero habrá que neutralizar a la caballería bereber.

—No será fácil, señor —dijo Tono el Oso—. Esos jinetes están acostumbrados a atacar por sorpresa y huir si encuentran resistencia. Vuelven a atacar y huyen de nuevo.

Tono era el adalid de un grupo de golfines castellanos procedentes de Sierra Morena que se habían unido al clan. Tenía unos treinta años y su tamaño y aspecto recio y velludo recordaba al plantígrado del que procedía su sobrenombre.

—Nuestra caballería pesada no los podrá alcanzar —advirtió Galcerán.

—Pues habrá que tenderles una trampa —dijo Roger—. Y si no podemos acabar con ellos, al menos hay que escarmentarlos para que se mantengan a distancia.

—Sus jinetes apenas van protegidos con un escudo y un casco —intervino Súria—. Y menos aún sus caballos. Son muy vulnerables a nuestros dardos y azconas.

—¿Os atreveríais a servir de cebo? —inquirió Roger.

Miraba a Súria. La muchacha hablaba como un guerrero experto y con la energía de un adalid. Para los almogávares era un líder más, pero a Roger le costaba verla como tal. Sus frustrados intentos amorosos no habían hecho más que aumentar su deseo. La amaba,

temía ponerla en peligro y sabía que eso le mermaba a él como general.

—Sí —dijo Galcerán—. Con tal de derrotarlos y caer inmediatamente después sobre ese pueblo lleno de riquezas.

—Acordemos un plan —propuso Roger—. Y se lo presentaré al rey.

Roger aguardaba inquieto. Mil de los mejores almogávares liderados por Galcerán se habían internado en territorio enemigo para atraer a la caballería sarracena. Súria iba con ellos. No podía dejar de pensar en ella. Aquella hechicera pelirroja le había embrujado. Sabía bien el nombre de la pócima que le envenenaba. Se llamaba amor. ¡Tenía a Súria tan cerca pero a la vez tan inalcanzable! Sufría deseando verla y sufría cuando la veía.

—¡Señor, la señal! —gritó uno de sus caballeros.

Un espejo destellaba en una de las colinas, la contraseña convenida. Roger había acordado la ruta con Galcerán: los almogávares no abandonarían la cercanía de los montes para refugiarse en ellos cuando los atacaran. Una vez sitiados, debían enviar una señal a los camaradas que aguardaban en las cimas para transmitirla hasta Collo.

—¡A los caballos! —ordenó Roger.

Cuatrocientos jinetes le siguieron, junto con tres mil almogávares y cuatrocientos ballesteros de las mesnadas reales. Iban al trote. Roger no lograba contener su ansiedad pero no podía galopar para no dejar atrás a la infantería.

A hora y media de Collo toparon con el enemigo. Unos dos mil jinetes rodeaban a los almogávares refugiados en un par de colinas. Roger ordenó a su caballería cargar y los sitiados abandonaron sus refugios para acometer a los sarracenos con sus azconas. Los musulmanes vieron que tenían las de perder y huyeron al galope.

Roger buscaba ansioso a Súria. Vio a Sans y a otros del clan, pero no a ella. Al fin se topó con Galcerán.

—Súria iba en vanguardia —le informó el adalid—. Está a media legua en el interior.

Roger sabía que Galcerán compartía su preocupación y le tendió la mano para auparlo a la grupa de su montura. Su escudero le imitó montando a Tono y se internaron, a toda velocidad, en territorio enemigo.

A menos de media hora se encontraron con arqueros sarracenos que disparaban contra un grupo de árboles donde se escondía la avanzadilla almogávar. Una docena de jinetes esperaba a que salieran para cargar contra ellos. Roger y su escudero dejaron en tierra a Galcerán y a su compañero para luchar, espada en mano, contra el enemigo, que tuvo que hacerles frente descuidando su ataque. Detrás los seguían al trote los dos almogávares. Después de dispersar al enemigo de varios espadazos, Roger se lanzó hacia el bosquecillo donde se escondía una treintena de almogávares. Varios estaban tendidos, heridos o muertos. ¡Súria seguía en pie, pero ensangrentada!

—¡Sube! —le gritó, y agarrándola del brazo tiró de ella.

Súria montó sin pensar. Y, espoleando su montura, Roger la sacó de allí.

Cuando se alejaron lo suficiente, detuvo su caballo tras unas rocas, bajó de un salto y, cogiéndola de la cintura, la ayudó a desmontar.

—Pero ¿qué hacéis? —inquirió ella—. ¿Por qué me apartáis de los míos cuando más me necesitan?

—Te lo debía. Me salvaste en Montesa. Ahora me toca a mí.

Y con un pañuelo y agua le limpió la herida del brazo para después vendársela.

—¡Estoy bien! —dijo ella—. ¡Volvamos! ¿No os avergüenza lo que habéis hecho?

Roger reflexionó un momento.

—Sí —murmuró—. Me avergüenza. Pero no he podido evitarlo. Te amo y temía por ti.

Ella le miró con ternura.

—Un general no debe enamorarse de un soldado —le dijo—. Volvamos. Aún podéis salvar vuestra honra.

Montaron y, después de dejar a Súria con los suyos, Roger cargó contra los sarracenos que reiniciaban el ataque en el bosquecillo. El escudero, que se había apartado al verse solo, le siguió. Esta vez les dio la bienvenida una lluvia de flechas, que pararon como pudieron con los escudos. Una traspasó la cota de malla de Roger a la altura del hombro, aunque este no se detuvo y alcanzó a los arqueros, a los que dispersó con su maza de combate. Su escudero cayó malherido. Los almogávares aprovecharon la ocasión para salir de su refugio y atacar al enemigo. Y entonces llegaron refuerzos cristianos y los moros se dieron a la fuga.

Con el camino libre, la expedición asaltó el pueblo, del que regresó con cientos de cabras, ovejas, vacas, oro, todo tipo de objetos y esclavos. En el campamento se celebró el primer botín con una gran fiesta, en la que se sacrificaron un buen número de animales.

Súria no podía dejar de pensar en el acto de amor protagonizado por Roger. Le enternecía. Había arriesgado mucho por ella. Y no solo la vida. También su honra. De enterarse, el rey le apartaría del mando.

No le vio en la comilona de celebración, supuso que estaría recuperándose de su herida y fue a visitarlo a su tienda. Roger parecía decaído y tenía un aparatoso vendaje en el hombro. A ella le bastaba el pañuelo que él le había atado en el brazo.

—¿Cómo os habéis arriesgado tanto por mí? —inquirió ella.

—Ya te lo he dicho. Te quiero y lo repetiría ahora mismo.

—Prometedme que nunca más lo haréis. —Ella le miraba con una ternura que él jamás había visto en sus ojos azules—. Dejadme morir como un almogávar si Dios así lo quiere. No consiento privilegios.

—No podré dejarte morir.

El corazón del caballero latía emocionado. Ansiaba abrazarla y besarla pero no se atrevía a intentarlo. No quería estropear aquel momento mágico.

—Prometedme que no os pondréis más en ridículo por mi causa y que me trataréis como a cualquier otro soldado —insistió ella—. Que no volveréis a avergonzarme.

—No puedo hacerlo, Súria.

—Os propongo un trato.

—¿Cuál?

—Os daré algo a cambio de esa promesa.

—¿Qué?

Se desabrochó la chaquetilla de cuero y la dejó caer al suelo. Roger se quedó sin respiración y su mirada fue a sus reducidos pero bien formados senos. Ella, observando complacida la impresión que le causaba, se quitó el cinturón y el faldón del sayo. Él contempló fascinado su torneada cintura y el vientre, las caderas y el vello en llamas de su pubis.

—Esto a cambio de vuestra promesa —dijo ella seria.

Súria quería experimentar qué se sentía con un hombre y no había ninguno que le atrajera más que el señor del valle del Seta. Aquel rescate, a pesar de sus reproches, le había tocado el corazón. Mucho. Y también su declaración de amor. Llevaba todo el día deseando darle un gran abrazo, sentir su calor, su tacto, besarle.

Él se le acercó, buscó sus labios con los suyos y cuando sus pieles entraron en contacto se puso a temblar. Se amaron.

A la mañana siguiente, Súria se apartó con suavidad para vestirse.

—No te vayas, te lo suplico —imploró él.

—Esto no volverá a ocurrir, señor —le dijo ella.

—¿Por qué, Súria? ¡Me quitarás la vida!

—Estáis casado.

—Ya os dije que por obligación. Margarita se ha quedado en mis tierras de Cocentaina junto a mi hijo y quizá jamás nos volvamos a ver. Yo puedo morir en la guerra y ella en la paz. En cambio, tú y yo estamos aquí, juntos, vivos. ¡Gocemos del amor! ¿Tan mal lo has pasado?

—Lo he pasado bien.

La cara de Roger se iluminó con una sonrisa.

—¿Entonces? —dijo.

—Soy un guerrero, señor del valle del Seta. Y los guerreros no se quedan embarazados. Y eso es lo que terminaría ocurriendo. Además, vos no le seréis fiel a vuestra esposa, pero yo he decidido serle fiel a Beatriu. Esta noche os habéis portado bien, señor. Pero con ella es mejor.

Sonrió, levantó el tapiz que cubría la entrada de la tienda y se fue.

—¡No puede ser! —murmuró Roger, devastado, y se derrumbó en el lecho.

Conservaba el calor de ella. La deseaba aún más que antes.

99

Montefiascone, en el norte de Roma, 1 de julio de 1282

—Debéis apresuraros a sofocar de una vez esa rebelión —sentenció Martín IV—. Está en juego el prestigio de la Santa Sede y el honor de Francia.

De un trago apuró su copa y un criado corrió a llenarla de nuevo. Hacía calor y el pontífice llevaba la cabeza descubierta mostrando su calva. Sus ojos, oscuros y saltones, miraban acuosos a Carlos de Anjou. Almorzaban acompañados de Carlos, el príncipe cojo de Salerno, y del cardenal Gerardo Bianchi de Parma en el comedor de la residencia de verano de Martín IV situada en el castillo que dominaba Montefiascone. Era un día luminoso y desde el ventanal se divisaba la gran masa azul del lago Bolzano, por encima del cual flotaban, plácidas, unas nubecillas blancas.

—Cuando Palermo se sublevó, deberíais haber mandado de inmediato el ejército a Mesina y haberos asegurado esa estratégica plaza —continuó el papa, acusador.

—Estáis en lo cierto, padre —repuso el aún rey de Sicilia—. Tenía mi atención puesta en el ejército que debía conquistar Constantinopla y estaba convencido de que mi gobernador sería capaz de someter a los palermitanos.

El joven Carlos observaba, sorprendido, cómo su padre soportaba la reprimenda del papa. Nunca le había visto tan sumiso. Él no se atrevía ni siquiera a mencionar que se lo había advertido. De haber pronunciado él las palabras del papa, quizá hasta le habría golpeado, encolerizado, con su vara.

—¿Y qué ocurrió con las cuatro galeras napolitanas que enviasteis a Palermo? —quiso saber el pontífice, que se concentró en el plato de anguilas del lago Bolzano que tanto le gustaban. Su blanda carne estaba cocinada en una salsa roja de vino y sangre, con especias picantes.

—El gobernador mandó otras siete galeras desde Mesina —explicó el rey—. Iban a bloquear el puerto, bombardear la ciudad y desembarcar las tropas que la someterían. Llegaron antes que las napolitanas, y cuando los de Palermo las vieron, alzaron en sus murallas las enseñas de la cruz de Mesina en señal de hermandad. Y los marinos de Mesina se negaron a atacarlos. Cuando llegaron las cuatro napolitanas no pudieron hacer nada salvo esperar, junto a las otras, en la entrada del puerto. Pero cuando la flota de Mesina supo que su ciudad también se había sublevado, atacó a las galeras napolitanas. Capturaron dos y el almirante tuvo que escapar con las dos restantes.

—¡Qué desastre! —murmuró el pontífice sin dejar de comer y mirando severo al rey—. ¡Debéis terminar de inmediato con esa rebelión! ¡Es una afrenta para la Santa Madre Iglesia y humilla a Francia!

—Con todo mi respeto, su santidad, no me voy a precipitar —replicó Carlos elevando la barbilla. Volvía su altiva dignidad—. Dios está con nosotros y venceremos. Mi ataque será duro y decisivo.

—¡Muy bien, hijo! —repuso el papa complacido—. Así debe ser.

—Las escaramuzas ya se han iniciado —continuó el rey—. A principios de junio desembarqué un contingente en Milazzo, cerca de Mesina, pero nos rechazaron. Unas semanas más tarde insistimos y

los derrotamos de forma sangrienta y contundente. Cuando desembarquemos de verdad, será con un ejército como nunca habrán visto. Que les haga temblar con solo contemplarlo.

—¿Cómo reaccionaron los de Mesina frente a esa derrota? —inquirió el cardenal Gerardo Bianchi de Parma, un hombre corpulento y grueso de unos sesenta años.

A pesar del calor y de su abundante cabellera castaña encanecida, se cubría, solemne, con el solideo rojo cardenalicio. Unas gotas de sudor perlaban su frente. Su volumen corporal y su formalismo contrastaban con el pequeño cuerpo de Martín IV y la precipitación que a veces mostraba. Era un consumado diplomático y su misión consistía en convencer a los isleños para que se sometieran sin condiciones a Carlos.

El rey resopló.

—Asesinaron a los Riso y a otros sicilianos fieles que mantenían presos en el castillo de Mategrifon —murmuró con rabia—. Destituyeron a su líder y nombraron capitán general al barón Aliamo de Lentini, ese traidor que vino a veros como embajador de Mesina.

—¿El marido de la famosa Macalda de Scaletta? —El papa sonreía divertido.

—Sí, padre —repuso el rey.

Carlos recordaba muy bien a la bellísima y ambiciosa dama. Y también su breve pero intensa relación. El pontífice lo sabía.

—Bien. Juntad ese gran ejército —aceptó el papa—. Buen dinero os di para hacerlo. No os demoréis.

—La semana próxima estaré en Catona. Allí reúno a la tropa. Como sabéis, se encuentra a la vista de Mesina, al otro lado del estrecho. Antes de un mes estaremos sitiando la ciudad.

—¿Estáis reuniendo los hombres y pertrechos que precisáis?

—Sí —repuso confiado el rey—. Las tropas de nuestros condados de Anjou, Maine, Forcalquier y Provenza ya se dirigen hacia allí. Nuestros aliados güelfos de Florencia nos envían un pequeño

ejército bajo los estandartes de la ciudad. Llegan también tropas de Roma y de Albania, que se unirán a las tropas de los territorios peninsulares de mi reino. Y además de mis naves tenemos otras muchas de Venecia, Pisa y Génova.

—Lo mejor de la caballería francesa está también de camino —intervino el príncipe de Salerno—. Mi primo el rey de Francia nos envía a su hermano Pierre, Conde de Alençon, y a nuestro primo Robert de Artois, junto con sus caballeros y mesnadas.

—Los de Mesina pretenden convertirse en una república libre vasalla del papa —intervino el cardenal—. Y yo represento a su santidad. Con semejante ejército frente a sus murallas los podré convencer para que regresen a la obediencia y se sometan. De lo contrario, seguirán excomulgados y perderán sus vidas y sus almas.

—¡Rendición sin condiciones! —dijo Martín IV.

—Sin condiciones —repitió el embajador sin demasiada convicción.

—Me preocupa el rey Pedro y su cruzada —intervino tímidamente el príncipe—. Se dice que su verdadero destino es Sicilia.

—No se atreverá —dijo una vez más el papa—. Como bien sabéis, envié al cardenal Grosseto Bartolomeo para que le vigilara y le quitara de la cabeza cualquier idea estúpida. Me dice el cardenal que en su expedición solo van ochocientos caballeros y diez mil infantes, de los cuales al menos cuatro mil son esos bandidos desarrapados que corren por sus montes. Gente sin disciplina ni instrucción.

—El ejército que pienso poner en la isla tendrá al menos ocho mil caballeros y sesenta mil infantes. Guerreros profesionales —informó el rey, altivo—. Si se atreven a retarnos, los arrasaremos. La gente con la que cuenta el rey de Aragón le permite incomodar a mi vasallo el emir de Túnez, pero no podrá someterlo. Robarán unas cuantas gallinas y tendrán que regresar a España.

—Pero corren rumores sobre… —insistió el tullido.

—Lo del de Aragón ni es cruzada ni nos tiene que inquietar en Sicilia —le cortó el papa, severo—. Que no os quite el sueño. Ahora hay que concentrarse en someter a los rebeldes. No he respondido a Pedro de Aragón sobre su pretensión de obtener los privilegios de cruzada para su expedición. Ni pienso hacerlo.

El joven Carlos calló, pero estaba convencido de que su padre y el pontífice pecaban, de nuevo, de soberbia.

100

Collo, 15 de julio de 1282

—Señores, llevamos un mes en Collo y habéis protagonizado grandes hechos de armas. —Pedro se dirigía a sus nobles, reunidos en asamblea—. Os habéis cubierto de honor, en defensa de la cristiandad. Hemos capturado abundantes rebaños de vacas y ovejas y saqueado poblaciones remotas con apenas pérdidas.

Roger asistía expectante al discurso de su señor en el patio de la residencia del gobernador. Admiraba su elocuencia y cómo sabía pulsar los resortes emocionales de sus barones. ¿Sería capaz esta vez de conducirlos a donde quería?

—Rechazamos todas las acometidas del ejército sarraceno del emir. Las provisiones capturadas son muchas y los almogávares están engordando.

Los nobles rieron.

—Arrebatamos a los sarracenos ricos botines de oro, plata, sedas y distintos enseres que, junto con la venta de esclavos, cubren ampliamente nuestros gastos.

Se oyeron síes. Estaban satisfechos.

—El emir de Túnez no se atreve a hacernos frente en batalla campal pero vigila nuestros movimientos a la espera del menor error para caer sobre nosotros. En España conocemos muy bien ese tipo

de guerra. Nos ha tratado de emboscar varias veces, pero vosotros, señores, habéis sabido derrotarle.

Varios asintieron en voz alta.

—Sin embargo, esta es una cruzada y no podemos quedarnos varados en Collo. Venimos a conquistar reinos para la cristiandad y a convertir infieles. Yo contaba con el gobernador de Constantina y sus tropas para establecer una posición segura en el interior. —Hizo una pausa y observó uno a uno a sus nobles más poderosos—. Pero nuestras fuerzas son insuficientes para dar el siguiente paso. Penetrar tierra adentro y sitiar grandes ciudades nos haría extremadamente vulnerables. Necesitamos la ayuda del santo padre. Le pedí, antes de partir, a través de su enviado el cardenal Grosseto, que declarara cruzada nuestra expedición. Confiaba en que se apresuraría a hacerlo. Sin embargo, aún aguardo su respuesta.

Hubo un murmullo de consternación. Los nobles se miraban unos a otros.

—¿Nos decís, señor, que carecemos de la indulgencia papal que perdona pecados y concede la vida eterna a quienes mueren luchando por Dios en una cruzada? —inquirió, sorprendido, el conde de Urgel.

A Roger no le inquietó su intervención, sabía que era uno de los nobles más fieles.

—Así es —confirmó Pedro—. Ni tampoco nos ha concedido el diezmo sobre los ingresos eclesiásticos del que se beneficia una cruzada, ni ha mandado tropas en nuestra ayuda.

Hubo silencio.

—Requiero vuestro consejo —continuó—. Voy a enviar una embajada al papa que le exija los mismos beneficios para nuestra cruzada que los concedidos a la del rey de Francia y Carlos de Anjou. —Y se levantó de su asiento elevando el puño y la voz—. ¡Y hay que hacerlo de forma contundente! ¡No somos menos cristianos que los franceses!

—¡Claro que no lo somos! —exclamó el conde de Urgel levantándose también.

—¡Exijámoslo! —apoyó el conde de Pallars, poniéndose de pie.

—¡Cuanto antes mejor! —clamó Roger.

La propuesta se aprobó por aclamación con todos los nobles en pie. Nadie se opuso. ¿Quién lo hubiera hecho en semejantes circunstancias?, se preguntó Roger. El rey Pedro continuaba tejiendo, hábilmente, su tela de araña.

—¡Si el papa ampara nuestra cruzada, nos concede los perdones y envía gente de armas y dinero en abundancia, nunca, mientras viva, abandonaré estas tierras! —clamó Pedro con una voz tan potente que parecía estremecer las paredes del palacio—. ¡Y con vuestra ayuda, la de Dios y la del pontífice, he de conquistar toda esta tierra para la cristiandad!

Los nobles le aclamaron. De entre sus voces se impuso la de Guillem, el vizconde de Castellnou.

—¡Estamos con vos! —gritó—. ¡Y al servicio de Dios! —El defensor del castillo de Montboló era buen amigo de Pedro y estaba al tanto de sus verdaderas intenciones.

—¡Traeremos a estas tierras a nuestras mujeres e hijos! —clamó Blasco de Alagón—. ¡Y aquí nos hemos de quedar!

Roger contemplaba aquel entusiasmo y emoción, incrédulo. El rey apostaba muy fuerte. Debía de tener una absoluta seguridad de que el papa se iba a negar.

Aquella noche Pedro escribió a su esposa: «El segundo paso hacia Sicilia se ha dado hoy, mi amada. Rogad al Señor para que esté en lo cierto y Martín IV haga lo que espero».

—Señor, sed nuestro valedor ante el rey —le suplicó Giacomo a Roger.

El muchacho que nunca sonreía había embarcado, junto a su tío, con la mesnada de Conrado Lancia. Sin embargo, estaba más cercano a Roger desde que habían recorrido Sicilia juntos disfrazados de frailes.

—Don Juan de Prócida y el infante Alfonso, mis protectores, se encuentran en España y suplico vuestro apoyo —continuó—. Hay que defender Mesina del inminente ataque angevino. Queremos el permiso real para abandonar Collo e ir en su ayuda.

Roger sonrió ante su petición. Era el mismo rey Pedro quien había hecho correr la noticia de la apurada situación de Mesina. La resistencia de la ciudad era fundamental para sus planes, y a pesar de que no era más que un simple caballero y de sus diecinueve años, Giacomo era un líder capaz de arrastrar a otros a la aventura.

—No será difícil que el rey os lo conceda —le dijo.

Dos días después, con la bendición real, Giacomo, su tío Pascale Coppola y cincuenta caballeros aragoneses y catalanes embarcaban junto a sus mesnadas hacia Mesina. Desde la proa de su nave, el muchacho contemplaba, emocionado, el amanecer sobre el mar. Entregaría su vida al servicio de Aragón, por la libertad de Sicilia y para vengar a su familia.

101

Regio de Calabria, 25 de julio de 1282

Los vientos soplaban suaves en el estrecho de Mesina y la mañana era clara y transparente. Desde la torre del castillo de Regio de Calabria se distinguían perfectamente los montes gris verdoso de la orilla opuesta y la blanca silueta de Mesina, más allá de la franja azul del mar. Carlos de Anjou contemplaba la multitud de velas que surcaban las aguas. La flota desembarcaba su ejército al sur de la ciudad. La milicia de Mesina quiso rechazar a los primeros en llegar pero su esfuerzo fue inútil y, ante el enorme poder del invasor, se refugió intramuros.

El rey vestía sobre su armadura de cota de malla una sobreveste con su enseña de flores de lis y cruces de Jerusalén en oro y una capa púrpura. Y sobre su casco de acero, la corona real. Su figura corpulenta y poderosa contrastaba con la de su hijo, de menor tamaño y hombros desiguales. Parecía una caricatura de su progenitor. Junto a ellos, también armado, se encontraba el conde Pierre de Alençon, hermano del rey de Francia, sobrino de Carlos y primo del príncipe cojo. A sus treinta años, Pierre era el exponente de las virtudes de la caballería francesa: alto, distinguido, de sonrisa fácil y galante. Los acompañaba Heribert d'Orleans, el anterior gobernador angevino de la isla.

—Quisiera acompañaros en la conquista, padre —dijo el joven Carlos.

—Ya me acompañan quienes saben de guerra, hijo —se negó, condescendiente el de Anjou—. Vos cumplid bien con mi encargo.

—De entrar en combate, el príncipe lo haría como el mejor —aseguró Pierre, que siempre tenía una palabra amable y de apoyo hacia su primo—. Domina tan bien el caballo como la espada.

—Soy vuestro heredero y debería luchar a vuestro lado —insistió el príncipe.

Carlos sonrió con tristeza.

—No habéis nacido para combatir —repuso sin considerar las palabras de su sobrino—. Pero sois un buen gestor. Quedaos de este lado y aseguraos de que nada nos falte. Ya sean víveres, tropas o naves.

—Nunca en Sicilia se ha visto un ejército como este —aseguró, orgulloso, Heribert—. Someteremos a los rebeldes y el próximo año caeremos sobre los bizantinos.

—Dios y el papa están con nosotros —murmuró el rey—. Y así ha de ser.

Al poco, con estruendo de trompetas y tambores, Carlos embarcaba en el puerto de Regio, junto al Conde de Alençon y sus generales, en la galera real empavesada con lazos púrpura, estandartes con la flor de lis y cruces de Jerusalén. Su aspecto era majestuoso y las tropas le aclamaban.

—No paran de cruzar —observó Aliamo, el capitán de Mesina, desde una de las torres de la muralla sur—. Quizá hay cien mil.

Junto a él se hallaban los líderes de los voluntarios llegados de Ancona, Génova y la Corona de Aragón para combatir a los franceses.

—No importa cuántos sean, resistiremos —aseguró Giacomo—. Y venceremos.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Más nos vale —dijo Aliamo—. Del de Anjou no podemos esperar piedad. Aunque la prometa.

Giacomo veía a aquella masa humana hormiguear desde el sur hacia la ciudad, con sus pendones y armaduras brillando al sol, pero no le intimidaba tal despliegue de fuerza. Ansiaba enfrentarse al odiado Carlos y a sus franceses. Nunca olvidaría el rostro de su padre con su cabeza clavada en la pica frente a la iglesia de Brindisi. Tenía que vengarle. A él, a su madre y a su hermano, y al resto de su familia.

—Si vences, vives —murmuró—. Si pierdes, mueres.

102

Montefiascone, 28 de julio de 1282

Guillem, vizconde de Castellnou, estaba arrodillado junto a Blasco de Alagón frente al papa, que los contemplaba vestido con sus ropajes formales y con su tiara de triple corona desde lo alto de su sitial. Su gesto era severo: su presencia allí le fastidiaba y no se molestaba en disimularlo.

El secretario del pontífice rompió los sellos de las cartas de credenciales y confirmó la identidad y cargo de los embajadores con una voz lo bastante alta como para que la escucharan los cardenales congregados en la sala de audiencias de la residencia de verano de Martín IV, en el castillo de Montefiascone.

Los emisarios del rey Pedro aguardaron en vano, de rodillas e inclinados en reverencia, la autorización de levantarse. A falta de una reacción y aún postrado, Guillem tendió al secretario otro documento. El funcionario lo recogió y rompió los sellos; tras anunciar que también eran del rey de Aragón, procedió a su lectura. No estaba en el protocolo que los embajadores se dirigieran directamente al papa sin autorización previa.

—«Santo padre de la cristiandad» —declamó solemne el secretario—. «Recibid de Pedro, rey de Aragón por la gracia de Dios,

saludos y reverencia de la forma en que el hijo se debe dirigir al padre, según Dios.»

Guillem alzó la cabeza para estudiar la expresión del pontífice. Su cara redonda mostraba una mueca desdeñosa, aunque aquello no le inquietó. Sabía a lo que iba.

—«Desembarcamos cerca de Túnez y tomamos posesión de aquellas tierras en honor a Dios y de toda la cristiandad» —continuó el secretario—. «Y ponemos todo nuestro poder en conservarlas. La villa de Collo es un lugar fuerte, excelente para iniciar una cruzada. Os suplicamos que nos enviéis auxilio en forma de tropas y dinero y nos concedáis el perdón de los pecados. Si eso hacéis, padre, nos quedaremos allí hasta conquistar todas aquellas tierras en el nombre de Dios.»

Martín IV conocía de antemano la pretensión de los embajadores. Aquella era la segunda petición formal en el mismo sentido. Sin responder ni cambiar su semblante, hizo un gesto con la mano.

—Os podéis ir —dijo el secretario.

Guillem se levantó desconcertado e interrogó con la mirada al funcionario.

—Volved mañana —le aclaró el hombre.

Guillem había visto entre los cardenales a Ordoño Álvarez, el único español. Le identificó por su avanzada edad, ochenta y cuatro años, y por la descripción que de él le hicieron Pedro y su hermano el obispo de Huesca. Era un hombre delgado y sobrio. A Ordoño le había nombrado decano del colegio cardenalicio el anterior pontífice, Nicolás III, que había frenado el empuje imperialista de Carlos de Anjou. El viejo cardenal continuaba escandalizado por la violencia con la que había sido elegido Martín IV y por el nombramiento inmediato de siete nuevos cardenales favorables a Carlos.

—No obtendréis nada del papa —le dijo a Guillem cuando se encontraron, en secreto, en el hospedaje de Ordoño—. Martín IV teme que el rey Pedro someta al emir de Túnez y que este deje de pagar al de Anjou el sustancioso tributo que recibe.

—Tributo que antes de la cruzada francesa el emir pagaba al rey de Aragón —recordó Guillem.

—No concederá beneficios materiales a vuestra empresa, ya que vuestro rey podría usarlos en perjuicio de su amigo —continuó—. Además, el papa está arruinado. Le ha entregado a Carlos cantidades ingentes de oro para que someta a los sicilianos.

—Eminencia, ¿podemos al menos aspirar a los beneficios espirituales? Aunque no conceda el porcentaje de los ingresos eclesiales que corresponden a una cruzada.

El viejo cardenal rio.

—¿Es que no me he explicado bien? —inquirió—. ¡Martín IV no es vuestro amigo!

Guillem y su colega se presentaron el día siguiente en el castillo papal, y el secretario les dijo que regresaran a la mañana siguiente. Y así hasta el tercer día, en que, al fin, pudieron arrodillarse frente al pontífice.

Esta vez Martín IV les habló directamente, sin preámbulos, saludos ni cortesías.

—No creo que un rey con tan poco poder como el vuestro consiga nada en Túnez —dijo en tono tajante—. Porque grandes reyes como el de Francia, Inglaterra, Navarra o Sicilia nada lograron. No pienso enviarle ayuda alguna ni en tropas ni en dinero. La décima de las rentas eclesiásticas es para Tierra Santa y no para gastarla en otros lugares. Decidle al rey Pedro que, puesto que no me pidió permiso antes de emprender esa aventura, no espere ahora mi socorro.

—Bien que la Iglesia amparó la cruzada francesa a Túnez concediéndole la décima de sus rentas —repuso Guillem—. ¿Por qué no la nuestra?

—Podéis iros —dijo el papa, como si no le hubiera oído.

—¡Concedednos al menos el perdón de pecados! No os cuesta nada.

Martín, sin responder, hizo un gesto con la mano indicando que salieran. No por esperado el resultado de la entrevista fue menos decepcionante. Desairado, Guillem comprendió que era inútil insistir. El papa no iba a escucharle. Ante la presencia de los soldados dispuestos a expulsarlos, los embajadores se levantaron, hicieron una reverencia y salieron.

103

Mesina, 15 de agosto de 1282

—Monseñor —le dijo solemne Carlos al cardenal Gerardo Bianchi de Parma—. Ya es hora de que uséis el poder espiritual del papado para lograr la sumisión de los rebeldes.

Se encontraban en la lujosa tienda del rey, sentados alrededor de una mesilla de madera de nogal con incrustaciones de marfil que representaban animales y escenas de caza.

—Llevamos tres semanas y han rechazado nuestros asaltos —continuó Carlos—. Es el momento de combinar vuestra diplomacia con la fuerza de las armas.

—Se proclaman vasallos del papa —dijo el conde Pierre de Alençon, que asistía al consejo junto al antiguo gobernador Heribert d'Orleans—. Y vos sois su representante plenipotenciario. Deben obedeceros.

—¡Quiera el Señor que sea tan fácil! —exclamó el prelado.

Esa misma tarde, el cardenal Gerardo se presentó frente a las puertas de Mesina con gran estrépito de trompetas. Montaba, solemne, una mula blanca y vestía su corpachón enteramente de blanco haciendo honor a su apellido. Blancas eran su túnica, la dalmática y su alta y apuntada mitra, las dos últimas bordadas en oro y pedrerías. Le acompañaba una procesión de frailes dominicos

de hábitos blancos y negros que cantaban el *Salve, Regina.* Varios criados ondeaban los estandartes blancos ribeteados en oro del cardenal y otros con las llaves de san Pedro, que simbolizaban el poder del papa de abrir o cerrar las puertas del cielo a los mortales.

—¡El cardenal Gerardo Bianchi de Parma, delegado plenipotenciario del papa Martín IV! —clamó un heraldo.

Aliamo le contemplaba desde lo alto de los muros, rodeado de ballesteros. Después de comprobar que el ejército francés se hallaba lo suficientemente alejado, ordenó la apertura de las puertas. La comitiva se adentró en Mesina entre vítores al papa y fue conducida hasta el palacio real. Los frailes desfilaban cantando y portaban incensarios que perfumaban la ciudad. La población, esperanzada, los seguía y coreaba su canto. Otros se arrodillaban a su paso.

Aliamo esperaba al cardenal en la puerta del palacio. Cubría su armadura con una sobreveste bordada con la cruz de Mesina. Iba descubierto, mostrando su calva, y su aspecto, a pesar de su reducido tamaño, era enérgico y autoritario.

El cardenal desmontó majestuoso y tomó, de manos de un criado, su báculo pastoral de plata y oro rematado con una voluta labrada con la figura de un cordero. Simbolizaba su condición de pastor espiritual de los cristianos.

Aliamo le pidió sus credenciales, y, después de que un juez las leyera en voz alta, confirmando sus poderes papales, el comandante se arrodilló frente a él. La multitud, contenida por los soldados, le imitó.

—Señor, somos del papa —dijo Aliamo. La multitud aplaudió.

Un criado se acercó con una caja y Aliamo tomó una gran llave de su interior para ofrecérsela al cardenal.

—Mesina es vuestra y esta es su llave —le dijo.

El cardenal sonrió.

—Dios os bendiga.

Los frailes retomaron sus cantos y el pueblo se unió a ellos. El cardenal y sus secretarios entraron en el palacio.

—Ha llegado el momento, hijo, de que os sometáis a la autoridad del papa —le dijo el cardenal—. Ya ha habido suficientes muertes. Hay que detener esto.

—Al papa nos sometemos y la ciudad es vuestra —reiteró Aliamo —. Mesina es una comuna libre que proclama al papa señor supremo y suplica su protección.

—El papa acepta vuestra sumisión y os protegerá —repuso Gerardo—. Pero la Iglesia devolverá la ciudad a su fiel hijo Carlos, a quien legalmente pertenece toda la isla. Él gobernará en nombre de Martín IV. El santo padre expresó claramente su postura cuando os presentasteis en su residencia de verano. Lo oísteis de su propia voz.

—Sabéis que no aceptamos a Carlos como señor. Tanto el papa como vos conocéis nuestras razones. No nos someteremos ni a su tiranía ni a su venganza. El pueblo de Mesina confiaba en que se impusiera en el corazón del papa la caridad y el amor que un buen padre debe tener con sus hijos.

—Un buen hijo debe obedecer al padre. Su posición no ha cambiado. —El eclesiástico golpeó la mesa con el puño—. ¡Obedecedle!

—Tampoco ha cambiado el pueblo de Mesina —replicó el comandante, aparentemente tranquilo.

—¡Obedeced!

—¿Y soportar de nuevo la tiranía de Carlos? ¿Y su venganza?

—El papa quiere que sea el rey Carlos quien decida sobre vosotros.

—No aceptamos a Carlos de Anjou.

—Si no obedecéis, el papa mantendrá la excomunión. Carlos os hará perecer a sangre y fuego, y condenaréis vuestras almas para

toda la eternidad.

—¡Pues resistiremos el sitio y los asaltos! —Ahora Aliamo trataba de contenerse sin apenas lograrlo—. ¡Hasta el final! ¡Antes de someternos a Carlos nos comeríamos a nuestros hijos!

Aliamo se levantó y le tendió la mano al cardenal.

—¡Devolvedme la llave! —le pidió enérgico.

Gerardo, intimidado, se la dio. Y una vez que la tuvo, Aliamo le dijo:

—Id con Dios, Gerardo. Y ojalá que el papa llegue a encontrarle algún día. Porque estáis muy alejados del Señor. —Después, señalando al cardenal, ordenó al capitán de la guardia—: Hacedle salir de la ciudad con respeto. Cuidad de que nadie le agreda.

Y abandonó la sala. La gente que esperaba en la calle, al conocer lo sucedido, empezó a gritar mueras al cardenal y los frailes. El capitán y la guardia tuvieron trabajo para lograr que salieran con bien de Mesina.

Después de exponer a los nobles y representantes ciudadanos su conversación con el cardenal, Aliamo concluyó:

—El rey de Aragón y su esposa son nuestra única esperanza.

104

Barcelona, el mismo día

Cuando me dijeron que tenía una misiva de mi marido, el corazón me dio un vuelco. Pedro me escribía con frecuencia, pero las cartas desde Collo se demoraban y yo las esperaba ansiosa. Me encontraba en el palacio real de Barcelona y el paje interrumpió la vieja tonada siciliana que cantaba, acompañada por dos de mis damas al laúd. De inmediato despedí a mis acompañantes. Quería tener aquel momento íntimo con mi esposo. Tan pronto vi su letra sonreí. Solo a mí me escribía de su propio puño:

Mi señora, llega el momento decisivo. Debo obtener de los sicilianos la seguridad de que seremos aceptados como sus soberanos. Y convencer a los barones catalanes y aragoneses para que me acompañen a Sicilia y se enfrenten a los mayores poderes del mundo. Ninguna de las dos cosas es fácil. Si fracaso en una de ellas, podemos dar la empresa por perdida. Rezad. Incluso en la distancia el infinito amor que siento por vos, mi señora, continúa intacto. Y he de cumplir la promesa que os hice aun a costa de mi vida.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Yo también le amaba. Y me sentía muy inquieta.

—No quiero Sicilia si no os tengo a vos —murmuré—. Rezaré hasta que no pueda más.

Sin embargo, deseaba aquella corona. Me pertenecía por derecho. Y también deseaba la venganza, que traería la paz a los espíritus que habitaban en el guante de Conradino. Incluido el de Elisabetta de Baviera. No dejaba de releer su carta.

Al responder a mi esposo, por un instante estuve a punto de darle la noticia. Pero deseché la idea de inmediato. No quería enturbiar con aquello el placer que sentía al hablarle, aunque fuera por carta. Ya se enteraría, seguramente, a través de su hijo Jaime Pérez.

María Nicolosa había muerto en extrañas circunstancias en Segorbe, el feudo de su hijo. Rogué al Señor por su alma. Aunque debo confesar que no demasiado.

105

Collo, el mismo día

A su regreso, Guillem de Castellnou informó de inmediato a Pedro de la respuesta del papa y de su conversación con el cardenal español. También sobre la asamblea ciudadana a la que había asistido en Palermo, donde recaló de regreso para hablar con los líderes de la revuelta. El monarca le escuchó satisfecho.

Transportaban, en calidad de embajadores, a Nicola de Ortovela, el líder palermitano que inició la revuelta con su esposa Clarencia, y a un noble de Mesina de nombre Guglielmo.

—Recibiré a los sicilianos dentro de dos días —dijo Pedro.

—¿Tanto les haréis esperar? —se asombró Guillem.

—Son ellos quienes tienen prisa —sonreía—. Yo no. Y os autorizo a que informéis a los nobles del trato injusto y discriminatorio al que nos somete en papa. Y de que los embajadores de Sicilia aguardan para verme.

—¿Les decimos a qué vienen? —quiso saber Guillem.

—No. Dejadles adivinar.

—El papa ha cometido un grave error, hermano —le comentó Pedro a Roger.

Últimamente le llamaba así con frecuencia, lo que llenaba de orgullo al siciliano. También le hacía partícipe de sus pensamientos y escuchaba su opinión. Para Roger, Pedro era como el hermano mayor del que carecía.

—Es lo que esperabais, ¿verdad? —inquirió.

—Sí —murmuró Pedro—. Está tan cegado por su amor a Francia que, tratando de evitar que le arrebate a Carlos los tributos del emir, me abre las puertas de Sicilia.

—A Francia le concedieron los beneficios de cruzada y a nosotros nos los niega.

—En efecto —repuso Pedro, satisfecho—. Ahora hay que sacarle partido a eso, internacionalmente: con Inglaterra, Génova, Alemania y los gibelinos de Italia. Con todos los que se resienten del trato de favor que el papa le concede a Francia. Y con nuestros propios nobles. Se indignarán. Ese torpe me hace un gran favor. De haberme concedido la cruzada nos hubiéramos quedado aquí, atrapados.

—Y ahora somos libres —concluyó Roger.

—Dios os salve, rey de Aragón y Sicilia —le saludaron Nicola de Ortovela y Guglielmo arrodillado—. Los barones de Sicilia os ofrecemos nuestros corazones, haciendas, familias y todo cuanto poseemos. Os suplicamos que amparéis a Sicilia y aceptéis ser su rey y señor, y que nos liberéis del yugo de Carlos, así como Moisés liberó a los judíos del odioso faraón.

—¿Por qué os sublevasteis contra el de Anjou? —les preguntó Pedro—. ¿Qué razón puedo alegar ante Dios y ante el papa para ayudaros? —E hizo un gesto para que se levantaran.

—Ninguna ante el papa, señor. No os escuchará —repuso Nicola —, pero las tenemos todas ante Dios. La primera es que vuestra señora esposa es la legítima heredera del trono de Sicilia. Ella es la

reina ante Dios. Y vuestros hijos, los herederos. Y después está la crueldad, la injusticia y la avaricia con la que Carlos nos trataba.

Desplegó un largo pergamino y fue leyendo las injurias, arbitrariedades y tropelías que los franceses cometían contra los sicilianos. Terminada la lectura, lo entregó al secretario del rey.

—Tengo entendido que no todos en Sicilia desean un nuevo monarca —dijo Pedro—. Muchos quieren una república. No puedo considerar vuestra propuesta sin la seguridad de que representa a la totalidad de los sicilianos, de que ningún pueblo o ciudad se opone y de que, llegada la hora, lucharán a mis órdenes.

—Os lo podemos asegurar, señor —repuso Guglielmo.

Pedro compuso una mueca de duda.

—Aquí tenéis, señor, las cartas de los barones de Sicilia firmadas y selladas —dijo Nicola, y entregó gran cantidad de documentos al secretario del rey.

—Señores, gracias por el honor que me hacéis con vuestra propuesta —dijo Pedro dando por finalizada la entrevista—. Bien sabéis que es una empresa muy peligrosa. Por el amor que os tiene mi esposa la reina, la consideraré, aunque requiero la total seguridad de que la isla os respalda. Cuando la tenga, hablaré con mis barones.

—Os necesitamos, señor —insistió Nicola—. Y os suplicamos que nos ayudéis. Nuestros hermanos de Mesina están en peligro de muerte.

En los días que siguieron, Pedro no se dio prisa en responder y aparentó poner su atención en los combates contra los sarracenos. Mientras, circulaba entre sus nobles la noticia del rechazo del papa a apoyar su cruzada y la de la presencia de la delegación siciliana.

Cuatro días después llegó una nave con caballeros y ciudadanos de Mesina que habían conseguido escapar del sitio angevino. Llevaban un mensaje en una carta sellada de Aliamo. Los recién

llegados suplicaron auxilio, de rodillas, asegurando que la petición de los sicilianos era unánime.

—Reunid el consejo de nobles —le dijo Pedro a Roger—. Ha llegado el momento más delicado.

Roger se preguntaba cómo su señor manejaría aquella crucial asamblea.

—Señores, como muchos sabéis, el papa nos ha negado los beneficios de cruzada —les dijo—. Los mismos que concedió al rey de Francia y a Carlos de Anjou en estas mismas tierras. Nuestro embajador informará de lo ocurrido.

Guillem de Castellnou, mostrando su indignación y rabia, relató las entrevistas con el pontífice, su tono desdeñoso e insultante y su conversación con el cardenal español. Un murmullo de enfado se elevó entre los nobles.

—Llevamos ya dos meses en estas tierras —continuó el rey—. Nos hemos enfrentado constantemente a los sarracenos pero no hemos logrado grandes conquistas. Estamos varados aquí, en Collo. Ese papa francés amigo de Carlos nos es hostil y no quiere que conquistemos Túnez. Y sin el beneficio de los cruzados, no podremos mantenernos aquí mucho más tiempo. Nos hemos apoderado de todos los recursos a muchas leguas de distancia y las provisiones empiezan a escasear. Hay que regresar.

Otro murmullo.

—Vuestros actos heroicos quedarán en el olvido y se dirá que ningún honor hemos alcanzado. Que no hay mérito en robarle cuatro cabras a los moros de Berbería.

Los barones se removieron, incómodos, en sus asientos.

—Regresaremos a casa con menos de lo que trajimos —continuó en voz baja Pedro, como avergonzado.

—¡No! —exclamó Blasco de Alagón—. ¡No lo haremos!

—¡No! —le secundaron varios más.

Roger no perdía detalle de aquella nueva muestra de elocuencia. Vio que muchos nobles miraban al suelo, entre gruñidos, como si ya estuvieran sufriendo la humillación que les describía el rey.

—Los abuelos de muchos de los que estáis aquí, al igual que el mío, murieron a manos de los franceses en la batalla de Muret. —De repente su voz se hizo recia y firme, mostraba justa indignación. El rey se levantó enseñando el puño cerrado—. Y entonces, como ahora, un papa francés bendijo a nuestros enemigos. Los franceses se apoderaron de Provenza y de otras tierras de Occitania que pertenecían a la casa de Barcelona. Y después se apoderaron de Navarra, que pertenecían a Aragón. Y de los tributos que el rey de Túnez pagaba a mi padre. Y ahora la historia se repite. ¡Martín IV es un papa injusto! Que no fue elegido por la gracia de Dios, sino por la fuerza de las armas francesas. ¡Que protege a los franceses y castiga a Aragón! ¡Y a Sicilia!

Guardó silencio mirando uno a uno a los nobles más poderosos. Leyó el enfado en sus rostros.

—Sabéis que la isla de Sicilia se ha rebelado contra ellos —retomó su discurso—. Y quiero que sepáis, también, que los sicilianos han acudido a mí pidiéndome que mi esposa sea su reina y yo su rey.

Hizo una nueva pausa. Todos le miraban atentos.

—Sicilia es mucho más rica que el norte de África —continuó—. Es el granero de Europa. Tiene oro y un floreciente comercio, y los sicilianos se ofrecen para proveernos de cuanto precisemos. Los franceses expulsados dejan abundantes propiedades y títulos vacantes para quien sea capaz de ganarlos. Mi corazón me pide que acepte y que vengue todas las rapiñas y humillaciones que hemos sufrido.

De nuevo calló para observar a los nobles.

—Y aquí, señores, pido vuestro consejo —dijo solemne—. ¿Hemos de regresar a casa con deshonor? ¿O con el orgullo de haber vencido a los franceses en Sicilia vengando a nuestros antepasados?

—¡Vayamos a Sicilia! —gritó el conde de Urgel.

—Señor —dijo Galcerán de Pinós levantándose—, ya que pedís consejo, bueno es que os aconsejemos sin dejarnos llevar por la emoción.

Se oyó un murmullo de aprobación.

—Partimos de nuestras tierras para emprender una cruzada —prosiguió el noble—. Pero la empresa que nos proponéis es muy distinta. Se trata de enfrentarnos a Carlos de Anjou, al papa y al rey de Francia. Sugiero que volvamos a España y que lo tratemos en las Cortes de Aragón y Cataluña. Y quizá también en las de Valencia y Mallorca.

Roger se removió inquieto en su asiento. Si regresaban a España, ya jamás irían a Sicilia. Unos hablaron a favor y otros en contra, y al fin intervino Guillem de Castellnou.

—Señores —dijo—, no hay tiempo que perder. Carlos está sitiando Mesina. Si para cuando lleguemos a socorrerla aún resiste, la isla y el reino serán nuestros. No nos podemos permitir demorarnos un solo instante con formalismos. ¡Ahora o nunca! ¡La rica Sicilia, puerta de Oriente, será nuestra!

—Guillem está en lo cierto —intervino el rey—. No hay tiempo que perder. ¡Ahora o nunca! ¡Partiré hacia Sicilia con quien me quiera acompañar!

—¡Vayamos a Sicilia! —gritó Roger levantándose y alzando el puño.

—¡Pedro, rey de Sicilia! —proclamó el conde de Pallars, imitándole.

—¡Viva el rey de Sicilia! —le secundó el conde de Urgel, poniéndose en pie.

Y todos se fueron levantando conforme proclamaban su adhesión a Pedro y a la empresa. Incluso los reticentes parecían contagiados del entusiasmo.

Roger se dijo que ya nadie podía volverse a España. No solo le tacharían de cobarde, sino también de tonto por perderse las riquezas prometidas. Se admiraba al pensar que los mismos nobles que unos años antes habían desafiado a Pedro con las armas eran ahora sus más fieles seguidores en aquella aventura. Y que los mismos que ahora en África se entusiasmaban con la idea de ir a Sicilia, de haber estado en España, con toda seguridad se habrían negado. La jugada le había salido a Pedro redonda.

—Nos vamos a Sicilia —les dijo Roger a los líderes almogávares.

—¿Sicilia? —inquirió, extrañado, Galcerán.

—Sí, aquí se ha agotado el botín y dentro de poco pasaremos hambre, a no ser que nos expongamos a grandes riesgos. En cambio, Sicilia es rica, allí comeremos bien y pelearemos contra franceses que visten armaduras caras y van a la batalla con buenas bolsas al cinto.

Hubo un murmullo.

—Señor —intervino Súria—, ponednos donde haya, que nosotros lo sabremos sacar.

Ahora el murmullo era de aprobación. Súria se había convertido en una opinión respetada entre los clanes.

—Confiamos en vos —concluyó la muchacha—. Llevadnos a Sicilia.

La mirada intensa de sus ojos azules se le clavaba a Roger en el corazón como una daga.

106

Trapani, Sicilia, 30 de agosto de 1282

—A babor tenemos la isla de Favignana —le dijo Ramón Marquet a Pedro y a Jaime Pérez—. Y a estribor Isola Grande, y allí al frente está Trapani. Nuestro destino.

Era un día luminoso y cálido y la travesía había sido placentera. El monarca, pensativo, había visto desde la proa de su galera cómo se aproximaban las costas de Sicilia. Las veía por primera vez. Detrás iba la flota con las velas desplegadas.

—Señor Dios mío —murmuró—, hasta hoy bendijisteis mi empresa. Os suplico que sigáis haciéndolo. Me enfrento a fuerzas muy superiores. Pero mi causa y la del pueblo siciliano son justas.

Antes de partir de África había escrito a Constanza: «Voy a Sicilia por vuestro amor, señora. Seréis dos veces reina».

Diez días atrás había comunicado a los embajadores sicilianos su decisión. Nicola y sus compañeros acogieron la noticia con alivio y alborozo. ¡Sus vidas y las de sus familias dependían de ella! Algunos partieron de inmediato con las buenas nuevas y otros se quedaron hasta ver, con sus propios ojos, que el ejército embarcaba.

En sus últimos días en África, Pedro estuvo muy ocupado. Inició un ataque a gran escala en dirección a Túnez para hacer creer a los musulmanes que pretendía sitiar su capital. Al mismo tiempo, a

través de unos mercaderes pisanos, negociaba con el emir, que le ofreció una buena cantidad de oro para que abandonara África y un tratado por el cual pagaría un tributo anual a la Corona de Aragón. Pero las tácticas dilatorias del sarraceno hicieron comprender al rey que este no tenía intención de cumplir el pacto.

—Olvidaos del oro moro, os lo suplicamos —le repetían los embajadores sicilianos—. En Sicilia tendréis mucho más, os lo prometemos. No hay tiempo que perder.

El embarque, que duró tres días, se hizo de forma ordenada, sin que el enemigo se percatara, y asegurándose de no dejar a nadie atrás. Las últimas posiciones que la hueste abandonó fueron las defensivas en las colinas que rodeaban la ciudad. Los sarracenos supieron que el último aragonés había abandonado Collo al ver arder la ciudad. Era el castigo al emir por su engaño.

La ciudad amurallada de Trapani se encontraba sobre una península en el extremo de una bahía cuajada de islas. Al fondo de la ensenada había unas ricas salinas, y el mar Tirreno, suavizado por las islas mayores más distantes, era tranquilo en aquel lugar. Las gentes de la costa, al ver llegar la armada aragonesa, salieron alegres a recibirla con sus naves. Ya dentro de la ensenada, los notables del lugar comandados por Palmieri Abatte, el señor de Trapani, Nicola de Ortovela y otros llegados de Palermo subieron a la galera real, donde se arrodillaron frente a Pedro, le besaron la mano y le proclamaron señor.

Cuando desembarcó, tenían preparada una entrada triunfal, a las que el monarca era muy aficionado. Montó un hermoso caballo ricamente enjaezado y lo cubrieron con un lujoso palio elevado por cuatro lanzas para que no le diera el sol. Le rodeaba toda la nobleza local. Palmieri, a pie, tomó las riendas del caballo para conducir al rey al palacio mientras los principales barones sostenían el palio. La

alegre comitiva era precedida por música y doncellas que lanzaban flores al grito de:

—¡Bienvenido sea nuestro señor el rey de Aragón y Sicilia, que ha de librarnos de la tiranía de Carlos!

Los nobles locales y representantes ciudadanos juraron fidelidad al rey en el palacio y después se dio un banquete en el que participaron tanto estos como la nobleza aragonesa. Al mismo tiempo, la flota desembarcaba hombres, caballos y pertrechos. Las autoridades de Trapani decretaron cuatro días de fiesta e hicieron traer ganado y todo tipo de provisiones para homenajear al ejército que venía a salvarlos.

Jamás había sido recibido el rey Pedro con tanto entusiasmo, por lo que sintió, más que nunca, que proteger los derechos de su esposa y la libertad de aquellas gentes era su misión. Una misión que, por justa, Dios bendeciría, por mucho que enfadara a su supuesto representante en la Tierra.

107

Montefiascone, 30 de agosto de 1282

—«Santo padre de la cristiandad» —leyó el secretario—: «Recibid de Pedro, rey de Aragón por la gracia de Dios, saludos y la reverencia debida de un hijo a un padre».

Guillem, vizconde de Castellnou, se encontraba de nuevo de rodillas frente al papa en la misma sala del castillo de Montefiascone.

—¿Otra vez vos? —inquirió Martín IV malhumorado, saltándose el protocolo—. ¿No dejé claro lo que debía hacer vuestro rey? ¿Qué queréis ahora? ¿Venís con otra petición?

Hacía más de un mes desde que Carlos, con el gran ejército que Martín IV financiaba, había establecido el sitio de Mesina, y no llegaban buenas noticias. El pontífice estaba irritado.

—En esta ocasión, mi señor solo quiere informaros, santo padre —repuso Guillem.

—¿Y qué quiere decirme?

El embajador conocía de memoria el contenido de la carta.

—Dice que os pidió ayuda para combatir a los infieles antes de salir de España y que vos se la negasteis sin ni siquiera responder a su carta —declamó con recia voz—. Y que os volvió a pedir ayuda

una vez en África, a través nuestro, y que vos se la negasteis temiendo perjudicar los intereses de Carlos.

El papa le miraba incrédulo.

—Y que llegaron unos mensajeros de Sicilia pidiéndole que fuera su rey. Y que el rey Pedro aceptó porque considera su obligación defender los derechos de su esposa sobre el reino de Sicilia. Y porque es honorable para él y útil para sus reinos.

—¿¡Qué estáis diciendo!?

Martín IV se levantó de un salto y le escrutó, con ojos desorbitados, desde lo alto de los peldaños sobre los que se asentaba su sitial. Guillem le mantuvo la mirada.

Los cardenales que asistían a la audiencia, de pie a un lado de la sala, soltaron un murmullo y se miraron extrañados. El decano cardenalicio, el español Ordoño, que dada su edad presenciaba la audiencia sentado en un sillón, sonreía.

—¿Que vuestro rey… ha aceptado? —balbució Martín sin poder hacerse a la idea.

—Así es, santo padre. Y en estas fechas debe de estar ya en Sicilia con su ejército.

—¡Pues decidle…! —Martín había enrojecido de ira y apuntaba a Guillem con el dedo—. Decidle que regrese de inmediato a España y que renuncie a Sicilia…, de lo contrario…

El embajador, que le escuchaba atentamente, se incorporó dejando una única rodilla en tierra.

—De lo contrario… —continuó el papa, iracundo—, ¡le excomulgaré y le arrebataré sus reinos!

Guillem se puso de pie sin esperar autorización. Era un hombre alto y ahora sus ojos quedaban casi a la par de los del pontífice, que se encontraba dos peldaños por encima.

—Se lo diré, santidad —repuso tranquilo pero firme—. Mas sabed que un santo padre de la cristiandad debe ser padre de todos los cristianos y no solo de los franceses. De lo contrario, ya ni es santo

ni es padre, porque abandona al resto de sus supuestos hijos, dejándoles huérfanos.

Dio media vuelta y anduvo hacia la puerta.

—¡Insolente! —bramó Martín IV—. ¡Vuestro rey pagará por esto! ¡Decidle que se vuelva a España!

108

Palermo, 4 de septiembre de 1282

Al cabo de un par de días de descanso y festividades en Trapani, Pedro ordenó proveer las naves con víveres y las envió a Palermo mientras él, a la cabeza del ejército, se desplazaba sobre un corcel por tierra. Los lugareños, alertados de su llegada, se apiñaban al borde del camino para ver al rey y vitorearle. La comitiva iba precedida de trompetas y timbales a caballo. Le seguían cien caballeros vestidos de gala, ondeando pendones y banderas con las barras sangre y oro de Aragón y el águila negra de los Hohenstaufen. Después iba el rey con sus barones y, tras ellos, otros cien caballeros alzando las enseñas de los nobles principales. Detrás iba el resto de la tropa.

La entrada en Palermo fue triunfal. En las almenas y torres de las murallas ondeaban las insignias de Aragón y del antiguo reino de Sicilia, y los nobles locales, representantes ciudadanos y jueces salieron a recibir al rey. Se arrodillaron frente a él y le hicieron entrega formal de las llaves. El monarca desmontó para recibirlas, hizo levantar a Nicola de Ortovela y a las personalidades que pretendían besarle los pies y agradeció las llaves con un corto discurso. Luego subió a su caballo y Nicola tomó las riendas para conducirle, seguido del extenso séquito, al interior de la ciudad.

—¡Viva el rey Pedro de Aragón y Sicilia! —gritaba la gente—. ¡Viva nuestro libertador! ¡Muera el tirano! ¡Muera Carlos!

Precedían el cortejo hombres y mujeres que cantaban y bailaban. El pueblo de Palermo se apiñaba por las calles y las damas ondeaban pañuelos y lanzaban flores desde las ventanas y terrazas de las casas.

Pedro contempló la fachada del palacio real y se dijo que allí habían morado los antepasados de su esposa, y también ella de niña. Ansiaba ver la expresión de Constanza cuando estuvieran allí juntos. Pero antes había mucho que hacer. Nada más ni nada menos que vencer al formidable ejército de Carlos de Anjou.

Galcerán, Súria y el resto del clan, con sus mujeres e hijos, hicieron, alegres, el camino. En Trapani los habían tratado a cuerpo de rey y los campesinos los vitoreaban a su paso, les ofrecían frutas y dulces y los invitaban a comer en sus casas. Nunca habían recibido una bienvenida tan cordial. Más bien lo contrario. Pero llegaban tostados del sol de África, y Súria, que era buena observadora, veía recelo en muchas miradas.

—Al fin y al cabo —le decía a Galcerán—, somos bandidos, y los bandidos tienen un aspecto parecido en España, África o Sicilia.

Clarencia, la esposa de Nicola, al ver a los almogávares entrando en Palermo se alarmó.

—¿Esos harapientos han de salvarnos de Carlos de Anjou? —inquirió incrédula—. Más bien parecen pordioseros a los que socorrer o bandidos a los que temer.

—Los he visto luchando en África, señora —repuso él—. Y temor es lo que despiertan en el enemigo. Para eso los queremos y no para que, afeitados y perfumados, os saquen a bailar.

—Espero que estéis en lo cierto, querido —rio ella—. Huelen a cabra y me moriría si uno me sacara a bailar.

Pedro correspondía, complacido, a todas las cortesías que le dedicaban, pero quería entrar en acción. Supo aliviado que Mesina seguía resistiéndose al gran ejército angevino. Era fundamental que lo hiciera.

Las festividades se prolongaron durante tres días y el rey asistió a todos los actos mostrándose sonriente, sosegado y agradecido por los honores. Debía transmitir calma, seguridad y confianza a aquellas gentes temerosas de la venganza angevina.

—Los sicilianos son los verdaderos protagonistas de su futuro —les comentaba a Roger y a otros nobles—. Y todas esas muestras de afecto se acabarán si les decepcionamos.

—Nos reciben como héroes sin siquiera haber desenfundado la espada —indicó Roger.

—No os engañéis —repuso Pedro—. Si mostramos debilidad o somos derrotados, pueden volverse contra nosotros como hicieron con los franceses.

—No traigáis aún a la reina a Sicilia, señor —le pidió, inquieto, Roger—. Por lo que pueda pasar.

Aquella noche Pedro le escribió a su esposa:

Amada Constanza:

Os quisiera aquí a mi lado, en el reino que pronto será vuestro. Pero el enemigo está aún cerca. Tened paciencia. Continuad rezando. Necesitamos victorias para que nuestra presencia se consolide.

Días después, confiando en su poder de oratoria, Pedro convocó una gran asamblea donde reunió a la nobleza, representantes ciudadanos y jueces de Sicilia.

—Señores —les dijo—, el reino de Sicilia es mío, de mi mujer y de mis hijos por el derecho dinástico heredado de vuestro último rey legítimo, Manfredo de Hohenstaufen. Su enseña del águila negra ondea en los muros de vuestras ciudades. He venido aquí con mi ejército para combatir a Carlos en respuesta a vuestra petición y a vuestra oferta de la corona que por ley me corresponde. Pongo mi vida y la de mis gentes al servicio de vuestra libertad, y ha llegado el momento de que esta asamblea confirme las promesas que hicieron vuestros embajadores. Y que me coronéis rey de Sicilia.

—Señor —dijo Nicola de Ortovela, levantándose—, cumpliremos nuestras promesas y os proclamaremos rey, ahora y aquí mismo, si vos prometéis gobernarnos, tal como pactamos en Collo, según las buenas costumbres del rey Guillermo II.

Su intervención no sorprendió al monarca. Había sido acordada de antemano.

—Justo es que así sea —dijo Pedro, solemne y con voz potente—. Os gobernaré según las costumbres del rey Guillermo II el Bueno.

Nicola se quitó el cinto con la espada enfundada y se arrodilló ante el rey, sujetándola con ambas manos en señal de ofrenda.

—Señor, os juro fidelidad como vasallo. Mi espada es vuestra y os reconozco como rey y señor.

Los asistentes le imitaron y se arrodillaron para ofrecerle sus espadas.

—¡Os juramos fidelidad! —proclamaron—. Vuestras son nuestras espadas. ¡Sois nuestro rey y señor!

—Yo os acepto como vasallos y prometo defenderos con todo mi poder. ¡Levantaos! Y guardad las armas. Las necesitaremos para acabar con Carlos de Anjou.

Nicola se incorporó y, tras girarse hacia los barones sicilianos, alzó la espada gritando:

—¡Viva el rey Pedro de Sicilia!

—¡Viva! —clamaron todos.

A partir de su proclamación, las fiestas terminaron para Pedro. Envió correos a toda la isla con el siguiente mensaje:

Mi corazón me dicta el firmísimo propósito de ir, con la ayuda de Dios, contra Carlos, conde de Provenza, enemigo y rival nuestro, y lograr su devastación y el exterminio de sus gentes. Y liberar de sus manos a nuestros súbditos de Sicilia.

Con ese propósito convoco a todos los hombres de quince a sesenta años para que acudan tanto a caballo como a pie, con todas las armas de las que dispongan, a Randazzo. Liberaremos Mesina del usurpador que quiere destruirla. Nuestros enemigos serán aplastados por el martillo de nuestro poder y acabaremos con Carlos, el dragón que pretende devorar a esta tierra y a sus gentes.

Firmado: Pedro, rey de Aragón y Sicilia

Mientras, su cancillería se encargaba de expedir misivas, para argumentar la justicia de la intervención de Aragón en Sicilia, tanto a las monarquías europeas como a los gibelinos y a las repúblicas italianas. Relataba el rechazo papal a su cruzada, discriminando a Aragón para apoyar a Carlos. Detallaba la horrible tiranía ejercida por el corrupto gobierno angevino sobre el pueblo, la petición de ayuda de los sicilianos, sus derechos dinásticos y su obligación de exterminar al usurpador.

Todo empezaba a estar listo para asestarle a Carlos el golpe que Pedro, desde hacía tanto tiempo, deseaba.

—Tan pronto terminen las reparaciones y el avituallamiento, la flota seguirá al ejército, paralela a la costa —les comunicó Roger a

los adalides—. Yo iré con ella, en mi galera.

El señor de Cocentaina había reunido a los líderes almogávares que le seguían. Allí estaban, entre otros, Galcerán, Tono, Sans, Abdón y Súria.

—Y vosotros avanzaréis junto al ejército hacia Randazzo —continuó.

—¿Y por qué no nos acompañáis? —inquirió Súria, decepcionada —. Tenéis marinos expertos para capitanear las naves.

A Súria le gustaba tener cerca a Roger y verle cada día, pese a rechazar su amor. Le producía una extraña tranquilidad. Como si junto a él no pudiera ocurrir nada malo. La noticia le causaba una profunda inquietud.

—¿No lo entendéis? —dijo Sans—. El rey quiere tener a los mejores capitanes con la flota. Quiere protegerla. Será la flota la que nos saque de esta isla si las cosas se complican.

—Las cosas no se complicarán —aseguró Roger—. Venceremos. Y precisamos de la flota para dar el salto al continente y conquistarlo.

—¿Quién será ahora nuestro contacto con el mando? —quiso saber Galcerán.

—Pedro Fernández de Híjar. El hermano del rey.

—Es un buen caballero —murmuró Galcerán pensativo—. Y de muy alto rango. Luchó bien en Valencia contra el moro.

—Pero no hay apego entre nosotros. —Súria expresó de manera contundente lo que todos pensaban.

Había sido honesta con su pareja contándole su encuentro sexual con Roger.

—Es muy atractivo —dijo Beatriu, apesadumbrada—. No me extraña que ocurriera.

Y las lágrimas acudieron a sus ojos. Lo había visto venir al observar cómo se miraban y la forma en que Súria hablaba de él.

—Pero le he dicho que nunca más —aseguró la pelirroja—. Que estoy contigo y que contigo seguiré. Contigo y con los niños.

Beatriu la abrazó sin dejar de llorar.

—Gracias —musitó.

Beatriu sentía amor, pena y miedo, pero ante todo un infinito placer. El de volver a abrazar a Súria. Y se concentró en gozar de aquel momento. Estaban juntas. Nada más importaba. ¡Era tan incierto el futuro!

109

Randazzo, 10 de septiembre de 1282

—Señor, fui un fiel amigo de vuestro señor suegro —dijo el hombre —. Yo era un barón rico y poderoso, pero cuando el rey Manfredo cayó, Carlos de Anjou me lo quitó todo. Menos la vida.

Era un viejo harapiento que había acudido al caer la tarde al campamento de Pedro. Se presentó como don Vitalis dei Giudici e insistió en verle. El monarca compartió con él la cena en su tienda. El hombre tenía mucho que contar y el rey mucho que aprender sobre los señores sicilianos.

—La mayoría de los barones cambiaron de bando tan pronto vieron victorioso al de Anjou. Abandonaron a vuestro señor suegro y vendieron su fidelidad por más posesiones y poder —explicó Vitalis —. Se enriquecieron con los franceses y ahora los traicionan a ellos. Pero en cualquier momento pueden hacer lo mismo con vos, por mucho que vuestra señora esposa sea la reina legítima de Sicilia.

—Habladme de ellos, Vitalis —le animó Pedro.

—Os advierto seriamente y en especial del barón Aliamo, el comandante de Mesina —continuó el viejo—. Obtuvo los mayores honores y poderes de los angevinos y ahora les traiciona para obtener aún más. Aunque peor es su esposa, la baronesa de Ficarra.

—¿Macalda de Scaletta? —Roger le había informado, cumplidamente, sobre la dama.

—¡Ella! Medró gracias a la relación que mantuvo con Carlos. Y él la premió reconociéndole el título y las posesiones de baronesa y casándola con Aliamo. ¡Cuidaos de ella! Su ambición no tiene límite.

Y el anciano continuó repasando las vidas y hechos de la nobleza siciliana. Era pasada la medianoche cuando Pedro le despidió.

—Os agradezco vuestro consejo, don Vitalis, y también vuestra fidelidad a la casa Hohenstaufen —le dijo—. Quedaos esta noche y haré que mañana os den vestidos y se os conceda una renta para que podáis subsistir.

Vitalis, que vivía de la mendicidad, le besó entre lágrimas de gratitud las manos y los pies, prometiéndole su eterno reconocimiento y fidelidad.

—Pero sabed que he venido a Sicilia a hacer amigos y no a ofender a los sicilianos con sospechas y acusaciones sobre el pasado —añadió Pedro—. El pasado pasado está. Yo miro al futuro. La única venganza que tengo pendiente es con el de Anjou.

De camino con su ejército de Palermo a Randazzo, mientras la flota le seguía en paralelo por la costa, Pedro se dijo que no tenía prisa. Debía ser prudente. El viejo tenía razón. En cualquier momento sus aliados podían convertirse en enemigos, venderle y conducirle a una trampa mortal. Quería mantener intactos a su ejército y a la flota. Ese era su verdadero poder tanto frente a los franceses como frente a sus aliados sicilianos. Aquella misma noche escribió a su esposa:

Señora, debemos ser cautos. Aquí en Sicilia las dagas de la traición aguardan en la oscuridad. Solo mostrándonos fuertes las mantendremos alejadas. Pero aparecerán si exhibimos la menor debilidad. Solo Dios sabe cuánto deseo abrazaros. Pero no os puedo pedir que acudáis a mi lado. Aún no os puedo hacer reina de Sicilia.

La advertencia del viejo hizo que Pedro actuara, aparentemente, de manera contraria a lo que aquel deseaba. Y el día siguiente proclamó una amplia amnistía para quienes se unieran a su ejército.

Aquella misma tarde llegó a la población de Randazzo, en la ladera norte del imponente volcán Etna. Era un paisaje de viñas, dorados campos de trigo ya segado, olivos y almendros. Era el lugar donde Pedro había convocado a los sicilianos para que se unieran a su ejército. La ciudad era pequeña y el rey acampó a las afueras, junto a su ejército y las tropas sicilianas que le seguían. Continuamente llegaban voluntarios, en grupos, desde distintas poblaciones de la isla. Clamaban, alegres, que derrotarían a los franceses. Pedro encargó a su hermano Pedro Fernández de Híjar y a su mayordomo el recuento de tropas y la integración de estas en cuerpos de ejército.

La hueste crecía a la espera del resultado de la embajada que acababa de enviar a Carlos haciéndole saber que ya estaba en Sicilia y que le desafiaba. Aunque el francés debía de saberlo. Esperaba intimidarle y que huyera de la isla sin luchar. Sabía que Mesina resistía y que el tiempo corría en su contra.

Una mañana, dos días después, apareció Macalda de Scaletta, baronesa de Ficarra. Lo hizo montada en un brioso corcel, vistiendo armadura completa y una capa púrpura, con la cabeza descubierta y su larga melena azabache al aire. Iba al frente de una comitiva de noventa caballeros, sus correspondientes escuderos y una hueste considerable. De inmediato pidió ver al rey, y Pedro no la hizo esperar.

La recibió con todos los honores en el exterior de su tienda y acompañado de su hermano Pedro Fernández y otros grandes nobles. Macalda se presentó con su vestimenta militar. Un heraldo la

anunció y ella se arrodilló frente a Pedro. Mantenía su piel blanca, a pesar de haber estado expuesta al sol, y las mejillas rosadas contrastaban con su cabellera y sus ojos oscuros. Una sonrisa bailaba en sus labios rojos cuando miraba al soberano.

—Señor —le dijo—, aquí os entrego las llaves de la ciudad de Catania, que he conquistado para vos.

Pedro tomó las llaves.

—Y también os entrego mi fidelidad y la de mis tropas como soberano que sois de Sicilia.

Y le besó las manos.

—Mucho os lo agradezco, baronesa de Ficarra. He oído que, al igual que vuestro marido, sois un gran comandante. Sed bienvenida.

Macalda arrugó ligeramente el cejo cuando oyó mencionar a su marido, pero retomó de inmediato su sonrisa. Le gustaba el aspecto de su nuevo soberano. Era alto y fuerte. Su cabello castaño claro no mostraba canas y sus ojos grises denotaban seguridad a la vez que inteligencia y un toque de humor. Tenía la sonrisa fácil. Era mucho más atractivo que Carlos de Anjou y que su marido. Y bastante más joven que ambos.

Pedro homenajeó a la dama con una comida a la que asistieron los grandes nobles.

—Señor, tengo asuntos confidenciales que tratar con vos —le dijo ella, sonriente, en un momento en que la conversación se había generalizado y los comensales no les prestaban atención—. Os agradeceré que me invitéis a cenar en privado en vuestra tienda.

Pedro tragó saliva. Macalda era muy atractiva, demasiado. Y no podía desairarla. Se decía que el único defecto de su marido era precisamente su dependencia de ella. Aliamo se había convertido en el gran líder siciliano de la revuelta. Y las tropas que aportaba Macalda eran considerables. Los necesitaba a ambos.

Tras el ocaso, Macalda se presentó en la tienda de Pedro vestida de mujer. Al quitarse la capa púrpura con la que se envolvía, mostró una ajustada gonela de seda rosa bordada en oro y azur que resaltaba sus curvas y tenía un escote generoso. Cuando se arrodilló para besarle la mano a Pedro, el movimiento de su melena perfumó la tienda. Él supo que aquella iba a ser una noche difícil.

Durante la cena charlaron sobre la guerra y la situación en Sicilia. Ella era todo sonrisas y miradas seductoras y él notaba el calor del vino, de la noche de verano y de su incitante presencia femenina. Cuando terminaron quiso despedirla, pero la mujer, muy segura de sus poderes, le dijo:

—No me haréis el desaire de mandarme tan pronto a la cama, ¿verdad, señor? No tengo sueño y vuestra charla y presencia me complacen mucho.

Pedro no pudo menos que recordar la advertencia que le hizo Roger, y antes, Juan. Macalda era generosa en dar aquello bueno que tenía. Y la veía más que dispuesta a hacerlo.

—¿Jugáis al ajedrez, señor? —quiso saber sin darle tiempo a responder—. Os apuesto una prenda. El que la pierda deberá rescatarla a gusto del ganador.

Pedro rio.

—Sé que sois una gran jugadora, señora —le dijo—. No voy a exponerme a perder y que me pidáis uno de mis reinos.

Ella también rio.

—No es eso lo que os iba a pedir —repuso seductora.

—Charlemos, señora, que será más seguro. Hemos tratado sobre la guerra y Sicilia. Quiero hablaros ahora de su reina legítima, mi esposa doña Constanza, a la que amo con todas mis fuerzas.

Y empezó a contarle anécdotas familiares, cómo se había desarrollado su relación y cuánto la amaba. Macalda se mostraba incómoda, aunque mantenía la cortesía y la sonrisa. En un momento

determinado, cortó los elogios que Pedro dedicaba a su esposa diciéndole:

—Mucho me complace vuestro amor por la reina, señor. —Y amplió la sonrisa mientras se acercaba a él—. Pero no soy celosa.

Se despidieron de madrugada, ella cansada de sus infructuosos ataques y él agotado por su heroica pero cortés resistencia. Deseaba a aquella mujer —a su atractivo físico se unía el intelectual—, pero había algo mucho más importante que satisfacer su apetito. Antes estaba el amor a Constanza y la promesa que le había hecho. No la humillaría. Y cualquier desliz con Macalda sería pronto conocido. Quizá incluso publicitado por la misma dama, pues Macalda buscaba el título de amante real. Lo segundo era la conquista del reino. Y Aliamo, el esposo de Macalda y defensor de Mesina, era una pieza clave. Tendría que maniobrar sutilmente y complacerla en lo que pudiera, pero no en aquello. Porque eso lo entorpecería todo.

«Las dagas empiezan a volar en Sicilia», le escribió a su esposa.

Macalda regresó furiosa a su tienda. No concebía que Pedro se le resistiera de aquella forma. Ninguno lo había hecho antes, y ella se encontraba en el esplendor de su belleza. Le gustaba mucho aquel hombre, lo deseaba. Y tenerlo la situaría en lo más alto de la nobleza siciliana. No iba a desistir. Había perdido una batalla pero ganaría la guerra. Pedro sería suyo. ¿Quién era esa Constanza de la que tanto hablaba él? ¿Qué mérito tenía para reinar en Sicilia? Estaba allí, en Aragón, tocando lánguidamente el arpa, mientras ella luchaba contra los franceses espada en mano. Ella, Macalda de Scaletta, baronesa de Ficarra, era quien merecía ser la verdadera reina de Sicilia.

Todos los nobles tenían amantes. Le constaba que Pedro había llegado a la isla sin una oficial. Y había visto cómo la miraba. A Pedro le gustaban las mujeres y ella era una de las más bellas de Sicilia. A

ello había que unir su capacidad política. Era la perfecta amante del rey. Y cuando lo lograra sería, de hecho, reina.

110

Cerca de Mesina, 12 de septiembre de 1282

Los caballeros Pere de Queralt y Blasco de Alagón tenían una delicada misión. Debían entregarle a Carlos de Anjou la carta de desafío, la declaración de guerra.

Pere gozaba de la confianza del rey y era un experto marino, que en ocasiones ejercía de almirante. De barba y escaso pelo rubios, superaba la cincuentena y tenía fama de buen negociante, algo pirata si la ocasión se presentaba.

—Los franceses llevan sitiando infructuosamente Mesina casi tres meses —le dijo a su compañero—. Estarán de un humor de perros y la noticia que llevamos no gustará. Seremos afortunados si salimos bien librados de esta.

Blasco asintió. Era un valenciano de ascendencia aragonesa, caballero de la hueste real, amigo también de Pedro, alto, moreno y cercano a la treintena.

No era prudente sorprender con su presencia a un enemigo frustrado, por lo que enviaron antes a un par de frailes dominicos, con los que habían coincidido a un día de distancia de la ciudad, para advertir de su llegada. Y esperaron, en aquel lugar, su regreso.

Cuando los frailes llegaron al campamento francés, Carlos no se sorprendió. Acababa de recibir emisarios del papa que le advertían

de las intenciones de Pedro, y sabía de la presencia en Sicilia de la flota aragonesa. Hizo encerrar a los frailes entre las cuatro paredes de una ermita para que no pudieran ver ni contar lo que ocurría y reunió a sus generales.

—Señores —les dijo—, pronto llevaremos doce semanas de sitio. Ha sido un verano lluvioso que ha convertido nuestro campamento en un barrizal y ha dado agua al enemigo. Nuestros espías dicen que las cosechas en el interior de las murallas han sido buenas y también la pesca en la ensenada. Los mesineses no pasan hambre y pueden resistir más que nosotros.

—Las minas que construimos y nuestra artillería han hundido algunos tramos de muralla —intervino Pierre de Alençon—. Tenemos buenas torres de asalto listas y terraplenes construidos sobre los fosos. Vayamos de una vez con todo.

—Así ha de ser —aprobó Carlos—. Llega el otoño y con él las tormentas en el estrecho. El rey de Aragón se acerca y sus embajadores quieren verme para declararnos oficialmente la guerra. Si no tomamos pronto la ciudad, nos veremos atrapados entre dos fuegos y sin poder salir de la isla.

—¡Asaltemos Mesina de una vez! —clamó el Conde de Alençon.

El ataque se lanzó el 14 de septiembre, al amanecer, por todos los flancos, tierra y mar. Pero los de Mesina se defendieron con bravura. Las torres de asalto fueron incendiadas y a las piedras que lanzaba la artillería francesa le respondía la de Mesina. Al caer la tarde, los muros estaban rodeados de cadáveres. Los pocos que lograron entrar en la ciudad fueron ejecutados y sus cuerpos arrojados al exterior. El ejército atacante empezaba a desfallecer cuando un proyectil cayó en el puesto de mando, a escasos pasos de Carlos, y mató a dos nobles franceses. Su sangre le salpicó.

—Está oscureciendo —murmuró, pálido y estremecido—. No lograremos rendirlos hoy. Habrá que retirarse.

Heribert d'Orleans y Pierre de Alençon estuvieron de acuerdo. Ya se habían percatado de su fracaso.

—Habrá que negociar —dijo el de Anjou en el consejo que celebró aquella misma noche—. Antes de que los de la ciudad se enteren de que llega Pedro de Aragón.

Sus generales, abatidos, afirmaron con la cabeza.

Carlos envió un emisario, al día siguiente, que ofreció a Aliano tierras y todo lo que quisiera a cambio de entregar la ciudad, con la promesa de que solo ejecutaría, como castigo, a seis hombres. Aliamo, que no se fiaba de su palabra, se rio de la oferta frente a sus oficiales y despidió desdeñoso al negociador. Entonces Carlos liberó a los frailes, que no sabían nada de lo ocurrido, y los envió de vuelta con la orden de que los embajadores se acercaran a la ciudad y aguardaran en un punto determinado a la escolta francesa, que debía conducirlos hasta él.

Una vez rebasada la colina de San Rizzo, Blasco y Pere contemplaron Mesina a sus pies. Su extraordinario puerto, por lo amplio y seguro, se encontraba dentro de una ensenada en forma de G. Estaba rodeada por la ciudad del lado de tierra, y la península que la separaba del mar tenía un castillo en el extremo y fortificaciones en el resto. Los de Mesina habían tendido una cadena entre los castillos que guardaban la bocana, con la que impedían la entrada de las naves invasoras. Después se divisaba un somero brazo de mar y las costas de la otra orilla, el continente. Aquel era el famoso estrecho de Mesina. El enorme campamento francés rodeaba la ciudad, cuyas murallas eran castigadas, sin descanso, por catapultas que lanzaban piedras y fuego griego.

—Dicen que aquí hay acantonados diez mil caballeros y cien mil infantes —murmuró, admirado, Blasco.

Del interior se alzaban las columnas de humo de los incendios. Del lado del mar, los navíos franceses lanzaban piedras a las defensas costeras pero eran incapaces de penetrar en el puerto. Tampoco la flota que los sicilianos mantenían en el interior de la rada lo habría permitido.

—Aquí no hay tanta gente —comentó Pere—. Aunque ese ejército es cinco o seis veces mayor que el nuestro.

—¿Para qué sirve tanta caballería, y tan buena, sitiando una ciudad? —inquirió Blasco.

—Para nada —repuso su compañero—. Si no toman Mesina y siguen hacia el interior, la caballería solo representará gasto.

Aguardaron varias horas en el punto indicado hasta que divisaron una polvareda en la ladera del monte: sesenta caballeros galopaban hacia ellos.

—¡Armémonos! —exclamó el valenciano—. ¡Que si nos han de matar, nos podamos defender antes!

Descabalgaron y se apresuraron a vestir sus armaduras con ayuda de sus escuderos, que hicieron lo propio. Montaron de nuevo y, a paso tranquilo, empezaron a descender hacia los franceses, sosteniendo sus lanzas y escudos.

—¿¡Quiénes sois!? —gritó el que mandaba a los angevinos.

—¡Somos heraldos del rey Pedro de Aragón y Sicilia! —repuso Pere.

—¿Y dónde está vuestro rey?

—En Palermo.

Sabían que Pedro se hallaba ya en Randazzo pero no querían darlo a conocer.

—Os esperábamos, seguidnos —les dijo el capitán angevino.

Fueron albergados en la misma ermita donde habían incomunicado a los frailes. Al poco, unos criados les trajeron comida, pero se los retuvo día y noche sin dejarlos salir.

A la mañana siguiente los condujeron a la tienda del rey. Lo encontraron sentado en una silla frente a una cama con almohadones y coberturas de sedas bordadas en oro. Era un hombre grande, más o menos de la altura del rey Pedro pero gordo. Su cara cetrina de larga nariz mostraba una mueca de desagrado y sus ojos azules miraban inquisitivos. Le acompañaban el Conde de Alençon y Heribert d'Orleans.

Los embajadores se arrodillaron.

—Nos envía nuestro señor el rey de Aragón —dijo Pere—. Tened, señor, la carta con nuestras credenciales.

El chambelán se apresuró a tomarla, rompió los sellos y se la dio al rey Carlos, quien, sin ni siquiera mirarla, la tiró al suelo.

—Decid en buena hora a lo que habéis venido —gruñó.

—Tened, señor, la carta que nuestro rey os envía. —Y Blasco le tendió un segundo documento.

El de Anjou lo tomó, sin esperar al chambelán, e impaciente lo dejó sobre la cama.

—Decídmelo de viva voz —ordenó.

Pere tomó aire. Sabía que aquello no iba a gustar.

—Señor Carlos —dijo al fin—, nuestro señor el rey de Aragón os dice y ordena que abandonéis la tierra de Sicilia, dejándola libre. Porque no es vuestra sino que es de su esposa la reina Constanza y de sus hijos. Y que la habéis sometido contra todo derecho.

La mueca de Carlos se acentuó. Ahora era de desprecio.

—Y que las gentes de Sicilia, muy agraviadas y castigadas con vuestro gobierno, le han suplicado su ayuda. Y que el rey de Aragón los ayudará como súbditos suyos que son.

El de Anjou golpeó en silencio, pensativo y disgustado el costado de su asiento durante un tiempo con la vara de mando que empuñaba. Miraba con hostilidad a los enviados.

—Señores —les dijo al fin—, la tierra de Sicilia no es del rey de Aragón, ni tampoco mía, sino de la Iglesia de Roma, a quien yo

represento.

Los embajadores le escucharon callados, evitando mostrar su disconformidad.

—Y ahora quiero que vayáis a Mesina, habléis con su comandante Aliamo y le digáis que el rey de Aragón le ordena establecer una tregua conmigo de ocho días mientras negociamos los asuntos que os han traído aquí.

Blasco y Pere se miraron sorprendidos.

—Esta es una extraordinaria petición, señor —repuso el de Queralt—. Dejadnos pensarlo.

Los embajadores hicieron un aparte para comentarlo.

—Aceptemos —dijo Blasco—. Así sabrán en Mesina que nuestro ejército llega en su ayuda.

—Debe de estar muy apurado para pedir una tregua.

Poco después, Pere y Blasco se acercaron a los muros enarbolando la enseña de Aragón, gritaron que eran embajadores del rey Pedro y que este pronto llegaría con su ejército. Los ballesteros, desde arriba, les dijeron que esperaran. Al poco apareció en las almenas Aliamo, acompañado de Giacomo y de su tío Pascale Coppola.

—No aceptamos tregua alguna —dijo el comandante de Mesina —. El rey de Aragón es nuestro soberano. Pero no creo que seáis quienes decís ser. Es una treta.

—Sabe bien quiénes somos —le dijo Blasco a Pere—. Giacomo y su tío nos han reconocido.

—Buena excusa. Así nadie podrá acusar a Aliamo de desobedecer al rey Pedro.

Blasco rio.

—¡Como que no eran órdenes suyas, sino de su enemigo! —exclamó—. No insistiremos. Ya saben que hemos llegado.

—Señores, id y reposad hasta mañana —les dijo Carlos cuando le explicaron lo ocurrido—. Os daré respuesta una vez que haya tenido consejo con mis nobles.

Los embajadores se despidieron con las reverencias preceptivas y Carlos hizo salir a todo el mundo. Después se dirigió al tablero de ajedrez que tenía sobre una mesilla y lo observó. La insólita resistencia de la ciudad y la aparición del rey Pedro lo habían desbaratado todo. Y en un acceso de furia empezó a golpear con su vara el juego y, cuando tenía las piezas esparcidas por el suelo, aporreó la mesa con todas sus fuerzas.

—¡Maldito seáis, Pedro! ¡Malditos seáis los de Mesina!

Y partió la vara, hiriéndose en la muñeca.

—¡Señor, Dios mío! —murmuró lloroso—. Soy vuestro fiel servidor. ¿Por qué me castigáis así?

—Nuestro señor el rey de Sicilia dice que ya os podéis ir —les comunicó un caballero francés a los embajadores al amanecer del día siguiente—. Os acompañaremos.

—Vuestro señor el conde de Provenza dijo que hoy nos daría una respuesta después de tener su consejo —repuso Pere—. No podemos regresar sin ella.

—Recoged el equipaje ahora mismo —insistió el otro—. El rey de Sicilia enviará su propio heraldo al de Aragón. Y vos os iréis de buen grado o a la fuerza.

Se notaba el enfado del caballero por la resistencia de los embajadores y por titular a Carlos solo como conde de Provenza. Pere miró a Blasco, que se encogió de hombros.

—Nos tendremos que ir —dijo el joven—. Afuera estarán los sesenta caballeros de nuestro cortejo y un poco más allá, cien mil más. Creo que nos pueden.

El de Queralt rio. Los escuderos recogieron sus pertenencias de la ermita y los ayudaron a vestir las armaduras. La comitiva los acompañó hasta pasado el monte de San Rizzo, al camino de la costa norte que conducía a Palermo.

111

Randazzo, 20 de septiembre de 1282

—Aquí en Randazzo no hacemos nada —dijo Galcerán—. El enemigo está en Mesina.

—El enemigo y el botín —aprobó el rubio Abdón—. Estoy harto de comer del rancho de la tropa del señor de Cocentaina. No somos sus soldados.

—Roger nos puso bajo el mando de don Pedro Fernández, el hermano del rey —recordó Súria—. Y nuestro soberano no quiere apresurarse en llegar a Mesina.

—Pues nuestro negocio no está aquí, sino allí —insistió Galcerán —. ¡Adelantémonos!

—Estoy de acuerdo —dijo Tono el Oso.

El resto del consejo coincidió.

—Hay que comunicárselo a don Pedro Fernández —advirtió, enérgica, Súria.

—Díselo tú —concedió Galcerán—. Pero hazle saber que ya está decidido. Salimos mañana.

A la llegada de los embajadores de Mesina, el rey Pedro reunió su consejo.

—Tienen mucha caballería —dijo Pere de Queralt—. Aunque no creo que sean quince mil, como se exagera. Pero bien pueden ser ocho o diez mil.

—Nosotros tenemos solo ochocientos caballeros —murmuró pensativo el rey—. Por muchos sicilianos que se nos unan no alcanzaremos ni una cuarta parte de su caballería. Y no me fío de la preparación de los voluntarios locales. Darle batalla al de Anjou en campo abierto sería un suicidio, nos aplastaría.

—Tampoco creemos que tenga cien mil infantes sitiando Mesina —añadió Blasco de Alagón—. Pueden ser cincuenta o sesenta mil a lo sumo.

—Nosotros tenemos diez mil y con los sicilianos quizá lleguemos a treinta mil —dijo Pedro—. No les daremos batalla frontal. Su ejército es tan grande que su propio peso le hará caer.

—Un grupo de almogávares marcha ya sobre Mesina —intervino Pedro Fernández—. No querían esperar más. Consideré detenerlos pero desistí.

—Hicisteis bien, hermano —dijo el rey—. ¿Cuántos van?

—Desconozco la cifra exacta, pero más de mil.

—Bien. El ejército francés no está preparado para su tipo de lucha. Los emboscarán cada vez que salgan en busca de provisiones. Son expertos en eso. No han hecho otra cosa en su vida. Su aparición preocupará a Carlos. Aseguraos de mantener el contacto con ellos y de que nos informen de todo lo que ocurra en Mesina.

—Los franceses han devastado las aldeas y los pueblos cercanos —informó Blasco—. Si quieren rapiñar algo más, tendrán que alejarse muchas leguas de su campamento e ir en grupos pequeños. Eso los hará vulnerables.

—Así es —confirmó el monarca—. Tendrán que abastecerse del continente. Mientras Mesina resista, venceremos. Estamos a las puertas del otoño, y después viene el invierno.

—No parece que Mesina esté apurada —dijo Pere—. Aliamo no quiso ni oír hablar de una tregua.

—El que está apurado es Carlos —murmuró pensativo, a la vez que sonriente, el monarca—. Bien, bien, bien… El Señor está con nosotros. Preparad el ejército para partir hacia Mesina.

112

Mesina, 22 de septiembre de 1282

Los almogávares de Galcerán y Súria llegaron en menos de dos días a Mesina. Iban solo los combatientes, sus familias se desplazarían junto al ejército del rey. Se acomodaron en los montes del oeste y enviaron aviso a la ciudad de su presencia. Los acompañaba un guía local que sabía cómo entrar en ella sin ser visto, y aquella noche accedieron a Mesina por la montañosa zona de Caperina sin que los sitiadores se percataran. La noticia corrió rápidamente entre los defensores. ¡Había llegado la avanzadilla del ejército aragonés! ¡Pronto estarían a salvo! Estalló el júbilo.

A la mañana siguiente todos querían ver al ejército salvador y la decepción fue evidente. «¡Pero si van medio desnudos!», decían unos. «¡No llevan ni armadura ni escudo!», decían otros. «¡Son unos pordioseros muertos de hambre! ¿Ese es el ejército del rey que nos ha de salvar de los franceses?»

—Nos miran mal —le dijo Súria a Galcerán—. No entiendo mucho lo que dicen pero está claro que nos desprecian.

Fueron a hablar con los aragoneses que se encontraban en Mesina.

—Esperaban caballeros con brillantes armaduras y hermosos gallardetes ondeando —les confesó Giacomo—, al estilo de los

franceses. Están decepcionados.

—Quiero hablar con don Aliamo —dijo Galcerán, molesto—. Que nos abran las puertas esta noche. Vamos a salir.

—¡No hay para tanto! —exclamó Pascale Coppola—. ¿Solo por eso os queréis ir?

—No os ofendáis —dijo su sobrino Giacomo—. Entended que en una ciudad no se os considere elegantes. Pero aun así tenéis que ayudarnos.

Súria rio.

—No queremos irnos: vamos a atacar a los franceses.

—Así sabrán quiénes somos —sentenció Galcerán.

Aquella noche salieron por donde habían entrado sin que, de nuevo, se percataran los sitiadores. Y causaron una gran matanza. Regresaron sin pérdidas y con un gran botín, después de prender fuego a lo que no pudieron llevarse. Súria y los suyos fueron generosos en la celebración y el reparto, y los de Mesina se unieron a la fiesta sin reparos. De repente los almogávares parecían haber mejorado su aspecto.

—Esos diablos son la vanguardia de los aragoneses —le informó Pierre de Alençon a su tío—. No hemos podido coger a ninguno, ni vivo ni muerto. Se mueven como gatos en la noche.

—Señor —dijo Heribert—, Mesina aún puede resistir semanas. Estamos a finales de septiembre. Pronto empezarán las lluvias y esto se convertirá en un cenagal. Hemos agotado los recursos a muchas leguas de aquí y dependemos de las provisiones que vengan por mar, pero habrá tormentas en el estrecho y la flota aragonesa está al llegar. Tenemos un gran ejército al que alimentar y podemos vernos atrapados y sometidos al hambre. Y los soldados hambrientos se amotinan. Perdimos muchas naves en la rebelión y buena parte de

nuestra flota está alquilada a otras naciones. No son de fiar, y mantenerla cuesta una fortuna.

—¡Maldita sea! —gritó el de Anjou enfurecido—. ¡Decidme algo que no sepa! ¿Por qué creéis que quería una tregua? ¡Una retirada en estas condiciones es muy peligrosa! ¡Y odio dejarle la isla a Pedro de Aragón!

—Replegarnos es lo sensato, señor —intervino el Conde de Alençon—. Pasemos el invierno al otro lado del estrecho. Reclutaré junto con mi primo Robert más caballeros e infantes. Y con la llegada de la primavera cruzaremos de nuevo y los machacaremos.

Carlos permaneció en silencio. Habría deseado tener su vara de mando para golpear algo o a alguien. Sabía que tenían razón.

—Preparad mi galera —dijo—. Partiré esta noche. Os encomiendo un repliegue ordenado. Disimulad en lo posible. Cuanto más tarden en enterarse de que nos retiramos, mejor.

Heribert y Pierre se miraron. La visibilidad en el estrecho era absoluta. No se podía disimular.

El mayordomo real irrumpió en la tienda del monarca. Habían tocado ya las vísperas y Pedro no dejaba de darle vueltas a su estrategia. Tenía un mapa trazado en un pergamino extendido sobre una mesilla e iluminado por dos candiles. Y rumiaba, apoyando su dedo índice en el documento, dónde y con cuánta gente golpearía al ejército francés.

—¡Señor, los franceses se retiran! —Era uno de los espías—. ¡Están embarcando!

Al rey le costó dormir. No quería convocar aún al consejo de nobles. Quizá fuera una trampa. Carlos podía haber ocultado parte de su ejército en los montes que rodeaban Mesina, como hizo en la batalla de Tagliacozzo, y embarcar al resto haciendo creer que era la

totalidad. El francés disponía de tanta gente que aun si prescindía de la mayoría podía doblarle en número.

Pero de madrugada le despertó otro mensajero.

—Es un heraldo de don Aliamo, trae una carta.

—Hacedlo pasar y llamad a doña Macalda.

Macalda se presentó cubierta con una capa roja y con su abundante cabellera azabache suelta.

—¿Qué deseáis, señor?

La sonrisa de sus labios rojos se torció al ver al mensajero, al mayordomo y a los soldados junto al monarca.

—¿Son estos los sellos de vuestro señor marido, Aliamo? —inquirió el rey tendiéndole la carta.

Macalda hizo un gesto de fastidio al oír el nombre, observó el documento y afirmó con la cabeza. El mayordomo rompió los sellos y leyó la misiva.

Aliamo decía que esperaba al rey. Los franceses habían iniciado el embarque y los mesineses, junto con los almogávares, causaban estragos a su retaguardia.

—¿Es esta la firma de vuestro señor marido, señora?

—Así es —dijo ella, decidida—. Mañana por la mañana saldré para Mesina.

—Lo haremos después del consejo —acordó Pedro—. Y vuestra gente irá en el lugar, dentro de mi ejército, que decidamos asignarle.

Macalda le miró desafiante.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy vuestro rey y así lo quiero —repuso Pedro con determinación—. Ni se os ocurra adelantaros.

Ella dejó que un lado de su capa resbalara descubriendo a la vista un hombro desnudo. Esbozó una falsa sonrisa, como de acatamiento, que borró de inmediato para mostrar enfado, y dio media vuelta haciendo que su cabello trazara un perfumado

semicírculo en el aire. Sin despedirse salió de la tienda. Afuera la esperaban dos de sus caballeros.

Pedro ya no concilió el sueño. Le daba vueltas a cómo desplazar su ejército de forma segura. Pero no era lo único que le inquietaba. La desafiante y provocadora imagen de Macalda le acosaba. Solo tenía que llamarla o acercarse a su tienda y la brava dama sería suya, aunque ella interpretaría que era él quien había acabado siendo suyo. Pedro estaba tenso y necesitaba un desahogo.

Pero no, no traicionaría a Constanza. Desfogarse con una hermosa moza no era traicionar a su dama. Solo algo físico. Pero Macalda, por mucho que se hiciera desear, era la mujer más inadecuada. Era una dama de categoría, y aquello sí que sería humillar a la reina. Y Macalda era, además, la esposa de Aliamo, el noble más importante de la isla. No, no cometería semejante locura. Puso su pensamiento en Constanza. Deseaba asegurarlo todo para pedirle que viajara a la isla. Para amarla. Y coronarla reina de Sicilia.

Galcerán y los suyos seguían castigando el campamento francés por las noches. Pero tan pronto los de Mesina, desde la posición privilegiada de sus muros, comprendieron que el ejército se retiraba, se unieron a la fiesta y aquello se convirtió en una persecución. Y para los franceses en un sálvese quien pueda, a pesar de las unidades que Pierre de Alençon y Heribert d'Orleans habían dejado para proteger el repliegue. La distancia al continente era corta pero el embarque, en especial el de los caballos, lento. La mayoría de los soldados llevaba encima la paga de aquellos tres meses. Quien se retrasaba, moría, y entonces alguien se quedaba con su oro. Abandonaban tiendas, pertrechos y animales. Muchos eran abatidos con el agua al cuello, sin saber nadar, tratando de alcanzar una nave. La gente de Mesina y los almogávares colaboraban entusiasmados en la matanza y saqueo. El botín sería enorme.

113

Mesina, 2 de octubre de 1282

La entrada de Pedro y su ejército en Mesina fue triunfal. Aliamo, al frente de nobles y autoridades ciudadanas, acudió a recibirle a las afueras, donde le hizo entrega de las llaves. Lo que Carlos no pudo conseguir a sangre y fuego el aragonés lo obtenía graciosamente, sin desenfundar la espada.

Tal y como ya se había hecho antes en Trapani y en Palermo, Aliamo tomó las riendas del caballo real, y a pie, como el resto de las personalidades, y bajo un palio de ricas sedas y oro, condujo al monarca al interior. La población había cubierto su camino con juncos, romero y otras plantas olorosas. Sonaban trompetas y timbales. Las gentes cantaban, bailaban, vitoreaban al rey y agitaban pañuelos desde ventanas y terrazas. Era una explosión de alegría. Celebraban la victoria sobre la tiranía y también la libertad. Pedro de Aragón se había convertido en su rey y su héroe.

—Lamento que no hayamos podido enfrentarnos aún a Carlos —le confió Pedro a su consejo de nobles—. Hemos obtenido la isla sin hacer nada. Todo ha sido mérito de los sicilianos.

—Nuestra presencia ha hecho huir al francés, señor —le dijo el vizconde de Castellnou—. De lo contrario, Mesina seguiría aún bajo sitio.

—Poco mérito es ese.

—Pero tenemos nuestro ejército intacto y seguro en la isla —dijo Roger—. Podemos preparar cómodamente el asalto al continente.

El señor de Cocentaina había sido el primero en entrar con su galera en el puerto. El resto de la flota llegaría los días siguientes. Pedro le sonrió. Mantener sus tropas indemnes había sido su propósito y el siciliano lo sabía. Roger se preguntaba cómo había logrado su señor que todo encajara a la perfección según sus deseos. Cuando había planteado aquella empresa en Barcelona, año y medio antes, parecía imposible.

—Carlos pretende hibernar mientras lame sus heridas y recibe refuerzos de Francia y del papa —continuó Pedro—. Hay que atacarle en el continente lo antes posible. ¡Nos queda medio reino por conquistar!

—Es una buena idea —intervino Giacomo—. No creo que a mis paisanos sicilianos les guste alimentar a nuestro ejército mucho tiempo sin que este haga nada por ellos.

—Hay que reunir la flota aquí, en Mesina, y golpear a los angevinos sin descanso —afirmó Pedro.

—Conquistar el continente no será tan fácil —advirtió Pascale Coppola—. Allí los franceses no han sido tan abusivos, la gente está más contenta y muchos de los nobles les son fieles.

—Hemos venido a echar a los franceses del reino y eso haremos —dijo Pedro—. Si fuera fácil, los sicilianos no nos habrían llamado. Y por mucho que quiera aparentar Carlos, lo suyo es una huida y así lo haré saber a toda Europa. Un ejército en retirada es vulnerable. No le daremos descanso ni dejaremos que se reponga.

Macalda había hecho el camino a Mesina tratando de estar lo más cerca posible del rey. En su condición de gran noble, participaba

en los consejos y tenía acceso al monarca, que, no deseando contrariarla más, la trataba con toda amabilidad.

Ella sabía que le era muy agradable y estaba segura de que, en cualquier momento, él caería en la tentación. Pedro le sonreía cariñoso, por lo que ella percibía, y Macalda gustaba de su compañía. Quería a aquel hombre, y su inusitada resistencia multiplicaba su deseo. Sin embargo, llegaron a Mesina sin que nada hubiera ocurrido. Aquello la llenaba de coraje. Y fue testigo, con gran disgusto, aun participando en la comitiva, del recibimiento triunfal dispensado a Pedro.

Terminada la ceremonia de recepción y acatamiento al rey, Macalda se reunió con Aliamo, ahora señor de Mesina. Hacía tres meses que no se veían y se abrazaron y besaron en público dando muestras de una gran alegría. Como buenos esposos.

Y en verdad se alegraban. Él amaba a su salvaje y ambiciosa esposa aun sabiendo que nunca la podría someter. Si la quería a su lado, Macalda debía ser libre. Pero no le faltaban mujeres que le dieran consuelo, tan hermosas o más que ella. Y a ella no le disgustaba su marido: era vigoroso, inteligente y atractivo, a pesar de superar su edad, de su corta estatura y de su calvicie. Y su atractivo se había multiplicado desde que, gracias a su heroica resistencia, Aliamo era el líder más respetado de Sicilia.

Solo había alguien en la isla por encima de su esposo. Y ese era el rey Pedro. Aunque en opinión de Macalda, Aliamo se había ganado el privilegio, mientras que Pedro no. Aquella noche la dama se acostó con su esposo y le hizo feliz.

—Quizá deberíais haber aceptado la propuesta que os hizo Carlos —le dijo, ambos aún en el lecho—. Quizá nos hubiera salido más a cuenta permanecer con el francés.

—Pero ¿qué decís, mujer? —repuso él—. ¡El pueblo está harto de franceses y no me habría seguido! Además, no me fío de Carlos. Me

considera un traidor, no habría cumplido sus promesas y me habría ejecutado.

—Vos liberasteis Mesina de los franceses y yo Catania —continuó ella—. Pero ¿qué han hecho los aragoneses? ¡Nada! ¿Y ese Pedro va a ser nuestro rey? ¿Y esa Constanza, que sigue en España, nuestra reina? ¡Nosotros nos mereceríamos ser los reyes de Sicilia!

—La guerra solo ha comenzado —alegó él—. Y los necesitaremos. No hay vuelta atrás. El rey me ha prometido grandes honores. Y vos, siendo mi esposa, los compartiréis. ¡Disfrutemos de lo que tenemos! Para empezar, ¡de la vida!

Macalda quedó en silencio. Su marido se conformaba con las migajas cuando podía tener el pan entero. Ese se lo quedaba el rey Pedro. Pero ella aún le podía tener a él, al rey. Tenía razón Aliamo. La guerra solo había comenzado.

Roger encontró a sus almogávares felices y contentos. Sus familias habían llegado sanas y salvas con el rey, apenas habían tenido bajas y el botín obtenido en la retirada francesa era enorme. Galcerán y los suyos estaban alegremente ocupados vendiendo las armaduras, las telas y los objetos de lujo que les habían correspondido en el reparto. Buscó a Súria, y al cruzarse sus miradas, sus rostros se iluminaron con una sonrisa de placer.

—Me alegro de verte bien —fue lo único que se le ocurrió a él decirle.

Y realmente la veía muy bien.

—Lo mismo digo, señor del valle del Seta —le provocó.

—¡De Cocentaina!

Ella rio.

—No puedo esperar a que me llevéis en vuestra galera —dijo sin evitar un toque de coquetería.

—¿Qué te hace pensar que lo haré?

—Tenemos que cruzar al otro lado del estrecho. ¿Qué vamos a hacer si no los almogávares aquí? No quedan ya franceses y no les vamos a robar a nuestros amigos sicilianos, ¿verdad?

—Mejor que no.

—Pues nos tendréis que cruzar al otro lado, y confío en ir en vuestra nave.

—No corras tanto. Primero habrá que asegurar un cierto dominio del mar. Carlos tiene muchas más galeras.

—La guerra en el mar se hace abordando a las naves contrarias, ¿no?

—Preferimos eso a hundirlas. Son muy valiosas.

—Se precisan buenos ballesteros en ese tipo de combate, pero al final quien decide es la tropa de asalto y la lucha cuerpo a cuerpo, ¿cierto?

—Así es.

—¿Y quién mejor que nosotros en el cuerpo a cuerpo?

Roger no quiso confesarle que ya había pensado en ello. Si los almogávares eran capaces de luchar sobre una nave tal como lo hacían en tierra, la armada aragonesa sería temible. De nada servía en el mar la superioridad de la caballería francesa. Hizo ver que rumiaba.

—¿Y qué dicen los demás? —inquirió al rato.

—Lo tenemos hablado y queremos hacerlo —dijo segura—. Lucharemos tanto en el mar como en tierra firme. Y yo quiero ir en vuestra galera.

El marino arrugó el cejo.

—No irás en mi nave. No quiero verte asaltando un barco enemigo.

—Ya hablamos de eso —dijo ella con enfado—. ¿Recordáis que acordamos que nunca más me protegeríais? ¿Y que pagué por ello? ¡Cumplid el trato!

Roger lo recordaba demasiado bien. No se lo podía quitar del pensamiento.

114

Regio de Calabria, 8 de octubre de 1282

Carlos de Anjou medía a grandes pasos el salón del castillo de Regio de Calabria donde había instalado su cuartel general. Desde su ventana se veía con claridad la línea de la costa opuesta y, siguiéndola, al norte, los muros claros de la ciudad de Mesina, que resaltaban sobre el azul del mar y los montes gris verdoso de la isla. Aquel era su gran fracaso.

—¡Qué desastre! —gruñía como un oso herido—. ¡Hemos perdido más de quinientos caballeros, un número mucho mayor de peones, varias embarcaciones y una fortuna en pertrechos!

Sentados a una mesa sobre la que se extendía un mapa del estrecho, su hijo Carlos el cojo, Heribert d'Orleans, su sobrino el conde Pierre de Alençon y el cardenal Gerardo Bianchi de Parma le contemplaban en silencio.

—Quinientos caballeros es una gran pérdida, aunque no relevante —le consoló su sobrino—. Sería decisiva para ellos, que solo embarcaron a ochocientos en España. Los repondremos fácilmente. Mi hermano el rey de Francia ha tomado este asunto como un agravio personal y es diez veces más poderoso que ese reyezuelo de Aragón. Conserváis los territorios más ricos y poblados del reino de Sicilia, controláis Roma, gran parte de los Balcanes y

sois rey de Albania y de Jerusalén. Y tenéis aliados en Florencia y en el resto de los estados italianos güelfos. Vuestro poder, sin contar Francia, es mucho mayor que el de Aragón y el de la isla de Sicilia juntos.

—Y tenéis la ayuda incondicional del papa Martín —intervino el cardenal Bianchi—. La espiritual y la financiera. La desobediencia, tanto de los isleños como del rey de Aragón, representa una gran ofensa para él. Ese rey Pedro camina hacia su perdición. Física y espiritual.

—Desde mi posición en Catona he visto cómo la flota aragonesa entraba en Mesina —continuó Pierre de Alençon, riéndose—. ¡Tienen poco más de veinte galeras! El resto son naves de apoyo, algunas armadas. ¿Con eso quieren desafiarnos? ¡Es penoso! ¡Nuestra flota es cuatro veces mayor!

—Habrá que contar las naves sicilianas en el puerto de Mesina —intervino el joven Carlos.

—Sí, pero son pocas —dijo Heribert—. Esos salvajes a los que llaman almogávares no solo quemaron nuestras embarcaciones en la playa durante la retirada, sino también algunas en el puerto de Mesina que antes pertenecían a nuestra flota.

El Conde de Alençon rio de nuevo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. ¿Adónde quiere ir Pedro de Aragón con esa gente? Son capaces de degollarle cuando duerma para robarle la bolsa.

El cardenal y el antiguo gobernador de la isla rieron la gracia, Carlos se sonrió pero su hijo el príncipe se mantuvo serio. Continuaba pensando que minusvaloraban al enemigo. Pero callaría. Si decía algo, su padre le creería un cobarde y le miraría con desprecio.

—¡Vamos a bloquear el puerto de Mesina! —dijo Carlos, rabioso —. No les dejaremos salir ni entrar. Me estoy gastando una fortuna

en la flota. Y quiero las naves pisanas, que vienen obligadas por el papa, en primera línea. ¡Que sirvan para algo!

—Una gran idea —afirmó Heribert—. Los asfixiaremos durante el otoño e invierno y regresaremos a la isla en primavera para destrozarlos.

El rey Carlos gruñó: lo aprobaba.

—Tratan de bloquearnos por mar —dijo Pedro.

Del otro lado del estrecho, en el castillo de Mategrifon, en Mesina, se reunía la plana mayor del ejército siciliano-aragonés. En una estancia desde donde se contemplaba el estrecho se encontraban, junto al rey, su hijo natural Jaime Pérez, señor de Segorbe, almirante de la flota; Aliamo, al que Pedro había nombrado justicia de Sicilia, convirtiéndolo en la mayor autoridad de la isla después de él mismo; y los vicealmirantes Ramón Marquet, Pere de Queralt y Conrado Lancia. Roger de Lauria había sido invitado en calidad de simple capitán.

—Tienen de tres a cuatro veces más galeras que nosotros —advirtió Jaime Pérez.

—Sí, es cierto —confirmó Pedro—. Pero son de distintas nacionalidades. Los únicos con verdadero apego a Carlos quizá sean los provenzales, los napolitanos y los de la costa de Apulia. Los demás son mercenarios.

Pedro veía a su hijo natural muy joven para tanta responsabilidad y confiaba en que aprendiera con la ayuda de sus expertos marinos. El rey valoraba la capacidad por encima de la nobleza y las recomendaciones. En aquel caso había hecho una excepción y sospechaba que quizá tendría que arrepentirse. Pensaba vigilarle muy de cerca.

—Ya conocen la derrota y la huida —recordó Pere de Queralt—. Tienen la moral baja.

—Es difícil que nos bloqueen por completo —intervino Conrado Lancia—. Una nave bien tripulada puede entrar y salir con viento favorable.

—Yo no me conformo con esperar un buen viento para sortear el bloqueo —dijo Roger—. ¡Ataquémoslos de frente!

—¡Nos superan en mucho! —cortó Jaime Pérez.

—¿Cómo pensáis compensar esa desventaja? —inquirió el rey, intrigado.

—Vos mismo lo habéis dicho, y Pere también —explicó Roger—. Son de distintas nacionalidades, no tienen apego a su rey y conocen la derrota. Lancémosles encima a los almogávares. A ellos no les importa estar en minoría.

—¿Los almogávares? —se asombró Jaime Pérez—. Son tropa de tierra, y mientras los angevinos dominen el mar, no podremos ponerlos del otro lado del estrecho.

—Hagamos de los almogávares tropa de mar —continuó Roger—. Por muchas flechas y piedras que se arrojen, una batalla marítima se decide con la huida o en el asalto final. Los almogávares no usan armadura, son rápidos, ágiles y excelentes lanzando azconas y dardos. No se puede pedir más en un abordaje. Un caballero con armadura, en una nave, no tiene nada que hacer frente a ellos.

Se hizo el silencio mientras unos y otros consideraban la idea.

—¿Y van a querer? —inquirió su cuñado Conrado—. No están acostumbrados al mar. Quizá no les importe morir en tierra pero teman hacerlo ahogados.

—Me lo han pedido —repuso Roger—. Dicen que luchar es su oficio. Y es mejor que los tengamos ocupados que merodeando por ahí.

—Son indisciplinados —advirtió Jaime Pérez—. No obedecen. Pueden causar otro desastre, como cuando incendiaron las naves angevinas capturadas.

—No os preocupéis por eso —repuso Roger—. Yo sé controlar a los míos. Salgamos a la mar, mi galera irá la primera. Además de los treinta ballesteros llevaré a sesenta almogávares.

—Yo os seguiré —dijo Conrado— con sesenta almogávares más.

—Sea —concedió el rey—. Enfrentémonos a la escuadra enemiga. No lo esperan.

—Quiero protección adicional con maderamen en el castillo de proa y en los laterales de mi galera —dijo Roger—. Que les sea difícil a sus ballesteros herirnos. Quiero que mis almogávares estén enteros para el asalto.

—Todo ese peso nos hará más lentos —objetó Pere—. Les será fácil alcanzarnos.

—No pienso huir —repuso Roger—. Y no me importa que traten de abordarme si luego se arrepienten de ello. Ellos nos triplican o cuadriplican en número de galeras. Y, si quieren, tarde o temprano nos darán caza por muy ligeros que seamos.

El rey Pedro asintió. Le gustaba Roger y le gustaba el plan.

—Usaréis escudo y casco para el abordaje —dijo Roger, que se había reunido con los líderes de sus almogávares en el campamento instalado fuera de las murallas de Mesina.

—Nosotros luchamos sin escudos —respondió Galcerán.

—Un abordaje es muy distinto a lo que estáis acostumbrados —insistió el siciliano—. Van a llover flechas, lanzas y piedras.

—Esperaremos a que descarguen una primera andanada y caeremos sobre ellos antes de que puedan recargar —dijo Súria.

—Un ballestero en una galera acostumbra a tener tres ballestas —informó Roger.

—Bien, contaremos tres disparos y abordaremos —dijo Tono.

—Aun así, usaréis escudos —reiteró Roger—. Soy el capitán y me obedeceréis. Una vez que estéis en la nave enemiga, luchad a

vuestro estilo.

Galcerán aceptó a regañadientes.

—Usarás escudo, ¿verdad? —le insistió Roger a Súria, aparte, una vez terminada la reunión.

Ella sonrió.

—Sí, capitán —dijo.

El día 11 de octubre, diez galeras aragonesas abandonaron el puerto. Habían aguardado a que el viento empujara las naves angevinas que patrullaban el estrecho hacia la isla. Era el momento en que empezaban a arriar velas. La galera de Roger, con sus velas y mástiles recogidos y sus ciento veinte galeotes bogando a toda potencia, lideraba el grupo y se lanzó directamente contra la escuadra angevina, que contaba también con diez galeras. En su mayoría eran naves pisanas y, entorpecidas por las velas, se dispusieron a hacer frente a las aragonesas.

—¡Contened! —ordenó Roger desde el castillete de proa.

Los ballesteros de una de las galeras pisanas comenzaron a disparar cuando se encontraba a doscientos metros, pero gracias a los tablones de madera y los escudos que había ordenado colocar Roger solo un galeote resultó herido. Los almogávares aguardaban a cubierto.

—¡Disparad! —ordenó el señor de Cocentaina cuando se hallaban a cien metros.

El cornetín transmitió la orden y treinta virotes de ballesta volaron hacia la galera angevina. Los ballesteros dejaron el arma descargada para tomar la segunda y volver a disparar.

—*Desperta, ferro!* —gritaban los sesenta almogávares—. *Au! Au!*

Permanecían a cubierto golpeando el metal de la punta de sus dardos con el de la espada. Los ballesteros disparaban su tercera

flecha cuando la nave aragonesa impactó en el flanco de babor de la angevina e hizo saltar por los aires los remos.

Tan pronto los marinos lanzaron los garfios para sujetar la otra nave y colocaron los tablones, Roger ordenó el abordaje. No había empezado a sonar aún el cornetín cuando los almogávares ya corrían aullando como posesos y se lanzaban sobre la otra embarcación.

El combate fue corto. Los pisanos no querían morir por Carlos de Anjou y, al ver a aquellos diablos cayéndoles encima, se rindieron sin apenas lucha.

Roger contempló aliviado y feliz cómo Súria saludaba sonriente desde la nave capturada. Era un gran botín logrado con poco trabajo y apenas pérdidas. Un muerto, tres heridos y tres almogávares que rescataron del mar. Fue entonces cuando Roger se preocupó de las otras naves. Conrado había capturado otra galera pisana y las demás huían. Roger elevó el puño en gesto de victoria. El bloqueo del puerto de Mesina había terminado tres días después de empezar. El valor de aquella victoria era inmenso.

115

Nicotera, península itálica, 14 de octubre de 1282

—Mis espías dicen que Carlos ha renunciado a bloquear el puerto —anunció Aliamo en el consejo—. Montó en cólera y dijo que no tenía sentido mantener una flota carísima que además huía. Y menos cuando se acercan las tormentas de otoño e invierno.

—Es costumbre poner las galeras a salvo en esta época y repararlas —dijo Pere de Queralt—. Pero nosotros no debemos hacerlo. Tenemos un puerto excelente en Mesina, la distancia al enemigo es corta y la moral de nuestra gente, alta.

—¡Golpeémoslos! —dijo Roger—. Llevan dos derrotas seguidas. No les demos descanso, que no puedan reponerse.

—Carlos ha licenciado la flota —continuó Aliamo—. Aprovechará la parada invernal para curar heridas y construir galeras en sus astilleros. En primavera regresará más fuerte.

—Sabe que en tierra es muy superior —recordó Ramón Marquet.

—Así es —aprobó Aliamo—. Nos esperan al otro lado. Carlos invernará en Regio con las naves imprescindibles. Pierre de Alençon se ha establecido con sus caballeros en Catona. Y algunos ballesteros de sus naves se han quedado en tierra para defender los castillos.

—Ataquemos su flota cuando cruce el estrecho —propuso Roger.

—Tenemos veinte galeras disponibles —advirtió el joven Jaime Pérez—. Ellos tienen unas cien.

—De esas solo cruzarán el estrecho ochenta. Cuarenta y cinco galeras napolitanas, veinte provenzales, diez pisanas y quince genovesas —dijo Aliamo—. Las demás tienen su base en Brindisi e irán en dirección contraria.

—Habrán licenciado a galeotes, marinos y soldados de la zona —dijo Roger—. Y estarán deseando llegar a casa. No creo que quieran presentar combate. ¡Ataquemos! Huirán. Solo lucharán si no les queda otra opción.

—Sus galeras cruzarán el estrecho juntas —afirmó Aliamo—. Aun cortos de gente, si nos plantan cara, tendremos las de perder. Atacarlas sería suicida.

—Don Aliamo habla con prudencia —dijo Pere de Queralt—. Una derrota ahora nos impediría ganar la guerra.

—Os comprendo, señores —intervino Pedro—. Combatir a ochenta galeras con solo veinte parece muy audaz. Pero los pisanos y los genoveses son mercenarios. Han recibido su paga y querrán regresar a su hogar y ver a sus familias. Y el resto son napolitanos y provenzales. Cuatro naciones distintas. Dudo que sean capaces de coordinarse y hacer frente común. Si navegan juntas, es por el miedo que nos tienen. Como bien decís, han sufrido dos derrotas seguidas, tienen la moral baja y van cortos de tripulación. Ahora es el momento de atacar. Una situación tan favorable no se va a repetir. ¡Hay que intentarlo!

—Pero ¿y si nos equivocamos? —inquirió Aliamo—. ¿Y si nos derrotan ellos?

—Podría ser el principio de nuestro fin —murmuró pensativo Pedro.

Todos le contemplaron en silencio. Expectantes. Él fue mirándolos uno a uno y después levantó la barbilla.

—Pero venceremos, y será el principio de su fin. Al menos, en el mar.

El 14 de octubre los cornetines llamaron a las tripulaciones de Mesina a embarcarse con urgencia. La flota angevina tenía viento favorable y se acercaba a toda velocidad por el estrecho para salir al mar Adriático.

—¡Señor —le suplicaba Jaime Pérez a Pedro—, dejadme ir con la flota! ¡Soy el almirante!

Pedro había decidido que se quedara en tierra. En aquel combate se jugaba el futuro y no podía permitir que un chico sin experiencia comandara la flota, por mucho que le asesoraran Ramón, Pere, Conrado, Roger y otros de sus expertos marinos. A pesar de su compromiso con María Nicolasa.

—Hay bastante que hacer en tierra —le consoló Pedro—. Sois responsable también del puerto y del arsenal. Esta no es vuestra batalla. Ya llegará el momento en que podréis probaros.

Las galeras aragonesas salieron en persecución de las angevinas, que usaban tanto velas como remos para alejarse. Pedro y su hijo, a caballo, siguieron el camino de la costa hacia el norte. Las naves se distinguían perfectamente desde tierra.

—Si el viento sur continúa tan fuerte, no los alcanzaremos —murmuró el monarca.

Al rato llegaron a un cabo situado en el extremo de la isla y los barcos se fueron empequeñeciendo hasta solo verse las velas, que al poco desaparecieron como tragadas por el mar.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó, inquieto, el joven almirante.

Pedro se lo jugaba todo en aquella empresa. Se había mostrado confiado y seguro de su audaz plan frente a sus hombres. No obstante, sabía cuán arriesgado era. Sobre el papel, las ochenta galeras angevinas, por muy mermadas que estuvieran sus

tripulaciones, deberían poder derrotar fácilmente a las veinte aragonesas. Apostaba por algo tan sutil como la moral de los suyos, su habilidad en el combate y su valor. Pero podía equivocarse. Y la derrota tendría consecuencias funestas. Quedaría a merced de Carlos de Anjou.

—Venceremos —afirmó Pedro.

Las oraciones en la catedral eran continuas. Mesina era una población marinera y sus habitantes sabían lo arriesgado y peligroso de aquella misión. Si sus galeras eran derrotadas, aparte de la matanza sufrida en el mar, la ciudad quedaría indefensa. Los nobles, encabezados por el propio Aliamo y su esposa Macalda, oraban arrodillados en la catedral, y lo mismo hacían los plebeyos. El desastre afectaría a todos.

Transcurrió la mañana y después la tarde en una tensa espera. El viento del sur había amainado y los marinos calculaban que el choque tenía que haberse producido poco después del mediodía. Al atardecer aún no había noticias. El presagio era funesto. La flota aragonesa habría sido derrotada y las naves capturadas y llevadas al norte, a Nápoles. Por eso no regresaba ninguna. La angustia era terrible. Había galeras de Mesina en la flota, y la mayor parte de los galeotes que bogaban voluntarios en las naves aragonesas eran mesineses. El miedo a la pérdida de sus hombres hacía que algunas mujeres se lamentaran a gritos por las calles del puerto, anticipándose a la tragedia.

En su palacio, Pedro aplacaba su ansiedad rezando y escribiéndole a su esposa; cuidaba la caligrafía para que su pulso no delatara miedo.

Señora, ¿qué no daría yo por teneros a mi lado en estos instantes de zozobra? Debo mostrarme seguro y valiente. Eso tranquiliza a los

míos. No puedo compartir mis dudas y ansiedades con ellos. Solo con vos. ¡Y estáis tan lejos! En este momento me siento solo, muy solo. Quizá haya enviado a miles de mis mejores hombres a la muerte. De haber vencido deberíamos tener ya noticias. Pere de Queralt habría enviado una fusta ligera. Pero nada. Parece como si se los hubiera tragado el mar.

Cerca ya del ocaso, Pedro montó de nuevo y cabalgó junto a su hijo hasta el cabo.

—El sol se pone y no se ve vela alguna —murmuró Jaime Pérez.

—Volvamos a la ciudad. Esta será una noche muy larga.

Y como esperaba, el monarca, a pesar de su cansancio, no pudo conciliar el sueño. Se tumbó vestido en el lecho a descansar, sin lograrlo. La falta de noticias anticipaba la derrota. Se levantó y escribió unas líneas a Constanza. Evocaba su imagen y sentía alivio. Pero era momentáneo. Los pensamientos funestos regresaban y volvía a derrumbarse en la cama. Rezaba a la Virgen para que intercediera por él y los suyos frente a su Santo Hijo. Si habían sido derrotados, quizá Mesina se le sublevara. Y la primera en hacerlo sería Macalda de Scaletta, la mujer de Aliamo. La sangre aragonesa correría por las calles.

Al amanecer oyó voces.

—¡La flota de Carlos viene hacia Mesina! —chillaba un hombre en la calle—. ¡Nos han derrotado! ¡A las armas, ciudadanos! ¡Hay que defender la ciudad!

La gente corría, se oían gritos y lamentos. Pedro hizo ensillar su caballo. Entonces llegó Aliamo junto con Macalda.

—Se aproxima una flota de unas cien velas —le dijo a Pedro—. Es la de Carlos, que viene a rematar la faena. He ordenado a las tropas que se sitúen en sus puestos en las murallas.

—Veamos con nuestros propios ojos lo que se nos viene encima —repuso Pedro.

Azuzó su montura hacia la puerta norte de la ciudad y, seguido por Aliamo, Macalda, Jaime Pérez y su guardia, partió al galope.

—¡Señor, Dios mío, amparadnos! —musitaba para sí.

No podía mostrar su temor y menos aún en la derrota.

En efecto, Pedro pudo ver desde la orilla, un par de leguas al norte, que la flota que se acercaba era mucho mayor que la suya. Los temores de la población eran fundados. Impotente, veía todas aquellas velas aproximándose.

Entonces divisó una que iba muy adelantada. Era una fusta ligera que llegaba a vela y remo.

—Es nuestra —dijo Jaime Pérez, que gozaba de buena vista—. Lleva nuestras enseñas. ¡Los angevinos la persiguen!

—Sabremos lo ocurrido —murmuró Pedro—. Y a qué tenemos que enfrentarnos.

Le hicieron señas para que se acercara y, al llegar a la orilla, vieron a Roger en cubierta. La nave echó el ancla en una playa y el señor de Cocentaina saltó al agua. Corrió hacia Pedro y se arrodilló.

—¡Hemos vencido, señor! —exclamó.

—¿Y todas esas velas? —inquirió Macalda, escéptica.

—¡Son naves capturadas! ¡Decenas de ellas! —explicó feliz—. ¡Ha sido una gran victoria!

Pedro descabalgó de un salto, abrazó a Roger y se arrodilló mirando al cielo. Los demás le imitaron. Y entonaron el *Salve, Regina* en agradecimiento a la Virgen y a su Santo Hijo, a quienes tanto habían rezado.

La entrada de la flota en el puerto de Mesina fue apoteósica. A algunas galeras angevinas las remolcaban con la popa por delante, y las banderas, con las flores de lis y la cruz de Jerusalén de Carlos,

eran humilladas al arrastrarlas en el agua. Pero la mayoría de las naves capturadas se desplazaban por sí mismas con tripulaciones aragonesas y sicilianas. Mientras, los gallardetes, banderas y pendones con las barras de Aragón y el águila negra de los Hohenstaufen ondeaban en lo más alto. Sonaban los clarines, trompetas y tambores, y el griterío era inmenso. La gente agitaba pañuelos en señal de alegría y todos querían ver a los vencedores. Las galeras aragonesas se veían prácticamente intactas. Sus pérdidas habían sido mínimas. En cambio el botín era inmenso, sabían que el reparto sería justo y que toda la ciudad se beneficiaría de ello.

—Los perseguimos más de cuarenta millas —explicó Pere de Queralt, sonriente—. Entonces notaron que el viento flojeaba. Sus galeotes debían de estar ya cansados y el almirante angevino decidió presentar batalla antes de perder poder de maniobra. Arriaron velas y nos hicieron frente, en línea, situando su popa del lado de tierra.

—Creían que íbamos tras ellos para capturar naves retrasadas y que no nos atreveríamos a atacar al grueso de su flota —rio Roger.

—Entonces ordené zafarrancho de combate, desarbolamos los mástiles y pusimos las galeras en línea —continuó Pere—. Las hice sujetar con cuerdas unas a las otras para que no rompieran la formación, dejando el espacio necesario para los remos. Ordené el ataque y nos lanzamos bogando a toda potencia hacia las galeras que ocupaban el centro, las napolitanas.

—¡Y entonces ocurrió! —siguió Roger—. Las doce galeras pisanas se descolgaron por babor, izaron velas y huyeron a toda velocidad. Se acordaban de las que habían perdido. Las genovesas hicieron lo mismo por estribor y las provenzales, a pesar de pertenecer a Carlos de Anjou, las imitaron. Pero las que quedaban aún nos doblaban en número.

—Embestimos a las galeras napolitanas que se habían quedado atrapadas entre las nuestras y la playa —intervino Conrado Lancia—.

Les llovieron nuestras flechas y después les cayeron encima los almogávares. Tenían pocos ballesteros y lanceros, y apenas se resistieron. Se rendían galera tras galera.

—Estábamos frente al pueblo de Nicotera —explicó Roger—. La guarnición angevina nos contemplaba sorprendida, y fue tan fácil la captura de las naves que los almogávares nos pidieron desembarcar. Los soltamos en la playa, mataron a doscientos caballeros franceses y tomaron el pueblo.

—Con lo que nos apoderamos de todas las naves del puerto de Nicotera, además de las auxiliares que acompañaban la flota de Nápoles —terminó Ramón Marquet.

Pedro movió la cabeza como tratando de asimilar todo aquello. Costaba de creer.

—¡Dios está con nosotros! —dijo en alto—. He de recompensaros por vuestra extraordinaria habilidad y valor.

El botín era inmenso y también el número de prisioneros. Pedro fue muy generoso con los vencidos y ordenó que los dos mil italianos capturados fueran puestos en libertad en el continente, sin pedir rescate alguno por ellos, bien vestidos y con dinero suficiente para llegar sanos y salvos a sus casas. Roger admiró, de nuevo, la habilidad de su señor. Aquellos hombres procedían en su mayoría de la zona de Nápoles, en el norte del reino de Sicilia. Ellos y sus familias le estarían eternamente agradecidos. Los invasores franceses capturados recibieron, al contrario, un trato muy distinto.

Aquella noche le escribió a Constanza:

Empezad a preparar, señora, el equipaje para regresar a vuestra patria y ser coronada. El Señor ha premiado nuestras plegarias concediéndonos una victoria decisiva. ¡Aragón domina el mar siciliano! Espero poder llamaros pronto. Y una escuadra al mando del almirante Marquet acudirá a Barcelona para recoger, con todos los honores, a la reina de Sicilia.

116

Orvieto, 9 de noviembre de 1282

—¿¡Cómo se puede entender que nos derroten y se apoderen de nuestra flota siendo tan pocos!? —inquirió, furioso, Martín IV—. ¡Con la fortuna que nos ha costado!

Se encontraban en la sala privada del palacio del papa en Orvieto. Hacía ya más de un mes que había regresado de sus vacaciones a orillas del lago Bolzano. Carlos apretó los dientes con rabia. Aquella no era una conversación agradable. El príncipe de Salerno miró a su padre y guardó silencio. Era lo mejor.

—Esos malditos mercenarios pisanos y genoveses huyeron sin presentar batalla —gruñó Carlos—. Lo mismo hicieron los provenzales. Y los napolitanos se rindieron enseguida. Tenemos traidores y cobardes en la flota. Daré con ellos y sufrirán el castigo que merecen.

—¿Flota? —inquirió el papa—. ¿Qué flota? ¡Ya no tenemos flota!

—Aún me quedan las naves de Brindisi y las provenzales en Marsella. Y voy a construir muchas más.

—Con mi dinero, ¿verdad?

—Con el vuestro, con el mío y con el que me presten. En primavera estaremos listos para darles batalla en el mar. Y en cuanto a tierra, esa la dominamos con nuestra caballería.

—Desembarcaron tropas en Nicastro para aislar Calabria del resto del reino, pero logré abrirme paso con seiscientos caballeros —dijo el joven príncipe en apoyo de su padre—. En tierra no podrán con nosotros.

El papa le miró escéptico. El contrahecho montaba a caballo y se atrevía a comandar tropas, pero Martín no confiaba en él. Se dijo que si lo había logrado era porque los aragoneses debían de ser muchos menos que los franceses. El futuro Carlos II era intuitivo y lo leyó en la mirada del anciano. No quiso insistir. Sabía que no podría cambiar la opinión que el papa tenía de él.

—Es el momento de que castiguéis a Pedro de Aragón —dijo Carlos—. Cada vez que le advertís lanza otro ataque. Os desafía continuamente. ¿Cómo lo consentís?

—¡Porque soy misericordioso! —clamó el pontífice hecho una furia—. Pero mi paciencia se ha agotado. ¡Le excomulgaré! ¡Y también a todos los isleños! ¡Y al emperador Miguel! ¡Y a nuestros enemigos gibelinos del norte de Italia! ¡Los enviaré a todos al infierno! Y si Pedro no me entrega Sicilia en un mes, le desposeeré de sus reinos en España.

—Mi sobrino Felipe está ansioso por invadir Cataluña y Aragón —informó Carlos—. Coronad a uno de sus hijos rey de Aragón y lo hará. Como nietos del rey Jaime, poseen derechos dinásticos.

—Por la autoridad que me confiere Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la santa e inmaculada Virgen, y todas las virtudes de la gloria: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, querubines y serafines —recitaba el papa Martín IV invocando una exhaustiva lista de poderes celestiales—. De todos los santos patriarcas, profetas y evangelistas…

El silencio en la catedral de Orvieto era absoluto pese a estar abarrotada. El temor oprimía los corazones. Presenciaban la

ceremonia del anatema, la más terrible del cristianismo.

El cristo que presidía el altar estaba cubierto con un paño negro de luto, negra era la casulla del pontífice, y la alta tiara que le coronaba estaba forrada del mismo color. A pesar de su pequeño tamaño, el santo padre estaba grandioso mirando a sus fieles con los brazos en cruz y elevando su recia y severa voz. Sobre el altar cubierto también con un paño negro descansaba una Biblia abierta, y ardía, junto a un cuenco de agua, una gruesa vela negra.

—Excomulgamos y anatemizamos a ese malhechor desobediente que se hace llamar Pedro rey de Aragón —continuó Martín IV al terminar la lista de poderes—. Y le arrojamos del seno de la Santa Iglesia de Dios.

Un lúgubre toque de campana remató la frase del pontífice. El templo estaba escasamente iluminado y el sonido hizo estremecer a los asistentes.

—¡Que Dios Padre, creador del hombre, le maldiga! —El tono y el volumen de sus palabras denotaba su rabia.

Y la campana volvió a sonar.

—¡Que el hijo de Dios, que ha sufrido en la cruz por el hombre, le maldiga!

Otro siniestro toque.

—¡Que el Espíritu Santo, que nos hace renacer en el bautismo, le maldiga!

Y con el contrapunto del sonido de la campana, Martín IV fue requiriendo la maldición de todos los poderes celestiales contra el excomulgado. Después pasó a recitar una larga lista de terribles males físicos y espirituales que demandaba que cayeran sobre Pedro, toda su familia y amigos.

Carlos asistía a la ceremonia con semblante serio, pero feliz. Con la excomunión, Pedro perdía su derecho a reinar; todos los juramentos de fidelidad de los nobles de los reinos se rompían y quedaban eximidos de obediencia. El aragonés pasaba a ser un

proscrito, un descastado, un ser despreciable; alguien condenado al infierno que ni siquiera merecía ser enterrado una vez muerto. Cualquiera podía alzarse contra él y matarle. Pero aun habiendo presionado al papa para que oficiara aquel rito, le estremecía.

A su lado, su hijo el príncipe de Salerno tenía el corazón en un puño. Aquella terrible ceremonia le amedrentaba y le producía una gran angustia. Sabía lo valiosa que era la excomunión para vencer a Pedro, pero le disgustaba ganar de aquel modo. Lo consideraba ruin. Aunque, como en tantas otras cosas, no expresaría su opinión.

Tenía la impresión de que cada vez que Martín IV pronunciaba una de aquellas frases terribles, un viento frío, una presencia espantosa, un ángel exterminador y furioso, cruzaba invisible el templo, haciendo temblar hasta casi apagarse las llamas de las escasas velas que lo mantenían en penumbra. No era el único que percibía aquello, muchos de los asistentes se estremecían al igual que las llamas de las velas. Y veía cómo el corpachón de su padre parecía encogerse a cada palabra. El gran Carlos de Anjou tenía miedo y aquello le igualaba a su pobre hijo cojo. Martín IV estaba imponente invocando la cólera divina.

El príncipe sintió que el dios al que el papa exigía aquellos castigos terribles no era el Dios al que él rezaba. Era otro ente. Él le suplicaba al Dios bondadoso, al Dios de la compasión y del perdón, una de cuyas personas era el Cristo que murió por amor a los humanos en la cruz. El Dios del Nuevo Testamento.

El dios de Martín IV era un dios terrible y antiguo que exigía venganza, el exterminio del enemigo, el robo de sus bienes y el abuso y la humillación de sus mujeres. Más cercano a su padre que a él. Aquel no era su dios y le producía pavor.

Al terminar, Martín se giró hacia el altar, de un sonoro golpe cerró la Biblia, tomó la gran vela negra con el nombre de Pedro de Aragón en ella y sumergió la llama en el cuenco de agua. Siseó al apagarse, el altar quedó a oscuras y las campanas de la catedral empezaron a

doblar. Era el toque de muertos. Los asistentes, estremecidos, fueron abandonando en total silencio el templo. Pedro estaba excomulgado. Muerto para la Iglesia. Y todos creían que pronto lo estaría también físicamente.

No sería el único.

117

Constantinopla, 27 de noviembre de 1282

—El papa os ha excomulgado. —El joven Andrónico observaba inquieto a su progenitor, con el documento de la bula enviada por la cancillería papal en la mano. Era una sentencia de muerte, física y espiritual.

Miguel VIII Paleólogo llevaba semanas con fiebres y desarreglos intestinales. Tenía ya casi sesenta años y se sentía gordo y débil. Lucía su gran barba canosa y cubría su calva con un cálido gorro de lana, pues a pesar de las mantas y del fuego chispeante que ardía en la chimenea le costaba entrar en calor. Había advertido a su hijo de que se moría y que se preparara para reinar en solitario. Pero el viejo emperador mantenía su mente lúcida y le había hecho jurar a Andrónico que no le ocultaría las malas noticias.

Tendió la mano y su hijo le entregó el pergamino con los sellos papales. El emperador apreció la rugosidad del escrito con los dedos y lo observó sin leerlo.

—¡El papa sabe que me muero y quiere rematarme para que vaya al infierno! —exclamó.

Su hijo le observó, inquieto. Miguel quedó pensativo, medio incorporado en el lecho con dosel de sedas rojas y el símbolo heráldico de la gran águila bicéfala en la cabecera de su habitación

del palacio de Blanquerna. Tenía un rictus asimétrico y un hilo de baba asomaba por una de las comisuras de la boca. Perdió la mirada en el ventanal; desde allí se divisaba la poderosa muralla que protegía el norte de Constantinopla y el Cuerno de Oro. Tardó tiempo en hablar.

—He pasado media vida aterrorizado, con miedo a recibir este documento. —Y levantó fatigosamente el pergamino—. Temiendo que el papa me maldijera y que me lanzara encima a ese perro rabioso de Carlos de Anjou. Y que sus ejércitos se apoderaran de nuestro imperio, y matasen, profanasen, saqueasen y violasen como los latinos de la cuarta cruzada hace ochenta años. Para evitarlo me enfrenté a la Iglesia ortodoxa y a muchos de los nuestros tratando de obligarles a que se sometieran al papa de Roma. Tuve que reprimir a los rebeldes, e hice ejecutar y cegar a nuestros clérigos más combativos. ¡Y me excomulga ahora, cuando estoy a punto de morir!

Hizo una pausa fatigada. Andrónico le sostuvo la mano libre para darle cariño y transmitirle fuerza. Le apenaba que los últimos días de su padre se vieran ensombrecidos, de forma tan terrible, por la excomunión. Quizá debería haber faltado a su promesa ocultando la noticia. Miguel tomó aire para continuar.

—¿Sabéis qué, hijo? —inquirió.

—Qué, padre.

—¡Pues que me río! —Y una sonrisa apareció en su cara mientras sus ojos se achicaban de regocijo.

Andrónico guardó silencio, sorprendido.

—¡Llega tarde! ¡Ese maldito francés llega tarde! ¡Y me río!

Hizo otra pausa y miró a su hijo ampliando una sonrisa que mostraba huecos en la dentadura.

—El papa no puede hacerme ya ningún daño. ¿Qué va a lograr con su maldición? ¿Que me muera un día antes? ¡Me río! El Señor

me ha concedido más años que a la mayoría de la gente. Años que quizá no merezco.

Otra vez se detuvo.

—Cuando Martín IV me ordenó entregar el imperio a Carlos, me negué, apostaté del catolicismo y ahora soy otra vez ortodoxo. Y nuestros popes, que hablan también con Dios, ya encontrarán la forma de enviarme al cielo. Que espero que sea mejor que el católico.

Y rio.

—¡Ahora me excomulga! —siguió—. Cuando toda la flota y el grandioso ejército que Carlos de Anjou reunió para invadirnos no puede con Pedro de Aragón y los sicilianos. ¿Quién teme ahora al francés?

—Teníais razón, padre —dijo Andrónico—. El oro que enviamos a Sicilia y Aragón fue una acertadísima inversión. Ha salvado el imperio.

—¿Ha excomulgado a alguien más? —quiso saber el viejo.

—A todo el pueblo de la isla de Sicilia, a los gibelinos italianos que no le obedecen y al rey Pedro.

—Se ha vuelto loco de rabia —continuó el emperador. Había dejado de reír y ahora hablaba trabajosamente—. Sus queridos franceses muerden el polvo. Y gracias a ello, este imperio que tiene más de mil años sobrevivirá otros mil. Acercaos más, Andrónico.

Miguel sujetó fuerte la mano de su hijo, que se arrodilló junto a la cama.

—Muero, pero muero satisfecho, hijo. Recuperé Constantinopla y el imperio expulsando a esos malditos latinos del papa que tantas atrocidades cometieron contra nuestro pueblo.

—¡Fueron mártires de nuestra fe!

—No. No os equivoquéis, hijo —le corrigió Miguel—. Ni los cruzados mataron a los nuestros por Dios, aunque así quieran justificarse, ni los nuestros murieron por Dios. No hubo mártires

pero sí ladrones, profanadores y asesinos. Y nosotros, hijo, hemos logrado evitar que esas atrocidades se repitieran. Entregaré mi alma al Señor sintiendo que he cumplido mi misión en esta vida.

Hizo otra pausa.

—Yo os bendigo, hijo —murmuró después—. Y os exhorto a que continuéis mi obra.

Apenas dos semanas después, el 11 de diciembre de 1282, el emperador Miguel VIII Paleólogo moría en Constantinopla.

118

Barcelona, 28 de noviembre de 1282

La noticia de que el papa había excomulgado a Pedro me hizo temblar como una hoja en otoño. Soy fiel creyente y cuido de mi alma. Oigo misa cada día, me confieso tres veces a la semana, doy caridad y trato de ayudar a mi prójimo por el amor a Dios. A pesar de ello me había convertido en nieta, hija y esposa de excomulgados.

Sabía que, al igual que mi padre y mi abuelo, la excomunión no desviaría a Pedro de sus planes. Que contaba con ello. Pero ¿qué ocurriría con el pueblo de Sicilia, al que Martín IV también había excomulgado? Le caía encima una terrible maldición. ¿Se sublevaría? ¿Y qué iba a pasar con los nobles catalanes y aragoneses que solo un par de años antes desafiaban a Pedro con las armas? Ya no le debían fidelidad. El papa les exoneraba de sus juramentos. ¿Y conmigo? Si Pedro consolidaba sus victorias, me reclamaría para ceñir la corona de Sicilia. Yo le había instigado a ello. Deseaba intensamente ese reino que me pertenecía por herencia. Y vengar y dar paz a los espíritus excomulgados que moraban en el guante de Conradino. Lo guardaba en mi caja de marfil, en mi alcoba, cada día acudía con ella a misa y rezaba por sus almas.

En el mismo momento de mi coronación sería también excomulgada. Aquello me producía una gran angustia.

Soy fiel seguidora de san Francisco y junto con mi hijo Alfonso donamos a la orden importantes sumas. Son rectos, bondadosos y destinan el dinero a los pobres y no a lujos, poderes y vanidades para sí mismos, como hacen otros.

Fray Bruno, mi confesor y guía espiritual, es franciscano y no se muerde la lengua al desaprobar el comportamiento del papa Martín IV. «Mi reino no es de este mundo, dijo Cristo —me repite—. Pero este papa quiere ser emperador terrenal y tener, a la vez, las llaves de las puertas del cielo.» Y afrma: «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, predicó el Salvador. Pero Martín IV quiere tener lo del César y lo de Dios». Y también dice que el orgullo de los grandes clérigos no puede estar por encima de la justicia para el pueblo de Sicilia y de su derecho a la libertad.

Sus palabras me confortan. Dios está con la verdad, y ese papa, en el error. Fray Bruno me dice que a mi muerte el ángel pesará mis buenas obras y mis pecados, y que mi alma se condenará o salvará por ello. Y no por lo que diga el papa.

A pesar de la amenaza de excomunión, me ceñiré la corona de Sicilia por el derecho de mi familia y por la paz de mis muertos.

Y aquí, en Barcelona, acudo cada día a la orilla del mar y oteo las velas esperando con ansiedad la galera de Sicilia con la llamada de Pedro. Acudiré a él amorosa y me mantendré firme, a su lado y al de mi pueblo, con todas sus consecuencias.

119

Mesina, el mismo día

La noticia de la excomunión de Pedro y de todos los habitantes de la isla de Sicilia, a pesar de esperada, golpeó a los nuevos líderes como un mazazo.

—Es un castigo terrible para las buenas gentes que sufren miserias y penalidades a diario y confían en alcanzar una vida eterna después de la muerte —dijo Aliamo, que acudió de inmediato a entrevistarse con Pedro—. ¡Hay quien enferma de pavor! Y no hay nada que el pueblo llano tema más que imaginar que el diablo se lleva su alma.

Pedro observó al bravo siciliano que había derrotado a Carlos de forma brillante, y advirtió su miedo. No tanto por la reacción del pueblo siciliano, peligrosa en sí, sino por su propia alma. Él era el primero a quien tranquilizar y convencer.

—Sabíamos que ocurriría, Aliamo —repuso Pedro—. Martín IV pretende que el temor por la maldición divina y las penas del infierno lleve al pueblo a reclamar la vuelta de Carlos —razonó—. Que la gente se nos subleve. No perderemos nuestras almas, Aliamo. Así como el Señor nos da la victoria, también nos abrirá las puertas del cielo por más que le pese al papa.

—A Martín IV le ciega lo francés —reflexionó el siciliano, animado por las palabras de Pedro—. Y una y otra vez desprecia a nuestro pueblo y su ansia de libertad obligándole a someterse al de Anjou. ¡Antes queremos el infierno que la esclavitud!

—Eso está muy bien —aprobó Pedro con una sonrisa—. Pero será mejor que ignoren el anatema del papa. Como bien decís, su vida terrenal es muy dura y no podemos arrebatarles la esperanza del cielo. No dejaremos que se sepa. ¡Pena de muerte a quien propague la noticia!

—Estoy de acuerdo —repuso el justicia de Sicilia—. Pero no será fácil. Los altos jerarcas eclesiásticos fueron nombrados por el papa. El poder papal los legitima. Les costará desobedecerle, y la bula ordena que la excomunión se anuncie en las iglesias.

—¿Legitimidad? —inquirió Pedro—. ¿Qué legitimidad tiene un papa elegido gracias a la violencia ejercida por Carlos sobre los cardenales? Con sus actos partidistas a favor de lo francés se deslegitima vez tras vez. Pero quien realmente le desautoriza es Dios nuestro Señor.

—¿Dios?

—Sí, Dios, que nos da la victoria a pesar de los rezos y maldiciones papales —continuó Pedro—. Cada derrota angevina es un bofetón para él. ¡Demostraremos a los sicilianos, a los aragoneses y al mundo entero que Dios está con nosotros! ¡Golpeemos de nuevo a Carlos! Le vencimos en la isla de Sicilia, le hemos vencido en el mar. ¡Derrotémosle ahora en la tierra de Calabria, a pesar de su famosa caballería! El papa es francés, pero Dios no lo es. Y nos lo demuestra brindándonos la victoria. Nada ocurre sin su consentimiento. Al concedernos el triunfo castiga, de forma evidente para todos, a Carlos y al papa.

Aliamo observó al rey. Su fe era contagiosa. Las tropas de Carlos de Anjou eran muy superiores, pero también lo eran antes y habían sido derrotadas.

—Que así sea, señor —dijo con firmeza—. ¡No les demos tregua!

120

Mesina, 17 de enero de 1283

—Tenemos al ejército angevino concentrado en la otra orilla —explicaba Roger de Lauria—. En Catona está el Conde de Alençon, hermano del rey de Francia, con sus caballeros y tropas, y en Regio, el príncipe Carlos de Salerno.

Sentados alrededor de una fogata, extramuros de la ciudad de Mesina, se reunían una treintena de adalides almogávares, entre ellos Galcerán, Tono el Oso, Súria y Abdón. Le escuchaban atentamente. Era un día de enero destemplado, ventoso y cubierto, y las botas de vino caliente pasaban de mano en mano.

—Vamos a darles un escarmiento a los franceses —continuó Roger—. Últimamente están muy tranquilos.

El grupo gruñó satisfecho.

—Mañana por la noche cruzaremos el estrecho para caer por sorpresa, al alba, sobre Catona. Acabaremos con los que podamos, nos llevaremos cuanto queramos y regresaremos.

—¡Ya era hora! —exclamó Galcerán—. Nos aburríamos.

Roger le contempló unos instantes. Y recordó cómo había conocido a aquel hombre de las marcas de viruela en el rostro y su propósito inicial de matarle como venganza por la muerte en combate de su camarada. Había transcurrido mucho tiempo y se

sorprendió al comprender que, después de compartir tantos lances, le veía casi como un amigo.

—No será por falta de oro que gastar —replicó Roger sonriéndole.

—No es eso —repuso el adalid almogávar—. Las tabernas y los prostíbulos de Mesina hacen su agosto y vendimia con nosotros. Pero necesitamos otro tipo de acción.

—Y más oro —rio Tono, que, cubierto de pieles, honraba aún más su apodo.

—Quiero ir en vuestra nave, señor de Cocentaina —dijo Súria. Así se refería a él siempre en público; reservaba el título de señor del valle del Seta, con intención de incordiarle, para cuando hablaban a solas.

No le importaban las pullas que sus amigos le lanzarían. Sabía que ellos también deseaban combatir junto a él. Aun cuando trataba de evitarlo, la pelirroja no podía dejar de mirar de forma sugerente al capitán. Sus camaradas lo percibían y bromeaban diciéndole que le gustaba.

—No comandaré mi nave, iré como segundo de a bordo —informó Roger.

Hubo un murmullo de sorpresa y desaprobación.

—¿¡Cómo se explica eso!? —se escandalizó el rubio Abdón; esa era la pregunta que se hacían todos.

—El almirante Jaime Pérez comandará la acción.

—¡El hijo del rey! —exclamó disgustado Tono.

—En efecto —repuso Roger—. Y el rey quiere que yo le secunde en el mando.

—¡Para que le enseñéis! —concluyó Súria.

—No nos gusta ese muchacho —sentenció el adalid—. Vos deberíais ser el almirante, o bien Pere de Queralt o Ramón Marquet. Ese chico solo ha demostrado ser un bastardo de rey, y ese no es título suficiente para que le confiemos nuestras vidas.

—Debes entender, Galcerán, que aquí no se puede ir por libre —le explicó Roger—. Esto es un ejército, no una panda de forajidos. Hay que luchar en coordinación con marinos, ballesteros y caballería. De lo contrario os condenáis al desastre. Hay que obedecer órdenes, y esa es una orden del rey. Jaime Pérez adquirirá experiencia y se convertirá en un gran almirante. Ya lo veréis.

—Nosotros tenemos nuestras propias normas y leyes. —Galcerán levantaba la barbilla, orgulloso—. Y no nos gusta el mando de esa expedición.

—Yo estaré allí para ayudarle —explicó Roger—. Hay mucho oro en la otra orilla. No consentiréis que se lo lleven otros, ¿verdad?

—Os rogamos que nos dejéis solos —repuso Galcerán—. Decidiremos si vamos o no.

—El rey cuenta con vosotros —insistió Roger—. No le defraudéis. Si os negáis, es capaz de mandaros de vuelta a España.

—¡Antes tendría que cogernos! —rio, desafiante, Súria.

Antes del embarque se ofició una misa, se bendijeron las banderas y el rey pronunció un breve discurso. El monarca era decidido, enérgico e irradiaba fuerza y valor. Los almogávares le escucharon atentos, sentían que Pedro era de su estilo, casi uno de ellos. Después habló Jaime Pérez, y a Súria le pareció penoso. No transmitía confianza.

Partieron con diez galeras y dos mil almogávares. Algunas eran taridas preparadas para caballos, aunque solo transportaban una decena de jinetes ligeros valencianos que servirían de exploradores. Era una noche de cielos cubiertos. No los verían cruzar.

Roger capitaneaba la nave del almirante. El joven Jaime Pérez, además de no estar preparado, era arrogante; se mostraba nervioso y reticente a escuchar consejos. Roger pensaba cumplir lo mejor que

supiera la voluntad del rey, enseñando al joven y obedeciéndole, a pesar del disgusto que le había causado su nombramiento.

—Dividamos a los almogávares en cuatro grupos de quinientos —le sugirió al joven—. Hay que darles instrucciones muy concretas porque tienden a ir a su aire. El grueso de la caballería francesa está en Regio, que dista poco más de dos leguas. Disponemos de poco tiempo, no más de dos horas, porque tan pronto ataquemos pedirán socorro y tendremos al príncipe cojo aquí con dos mil caballeros. Por entonces todo el mundo deberá estar ya embarcado.

—De acuerdo —dijo Jaime Pérez—. Vos os quedaréis aquí al cuidado de las naves y yo dirigiré la operación en tierra.

El joven ansiaba demostrarle a su padre su valor y pericia y no quería compartir el éxito con un comandante experto y prestigioso como Roger.

La población de Catona tenía un arsenal pero también unos muros fáciles de superar que apenas la protegían. El Conde de Alençon confiaba tanto en su poder y en el de sus tropas que no consideró necesario reforzar las defensas ni mantener guardias numerosas. ¿Quién osaría atacar al hermano del rey de Francia, la flor y nata de la caballería?

Despuntaba el alba cuando los centinelas oyeron un estrepitoso golpeteo metálico proveniente de cuatro zonas distintas. Multitud de chispas saltaban al impactar puntas de lanza o espadas contra pedernales. Habría sido un hermoso espectáculo de luces de no ser tan aterrador.

—*Desperta, ferro!* —gritaron dos mil gargantas—. *Au! Au!*

Y cuatro hordas salvajes se lanzaron sobre los vallados del pueblo derribándolos o brincando por encima. En la penumbra del alba, soldados y caballeros se despertaron sobresaltados para buscar

desesperados sus armas, pero quienes las encontraron a tiempo poco pudieron hacer contra aquellas bestias furiosas.

El grupo de Súria se dirigió al edificio principal, la posada-palacio del Conde de Alençon. Sus caballeros, sin armaduras por falta de tiempo para vestirlas, espada y escudo en mano, luchaban desesperadamente protegiendo a su señor.

—¡Nos rendimos! —gritaban—. ¡Nos entregamos! ¡No podéis herir al Conde de Alençon! ¡Hacedlo prisionero, que cobraréis un gran rescate!

Sin embargo, para su desgracia, los almogávares no entendían el francés. Súria le traspasó el pecho con un dardo a un elegante caballero vestido de seda frente a la puerta de la habitación del conde. Aquellas telas, limpias de sangre, se venderían a buen precio.

—¡Si tanto defienden esa estancia, es que guarda un tesoro! —gritó Galcerán, y junto con Abdón, Tono y otros se encaramaron al tejado para desarmarlo y penetrar por allí.

Mientras, al otro lado, el Conde de Alençon, ayudado por su escudero, vestía a toda prisa su armadura. Oía los gritos agónicos de sus caballeros al defender la puerta.

—¡Nos rendimos! —chillaban—. ¡Pero no toquéis al conde! ¡Es el hermano del rey de Francia! ¡Pagarán un gran rescate!

—¡No nos escuchan! —murmuró Pierre de Alençon tembloroso—. ¡No conceden tregua! ¡Los están matando!

Y sujetando con fuerza su espada se puso a rezar en silencio. Le vino la imagen de su mujer y sus hijos. Le iban a matar. A él, hijo y hermano de reyes de Francia. ¿Quién lo habría podido imaginar? Trataban de derribar ya la puerta cuando oyó un ruido siniestro que venía del tejado. De repente se abrió el techo, al tiempo que caían tejas y cascotes en el interior de la habitación.

—¡Nos rendimos! —gritó el escudero—. ¡Merced para el Conde de Alençon!

Una azcona le traspasó la cota de malla y el pecho, y lo mató en el acto. Unos diablos cayeron desde arriba y el conde le lanzó un espadazo al que tenía más cerca, pero este lo esquivó. Era un tipo robusto y barbudo con marcas de viruela, sin escudo ni armadura, que blandía un dardo. La pequeña lanza le entró al conde por el ojo derecho y le clavó el cráneo en la puerta.

Lo que los almogávares encontraron en la habitación del conde era, efectivamente, un tesoro. Pero también los había en el resto de las estancias. Oro, ropajes, joyas y armas. Se apresuraron a cargarlo todo, incluidos los mejores caballos franceses, en las galeras y taridas. Una vez que las naves estuvieron llenas, pasaron a cuchillo al resto de los equinos para privárselos al enemigo. Tenían instrucciones de no dañar a la población civil, pero alguno cayó al defender su casa. Solo asaltaron las más ricas; no había tiempo. Prendieron fuego a todo lo que pudieran usar los franceses. Los astilleros ardieron junto a sus naves.

—Viene la caballería pesada francesa —alertó uno de los jinetes que Jaime Pérez había destacado de vigía.

—¡A los barcos! —ordenó el almirante.

Los cornetines sonaron ordenando la retirada y todos se apresuraron con el último botín capturado hacia las naves. El día estaba ya avanzado. Y grandes columnas de humo negro se elevaban hacia un cielo feo y nublado.

—¡No podéis ordenar una retirada así, sin más! —le reprochó Roger, que, obedeciendo, había permanecido junto a las naves—. ¡Cada uno va por su cuenta! ¡Hay que proteger a los rezagados y el embarque! ¡No hay nada tan peligroso como un repliegue desordenado con el enemigo a la espalda!

—¡Los almogávares son incontrolables! —dijo el joven Jaime Pérez—. Y lo importante está ya embarcado. Ordenad que leven

anclas y partamos. ¡La incursión ha sido un éxito!

—¡No si dejamos a alguien en tierra! —repuso Roger, disgustado —. ¡Nosotros no abandonamos a los nuestros!

—¡Son solo almogávares! ¡Obedeced y levad anclas!

Súria no había regresado. Ni tampoco Galcerán, ni Tono, ni varios más. Los había visto cargando el botín en la nave pero habían retornado al combate. Tal como se había desarrollado la acción, Roger dudaba que estuvieran muertos. Habrían oído las cornetas y estarían tratando de volver a la galera. Pero de pronto el suelo empezó a temblar. Llegaban dos mil caballeros completamente armados sobre sus potentes caballos de combate.

—¡Maldita sea! —El señor de Cocentaina sujetó al joven de la sobreveste a la altura del pecho, casi levantándolo—. ¡No nos iremos hasta que todos estén a bordo!

—¡Prendedle! —ordenó, con un chillido alarmado, el hijo del rey a su guardia.

Entre tres caballeros obligaron a Roger a soltarle. Pero en aquel momento almogávares y ballesteros se pusieron a gritar.

—¡Tono! ¡Tono! ¡Tono!

Todos miraron a tierra. El almogávar de aspecto osuno corría hacia ellos.

—¡Corre, Tono! ¡Corre! —gritaban sus camaradas desde las naves.

El trepidar del suelo se hizo mayor y la caballería francesa le cortó el paso. El hombre lanzó su azcona contra uno de los caballeros con tanta fuerza que se la clavó en las tripas a pesar de la cota de malla. El griterío en las naves creció.

—¡Tono! ¡Tono!

Estaba rodeado. Uno de los jinetes le lanzó un espadazo, que esquivó, y con una rapidez endiablada tomó uno de los dardos que llevaba sujeto en la espalda y se lo hincó a un caballo. El animal relinchó al tiempo que se derrumbaba, llevándose con él a su jinete,

sobre el que Tono se precipitó daga en mano. Le degolló antes de que uno de los caballeros le acertara con su espada. Y después le golpearon otro y otro más. Era increíble que se mantuviera en pie. Chorreaba sangre, y al cuarto golpe soltó su daga y cayó sobre las rodillas. El que mandaba hizo un gesto ordenando que le dejaran.

Tono quiso incorporarse pero no pudo. Y aguantó muriéndose de rodillas, pero erguido y con la cabeza alta, mientras oía los gritos de sus camaradas, que coreaban su nombre aclamándolo desde los barcos. ¡Tono! ¡Tono!

—¡Levad anclas! —ordenó Jaime Pérez.

Esta vez le obedecieron.

—Hermosa muerte para un almogávar —murmuró Roger con lágrimas en los ojos.

Y después, perdiendo su mirada en tierra, musitó:

—¿Dónde estás, Súria?

121

Regio de Calabria, 18 de enero de 1283

El príncipe Carlos de Salerno se despertó sobresaltado.

—¡Señor! ¡Señor! —Su escudero le sacudía—. ¡Los aragoneses atacan Catona!

Se levantó de un salto, la pierna mala le falló y le hizo caer al suelo. Miró a su alrededor, desconcertado. Estaba en su habitación del castillo de Regio, en Calabria. ¡Y no esperaba un ataque!

—¡Que forme la caballería! —ordenó—. Vamos en ayuda de mi primo.

A pesar de sus limitaciones físicas, el joven Carlos había tenido los mejores maestros de armas y era un jinete aceptable. También sabía manejar una espada, aunque su cuerpo débil no era adecuado para el combate. Su padre, que no acostumbraba a hacerle caso, pero reconocía su inteligencia, le había dejado a cargo de la defensa de Calabria, ayudado por el consejo de su primo el Conde de Alençon, el cardenal Bianchi, Heribert d'Orleans y el conde italiano Ruffo.

Carlos de Anjou consideraba que tenía más que ganar en la corte del papa o en la de su sobrino el rey de Francia, recabando ayuda, que en el frente bélico, cuya actividad asumía que se iba a paralizar en invierno.

El escudero le ayudó a vestir su armadura y Carlos se apresuró, cojeando, a montar su caballo. Partieron al galope. El príncipe estaba ansioso. Tenía la seguridad de que Pierre sabría defenderse pero temía por él. Eran dos veces primos: sus padres eran hermanos y sus madres, hermanas. Carlos tenía veintiocho años, Pierre treinta y uno y, en contraste con el desdén con el que le trataba su padre, sus primos de Francia y él, en especial, siempre le habían dado cariño y afecto. Pierre era, para él, mucho más que un hermano: era su mejor amigo.

Los pesados caballos de combate no podían aguantar mucho tiempo al galope y Carlos se vio obligado a ponerlos al trote. Por mucho que forzara la marcha, el trayecto les llevaría casi una hora. Inquieto, veía las columnas de humo negro alzándose en aquel amanecer oscuro hacia un cielo triste y cubierto.

El panorama en Catona era desolador. Algunos de sus habitantes se mantenían encerrados en sus casas y otros las habían abierto dejándolas a merced de los atacantes. Muchas de las que resistieron habían sido asaltadas y ardían por los cuatro costados. También se levantaban, de los astilleros, siniestras columnas de humo. Y el suelo estaba cubierto de cadáveres. La mayoría franceses.

Carlos dirigió su montura a la casa fortificada donde su primo tenía el cuartel general. «¡Dios mío! —rezaba—. ¡Que haya podido resistir o escapar!»

Los cuerpos tendidos en la entrada presagiaban lo peor. Reconoció a algunos caballeros franceses. Habían muerto sin sus armaduras. Saltó de su caballo y cojeando se precipitó hacia el primer piso, donde su primo tenía su estancia. Los cadáveres se amontonaban frente a la puerta entornada. La flor y nata de la caballería francesa había caído defendiendo aquella entrada. Tembloroso, sorteó los cuerpos para empujar la fatídica puerta. Le

costó moverla. Tenía algo pesado detrás. Cuando le vio, Carlos II de Anjou, conde de Provenza y príncipe de Salerno, no pudo contener un grito de horror. Allí, con una lanza corta que le penetraba por un ojo y le clavaba al madero, estaba, aún de pie, su querido primo. Tenía la boca abierta como si gritara o mostrase sorpresa, y su otro ojo miraba al infinito.

Al menos habían tenido la decencia de no desnudarle para quitarle la armadura y los ropajes, como acostumbraban. Seguramente el asesino quiso dejar constancia de su hazaña. Y por eso tampoco recuperó su azcona. Carlos supuso que el sicario se había dado por satisfecho con el cofre lleno de monedas de oro y las joyas que su primo guardaba en la habitación y que usaba para pagar a la tropa.

¿Qué clase de monstruo, qué tipo de bestia había sido capaz de aquello? ¡No se mataba a un príncipe de Francia! ¡Y menos de aquella forma! Carlos se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos. ¡Pierre! ¡Querido Pierre! ¡Había sido tan gentil con él! ¡Su mejor amigo! Se dejó caer al suelo. Ni siquiera su pierna buena le sostenía. Su escudero entornó la puerta y se quedó fuera para impedir que nadie entrara. No podían ver al futuro rey de Sicilia en aquel estado.

—Un príncipe de Francia no puede morir así —dijo, enfático, después de tragar saliva al ver el cadáver, el cardenal Gerardo Bianchi, el legado papal para Sicilia—. Hay que ocultarlo. Pierre, Conde de Alençon, príncipe de Francia, morirá dentro de un par de meses en su lecho, como un buen cristiano, tras haber recibido los sacramentos y todas la bendiciones de la Iglesia. Tal como corresponde a un miembro de la dinastía Capeto. Y no os preocupéis por su alma, que el papa se encargará de hacerla llegar al cielo.

Hizo una pausa. A pesar del frío de enero y de la palidez de su rostro, su frente, bajo el rojo capelo cardenalicio, estaba perlada de sudor. Carlos, aún conmocionado, afirmó con la cabeza.

—El papa tomará esto como otra ofensa —continuó el cardenal —. Nadie, ni nuestros aliados ni nuestros enemigos, debe enterarse. Imaginaos qué impresión causaría si se supiera que una horda de pordioseros ha sido capaz de asesinar al mejor de los caballeros franceses. ¿Qué clase de demonios son esos almogávares?

Carlos había oído hablar de ellos, aunque no los había visto antes: hombres de aspecto inmundo vestidos con pieles que combatían como pastores sin escudo, armadura o coraza.

—Eso mismo me pregunto yo —repitió el príncipe—: ¿Qué son esos almogávares?

122

Mesina, el mismo día

—Roger de Lauria se amotinó —acusó Jaime Pérez—. No quiso obedecer mis órdenes y a punto estuvo de agredirme.

El joven almirante y el señor de Cocentaina se hallaban de pie frente al rey Pedro, que escuchaba sentado en su trono en el salón de audiencias del castillo de Mategrifon. Solo otras dos personas asistían al encuentro: el vicealmirante Ramón Marquet y Aliamo de Lentini, el justicia de Sicilia.

Roger no había dormido aquella noche, la de su regreso de Catona. Sentía la pérdida de Galcerán y la de los otros, pero la de Súria era algo que jamás podría superar. La amaba con desesperación. ¡Qué razón tenía la pelirroja cuando le decía que un general no podía enamorarse de un soldado! No podía dejar de pensar en ella y sentía una rabia feroz hacia Jaime Pérez, al que culpaba del desastre. Pero el joven almirante no dejaba de ser un engreído inexperto. El verdadero culpable era su padre, que, contra su costumbre, había nombrado a alguien incompetente por razones injustificables.

—¡Exijo justicia! —clamó el muchacho.

Pedro, pensativo, los contempló a ambos. Su hijo, inquieto, se sostenía ahora sobre un pie y después sobre el otro. A sus

diecinueve años, era alto, rubio, de ojos grises, como los del propio rey, y espigado. Por otra parte, allí estaba Roger, que con treinta y dos años se erguía impasible, sólido, bien asentado sobre sus pies ligeramente separados. Tan alto y más fornido que el muchacho, le miraba ceñudo y con las mandíbulas apretadas.

—¿Qué tenéis que decir a eso, Roger? —inquirió.

—El almirante ordenó un embarque precipitado, sin establecer la seguridad adecuada, y abandonó a un comando de almogávares en territorio enemigo.

Pedro frunció el cejo.

—¿Cuántos?

—Unos cuarenta —repuso Roger—. La caballería francesa cayó sobre ellos, cortándoles el acceso a las naves. Espero que alguno siga vivo. Quizá se refugiaron en el monte.

—¡No son más que almogávares! —replicó el chico.

—Nosotros no abandonamos a los nuestros —le espetó Roger arrastrando las palabras—. Y menos a los almogávares. Tienen sus propias leyes y eso es traición para ellos. Antes o después nos lo harán pagar.

—Son incontrolables —se defendió el joven—. ¡Asesinaron al Conde de Alençon!

—¡El hermano del rey! —exclamó Aliamo, escandalizado—. ¡No se mata al hermano del rey de Francia! Habría sido un rehén de un valor incalculable. ¡Qué contratiempo! ¿A quién se le ocurre?

—¡A esos salvajes! —Jaime Pérez se llenó de razones.

—No solo es la pérdida de un rehén —reflexionó Ramón Marquet —. Felipe de Francia montará en cólera y querrá venganza. Y tiene a Cataluña y a Aragón a un paso. Y nuestro ejército está aquí, a más de dos semanas de navegación. Además, el papa lo tomará como otro insulto personal. La posibilidad de una negociación se ha esfumado.

—Son incontrolables —insistió el hijo del rey.

—Olvidáis que vos los comandabais —le recriminó Roger—. Vos erais el almirante y yo os esperaba, siguiendo vuestras órdenes, en las naves. Si erais incapaz de hacerles obedecer, jamás habríais debido aceptar el mando.

El muchacho se balanceó, nervioso, miró a su padre y apuntó acusador con el dedo a Roger.

—Se insubordinó —repitió.

—Sí, eso es muy grave —dijo Pedro, pensativo—. Y los almogávares son nuestra mejor fuerza de choque. Dejadme solo, quiero reflexionar sobre el asunto.

El rubio Abdón, junto con otros adalides, acudió a Pedro Fernández de Híjar, que los había comandado en Randazzo, para pedirle una audiencia con su hermano el rey.

—¡Nuestros camaradas siguen vivos! —le dijo el almogávar a Pedro cuando los recibió—. Vimos fuego, en la noche, al otro lado del estrecho, en la cima de uno de los montes cercanos a Catona. Hicieron las señales convenidas. ¡Debemos rescatarlos! Solo tenéis que enviar una galera y nosotros nos encargamos del resto.

—¿Y por qué venís con don Pedro Fernández en lugar de don Roger de Lauria? —quiso saber el rey.

—Porque queremos hablar de Roger.

—¿Y qué queréis decirme? —inquirió sorprendido el monarca.

—Que él debe capitanear el rescate —respondió Abdón—. En él confiamos. No queremos estar bajo las órdenes de don Jaime Pérez. No le obedeceremos.

El rey afirmó con la cabeza apretando los labios.

—Sois poco respetuosos con mi hijo.

—Solo respetamos a quien lo merece —replicó Abdón mirándole desafiante.

A Roger le dio un vuelco el corazón cuando supo que había supervivientes y que se habían emboscado en un monte. Aquel era el terreno que dominaban. Sus rezos habían sido escuchados. ¡Súria debía de estar con ellos! ¡Tenía que estarlo!

—Hacedles saber esta noche con vuestras señales que mañana al romper el alba los recogeremos —les dijo a los adalides.

Después de navegar sin luces, vararon la galera en la arena de una playa al norte de Catona, en la misma zona de donde recibían las señales. Roger ordenó un despliegue en abanico de veinte ballesteros, que se apostaron aprovechando los accidentes del terreno. Otros diez permanecieron en la nave para proteger la retirada. Abdón y sus almogávares aguardaban dentro de la zona asegurada por los ballesteros, por si había que acudir al rescate. Después Roger ordenó encender un farol en el extremo del mástil mayor de la nave. Al poco vieron una luz en el monte.

—¡Son ellos! —exclamó Abdón.

Al despuntar el día los vieron bajando. Llevaban un herido que retrasaba la marcha. Roger distinguió la llama roja del pelo de Súria.

—¡Gracias a Dios! —murmuró.

Sin embargo, no solo ellos se habían percatado de las señales. Y de pronto apareció la caballería francesa.

Un jinete, con la espada desenfundada, se precipitó sobre Súria, que le lanzó la corona, pero él la desvió con el escudo. Lo tenía encima. Rápida, tomó uno de los dardos que llevaba en la espalda, le atravesó el brazo, y él tuvo que soltar el arma. Aun así, el caballo, entrenado para pisotear, le aplastó el pie. Súria dejó ir un quejido y se desplomó. Al incorporarse vio sobre ella a otro francés blandiendo una maza. ¡No tenía escapatoria! Aquella arma le aplastaría la cabeza tiñendo su cabellera de un rojo aún más intenso. No le daba

tiempo a desenfundar su espada. ¡Estaba perdida! Pero de repente apareció Galcerán, que clavó su azcona en el pecho del caballero, aunque no pudo evitar que la pesada maza de guerra le impactara, con toda su fuerza, en la cabeza. Galcerán se desplomó al tiempo que el jinete caía al suelo.

—¡Dios mío! —exclamó Súria—. ¡Galcerán!

—¡No te entretengas! —le gritó Abdón, que lo había visto todo y acudía al rescate—. ¡Corramos a la galera, que vienen más! ¡No puedes hacer nada! ¡Le ha matado!

Súria se apresuró, cojeando y ayudada por su amigo, hacia la galera. Iba llorando. Galcerán había muerto por ella. Siempre había sabido que la amaba. Y sabía que el adalid había tomado a otra mujer solo para aliviar el terrible dolor que le producía su rechazo. Aunque siempre la vigilaba en combate, como un ángel de la guarda, hasta dar su vida por ella. Le dolía el corazón. Le habría gustado corresponderle como mujer pero nunca había podido. Lo que le ocurría con Roger era algo excepcional que nunca sintió ni con Galcerán ni con ningún otro de los muchos hombres que la admiraban.

Los caballeros volvieron a la carga con refuerzos pero toparon con los ballesteros y los almogávares de la galera, que los recibieron con una lluvia de dardos. Unos pasos más allá, Súria se encontró con el mismísimo Roger, iba a pie y vestido con armadura, casco y escudo. Tomó el lugar de Abdón para ayudarla a andar. Agradecida, la pelirroja sintió un alivio infinito al verle, por más que, al hacerlo, el señor del valle del Seta rompiera la promesa que le había hecho: un capitán no podía exponerse de aquella forma por un soldado. Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos.

Los almogávares se retiraron, en orden, hasta la línea de los ballesteros, que fueron retrocediendo hasta quedar protegidos por los de la nave y embarcaron ante la impotencia de la caballería francesa, que sabía bien que un virote de ballesta podía traspasar

sin demasiado esfuerzo sus armaduras. Una vez embarcados, estaban a salvo. Aragón dominaba el mar.

Al día siguiente, el rey Pedro destituyó a su hijo y nombró almirante de la flota aragonesa y siciliana a don Roger de Lauria, señor de Cocentaina.

123

Regio de Calabria, 31 de enero de 1283

—Señor, hemos sufrido otra incursión aragonesa —le comunicó a Carlos uno de sus comandantes la mañana del día siguiente—. Se trató de una única galera. Venían a rescatar a unos almogávares que se habían quedado en tierra. Los hemos interceptado, pero la mayoría han escapado.

—¿Ha habido muertos? —quiso saber el príncipe.

—Tres caballeros. Y de su lado, un almogávar y casi otro.

—¿Casi? ¿Qué queréis decir con casi?

—Durante el combate, uno de los nuestros le aplastó la cabeza de un mazazo —se explicó el oficial—. Creíamos que le había machacado los sesos, pero solo estaba desvanecido. Llevaba una especie de casco de cuero curtido protegido con unas bandas metálicas. Debe de tener una cabeza muy dura.

—Es el primer almogávar al que cogemos vivo —murmuró el príncipe, pensativo—. ¡Que le cure nuestro mejor doctor! Quiero saber a qué demonios nos enfrentamos.

Quince días después, a Galcerán aún le dolía la cabeza. Los franceses le habían mantenido encerrado prodigándole todo tipo de

cuidados y había comido como un rey. Todo aquello era muy extraño. Por fortuna, no sabían que había sido él quien acabó de un lanzazo con la vida de aquel noble al que tanto protegían en Catona. Intuía que, de saberlo, no le habrían dispensado un trato tan delicado. Sospechaba que aquello no era normal, que algo querían de él los franceses.

Lo supo cuando le condujeron a un campo abierto y se encontró con varios caballeros y un eclesiástico con capelo rojo. Era un día soleado y respiró hondo. Quizá sería aquel el último sol que vería en su vida.

Un joven contrahecho, vestido con armadura y con una sobreveste en la que lucía las flores de lis y las cinco cruces doradas del reino de Jerusalén le habló en francés en tono solemne. Se encogió de hombros. No le entendía.

—El príncipe de Salerno dice que lucharás contra un caballero francés —le tradujo un criado—. Que si pierdes, morirás. Pero que si vences, te perdonará la vida y te dará la libertad.

—Dile que, aparte de la libertad, quiero también mis armas y equipo —replicó Galcerán.

—¿Sus armas? —se asombró Carlos, observando a aquel hombre fornido de unos veinticinco años, de ojos oscuros, barba y pelo negros ensortijados y marcas de viruela en la cara—. Como si valieran algo. Solo lleva una mala espada, un cuchillo y tres lanzas cortas.

—Y todo su equipo consiste en un cinto de cuero piojoso y un macuto con una piedra de pedernal —rio el cardenal—. ¡Aceptad, señor! ¿Para qué queremos nosotros eso?

Todos los caballeros solicitaron la oportunidad de lucirse frente al príncipe matando a aquel rústico. Carlos escogió a uno de veinte años que, aunque no era el más reputado, había demostrado grandes habilidades en torneos y combate.

Se colocaron en extremos opuestos del campo: el caballero montado con lanza y escudo, y Galcerán, a pie, sosteniendo la azcona, con la espada y el cuchillo al cinto y dos dardos sujetos a la espalda. Llevaba el zafio casco que le había salvado la vida.

—¡Ya! —vociferó el príncipe.

—¡Francia y Sicilia! —gritó el caballero.

Y puso su montura al galope apuntando al almogávar con su lanza.

—*Desperta, ferro!* —respondió Galcerán golpeando la punta de su azcona contra el suelo—. *Au! Au! Au!*

Fijó su vista en él, bien plantado con los pies ligeramente separados, y cuando consideró que la distancia era la adecuada dio dos pasos a la derecha y después uno a la izquierda lentamente. El caballero seguía el movimiento de su cuerpo con la punta de la lanza. Y entonces, con extraordinaria rapidez, Galcerán echó el brazo atrás y proyectó con todas sus fuerzas su azcona hacia el pecho del caballo. Saltó a la izquierda al tiempo que tomaba uno de los dardos que llevaba a la espalda y esquivó al animal moviéndose a la derecha. El equino cayó muerto. Le había acertado en el corazón.

Galcerán desechó el dardo y, sacando su cuchillo, saltó sobre el caballero, que había caído junto al animal. Intuyó que matarle no era buena idea, le abrió la celada y le puso la punta de su arma en el ojo.

—Estate quieto o te mato —le dijo, vigilando que no se moviera.

—¡No le mates! —gritó el príncipe, sobreponiéndose a su pasmo —. Has ganado.

Aun sin comprender la lengua, los protagonistas lo habían entendido todo.

—¿Podéis entender cómo ese pastor de cabras por el que no pagaríamos ni un cuarto de onza de oro en el mercado de esclavos

ha vencido a uno de nuestros mejores caballeros? —se desesperó el príncipe, reunido en el castillo de Regio con el cardenal Bianchi de Parma, Heribert d'Orleans y el conde Ruffo.

—Y ha matado a un caballo de combate que cuesta una fortuna —murmuró este último.

—Y estuvo a punto de terminar con la vida de un prometedor joven —continuó el cardenal Bianchi— que desde los ocho años no hace otra cosa que practicar con armas y caballos. Y que iba protegido con una carísima armadura y con espada, daga, maza y lanza del mejor acero. ¡Nuestra mejor y más cara unidad de combate!

—Al menos ahora conocemos su forma lucha —dijo Carlos—. Habrá que adaptarse a ese enemigo. Para empezar, hay que proteger mejor a los caballos.

—¡Qué indignidad! —exclamó Heribert—. Matar a un caballo es lo más deshonroso que se puede hacer en combate. No son caballeros, sino bandidos y asesinos.

El príncipe miró al antiguo gobernador de la isla de Sicilia. ¿Cómo podía haberle confiado su padre semejante responsabilidad a aquel zote, por muy noble que fuera? ¿Hablaba de honor? ¡Si había traicionado la palabra dada a los rebeldes! ¡Si por su culpa los sicilianos habían ahogado a sus subordinados y a sus familias frente a Catona! Se libraría de él lo antes posible.

—¿Quién ha dicho que son los caballeros quienes ganan las guerras? —inquirió el cojo, irritado.

Una semana después, el ejército angevino abandonó Regio y Catona para reagruparse en el norte de Calabria. Y siete días más tarde, una vez asegurado el territorio, el rey Pedro de Aragón y Sicilia cruzó el estrecho para tomar posesión del continente.

Entre quienes le aclamaron a su entrada en Regio se encontraba un almogávar llamado Galcerán.

Sus compañeros, que ya habían llorado su muerte, celebraron el reencuentro como si se tratara de un milagro. Súria le dio un gran abrazo llorando de alegría.

—¡Dios te bendiga, Galcerán! —le dijo—. Me salvaste la vida entregando la tuya.

Roger le contó la historia al rey Pedro, que quiso conocer y honrar a Galcerán. Al verle, recordó su faz del combate en el que a punto estuvo de morir en la orilla del Cinca. Pero no lo mencionó, aceptaba a aquellas gentes tal como eran y apreciaba su bravura.

—El príncipe de Salerno te dejó libre, ¿verdad? —inquirió.

—Así es, señor —repuso Galcerán.

—Pues se lo agradezco mucho y le devolveré el regalo.

Y Pedro liberó, como justiprecio, a diez valiosos caballeros franceses que estaban cautivos a la espera de que sus familias pagaran por su rescate, e hizo pregonar los hechos por todo el reino, asegurándose de que la noticia llegara más allá de sus fronteras. Uno de sus almogávares valía lo que diez caballeros franceses. Roger admiró de nuevo la habilidad de su señor.

—Nosotros escogemos a nuestros capitanes —dijo Súria en la siguiente junta de adalides—. Y hemos decidido que Roger de Lauria sea el primero de ellos.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Ha llegado el momento de proclamar un rey.

—¡Pedro de Aragón! —gritaron todos.

Y le vitorearon.

124

Zaragoza, 23 de marzo de 1283

Aquella carta de mi esposo el rey merecía ser leída en voz alta en la junta del consejo de Sicilia.

Nos encontrábamos en el palacio de la Aljafería, en Zaragoza, donde habíamos instalado la corte. Mi hijo Alfonso preparaba la defensa de nuestras fronteras, en especial con Navarra, donde las pequeñas hostilidades eran continuas. No confiábamos en los nobles de la zona y temíamos que la excomunión de Pedro les hiciera ayudar al enemigo. El papa había amenazado a mi esposo con desposeerle de sus reinos y dárselos a un francés. ¡Como si Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca fueran suyos!

Habíamos decidido separar las monarquías de Aragón y Sicilia para que las represalias de los franceses y del papa se concentraran en Sicilia y no cayeran sobre nuestras posesiones españolas. De hecho, como previamente habíamos acordado, mi hijo Alfonso había enviado una carta al papa desvinculándose de la conquista de Sicilia y responsabilizando a mi esposo, pero Martín IV no le creyó, y puesto que no podía con Pedro en Italia, empezó a dirigir su rabia hacia España.

Sobre la mesa yo había depositado el guante de Conradino. Alrededor se sentaban mi cuñado, el obispo Jaume Sarroca, el

senescal Juan de Prócida y mis hijos Alfonso y Jaime.

—«Mi señora —leí las palabras de mi marido tratando de contener la emoción—: La isla de Sicilia es segura. Nuestras victorias en el mar y en el continente han consolidado nuestra monarquía. Venid para que os corone reina como corresponde a vuestro derecho dinástico.»

—Lo logramos, señora —dijo Juan—. Aunque la guerra dure cien años, vuestro padre y vuestro primo Conradino ya han sido vengados. Carlos conoce la derrota. Ya nunca será emperador. Mis felicitaciones.

Mi pensamiento voló a Elisabetta de Baviera. Guardaba su carta, que tan profundamente había tocado mi corazón, con el mismo cariño que el guante de su hijo. También ella estaba, en parte, vengada.

A pesar de sus palabras, el viejo siciliano mantenía un semblante grave. Tristes recuerdos le impedían celebrar, con plenitud, aquel momento de triunfo.

—Alfonso, hijo —le dije a mi primogénito—, os confiamos nuestros reinos en España, de los que sois heredero. Mi lugar está ahora en Sicilia.

—¡Cuánto me gustaría acompañaros, madre! —repuso el muchacho—. Pero la amenaza se cierne aquí sobre nosotros. Id en paz y confiad en que sabré defender nuestros reinos de España.

Alfonso y su tío el obispo nos acompañaron a Barcelona, donde nos esperaban las naves de Ramón Marquet que nos transportarían a Sicilia.

—Que Dios os bendiga, hijo —le dije al despedirnos—. Y que permita que nos volvamos a ver.

Nos dimos un fuerte y tierno abrazo que mantuve mucho tiempo. Le quería muchísimo. ¡Era el futuro tan incierto! ¡Y tan frágil la vida!

125

Trapani, Sicilia, 16 de abril de 1283

Mi hijo Jaime contemplaba, curioso y excitado, primero, la línea lejana de tierra y, después, las islas conforme la galera se aproximaba a Trapani. ¡Era Sicilia! Y sobre aquellas tierras estaba él destinado a reinar algún día. ¡Qué gran aventura para un muchacho! A punto estaba de cumplir los dieciséis años, era bastante alto para su edad, con ojos castaños y pelo rubio. Tenía la cara alargada y había heredado la fuerte mandíbula y la nariz de su padre. ¿Qué le depararía el destino?

Yo también observaba expectante la costa, apoyando mi mano en su hombro. Me tendría a su lado, si el Señor me concedía la suficiente vida, hasta que, ya de mayor, él guiara con pulso firme los destinos de Sicilia. A mí, aquellas tierras me traían recuerdos y nostalgias de mi familia y en especial de mi amado padre, el brillante rey Manfredo. Hacía ya veintiún años que había abandonado mi tierra. Nunca creí que podría regresar después de su muerte, y sin embargo allí estaba, camino de ser proclamada reina, como su sucesora legal. Además de Jaime, viajaban conmigo las infantas Isabel y Violante, de doce y diez años, y el infante Federico, de once. La presencia de la familia real tranquilizaría a los sicilianos. La isla era ya segura. Mi única inquietud era por mi hijo Alfonso.

Contaba con la ayuda de su tío Jaume, el obispo, y de otros consejeros, pero Francia estaba muy cercana y representaba una gran amenaza. El papa había reiterado la excomunión de Pedro y esta vez, además, le privaba de sus reinos. Como si le pertenecieran a él. Era cuestión de semanas o meses que Martín IV invistiera a un príncipe francés como rey de Aragón, tal como sus antecesores hicieron con Carlos de Anjou, lo que condujo a la muerte de mi padre.

Alfonso estaba en todas mis oraciones. Solo me tranquilizaba pensar que Pedro no le abandonaría y que regresaría a España si fuera preciso, por más que me entristeciera un nuevo alejamiento.

Confiaba en la extraordinaria habilidad y coraje de mi esposo. Con él nada podía salir mal, me decía. Me lo había demostrado una y otra vez durante aquellos veintiún años de matrimonio. Deseaba abrazarle, besarle, amarle. Pronto haría un año de nuestra separación en Port Fangós. Entonces dudaba que volvería a verle y le hice prometer que nunca más lucharía al frente de sus huestes. ¡Había rezado tanto al Señor para que me concediera la gracia de abrazarle! Mi corazón brincaba de alegría cada vez que pensaba en el reencuentro.

Pedro esperaba, ansioso, en Trapani las galeras de España. Y cuando una fusta le informó de que nos acercábamos, se embarcó para salir a nuestro encuentro. No daba crédito a mis ojos al distinguirle, sonriente, en la cubierta de la otra nave, saludándonos. Luego le vi abordar la nuestra por una escala de cuerda, como si fuera un muchacho de veinte años, vistiendo de gala y despreciando toda etiqueta.

—Bienvenida a vuestro reino, mi señora —me dijo mientras ponía una rodilla en la cubierta de la nave y me besaba la mano, formal, solo por un momento.

—Bien hallado, mi señor —balbucí.

Era tan feliz que apenas podía hablar, las lágrimas me inundaban los ojos. Después nos besamos y abrazamos. Fueron unos instantes de precaria intimidad tan intensos como fugaces.

—¡Papá!

Era la infanta Violante, que nos interrumpió tirando del vestido de Pedro. Ella también quería besos y abrazos. Y a continuación les llegó el turno a Isabel, Federico y Jaime.

Era el 16 de abril y la triunfal recepción en el puerto de Trapani siguió las mismas pautas que la dispensada a Pedro a su llegada a la isla. Después de las celebraciones continuamos hasta Palermo, donde se repitieron las fiestas. Los grandes nobles de la isla se iban uniendo al cortejo conforme pasábamos por sus tierras camino de Mesina, donde Pedro había establecido su cuartel general.

126

Mesina, 6 de mayo de 1283

—Doña Constanza de Hohenstaufen, hija del rey Manfredo y reina de Aragón —pronunció solemne Pedro, elevando la corona por encima de su propia cabeza para que nobles, jueces y representantes de las ciudades, pueblos y gremios de la isla la vieran —. Yo os corono reina de Sicilia por vuestro derecho sucesorio y por mi amor.

Y la depositó, con delicadeza, sobre mi largo cabello castaño claro que mis damas habían recogido en un trenzado y cubierto por una finísima y transparente toca de seda. Acto seguido me besó largamente en los labios.

Dos semanas después de mi llegada a Trapani, el guante de Conradino y la carta de su madre descansaban sobre el altar de la abarrotada catedral de Mesina donde nos hallábamos. No podía dejar de mirarlos. Había vengado a mis muertos.

Tras mi coronación, Pedro proclamó heredero a Jaime, y los barones sicilianos desfilaron jurándonos lealtad como sus monarcas y a Jaime como nuestro sucesor.

Salimos fuera para ser aclamados por el pueblo y subimos a un entarimado rodeado de ballesteros. Allí se nos unieron los jóvenes infantes y los tres hombres que serían claves para el gobierno del

reino: Aliamo de Lentini, en calidad de justicia de Sicilia, mi querido hermano Roger de Lauria, almirante de la flota, y Juan de Prócida, senescal del reino. Pedro quiso que los más altos cargos fueran sicilianos.

—¡Vivan los reyes Pedro y Constanza! —gritó Aliamo después de acallar a la multitud con un toque de trompetas.

—¡Viva! —rugió el pueblo.

Y repitió la fórmula tres veces para luego vitorear tres más a Jaime, el heredero.

Notaba mi pecho henchido de emoción y alegría y, rompiendo la compostura que se le supone a los reyes, contemplé unos instantes a Pedro. ¡Amaba a aquel hombre! Alzaba su poderosa barbilla y miraba con gesto digno y solemne cómo el pueblo de Sicilia nos aclamaba. Parecía un sueño.

¿Quién podría haberlo imaginado cuando, ocho años antes, Pedro había rechazado el guante de Conradino?

Sin embargo, algo me impedía sentir la felicidad que había anticipado para aquel momento, tantas veces soñado. Al día siguiente Pedro partiría hacia España y después iría a Francia. Allí, en Burdeos, el 1 de junio se enfrentaría, con cien caballeros, a Carlos de Anjou en respuesta al desafío del francés. ¡Le había advertido tantas veces de que se trataba de una trampa! Los excomulgados, según la Iglesia, no tenían ni honor ni valor, y la traición contra ellos era instigada y perdonada. Conocía a mi esposo. Y, a pesar de ser consciente de lo anterior, iría. No había podido convencerle de lo contrario en los días que llevábamos juntos. El 1 de junio, con apenas el tiempo justo para llegar, Pedro de Aragón, despreciando el peligro, estaría en el campo del honor de Burdeos, Francia.

127

Mesina, el mismo día

La plaza de la catedral estaba abarrotada. Allí se congregaban los que no habían tenido cabida en el templo durante las ceremonias de coronación de la reina y de proclamación de heredero.

También Galcerán y los suyos los aclamaban con entusiasmo. La guerra seguiría, era su vida, e iban ganando. Vivían un tiempo de bonanza. Súria se encontraba junto a Beatriu y sus hijos Andreu y Senén, que contaban ya con doce y siete años. Beatriu miraba alternativamente a su compañera y Roger, que estaba en el podio, junto a los reyes, y parecía más atractivo que nunca ataviado de almirante. Percibía, con temor, aquella vibración que se producía cuando sus miradas se cruzaban.

—Deberíamos tener más hijos —le había dicho Súria unos días antes.

—¿Cómo? —rio Beatriu—. Eres una gran guerrera, puedes con casi todo —le dijo—. Pero no puedes dejarme embarazada.

—¡Claro que no! —Súria rio también—. Necesitaríamos ayuda.

Beatriu intuyó que Súria estaba hablando de sí misma. Que a sus veinticuatro años sentía la llamada de la maternidad, aunque no quisiera reconocerlo. Se había fijado en cómo miraba últimamente a los bebés.

—¿En quién estás pensando? —inquirió—. ¿Galcerán? ¿Abdón?

—En el señor del valle del Seta.

—¡Súria! ¡Eres tú la que quiere ser madre!

—No, pienso en el almirante y en ti.

—Pero ¿estás loca? ¡Él te desea a ti, no a mí!

—¡No! Él contigo. Eres una mujer joven y muy atractiva. Muchos hombres te pretenden. Y si él fuera el padre, cuidaría de su hijo como los nobles bien nacidos cuidan de sus bastardos.

—No aceptará. ¡Él te quiere a ti!

—Podríamos engañarle. Como engañó la madre del rey Jaime a su marido para que la preñara.

Beatriu rio.

—¡Roger no es tan tonto! El tamaño de nuestros cuerpos me delataría incluso en la oscuridad. Mira, Súria, a mí me encantaría ser madre de nuevo. Pero la que creo que siente deseo y apremio eres tú. Y lo tienes muy fácil con el almirante.

—Un guerrero no puede ser madre —repuso Súria.

Sin embargo, Beatriu no percibía convencimiento en sus palabras. Y Roger, desde la tarima de las autoridades, dirigía la mirada hacia ellas constantemente. Era muy atractivo, estaba muy digno y solo les sonreía a ellas. Y por un momento Beatriu fantaseó complacida con la idea. ¿Ella y el almirante? No le importaría. ¿Sí? ¡No! ¡Qué tontería! ¡Súria y el almirante!

Roger se sentía feliz. Estaba allí, detrás de su querida hermana Constanza, que acababa de ser coronada reina, con su esposo Pedro, al que admiraba, y con Jaime, su sucesor. El infante representaba la unión de Sicilia y Aragón. Era como su propio corazón: mitad siciliano, mitad aragonés. Además, el rey le había concedido el mayor de los honores. ¡Almirante de la flota siciliano-aragonesa! Cada vez que golpeara a los angevinos, sentiría que

vengaba el cobarde asesinato de su padre y que castigaba el robo del patrimonio familiar en la península itálica. Sentía un gran cariño por su esposa Margarita Lancia, hermana de Conrado y Manfredo, sus amigos de la infancia. Ella se hallaba a salvo gobernando el patrimonio familiar en Cocentaina. La quería, pero jamás había sentido por ella algo ni siquiera cercano a la pasión que le provocaba Súria. Veía a la muchacha, allí entre la multitud. Aquella mata de pelo rojo que le gustaba lucir libre atraía constantemente su mirada. «¡Dios, si pudiera hacerla mía!»

—Nosotros fuimos el origen de todo esto —le dijo, vanidoso, Nicola de Ortovela a su esposa la bella Clarencia, en el lugar reservado para la nobleza. Habían seguido a la comitiva real desde su encuentro en Palermo.

—Sí, fuimos nosotros —repuso ella sonriente—. Hicimos caer a los tiranos.

Recordó al arrogante y abusador sargento Drouet y le vio desplomarse, de nuevo, bajo la daga de su esposo. *Vendetta!* ¡Justa *vendetta*! Y después la matanza de aquel día.

—Ya no gobiernan los franceses, sino los sicilianos —continuó Clarencia—. Y los reyes nos tratarán según los usos del buen rey Guillermo.

—Velaremos para que así sea —le aseguró su marido.

Guillem de Castellnou, Blasco de Alagón, Pere de Queralt, Ramón Marquet, Pedro Fernández de Híjar, los condes de Pallars y de Urgel y el resto de la nobleza catalano-aragonesa corearon los vivas con entusiasmo. Asistían orgullosos a la ceremonia. Habían triunfado. El rey Pedro se mostró generoso y ellos recibieron su parte del botín. Estaban contentos. Aunque muchos, una vez cumplidos sus

compromisos, deseaban retornar a sus tierras de España. Temían la invasión francesa.

Distinto era el ánimo de los hermanos Lancia, de Pascale Coppola y de su sobrino Giacomo de Flor. Estaban felices por el desarrollo de la contienda, pero lo que habían liberado de las garras de Carlos de Anjou no bastaba. Había que conquistar el resto del reino en el continente.

—¿Te imaginas cuando entremos en Brindisi? —le preguntó el hombre de la fea cicatriz en la cara a su sobrino.

—No paro de imaginarme… —repuso el muchacho dibujando el inicio de una sonrisa que no completó— la cabeza de Carlos de Anjou clavada en una pica, frente a la misma iglesia de Brindisi donde vi la de mi padre.

A los ojos del hombre acudieron las lágrimas. Recordaba demasiado bien la agonía de su querido cuñado, el padre del chico, en la batalla en la que Conradino había sido derrotado. Y la pérdida de su amada esposa y la de sus hijos. Y la de su hermana y sobrino tragados por las olas cuando huían de Carlos de Anjou.

—Quizá no logremos ver eso, Giacomo —repuso—. Pero sí que vengaremos a los nuestros.

Nada más le importaba a él. Ni tampoco al muchacho.

Juan de Prócida contemplaba a la multitud con el sentimiento del deber cumplido. La guerra distaba mucho de haber terminado. Francia, el papa y el mismo Carlos eran demasiado poderosos. Pero el asesino de Manfredo y de Conradino no era ya ni la sombra de lo que había sido. Y Constanza de Hohenstaufen, por fin, había sido coronada reina de Sicilia. Juan tenía setenta y tres años y el pelo y la barba completamente blancos. Muy pocos llegaban a semejante edad. Se sentía aún fuerte y no pensaba en la muerte, pero cuando esta le llegara se iría con la satisfacción de haber vengado a quienes

tanto quería; a su esposa y sus hijos. Había sido un trabajo muy duro y de muchos años. Con todo, Carlos había perdido su imperio. Y él, en su último día, cerraría los ojos feliz. Tan feliz como lo era en aquel momento.

Aliamo de Lentini se erguía en el entarimado todo lo que le permitía su corta estatura; se encontraba detrás de los monarcas, entre Roger de Lauria y Juan de Prócida. No era alto, pero poseía una poderosa voz que había reclamado los vivas a los monarcas. La respuesta de los asistentes que se agolpaban en la plaza había sido entusiasta.

El rey Pedro había cumplido la promesa que le hizo a través de Roger, pronto haría dos años. Como justicia de Sicilia era la máxima autoridad después de los reyes, aunque el almirante y el senescal Juan de Prócida estuvieran cercanos. Tenía buena sintonía con el rey Pedro. Le gustaba su ánimo decidido, la forma en que lideraba a su gente y el trato franco que le dispensaba. Lo único que le inquietaba era su esposa Macalda. Había querido asistir a la ceremonia vestida con armadura y acompañada de su guardia de caballeros, dejando patente su ánimo bélico. No había logrado hacerla desistir. Se encontraba allí por su propio derecho como noble de Sicilia y no como esposa de Aliamo. La veía entre los grandes de la isla, cuchicheando con unos y otros, sin consideración por la solemnidad del acto. Seguía bellísima y mostraba, sin el recato propio de una casada, su melena azabache. Maldecía a Carlos por haberle desposado con aquella furia. Y a él mismo por haberse enamorado, a pesar del acuerdo mutuo de llevar vidas separadas, en lo privado, pero aliándose en la conquista del poder.

Macalda también contemplaba a su marido. Sí, era cierto que él había obtenido el mayor título del reino. Pero ¿y ella? Su mirada iba con más frecuencia a la reina Constanza. Se había visto obligada a

jurarle fidelidad, pero tan pronto la vio empezó a odiarla. En realidad, la odiaba desde bastante antes. ¿Qué mérito tenía aquella boba para ser reina de Sicilia? ¿Había conspirado como ella? ¿Había comandado tropas como ella? ¿Había matado franceses como ella hizo? ¡Nada! ¡Ningún mérito! Solo ser hija de un rey que se dejó derrotar por Carlos de Anjou. Eso en el caso de que realmente fuera su hija, claro, porque la bastardía corría en la sangre del rey Manfredo. ¿Qué mérito tenía aquella mujer para acostarse con el rey Pedro? Cada vez que recordaba aquella velada con el monarca en Randazzo, en la que Pedro, en lugar de caer rendido en sus brazos, se dedicó a repetir las supuestas virtudes que adornaban a la reina, se le revolvía el estómago. No era justo que aquella mujer estuviera allí. Por un momento se imaginó a sí misma sobre el estrado, cogida de la mano del apuesto rey.

Y dirigió la mirada hacia Gualterio de Cantaglione. Era uno de los nobles más poderosos de la isla y sabía que le disgustaba la presencia aragonesa. Quería que Sicilia fuera independiente. No era el único descontento. Hablaría con los otros.

Ignorando el odio que despertaba, Constanza, cogida de la mano de su esposo, disfrutaba de la aclamación de los sicilianos. Se sentía muy feliz. Pedro la soltó para iniciar su discurso y ella tomó la mano, entonces, de su heredero. El monarca, traducido por Juan de Prócida, se expresó con su habitual elocuencia usando oportunamente algunas palabras sicilianas.

Constanza notó que su hijo Jaime se soltaba también de su mano para erguirse, demostrando su independencia. Le miró de reojo. Presentía que iba a ser un gran rey, rezaba para que saliera a su padre.

El muchacho, el futuro Jaime I de Sicilia, hinchó el pecho y elevó la barbilla. Se sentía orgulloso de su estirpe aragonesa y siciliana.

Aquellos que le aclamaban eran su pueblo. Les sonrió. Haría que le admiraran incluso más que a su padre, Pedro el Grande.

Dei Giudici, el viejo mendigo que seguía fiel al fallecido rey Manfredo y que había advertido a Pedro sobre la traición de los nobles sicilianos, le escuchaba entre la multitud. Le estaba agradecido por la pensión que le había concedido pero lamentaba no poderle pagar con sus consejos. En su opinión, el rey había cometido un gran error amnistiando a los traidores en lugar de castigarlos.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —murmuró compungido—. Ya te lo encontrarás, Pedro. Traicionaron a Manfredo y a Carlos. Te traicionarán también a ti.

Pedro de Aragón y Sicilia, junto a su familia, gozaba del momento. ¡Había vencido! Había derrotado a Carlos de Anjou por tierra y por mar. Había vengado las ofensas que los franceses habían infligido a su familia. Y también a su suegro y a su primo político Conradino. Pero por más que los sicilianos los aclamaran como libertadores, era consciente de que aquella celebración no era más que una tregua. La guerra apenas había empezado.

El día era brillante y despejado en Mesina, sin embargo Pedro intuía que los nubarrones de tormenta se juntaban al norte. Los grandes poderes de Europa se unían para acabar con él con la rabia de una fiera herida. El papa se sentía humillado, Carlos estaba dispuesto a recuperar la isla por todos los medios y el rey de Francia consideraba la derrota de su tío una afrenta a la nación francesa. Y más después de la muerte de su querido hermano Pierre. Debía vengarle.

Al día siguiente Pedro había de abandonar a Constanza y a su hijo Jaime para regresar a España. Acudiría al desafío de Burdeos para enfrentarse a Carlos de Anjou. Así lo exigía su honor. El francés hacía tres meses que había partido para prepararlo todo. Él tendría que apresurarse. Y de salir con bien de aquel lance, se uniría a su hijo Alfonso en defensa de Cataluña y Aragón frente a la casi segura invasión francesa. Respiró hondo y se dijo que disfrutaría plenamente de aquel día de gloria y de Sicilia. Quizá jamás regresaría.

Pedro sabía que no habría paz para él. Y recordó la maldición de la bruja. Se dijo que morir era algo que tarde o temprano todos hacían. Y mejor hacerlo victorioso. También recordó a sus almogávares cuando acudieron a pedirle que les liderara Roger: «Queremos que nos dejéis pelear —le dijeron—. Porque no estamos acostumbrados a vivir ni en ciudades ni en pueblos. No somos tejedores ni zapateros ni gente que sepa hacer nada fuera de combatir».

Pedro se sentía como ellos. Quizá por eso tenía tanta sintonía con aquellas gentes que no querían ni amos ni señores. La guerra era su forma de vida. A él le enseñaron a guerrear desde niño y no había hecho otra cosa. No necesitaba paz para ser feliz. Lo era en la guerra. Lucharía contra sus enemigos y vencería. Con la ayuda de Constanza y de Dios.

NOTA DE AUTOR

Remendando la famosa frase de «La historia la escriben los vencedores» digo que la historia es una novela escrita por quienes la sobreviven.

Lo último es una obviedad porque los difuntos no acostumbran a escribir, pero sí lo hacen algunos de los perdedores. Y tanto vencedores como vencidos vierten en la historia dosis de subjetividad, ya sea por partidismo o para subsanar la ausencia de información vital. También con la honrada intención de hacer más entendible el contexto social de la época y la psicología de sus protagonistas, o simplemente para ayudar al público, con su narración, a digerir fechas, hechos y personajes. Por eso, a mi entender, un buen historiador es también un buen novelista. Porque debe deducir, a través de extenso estudio e investigación, motivos y razones de comportamientos que, por muchas causas, nos son ajenos.

Así pues, les dedico este libro, con mi admiración, a Bernat Desclot y Ramón Muntaner, cronistas y novelistas contemporáneos de los hechos que narro.

No incluyo aquí una bibliografía ya que esta obra no es un ensayo sino una novela. Aunque he procesado una infinidad de datos de las fuentes más variadas, muchos contradictorios, en el intento de acercar al máximo la ficción a la geografía e historia

reales. Ese buen propósito no es fácil de cumplir, en especial hablando del siglo XIII, cuando no se sabe ni cuándo nacieron o murieron muchos de sus personajes. En ocasiones ni siquiera conocemos dónde se encontraba un lugar. Como el famoso castillo de Mategrifon en Mesina o Port Fangós, que he estado buscado con un mapa en el delta del Ebro tratando de adivinar su emplazamiento exacto. Otro caso, en mi novela, es el de la amante de Pedro III. Hay versiones encontradas. Podría haber sido María Nicolosa, italiana, María Nicolasa, aragonesa, o María Nicolau, catalana. Yo me he decantado por la versión del historiador italiano Stefano Maria Cingoliani, que la cree siciliana.

A falta de bibliografía, quiero manifestar mi agradecimiento a los siguientes historiadores que, con sus libros, me han aportado datos relevantes, conclusiones e interpretaciones que permiten entender mejor la época, sus personajes y sus hechos. Y son: Bernat Desclot, Ramón Muntaner, Jerónimo Zurita, Stevenson Runciman, Stefano Maria Cingoliani, Lawrence V. Mott, Louis A. M. Mendola, Antoni J. Planells Clavero y Antoni J. Planells de la Maza, Stephan R. Epstein, José Luis Villacañas, Ricardo de Isabel Martínez, Montserrat Rumbau, Stephen Turnbull y Xavier Hernández.

Y por fin, mi agradecimiento a mi esposa Paloma por su ayuda, su acertada crítica, su cariño y ánimos.

Canción de sangre y oro
Jorge Molist

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Cover Kitchen
Ilustraciones del interior: © Àlvar Salom

© Jorge Molist, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19407-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**

¡Síguenos en redes sociales!